BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

17

JUICIOS SOBRE LA PERSONALIDAD DEL GENERAL JOSE ANTONIO PAEZ

FUENTES PARA LA HISTORIA REPUBLICANA DE VENEZUELA

CARACAS - 1974

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

17

JUICIOS SOBRE LA PERSONALIDAD DEL GENERAL JOSE ANTONIO PAEZ

Director de la Academia Nacional de la Historia:
Dr. Héctor Parra Márquez

Comisión Editora:

Cristóbal L. Mendoza
Presidente

Ramón J. Velásquez
Vice-Presidente

Pedro José Muñoz
Guillermo Morón
Ildefonso Leal
José Carrillo Moreno

Director de Publicaciones:
Guillermo Morón

Coordinador:
Antonio Arellano Moreno



TOMA DE LAS FLECHERAS, *por Tito Salas*

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

17

JUICIOS SOBRE LA PERSONALIDAD DEL GENERAL JOSE ANTONIO PAEZ

Esta edición ha sido patrocinada por

C.A. La Electricidad de Caracas **C.A. Luz Eléctrica de Venezuela**

CARACAS - 1974

Copyright by
ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA
Caracas 1974

CONTENIDO

PRESENTACION XV
PROLOGO XIX

Al ciudadano esclarecido *(Cecilio Acosta)* 1
Pésame a un mundo 3
La América está de duelo *(M. M. Madiedo)* 3
Páez *(M. M. Madiedo)* 5
La sagacidad de Páez *(A. L .Guzmán)* 6
Páez y Boves *(uno de los últimos soldados de Páez)* 7
El General José Antonio Páez *(Nicanor Bolet Peraza)* 9
Páez visto por O'Leary *(O'Leary)* 18
Páez, párrafos de Montalvo *(Juan Montalvo)* 19
Páez *(Tulio Febres Cordero)* 20
Páez *(José Martí)* 21
Páez *(Tomás Michelena)* 30
José Antonio Páez ciudadano esclarecido *(M. Sánchez Peña)* 35
Páez *(César A. Zumeta)* 37
General Páez *(Antonio Guzmán Blanco)* 38
Apoteósis del General Páez *(Level de Goda)* 50
Páez *(Laureano Vallenilla Lanz)* 73
Páez *(Laureano Vallenilla Lanz)* 77
Cuatro palabras *(Nicomedes Zuloaga)* 94
El General Páez y La leyenda de los Guzmanes *(Un venezolano)* .. 157
José Antonio Páez *(Pedro M. Arcaya)* 199
El fiero Páez *(P. D. Martín Maillefer)* 211
Páez hombre de Estado *(Laureano Vallenilla Lanz)* 215
El General Páez según los legionarios Británicos *(Luis Romero Zuloaga)* 221
Páez *(Juan Vicente González)* 233
La Cosiata *(Eloy G. González)* 238
La Barra acusa 246

Bolívar en acción 254
Después 255
Páez y la oligarquía conservadora *(José Gil Fortoul)* 256
Influencia de la acción heroica del General José Antonio Páez en nuestra emancipación *(Juan Besson)* 259
Signos en el tiempo *(Enrique Bernardo Núñez)* 266
Misión análoga a la del tirano Griego *(Mariano Picón Salas)* 269
Su excelencia el Centauro *(Ramón Díaz Sánchez)* 270
Páez Restaurador de la Independencia de la República de Venezuela *(Simón Planas Suárez)* 279
Más allá del bien y del mal *(Vitelio Reyes)* 286
Breves consideraciones Psicofísicas sobre el General José Antonio Páez *(Gabriel Trómpiz)* 294
Páez en Valencia. El hombre *(Alfonso Marín)* 306
El nacimiento de la República *(José Rafael Pocaterra)* 311
La casa de Páez 326
El sueño de una lanza 330
Páez. Fragmentos de diversos escritos *(Cristóbal L. Mendoza)* 332
Encuentro de titanes 339
El mito 342
La Grandeza Republicana de Páez *(Antonio Arellano Moreno)* 345
El Gobierno deliberativo 349
Para una revisión de Páez *(J. L. Salcedo Bastardo)* 355
Venezuela después de Carabobo *(J. A. de Armas Chity)* 360
Separatismo, realidad y rebeldía 363
Comienza La Cosiata 367
Estampa de Caracas en 1825 369
Peña contra Santander 370
Páez cívico *(Alfredo Boulton)* 372
Páez prototipo del pueblo venezolano *(Rafael Caldera)* 374
Páez músico *(José Antonio Calcaño)* 378
Al rescate de Páez *(Arturo Uslar Pietri)* 382

PRESENTACION

Reunimos en este volumen diversas opiniones, juicios, elogios y críticas sobre la personalidad del General José Antonio Páez con ánimo de contribuir al mejor conocimiento de tan encumbrado valor de nuestra nacionalidad. Este deseo es el que nos ha inducido a recopilar aquí no sólo los elogios tributados, sino también las críticas formuladas porque son este conjunto de aportes y los estudios documentales, los que habrán de contribuir a formar conceptos más nítidos y justos sobre la vida y la obra del ilustre venezolano.

Aparecen aquí apenas unos cuantos documentos de los muchos que hemos tenido oportunidad de revisar, pues por ser el General Páez uno de los venezolanos que en su época ejerció mayor influencia en la vida nacional, es explicable que existan centenares de apreciaciones, como en efecto ocurre, y sólo es posible reunir aquí un grupo limitado de las mismas. También debemos advertir que hemos excluido, por ahora, las referencias, críticas y panegíricos que han aparecido en biografías, semblanzas, discursos, relatos y que se hallan en los libros de la presente colección y por lo cual no hemos creído oportuno repetirlas.

No vacilamos en afirmar que esta nueva recopilación contribuirá a enriquecer las fuentes de estudios y que será muy útil, especialmente a quienes se interesen en ahondar en la vida del Héroe, del caudillo y del magistrado.

PROLOGO

EL CAUDILLO DEL GRAN CORAZON

Con la publicación de este libro la Academia Nacional de la Historia ha querido honrar la memoria del General José Antonio Páez, al conmemorarse el primer centenario de su muerte.

Es una acertada decisión, porque las piezas históricas o literarias que se ofrecen aquí al lector representan el juicio de varias generaciones sucesivas, y por consiguiente la voz de la propia Venezuela.

El General José Antonio Páez ejerció sobre muchos de sus contemporáneos una especie de fascinación, de la cual no se libró el propio Bolívar; y asimismo casi todos los extranjeros que entonces y después tuvieron ocasión de tratarlo se muestran entusiastas admiradores del caudillo llanero. Algunos con testimonios tan sorprendentes como el que citaré más adelante.

En la conciencia popular no es menos evidente ese deslumbramiento, y a pesar de que Páez figuró en primer término en la larga lucha entre liberales y conservadores, y de que el recuerdo de éstos fue soterrado y casi envilecido por sus triunfantes adversarios, la posteridad se niega a recordar de Páez las fechas aciagas (el 26 + 35 = 61, de Juan Vicente González) y lo sigue con amor, en largo cortejo, como lo hicieron sus soldados cuando vivía.

Pero lo más curioso es que los propios historiadores ceden a ese sentimiento, y precisamente tal es mi caso. Obligado por el análisis de nuestro caudillismo a tratar severamente a Páez, confieso que desde el mismo momento comencé a sentir la necesidad de hacer su elogio.

Sin embargo, con ello no sigo solamente un impulso sentimental: si Páez por muchas circunstancias inicia en Venezuela algunos de los más graves vicios del caudillismo, justo es reconocer que también

debemos a las condiciones de su carácter que los dieciséis primeros años de la República de 1830 fueran equiparables, políticamente, a los que entonces disfrutaban los países más adelantados de Europa o América.

En aquellos días se le lisonjeó llamándole *El Fundador del Poder Civil*. No era verdad, porque el Poder Civil, como sinónimo de legalidad y de gobierno deliberativo, fue una aspiración colectiva que nació inseparable de la propia idea de patria independiente, y que militares y civiles eminentes habían sostenido en toda ocasión. El mismo Bolívar en carta a Páez indicaba, para considerar a la República indestructible, que le había dado al país "leyes y libertad".

Por otra parte, si Páez fue en muchos sentidos un protector del poder civil, no es menos cierto que también fue protegido por él, porque el poder civil es no pocas veces, y para todos los caudillos, el prestigioso antemural que los defiende del asalto de los caudillos rivales.

El verdadero mérito de Páez, así como de los estadistas que lo rodearon entonces, fue comprender que el poder civil para ser eficaz en aquel sentido, debía ser también un poder moral: basarse en la honradez y en la sinceridad; ir acompañado de un trabajo constante para hacer respetable y eficaz a la administración pública y reconstruir el país; amparar a todos dentro de la obediencia a las leyes acallando las banderías y la demagogia; ser, en suma, un verdadero poder constitucional y no un instrumento para legitimar, bajo nombres pomposos, persecuciones y apetitos de índole personalista.

Tal programa, demasiado obvio en principio, pero muy difícil de cumplir día tras día entre las contrariedades y los problemas de la política, fue acatado por Páez con una constancia que muy pocos entre los próceres que habían sobrevivido hubieran tenido.

Si quisiéramos hacerle un elogio puramente negativo, pero que impresionaría profundamente, estoy seguro, a los venezolanos, bien podríamos afirmar que si todos los caudillos hubieran sido como él, nos habrían evitado muchos sufrimientos y muchas ignominias.

Pero no hay duda además de que en aquellos años de su gobierno logró elevarse a la altura de un verdadero hombre de Estado, ecuánime, accesible a las mejores influencias, patriota, paciente y sagaz.

Después de él es cuando nuestra vida política comienza a ser invadida por esos arbitristas sin escrúpulo, para los cuales "la Constitución

sirve para todo", se multiplican los favoritos de ínfima calidad moral, se recibe dinero como salario de la lealtad, la solidaridad política se convierte en servilismo, no se respeta en el adversario —y a veces tampoco en el amigo— ni la propiedad, ni la honra, ni la vida. Tal fue la historia de Venezuela durante casi todo el siglo pasado. Justo es decir que con gobernantes como Páez no hubiera sido así.

El primer rasgo admirable de este caudillo es que habiendo alcanzado poder indiscutible cuando todavía su mente y su corazón no habían recibido cultura alguna, se adiestra sin embargo en la difícil disciplina de respetar las opiniones ajenas y se rodea de hombres de auténtico valor moral e intelectual que, si no hubiera sido por el gran corazón de este guerrero, le habrían inspirado naturalmente desconfianza, envidia o rencor.

Cuando llegó al máximo sitial de la República podía alardear de que sólo a su lanza debía aquel vertiginoso encumbramiento; pero supo comprender que no valdría su lanza para estabilizar y perfeccionar esa supremacía y meterla en la historia.

Evoquemos esa difícil transición: el caudillo ha llegado al mando discrecional y advierte que en poder efectivo ninguno de sus compatriotas logra igualarlo; siente además que en justicia le corresponde esa posición por las penalidades y los peligros que ha afrontado, y sin embargo se le indica que existen cosas *que debe hacer* y otras muchas *que no debe hacer.*

Ha sido glorificado durante largos años de guerra porque todas las dificultades las podía resolver con su fuerza y su arrojo; ahora se le exige que en los problemas de gobierno use únicamente la prudencia y la meditación, y el dificultoso deliberar con los estadistas que lo rodean y el respeto a las leyes y a la opinión pública.

Todo eso supone una adaptación psicológica tan difícil y delicada que sólo una prodigiosa intuición moral es capaz de explicar.

Tuvo una prodigiosa intuición moral: sí, ese es el elogio fundamental que merece Páez. Se sometió a ella como político con tanto valor, que no desmerece del que había demostrado en las batallas. Esa es la grandeza que sentimos en él; por eso su recuerdo mereció elevarse por encima de las luchas partidistas; por eso es por lo que no podemos negarle amor y respeto.

Bien sabido es que la libertad de prensa llegó a tal desenfreno en aquella época, que uno de los periodicuchos que querían granjear popularidad precisamente a expensas de Soublette y de Páez que mantenían aquella libertad, llegó a llamarlos "los malvados más insignes que ha producido la tierra; ladrones descarados, viejos impúdicos, cargados de años y de crímenes". Y Gil Fortoul nos recuerda que la *Gaceta Oficial* quiso hacer frente a esa avalancha de cieno, pero anteponiendo ella misma esta consigna: que "hasta los excesos de la prensa deben ser acatados, porque ella es de ordinario el órgano genuino de la opinión".

A Soublette le sería relativamente fácil soportar aquellos excesos: habituado por la índole de su pensamiento a ver las cosas actuales dentro de una perspectiva histórica, sabía que aquellas calumnias serían ampliamente rectificadas y que las generaciones venideras convertirían en elogios esos dicterios que ellos toleraban. Hasta llegamos a suponer que con malicioso señorío emplazaba calladamente a sus adversarios para esa comparecencia ante el juicio de la historia, seguro de que las intemperancias que ahora podían mortificarlo se convertirían en testimonio de sus virtudes republicanas.

Pero que Páez, aquel Ayax indómito que cuando se aproximaba la batalla sufría un acceso de frenesí semejante a los ataques epilépticos, aprendiera a dominar tales ímpetus frente a sus enemigos políticos, eso merece llamarse un gran corazón.

Y ese comedimiento tenía que ser aprendizaje de todos los días. Innumerables ejemplos lo atestiguan.

Cuando todavía era el guerrero cerril, se violentó contra los Regidores del Cabildo de Puerto Cabello y les ofreció "patadas", con otras "expresiones indecorosas" que los agraviados citaron textualmente en juicio público. También públicamente Páez se retractó de lo que había dicho y se excusó de sus violencias verbales.

En otra ocasión se presentó de uniforme militar a una reunión entre criadores de ganado, en la cual a él le correspondía solamente ese papel, de ganadero. Uno de los interesados —creyendo que trataba de intimidarlos— le advirtió que "no se iba a pelear", ni se trataba de ninguna ceremonia oficial; que hubiera podido ir con otro traje. Y Páez aceptó la dolorosa lección.

A don Santos Michelena, que era Ministro de Hacienda, le pidió cierta vez un anticipo sobre sus sueldos de Presidente de la República; don Santos le contestó que esperara algunos días para prestarle ese

dinero de su fortuna particular, porque del Tesoro Público no estaba autorizado para sacarlo. Otra dura reprimenda.[1]

Uno de los actos brutales con que Páez se desprestigió en Caracas, en su época de rudo desenfreno, fue que estando prohibidos los juegos de azar el propio caudillo concurría ostentosamente a un garito, y cierta vez le mandó a decir, desafiante, al Intendente Escalona, que viniera él mismo a clausurar esa casa de juego, si se atrevía. Pero más tarde, como autoridad suprema y en otro acto simétricamente contrario, se le presentó ocasión de probar cuánto había progresado, gracias a esa prodigiosa intuición moral de que hemos hablado: sucedió que se había organizado una "coleada de novillos" en la cual Páez pensaba, con gran entusiasmo, participar; pero no habían solicitado el permiso de la Municipalidad y llegado el momento los Alcaldes prohibieron el festejo. Páez se sometió.

El doctor José Rafael Revenga se había enfrentado decididamente a Páez cuando, como Ministro de Hacienda del Libertador, vino a Venezuela en 1828; y en 1830, estando expulsado como ardoroso bolivariano, su situación se hizo muy grave porque lo consideraron complicado en las sublevaciones de Río Chico contra la separación de Venezuela de la unión colombiana. Además, para colmar la medida, la *Gazeta de Colombia* publicó en aquellos días, en Bogotá, los informes que Revenga había enviado al Libertador durante aquella misión, algunos de ellos con acres censuras a Páez. A pesar de todo esto, Páez le permitió la entrada en Venezuela, en agosto del propio año 30, y no lo molestó.[2]

Con el General O'Leary observó una conducta análoga, a pesar de que el impetuoso irlandés había planeado, en 1826, nada menos que apoderarse de Páez y llevarlo por la fuerza a Bogotá.[3]

Otro caso, rigurosamente documentado: en 1839 don Juan Manuel Cagigal, fundador de la Academia de Matemáticas y Profesor en la misma, disgustó a Páez, según parece por un artículo de aquél en la prensa. Como la Academia, aunque incorporada a la Universidad, tenía

1. *Reseña biográfica de Santos Michelena,* por el doctor Tomás Michelena. Caracas, 1951. Agradezco también la indicación de algunos de estos datos a don Eduardo Michelena, descendiente de aquel ilustre repúblico.
2. *Obras Completas* del doctor Vargas, ya citadas, tomo I, págs. 62, 63, 64 y 65. Para los informes contra Páez ver el volumen sobre la misión Revenga, también ya citada'
3. Memorias de O'Leary, Narración, tomo III, pág. 66.

carácter militar y Cagigal era Comandante, se creyó posible destituirlo de su cátedra, de acuerdo con el rigor de las Ordenanzas militares de aquel tiempo en todas las naciones. Pero las autoridades universitarias no aceptaron la decisión del Ejecutivo y le pidieron que la reconsiderase, porque Cagigal —sostenían— a pesar de su grado no había perdido su carácter universitario, y porque en un cargo provisto por el Congreso no podía ser sustituido por disposición del Presidente de la República. Páez acató esta argumentación, y en el *Diario Oficial* se publicó la resolución del Ejecutivo que anulaba la precipitada destitución.[4]

Pero lo verdaderamente digno de elogio es que Páez no guardó rencor a Cagigal, y cuando éste comenzó a enfermar fue el Presidente Páez quien lo nombró en un cargo diplomático en Europa, para que intentara recuperarse.

Aunque algunos de los muchos rasgos de la misma índole que se atribuyen a Páez fueran solamente leyendas, no perderían nada de su significado. Demostrarían, con más sabor psicológico quizás, que a Páez lo enorgullecía pasar por un magistrado respetuoso. A un Rosas, a un Melgarejo, a un Cipriano Castro, les hubiera ofendido y no halagado, que se contase de ellos algún rasgo parecido de sumisión a las leyes o de acatamiento a personas de superior valor moral o social.

El hecho de que Páez se rodeara de hombres eminentes se ha indicado varias veces, pero cabe todavía reforzar la importancia de esta particularidad señalando que es caso excepcional entre los caudillos hispanoamericanos. Casi todos ellos ponían especial cuidado, no sólo en anular a los adversarios o políticos independientes que pudieran disputarles algún día el poder, sino a sus propios colaboradores. Mezquindad invencible o cobarde vigilancia, que los condenaba a sabotear su propio gobierno, a cortarse toda posibilidad de hacer obra en grande.

Incluso fueron frecuentes los que parecían no tener otra norma "política" que ésta de deshonrar con las complicidades más escandalosas, o mantener en mortal pasividad, a cuantos hombres llamaban a su lado, al mismo tiempo que con implacables persecusiones anulaban a sus posibles adversarios.

4. *Historia de la Universidad Central de Venezuela*, por el doctor Juan de Dios Méndez y Mendoza, tomo II, pág. 306.

La nación se convertía así en un yermo espiritual; la vida pública, en una cautelosa clausura, donde —sin exageración— lo único no castigado era adular y robar.

Sólo así se explica que, con ser tan insignificantes y viles aquellos "jefes únicos", casi siempre lograban que fuera más despreciable aún el séquito que los acompañaba y que con ellos pasaría a la posteridad.

Muchas veces se ha dicho que en aquellos años iniciales de la República surgieron estadistas de primera categoría que después no vuelven a aparecer; pero siempre se ha interpretado esto con sentido pesimista, atribuyendo al propio país una especie de extenuación —o de corrupción unánime— de la cual es sólo un síntoma aquella falta de grandes políticos.

Más justo y verdadero me parece considerar que después de 1846 la terrible presión de ese unipersonalismo vigilante y cruel anuló —tanto en la oposición como en el gobierno— la emulación constructiva y el esperanzado estudio de los problemas nacionales, que forman el ambiente indispensable para que haya verdadera vida pública y surjan políticos de personalidad.

Ya hemos indicado que durante aquellos años bien se puede decir que no hubo cuestión de interés común que no estuviera diariamente puesta a deliberación en los Congresos y en la prensa. Muchas veces se dio el caso de que estas discusiones dividieran en bandos opuestos a los propios colaboradores del Gobierno o establecieran radical separación entre el criterio del Congreso y del Ejecutivo, y siempre se resolvieron estas crisis mediante normas institucionales equiparables a las más adelantadas entonces en cualquier país.

Este es un punto clave para comparar el espíritu público de Páez con el de sus sucesores: muy bien hubiera podido considerar él, como éstos, que tantas controversias perturbaban "su Gobierno", con el sentido de propiedad que tenía este juicio para los otros caudillos. Como un mérito excepcional debemos, pues, abonarle a Páez el haber aceptado la incomodidad y los riesgos de aquella situación.

E insisto una vez más en que esto, no sólo representa un elemento subjetivo del caudillo llanero que merece admiración, sino que con más importancia histórica lo debemos ver como la causa de que en aquella época surgieran pensadores y estadistas que después no vuelven a aflorar en la vida política del país.

El ancho pecho con que Páez enfrentó las lanzas enemigas tuvo en su espíritu de hombre público un adecuado equivalente de bien entendido orgullo y de valor moral, que lo salvó de degradarse a ser, como casi todos los otros caudillos hispanoamericanos, un déspota artero y rutinario.

Tal sería, pensamos, la característica psicológica más elogiosa y más justa que pudiera destacarse en una biografía de este héroe. La supremacía con que se destaca en nuestro pasado y que en cierta manera agrupa a su alrededor a todas las figuras valiosas de su época —tanto las de sus colaboradores como las de sus adversarios— no tiene por qué rectificarse: Soublette, Vargas, Toro, Cagigal, Michelena, Juan Vicente González, Lander, Rendón, Guzmán, y tantos otros, tienen personalidad propia, pero también deben mucho al caudillo que aceptó el duro aprendizaje del respeto, y sin soberbia ni timidez alternó dignamente con ellos en la reorganización de la República.

La tolerancia que demostró Bolívar en Venezuela el año 27, en la cual llegó hasta apoyar a Páez contra todos, ha dado ocasión a las más variadas interpretaciones, y al reproche recogido por Baralt de que tal conducta "de sus amigos le hizo enemigos, y de sus enemigos, hipócritas".

Para juzgar, sin embargo, de la caótica situación a la cual se enfrentaba el Libertador, basta recordar que el culto y sagaz Peñalver le aconsejó reiteradamente el año 25 que regresara a Venezuela y se consagrara a ella exclusivamente, pero apenas lo hubo visto en Caracas, en medio de las agresivas fuerzas en pugna, se apresuró a pedirle que se alejara...

La verdad es que Bolívar tenía en esos momentos que ceder ante Páez, que era todavía el caudillo personalista y violento, como cedió Urdaneta el año 16, como cedió Soublette el 22, como cedieron Mendoza y Peñalver el 26. "Tú conoces más que nadie los elementos de que se compone nuestro país, cuyos combustibles, inflamados por una persona como el General Páez, harán los más horribles estragos", le decía el mismo Peñalver a Bolívar.

Pero en Bolívar intervino sobre todo otra razón que no ha sido observada, y a la cual debe dársele relieve porque forma parte de su pensamiento político y constituye una hermosa prueba de desprendimiento.

Bolívar no sólo cede ante Páez para evitar mayores males, sino que se empeña en hacerlo árbitro de Venezuela y llega hasta escribirle a su sobrino político el General Briceño Méndez: "Más vale estar con él que conmigo, porque yo tengo enemigos y Páez goza de opinión popular", consejo que repite a muchos otros bajo formas análogas.

Ahora bien, si Bolívar hubiera sido un caudillo como tantos, ninguna consideración hubiese acallado en él la ambición de mando, el despecho y la cólera. Mucho menos para llegar hasta ese extremo de poner a Páez sobre sí mismo, y con tan peligrosas razones.

La verdadera explicación de su conducta tiene que buscarse, pues, en la elevación espiritual con que siempre rechazó cualquier sugestión circunstancial, para pensar sólo en el interés de la patria; el cual le aconsejaba en este caso que si ya no se podía salvar a Venezuela para la Gran Colombia, era preferible entregarla libre de conflictos, unida y todavía fuerte.

A esa posición del Libertador débese que Colombia se disolviera sin los estragos de las discordias civiles; y en particular le debemos los venezolanos que los primeros años de nuestra nueva República fueran de regularidad política y de reorganización administrativa, y no de luchas sangrientas, como era de temer, si Bolívar, arrastrado por sentimientos egoístas, hubiera azuzado a sus amigos contra Páez o estimulado a los posibles rivales del caudillo que se le enfrentaba.

Felizmente, la conducta posterior de Páez acredita el acierto del Libertador en aquella ocasión; pero también ante ese resultado es lícito preguntarnos si es que Bolívar vio desde entonces en él lo que todavía los demás no podían ver.

Y ahora, para colocar al personaje viviente al final de estas páginas que enjuician la personalidad moral de Páez, una opinión sobre su prestancia física. Es del escritor francés P. D. Martin —Maillefer, el cual llegó a Venezuela en 1825 y, como notas a su poema *Los novios de Caracas,* nos dejó certeras observaciones acerca de los personajes que le tocó ver de cerca.

Desde luego no le complace mucho el cortejo que sigue a Páez cuando lo observa por primera vez: "...nube de salvajes llaneros —escribe— especie de centauros, nacidos del limo del Orinoco, para quienes una ciudad es cosa nueva, y que miran con desprecio ese pueblo bípedo de artesanos y mercachifles".

Pero al día siguiente fija su atención en el caudillo, y apunta: "A la cabeza de su Estado Mayor, se dirigió Páez a la Catedral. Era otro hombre: las botas de montar, el uniforme soberbio, resplandeciente de condecoraciones, el penacho ondeante sobre su sombrero galoneado, le daban el aspecto de un Mariscal de Francia. Marchaba gallardamente diez pasos delante de su comitiva. Nunca he visto figura militar más hermosa".

Martin-Maillefer había visto de cerca a varios Mariscales de Napoleón, y también a jefes militares de excepcional gallardía, como La Fayette, a quien menciona con agradecimiento. Es, pues, realmente sorprendente esa supremacía que le concede a Páez.

Pero en otro sentido podríamos magnificarla más aún. Porque pocos Mariscales de Napoleón hubieran podido lograr, como lo consiguió Páez, convertirse en magistrados de una República y conservar en la vida civil los rasgos de equilibrio, elevación espiritual y perspicacia política, que alcanzó aquel llanero venezolano.

Augusto Mijares

JUICIOS SOBRE LA PERSONALIDAD DEL GENERAL JOSE ANTONIO PAEZ

AL CIUDADANO ESCLARECIDO

Cecilio Acosta

I

¡Páez! ¿Por qué os detenéis aún lejos de nosotros? ¿Por qué no os ven ya nuestros ojos? ¿Por qué no os tocan nuestras manos?... Nos han dicho que venis a visitarnos: ¿y por qué tardáis? ¿por qué no voláis?... Los corceles de la victoria están a vuestro lado: ellos se beben el viento en la carrera: tomad uno, montadlo, y partid al escape a nuestros brazos.

II

Queremos ver de cerca esa aureola de gloria, que no cabe ya, según se dice, en vuestras sienes. Queremos descargaros del peso de los laureles que os agobian. Queremos veros entrar por nuestras calles, apuesto y gentil sobre vuestro caballo de guerra, y entre vítores y aplausos del entusiasmado pueblo que os oprima, oír de vuestros labios las nuevas de la victoria y la salud de la Patria. Queremos señalaros con el dedo a los niños, que se agrupen apiñados para miraros, y que nos pregunten al pasar vos, cuál es el Héroe. Queremos teneros a nuestro lado, y que estéis frisando con nosotros, para mirar de hito en hito esos ojos, que han fijado siempre la suerte de los combates; para tocar cien veces esas manos, que han dado otras tantas la paz; y para recoger de vuestra boca embelesados esas palabras, que forman la historia del heroísmo, y darían materia sobrada para escribir un poema.

Venid; volad presto; tomad uno de vuestros corceles de la victoria, y partid al escape a nuestros brazos.

III

Tal vez os detiene el agasajo de los pueblos que se hallan a vuestro paso; tal vez os han tupido el camino de flores para dilatar más nuestra dicha; tal vez os dan música que os embriaga, y largos festines, en que el placer sucede al placer, y las horas a las horas; tal vez los himnos son divinos, y la gratitud inmensa, y el amor con que os tratan avaro y mágico, y por eso os habéis dormido un tanto, y porque os habéis dormido, nos habéis olvidado. Pero mirad: nosotros tenemos más que esos pueblos. Os daremos más que esos pueblos; Os queremos más que esos pueblos. Ahí tenemos en las faldas del Avila un bosque entero de palmas: todas son para vos: todas las gastaremos en tejer vuestras coronas. Ahí tenemos el sol de Caracas, bello y puro, que nos dará nuevos manojos de luz para llevar a vuestra frente. Ahí tenemos la historia de Bolívar, maravillosa, increíble, épica: pondremos en ella vuestro nombre. Ahí tenemos también la fama puesta de pie sobre la tumba del Libertador: le contaremos una por una vuestras hazañas y hechos de armas, y le mandaremos que vaya volando a publicarlas a las cuatro playas del mundo. Y si esto fuere poco, ahí está nuestro amor: no os podemos dar más, porque os damos todo; no os podemos querer más, porque os queremos con el amor de los hijos.

No os detengáis, pues; partid volando, y llegad ya donde os podamos ver con nuestros ojos, y tocar con nuestras manos.

IV

Ya otra vez nos habéis dado la paz de un modo igual. Vos debéis acordaros aún, porque no hace mucho más de un decenio. El genio de la rebelión había aparecido entre nosotros para devorarnos, y ocupaba la ciudad con sus aprestos bélicos y con sus armas de muerte; la silla de la autoridad suprema lloraba en la orfandad; las casas estaban de luto, las plazas yermas, las calles solitarias, y los moradores huyendo al despoblado sin volver atrás la cabeza. Entonces fue que vinisteis vos, y llegasteis y asentasteis vuestros reales en la plaza de San Pablo; y no fue menester más, para que volviese la autoridad a ocupar su dosel, y volviese el contento al recinto del hogar doméstico, y se viese de nuevo bullir la gente en las calles, y se oyese en todas partes bulla

de fiesta y de algazara. En ese tiempo os aguardaba un enemigo que os quería mal, y que huyó despavorido a vuestra vista: ahora, por el contrario, os aguardan vuestros amigos, que os saldrán al encuentro, que os estrecharán contra su pecho, que os amarán con todos los amores, y que os pondrán sobre las niñas de sus ojos.

Y entonces, ¿por qué os detenéis aún lejos de nosotros? ¿Por qué no os ven ya nuestros ojos? ¿Por qué no os tocan nuestras manos?... Los corceles de la victoria están a vuestro lado: ellos se beben el viento en la carrera: tomad uno, montadlo, y partid al escape a nuestros brazos.*

Caracas: 6 de febrero de 1847.

---

* Cecilio Acosta. *Obras Completas*. Caracas, Empresa El Cojo, MCMIX. pp. 259-262. Vol. V.

PESAME A UN MUNDO
LA AMERICA ESTA DE DUELO

M. M. Madiedo

Del estrecho de Behring al Cabo de Hornos, la América está de duelo. ¡Páez, el tremendo león de Las Queseras del Medio, el ángel exterminador en Carabobo, el hombre homérico, el hombre mitológico, no existe!

¿No existe? ¡Error de los hábitos del lenguaje... es que se ha ausentado!

¡Sí! ¡Los grandes hombres no mueren como los demás; se ausentan en el sepulcro!

Porque ellos son hechos; y los hechos de la gloria no mueren con la muerte de la carne.

¡El vive! y vivirá siempre ese hombre prodigioso, que era más que un héroe: era una historia.

Historia de maravillas, más grandes y pasmosas que las del Diómedes de la Grecia, que no hería ante los muros de Troya sino dioses fantásticos creados por la inventiva de fantasías orientales.

¡Atleta coloso, su inmensa figura vestida con la pura luz de todas las virtudes cívicas, coronadas por el laurel de todas las glorias del hombre, levanta su cabeza de semidios por encima de los siglos venciendo a la misma muerte con los prestigios de su nombre!

¿Y qué importa ese silencio de sus labios, esa calma de su corazón, si un mundo se estremece aún con los portentos de su vida?

¡Y qué gloria cual esa gloria, que era toda suya, desde la cabaña del llanero hasta las ovaciones de la grande Patria del inmortal Washington!

¿Y podría morir ese hombre creador de sí mismo para legar al mundo y a los siglos un ejemplo inconcebible de los prodigios del esfuerzo humano?

Vivo o muerto, ¡oh Páez! tú eres siempre el mismo; y vendrá un día para ti en que otro Homero cante tus maravillas, ¡oh Aquiles de la América!

Padre de la Patria fuiste tú, que la creaste para la fama y para admiración de los hombres y de la Historia; evocándola con la magia de tus proezas, de entre las sombras seculares de las selvas del Nuevo Mundo.

Y esa Patria que tu gran corazón no quería ver sufrir: ese suelo de héroes semejantes a ti, Bolívar y Sucre: esa cuna de valientes más que los espartanos de Leonidas, te dará tantas lágrimas como tú le diste días de laureles y de entusiasmo, y con un dolor tan grande cuanta es tu gloria, única en su grandeza.

¿Y qué importa que tu cuerpo yasca tendido y sin calor bajo el pálido celeste de una tierra extraña?... Extraña, ¡oh no! Eso sería una injusticia. Esa es también tu Patria; porque tu cuna era la América y tu Patria el mundo.

¿Acaso esa tierra clásica de la libertad; ese foco de vida y de vigor poderoso, esa gran nación de Washington, de Adams y de Jefferson, no tendió a tus pies la hermosísima alfombra de todas las flores de su magnífico suelo y puso en tus sienes de Hércules el más bello laurel de sus campos; y te entonó una hosanna a ti, *inconcebible proscripto,* en aquellos días de dolor, en que el Sol no se elevaba para dorar las cumbres del Avila?

¡Oh! qué estrella tan espléndida la tuya que vio estremecida a sus reflejos a la más portentosa nación del mundo; con un encanto tan magnífico, como era grande, inmenso el remordimiento de los que,

soñando vencer a la gloria, *se vieron confundidos por el triunfo de sus prodigios!*

¡Dichoso tú, que, más feliz que los Césares, has visto con tus propios ojos, la apoteosis de tu vida de semidios!

Y no por una turba de *esclavos, de inicuos degradados por la servidumbre, por la tiranía;* sino por el inmenso concurso de verdaderos hombres, libres, dignos, venturosos, que saludaban en ti la transfiguración de un ideal de maravillas! Ahora, ve a dormir ese sueño de polvo y de tinieblas que el olvido guarda para otros.

Para ti todo es igual, la vida y la muerte. ¡Prodigioso portento el tuyo, que vives aún entre las mudeces de la tumba! ¡Pero ya era justo!

Ya debías descansar de tantos triunfos: unos sobre los campos de batalla, otros entre las oleadas de los entusiasmos populares.

Sí: ¡ya era justo!

Ya debías descansar: ¡ya debía reposar toda tu colosal grandeza de hombre, al pie de las grandezas de Dios!

¡Tú, Redentor de la América, a la sombra de la cruz que ha redimido al Universo!

Bogotá: junio de 1873.

P A E Z

*M. M. Madiedo**

¡Que de géneros de gloria sobre la tierra! Gloria en las artes, gloria en las ciencias, gloria en la filosofía, gloria en la literatura, gloria en las armas. De aquí, Miguel Angel, Rafael, Bertini, Haydn, Mozart, Rossini, Newton, Colón, Cuvier, Platón, Aristóteles, Kant, Homero, Milton, Víctor Hugo, Alejandro, César, Napoleón...

¡Focos de vida, de fuerza y de luz!

Pero todas estas excelencias, todas estas grandezas no son sino muestras, modelos vaciados en tipos, que forman familia en la escala de las maravillas del genio. El Etna, el Vesubio y el Cotopaxi son grandes, importantes sin duda; pero son la misma grandiosidad reproducida: la montaña alta, enhiesta, rugiente y coronada de llamas...

La grandeza común, deja de serlo. Donde todo es grande, nada lo es. Por eso, en San Pedro de Roma, el viajero se admira de no poder admirarse...

Y he aquí la gloria de ese Hércules americano que se llamó José Antonio Páez, cuya figura ha dejado en la sombra la audacia, el heroismo mitológico del homérico Diómedes, que hiere a los dioses en los combates contra Ilión...

Esa, esa es la gloria del armado titán de *Las Queseras del Medio;* esa *¡gloria en la originalidad!* ¡la gloria sin rival!

¡Luchar y vencer, cuántos no lo han hecho!

Antes de Napoleón había vencido César; y antes de César había triunfado Alejandro.

Pero, ¿quién ha brillado como Páez en los bellos horizontes de las glorias del heroismo?

¿Quién como él ha convertido el esclavo en héroe, el verdugo en redentor, las tinieblas en luz, y la nada en grandeza, en gloria y en libertad, a la luz de su lanza irresistible, al brillo de su espada inconparable, y al eco de sus proezas inauditas?

¡Nadie! que él está *solo,* como un sol gigantesco, dominando con su nombre portentoso los ámbitos de la Historia y el torrente de los siglos...

---

* **A la gloria del General José Antonio Páez. "Artículos publicados en "El Fonógrafo" y coleccionados en obsequio de sus constantes favorecedores". Maracaibo, Imprenta Americana, 1888.**

"LA SAGACIDAD DE PAEZ"

A. L. Guzmán

"Páez era un hombre de gran sagacidad, y de una ductilidad singular para adaptarse a las circunstancias, siempre en provecho de su autoridad, hasta donde ellas la hacían posible; y sin romper nunca con sus cómplices de 1826 y 1829, conocía la necesidad de respetar el elemento colombiano y boliviano, en que figuraban todas las entidades reconocidas por nuestros pueblos, y gran parte del poder militar.

Así se explica, que yo fuese su Ministro del Interior y Justicia, y el señor Michelena, liberal de la más honrada secta, Ministro de Hacienda y Relaciones; y que el señor Urbaneja, Vicepresidente de la República, llevara el timón de la política, apoyado y servido por nosotros dos.

De aquí lo recto, lo justo y lo liberal de la primera Administración Páez, y que de ella obtuviera la patria el gran resultado de la virilidad civil, de la independencia de la opinión pública y de la gran mayoría que levantó al señor Vargas a la Presidencia de la República.

La revolución militar del 8 de julio fue un verdadero aborto fenoménico, y era evidente a mis ojos, que aceptando Páez el nombramiento de general en jefe, afrontando aquella revolución y venciéndola, todo equilibrio en la composición moral y política iba a desaparecer, por la desaparición en la escena de tan numerosas entidades militares y civiles, que hasta entonces había tenido que respetar la ambición de Páez. Los hombres de 1826 y 1829, que sumisos a la voluntad de Páez, habían estado por la elección Soublette, al encararsele Páez a la revolución, debían adivinar los resultados de la desaparición de tantos robustos contendores, en el proceso continuo de la vida política, y debían por consiguiente asirse todos al asta de la bandera constitucional, acompañando en su campaña y en su victoria al Jefe a quien por tantos años habían venido halagando, para dirigirlo por la senda de sus intereses y pasiones. Aquel conjunto era a mis ojos el feto de una infalible oligarquía".*

* Antonio Leocadio Guzmán. *Actos Históricos Suramericanos*. Bruxelles, Typographie Ve Ch. Vanderauwera 1880. pp. 294.

PAEZ Y BOVES

Por *"Uno de los últimos soldados de Páez"*

El 28 de octubre del presente año cayó en mis manos el número 444 de *El Venezolano,* periódico que publica en Puerto España nuestro amigo el señor Isaac Salas, y leímos un artículo inserto de *El Hostelero,* periódico colombiano, con el mote que encabeza éste: "Páez y Boves". Desde Plutarco en sus vidas paralelas, tan estimadas, no

habíamos visto nada más estrafalario de la fábrica, no de un veterano de aquellos tiempos, como aparece, pero ni siquiera de un escritor conocedor de nuestra historia.

Entre Páez y Boves, no puede haber paralelo ni comparación posibles, y, como venezolano, rechazo ese insulto a la primera lanza del mundo, que dejó atrás al Cid, a Ricardo, a Murat, a todos. Las Queseras del Medio, donde conquistó ese renombre de primera lanza del mundo que le dio el Libertador, no fue un improntu, como otras; le costó ocho días de conferencias y discusiones con sus compañeros y escogidos capitanes que le acompañaron a ese desafío brillante y sin rival en la historia de la guerra. Páez era ya General de División y mandaba tres mil soldados de caballería: baja voluntariamente del puesto que ocupa y se hace comandante de un escuadrón de 150 plazas; pero escogidas entre las tres mil que mandaba, cada una de esas lanzas valía por 10: cuando rompe la línea de infantería que los cerca, carga como un simple teniente o capitán a la cabeza de 40; y cuando carga, rompe y despedaza los 1.200 caballos que le perseguían; es la primera lanza de vanguardia, un soldado raso, que dos años más tarde, en Carabobo, escala el primer grado del ejército, el de General en Jefe: recorre, pues, baja y sube por todos los escalones de la milicia con rápido brillo y sin orgullo.

No quedan ya soldados suyos de Las Queseras, pero aun queda alguno de Payara, donde lloró a Farfán después de muerto, por su espaldero. "¡Qué lástima! —dijo— tan buena lanza! ¡la primera que escaló los muros de Puerto Cabello...!". Y después que derrama en su tumba una lágrima compasiva, al que le acababa de tirar un lanzazo por emboscada, como el que le asestaron a Morillo, sacude otra vez la melena y aparece el León de Payara. La toma del Castillo Libertador se la proporcionó el perdón de un soldado enemigo, que cualquier otro Jefe habría fusilado como espía. ¿Y puede compararse a Páez con Boves, el Atila asturiano, asesino de prisioneros a millares, deshonra de su Ejército y de la España? No, que a su historia no le falta sino un Homero u Olmedo que le cante. Que lea ese raquítico escritor el cuadro de Las Queseras en el libro "Venezuela Heroica" de nuestro compatriota Eduardo Blanco, para que no se le ocurra más nunca buscar paralelismo en los contrastes, y sepa que hay mucha distancia, aun en el valor y heroismo, entre el bandido y el Ciudadano Esclarecido.

Quedó después de la magna lucha de independencia uno de esos bandidos, Cisneros, y lo vence él solo en una conferencia, uno contra 200 bandidos, como en Las Queseras 150 contra 8.000, 15 para 800, pero con la diferencia que acá es el triunfo del misionero, del predicador resignado, que desciende de la presidencia de la República y se expone a una muerte oscura y sin desquite... el bandido lo tuvo como en capilla y se dejó arrastrar y seducir por su valor y serenidad estupendos más que por su discurso.

Sobrepujó a César en generosidad, al Cid en fortuna, a Aquiles en lo invulnerable, y en lo histórico a todos en su larga carrera y en su vuelo... No se sabe cómo admirarle más, si a pie, a caballo o a nado; en el asalto del castillo, o en el de las cañoneras a caballo; como domador de fieras, o de gigantes; como maestro de Rondón, Silva y Córdoba, que son Boyacá, Junín y Ayacucho, o como discípulo de Bolívar y Peña; como encarnación de la fuerza, o de la estrategia y de la astucia; a los 29 años en Las Queseras, o a los 47 en Payara; narrando humilde su historia de peón de Manuelote, o como la primera lanza del mundo; dando las 14 cargas de caballería a Morillo, o las 7 al sargento español, a quien rinde, perdona y se lleva a caballo; como de mosca en las campañas del Apure, Orinoco y Arauca, o como General en Jefe de Carabobo; como predestinado, o como héroe!...

Tuvo errores, como los tuvo Abraham, Moisés, David y todos; ¿por qué esa injusticia de compararle con Boves?*

* A la gloria del General José Antonio Páez. "Artículos publicados en "El Fonógrafo" y coleccionados en obsequio de sus constantes favorecedores". Maracaibo, Imprenta Americana, 1888.

EL GENERAL JOSE ANTONIO PAEZ

Nicanor Bolet Peraza

Intensa satisfacción habrá de experimentar todo patriota americano al saber que lo único que nos queda del héroe fabuloso de Colombia, sus venerables cenizas, tendrán al fin sepulcro en la tierra venezolana. Tres lustros hace que en extraño suelo y en tumba prestada reposan; bien que no está en Patria ajena, aquí en esta América

libérrima y grande, la gloria que consagró el empeño de redimir pueblos y constituir naciones soberanas.

Al hacerse pública la noticia de que los restos del general Páez habrán de ir a su puesto de honor en el Panteón de Caracas, la prensa americana ha revivido las memorias del egregio huésped y ha reproducido los nobles ofrecimientos que pueblo y Gobierno hicieran de asociarse con su entusiasmo y con su pompa al acto de trasladar a la nativa Patria ese polvo glorioso. Una nave de guerra de los Estados Unidos llevará los restos a Venezuela; y volverá la ciudad de Nueva York a dar muestras de sus simpatías por el héroe, como lo hizo un día con inusitado esplendor y espontaneidad cuando por vez primera pisó su hospitalario suelo el viejo soldado, ya sin Patria.

El acontecimiento que se aguarda y que nos inspira estas líneas, no es tan sólo de interés para Venezuela, sino que él tendrá eco simpático en toda la América. Páez es uno de los guerreros que más admiración han despertado en el Nuevo Mundo. Su nombre ha viajado en alas de la fama; sus épicas proezas han maravillado las imaginaciones y levantado los espíritus; y bardos y prosistas han cantado en verso homérico o narrado en cláusulas sublimes el esfuerzo pujante de su brazo, la intrepidez de su valor y la increíble osadía de sus ímpetus.

Homero es grande porque creó semidioses invencibles, héroes hazañosos en guerra formidable por cólera de dioses y ambición de hombres. Más poderoso que el divino trovador de Jonia es el patriotismo americano, que no finge adalides fabulosos sino que engendra héroes vivos, cuyos hechos maravillosos no cabrían en un poema de ficciones sublimes, y que sólo tienen puesto digno en la incomparable y real epopeya de la libertad de un mundo.

Páez es Aquiles sin su cólera y sin su baño de invulnerabilidad. Es un patriota, es un rebelde; mortal humilde que, a la pubertad, siente en su corazón inmenso amor a la Patria, bulle en su cerebro la idea de que el extranjero opresor está de más en nuestro suelo, y salta impetuoso sobre el caballo, embaraza la lanza, corre a la pampa anchurosa, se junta a los que por ella discurren proclamando independencia y Patria, busca y se enfrenta a los que gritan esclavitud y rey, prueba su valor y su acero en el pecho de valientes agarenos, y he ahí al héroe. De allí en adelante ascenderá en cada encuentro, de allí en adelante pasmará por su arrojo, y su solo nombre llenará

de entusiasmo los corazones patriotas y de temor profundo los realistas pechos.

De subalterno pasa Páez a jefe, de jefe a caudillo, de caudillo a ídolo; todo en breve tiempo, porque los ascensos no los da sino el enemigo con su vencimiento, y el enemigo es tenaz y no se esquiva. A cada día un encuentro, sobre una rota una embestida, a un ejército disuelto un nuevo ejército en pie. España es la nación de este orgullo que aun tenemos sus hijos americanos. Acostumbrada a vencer en todas las latitudes, no puede resignarse a ser vencida en América, su Nuevo Mundo; y allá envía sus escuadras cargadas de gente brava, la que curtió la guerra de su independencia contra el conquistador de Europa. Y los batallones fieros llegan a las abrasadas playas de la tierra insurgente; altivos y hermosos, radiantes de gloria, como que vienen de expulsar de Iberia al César invencible que sacudió los tronos de divino derecho y sobre ellos sentó a sus toscos granaderos. Ufanos de tan ruidosas victorias, los soldados valientes se internan en la tierra que no los quiere; y la tierra rebelde se los traga; y si toda España viniera, la América hambrienta de batallas, febril de libertad, poseída de la sublime rabia del patriotismo, la sepultará en sus entrañas; que no hay fuerza todavía descubierta en las naciones ni en los hombres, ni en los elementos mismos de la eterna Creación, capaz de domar a un pueblo que ha hecho el juramento de rescatarse con su propia sangre o desaparecer de sobre la faz de la tierra; de vivir libre en la Civilización o mártir en la Historia.

Extraño parecía que España desconociese la maravillosa virtud de ese sentimiento, y que contra él mandase a los mismos guerreros que, movidos por idéntica resolución, hicieron de Zaragoza un escombro y sobre sus humeantes ruinas desafiaban aún a la opresión intrusa; los mismos héroes que en Grecia saborearon el hambre y les supo a gloria el horror de la peste; los mismos que dieron al mundo acobardado ante un conquistador que parecía incontrastable, el ejemplo grandioso de una resistencia que asombra.

Todo ese caudal de valor y de pericia había de ser inútil contra los independientes venezolanos. Pocos eran éstos y escasos de armas. Sus adversarios eran numerosos y brillaban como soles. El choque fue desigual y horrendo. El estruendo y la humareda duraron once años; al cabo de los cuales, como de entre una nube de sangre, surgió la Patria victoriosa y soberana.

Apresurémonos a recordar las proezas de Páez, el llanero prodigioso, porque dentro de algún tiempo van a parecer fábula. La posteridad es supersticiosa, y gusta más del mito que de los seres reales, como sean portentosos.

Y en verdad que la razón tiene que hacer un esfuerzo para admitir como ciertas algunas hazañas de este hombre singular. Parece a veces un enagenado que no medita cuando se lanza casi solo a peligros hechos para legiones; otras parece suicida, que corre a buscar ruidosa muerte en seguro desastre. No cuenta jamás el enemigo; y lo que es más, no cuenta nunca sus propios soldados. Un puñado de hombres resueltos, eso es todo cuanto necesita. Cualquiera supondría que se cree invulnerable o inmortal, porque su arrojo no es de hombre que sabe que no tiene más que una vida.

Veámosle en la proeza estupenda del Coplé. A este lado del caudaloso Apure ha llegado el ejército libertador. En la opuesta ribera acampa el realista. El río está de por medio; el río, que por aquel paraje no es vadeable. El español tiene de su lado todas las embarcaciones, que guarda con otras armadas de guerra. Bolívar y su hueste treman de furor y de despecho, y el río sigue corriendo silencioso y profundo, mudo pero eficaz aliado del opresor.

Páez está allí con sus centauros; comprende la situación, y con su acostumbrada celeridad de pensamiento y de ejecución, se lanza a caballo a la onda corriente, y 50 llaneros le siguen, como si aquél fuese su habitual elemento. Los caballos nadan, los jinetes tienden la cara contra las crines de sus monturas, la rienda en la siniestra mano, la lanza en ristre en la diestra. ¿A dónde van estos insensatos? Un ejército en la ribera los contempla sin adivinar su intento; y entre tanto, aquel grupo fantástico guía hacia las naves enemigas, que sobre ellos descargan sus mortíferas armas. El grupo sigue avanzando; las balas producen chasquidos terribles al caer en el agua, en derredor de los caballos; y éstos con sus jinetes continúan su marcha a través del río. Páez va adelante, desnudo el tronco hercúleo, la lanza fiera en el potente brazo que se extiende con rumbo a los bajeles enemigos. Primero que ninguno llega y acomete a la mejor tripulada nave, a nado el caballo, sin más apoyo que el lomo del valiente bruto, sin más arma que su lanza, cuyos rudos golpes desconciertan a los marinos. A un grito del audaz llanero los centauros se deshacen, los jinetes abordan las *flecheras,* y los caballos

siguen la corriente del Apure. Ruda y obstinada es la brega; pero la lanza vence al sable y al fusil; y cuando estas dos armas no bastan, los hombres se abrazan, luchan, forcejean, se derriban y se degüellan.

El humo cubre las naves, la sangre tiñe el río, los ayes pueblan el aire. Al cabo de pocos minutos no hay a bordo de las flecheras asaltadas sino patriotas semidesnudos, los hijos de las pampas, los camaradas de Páez; y éste, de pie, arrogante, ileso, atronando el espacio con el grito de victoria, como un héroe de leyenda, entrevisto en un sueño de Vivac.

Un hurra formidable de un lado del río; un rugido de impotente rabia del otro lado, eso fue el eco diverso con que respondieron los dos campos enemigos a la aclamación triunfante del caudillo de los llanos.

Horas después, el ejército patriota pasaba el Apure en naves conquistadas al filo de la lanza, en combate extraordinario, locura sublime, de esas con que la audacia y el valor sorprenden hasta a la misma deidad que discierne las victorias.

Hazaña estupenda; temeridad sin ejemplo. Pero que en la historia del mismo héroe tiene su rival. Narremos estas cosas grandes, aunque estén muy sabidas; porque el pecho se expande con ellas, la sangre hierve, el alma se empina como si fuera a dar un vuelo hacia el glorioso pasado, y siente uno el orgullo de la raza llenándole todo el ser.

Estamos a comienzo del año 19. Bolívar remonta el Orinoco desde la formidable Angostura, y va en busca de Morillo, que, con poderoso ejército, acampa en los llanos de Apure. Páez se ha incorporado al Libertador con sus temidos llaneros. El ejército patriota se cree invencible, y reta a su contrario a campo raso. El sagaz español no desdeña el combate, mas lo quiere en campo propicio para sus armas. La vasta sabana en donde la caballería independiente deshace las infanterías, destroza los cuadros, alancea los artilleros y todo lo arrolla, no es de su gusto. Mejor le está la ceja de monte, el terreno accidentado, en donde sus tiradores se parapeten, sus obuses asomen sus bocas y escondan sus hombres. Si Bolívar quiere pelear, exclama, que venga a mi campo; y pone de por medio al temible Arauca. El río es ancho y profundo; su vado, peligroso; el primero que intente pasarlo, lleva la desventaja. Los dos ejércitos vacilan, se están mirando sin poderse ofender; los anteojos cruzan sus visuales que van cargadas de odio impotente de parte a parte. El día se va, y no hay batalla posible.

Súbito un puñado de jinetes se desprende del silencioso ejército patriota. Son *ciento cincuenta,* y a su cabeza está Páez, que espolea el caballo y lo lanza a las aguas del Arauca. Sus bravos compañeros le siguen resueltos, y a nado pasan la opuesta ribera aquellos temerarios. El enemigo no los ha visto, y a haberlos divisado, los habría compadecido. El ejército libertador los ve llegar a la orilla, y los saluda con un hurra estruendoso. No saben lo que intentan, pero debe ser cosa extraordinaria, y de antemano la aplauden.

Al tomar pie en tierra el último caballo, Páez da el ejemplo de avanzar contra el enemigo, y todos van con él. ¿A qué? Aquella gente no se ha hecho jamás esa pregunta. Su consigna es vencer o morir. Páez va con ellos y vencerán. Eso piensan, y aguijan sus nobles brutos, las bridas flojas, la lanza en ristre. Son un puñado de audaces y van contra siete mil veteranos y seis cañones. Los españoles un instante vacilan, su jefe no acierta a dar la voz de fusilar a aquellos insensatos. Pero ya llegan cerca de las filas; ya las lanzas van a comenzar a hacer claros en ellas. Sólo cien pasos los separa de la infantería ibera. Morillo manda, y truena formidable descarga. Una nube de polvo y otra nube de humo envuelven por un momento a los acometedores. Después de tan descomunal fusilada todos han debido morir. Pero viven y están soberbios. Sus cerriles caballos se encabritan, rehuyen la embestida; mas ellos desgarran sus ijares y los obligan a afrontar juntos la muerte en desesperada carga.

Morillo siente la afrenta de aquel reto y va a castigar a sus locos provocadores que resisten a las balas, que no mueren al rocío pavoroso de la metralla, como si aquello fuese un jactancioso juego de inmortales. El ejército abre sus brazos formidables, como un Hércules cansado de las burlas de un pigmeo y resuelve estrangularle. Dos regimientos se avanzan a cortarle el paso del Arauca, y por la izquierda sesga como una hoz inmensa toda una fuerte división destinada a aprisionarles.

Páez prevé aquella evolución, y sigue acometiendo aquí, provocando allá, presentando por doquiera su grupo de rabiosos llaneros. Todo un ejército se ha movido por causa de aquellos insolentes. Los dos regimientos de Calzada que marchan por la derecha, empujan ya a Páez y a los suyos. Páez, con 40 jinetes, los acomete impetuoso, los alancea y los quiebra, abriendo amplia brecha por sus apretadas filas. Otro piquete al mando de Aramendi cierra contra los cazadores de

Pereira, y por el boquete que abren con sus lanzas se escapan. Ambos grupos se juntan en la llanura, y galopan, como inspirados por el pánico. Van derrotados. Así lo cree el español engreído y se lanza a perseguirlos. Mil doscientos caballos corren veloces tras los fugitivos. Son los bravos dragones, los gallardos húsares, los diestros carabineros, los lanceros ágiles, flor del ejército. Páez sigue huyendo. Ya no van juntos, sino divididos en siete puñados sus jinetes. A la cabeza de cada uno de estos grupos ha puesto Páez a un invencible. Son Mina, Fernando Figueredo, Muñoz, Rondón, Juan Gómez, Carmona y Aramendi. Corren a toda brida; luego acortan la carrera, y ¡extraños fugitivos! Vuelven a mirar a sus perseguidores, los insultan, los mofan, los provocan, y corren. Los jinetes españoles continúan en su engaño y avanzan ávidos de dar alcance a quienes cree que espolea el miedo.

Al paso que los españoles se acercan, los patriotas acortan su carrera. Es ya cuestión de veinte pasos más y los alcanza el filo de los sables suspendidos para tajo formidable. De repente el jefe de aquellos supuestos derrotados, el autor de aquella aventura sin ejemplo, Páez, grita con estentórea voz a sus llaneros: —*¡Vuelvan cara!*

Y ¡parece increíble! Con la velocidad del disparo los jinetes revuelven sus caballos, y se enfrentan con sus perseguidores, con furia tal, con tan heroicos bríos, que espantan a sus contrarios. No atacan ya éstos, sino que se defienden de tan inesperada ofensiva; y saltan de sus sillas en la punta de las lanzas, o exhalan la vida por las anchas aberturas de sus pechos. El combate es carnicería. El campo no es bastante para maniobrar la numerosa caballería enemiga, mientras que Páez y sus pocos compañeros se escurren con libertad, y dondequiera que se arremolina un pelotón desconcertado, lo alancean sin misericordia. La primera fila de los jinetes españoles ha mordido el polvo; la segunda sofrena y vacila; el centro se repliega desordenado, acosado por los implacables llaneros que de flanco los acuchillan.

La derrota da por fin su grito pavoroso de ¡Sálvese quien pueda! La caballería famosa, los húsares gallardos, los bravos dragones, los carabineros diestros, los ágiles lanceros, la flor del ejército español, corre desalada delante de un puñado de audaces. Al principio los contaban por su número y eran 150; ahora los cuentan por los muertos que hacen, y hay tras ellos una hecatombe.

Morillo mira correr a sus valientes y siente miedo por su ejército todo. No hay más remedio que contener aquella fuga que va a producir pánico en sus escuadrones. Y sin piedad ordena descargar sobre sus propios soldados despavoridos el aliento de sus cañones. Pero ni aun así se detienen los que huyen, y rompen éstos las filas amigas, se incrustan en sus desconcertados batallones, siembran el contagio del terror en ellos, y aquellos siete mil guerreros se escapan hacia el vecino bosque, dejando en poder de Páez y de los escasos compañeros que le quedan, toda su artillería y 500 muertos.

¡Qué proeza! Preciso es tener la fe de la Libertad, para creer en tal milagro. La misma Historia, al escribirla en el libro de las glorias, habrá vacilado incrédula. Semejante hazaña necesitaba un narrador digno, que la pusiese en boca de la Fama. Y el narrador de ella es el semidios de nuestra Independencia: es Bolívar, testigo admirado del hecho, quien, en el campo de batalla, el mismo día en que tuvo lugar, expedía la siguiente proclama:

A los bravos del Ejército de Apure:

¡Soldados! Acabáis de ejecutar la proeza más extraordinaria que puede celebrar la historia militar de las naciones. Ciento cincuenta hombres, mejor diré, ciento cincuenta héroes, guiados por el impertérrito general Páez, de propósito deliberado han atacado de frente a todo el ejército español de Morillo. Artillería, infantería, caballería, nada es bastante al enemigo para defenderse de los ciento cincuenta compañeros del intrepidísimo Páez. Las columnas de caballería han sucumbido al golpe de nuestras lanzas; la infantería ha buscado un asilo en el bosque; los fuegos de sus cañones han cesado delante de los pechos de nuestros caballos. Sólo las tinieblas habrían preservado a este ejército de viles y tiranos de una completa y absoluta destrucción.

¡Soldados! Lo que habéis hecho es un preludio de lo que podéis hacer. Preparaos al combate, y contad con la victoria que lleváis en las puntas de vuestras lanzas y de vuestras bayonetas.

Cuartel General en los Potreritos Marreños: a 3 de abril de 1819.

Bolívar.

Al hombre que tales empresas y otras muchas de valor homérico llevó a término, a Páez, el guerrero increíble, es a quien se preparan los postrimeros honores, en esta tierra hospitalaria, y los últimos tributos de su Patria, para que en ella repose al fin entre los que su brazo ayudó a libertad.

No son estas líneas una biografía del héroe, ni podían serlo; porque faltan en ellas la relación completa de sus hechos, y los juicios sobre sus actos. ¿Y cómo encerrar en una sola página más de una década de prodigios de valor y atrevimientos inauditos? ¿Ni cómo llamar al tribunal de la Historia a éste ni a ningún otro de nuestros libertadores, nosotros los libertos? ¿Qué títulos, qué ejecutorias, qué caudal de virtudes cívicas, qué proceso de cordura republicana, traemos de la generación redimida, como credenciales de nuestra judicatura?

Todo cuanto de estos hombres ilustres podemos decir, es que dieron cima y remate a lo que ofrecieron y juraron; que suelo independiente prometieron a sus hijos, y Patria soberana nos conquistaron. Mas si, al regirla, fallaron; si, al colgar la espada y empuñar el bastón, tropezaron y cayeron en errores, venga una posteridad impecable, venga una generación a quien la Libertad no acuse de prevaricaciones, y condene.

Lo que somos nosotros, los del prometer fascinador y el obrar dudoso; los que recibimos la herencia para aumentarla y la hemos disipado, no podemos ser jurados en la causa de nuestros patricios. Todo cuanto nos cumple es inclinarnos reverentes y agradecidos ante esas figuras ínclitas y envidiar su historia, tan rica en merecimientos, tan opulenta en servicios ingentes, que, hecha y todo la sustracción de sus faltas, quédanle aún enorme balance de gloria con que ganarse la inmortalidad.

Grandes son ellos, que del crisol de la Historia salen mereciendo el Panteón y el recuerdo. Míseros nosotros, los de esta triste época, que aun sin acabar nuestra civil existencia, merecemos el olvido!*

* A la gloria del General José Antonio Páez. "Artículos publicados en "El Fonógrafo" y coleccionados en obsequio de sus constantes favorecedores". Maracaibo, Imprenta Americana, 1888.

PAEZ VISTO POR O'LEARY

O'Leary

"En Cañafístolo, el día 30 de octubre (1818) se vieron por primera vez Bolívar y Páez. No estará por demás hacer un ligero bosquejo de este distinguido caudillo, cuyo nombre ya he mencionado frecuentemente y que en adelante ocupará puesto prominente en estas *Memorias*. El General José Antonio Páez tendría entonces treinta años. Era de mediana estatura, robusto y bien formado, aunque la parte inferior de su cuerpo no guardaba proporción con el busto; pecho y hombros anchos, cuello corto y grueso que sostenía una cabeza abultada, cubierta de pelo castaño oscuro, corto y rizado; ojos pardos que no carecían de viveza; nariz recta anchas ventanas, labios gruesos y barba redonda. Su cutis claro indicaba salud y habría sido muy blanco sin los efectos del sol

La cautela y la desconfianza eran los rasgos distintivos de su fisonomía. Hijo de padres de condición humilde en la sociedad, no debía nada a la educación. En presencia de personas a quienes él suponía instruidas era callado y hasta tímido, absteniéndose de tomar parte en la conversación o de hacer observaciones, pero con sus inferiores era locuaz, adicto a la chocarrería, y no esquivo a los juegos de mano. Complacíale referir sus proezas de guerra. Enteramente iletrado, ignoraba la teoría de la profesión que tanto había practicado y desconocía hasta los más sencillos términos técnicos del arte, pero aunque hubiese recibido esmerada educación militar nunca habría llegado a ser capitán consumado, pues la menor contradicción o emoción le producía fuertes convulsiones que le privaban del sentido por el momento, y eran seguidas de debilidad física y moral. Accidentes de esta naturaleza fueron frecuentes en los combates en que encontraba resistencia que no había imaginado.

Como jefe de guerrilla era sin igual. Arrojado, activo, valiente, fecundo en ardides, pronto en concebir, resuelto en ejecutar y rápido en sus movimientos, era tanto más temible cuanto menor era la fuerza que mandaba"...*

---

* Francisco González Guinán. *Historia Contemporánea de Venezuela*. Caracas, Lit. y Tip. del Comercio, 1930. Tomo II, pp. 13-14.

P A E Z

PARRAFOS DE MONTALVO

Juan Montalvo

Los llaneros, los enemigos de la república, eran ya republicanos; los contrarios de Bolívar eran ya sus soldados. Boves, el mago que los hechizara, había descendido a las tinieblas, al tiempo que se levantaba en sus corazones su verdadero dios, ese a quien amaron y obedecieron ciegos, Páez, rey de los Llanos, Genio del Apure. Este combatía por la Patria, la patria era la buena causa para los llaneros.

¡Dios poderoso, y cuáles eran sus acciones en la guerra! Las Queseras del Medio están asentadas en el memorial de las venganzas que nunca han de satisfacer los españoles; esa jornada terrible donde ciento cincuenta hombres de a caballo acometen a un ejército, le acuchillan, le despedazan, le aturden, le trabucan y le ponen en retirada nada menos que vergonzosa.

La gente era curtida, y en siendo ir contra los españoles, llanos las cuestas para esos recién nacidos a la libertad y viejos en el combatir por ella. Su lanza y su caballo, no más el indómito llanero: pan, Dios le dé; jamás hace mochila; sueño, según que lo consiente el negocio de la guerra; el amor a la patria suple por todo. En cuanto al brío y al poder del brazo, no hay pecho que resista un bote de esa arma pavorosa, si viene aunado a prueba de pistola; un jeme asoma por la espalda brillando entre hilos de sangre esa hoja que parece lengua de serpiente gigantesca, por lo sutil, por lo sediento. Si los soldados eran tales, ¿cuáles debían ser los capitanes? Páez era hombre de llamar a Júpiter a singular combate; y en llevando lo peor, hubiera espantado con sus alaridos de despecho al Orinoco, bien como Ayax hacía temblar el Escamandro con sus lamentaciones.

¡PAEZ!

*Tulio Febres Cordero**

"Aquiles, Ayax y Diómedes son los más temibles de todos los griegos; pero Diómedes se retira a vista del ejército troyano, Ayax no cede sino después de rechazarle muchas veces; y apenas se presenta Aquiles cuando el ejército desaparece".

Pero el héroe de la Ilíada no se presenta sino después de muerto Patroclo, cuando la sangre griega ha salpicado ya los muros de Troya. La cólera de Aquiles es la cólera de la venganza.

¡Cuando concebir, oh mágico poeta sublime Homero! que al cabo de tres mil años un simple mortal, nacido en las llanuras de Venezuela, fértiles y hermosas como las de Tesalia, hubiese de disputar la primacía del valor a los héroes de tu leyenda de oro; que Páez, criado sobre el lomo de indómitos corceles, en la extensa pampa, llegase a sobrepujar en hazañas y prodigios al mimado de los cielos, tu Aquiles favorito, a quien de niño purificaba Tetis en la llama de misterioso fuego.

Páez en *Las Queseras,* ahorra a los ejércitos de la Patria la cruenta fatiga de la lucha: soldado predestinado para el triunfo, échase en medio de las legiones enemigas a la cabeza de un puñado de valientes, personajes de epopeya, gigantes de la llanura. Aquellos potros soberbios casi revientan los cascos contra el suelo, llevando, como el Pegaso, rayos y relámpagos sobre sus lomos. Ahí descuella Páez, desesperado y sublime, moviendo en la diestra aquel fierro espantable, caldeado en la lumbre de celeste fragua; echando por los ojos las centellas de su cólera, que es la cólera de la libertad, medio escondido el rostro entre las agitadas crines de su corcel impetuoso, que súbito se detiene a cada bote de lanza, y como el espantado alazán que nos describe el poeta,

Saltado el ojo, eriza la melena,
La espesa cola encoge zozobrado;
Tiembla de pies y manos azogado;
Bufa poniendo en arco la cerviz:
La inquieta oreja hacia el peligro vuelta;
Y el ancho pecho cándido de espuma,
Brota de fuego una radiante pluma
De la convulsa, anchísima nariz.†

No el Arauca, sino el fabuloso Peneo, que echa espumas al pie del Olimpo, está ahí retratando sobre sus aguas aquella refriega de centauros.

Cuadro fantástico, terrible, comparable sólo a la tremenda visión del teólogo de Pathmos.

¡Oh llanero inmortal! como sale de madre el río y se derrama por valles y campiñas, así tu gloria, que crece con el tiempo, ha salido de las fronteras de la Patria e inundado como un torrente de luz entrambos hemisferios; que si hubieras vivido en los tiempos de Grecia o de Roma, mármoles tendrías en todos los puntos de la tierra y llenos estarían los siglos de la grandeza de tus hazañas.

---

* Tomado de "El Lápiz", Mérida, 19 de abril de 1888.

PAEZ

José Martí

I

Con homenaje digno de él despidieron los Estados Unidos, hace poco, los restos del que, sin más escuela que sus llanos, ni más disciplina que su voluntad, ni más ejércitos que sus llaneros, ni más semejante que Bolívar, sacó a Venezuela del dominio español, con tanta furia en la pelea como magnanimidad en la victoria, en una carrera de caballo que duró dieciséis días.

En parada solemne fue escoltado el cadáver por las calles más nobles de Nueva York, desde el cuartel del regimiento de Milicias al muelle de donde, al son de los cañonazos funerales, lo transportó una lancha de vapor al buque de guerra que, por decreto del Congreso de Washington, llevaba los restos del héroe a Venezuela.

Abría la parada la policía a caballo: la mandaba desde un coche, envuelto en su capa militar y con la muleta caída a un lado, el general Daniel Sickles, el que ganó la batalla de Gettysburg de una pujante arremetida; seguía la artillería, con sus obuses relucientes; la marina, de bayeta y cuero; la caballería, de amarillo y azul; la tropa de línea,

sobria; la milicia, con colores y galas; una guardia de honor, gris; una escolta de oficiales mayores, con sombreros plumados y espadines de oro; otra de veteranos, con las mangas vacías prendidas al pecho.

Las músicas vibraban. Las damas venezolanas saludaban el séquito con sus pañuelos desde un balcón.

Las aceras estaban llenas de curiosos.

A la cabeza de los húsares iba Sheridan, el que de un vuelo de caballo cambió la fuga de sus escuadrones en victoria. Presidiendo la comitiva iba Sherman, el que acorraló sobre sus últimos reductos al Sur exangüe. Cerraba el séquito doble hilera de coches, con los comisionados de Venezuela y los del Municipio, los ciudadanos prominentes que dispusieron estas honras, representantes de Boston y de Brooklyn, magistrados y generales, ministros y cónsules, neoyorkinos e hispanoamericanos.

Aquella música heroica, aquel estruendo de cureñas, aquel piafar de la caballería, aquellos uniformes galoneados, aquellos carruajes de gente civil, eran cortejo propio del que con el agua al pecho y la lanza en los dientes salió de los esteros del salvaje para ganar, en defensa de la libertad, los grados y riquezas que otros ganan oprimiéndola, y morir al fin recomendando a sus compatriotas que, "como no sea para defenderse del extranjero, jamás toquen las armas".

En una caja amarilla, como su pabellón, iba el cadáver, con las coronas de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, del Consulado de Santo Domingo, del 7º regimiento, del fiel amigo Bebus, y una espada de flores, y la corona de los cubanos. "Cerca, mi Dios, de ti" tocaba la banda a un lado del muelle, cuando iba el ataúd del féretro a la lancha en hombros de ocho marinos.

En fila la caballería, la artillería, las milicias, la tropa de línea. El cañón, de minuto en minuto. Todos los sombreros en las manos.

Aquellos honores eran eco del asombro con que los Estados Unidos oyeron contar, y leyeron en libros y diarios ingleses, las proezas del llanero épico que con el decoro y hombría de su trato supo más tarde, en su destierro de veinte años en Nueva York, mantener para el hombre resignado la admiración que despertó el guerrero.

Sus amigos de entonces son hoy magnates de la banca, columnas de la religión, cabezas de las milicias, candidatos a la Presidencia de la República. "Aún lo recordamos", dicen, "cortés y verboso, puntual en sus citas, muy pulcro en el vestir, lleno de generosidad y de anéc-

dotas, amigo de las damas y del baile, sin que lo de general y de presidente se le viera más que en algún gesto de imperio de la mano o en alguna centella de los ojos". ¡Aún recuerdan al prócer arrogante que en las noches de invierno les contó las guerras increíbles de aquellos hombres que cargaban, como Sánchez, un cañón a cuestas; de aquellas mujeres que decían a sus esposos, como la de Olmedilla: "prefiero verte revolcar en tu sangre antes que humillado y prisionero"; de aquellos jinetes que amansaban al amanecer al potro salvaje con que a la tarde iban dando caza, asta contra anca, al enemigo.

Así quisieron sus amigos de antes despedir con majestad al que tantas veces les apareció con ella. Así honró a aquella lanza insaciable el pueblo que se opuso, por razones de conveniencia, a que coronara su obra.[1]

II

Nadie comenzó su vida en mayor humildad, ni la ilustró con más dotes de aquellas sublimes que aparecen, con el misterio de la vida, venir a los hombres privilegiados del espíritu mismo de la tierra en que nacen.

Vió la luz a la orilla del agua el que había de librar en ella batallas de caballería, como en la tierra firme. Le enseñaron con sangre, en la escuela de la señora Gregoria, la doctrina cristiana y los palotes de Palomares; cartuchos de pulpería y panes de azúcar fueron sus primeras armas, cuando sirvió a su tío el pulpero de mancebo, y por la tarde le ayudaba a sembrar el cacaotal; pasó la mocedad de peón de hato, trayendo y llevando camazos de agua caliente, para que se lavase los pies el capataz de pelo lanoso que no veía con gusto su cabello rubio, a lomo pelado, sin más riendas que las crines, salió a la doma del potro salvaje, rebotando, mugiendo, salvando quebradas, echado al cielo, volando; escarmenaba cerdas para los cabestros o echaba correas a la montura, en los pocos ocios que le permitía Manuelote, sentado en un cráneo de caballo o en la cabeza de un caimán, que eran allí los únicos asientos. "Yo no le pregunto si sabe nadar", le decía Manuelote; "lo que le mando es que se tire al río y guíe el ganado". Su comida era un trozo de la res recién muerta, asada al rescoldo, sin

(1) Se refiere a liberación de las Antillas, las Filipinas, que ideó Bolívar en 1825. Páez debía ir a Cuba. Los Estados Unidos e Inglaterra se opusieron a aquella empresa libertadora, tildando a Bolívar de conquistador.

pan y sin sal, y el agua de la tapara la bebida, y la cama un cuero seco, y el zapato la planta del pie, y el gallo el reloj, y el juez la lanza.

Cantó a las puertas de su novia, en los domingos y las fiestas, aquella poesía selvática y profunda que suele interrumpir el rival celoso con otra poesía, y luego con la muerte.

Y de pronto, así como los llanos chamuscados y sedientos, albergue sólo del cocodrilo moribundo y de la víbora enroscada, surgen a las primeras lluvias cubiertos de lozanía, fragancia y verdor, y el potro relincha, y el toro renovado se encela, y cantan los pájaros, esmeraldas aladas, y todo entona con estallidos y chispazos el venturoso concierto de la vida, así el alumno de la señora Gregoria, el criado de la pulpería, el que traía y llevaba los camazos, pone el oído en tierra, oye a lo lejos, convocando al triunfo, los cascos del caballo de Bolívar; monta, arenga, recluta, arremete, resplandece, lleva caballo blanco y dolmán rojo, y cuando se le ve de cuerpo entero, allí está, en Las Queseras del Medio, con sus ciento cincuenta héroes, rebanando enemigos, cerrándolos como en el rodeo, aguijoneando con la lanza, como a ganado perezoso, a las hordas fatídicas de Morales. Pasa el río, se les va encima; los llama a pelear; les pica el belfo de los caballos; finge que huye; se trae a las ancas toda la caballería. "¡Vuelvan caras!" dice, y con poco más de cien, a la luz del Sol, que volvió a parar su curso para ver la maravilla, clavó contra la selva a seis mil mercenarios, revueltos con el polvo, arrastrados por sus cabalgaduras, aplastados por sus cañones, caídos sobre sus propios hierros, muertos antes por el pavor que por la lanza.

Así venció en su primera pelea formal, en la Mata de Miel; así en la última, trece años después, cuando aseguró la independencia del continente de Carabobo. "¡A vengar mi caballo!" dijo en la Mata, y se trajo sin jinetes, porque a lanzazos los sacó de las sillas, todos los caballos de López! "¡A vengar a mi negro Camejo!" dijo en Carabobo; carga con sus seiscientos, gana la rienda y rompe al enemigo, vuelve con todas "las lanzas coloradas" y es libre la América.

III

Tres años sirvió de soldado durante la primera guerra, y cuando en sus filas no había llegado más que a sargento, en las del enemigo, triunfante en 1813, lo querían para capitán de caballería.

¿No era él quien desmontaba en un encuentro treinta jinetes? ¿el "tío", el "compadre", el "mayordomo" de los llaneros? ¿el que por generoso los deslumbraba, y por astuto, y por fuerte? ¿el que veía de una legua, clavaba en un saetazo al puerco montés, domaba al potro con mirarlo fijo, volcaba al toro de un tirón de cola? Pero él se escurre por un lado del monte, a ser capitán de los patriotas, que a poco se le cansan, y ya no son más que veinte, y luego dos, y luego él solo.

Le quitarán la espada con engaño; ¡porque frente a frente, ni el pueblo entero de Canaguá se la quitaría! Lo cargarán de grillos en Barinas: "¡a mí los más pesados!". Lo habrían matado de noche, como a todos los presos, a lanzazos, si con sus ruegos y los de un amigo no ablandasen el corazón del carcelero, que le quitó los hierros. ¿A dónde irá ahora Páez? ¡A buscar su caballo y sus armas, para venir, él solo, a rescatar a sus compañeros! "¡Quién vive!" le grita la guardia. "¡El demonio, que pronto vendrá a cargar con ustedes!". Vuelve riendas. "¡Adelante!" grita a un batallón invisible. La guardia se echa por tierra. De un planazo se concilia al alcalde dudoso. Saca libres a ciento quince presos. Abre otra cárcel llena de mujeres.

Y sin más compañero que un gallardo español que no le conoce, y a quien dará después su bolsa, como para castigarse por haber pensado en cobrar en él toda la ofensa de que viene lleno, sale otra vez sin llenar el sacrificio cierto del pueblo de Barinas, que lo aclama por jefe, a levantar el ejército allí donde la libertad está, más segura que en las poblaciones, en los llanos. En los llanos, leales al rey; pero él levantará ejército.

Sus primeros soldados son cinco realistas que le intiman rendición. Luego saldrá al camino, puesto en apuros para demostrar a los cinco reclutas cómo es verdad que tiene por lo cercano una compañía, que nunca llega; topa con una banda de indios: los aterra; los hace echar al suelo las flechas; con todas ellas y los arcos ata un haz; y se lo lleva a la espalda, y entra en el pueblo con los indios presos.

Con los llaneros que desprecia García de Sena organiza en Mérida su primera compañía; con los prisioneros de su teniente en Banco Largo monta los *Bravos de Páez;* con el aguardiente y su palabra enardece de tal modo a los indios de Canaliche, temerosos de la fusilería, que los indios transfigurados, se pican la lengua con la punta de la flecha, se embadurnan el rostro con la sangre que les sale de la herida y mueren abrazados a los cañones.

Cuando no tiene más, sale a campaña con tres lanzas y un fusil; pero si quiere caballos para la gente que se le allega, ¿no van montados los realistas? si le faltan barcas con que defender el río, ¿para que están las flecheras españolas, que huyen a cañonazos corriente arriba? Por eso escogió Páez de pinta rucia los caballos de sus mil llaneros, porque los rucios son buenos nadadores.

Ni los hombres, ni las bestias, ni los elementos le habrán de hacer traición; porque él, que al empezar la pelea cae a veces sin sentido de la silla por la fuerza con que le acomete el deseo de ir a recibir los primeros golpes; él, que en cuanto se ve solo ataca, y en cuanto ataca vence; él, que cegado por el combate se va detrás del enemigo con un niño por único compañero, mientras su tropa se queda atrás entretenida con el botín; él, que arenga a sus lanzas de este modo, en La Mata de la Miel: "¡al que no me traiga un muerto, lo paso por las armas!"; él no humillará jamás a un bravo, ni se ensañará contra el vencido. Al pujante Sánchez sí lo sacará de la montura en el asta de la lanza, y como que, cuando lo tiene en tierra bajo la rodilla, "prorrumpe en palabras descompuestas e impropias del momento en que se hallaba", lo rematará de otro lanzazo; pero cuando un patriota sanguinario deshonra sus armas descabezando prisioneros indefensos, "ya al caer la quita", no puede contener la indignación que le sofoca; para al bárbaro; acude a su superior; defiende a los prisioneros delante de la tropa. "¡No ni la más estricta obediencia militar", escribió luego, "¡puede cambiar la espada del soldado en cuchilla del verdugo!".

IV

Así iba ya, de jefe suelto, algo más libre que al principio de jefes torpes y rivales celosos, a la cabeza de su gente de lanza que le adora, que le para el caballo para pedirle lo que quiere, que le quita de las manos la lonja de carne que se lleva a la boca.

Van por los ríos de noche, voceando para ahuyentar los caimanes; por los esteros cenagosos, sacando a pujos de brazos su animal ahogado; por los llanos encendidos, entre brotes de llamas, turbiones de humareda, bocanadas de polvo. No hay más comida que la res que matan; y los soldados, sin sombrero y vestidos de pieles, se apean, lanza en ristre, a disputarse el cuero fresco. La banda sigue al paso, afilando

el chuzo de albarico, asegurando al ástil con correas de cuero la cuchilla floja. Páez va delante, "descalzo y maltratado de vestido", con unas calzas de bayeta roídas hasta media pierna.

Cruzan los ríos con las armas y la montura a la cabeza; al que no sabe nadar le hacen bote de un cuero; si la carga es mucha, con tiras sin curtir recogen los bordes de una piel, echan dentro lo pesado, y al agua van, con su caballo de una mano y la cuerda en los dientes. Al salir a un yagual, descubren a un hombre encuclillado, con las manos en la maraña del cabello, con la mirada fija en tierra; tiene a los pies, mondados, los huesos de su propio hijo. De cuando en cuando se encuentran, colgada en una jaula o clavada en una escarpia, la cabeza de un patriota frita en aceite; un día, después de vencer, desclavan la cabeza de Aldao, y sale volando un pájaro amarillo, como su bandera, que tenía allí su nido!

¿Qué es Monteverde, qué es Calzada, qué es Correa, qué es Latorre, qué es Boves, qué es Morillo? Cuando aún tienen su plan en el cerebro, ya Páez está a sus talones deshaciéndolo. Adivina todas las vueltas y ardides del español y calcula con exactitud los movimientos que deben nacer de sus defectos y virtudes.

Obedece a sus presentimientos, y se salva.

Al azar nada fía y lo prevé todo antes de empeñar el combate; pero ya en él, no pierde un gesto. Improvisa recursos singulares en los instantes más comprometidos. Engaña al más astuto. Siempre le ocurre lo que el enemigo no puede prever. Lleva la carne muerta de tres días, para que no lo delaten los buitres que caen sobre la matazón reciente. Cada encuentro le enseña el modo de vencerlo.

Su estrategia es original, pintoresca y sencilla. Sobresale en simular un ataque, y vencer con otro; en fingir fugas de caballería, partir las fuerzas que le dan caza, y revolver con toda la gente sobre la una, y luego sobre la otra; en sacar al campo al enemigo, de modo que la infantería lo envuelva; en decidir una batalla dudosa con una inesperada acometida. ¡Qué peleas, brazo a brazo, la de la Miel, la de los Cocos, la de Mucuritas, la de las Queseras, la de Carabobo! Aquellos mil hombres parecen un solo hombre: se tienden por la llanura, galopan al mismo son, ondean como una cinta, se abren en abanico, se forman en una sola hilera, se replegan anca con anca, desbócanse en cuatro bandas, para revolver a una sobre el enemigo dividido; vuelven a escape del triunfo, sacudiendo las lanzas en alto.

No eran aún más que cien, allá por 1814, y ya Páez se iba a citar a combate con *baladronadas* al jefe realista. El jefe vencido se echaba al río y Páez se echaba tras él, cruzaba el río antes y lo esperaba a la otra orilla, para perdonarlo. Se les caen al suelo los potros moribundos y la pelea sigue pie a tierra.

Va a venir por aquel lado el español, y lo aguardan hora sobre hora, tendidos sobre los cuellos de los caballos. Los apura el contrario numeroso y pasan la noche en el estero.

Vienen a cazarlos con barcas y ellos se echan al agua, se acercan a la borda, se zambullen en cuanto luce la mecha del cañón, pican con el asta el pecho de los artilleros, toman desnudos, lanza en mano, las flecheras desiertas.

Se prepara Morillo, con el favor de la noche, a echarles encima sus fuerzas mayores; y Páez, que no sabe de Aníbal ni de sus dos mil bueyes, ata cueros secos a la cola de cuatro caballos, y a la vez que echa al aire un tiroteo, lanza a los brutos desesperados sobre el campo español, que presa del pánico levanta tiendas.

Si el viento va detrás del enemigo, incendia la sabana, y en medio del fuego espantoso, entre columnas de humo y lenguas de llamas, carga catorce veces la caballería.

A Puerto Cabello, entretenido con maniobras falsas, lo asalta de noche a caballo por el mar, y lo toma. Y cuando en 1818, horas después de abrazar por primera vez a Bolívar, quiere el héroe, impaciente, vadear el Apure, burlando las cañoneras españolas del Coplé, "yo tomaré las cañoneras", dice Páez; sus bravos se desnudan y se echan al río con los caballos en pelo y la lanza en la boca; nadan con una mano y con la otra guían a su cabalgadura; llegan a las cañoneras, saltan del agua al lomo, del lomo a la cubierta, de la cubierta a la victoria! Suyas son. Bolívar, vencedor, pasa el Apure.

Grande era Páez al resplandor de las llamas de San Fernando, incendiado por sus propios habitantes para que Morillo no pudiera hacer de él fortaleza contra los patriotas; grande en los llanos, cuando, ijar contra ijar, con luces émulas centelleándoles los ojos, iba su caballo blanco al lado del potro rucio de Bolívar; grande en las Queseras, tundiendo a los de Morales con el cuento de la lanza, cuando, de herir a los seis mil con sus ciento cincuenta, ya se le había embotado al asta el filo; grande en Carabobo, cuando, señalándose al contrario por su penacho rojo, que acude de sus infantes abatidos a su caballería

desordenada, ve venir al "primero" de sus bravos, al negro Camejo, cuyo caballo, muerto como su amo, cae de rodillas a sus plantas; de un vuelo del brazo cita a los jinetes que le quedan, y cuando un realista compasivo lo levanta del síncope que lo ha echado por tierra, del poder de España en la América no quedan más que los cascos, rojos por la sangre que empapa la llanura, de los caballos de *Valencey* y de *Barbastro!*

Pero el llanero criado en el mando de su horda omnipotente jamás fue tan grande como el día en que de un pueblo lejano mandó llamar al cura, para que le tomase, ante la tropa, el juramento de ser fiel a Bolívar; ni aquel guerrero, saludado durante dieciséis años a la entrada de los caminos por las cabezas de sus tenientes en la picota o la jaula, venció nunca tanto como el día en que, roto con honor el último acero de España en Puerto Cabello, ni la humilló, ni se vengó, ni le colgó en jaulas la cabeza, ni la clavó en picas, sino que le dio salida libre del castillo, a tambor batiente y bandera desplegada.

¿Podrá un cubano, a quién estos recuerdos estremecen, olvidar que, cuando tras dieciséis años de pelea, descansaba por fin la lanza de Páez en el Palacio de la Presidencia de Venezuela, a una voz de Bolívar saltó sobre la cuja, dispuesta a cruzar el mar con el batallón de "Junín", "que va magnífico", para caer en un puerto cubano, dar libres a los negros y coronar así su gloria de redentores con una hazaña que impidieron la sublevación de Bustamante en el Perú, adonde Junín tuvo que volver a marchas prontas, y la protesta del Gobierno de Washington, que "no deseaba cambio alguno en la condición ni en la posición política de Cuba"?

¡Bolívar sí lo deseaba, que solicitado por los cubanos de México y ayudado por los mexicanos, quiso a la vez dar empleo feliz al ejército ocioso y sacar de la servidumbre, para seguridad y adelanto de la América, a la isla que parece salir, en nombre de ella, a contar su hermosura y brindar sus asilos al viajero cansado de la mar! Páez sí lo deseaba, que al oír, ya cano y viejo, renovarse la lucha de América en la isla, ¡volvió a pedir su caballo y su lanza!

¡Oh, llanero famoso! tú erraste luego, como yerra el militar que se despoja, por el lauro venenoso del poder civil, de la corona inmarcesible que los pueblos tributan a sus héroes desinteresados; tú creías tener razón para olvidar el juramento que empeñaste al cura; tú te dejaste seducir por el poder, cuyo trabajo complicado exige las vir-

tudes que más se quebrantan en la guerra; pero jamás fuiste cruel, ni derramaste para tu provecho la sangre de los tuyos, ni deprimiste, para mantener un falso engrandecimiento, el carácter de tus conciudadanos!

¡Donde quiera que estés, duerme! Mientras haya americanos, tendrás templos; mientras haya cubanos, tendrás hijos!

P A E Z

Tomás Michelena

La gloria adquirida por los triunfos guerreros, es atributo de otras edades. La Humanidad de hoy, encaminada hacia la verdad por la ciencia, civilizada por la democracia y precedida por el sentido filosófico, halla que la gloria es más excelsa cuando los laureles se siegan en las campañas sociales, llevando por lábaro el bien público, el progreso moral y el triunfo del derecho. Así, aquel que llegue a conquistar el laurel de la guerra y el del civismo, abarcará la vida entera de la Humanidad, ornando su frente de inmarcesibles resplandores, como Washington y Franklin; y más todavía, si la primera de esas glorias fue excepcional por grandiosa, y la segunda, noble y desinteresada, alcanzará lo que no cabe sino a contados seres, raro producto de los siglos...

¡Esa es la gloria de Páez!...

Su vida de actividad pública abarcó más de medio siglo, y todo lo alcanzó en su vuelo lleno de majestad; porque fue noble y grandiosa su obra; porque a su pujante brazo no faltó jamás el contrapeso de un corazón magnánimo; porque al brillo siempre resplandeciente de su nombre en las batallas, iba unido el prestigio de su bondad ingénita, de igual modo que al esplendente lustre de su magistratura liberal se aliaba el certero tino y la más cabal probidad.

El galardón a su epopeya grandiosa la tuvo en su Patria en los bellos tiempos de ella, y la sincera admiración por sus virtudes, como la espléndida ovación al magistrado y al fiel sustentador del derecho,

en todo el mundo civilizado. La apoteosis a su memoria, se la tributa la Historia, que la conservará por dilatadas posteridades, puesto que le coloca entre los héroes portentosos y entre los repúblicos más encumbrados, sin que nada ni nadie pueda amenguarla atentando a la verdad.

Cosecha inmensa de triunfos fabulosos, fue su vida guerrera; y, como pocos adalides, la Victoria coronó siempre su esfuerzo; en éste nunca entró la crueldad, como en su pensamiento jamás hubo cabida para la ruín exacción.

Es así cómo su olímpica figura representa viviente al mitológico dios Marte, su pujanza y alteza al cantado Aquiles, y su abnegación y patriotismo al imponderable Cincinato.

Tanto alcanzó su renombre, y tanto dio en beneficios a su Patria, como para que no le faltara el asedio de la ingratitud, la odiosa detractación, y después, el martirio que sublima; que las malas pasiones acechan lo grande y bello para derribarlo, y viven luego de los despojos, como los insectos rastreros y como los sombríos cuervos.

Si grande en la guerra por alcanzar la emancipación, mayor fue su grandeza en la paz que fecundó, fundando la República, fincando su anhelo en el derecho humano, librando ruda batalla contra las ambiciones bastardas, y cuidando, solícito, por la majestad de la Ley...

Su gran vida se separa históricamente en tres períodos luminosos: la del héroe, que combate sin igual y de modo peculiar y portentoso; la del civismo y de la estricta ley liberal, cuya obra fue un fenómeno en América, sólo comparable al carácter de sus hazañas; y la de su peregrinación por el mundo, llevando por únicas credenciales su gloria inmaculada, su fama universal y su pobreza honrada.

Había nacido humilde, sin títulos ni honores, sin tradiciones de familia y sin privilegios que impongan. Sus horizontes eran nada en el estrecho recinto de una aldea, y su porvenir posible estaba reducido a lo efímero y a la oscuridad. Sin enseñanzas ni educación, sólo tenía al alcance de su espíritu el ejemplo de las sanas virtudes de sus padres; pero en aquella naturaleza primitiva, estaba un alma excelsa que sólo aguardaba propicio instante para rebelarse, para crecer y para llegar a la mayor altura humana... Esa hora sonó al unísono con el toque de llamada de la Independencia, y el lancero soldado de 1810 ocupó con su nombre la Patria y con sus hechos la Historia, con su fama el mundo.

Tras un combate personal y en defensa propia, brilló la lanza en su potente brazo en servicio de la Humanidad; y el prestigio de su valor y de su ingenio, lo elevó, grado a grado, por sobre los suyos y en la admiración por sus contrarios. Mézclanse a sus hazañas, todas increíbles, las privaciones y fatigas; a los peligros consiguientes de la guerra, terrible, cruda, a muerte, los celos de unos, la envidia de otros, la prisión, la condena y su liberación; a los combates personales, indispensables, y a las maravillosas sorpresas al enemigo, su magnanimidad con el vencido; y tras las repetidas acciones de guerra, campos de gloria que resuenan con los nombres de "Matas Guerrereñas"... "Estanques"... y "Guasdualito"... "Chire"... "Arauca"... y "Palmarito"... "Mata de la Miel"... "Paso del Frío"... y "Arichuna"... llega a la Jefatura Suprema cuando todo se había perdido en la extensión de Colombia. Continúa con igual fervor, pero con mayor empuje, y entonces acrecen con su gloria las imposibles y monumentales hazañas, sucediéndose: "El Yagual"... "Achaguas"... y "Santa Catalina"... "Nutrias"... "San Fernando"... y "Mucuritas"... "Mantecal"... "San Antonio"... y "La toma de la Escuadrilla en las bocas del Coplé"... "La Misión de Abajo"... "La Enea"... y "Sabana de Cojedes"... y luce entonces con resplandor inmenso la homérica hazaña de "Las Queseras del Medio"... Luego siguen "El pueblo de la Cruz"... y a poco el inmortal "Carabobo"... al cual se agregan "Naguanagua"... y "El asalto de Puerto Cabello"...

Después de tanta gloria y de tanto éxito, quedó en medio el vasto campo de sus triunfos extirpando los restos del realismo con la autoridad suprema, y con su hábil y valeroso sistema; combatiendo también la ambición inconsiderada, y preparando a la cabeza del partido de la democracia el advenimiento de la República, con la separación indispensable de Colombia.

El año de 1830 se desciñe la gloriosa espada, y, armado sólo del libro de la ley, hermoso código de los derechos del hombre, encamina la República; y no le basta sembrar en el primer período de su notable magistratura, las grandes reformas que convertían la Colonia y el Caudillaje en libertad, orden y progreso moral, sino que tras ese reguero luminoso funda el *Poder Civil,* procurando apartar a un lado el reato militar, legítima herencia de dieciséis años de único imperio en los campos de batalla; —y logra que prepondere el derecho ciudadano por sobre el fuero guerrero.

Fue entonces que el mundo entero giró su mirada hacia esta afortunada región —que la gloria de Bolívar había por un instante atraído, y que la gloria militar de Páez había sorprendido— para admirar la extraordinaria transformación, pacífica, noble y esplendente, que operaba el héroe fundando la República con todos los atributos de un liberalismo democrático incomprensible por la incipiencia de estos pueblos, e inconcebible, dado los antecedentes. Fue entonces que esa admiración se manifestó con la cortesanía y el espléndido agasajo de los monarcas hacia el adalid más notable de la América, y hacia el magistrado más puro y liberal; que los Gobiernos del mundo civilizado rindieron a porfía sus respetos y la más franca cordialidad para con la naciente República; que su crédito alcanzó en los principales mercados de la Europa la altura de las más honradas Administraciones; y que los Tratados públicos hallaron fraternal comunidad de intereses con Venezuela. Esa obra, inalterable en grandezas, en verdades, en justicia, en libertades, duró el espacio de diecisiete años, y con ella la poderosa y benéfica influencia moral de Páez...! ¡Después...!

El héroe se debía a su obra...; la defendió, defendía con ella los fueros ya de la libertad, y la herencia de las glorias patrias... y cayó con la República, que moría...!

Entraba en su tercer período, casi tan luminoso como los anteriores: era su apoteosis en vida; ya sólo porque el derecho había muerto, las glorias de la Independencia se desvanecían, y la Patria, agonizante, pedía por voces animadas por la ingratitud y sedientas de pasiones, el martirio para el adalid y el descrédito para la República.

¡Todo se consumó! Se pidió la cabeza del sustentador de las instituciones, y su alta frente se alzó más aún; se aprisionaron sus miembros, que robustecieron las fatigas de la guerra, y aquel Atlante sonrió ante las miserias humanas; se le encerró en fuerte recinto de muros que supo abatir su pujante brazo, y de allí salió, tan viril como antes, su voz llena de sublimes reproches. Al cabo debía coronar el destierro la obra de esos tiempos, y la tierra de Washington se aprestó a festejar, con homenaje que fue solemne protesta, al que era arrojado de su Patria. Nada comparable con aquella manifestación, por espontánea y grandiosa, y nada más notable aún, porque a ningún otro mortal rindió tributo tan espléndido el pueblo norteamericano!

Apeló al Esclarecido Ciudadano un partido, en medio a la terrible lucha fratricida que destrozaba la Patria, e infructuosa su labor por

unión de los ensañados contendientes, y débil ya por la ancianidad, tornó al destierro.

Peregrino en todos los pueblos del Continente, halló en cada uno Patria, honra y el homenaje sincero a su grandeza; y trasladado al Viejo Mundo, los reyes y los grandes supieron expresar al noble paladín y al íntegro magistrado el espontáneo respeto que sólo alcanza la verdadera grandeza, y las más elevadas consideraciones que son gaje de una vida consagrada a encumbradas obras.

Las más grandes figuras de la Humanidad parecen estar marcadas con el sino del martirio, persiguiéndoles las pasiones hasta el sagrado de sus tumbas. Sobre la del más preclaro hombre público de la América del Sur, muerto fuera de su Patria a los ochenta y tres años, al que la Historia podrá tachar debilidades del corazón, pero jamás los crímenes y las exacciones en el Poder, y sí aclamar como al más heroico y al más liberal y justiciero, medró por largo tiempo la hierba que alimentó el incansable e injusto odio; y en la tierra, a la que dio nombre y gloria, ley y derechos, no se le alzó ningún monumento conmemorativo a tanta grandeza.

Ha clamado al cabo la conciencia nacional por la reivindicación histórica, único bien de este pueblo, "que la Patria no es la porción del suelo, sino la grandeza de su vida pública"; y al aspirar tan legítimamente al noble objeto, el eco repercutió en las regiones oficiales; el pensamiento fijó ansiosa la mirada en ese pasado, lleno de lo más puro de nuestra vida nacional, en el que se destaca con admirables contornos la espléndida figura del adalid de la emancipación y del sustentador del Derecho, y halló que era noble y necesario rendir un homenaje al trasladar los venerandos restos a la Patria...

¿Bastará esa demostración, impuesta por la verdad histórica, reclamada por el sentimiento público, y exigida por la dignidad de Venezuela?...

No... ella no representa sino la iniciativa de un pensamiento más vasto, que hallará su complemento el 13 de junio de 1890, día del centenario del general José Antonio Páez.

La República se engalanará en ese día, y, puesta de pie y rodeada de los representantes de los pueblos civilizados, entonará un himno a la memoria de su fundador, del más preclaro de sus hijos, del héroe incomparable y del demócrata más austero... La Patria, agradecida, le elevará entonces un monumento grandioso, en el que, aunados a los

símbolos del guerrero, queden los de mayor timbre del hombre del derecho. Las festividades de ese día serán las verdaderas y justas expansiones del pueblo de Venezuela: tendrán el seguro concurso de toda la América y el sincero homenaje de los Gobiernos de Europa que supieron honrar en vida al héroe y al íntegro magistrado; porque en la vida de la Humanidad, Páez ocupa en el progreso una de las cumbres más elevadas.

Caracas, febrero de 1888.

JOSE ANTONIO PAEZ
CIUDADANO ESCLARECIDO

*M. Sánchez Peña**

Apenas ha principiado para ti el juicio de la posteridad, y ya tu nombre salva los lindes de la Patria, para ser pronunciado con admiración por las gentes, y tus hazañas cantadas en todos los tonos de la epopeya.

Las futuras generaciones, depuradas para entonces de la inquina de las pasiones banderizas, habrán de pronunciar tu nombre con orgullo, como que eres honra de la especie humana; y tus proezas habrán de mirarlas como fábula mitológica, como leyenda de los druidas, o como invenciones romancescas de los antiguos trovadores.

Trabajo costará convencerlas de la verdad de tu historia prodigiosa; y no sé qué admirarán más, si tus heroicidades como guerrero, o si tus virtudes como hombre; por eso, paréceme ya vislumbrar al través de los años, la apoteosis que las venideras generaciones harán a tu memoria en los altares de la libertad y del patriotismo.

No habrá pasiones que extravíen la razón, ni odios que conturben los ánimos: tu gloria brillará con todos sus límpidos fulgores, y tus coronas de inmarcesible laurel, reverdecerán a cada nuevo sol.

¡Y cómo no! Si durante una década de años realizaste prodigios con tu lanza, sufriste escaseces de todo género, y luchaste constantemente contra todos los elementos!

Si tuviese la paleta de Apeles o el cincel de Fidias, te representaría sobre el vigoroso potro, desnudo el hercúleo tronco, embrazada la poderosa lanza, circuito de altos pastales y de ejércitos destrozados; al pie escribiría: *El héroe semisalvaje de las pampas.*

Y en mármol o en bronce esculpiría tu arrogante figura, centelleante la mirada, serena la altiva frente, clavada la lanza, rota la espada, el libro de la ley en una mano, y jurando con la otra obedecerla: he allí al *Ciudadano Esclarecido.*

Hoy que la Patria acoge tus cenizas, y entona cánticos de amor a tu memoria, permite, ¡oh héroe! que ofrende esta mísera corona a tus glorias y virtudes. Acéptala, benigno, que ella exhala el puro aroma de mi afecto y de mi gratitud, exenta de todo encono, de toda dolosa pasión, de todo arranque exagerado, de toda bastarda preocupación, pues que, pertenezco a esa nueva generación que se levanta, ajena por completo a las pasadas contiendas que ofuscaron la luz de la razón en los unos y los otros.

Me presento a ti con el espíritu sereno, deslumbrado sólo por los resplandores de tu gloria; y con el recto juicio de la imparcialidad, evoco los recuerdos de tu vida y te encuentro tan grande y tan admirable como guerrero, como grande y admirable como magistrado y administrador; cualidades que dieron renombre a esa época feliz, y que hoy las gentes de aquellos y estos tiempos llaman por antonomasia *la edad de oro de Venezuela!* . . .

Duerme, infatigable Campeón; duerme, probo y cabal Magistrado, el sueño de la gloria, agobiado por el peso de tantos laureles!

Maracaibo, 19 de abril de 1888.

---

* **A la gloria del General José Antonio Páez. "Artículos publicados en "El Fonógrafo" y coleccionados en obsequio de sus constantes favorecedores". Maracaibo, Imprenta Americana, 1888.**

PAEZ

*César A. Zumeta**

La gloria de Aquiles cabe holgada en la Ilíada; ¿en dónde la vuestra, por qué no se ha escrito vuestra epopeya?

Tendime un día sobre la roca por donde se despeña el Tequendama: la majestuosa curva de líquido cristal rozaba casi mi cabeza, se estrellaba a mis pies y se precipitaba al abismo con el terrífico fragor de cien truenos, que al retumbar en los negros muros de granito hacen pensar al alma conmovida, si en aquel antro de maravillas se fraguan las tempestades y ruge encadenado el huracán. El aliento de lo sublime oreó mi frente y comprendí ¡oh Páez! que para cantaros ha menester el poeta del ronco acento del Tequendama, de la nota olímpica de ese torrente que en su soberbia se deshace en perlas, antes que tocar la tierra, para tributarse a sí mismo el incienso de sus propias brumas. Por eso no se ha escrito aún vuestra epopeya.

Buscando en la naturaleza simil ajustado a vuestro arrojo, superior al de los hombres, igual al que se atribuye a los dioses, se va mi mente a la ribera del Amazonas, "Padre de las aguas, Rey de los ríos", y lo miro medirse con Atlante, luchar con él brazo a brazo, rechazar las irritadas ondas y abrirse cauce en el Océano entre salvajes cánticos de victoria que asordan el espacio y magníficos himnos de espuma que coronan las crestas de las olas y bordan el cerúleo campo. Los hombres no sabemos repetir esos cantos ni copiar la letra de esos himnos: por eso no se ha escrito vuestra epopeya.

Yo he viajado por las llanuras de donde arrancan los Andes, las soberbias moles en cuyos vértices anida el condor y heme imaginado el Chimborazo con su eterno cinturón de nubes, sus perpetuas nieves —"lechos de diamante" que dijo el Libertador— y su no hollada cumbre. Yo he creído ver a Iris grabando en esas nieblas vuestro nombre ¡Páez! y cuando he soñado en ese monumento grande, inmutable, sobrehumano como vuestra gloria, he comprendido por qué no está vaciada en bronce vuestra figura egregia sobre columna de granito.

Sois único. ¿Qué la epopeya, qué la escultura monumental podrían realizar que fuese digno de vos? ¿Quién lee la historia de vuestra obra sin que a intervalos sienta recorrer por su espalda ese extraño estremecimiento que Job llamó frío y que sólo se experimenta al encon-

trarse frente a frente de lo sublime? Que esa historia y ese estremecimiento os basten en tanto no encuentre el poeta en su plectro la nota formidable del Tequendama y el almo himno amazónico, y en tanto el escultor trate en vano de copiar en mármol el Chimborazo y de burilar en él con caracteres de luz vuestro nombre.

Caracas, 1888.

---

* *Pensamientos a la Memoria de José Antonio Páez.* Caracas, Imprenta de "El Porvenir", 1888. pp. 21-22.

APOTEOSIS DEL GENERAL PAEZ

Antonio Guzmán Blanco

París, 1º de enero de 1889.
43, rue Copernic.

I

Señor José Andrade:

Oportunamente me llegaron la carta de Ud. fecha 26 de junio del año que acaba de expirar, una nota de la Delegación Zuliana y la medalla conmemorativa de las fiestas celebradas en honor del General Páez.

Antes de responder, me he tomado algún tiempo esperando una oportunidad en que, aun publicada mi contestación como me lo imponen mis antecedentes y mi posición, no pudiera ello contribuir a la agravación de las dificultades que surgieron últimamente en la política de Venezuela.

¡Ojalá que conocida la causa, Ud. y la Delegación Zuliana me excusen por el retardo!

Amigo de los maracaiberos y de los Zulianos todos, no puedo menos que agradecer que me hayan recordado tan honrosamente en las fiestas dedicadas a la apoteosis del Prócer, Ciudadano Esclarecido General José Antonio Páez.

II

Mas, señores delegados, oídme:

Soy hombre de convicciones sinceras: he sido durante un cuarto de siglo factor más o menos trascendental de la causa liberal: soy el propulsor de la Regeneración de la Patria; y aspiro a dejar establecidas las prácticas de la verdadera República.

Sin ambición de mando de ninguna especie, cuento representar, a pesar de defectos y de errores inherentes a la humana naturaleza, un tipo de leal ciudadano al servicio de la política de mi Patria.

De aquí que me haya cuidado siempre y me cuide todavía, de conservarme a plena luz, destacado, tal cual soy, ante mis contemporáneos y confiado en la posteridad que ha de juzgarme conforme a la imparcial historia de mi tiempo.

He sido Dictador cuatro veces en veinticinco años... Dictaduras en que he creado la nueva Venezuela...

Por esto, sus Congresos, sus Legislaturas seccionales, sus Concejos de Distrito, las Municipalidades, el Pueblo, la Nación entera, no llaman mis Gobiernos, Gobiernos del Dictador, sino Gobiernos del Regenerador de la Patria...

Esto, no obstante lo que haya dicho alguna nulidad, que por débil en la lucha o por infiel a la causa, he tenido que dejar rezagada a la orilla de ese largo camino que media entre la Venezuela de la anarquía y la Venezuela regenerada; o lo que falsifica ese otro con el nombre de historia, para justificar el inaudito, insólito atentado eleccionario de 1846 y disculpar la sentencia a muerte del entonces elegido de los pueblos.

¡La Regeneración de la Patria es Autocracia, para tal historiador!... ¡Y traidores, los oligarcas, que como él, han servido a los Gobiernos liberales!...

¡Una vez más, desatentado hasta la insensatez!...

III

El General Páez fue desde 1815 hasta 1863 la personalidad más discutida en Venezuela. Lo fue desde que apareció hasta que desapareció de la vida pública.

Tiene ésta dos épocas; la del teniente de Bolívar, durante la guerra de Independencia y hasta la batalla de Carabobo, de que Páez fue héroe; y la del gobernante de Venezuela hasta el tratado de Coche, en que aquel abdicó para siempre su poder político.

Como nací a la razón en la época en que mi Padre fundaba el Partido Liberal para derribar lo que él llamaba la autocracia de Páez, yo me formé en el despacho de "El Venezolano", donde se tenía a Páez por un guerrillero secundario de la isla de Achaguas, infiel, aleve y sin miras dignas de la Patria inmortal y gloriosa.

Luego vino aquella noche tenebrosa de 46 y 47, en que todo el conato de la oligarquía, presidida por Páez, fue inmolar a mi padre en un cadalso, cuya capilla y banquillo vi, con mis propios ojos, preparados...

La mano providencial del General Tadeo Monagas, Presidente impuesto por la voluntad de Páez, salvó, sin embargo, a mi padre; y como los oligarcas, por ese solo hecho, decidieron derribar al magnánimo mandatario, el partido liberal sin condición alguna, propúsose defenderlo y yo por gratitud, y porque era liberal, me alisté en sus filas.

Corrieron los tiempos, y Monagas fue derribado diez años después, más que todo, por la traición de Castro, el jefe a su servicio más mimado.

IV

Volvieron así al poder los oligarcas. Ellos, siempre ciegos de pasiones rencorosas y opresivas, obligaron a los liberales a tomar las armas y sostener la guerra federal, que se llamó *la guerra larga.*

En efecto, lo fue mucho, porque no teníamos armamento, y nos fue preciso luchar casi desarmados primero, cambiando, puede decirse, compañeros que morían, por fusiles que arrebatábamos a los contrarios.

Después de Santa Inés y de la toma de San Carlos, un error del General Juan Antonio Sotillo nos obligó a librar la batalla de Coplé, donde, por falta de municiones otra vez, fue casi vencido el Ejército federal.

No podía éste, por tanto, conservarse ni maniobrar en masa, y en el paso de María, entre los confines del Guárico, Cojedes y Portuguesa, dividióse, yendo unos cuerpos para el Centro, otros para Oriente y

otros para Occidente. El General Falcón salió para Nueva Granada en busca de recursos que nos diesen cuantioso parque para la próxima campaña, que debía realizarse un año más tarde, y expresamente me escogió para que le acompañase.

Emprendimos viaje atravesando la selva de Turén, la mitad de Portuguesa y todo Barinas, en demanda del Alto Apure, para pasar el Arauca y ganar el territorio granadino.

En este tránsito, entre Palmarito y el Amparo, me separé hacia Achaguas, de orden del General Falcón y acompañado por el General García (el de Apure), para transmitir al General Segovia las instrucciones que debía seguir durante los meses del interregno.

V

Todo esto lo recuerdo, porque tengo que referir lo que me contó un testigo presencial, que vivía a las orillas del Arauca, precisamente en el lugar en que se cumplió la hazaña de las Queseras del Medio y donde por incidentes imprevistos, tuve al fin que pasar una noche.

Al amanecer y antes de montar, me ofreció café aquel llanero, amo del rancho donde había pernoctado. Por grande la totuma y mucho y muy caliente el café, no pude tomarlo pronto, lo que dio lugar a que el viejo llanero y yo nos diésemos a conversar.

—¿Desde cuándo vive Ud. por aquí? le pregunté.

—¡Ah! Señor, ¡siempre!...

—¿Qué llama Ud. siempre?

—Desde mucho tiempo, me dijo, ¡desde la guerra!

¡De la Independencia! exclamé.

—Sí señor, yo fui alferez de Páez y estuve en la acción de las Queseras.

—¡Sí!... Ud. es entonces un grande hombre, y, si me ofrece un baquiano con quien alcanzar a los compañeros, me quedo un rato para que me cuente cómo fue eso de las Queseras.

—Bueno, me contestó, uno de los muchachos lo llevará.

Ya había aclarado, nos salimos a la orilla del río, y el viejo me refirió que Bolívar y el Ejército patriota estaban del lado de allá, acampados en la gran *mata* que corre de Norte a Sur por la margen derecha del Arauca: que Morillo acampaba del lado acá, a lo lejos

en otras *matas,* con su *Ejército que trajo de España:* que después de muchos días perdidos, porque los patriotas no podían moverse, a causa de la inferioridad de sus fuerzas, el Libertador llamó al General Páez y lo reconvino delante de los otros Generales.

—¿Qué casta de valor, le dijo, es el suyo, General Páez? ¿Qué especie de jinetes tiene Ud., que no pueden hacer una simple diversión al enemigo, una recorrida siquiera para tantear sus posiciones?

—Y de aquí me añadió, que más tarde, en ese mismo día, el General Páez volviese al campamento del Libertador y le pidiese ciento cincuenta jinetes escogidos para pasar el río y hacerse matar o derrotar a Morillo, a su vista y a la vista del Ejército.

De estos informes, de los detalles que pregunté al llanero y de otras varias relaciones que me hizo, pude formar un nuevo y concienzudo juicio, rectificando el que, por influjos extrínsecos, como dejo dicho antes, tenía sobre Páez y sus hazañas.

VI

Páez, con verdadero valor, conocedor del territorio, astuto, sagaz y muy jinete, se sintió profundamente herido en el amor propio tan natural de un mocetón, sin duda, ensimismado con la supremacía que alcanzara entre los llaneros. En un rapto de verdadero despecho por lo sucedido, volvió Páez al campamento del Libertador, le hizo pedir audiencia, y díjole:

—Mi General, yo no sabía que en un campamento en que Vuecencia es el Jefe, me fuese permitida ninguna iniciativa: excúseme Vuecencia, que yo espero poder reparar la falta que involuntariamente haya cometido...

—Diga Ud., le contestó Bolívar.

—Yo conozco, continuó Páez, un vado que está más arriba, y, si Vuecencia me deja escoger ciento cincuenta jinetes y los jefes y oficialidad que me acompañen, saldré esta misma noche, y mañana, antes de mediodía, espero estar inquietando a Morillo.

—Muy bien, muy bien, contestó Bolívar: eso es lo que yo esperaba de Ud.

Y llamando a un Edecán, dio la orden para que se pusieran a disposición del General Páez los jefes oficiales y jinetes que él escogiese.

En la tarde, lista ya la expedición, salió, con el General Páez a la cabeza y el General Justo Briceño de Jefe de Estado Mayor, aquel pequeño cuerpo de héroes. Partieron sin más investigaciones ni más órdenes remontando la margen derecha del Arauca.

En efecto, Páez dio con el vado que buscaba, y pasó sus ciento cincuenta jinetes con *el agua a la cincha.*

Ya en la margen izquierda del río, contramarchó. Sabiendo donde los españoles tenían su primera avanzada, logró cortarla y cogerla prisionera. Luego continuó su movimiento, y en la alta madrugada pudo cercar la otra, que los españoles llamaban *gran guardia.* Sorprendióla también, y desarmada y prisionera como la anterior, fueron ambas conducidas al paso del río, a cuyo frente se encontraba el Ejército patriota. Ya al despuntar el día, vinieron algunos bongos y llevaron los prisioneros a presencia de Bolívar.

VII

En seguida, Páez organizó su cuerpo, dividiéndolo en tres columnas, para emprender marcha: una a la derecha, al mando de Aramendi: otra a la izquierda, al mando de Muñoz, y otra en el centro que la mandaba Páez personalmente.

A poco comenzó a producirse la natural curiosidad en el Ejército Libertador acampado en la margen derecha del Arauca, porque Páez emprendía arrogantemente la marcha de frente contra el enemigo, con sus tres columnas y a paso de camino.

También Morillo, como era razón, empezó a moverse y a formar en batalla sus tropas.

Juzgando el Jefe español que aquellos grupos de patriotas no ameritaban un combate, se le ocurrió cercarlos y hacerlos prisioneros.

Su línea de batalla marchaba a paso regular en las alas y en el centro marcando el paso, de modo que en cierto momento contaba Morillo haberlos cercado. Aquí la intrepidez, la astucia y el acierto de Páez. En el momento oportuno, precipitóse como un torrente sobre el centro enemigo, murieron unos cuantos patriotas, y rompió la línea.

Desconcertado Morillo, quiere hacer cambiar de frente a los suyos, fáltales a éstos la disciplina, se atortolan, y comienza la confusión, cuando Páez retrocede, alanzeando españoles que casi no aciertan a

combatir. Unos momentos después, el campo de batalla era ya una dispersión general en que ni jefes, ni oficiales, ni soldados pensaron sino en asilarse en los bosques para allí mejor rehacerse.

Entretanto, la expectación del Ejército patriota se tornaba en ansiedad, en interés supremo por los heroicos compañeros. Los jefes, los oficiales, la tropa libre de servicio y Bolívar el primero, radiante de amor e interés patrios, subieron a los árboles, y como desde un inmenso anfiteatro, contemplaron estáticos de admiración y con el nudo de la ansiedad en la garganta, aquella escena épica, aquel duelo homérico que eclipsaba los de la Iliada!... Hazaña de patriotismo verdadero, en lugar de proezas fantásticas; combate de hombres admirables, gloriosos y queridos, en lugar de combates reñidos por campeones imaginarios, pintados por la poesía!...

Las Queseras del Medio serán, en los tiempos futuros, argumento para una epopeya que eclipsará las de Homero como la de Virgilio...

Al cabo, reaparece Páez con sus compañeros muy diezmados, pero convertidos, como los que sucumbieron, en otros tantos héroes incomparables... Viene contramarchando con esa lentitud que la impaciencia del espectador siente martirizante. Llega en medio a los atronadores vítores de todo el Ejército, y Bolívar, sublime de entusiasmo, abraza a Páez y lo proclama en presencia de todas sus huestes, ante la admiración de la historia y para el ejemplo de las edades, el *Impertérrito,* el Héroe legendario en la suprema hazaña de las Queseras del Medio.

VIII

Este es a mis ojos el Páez de Apure: el mismo Páez de la Mata de la Miel, que convirtió en victoria lo que había sido casi una derrota; y el mismo Páez que, a nado, asaltó la flotilla española que dominaba el Apure.

IX

Y hay otro Páez, de la Independencia también, que merece tanto en Carabobo como lo que mereció, o más, si cabe, el Páez de Apure.

Bolívar, con aquella eléctrica percepción que abarcaba todos los horizontes de la América, y con aquella mirada de águila que penetraba simultáneamente en todos ellos, después de Santa Ana, en Trujillo,

al moverse con el Ejército sobre Carabobo, concibió la necesidad de hacer concurrir a la batalla decisiva cuantas fuerzas tenía Páez reunidas en Apure, las que en realidad eran la Legión Británica y muchas de las aguerridas reliquias del antiguo Ejército Libertador.

X

Conforme se le había ordenado, con diferencia de algunas jornadas, llegó Páez por Apurito y Guanare, poco después que Bolívar, a las llanuras de Cojedes.

Pero veamos lo que trajo Páez... Fue algo parecido a lo que, hace algunos años, llevaron los ingleses a Abisinia...

Aparecióse con mil a dos mil hombres de infantería bien armados, municionados y vestidos, con mil jinetes mejor montados, con otros tantos caballos en madrina, con abundante parque de reserva y tres mil reses para subsistencias.

Así fue como los patriotas pudieron llegar a Carabobo fuertes con seis mil hombres.

Después de reorganizados los cuerpos, distribuidos los parques respectivos, y pasada la revista de Taguanes, trasladóse Bolívar con el Coronel Laurencio Silva y otros dieciséis valientes, hasta mucho más allá del Naipe y examinó personalmente las posiciones que La Torre tenía allí tomadas hacía meses. El ala derecha de éste, ocupaba, al Norte, el cerro de Carabobo, al pie del cual corre la quebrada de este nombre: su ala izquierda, las alturas que demoran hacia el camino del Pao; y el centro, las que median entre éstas y el cerro de Carabobo, cerca del Guarabal.

Tal formación reveló al infalible golpe de vista militar de Bolívar, que el enemigo esperaba el ataque por el centro y sobre el ala izquierda, y que sólo para quitarle al Ejército patriota toda movilidad, había ocupado a la derecha, la altura que se llama de Carabobo.

Volvióse Bolívar para Taguanes, llevando un plan de batalla enteramente imprevisto por La Torre. Con la celeridad de siempre, sin un momento de descanso, dispuso la marcha del Ejército Libertador, continuando el camino que de Tinaquillo y Taguanes conduce a Carabobo.

Páez iba a vanguardia con su división de infantería y su guardia de caballería, que vestía dolmán rojo, por lo que se la conocía en el

Ejército con el nombre de *los Colorados*. Antes de llegar al Naipe, el Libertador desprendió a Páez con toda su división por una vereda que conducía a las alturas ocupadas por el ala derecha enemiga, y le entregó su propio baquiano para que le sirviese de guía y de informante del terreno. A Silva lo había despachado antes para que, tomando el camino del Pao donde estaba convenientemente escalonada la caballería saliese con ella a la sabana de Carabobo por el sur. Bolívar personalmente, con las divisiones de Cedeño y Plaza, continuó marcha por el camino real, y rompió los fuegos sobre el centro y ala izquierda enemigos, a tiempo que Páez rompía los suyos contra el ala derecha. Limitóse Bolívar a entretener el combate, dando tiempo a la marcha de Silva que debía desembocar en la sabana con las caballerías, o al triunfo de Páez sobre el ala derecha; porque uno u otro, el primero que saliese a la sabana, cortaba el centro y el ala izquierda del Ejército español, cayéndole por retaguardia.

Tal fue, en síntesis, el plan de la batalla decisiva para la libertad de Venezuela. Carabobo se debió al númen prodigioso de Bolívar. La batalla estaba ganada desde que uno y otro ejército tomaron sus posiciones. Cedeño y Plaza en el centro y en el ala derecha, sosteniendo el combate, daban lugar a una de dos cosas, previstas y combinadas por Bolívar. Si Páez escalaba la altura de Carabobo, sucedía, como sucedió, que La Torre tuvo que abandonar las posiciones de su centro y de su izquierda. Si Páez tardaba en escalar la altura de Carabobo, Silva habría salido por el camino del Pao con sus caballerías, lo que hubiera impuesto a La Torre un cambio de frente, y al abandonar sus posiciones, desordenarse y huir acribillado por nuestras lanzas, bayonetas y fusilería. Es decir, la operación de Silva al Sur de la sabana, habría producido las mismas consecuencias que produjo al Norte el triunfo de Páez en las alturas de nuestra izquierda.

Esta es la gloria de Bolívar. Por eso es él la gloria excelsa de Carabobo!... ¡Sol esplendente de aquel mundo de patriotismo, valor y gloria!...

Páez, con muy buena infantería, con la disciplina, sobre todo, de la Legión Británica y con su personal empuje, logró escalar la altura, y sucesivamente desalojar al español de posición en posición, hasta que, derrotado éste, fue perseguido en una pendiente tan fragosa, que no tuvo más recurso que desgranarse y caer a la sabana acosado por nuestra infantería. Esta fue ayudada por los dragones del escuadrón

de *los colorados,* quienes tomaban a los infantes en las ancas de sus caballos, para que asistiesen con más celeridad y más de cerca a la activísima persecución.

Consumado este desastre, La Torre quiso formar nueva línea de batalla a retaguardia, cerca del Caño de los Manzanos; mas las fuerzas de Plaza y de Cedeño, que combatían por el frente, seguían acosándolo, a tiempo que apareció Silva con su caballería por el extremo meridional del campo de batalla, y quedó consumada la derrota del Ejército español, constante de los más aguerridos soldados y muy bien mandados.

La confusión y el desorden fueron tales, que se cogieron prisioneros cuerpos enteros que aún no habían peleado, y el resto se hizo un completo desbarajuste, excepto las fuerzas de Valencey que mandaba el valiente táctico y estratégico Coronel García.

Este emprendió la retirada con su cuerpo íntegro. Había atravesado solemnemente casi toda la sabana, en momentos en que, por rivalidades y por cierto desafío que Bolívar no había consentido, Plaza, resentido además por haber proclamado el Libertador a Páez General en Jefe en el campo de batalla, provocó a éste para cargar entrambos a Valencey. El Coronel Diego Ibarra fue el testigo escogido por Páez, y Cedeño lo fue de Plaza. Los cuatro y sus cuatro asistentes, salieron con el propósito de romper a Valencey. Al llegar ellos y bajar el Caño de los Manzanos, Valencey acababa de pasarlo, y a pocos metros del opuesto borde estaba reformando su cuadro. En tal estado aparecieron Plaza, Cedeño, Ibarra y sus tres asistentes; acometieron, y al punto fueron recibidos por una descarga cerrada, quedando tendidos el valiente Plaza y Cedeño, *el bravo de los bravos.* Salvóse el Coronel Diego Ibarra, quien, al repasar el Caño de los Manzanos, encontró a Páez acostado en el suelo al lado del caballo y cuidado por su asistente de un accidente que éste llamaba *el mal del General*... Ibarra, al pasar, lo trató de *cobarde!!!*...

XI

No... Páez no fue cobarde. A Páez le faltó eso que se llama mundo, práctica de la vida. Proclamado General en Jefe por el Liber-

tador sobre el campo de batalla, en el momento del más grande entre los triunfos de nuestra guerra de Independencia, pleno de gloria cual debió sentirse ¿cómo iba a ser obligación del honor aceptar un verdadero suicidio, inspirado por pueriles susceptibilidades? Páez pudo y debió contestar a Plaza:

"No os acompaño en esa hazaña. Soy el héroe de la batalla que ha decidido para siempre la libertad de la Patria. Nada más tengo que hacer por ella, sino gozar de su libertad y con mi gloria, por haberla servido tan bien como afortunadamente. Si esto os exaspera, no penséis en que me haga matar, sí que en cumplir otra hazaña superior a esa que hoy me hace el más feliz de los mortales... Estoy seguro de que entonces, no seréis capaz de odiar a nadie...

XII

¡Basta!...

Véase como soy sincero admirador de Páez... del Páez glorioso de la Independencia...

XIII

Tratándose del otro Páez de la edad civil de Colombia y Venezuela, mis juicios son consiguientes a sus procederes. Sin amor ni odio, lo juzgo con severa imparcialidad.

Téngolo por el destructor de la Patria Grande, por el autor, con Santander, de la expulsión del Padre y Libertador; por el responsable de que la Patria creada por Bolívar, le repudiara y le negase el palmo de tierra que necesitaba para dormir el sueño eterno...

Lo tengo por el que estimuló a Mariño y los trece jefes que arrestaron a Vargas para después de lanzados aquellos en el militar motín, tomar el mando del ejército del Gobierno y enarbolar la bandera de la Constitución; lo tengo por el que impuso a Vargas la abdicación, poniendo así la base de la Oligarquía y sobre ella el pedestal de la Autocracia; lo tengo por el que inspiró y presidió aquella conspiración de lesa Soberanía popular, que en 1846 desbarató la República y produjo el sangriento período de 46 a 63 y sus consecuencias hasta 1870,

al fin de las cuales quedó sepultada la Oligarquía, y triunfante para siempre la Soberanía del Pueblo Venezolano.

Este Páez no puede merecer la apoteosis de la posteridad... No es el Páez de la gloria.

Por el contrario, este Páez es el eclipse del otro Páez, que con verdadera nacional justicia quise colocar en el Panteón de la inmortalidad. Es el Páez que, amenazando al Pueblo de Venezuela con su restauración, lo obligó a defender desde 1848 hasta 1858, situaciones contrarias a la estabilidad, a la libertad y al progreso de la Patria. Es, en fin, el Páez de la última Dictadura con su Sustituto general...

Después de regenerada, después de reorganizada, después de rehecha, puede decirse, y en posesión de un porvenir venturoso, Venezuela hizo lo que le aconsejaba la generosidad de un pueblo magnánimo: olvidar al Páez ambicioso y autocrático, a quien debía sus desgracias civiles, para dejar intacto, brillando en el cielo de la gratitud nacional, al Páez de la Patria, del Honor y de la Gloria.

XIV

La medalla que representa el recuerdo de la Apoteosis del uno y del otro Páez, no puedo aceptarla sino haciéndome indigno de ella misma.

¿Qué haríais vosotros en mi lugar?...

Decídmelo, y estad ciertos de que seguiré vuestro consejo.

Entretanto, la medalla y esta contestación, las confío al General Tinedo Velasco, nuestro común amigo, quien os las presentará con las seguridades de mi más veraz y cordial amistad.*

---

* Antonio Guzmán Blanco. *Apoteosis del General Páez*. París, Imp. C. Pariset, 1889. pp. 20.

APOTEOSIS DEL GENERAL PAEZ

Level de Goda

¡Régimen abominable el del terror, que prepara los ánimos a sufrir el yugo, a doblar la cerviz, degradando el espíritu y corrompiendo el corazón!

B. Constant

I

En Venezuela se han relajado tanto los resortes del patriotismo, de tal modo ha desaparecido la energía del valor civil y hasta la noción de la dignidad humana; tanto ha decaído el espíritu público, y es tan grande el abatimiento y la postración moral por causa del régimen del terror que ha imperado en el país durante muchos años consecutivos, que es de temerse que en esta solemne ocasión no se hagan oír muchas voces, particularmente las de uno o más hombres de aquellos que han llevado y llevan aún con honra y dignamente el hermoso calificativo de Liberal, en la acepción que esta palabra, como nombre de un partido, tiene en el mundo civilizado; no en la que le han dado ciertos hombres que paniaguados y en pandilla, gobernaron a Venezuela desde el año de 1864 hasta el de 1868, a pesar de que un grupo de federalistas bien intencionados logró consignar en la Constitución y Leyes, los principios más avanzados, que de seguida habrían de ser burlados y escarnecidos por aquellos hombres que fundaron entonces el personalismo en Venezuela; los mismos que volvieron a adueñarse del poder en 1870, y que, procediendo de idéntico modo, han gobernado desde entonces el país; no ya tan solo como personalistas incondicionales, sino sosteniendo Dictaduras y una larguísima Tiranía.

Es de temerse, he dicho, que aquellos verdaderos Liberales no alcen hoy su voz para defender la honra, dignidad y glorias de Venezuela, amancilladas cruelmente por el señor General Antonio Guzmán Blanco en su folleto que el país conoce, titulado "Apoteosis del General Páez", y para protestar enérgicamente contra semejante apasionada producción, que no es ni puede ser sino el estertor de la demencia, hija de una vanidad e idolatría excesivas, y del odio e insaciable anhelo de venganzas de que está poseído el General Guzmán; estertor que

apenas si será oído y que no tendrá eco, apagado como quedará por el himno que aún entonan los americanos todos en alabanza a las glorias del General Páez.

Y porque abrigo ese temor, yo, uno de aquellos verdaderos Liberales de que he hablado, es que me he decidido a escribir estas líneas. Heredé de mis progenitores las ideas del Liberalismo, como ellas son conocidas en el mundo honrado, donde existen partidos políticos doctrinarios que las predican y luego las practican sinceramente; desde niño acaricio esas ideas que he sustentado siendo hombre, defendiéndolas y predicándolas constantemente; por ellas he combatido, como es notorio, y he vertido mi sangre así en Venezuela como en la nueva Colombia; y por ser leal y consecuente con dichas ideas, he preferido las persecuciones y destierros, todo género de sufrimientos, hasta la miseria, a los medros personales y empleos que me habrían dado gustosamente los que fueron mis compañeros en campañas y combates, y a las comodidades y honores que a manera de gracia otorgan los Dictadores y Tiranos. Así, que, ningunos títulos como Liberal más limpios, ni de mejor origen y más puros que los míos. Y es con este carácter y como patriota venezolano que protesto solemnemente contra la intención aviesa del General Antonio Guzmán Blanco, en su citado folleto, "de arrojar sombras para manchar una de las más brillantes glorias que tiene la América", desfigurando y corrompiendo, para el logro de su propósito, la historia patria.

Y sea esta protesta —que hago también a nombre de mis compatriotas enmudecidos por el terror que han infundido en su espíritu las Dictaduras y las Tiranías de que ha sido víctima el país— tanto más enérgica, cuando que a Venezuela —que todo, todo, inclusive parte de su territorio y hasta la honra— lo ha perdido en los últimos tiempos, apenas si le quedan las glorias que nos legaron aquellos héroes legendarios, Páez entre los primeros, que asombraron el mundo con sus hazañas y proezas, para hacer de Venezuela una Nación independiente y libre.

II

El General Páez, en su larga vida de hombre público, una de las mayores que registra la historia de la humanidad, tiene tres épocas, no dos como lo asienta el folletista General A. Guzmán Blanco. Fue

la primera aquella en que luchando los venezolanos por independizar su patria del poder Español, Páez, hombre del pueblo, nacido humildemente, se alista en 1810 en las filas patriotas; se forma y crece por sí solo: lucha y vence; se impone en las llanuras de Venezuela y domeña a los más bravos llaneros con su heroico valor e inmortales proezas; sostiene casi único la guerra en su patria por algún tiempo, venciendo siempre a los españoles; seguidamente, unido a Bolívar, se hace admirar por este genio sublime; y se hace admirar también de Morillo y demás Jefes del Ejército Español, por sus grandes servicios y heroicos hechos, que la historia registra, así como por sus virtudes y por su extraordinario prestigio, se sobrepone en Venezuela a los principales Tenientes de Bolívar, y en 1821 sella en Carabobo su carrera gloriosa y de inmortales hechos anteriores que habían causado asombro.

Por este y por aquellos hechos, entre los que es forzoso mencionar "La Mata de la Miel", el "Yagual" y las "Queseras", Páez quedó convertido en héroe de hazañas reales de que el mundo moderno tiene constancia, no como las que nos refiere la Mitología; y si estas hazañas fueron dignas de la lira de Homero, ¿cómo no han de serlo las del Héroe venezolano...?

Por ello que "el mundo todo le haya discernido a Páez la corona de los inmortales", al propio tiempo que "le ha erigido un Templo en el corazón de cada americano", y por ello que uno solo de los hechos heroicos del General Páez, —como no ha podido menos que confesarlo el folletista General A. Guzmán Blanco— sirva de "argumento para una epopeya que eclipsará las de Homero como la de Virgilio".

III

Al Páez guerrero; al Páez héroe de proezas que le hicieron inmortal y que parecerán fantásticas en los tiempos venideros; al Páez vencedor de los Ejércitos Españoles; al Páez a quien se debió en gran parte la Independencia y Libertad de Colombia, sucedió en los años de 1825 a 1827, el Páez civil, gobernante y administrador en su patria por designación de Bolívar como Jefe de la Gran Colombia; y comienza entonces la segunda época de la vida pública de aquel hombre extraordinario, la cual termina en 1849.

Pero este Páez, nacido humildemente, que ninguna educación recibiera, formado en una guerra constante que no le dio vagar, apenas si adquirió alguna cultura y un tanto el don de gentes por el contacto íntimo en que estuvo con hombres educados con esmero y de saber; y poco o nada conocía de la difícil ciencia de la política, de Gobierno y de Administración: entraba, pues, casi ciego, a trillar un camino que le era desconocido, y no sería de extrañarse que cometiera errores, inherentes en general a todo humano ser.

Sin embargo, el nuevo Páez tuvo el cuidado y buen juicio de llamar a sus consejos y de rodearse, durante el largo lapso de veintitrés años, de los más connotados venezolanos, así por sus servicios y merecimientos, como por su saber; y gobernó su patria con aquellos hombres al propio tiempo que guiado por su buen juicio y por sus virtudes. Más ¡ay! en los primeros años de esta su segunda época habrían de encontrarse entre dichos hombres un Miguel Peña y un Antonio L. Guzmán.

IV

¿Cometió errores el General Páez en la segunda época de su vida pública? Ciertamente que sí. Pero la historia imparcial y honrada que lo ha juzgado como gobernante y como el hombre más trascendental en la política de Venezuela, desde el año de 1826 hasta el de 1849, ha declarado, fallando y consignándolo así en sus inmortales páginas, que los errores del General Páez en dicha época, puestos en la balanza política, pesan mucho menos que los distintos actos de civismo, de honradez, de patriotismo, y que como Republicano Liberal ejerció y puso en práctica durante aquellos años. Quédale, por consiguiente, a su favor, un grandísimo sobrante, que unido a su inmenso capital de servicios, merecimientos y glorias en la guerra de la Independencia, constituye un caudal considerable, no sólo para cubrir sus faltas y errores cometidos, y más que hubieran sido, sino también para que se adornen y puedan presentarse en el mundo con limpieza muchísimos hombres de los que han pretendido y pretenden aparecer como trascendentales y grandes.

V

¿Qué cargos serios y graves podrían hacérsele al General Páez durante la segunda época de su vida pública...? En más de una

ocasión, historiadores, críticos, rivales, enemigos y malquerientes, se los han enrrostrado, entre estos últimos el General Antonio Guzmán Blanco; mas éste, al enrrostrarle el que consideramos nosotros y debe ser considerado por la historia como el más grave, tuvo el cuidado de no mencionar a su señor padre, cómplice y uno de los autores principales del hecho que diera motivo a dicho cargo. Veamos cuáles han sido los más graves que se le hicieran, y aún le hacen algunos al General Páez.

Es el primero, que fuese él uno de los principales autores de la disolución de la Gran Colombia: realmente que ello es así. Mas este cargo no es en verdad grave por el hecho de haberse despedazado la gran República, cuanto porque se desprendieron de él otros hechos de distinto género, como el desconocimiento de la autoridad de Bolívar, primero, y después el indigno decreto del Congreso Constituyente de Venezuela, de 11 de setiembre de 1830, proscribiendo al Libertador y Padre de la Patria, de su suelo natal.

Admiro a Bolívar, tengo por él veneración; lo considero más grande, superior a los demás hombres que ha producido la humanidad; mas, como hombre, al fin, tuvo sus errores aunque sublimados por los destellos de su genio. Quizá fue uno de ellos la creación de la gran República de Colombia, hermosa quimera que no podía existir, y que, por la naturaleza de las cosas, debía desaparecer de entre las Naciones, aún vivo Bolívar su creador. Venezolanos, granadinos y ecuatorianos, en su gran mayoría, inclusive leales amigos y entusiastas admiradores del Libertador, no convenían en la existencia de esa gran nacionalidad, fundados en muy poderosos motivos —hoy al alcance de todos— y aspiraban los hombres de las tres Secciones a hacer de cada porción una República Independiente; con razón tanto mayor cuanto que, a pesar del mismo Bolívar y de los pocos fanáticos colombianos, la gran República de por sí, sin necesidad de que aquellos hombres se esforzaran para lograrlo, forcejeaba por fraccionarse: era que no cabía en el orden natural.

En tal situación, Páez, el hombre prestigioso y con mayor autoridad moral y material en su patria —ausente Bolívar— no pudo, ni creemos que debió hacerlo, sustraerse a lo que se había hecho ya una necesidad y a los deseos de la gran mayoría de los venezolanos, que eran también los suyos; se puso a la cabeza del movimiento separatista, y, si ciertamente mucho contribuyó a que se disolviese la Gran Co-

lombia, fundó la República de Venezuela libre e independiente, lo cual había de hacerlo más y más acreedor al respeto, estimación y gratitud de sus compatriotas.

Viene de seguida el gravísimo cargo que justamente le han hecho al General Páez sus contemporáneos y la historia; cargo que habrán de continuar haciéndole las generaciones venideras: el de haber coadyuvado o convenido en el decreto del Congreso Constituyente de Venezuela, que hemos mencionado, proscribiendo de su patria al Libertador de un mundo, a Bolívar. Acto este de gran debilidad, inconcebible en un hombre de la honradez, sentimientos y patriotismo de Páez. Era que, en hora menguada para él, presidía aquel Congreso el funesto doctor Miguel Peña, y dirigía la política como encargado del Despacho de lo Interior, otro hombre más funesto aún, el señor Antonio L. Guzmán, entrambos tenidos por hombres de talentos y de saber, que influyeron en el Congreso y en el ánimo del General Páez para que se expidiese el monstruoso decreto; y Peña lo firma como Presidente del Congreso, y Guzmán lo refrenda como Ministro de lo Interior, habiéndolo mandado ejecutar el General Páez.

He ahí el mayor y más grave cargo que la historia y la posteridad tienen derecho a hacerle al General Páez en la segunda época de su vida pública, cargo este que dejamos en pie, aunque no fuera más que para conservarle a Páez su humana condición.

Por lo demás, aquello que dice el folletista, General A. Guzmán Blanco, de que "Páez estimuló a Mariño y a los trece Jefes que arrestaron a Vargas", etc., no tiene fundamento alguno, como lo saben los que conocen la historia de Venezuela, y como lo han aseverado y lo aseveran los que no tienen interés en desfigurar los hechos. Y lo de que, "el General Páez impuso al doctor Vargas la abdicación para poner así la base de la oligarquía y sobre ella el pedestal de la autocracia", consignado por dicho folletista, no pasa de ser una invención de los contrarios de Páez en aquella época, para cuya invención no pudieron éstos aducir un solo documento, una sola prueba; paparruchada esa que hoy refiere el General Antonio Guzmán Blanco en su propósito de amontonar cargos contra el General Páez, guiado por su vanidad y por el odio que siente hacia la memoria veneranda de este héroe legendario; odio que le ha legado su padre y que él se esmera en conservar.

Puede también que, en esta ocasión, lo guíe para amontonar dichos cargos, más que todo y por sobre todo, el cálculo maquiavélico de rehacer a nombre de un odio personal el partido que el General A. Guzmán Blanco llama suyo, el cual se disuelve, comprendiéndolo él así; y se disuelve porque no tiene ningún ideal administrativo ni político; ni nunca ha tenido más bandera real que la del odio a una gran parte de sus compatriotas y la de las especulaciones con el erario público.

Vengamos de nuevo al doctor Vargas. ¿Qué venezolano, de muy mediana instrucción siquiera, ignora que dicho doctor Vargas se negaba tenazmente a aceptar la candidatura para la Presidencia de la República el año de 1834, que manifestó distintas veces sus deseos de que fuese retirada, y que aceptó la Presidencia por complacencias y por grande y puro patriotismo? ¿Ni quién ignora que para el doctor Vargas fue luego la Presidencia de la República un potro de tormentos, del cual quiso desprenderse desde un principio porque consideraba ese puesto en oposición a sus costumbres y hábitos tranquilos de hombre de estudios y de ciencias? De ahí su renuncia y su separación del poder cuando pudo hacerlo dignamente.

VI

Páez gobernó a Venezuela como Presidente Constitucional de la República desde el año de 1831 al de 1835, y a pesar de sus antecedentes y de su educación, puramente militar, todos los venezolanos convinieron en que su Gobierno fue un Gobierno civil y Liberal; como convienen en que entonces se respetaron e hicieron cumplir la Constitución y Leyes, y se manejaron las rentas con suma honradez y pulcritud. ¿Qué más debía esperarse o podía pretenderse...?

Llega en aquel lapso la época de elegir un nuevo Presidente de la República, y Páez no intenta, ni se le ocurre siquiera, darse un sucesor, y lo que hace es interponer su valimiento e influencias a fin de que se arraigara y quedase fundado en su patria el poder civil, para lo cual se inclina a la candidatura del doctor José Vargas, el hombre de mayor ciencia de su patria, al propio tiempo que de carácter, de grandes virtudes y de una honradez acrisolada; Páez deja el poder en manos de tan eminente ciudadano, y se retira a sus campos y a la vida privada.

A poco de haberse encargado de la Presidencia de la República el doctor Vargas, se vio en tal conflicto, que hubo de apelar al General Páez para salvarse, salvar su Gobierno y la Constitución. Y en esta vez fue tan meritoria y patriótica la conducta de Páez, que el señor Antonio L. Guzmán dijo entre otras cosas, con respecto al General Páez, lo siguiente:

"¿La historia presenta nada comparable? ¡Catorce días para tanto hacer! Tácito y Salustio no podrían añadir el más simple rasgo para embellecer el cuadro real de la gloria de Venezuela, de la gloria de Páez; y Homero y el Tazo no encontrarían en los espacios de la imaginación nada más grande, noble y encantador, que el desenlace de los veinte días de nuestra querida y envidiada patria. Páez no conquistaba su autoridad sino el sagrado deber y el eminente carácter de ciudadano. El no ha correspondido sino que ha excedido todas las esperanzas".

VII

Páez fue elegido Presidente de Venezuela, una vez más, para el período constitucional de 1839 a 1843; y en el curso de este período procedió, gobernando su patria, como lo hiciera en el anterior. ¡Tiempos felices aquellos en que se vivía en Venezuela una vida casi patriarcal, con los adelantos y civilización de la época, reinando el contento, la tranquilidad y el bienestar en todo el país, siendo Venezuela justamente el orgullo de sus hijos, y cuando "fue considerada como una honrosa excepción entre los pueblos de la América".

Sustituyó al General Páez en la Presidencia de la República, el año de 1843, el General Carlos Soublette; y queremos convenir en que Páez influyó poderosamente en los dos períodos que gobernara: en el primero para hacer elegir al doctor Vargas Presidente de Venezuela, y en el segundo para que el elegido fuera el General Soublette. ¡Bendita sea mil veces esa influencia, *ese abuso de poder,* si se quiere, empleados para que fuera a regir los destinos de su patria el honradísimo, el sabio, el justo Vargas, quien era además hombre de energía y de carácter, Republicano de corazón y de principios. Y bendita sea mil veces más la influencia o poder que con tanta eficacia contribuyó para que uno de los Generales de más servicios y de mayores merecimientos en la guerra de la Independencia, Carlos Soublette, ardiente

Republicano, con grandes talentos y de saber, uno de los pocos verdaderos hombres de Estado de Venezuela y de la América del Sur, y honorable como el que más, fuese a gobernar su patria para que lo hiciera, como lo hizo, tan patriótica, digna, honrada y liberalmente; y tanto fue así, que la época en que gobernara Soublette ha sido y es considerada en Venezuela por los hombres desapasionados y que conocen la historia patria, como la en que se administró el país aún con mayor honradez, si cabe, sin desviarse de la constitución y leyes en un solo punto, y en la que los venezolanos disfrutaron de las más grandes libertades, particularmente la de la prensa; libertad esta que desde que dejó de mandar Soublette se perdió en Venezuela, y que hasta ahora parecía perdida por una eternidad, si circunstancias peculiares de la Administración del señor doctor Rojas Paúl, no anunciaran un renacimiento; así como debería perderse también, a poco andar, la honradez en el manejo de los caudales públicos.

El mismo señor General Antonio Guzmán Blanco, en una polémica que tuvo con "El Federalista" el año de 1867, refiriéndose a los años de 1843 a 1847, dijo lo siguiente:

"Venezuela ofrecía al mundo el modelo de la República perfecta"...

"Esa fue la época de nuestro parlamentarismo... ¡cuánta majestad en nuestros Congresos!... ¡cuánta amplitud de discusión!"...

"Esa fue la época de la prensa libre, no obstante que esa libertad no estaba en la ley"...

"Esa fue la época de las elecciones libres".

"Había espíritu público y una conciencia nacional".

"Aquello era la verdadera República".

VIII

Se hacen en Venezuela nuevas elecciones para Presidente de la República, en 1846, y es elegido el General José Tadeo Monagas: también uno de los más grandes servidores en la guerra de la Independencia; benemérito e inmaculado patriota que luchara en cien combates; entusiasta colombiano, grande amigo y admirador como el que más de Bolívar y con un nombre prestigioso en todo el país, particularmente en la parte oriental. Y era el General Monagas en lo

privado, hombre serio y circunspecto, honorabilísimo y de costumbres austeras, de mucho juicio y de un buen sentido admirable, al propio tiempo que hombre de gran carácter.

El General Carlos Soublette se apartó de la Presidencia al comenzar el año de 1847, y fue sustituido por el General José T. Monagas.

También los enemigos del General Páez le hacen el cargo de que interpuso su gran valimiento e influencias para que el General Monagas fuese a regir los destinos de Venezuela como Presidente, en esa ocasión. Ello será cierto, y también que estuviese en sus manos la elección presidencial en dicha época: mas se nos ocurre preguntarle a los que de ese hecho pretenden formular un severo cargo: ¿cómo ha de juzgarse a un hombre, a Páez, que pudiendo fácilmente hacerse nombrar Presidente de Venezuela, o hacer elegir a un amigo suyo personalísimo sobre quien él influyera de una manera decisiva, interpone su grande autoridad para que el elegido fuese un ciudadano de las condiciones del General Monagas, indicadas ya, considerado como una especie de rival de Páez, que en más de una ocasión se había exhibido como su enemigo político y asimismo del partido llamado Oligarca, y no habiendo entre ellos concomitancias ni vínculos estrechos de amistad personal...?

Luego, si Páez contribuyó con su valimiento e influencia a la elección de Monagas, como lo creemos, lo hizo desinteresadamente, por patriotismo y por respeto y consideración a la parte honorable de la sociedad venezolana que justa y acertadamente se fijó en el General Monagas para llevarlo al solio presidencial.

También de dichas elecciones del año 1846, se ha pretendido desprender como un grave cargo contra el General Páez, el de haber interpuesto su autoridad y valía para que no fuese elegido Presidente de Venezuela el señor Antonio L. Guzmán, candidato del partido Liberal. Y así fue realmente; pero no debe olvidarse que entonces el General Páez no ejercía el poder, no tenía mando; era un ciudadano que hacía uso de un derecho perfecto para para esforzarse en favor de uno de los candidatos como en contra del que no le agradara o no lo creyera conveniente para gobernar su patria.

Y dice el folletista General A. Guzmán Blanco, "que todo el conato de la oligarquía, presidida por Páez, fue inmolar a su padre, señor Antonio L. Guzmán, cuya capilla y banquillo vio con sus propios ojos preparados"...

Esta frase nos sugiere ciertas observaciones que hemos de hacer: óigase la voz de la historia imparcial y honrada, no la de los Guzmanes tan vivamente interesados en los hechos políticos del 46 a 47 de que vamos a ocuparnos.

Verificando con las fechas aquellos acontecimientos, quedan aclarados ciertos puntos que han sido tergiversados por intereses particulares y pasiones de partido.

En el mes de setiembre del año de 1846 fue que se le comenzó a formar causa al señor Antonio L. Guzmán, por el delito de insurrección, de acuerdo con las leyes vigentes, que eran entonces severas para los conspiradores como lo eran en la libre Inglaterra, en la civilizada Francia y en las Repúblicas modelos de los Estados Unidos del Norte y Suiza, donde existía la pena del último suplicio por delitos políticos.

El General José T. Monagas tomó posesión de la Presidencia en 20 de marzo de 1847, y con esa misma fecha dicta el Juez de 1ª Instancia sentencia de muerte contra el señor Antonio L. Guzmán, la cual confirma la Corte Superior en 24 de abril; y fue el 1º de junio que la Corte Suprema ratificó dicha sentencia: es decir, la sentencia de muerte contra el señor Guzmán, es dictada, confirmada y ratificada por el tribunal y las Cortes, mandando el General Monagas a quien se veía rodeado ya de muchísimos Liberales; y al confirmar la sentencia la Corte Suprema, compuesta en su totalidad de hombres de los más connotados del partido Oligarca, termina su veredicto excitando al Poder Ejecutivo a conmutar la pena de muerte. Luego no es cierto que, "todo el conato de la Oligarquía, presidida por Páez, fuera inmolar al señor Antonio L. Guzmán".

Ocurre, además, preguntar: ¿Si tal era el conato de la Oligarquía, de Páez y de Soublette, por qué no hicieron uso del inmenso poder que tenían antes de encargarse de la Presidencia el General Monagas, en el curso de seis meses, para hacer pronunciar, confirmar, ratificar y ejecutar la sentencia de muerte? ¿Y por qué en vez de hacer elegir a Monagas Presidente no hicieron elegir al mismo Páez o a otra persona que se prestase fácilmente a *inmolar a Guzmán...?*

Y aquello de haber visto el General A. Guzmán Blanco, con sus propios ojos, la capilla y el banquillo preparados, "no podemos explicárnoslo ni tiene razón de ser. La capilla y banquillo no podían prepararse sino después de mandada ejecutar la sentencia, que fue conmutada; dicha sentencia, ratificada por la Corte Suprema, lleva la fecha

de 1º de junio, y la conmutación fue decretada al día siguiente, 2 del mismo mes; luego, no pudo haber tales capilla y banquillo.

Pero volvamos a la candidatura del señor Antonio L. Guzmán para la Presidencia de la República y a la oposición que le hiciera el General Páez.

El señor Guzmán no tenía entonces los necesarios antecedentes, ni más títulos para ser Presidente de Venezuela, que los que le diera el hecho de haber contribuido eficazmente —junto con distintas notabilidades venezolanas que lo pusieron al frente de la redacción de un periódico oposicionista, entre ellas mi padre el señor Andrés E. Level— a la fundación del partido Liberal que existió en Venezuela como partido político, de principios, hasta el año de 1864, en cuyo año este partido dejó consignadas en la Constitución Federal, como en un testamento, las ideas Liberales; y decimos testamento, porque entonces murió el partido Liberal al rigor de la Dictadura Falcón-Guzmán. Y en dicho periódico, llamado "El Venezolano", predicó el señor Guzmán con decisión los más hermosos dogmas del Liberalismo, al propio tiempo que le hacía ruda oposición a los Gobiernos presididos por Páez y Soublette, y a la Oligarquía; probando dicha oposición y la existencia de "El Venezolano", y de otros periódicos por el mismo estilo, durante algunos años, que había entonces una gran libertad de imprenta, como no se ha vuelto a ver en Venezuela mandando los llamados Liberales.

Tales eran los títulos del señor Guzmán a la Presidencia de la República; que por lo demás, aunque era hombre culto, de instrucción y de talentos, no tenía ideas fijas ni moralidad política; que así había sido en sus primeros años afecto al Poder Español, sentimiento que heredó de su padre; como vino a ser después patriota al término de la guerra magna; entusiasta y ardoroso boliviano; enemigo luego de Bolívar, y, como tal, uno de los autores y firmantes del inicuo decreto que hemos mencionado, en que se proscribía al Libertador y Padre de la Patria, continuando entonces el señor Guzmán como alto empleado y adulador del General Páez, de quien dijo, "que tenía el alma de Washington y el corazón de Murat", y practicó estos oficios hasta el día en que se viera deshechado por Páez para pasar de seguida a formar en las filas de la oposición poniéndose al frente de la redacción de "El Venezolano".

El curso de los años ha venido a probar que el General Páez y los hombres que junto con él se opusieron a que el señor Guzmán fuese

elegido Presidente de la República en aquella ocasión, procedieron con juicio y acierto, sabia y patrióticamente.

Y en realidad, pasando los tiempos, el mismo señor Guzmán se encargó de revelar con sus hechos que había sido un falso apóstol, un seudo-liberal: cuando por fin llegó a influir grandemente en el Gobierno de su patria y tuvo en sus manos el poder, no sólo no trató de que se pusiesen entonces en práctica las ideas y doctrinas que tanto había predicado, sino que se exhibió como personalista del Mariscal Falcón y como cómplice de iniquidades y de horribles desafueros contra los principios que había sostenido, y también como autor de prevaricatos. Y de luego a luego, desde el año de 1870 hasta que murió, fue consejero de su hijo Antonio, ejerciendo influencia y teniendo poder: las consecuencias las ha visto y sentido toda Venezuela y las conoce una parte del mundo.

Y no debe olvidarse que el señor Antonio L. Guzmán, el hombre cuya gloria era llamarse apóstol de las ideas Liberales, porque como hemos dicho, había tenido, mandando los Generales Páez y Soublette, la libertad de palabra y de prensa, fue el primero que dio el funesto ejemplo de proponer al Senado de su patria, como miembro de él, en 1865, un acuerdo de expulsión contra el Senador Baptista porque este señor hacía uso del derecho de palabra, volcando así aquel *Apóstol* la tribuna parlamentaria y renegando por tal hecho de los títulos que invocaba para su apostolado.

Y mucho antes de tener el señor Antonio L. Guzmán influencia en grande escala y poder, después que el General Monagas lo hubo levantado del patíbulo, *para ponerse él,* como lo decía con cierta propiedad dicho General; después de haberle salvado la vida, de hacerlo Vicepresidente de la República y colmádole de distinciones y de honores, fue ingrato en extremo para con el hombre a quien todo se lo debía y a quien debió *consagrarle su segunda vida;* y terminó el señor Guzmán, el 15 de marzo de 1858 —después que renunciara la Presidencia y se asilara en una Legación el General Monagas— dejándose ver en dicho día en las calles de la capital, caballero en un fogoso peruano, acompañado de unos pocos y gritando como todos en ese tormentoso día: ¡abajo y muera Monagas! ¡Abajo los ladrones...! Yo lo ví y lo oí: aún me parece verlo a caballo con una gran espada al cinto colgada de una faja pendiente del hombro derecho: tanta fue la impresión que me hizo que no he podido olvidarlo.

¿Qué hubiera sido de la pobre Venezuela en aquellos tiempos, el año de 1847, cuando todavía era inocente, entregada a un Guzmán, al señor Don Antonio Leocadio...? A poco andar la habría presentado al mundo, antes de haber llegado a la pubertad, como la ha presentado su hijo después de pasado un cuarto de siglo: arruinada y envilecida.

Luego, por el hecho de haberse opuesto el General Páez a la elección presidencial del señor Antonio L. Guzmán, en 1846, también le deben mucho la sociedad, los venezolanos todos, la patria en fin.

IX

Ejercía la Presidencia de Venezuela el General Monagas, a los principios del año de 1848; ya había perdido muchísimo en la opinión pública el partido llamado Oligarca, gastado en el poder, y éste se le escapaba de las manos porque el Presidente Monagas se echaba en brazos del partido Liberal, lo cual había de darle a este partido fuerza suma y la preponderancia en el país.

Un grupo de Oligarcas intransigentes y exaltados, de dentro y fuera del Congreso, intentaba acusar ante ese Cuerpo al General Monagas para arrebatarle el poder, sin motivo que pudiera justificar semejante acusación; cometiendo así aquel grupo de hombres una grande imprudencia, una locura imperdonable que había de producir funestísimas consecuencias.

El General Monagas no era hombre para dejarse burlar impunemente, y apoyado en la fuerza pública y en el gran partido Liberal, se preparaba para no dejarse imponer ni burlar: llega el 24 de enero, día fijado para la acusación de Monagas en el Congreso, y sin plan ni concierto, y casi de un modo imprevisto, que no puede explicarse sino por la grande excitación de los ánimos, el Congreso fue atacado y disuelto en aquel día, y forzado de seguida a reunirse.

El 24 de enero fue un día nefasto para las instituciones patrias. Venezuela toda conoce los hechos de ese día, y la historia, con perfecto derecho, le hace cargos gravísimos y fundados al Presidente Monagas; bien que, "la mayor responsabilidad —como lo ha consignado uno de nuestros publicistas, repitiendo lo que dijeran otros—

pesa y pesará siempre sobre los que provocaron el hecho abusando del poder legislativo y tendiendo los resortes constitucionales hasta romperlos, más bien que resignarse a perder el Poder. En moral como en política la principal responsabilidad de un hecho corresponde al que lo causa y provoca.

El General Páez no estaba contento y menos satisfecho de la política y conducta observadas por el Presidente Monagas, en su primer año de Gobierno; y en el enero de 1848, dicho General —según lo asevera en su Autobiografía y lo han testificado otros— se había decidido a trasladarse a la Nueva Granada, poniéndose, al efecto, en marcha. Empero, el 26 de dicho mes tuvo noticias en la ciudad de Calabozo del horrendo suceso del 24 en la capital: Páez, Jefe del partido Oligarca, con ciertas responsabilidades por haber contribuido a la elección de Monagas para Presidente de la República, que consideraba como un deber suyo, sagrado, defender la Constitución que había prohijado, sustentado y sostenido por dieciocho años, y que como todos veía desgarrada y hollada, casi sin meditarlo suficientemente, y de seguida, se puso en armas en el Guárico; atrapó hombres y el 4 de febrero, desde Calabozo, se dirigió a sus compatriotas en una alocución refiriendo el suceso del 24 de enero y sus consecuencias, declarando roto el pacto fundamental y llamando a los venezolanos a las armas y a acompañarle en su propósito de defender la Constitución de 1830.

Páez cumplió con su deber; procedió como lo hubiera hecho cualquier otro General digno, honrado y patriota en igualdad de circunstancias.

Sobreviene la guerra, se libran combates y Páez es vencido por la fuerza de la opinión y por la superioridad numérica de sus contrarios, por lo que hubo de capitular; mas, violándose la capitulación fue hecho prisionero, maltratado y vejado, encerrado en una fortaleza y después expulsado de su patria.

¡Páez derrotado y vencido...! ¡Qué suplicio, qué horrible tortura para aquel Titán que había uncido a su capricho el resplandeciente carro de la Victoria en una larga vida de lucha contra los vencedores del primer Capitán del siglo!

¡Páez prisionero, con cadenas, en una cárcel y desterrado...! ¡Qué horrendo castigo para un cuerpo que había sido respetado por tempestades de balas y de metralla, desatadas contra él en gloriosos combates cuyo número no ha podido contar solícita la historia...!

Tan tremendo martirio, acompañado del "inmarcesible lauro de la pobreza", debía sublimar al Héroe legendario, al Titán de la América Meridional.

X

Han pasado cuarenta años: a los intereses de partido, a las rivalidades y a las pasiones, han sucedido la calma y la reflexión; los hombres de juicio sereno se han dejado oír, han venido luego las comparaciones entre aquel pasado y la época que le siguiera hasta el presente, entre los hombres de entonces y los contemporáneos; la historia ha fallado, y la conducta del General Páez y sus hechos en la segunda época de su vida pública, resaltan de una manera luminosa y esplendente, en ochenta años de existencia que cuenta Venezuela como Nación independiente.

Así, que, el Páez de la Venezuela constituida, convertida en Nación y en República bajo sus auspicios; el Páez gobernante y administrador integérrimo de su patria; el Magistrado que hizo respetar y cumplir las leyes y fundó en Venezuela el poder civil; el Páez que después de haber sido árbitro de los destinos de su patria en el transcurso de veinte años se exhibe con el "lauro inmarcesible de la pobreza", y por último, el Páez mártir, tiene incuestionable derecho a la Inmortalidad y a la Apoteosis; derecho este que ya antes había conquistado con creces, y que han intentado negarle, por sus hazañas, hechos portentosos y heroicidades con que asombrara la humanidd sosteniendo aquella lucha única contra el poder Español. Luego, Páez, ha merecido en dos épocas los honores de la Inmortalidad; y tal ha sido el fallo de la historia y de la "justicia universal".

Por ello que los hombres honrados y patriotas, y los que amamos y admiramos las glorias y las grandes virtudes cívicas, nos descubramos ante la memoria veneranda del General Páez, y por ello también que, ante esa memoria, deban caer de rodillas los hombres excecrados por la gran mayoría de sus conciudadanos, hombres a quienes la audacia y el cinismo, en torpe maridaje, han dado pretensiones y descaro bastante para aspirar a que la humanidad los considere "como tipos de leales ciudadanos al servicio de la política de su país, como hombres trascendentales para la civilización, como propulsores de una Regeneración patria y como Republicanos Liberales". ¡Pero que mucho Clodio se creía superior a Cicerón...!

XI

Consideremos ahora a Páez en la tercera época de su vida pública.

Vuelven a pasar los tiempos; el partido Oligarca recupera el poder en Venezuela el año de 1858, no ya teniendo a su frente al General Páez, quien gastado por fatigas guerreras y padecimientos morales, tanto como por el peso de los años y por el destierro, vivía en los Estados Unidos de América. Pero llamado con instancia a su patria por sus conciudadanos, por el Gobierno y por una Convención Nacional, diputándose al efecto distintas comisiones de hombres respetables, vuelve a Venezuela el General Páez. Aún no había llegado a la capital —porque se entretuviera visitando a Cumaná y Margarita, después a Valencia— que fue visto y considerado como un rival poderoso por el General Julián Castro, quien a la sazón gobernaba el país; y entonces, como era natural, un círculo fuerte de hombres connotados, rodeó a Páez.

Una guerra horrible, sangrienta y devastadora comenzaba a desarrollarse en el país; el General Páez no estaba en aquella ocasión en capacidad de hacer nada en bien de su patria y de sus compatriotas, tanto porque no tenía poder oficial como porque había entrado ya en una edad muy avanzada; y al promediar el año de 1859 ausentóse de Venezuela súbitamente y volvió a los Estados Unidos, preocupado, abatido y enfermo del ánima porque nada pudo hacer en favor de su patria. Fue entonces que, con mucha oportunidad, le dijo a Páez un periódico de la capital: "¿Y que dirás de nosotros a esos Republicanos de Norteamérica cuando te pregunten la causa de tan inesperada vuelta...? Diles que... por acá ha crecido un arbusto contrario a toda gloria, la envidia... Diles que, nos hallasteis locos...".

Pocos meses había estado Páez en Venezuela, más en ellos pudieron comprender algunos de los hombres que se le acercaron y estuvieron en contacto íntimo con él, que "el General Páez, el héroe de Las Queseras, el Ilustre proscrito, había tenido que pagar el tributo debido a las leyes inmutables de la naturaleza y, que debilitado en su cerebro por la edad, incurría en contradicciones y apenas si tenía voluntad propia". Ya esto mismo lo habían comprendido en el exterior otros hombres connotados del partido Oligarca, quienes lograron fácilmente dominar aquel anciano con el propósito de adueñarse de Venezuela, elevarse y medrar amparados con su nombre y su prestigio.

El país no sabía el estado de decadencia en que se encontraba el héroe legendario, el fundador de la República y del poder civil en Venezuela, el Patricio inmaculado; y muchos venezolanos, seducidos justamente por su nombre y antecedentes y por el glorioso recuerdo de sus portentosos hechos, comenzaron a formar un círculo político alrededor de hombres que aparecían notorios y como representantes del General Páez, con el propósito de que volviese al país llamado por sus compatriotas y por el Gobierno para que fuese a influir en los destinos de la patria; mayormente cuando entonces ya la guerra asolaba a Venezuela de un modo horrible y cruel, pareciendo interminable, por lo que, era la paz la suprema necesidad del país, y aquellos hombres decían, escribían y decantaban que Páez daría esa tan deseada paz; y la ofrecían en su nombre.

Quedó formado entonces un nuevo partido político llamado Paecista; partido que a fines del año de 1860 ya era fuerte y que en los primeros meses del siguiente se hizo poderoso, más por la habilidad de su Jefe y director en Venezuela el señor Pedro José Rojas, y por la debilidad del Presidente, el señor Manuel F. de Tovar, que por la fuerza de la opinión. Y de tal modo se hizo poderoso el nuevo partido, que se le impuso al Gobierno del señor Tovar, y este caballero se vio forzado a apelar al General Páez, contra sus deseos, llamándole a Venezuela para darle el mando del Ejército y la dirección de la guerra. De ahí que este General volviese a su patria en el mes de marzo de 1861.

Apenas hubo llegado Páez a Venezuela, que se complicó más aquella situación tan difícil: crecieron el poder y las intrigas de los Paecistas, llamados también Dictatoriales, y luchaban ya sin careta éstos y los Constitucionales que apoyaban y sostenían el Gobierno presidido por el señor Tovar. Dos meses después, el nuevo partido Dictatorial-Paecista, había logrado que el señor Tovar renunciara la Presidencia ante el Congreso y quedase apartado del Gobierno; como lograra a poco, por medio de una de las más indignas traiciones, arrebatarle el poder al señor Dr. Pedro Gual, Vicepresidente, quien había sustituido en el Gobierno a dicho señor Tovar. Enseguida fue proclamada la Dictadura del General Páez en la capital de Venezuela y en otros puntos, con el apoyo del Ejército, y aparece este General al frente del Gobierno de su patria, como Dictador, en el mes de setiembre del año de 1861.

Mas, ya lo hemos dicho, y lo sabe Venezuela toda: Páez era para entonces un anciano con el cerebro debilitado por su avanzada edad y por otras causas. No sería por consiguiente, ni podía serlo, responsable de los actos que iban a aparecer como suyos. Aquel hombre que había sido indomable, que en sus épocas anteriores se guiara por sus nobles instintos, por su patriotismo y por sus grandes virtudes, fue a servir de instrumento a "un círculo ambicioso, audaz, intrigante y activo, que especulaba ¡impío! con las glorias de un venerable anciano de cuyas debilidades abusaba; de un hombre que a semejanza de esos preciosos árboles que habiendo dado ya todo el fruto que podían, esterilizados por los años, debían conservarse sólo por gratitud y para adorno, y que no debía ser otra cosa que un recuerdo glorioso para las generaciones venideras".[1]

No todos los llamados Oligarcas rodearon y apoyaron al General Páez y al círculo que pretendía elevarlo al Poder Supremo cuando este General volviera a su patria por segunda vez: muchos de entre los hombres más honorables de la Oligarquía, conocieron a tiempo el estado intelectual del antiguo y prestigioso caudillo, y por ello, procediendo esos hombres honrada y patrióticamente, y no obstante que tuvieran veneración por Páez, se opusieron a que fuese a regir los destinos de Venezuela en aquella vez; mayormente no siendo ellos Dictatoriales y cuando se había apoderado del espíritu débil, tan *enfermo,* de aquel venerable anciano, el grupo de hombres que se proponía especular impía y sacrílegamente con su nombre, prestigio y glorias.

Páez ejerció el Gobierno de su patria, como Dictador, veintidós meses. Mas no era, ni podía ser él, dada su caducidad el que ejerciera la Dictadura; la ejercían los hombres que en mala hora se apoderaron de su alma, haciéndole creer que, como en otros tiempos, serviría a la patria digna y eficazmente, que debía salvarla y la salvaría del horrendo estado de guerra civil a que la habían conducido las pasiones de partido y los desaciertos de sus antecesores en el Gobierno, así como los del caudillo federalista.

---

[1] **Estos conceptos hicieron parte de un artículo de periódico publicado en en Caracas pocos días después de la renuncia del Presidente señor Tovar.**

XII

El Gobierno de la Dictadura cometió grandes desafueros, crímenes y atentados; y al fin cayó vencido por la voluntad popular...

Y no fueron solamente algunos hombres del partido Oligarca los que abusaron cruelmente de la caducidad del General Páez; lo hicieron también algunos Liberales, y entre éstos, en primer término, el señor General Antonio Guzmán Blanco, revestido con el carácter de Jefe militar del centro, por parte de los federalistas, hallándose dicho General Guzmán a las inmediaciones de la capital combatiendo la Dictadura.

El General A. Guzmán Blanco también conocía ya, como casi todo el país, la caducidad en que se hallaba el General Páez, y a su turno había de abusar impíamente de aquella preciosa y veneranda reliquia. En los últimos meses de la Dictadura, "por medio de secretas inteligencias con el Secretario General y sustituto de Páez",[2] señor Pedro J. Rojas, el General A. Guzmán Blanco y dicho Secretario y Sustituto se entienden y acuerdan, y se aúnan; hacen un convenio fiscal privado y otro político que se publicaría, los cuales deberían ser ratificados por el General Páez y por el caudillo federalista, como sucedió; y vienen a ser ambos convenios el pedestal del poder y de la cuantiosa riqueza —hoy fabulosa en Suramérica— del General Antonio Guzmán Blanco, quien de seguida aparece gobernando su patria como Vicepresidente de la República, y a la vez rico... él que días antes no tenía un pan...

¿Habría logrado esto el General A. Guzmán Blanco a no ser por el estado de decrepitud en que se hallaba el General Páez casi octogenario ya? No...

XIII

Tras largos años de sangrienta y azoladora lucha, triunfa el partido Liberal con el nombre de "Federales", y los triunfadores que se posesionan de la capital de Venezuela en 1863, miran y tratan al General Páez, no como a un enemigo; que no tuvieron ni debían tener en cuenta los hechos de la Dictadura, de los cuales no hicieron responsable al anciano General: conocían ya su estado, y no vieron en él sino al Héroe legendario de los primeros tiempos de la patria y al que fuera luego héroe civil, justo e integérrimo magistrado; y le tributaron hono-

res y viéronle con veneración. El mismo General Antonio Guzmán Blanco, ausente de su hogar cuatro años, cuando por primera vez vino a Caracas en 1863, no pudo menos que, antes de ver a su señora madre y familia, ir a descubrirse ante aquel héroe cargado de merecimientos y de glorias, como de años, y a presentarle los homenajes de su respeto y admiración. Y el caudillo federalista, General Falcón, al encargarse del mando Supremo, en julio del mismo año de 63, expide un decreto de honores a Páez, y del Tesoro Nacional le manda dar una pequeña suma para que viviera algunos meses.

Seguidamente el héroe americano se embarca para el extranjero, más pobre que antes, ¡después de haber aparecido como Dictador...! Y en el nuevo destierro que se impone, vese forzado a alargar su brazo para recibir un pan de otras naciones sudamericanas que solícitas y cuidadosas le tienden una mano generosa y le brindan hospitalidad. Pocos años después le sorprende la muerte en el extranjero y cae en la tumba el cuerpo de aquel hombre extraordinario; mas quedan su recuerdo y el de sus hechos portentosos en páginas inmortales y en la imaginación de millones de seres humanos; recuerdo y hechos que se trasmitirán de generación a generación y que constituyen una de las más grandes glorias de Venezuela y de la América toda.

¿Quién más digno de la Apoteosis, ni quién con mayores títulos y derechos a la inmortalidad...?

XIV

Unas pocas líneas más y le habremos dado fin a este opúsculo, que hemos escrito, guiados por nuestro espíritu de rectitud y Justicia e inspirados por nuestro amor a la patria y a las glorias que nos legaron los próceres y héroes de nuestra independencia; glorias que hasta ahora había podido guardar Venezuela y que algunos de sus hijos siquiera, debemos esmerarnos en conservar incólumes.

El señor General Antonio Guzmán Blanco, en su excesiva, idolatría y loca vanidad, ha contraído la manía de que en Venezuela, así los hombres de su vida civil y política como los héroes de su Independencia, no tengan historia y menos glorias que le den derecho a la gratitud y a la admiración, mucho menos a la Apoteosis. Y si ha convenido en la grandeza de Bolívar concediéndole los honores de la inmortalidad,

ha sido en cambio de que se le considere a él y se le juzgue a la par de Bolívar; y a las veces, "¡oh ultraje! ¡oh mengua! ¡para que lo presenten como superior...!". Lo cual ha logrado fácilmente no permitiendo, en el tiempo que ha gobernado a Venezuela, que existiesen más periódicos que aquellos en cuyas columnas se tejiesen cada día coronas de mentida gloria con que orlar su frente. Y cuando decretó el señor General Guzmán la festividad del Centenario del Libertador y padre de la Patria, tuvo en mira, más que a Bolívar, hacerse él su apoteosis; de tal modo que, sus procederes en esa ocasión dieron margen a que poco después de efectuada dicha festividad en Caracas, dijese en Buenos Aires el General y doctor Bartolomé Mitre, ex-Presidente de la República Argentina y fundador y director del notabilísimo periódico "La Nación", que se publica en la capital de dicha República, que: "Guzmán Blanco de una manera ridícula había personalizado en sí mismo la festividad del Centenario de Bolívar", y a renglón seguido agrega: "Es un Tirano que escandaliza la América; y tomó a Bolívar de pretexto para hacerse su propia Apoteosis".

¡Qué mucho, pues, que el General A. Guzmán Blanco tome a empeño arrojar sombras con el propósito de entenebrecer las glorias de Páez ya que no le es dado apagarlas en absoluto como él quisiera...!

Y califica a Páez de autócrata porque justa y merecidamente ejerció en su patria una grande influencia, benéfica en extremo; y porque interponía su prestigio y valimiento para que fuesen a regir los destinos de la Nación aquellos eminentísimos ciudadanos de quienes nos hemos ocupado antes.

Si por este hecho, Páez merece en su concepto el dictado de autócrata, ¿cuál merecerá el General Antonio Guzmán Blanco por el de haber gobernado su patria tantos años sin más ley que el "yo lo mando", cometiendo todo género de abusos, arbitrariedades y prevaricatos de que el mundo tiene constancia?

Y se ufana el General Antonio Guzmán Blanco en su folleto "Apoteosis del General Páez", diciendo que, "ha sido Dictador cuatro veces en veinticinco años... y que los Congresos, Legislaturas, Consejos, Municipalidades, Pueblo y la Nación, no llaman sus Gobiernos, Gobiernos del Dictador, sino Gobiernos del Regenerador de la Patria...". Ciertamente que esto es así; mas ¿quién no sabe ya en la América y en otros puntos, que si dichas corporaciones, no el pueblo ni la Nación, llaman de ese modo sus Gobiernos, —ha sido por-

que ellas fueron la obra de dicho General Guzmán y ruedas de la máquina de sus Dictaduras; cuerpos compuestos de cómplices y fieles instrumentos de su Tiranía...?

Y a fin de que no se discutan en Venezuela su personalidad y sus hechos, y para que éstos y tantas cosas no sean llamados por su propio nombre, es que el General Antonio Guzmán Blanco, mientras ha gobernado en su patria, ha conservado amordazada la prensa, en lo cual se parece a todos los Tiranos.

Pero si en Venezuela, aquellas corporaciones llaman así las Dictaduras del General A. Guzmán Blanco no sucede lo mismo en el extranjero, donde ya todos las llaman por sus verdadero nombre, y a él farsante y Tirano. Día llegará en que los venezolanos alcanzarán por completo sus perdidas libertades, particularmente las de hablar y escribir, y entonces podrán referirse en su propia patria los desafueros y atentados cometidos en ella durante el largo lapso de la Tiranía ejercida por dicho General Guzmán, y se llamarán las cosas y los hechos por su verdadero nombre.

Hoy que gobierna a Venezuela un hombre de honorabilidad que ha ofrecido y ofrece en distintos documentos públicos respetar y hacer cumplir la Constitución y Leyes, así como las libertades y garantías a que tenemos derecho los venezolanos, abrigamos la esperanza de que ellas serán recuperadas, lográndose así que puedan y deban referirse los hechos de los Gobiernos pasados tales como han sido, y llamarse las cosas por su verdadero nombre, que ya es tiempo de que se digan v aclaren las verdades para abrirle paso franco a la historia.

Vamos a darle fin a este, tal vez, cansado escrito; y sean nuestras últimas palabras para pedirle a Dios desde el fondo de nuestro lacerado corazón, que ya que los venezolanos no hemos tenido la entereza de carácter y el suficiente valor civil para dar al traste con esa tan larga, continuada y horrenda Tiranía, de que ha sido víctima Venezuela en los últimos dieciocho años; para recuperar nuestros derechos de ciudadanos; para no habernos dejado arrebatar el trabajo y sudor de los pueblos y las rentas nacionales, que tranquila e impunemente hemos visto conducir hacia el extranjero; y ya que hemos dejado que nos arrebaten una parte de nuestro territorio, tengamos siquiera alguna dignidad y cierto patriotismo para no permitir que se amancillen las glorias de los héroes de nuestra Independencia, que son las únicas que hoy cuenta Venezuela; sagrado tesoro que nos legaron nuestros proge-

nitores junto con una patria independiente y libre, honrada y digna. Hemos perdido ésta, conservemos con pureza ese tesoro. ¡Quizá así tan glorioso recuerdo nos despierte del horrible sueño en que vivimos, y podamos entonces alcanzar a hacer de Venezuela la misma patria que heredamos de nuestros antepasados...!

Caracas: marzo de 1889.

° Luis Level de Goda. *Refutación del folleto titulado "Apotesis del General Páez", del que es autor el General Antonio Guzmán Blanco.* Caracas, Tipografía de Espinal e Hijos. 1889, pp. 28.

P A E Z*

Laureano Vallenilla Lanz

...Son muy contados los errores tan dignos de disculpa como aquellos que inducen al hombre a revestir de todas las cualidades morales a los que han dejado monumentos imperecederos de su genio...
Siempre nos hallamos dispuestos a juzgar al prójimo con arreglo a nuestro punto de vista personal, y de aquí que la opinión que nos formamos del carácter de los otros, dependa mucho de la manera como influya y afecte sobre nuestros propios intereses y pasiones.

Lord Macaulay-Estudios Críticos.

El Decreto en que el Gobierno Nacional manda erigir una estatua al General José Antonio Páez, ha ocasionado opiniones diversas que impugnan o aplauden ese acto de justicia, no por otra razón que por haberse señalado como cima gloriosa en la vida legendaria del Grande Hombre el hecho magno y singular de *"Las Queseras del Medio"*.

Ha sido el señor doctor Nicomedes Zuloaga de los primeros en exponer su *opinión* contraria al Decreto, y ofuscado sin duda por el culto idolátrico que rinde al Héroe, ve en "Las Queseras" un hecho común en aquellos tiempos y señala como mayor gloria del General

---

En el año de 1896, el Gobierno de la República. decretó el monumento al General Páez, eligiendo como tema, el Páez guerrero de "Las Queseras del Medio". Esta elección motivó un artículo del doctor Nicomedes Zuloaga exaltando la figura del Páez Civilista. Dicho artículo dio origen a una polémica histórico-política entre el doctor Zuloaga y Vallenilla Lanz. El texto completo del doctor Zuloaga fue publicado en folleto titulado "Páez", "Estudio Histórico Político". Caracas. Imprenta Bolívar, 1897

Páez la muy discutida de Fundador del Poder Civil en Venezuela y de Magistrado sumiso a las instituciones.

Muy distante de nosotros la pretensión de entablar polémicas con hombres de la capacidad intelectual del señor doctor Zuloaga; sólo hacemos uso de la inalienable facultad de exponer también nuestra opinión, sin pensar siquiera que lo desmeñado del estilo pueda oscurecer el valor —que por sinceras— tienen nuestras ideas.

Acaso Sucre, es el único de nuestros Libertadores que aparece en la historia sin una sola sombra que oscurezca el brillo de su espada y manche sus nítidos cendales de Magistrado y Estadista. Desde Piar hasta Mariño, desde Arismendi hasta Soublette, todos, todos han sido igualmente juzgados por los historiadores y no por eso los ha visto la Patria con menos admiración y amor. Bolívar mismo, deificado por unos, ha sido duramente increpado por otros; la historia lo ha llamado a juicio por más de un motivo, no obstante que haya hombres tan ilustrados como el doctor Laureano Villanueva que en un rasgo de exaltación patriótica que lo enaltece, considere al Libertador por encima del fallo inapelable de la posteridad.

¿Y quién sería osado a desconocer las glorias inmarcesibles de aquella pléyade de hombres ilustres, los Padres de la Patria, los nobles y abnegados Libertadores de todo un Continente, porque hubiesen cometido errores inherentes a la naturaleza humana?

¡Dejará de ser Páez lo que fue para la América, lo que fue para el mundo, que lo llenó todo con la fama de sus hazañas inmortales, porque no se le dé el título de "Ciudadano Esclarecido" con que le apellidaron, ya en los tenebrosos días de nuestras desgraciadas contiendas civiles!

¿Cómo tachar de injusto al Gobierno de la República porque señale un hecho magno de Páez el Invencible; del Páez que no ha sido discutido ni aún en los tiempos de las más ardientes pasiones, para erigirle un monumento en nombre de la gratitud nacional?

Electo el General Páez Primer Magistrado en la infancia de la República, desconociendo otra manera de gobernar que no fuera la despótica y cuasi salvaje del campamento, careciendo de las más simples nociones de administración pública, no podía tener las suficientes dotes para regir por sí solo un Gobierno, pues no se pasa de soldado a Magistrado republicano, con la misma facilidad con que se abandona el uniforme para vestir la toga.

No lo consideramos desposeído de buena voluntad y de sanas y patrióticas intenciones; pero careciendo de la firmeza de criterio que dan la ilustración o la práctica en los negocios públicos, ignorando el delicado mecanismo de una República de que no tenía ejemplo, siguió en su primera Presidencia Constitucional las nobilísimas inspiraciones de Urbaneja, Michelena y Guzmán, que fueron el alma del Gobierno en aquel tiempo feliz para la Patria, del mismo modo, con la misma ductilidad, que había sido antes y fue más tarde ciego instrumento de sus áulicas, llenando su historia de errores, que obligaron al Grande Hombre, ya en los postrimeros días de su vida, a pedir a sus conciudadanos el perdón de sus culpas.

¿Y qué culpas fueron esas, señor doctor Zuloaga, si como usted afirma "en los cincuenta años de vida pública del General Páez, brillan excelsos la noble virtud del patriotismo, su carácter humano y generoso, su respeto a las instituciones"?

Líbrenos Dios de ser nosotros los que enrostremos al General Páez sus errores políticos, pues ya desde la cuna se nos enseñó a perdonar y olvidar, a fuer de liberales educados en la más pura doctrina, que sangre de nuestros antecesores fue derramada miserablemente por la mano pavorosa de la Dictadura. Y nuestro criterio político nos induce a creer que la nueva generación no debe remover las cenizas de las desgraciadas víctimas de nuestras guerras civiles, sino para ver en ellas la prueba elocuentísima de cuantos errores pueden cometerse cuando por aspiraciones e intereses mal dirigidos, se hunden los pueblos en el báratro incandescente de las pasiones políticas.

Pero lea el señor doctor Zuloaga, lo que escribió nuestro ilustrado compatriota el Pbr. doctor Antonio J. de Sucre —autoridad irrecusable por ser netamente oligarca— al referirse a aquella revolución que los pueblos apellidaron *La Cosiata* en el año de 1826, en que de regreso el Libertador después de haber ido a consolidar la obra de la Independencia americana dando libertad a nuestros hermanos del Sur, recibió en la quinta de La Magdalena la noticia de los luctuosos sucesos ocurridos en su ausencia.

> **"Profundamente afectado, —dice el doctor Sucre— casi aterrado al ver al borde del abismo la obra de sus gigantescos esfuerzos y de sus heroicos sacrificios, vuela el Libertador a establecer la integridad nacional, e interponerse como víctima expiatoria y como iris de paz entre las ensañadas facciones, declarando con sublime abnegación que en esa balumba de atentados y desaciertos, de rencillas y desmanes, no eran culpables ni venezolanos, ni grana-**

> dinos, ni federales, ni centralistas... que el único gran culpable era él, por haberse alejado de la patria para llevar sus armas triunfantes y redentoras a lejanas y oprimidas comarcas. Y, magnánimo y desprendido como nunca, delega en Santander el ejercicio de las facultades gubernamentales, no obstante haber ya penetrado con su mirada de águila los inícuos y subversivos planes del que desatinadamente pretendía ser su rival; y corre a Venezuela para tratar a Páez con inaudita generosidad, por más que el coraje de su ejército y la opinión de los pueblos le ofreciesen sobrados recursos para SOMETERLO Y CASTIGARLO SEVERAMENTE CUAL EN RIGOR DE JUSTICIA MERECIA". [1]

Y más adelante, al recordar los acontecimientos que precedieron a la disolución de Colombia la Grande, exclama:

> "Sí: en esos días de suprema congoja para el Libertador y para Colombia, el General Páez OLVIDA Y VIOLA en hora aciaga el juramento solemne que dos años antes prestara al Jefe de la Nación al ceñirse la espada de honor con que lo obsequiara el vencedor en Junín e instigado y azuzado por los Díaz y los Quintero, por Núñez Cáceres y Ecuté y demás godos y aventureros de igual o peor ralea, y DIRIGIDO por el doctor Miguel Peña y otros hombres notoriamente funestos para la patria colombiana, acaudilla y apadrina el movimiento separatista que denigra, maldice y proscribe la persona del Libertador con encarnecimiento y avilantez sin igual".

¿No se presenta allí de relieve el carácter, acaso demasiado dúctil del General Páez? Ni las glorias ni los errores de esa época son exclusivamente de él.

Oigamos a *Luis Ruiz,* que aunque no del todo desapasionado con respecto a algunos personajes de nuestra historia contemporánea, ha dado un alto ejemplo de cuánto pueden la ilustración, la laboriosidad y la honradez puestas al servicio de la patria:

> "De suerte que Páez incurrió en la expulsión de Bolívar y otros Próceres cuando INFLUIAN EN SU ANIMO para ello; *Peña y Guzmán* (futuro *fundador*) y abolió los deprimentes decretos cuando hombres como Narvarte y Soublette (*oligarcas* después) ESTABAN A SU LADO". [1]

¡Dos medidas contrarias y trascendentales en menos de dos años!

Y conste que hacemos gracia de lo que han escrito sobre el mismo asunto liberales eminentes de aquellos y estos tiempos, pues sus aseveraciones —aunque nunca desmentidas —podrían recusarse por parciales.

Pero basta lo expuesto para deducir fácilmente que en *Las Queseras del Medio,* como en todas las batallas libradas por Páez, es donde se

---

1. Biografía de Sucre.
2. Artículo publicado en Bogotá -1890- e insertado en "La Revista" de Carúpano en 15 de marzo del mismo año, Nº 375.

destaca íntegra y brillante la personalidad del Héroe invicto de las llanuras apureñas; allí no tenía más inspiración que la libertad, ni más consejero que su amor a la Patria, ni más áulicos que sus fieles e indómitos llaneros, ni más ambición que la santa y noble de probar a las huestes españolas la pujanza imponderable de su brazo.

Y si en nuestro país no se tuviera tanta afición por los rubros y letreros habría bastado mandar a inscribir en el pedestal del monumento decretado, esta sola palabra que llena las más gloriosas páginas de nuestra Guerra Magna.

Barcelona, julio de 1896.

P A E Z

Laureano Vallenilla Lanz

II

(1826) Entro ya en una época dolorosa para mí; época de recuerdos que aún me atormentan y que quisiera borrar del libro de mi vida, sin embargo de haber hecho cuanto puede exigirse a un hombre honrado después de la comisión de la falta que es sacrificar su orgullo en aras de la justicia y confesar a la faz del mundo sin disculparse la falta que cometió en momomentos de irreflexión... mi entendimiento essaba sujeto como el de todos los hombres a equivocaciones y engaños. El mío con más razón si se considera que de la ocupación y aislamiento de las Sabanas, salí al teatro de escenas desconocidas para mí. ¿Qué tienen de común la teoría de las revoluciones y la complicada ciencia de la política con las sencillas ocupaciones del pastor?

(Autobiografía del General Páez).

Después de escrito nuestro primer artículo, sobre la estatua decretada por el Gobierno de la Nación al General José Antonio Páez, en que contrariábamos las ideas emitidas por el señor doctor Nicomedes Zuloaga desde las columnas de "El Tiempo", llegó a nuestras manos lo que sobre el mismo asunto ha publicado posteriormente en litis con el señor Delfín Aguilera, y nos entristece confesar que ambos se han salido de la cuestión que se debate. El señor Aguilera prodigando epítetos deshonrosos al héroe cuya memoria estamos todos en el deber de respetar, y haciendo gala de un apasionamiento digno de otras épocas y de otras cuestiones; y el señor doctor Zuloaga jugando con su

contendor —aunque demostrando no quererlo— "al rebote de los crímenes políticos" y refiriendo a su manera lo que "ha encontrado en la Historia de Venezuela después del estudio de sus páginas".

Nosotros seguiremos estrictamente el camino que nos trazamos al tomar parte en la cuestión, aduciendo testimonios irrecusables para probar la justicia y cordura que informaron aquella disposición gubernativa, al señalar como cima gloriosa en la vida legendaria de Páez, para perpetuarla en bronce y en granito "la proeza más extraordinaria que puede celebrar la historia militar de las Naciones".

Nos parece demasiada temeridad, por no decir ofuscamiento, pretender que la gloria de un hecho militar que corresponde íntegra al héroe que la concibió y la llevó a feliz término, sea considerada inferior a otra gloria que, si legítima e imperecedera también, no puede atribuirse en ningún caso a la iniciativa de un solo hombre, pues la fundación de una República como la de 1830, tenía que ser la resultante del concurso, de la ilustración y el talento, altas virtudes que no poseía el General Páez, pues "nada tiene de común la delicada ciencia de la política con las sencillas ocupaciones del pastor".

Y decir que Venezuela aparece ante el mundo, al no discernir al General Páez los títulos de Fundador y Civilizador de la República, borrando las más brillantes páginas de su vida civil, equivale a personificar en Páez toda una época de nuestra historia, que hicieron resplandeciente la sabiduría y el patriotismo de aquellos eminentes patricios, los Próceres Civiles de Venezuela, engalanando a la naciente República con todos los arreos de la civilización moderna y sancionando leyes cuya benéfica influencia apenas si alcanzaba a comprender el denodado campeón, de quien sólo exigían el poderoso apoyo de su prestigio y de su espada.

Y si esa es la verdad histórica y lo que del rigor de la lógica se desprende ¿por qué empeñarse en presentar al General Páez —guerrero insigne y no *guerrillero afortunado* (calificativo que le da el doctor Zuloaga)— como el sabio Magistrado republicano, capaz de regir por sí solo un Gobierno ceñido estrictamente al cumplimiento de las leyes, como el civilizador de un pueblo que asumió entonces el rico mayorazgo de las letras?

¿Sería capaz de todo eso el hombre que confiesa noblemente, con una grandeza digna de los inmortales de Plutarco "que del aislamiento de las sabanas salió al teatro de escenas desconocidas para él"?.

Usted afirma todo eso, señor doctor Zuloaga, y no es así como deben apreciar los hechos y los hombres de nuestra historia los que no tenemos compromisos con el pasado, los que no debemos ser herederos de idolatrías que pervierten el criterio, ni de odios ni rencores que matan los sublimes anhelos de la juventud, perpetuando divisiones que son la causa única de todas nuestras desgracias.

En el segundo artículo del señor doctor Zuloaga encontramos lo siguiente:

> **"Venezuela que había vencido definitivamente al español desde 1824 en los remotos campos de Ayacucho, encontraba para 1830 insoportable la fuerte dictadura de Bolívar y la más dura aún de sus ensimismados tenientes"...**

¿Es decir, que en ese largo espacio del año 24 al año 30, no pasó nada digno de mencionarse? No encontró en la historia, el señor doctor, la relación de ningún suceso cuyo recuerdo, todavía para 1837, según la propia expresión del General Páez, lo llenaba de amargura y arrepentimiento?

Pues siendo así, tenga la bondad de leer algo de lo mucho que nosotros hemos encontrado escrito sobre esa época importantísima de nuestros anales patrios. Comencemos por el testimonio más imparcial, por el que no haya tenido ni el más lejano interés en nuestros asuntos domésticos.

"Bajo todos aspectos se presentaba Colombia en un estado tranquilo y próspero, hasta el año de 1826 que puede considerarse como la época en que comenzaron sus desgracias. El General Páez que había gobernado a Venezuela en los negocios militares desde 1821, traspasó los límites de sus facultades legales, violó las garantías de los ciudadanos con especialidad en la aplicación de la ley de milicia. En consecuencia fue acusado ante el Congreso por la municipalidad de Caracas, la que relacionó detalladamente los hechos y las infracciones de ley que había cometido. Como la acusación parecía estar bien fundada, el Congreso la admitió, y se ordenó a Páez, después de suspenderle en su empleo, que compareciese en la capital de la República a sufrir su juicio conforme a la Constitución".

"Si este valiente guerrero, segundo solo a Bolívar en el aprecio público, por los servicios que prestara para libertar a su patria, se hubiese sometido al fallo de las autoridades constituidas, habríase afianzado permanentemente en Colombia al respeto a las leyes, y

mantenido el orden y la prosperidad que le son consiguientes; pero en vez de añadir este nuevo sacrificio a los que antes había hecho, y de someterse a un juicio que su obediencia misma había convertido en favorable, cedió más bien a la influencia del orgullo ofendido y a los consejos de amigos astutos e insidiosos que le sugirieron la desobediencia y la rebeldía.

Soublette, Restrepo, O'Leary, Revenga y otros muchos están de acuerdo con la sucinta relación que antecede, y califican duramente, no al General Páez considerado por ellos como juguete de sus instigadores, pues "su docilidad característica se los presentó como a propósito" para lanzarlo en un camino de perdición, sino a esos mismos "criminales que no pudiendo excusarse, sólo quisieron crear otros en cuyas faltas se confundieran las suyas". *J. R. Revenga.*

Sí, esos directores del General Páez llegaron hasta hacer aparecer al Vicepresidente Santander, como apoyando la acusación hecha ante el Senado de Colombia, buscando por ese medio precipitar la consumación de su criminal intento. Y esto motivó la carta que con fecha 29 de junio de 1826 dirigió el General Santander al Libertador, en que si es verdad que se ponen de manifiesto las exaltadas pasiones de su autor, también viene en apoyo de lo que nos proponemos exponer. Hela aquí:

"He visto el atrevido oficio de Páez para Ud. en que me atribuye su acusación y me pinta con un carácter insidioso: Ud. sabe que he sido contrario a tal acusación y que he defendido al General Páez; sabe también que mi carácter es franco y sostenido. Páez habla lo que le hacen decir Peña y Carabaño y para cohonestar la rebelión me insulta inícuamente. Ya se ve la oscuridad de principios de Páez, su ambición y el haber siempre sido bochinchero no podían dictar mejores expresiones contra mí, que las que ha empleado para con Ud."

En todos los años siguientes al de 1826, los procederes del General Páez no tuvieron jamás rumbos fijos, lleno siempre de vacilaciones y alternativas, juraba defender la integridad de Colombia, o promovía su disolución "porque el mismo influjo e importancia que tenía y se alegaba para conservarle el mando le había bastado para impedir todo tumulto popular". (Soublette, 10 de junio de 1826); calificando de malvados a los enemigos del Libertador a quienes "los venezolanos todos los reducirían a polvo y pavesas si desgraciadamente se extraviasen" o elevando a los mismos a la alta dignidad de consejeros suyos;

protestando fidelidad eterna al Padre de la Patria, al árbitro único de su suerte por quien tenía "la cimitarra alzada para romper el vientre, dientes y ojos a todo el que fuera su enemigo" o poniendo su firma al pie de documentos públicos en que se degradaba y proscribía al Libertador de cinco Repúblicas, al semidiós, al "amado General, a quien su aliento, llamaba en cada suspiro" al hombre eminentísimo que no tuvo otro crimen que haberlo sacrificado todo en aras de la libertad de un mundo.

Tristes verdades son esas, pero nadie por más ilustrado que sea está autorizado a bastardearlas, violando los fueros sagrados de la historia.

En ese amontonamiento de desaciertos y de grandes errores cometidos por todos nuestros hombres públicos, ¿quién puede atreverse a justificar a nadie sin hacerse solidario de las responsabilidades que la posteridad, justiciera y excenta de pasiones, impartirá en no lejanos días?

Entonces no se escribirá como lo hace el doctor Zuloaga, que al mismo tiempo que deifica a Páez, llama tirano a Bolívar y sedicioso a Monagas. ¡Con qué precisión raciocina el señor doctor cuando afirma, que las justicias a medias son con frecuencia grandes injusticias!

Muerto el Libertador, disuelta Colombia, y constituida la República de Venezuela, veamos cómo se expresa la obra ya citada:

"La conducta del General Páez durante esta nueva época, ha sido tan ejemplar, que ha conseguido se releguen al olvido sus errores de 1826... su sumisión al Congreso, su fidelidad al sistema liberal, su celo en promover la obediencia a las leyes y sus esfuerzos por evitar la guerra civil, le han granjeado el aprecio y la confianza de todos. El fue electo presidente en 1831, casi por unanimidad, desde cuyo tiempo su moderación y desinterés han sido tales que los deberes de la suprema Magistratura han sido desempeñados casi siempre por el Vicepresidente Urbaneja".

Pero fuerza es terminar, que ya hemos abusado de la noble hospitalidad que nos brinda este ilustrado diario.

¡Después de 1830, qué serie de inmensas desgracias afligieron a la cuitada Venezuela, qué accidentada vida la del General Páez!

Se descubren en esa larga cadena de acontecimientos, cumbres de gloria preclara, como la restitución del Ilustre Vargas en la Primera Magistratura; caídas que son triunfos, como la capitulación de Macapo,

martirios como el del Castillo de San Antonio y el extrañamiento perpetuo, que constituyen blasón para la víctima, baldón eterno para el victimario; honores tributados al ilustre proscrito, en extraños y remotos países que serán siempre preciada honra para la patria, tantos más dignos a enorgullecernos cuanto que no fueron comprados con millones arrancados al pobre pueblo, sino impuestos por el reconocimiento universal de méritos altísimos.

Más tarde, vuelve el General Páez a pisar el suelo de la patria, pero no es recibido entre las aclamaciones de sus conciudadanos, sino entre el fragor de la fusilería que anunciaba la guerra civil con todo su cortejo de irreparables desgracias... Pero, no... nosotros tampoco seremos osados a levantar "la lápida que él mismo con ánimo dolorido quiso colocar aquí". Temeríamos retroceder a los luctuosos días de la *Dictadura;* escuchar mezclados a los ayes de las víctimas que sucumbían luchando por una noble causa, gritos de pasión odiosa lanzados por los que veían desaparecer la influencia por tantos años ejercida sobre el guerrero insigne, ensordeciendo el espacio las dianas de Santa Inés y Buchivacoa y dominando el estruendo, las diatribas de Juan Vicente González y la voz airada del *Designado* Angel Quintero, del antiguo áulico y mentor del Ciudadano Esclarecido vomitando improperios, acusándolo de pisotear una constitución que venía comprometido a defender y asegurando a la faz de las naciones, "que en Venezuela no podía haber Gobierno posible mientras viviera en ella el General Páez".

¡No! Nosotros no levantaremos esa lápida, sino para recordar la magnánima, la nobilísima conducta del General Falcón, colmando de consideraciones y honores al venerable anciano, al ilustre vencido, a tiempo que los *epilépticos* o *tovaristas* pedían, en cambio de abjurar de sus principios oligarcas, que se les entregara al *Fundador del Poder Civil,* al *Civilizador,* al *Ciudadano Esclarecido,* al hombre, en fin, tantas veces deificado para arrastrarlo por las calles de la Capital, porque en una sola ocasión había dejado de ser instrumento ciego de sus terribles pasiones.

Esa, esa sí es la historia que nosotros reverentes acatamos y acataremos siempre ensalzando las glorias, señalando los errores y profundamente convencidos de que *"las justicias a medias son con frecuencia grandes injusticias".*

Cuando el Ejecutivo Nacional de Venezuela en 1888 decretó una estatua al general Sucre, como vencedor en Ayacucho, sin recordar para nada al íntegro Magistrado de Bolivia, al más virtuoso, al más ilustre hombre de Estado que ha tenido Sudamérica, al primer militar que despojándose de sus guerreras insignias, conquistó por sus virtudes cívicas el calificativo de *El Washington del Sur,* ¿por qué no se alzó la voz de ningún patriota para protestar contra esa, que también podría llamarse notoria injusticia?

Es que el nombre de Sucre no ha resonado nunca como grito de guerra en esas luchas fratricidas que han asolado la Patria ni sus cenizas se remueven jamás para alimentar con ellas la tea de la discordia.

"Deja en paz al que yace en el sepulcro".

Barcelona, agosto de 1896.

P A E Z

III

El señor doctor Nicomedes Zuloaga nos discierne el honor de contestar a las observaciones que nos permitimos hacer a sus artículos referentes a la manera como el Ejecutivo Nacional decretó la estatua del General Páez, en los que, llevado de su justificable admiración por tan grande hombre, y compelido al mismo tiempo por los rudos ataques del señor Delfín Aguilera, emitió conceptos un tanto exagerados que a fuer de patriotas e imparciales nos dimos a la tarea de refutar, apoyados en la verdad y la justicia.

Reconoce el doctor Zuloaga la imparcialidad de nuestras apreciaciones y eso es bastante para satisfacernos. Tuvimos sumo cuidado en

---

* **Este artículo salió publicado en "El Liberal" en las siguientes fechas: 20 de noviembrbe de 1896; 23 de noviembre de 1896; 24 de noviembre de 1896; 4 de diciembre de 1896; 5 de diciembre de 1906.**

apoyarnos en testimonios absolutamente irrecusables, y no quisimos desvirtuar el sano propósito que nos guió a tomar parte en la cuestión, trayendo a cuento lo que él llama "la mentirosa tradición de los Guzmanes", porque, aunque admiradores de la dialéctica incomparable, de la profunda ilustración y de la fecundidad asombrosa del señor Guzmán (padre) no podemos apreciar como historia la mayor parte de sus producciones, encaminadas a desacreditar por la prensa el orden de cosas que sus compañeros destruían por las armas. Erróneamente procede quien así pretenda conocer los hechos y los hombres con toda la serenidad que requiere la crítica histórica. Los que simpaticen con el escritor consideran sus producciones como verdaderos *evangelios,* así como los que por tradición o por personales resentimientos lo vean con ojeriza, se situarán desde luego en el extremo contrario, y de ambos modos se pervierte el criterio.

Teniendo tales convicciones, no puede colocársenos en ninguna de las clasificaciones que hace mi ilustrado contendor al comienzo de su "Estudio Histórico Político"; pues aunque nacidos ya en los días en que el General Guzmán Blanco dominaba la República, nuestro criterio se formó libre de preocupaciones banderizas, exento de pasiones bastardas, nutriéndose al calor de las decepciones sufridas por quien lanzado en pos de sublimes ideales, sólo encontró al terminar la lucha —en pago de sacrificios inmensos, de dolores infinitos y de la sangre derramada en aras de los principios liberales— los más crueles y amargos desengaños santificados por una pobreza dignificadora, a tiempo que se entronizaba el personalismo más soberbio y despótico que ha tenido la República, aplaudido y sustentado aún por los mismos partidarios de la antigua autocracia.

Liberales por tradición, por convicciones, y por amor a la doctrina, no creemos que se necesite para hacer profesión de fe echar lodo sobre los hombres que ilustrando nuestros anales patrios con acciones heroicas y con virtudes sublimes, que las posteriores generaciones han sido incapaces de practicar, pertenecen ya al sereno dominio de la historia.

Y conste que el mismo señor A. L. Guzmán ha contribuido a fomentar estas convicciones cuando en momentos de calma dijera a sus contrarios políticos: "Debemos esfuerzos ingenuos al empeño de alentar la juventud en el sendero del saber, para que mañana pueda ella ser feliz, y justa y benevolente con nosotros. ¡Nos hemos llamado tantas

veces, los unos a los otros, *malvados, foragidos, malhechores...!* que necesitamos levantar esas almas, más y más, para que desde la altura de la verdad, escarpada pero gloriosa, sepa y quiera desmentir todo pasado mendaz, erróneo, inexacto, y justificar y ennoblecer cuanto en realidad lo merezca".

Por tanto, al emprender la difícil tarea de hacer notar al doctor Zuloaga las exageraciones de que adolecen sus primeros artículos, tarea difícil decimos, por tratarse de tan diserto e ilustrado escritor —tuvimos siempre presente la frase de un notable historiador español: "la verdad es la que dicta, yo quien escribe; suyas son las razones, mías las letras".

Silenciados por el doctor Zuloaga los acaecimientos históricos del año 26, nos creímos en el deber de recordarle que fue esa época la que mayores remordimientos despertó en el ánimo del General Páez; época en que careciendo de las más simples nociones de política, y de la cultura que correspondía a la alta posición a que lo elevaron su valor y constancia incomparables, se alzó en contra de las leyes, desobedeció al Congreso de la Nación, y si más tarde confesó noblemente la falta cometida en momentos de irreflexión, no por eso quedaron destruidos los hechos, sino muy al contrario: confirmados por la autoridad de su palabra para servir de enseñanza a las generaciones venideras.

Nuestro diserto contendor hace la relación de aquellos acontecimientos enriqueciéndola con todas las sagaces investigaciones de la crítica histórica, y con las luminosas citas de una copiosa erudición y nos complace decir que después de ampliar los hechos de que nosotros no hicimos sino simple mención, viene a concluir, apoyando nuestro aserto, en que el General Páez cometió grave error al desobedecer la orden del Congreso, conculcando la Constitución que había jurado defender; lo que prueba de un modo concluyente, que no puede escribirse sin incurrir en notoria exageración, "que en más de cincuenta años de vida pública del Héroe brilla siempre excelso su respeto a las instituciones".

Tan temeraria afirmación queda desmentida por el mismo circunstanciado relato que hace el señor Zuloaga, en que se destaca la figura del General Páez sirviendo de ciego instrumento a las maquinaciones del doctor Miguel Peña, y de otros hombres notoriamente desafectos

al Gobierno de Colombia. Y es que por más que haga por justificar aquel desgraciado movimiento por el desagrado con que en toda época vio Venezuela su sometimiento a la Nueva Granada, aumentado por la insidiosa conducta del General Santander con los colombianos de aquende el Táchira y el Arauca, siempre será una verdad, que hubo una Constitución violada, un mandato legal conculcado, un alzamiento que destruyó la tranquilidad de una Nación, que esperaba confiada el día no lejano en que su padre y creador le había prometido la reforma de su pacto fundamental por el voto libre de la ciudadanía.

Bien lo dice el Vicepresidente Santander en carta dirigida al General Páez en 14 de julio del referido año. "Se engañan los que piensan que justifican sus atentados con denigrarme a mí y pintarme como un monstruo. Mis defectos, y si se quiere mis maldades no pueden convertir la naturaleza de las cosas donde son en sí malas y detestables en buenas y laudables. El que yo sea insidioso, como usted dijo, que haya tenido parte en su acusación como le quieren hacer creer, y que sea su rival y enemigo como lo propalan al cabo de doce años que hace que nos conocemos, no mejora la causa de usted, porque siempre será un tumulto lo del 30 de abril en Valencia; usted no dejará de haber sido acusado por los términos constitucionales, ni dejará de ser rebelión contra las leyes todo lo que se ha hecho. Si yo era perverso Administrador del Estado, las leyes franqueaban la puerta y los recursos para acusarme y castigarme; si gobernaba con iniquidades a Venezuela, la prensa y el Congreso estaban puestos para oír las quejas y agravios de los ciudadanos, y si procedía por enemistad y rivalidad hacia usted ¿por qué no me lo ha dado a conocer en ocho años que ha llevamos una correspondencia privada y confidencial? Convengamos, General, en que todos los hechos están muy mal enlazados entre sí, y que sublevarse contra el sistema, desobedecer, al Senado y romper la unión porque yo no agrade a algunas personas de allá, porque no haya hecho Intendente al General Mariño, porque he tenido a Carabaño por un faccioso, porque he procurado hacer restituir al doctor Peña 26.000 pesos de que privó al erario, y porque Cala fue separado de la Comandancia de Puerto Cabello, es un atentado que nunca podrá ser ni cohonestado con los más sutiles sofismas...".

He aquí expuestas en las últimas palabras del General Santander la clave de la revolución de Valencia. ¡Notable coincidencia! Al mismo tiempo que el Senado de Colombia admitía la acusación de la Munici-

palidad de Caracas contra Páez, conocía también de la promovida por el Ejecutivo contra el doctor Miguel Peña "por haberse apropiado el cambio de la moneda en que se le habían entregado por el tesoro de la Nueva Granada ciertos caudales (300.000 pesos) destinados a la agricultura de estos países".

Conocido de todos los que no sean peregrinos en el país de nuestro pasado histórico, es el carácter enérgico y la gran capacidad de aquel hombre eminente, al mismo tiempo que la absoluta influencia que ejercía en el para entonces "semibárbaro" Jefe Superior del Departamento de Venezuela, quien dócil en el primer momento a la orden del Congreso, se preparó a emprender viaje a la capital de la República, y venciendo personales resentimientos, hizo reconocer por el Ejército al Intendente Escalona nombrado por el Ejecutivo para reemplazarle durante su ausencia. Pero ese sometimiento que hubiera aquilatado sus glorias ya inmarcesibles y universalmente reconocidas, propendiendo a la conservación del orden y al afianzamiento de la ley, no convenía de ningún modo al doctor Peña, interesado en promover un escándalo capaz de absorber por completo la atención de los poderes públicos, para hacer olvidar su acusación, que hasta entonces había eludido con sagaces subterfugios, al mismo tiempo que apoderarse de la cosa pública y asegurar una posición con que no podía contar mientras Santander dominara la República.

Y a fe que era propicia la ocasión para el desarrollo de sus maquiavélicos planes, como que bullían en torno suyo, elementos fácilmente manejables: un pueblo ignorante y timorato, un ejército para quien el General Páez era un ídolo, un ser sobrenatural que llevaba siempre la victoria a la grupa de su corcel guerrero, y un núcleo respetable de ciudadanos notables por sus luces y virtudes, que se sentían deprimidos porque se hallaban fuera de los destinos públicos.

Con tales elementos comenzó a desarrollar sus planes y el 27 de abril, reunida la Municipalidad de Valencia para tratar asuntos de otra naturaleza, se le impidió que sancionara un acuerdo impidiendo la salida del General Páez de Venezuela, "dando por motivo para semejante pretensión, los recelos que alegaban de que pudieran sobrevenir desórdenes, atendida la confianza que su presencia causaba a las tropas y el desaliento que en aquel caso se apoderaría de ellas, con perjuicio de la tranquilidad interior y exterior, la cual, en realidad, sólo se veía amenazada por los mismos que, aparentando querer conservarla, movían

los resortes más adecuados para ponerla en peligro, a trueque de conseguir sus fines, dirigidos únicamente a apoderarse de la cosa pública, en despique de resentimientos personales...".

"Temiendo, empero, algunos por el éxito de tal solicitud, y juzgando poder asegurarlo, se obtuvo de la Municipalidad que convocara en el acto a los abogados de la ciudad: Peña entraba en el número y concurrió con otros: no obstante como su idea era, que el pueblo apareciese autor o sostenedor de la insubordinación que astutamente se preparaba, tocando en el momento la oposición de muchos de sus conciudadanos, se acomodó a las circunstancias, y acorde con otros dos letrados, expuso: "que no había ninguna medida legal que pudiese suspender la ejecución de la orden, y que ni el mismo Ejecutivo podía hacerlo, sin infringir abiertamente la Constitución. En consecuencia acordó la Municipalidad, *que manifestara al General Páez, el profundo sentimiento de que hubiese sido admitida la acusación contra su persona; la persuación en que estaba de que se justificaría completamente; que todo el vecindario se hallaba convencido de la puntualidad y exactitud con que había desempeñado sus encargos, ganándose la confianza, respeto y amistad de todos; y que en la necesidad de salir del departamento en obedecimiento a las leyes, les quedaba el consuelo de volver a verlo, indemnizado y satisfecho*".

Pero no era el doctor Peña hombre capaz de detenerse ante las primeras dificultades, y apoyado en sus adeptos y en el Ejército que no concebía que hubiese una autoridad fuera del Libertador a quien el General Páez pudiera someterse, "apelaron a las vías del asesinato, dando muerte a dos infelices que no habían tenido arte ni parte en los sucesos que se debatían, arrojaron sus cadáveres a las puertas del edificio de la Municipalidad" y asolaron la población con otros actos de salvajismo, que no tardaron en producir los resultados que se buscaban.

En efecto, al día siguiente de esos desgraciados sucesos, aquel pueblo en donde el feroz Boves había comenzado su carrera de sangre y exterminio, que había sentido la cuchilla desvastadora de Zuazola, que había sufrido los horrores del sitio en 1814, creyó ver en aquellos asesinatos el fatal preludio de una nueva serie de desgracias, se figuró que separado del mando y ausente el General Páez, podía ser sometido de nuevo al yugo ignominioso y sangriento que acababa de sacudir para siempre, y presa más de terror que de entusiasmo, corrió a la

morada del invicto caudillo, y lo condujo en hombros a presencia de la Municipalidad, que ya sugestionada por los autores de aquel escándalo hasta entonces sin ejemplo, apoyó la rebelión, y arrogándose facultades que ninguna ley tenía atribuidas, repuso al General Páez en el puesto de que tan legalmente había sido suspendido.

A la Municipalidad de Valencia siguieron algunas otras pronunciándose por la revolución, entre las cuales figuró la de Caracas, que fue la misma que promovió la acusación contra Páez. Con ésta emplearon también la amenaza y el terror: se le hizo comprender que el General Mariño había llegado a La Victoria con un ejército, y que marchaba hacia la capital para hacerle pronunciar a favor del movimiento y castigar a los autores de la acusación, si no se retractaban y reconocían a Páez como Comandante del departamento de Venezuela, lo que practicaron al instante, no sin la enérgica protesta del Intendente Cristóbal Mendoza, que como el probo y eminente Peñalver en Valencia, se negó a dar su aprobación a un procedimiento atentatorio contra la majestad de las leyes.

"Dado el primer paso —dice el mismo Páez— era necesario ser consecuente con el error cometido". Y el 11 de marzo el Cabildo de Valencia con la aprobación de los comisionados enviados por el de Caracas, lo invistieron con la autoridad civil, y a propuesta del doctor Peña, director absoluto de cuanto se hacía, se excitó a todas las Municipalidades que se habían adherido a la revolución, para que concurrieran a aquella ciudad por medio de sus representantes, a fin de unificar las tendencias hasta entonces sin rumbos fijos, y exponer "los graves motivos que habían obligado a los pueblos a reponer a Páez en el mando".

Veinticuatro Municipalidades enviaron sus diputados, y el 29 de junio sancionaron un acta inconsulta, que por más que aparezca suscrita por notabilidades como Peña, Tovar y Lander, no es, en su mayor parte, sino la expresión de odios y rivalidades por largo tiempo comprimidos.

Y es de todo punto necesario fijarse bien en la forma como estaba constituida esta parte de la antigua Colombia, para poder apreciar la extensión que tuvo aquel movimiento que, en el propósito de justificar al General Páez, se ha querido hacer aparecer como la universal expresión de todos los pueblos que hoy componen la República de

Venezuela, cuando sólo se circunscribió al Departamento de este nombre, formado por las provincias del Centro, y a algunas provincias del de Apure.

Todos los demás Departamentos permanecieron fieles a la Constitución y al Gobierno, o siguieron más tarde otro rumbo, y uno de ellos, el de "Orinoco", rechazó de manera enérgica e incontrastable, la insidiosa invitación que les dirigieron los revolucionarios de Caracas.

¿Cómo puede entonces afirmarse que aquella revolución que no tuvo nunca tendencia determinada ni unidad de propósitos, fue la manifestación de la "grande idea nacional, (?) latente pero enérgica de la separación", cuando la historia dice y lo repetirá hasta el fin de los tiempos, que aquello no tuvo otro carácter que el de un motín descabellado, presidido por un militar inconsciente, ciego instrumento de apasionados directores?

Y no podía ser otro el papel que entonces desempeñara el General Páez, pues como muy bien dice el doctor Zuloaga, acababa de salir "de aquellos campamentos de Apure donde su voluntad era obedecida no por el respeto a las leyes ni a la disciplina sino por la condición exclusiva de ser el más valiente y vigoroso en la horda semibárbara".

Y ahora me ocurre preguntar, ¿será el cabecilla de *la Cosiata* superior al militar insigne de "Las Queseras del Medio"?

¿Y cuál de esas tendencias de la opinión pública siguió el Comandante del departamento de Venezuela? En sus proclamas, en sus circulares, en todos los documentos que aparecen con su firma, no se le ve tomar una determinación franca y enérgica, sino que vacilante siempre, lleno de dudas y temores, aceptó en un momento de irreflexión, la jefatura de aquel motín descabellado, creyendo obedecer a un mandato popular, y luego que se convenció del triste papel que le habían obligado a desempeñar sus fingidos amigos, acepta cuanto hacen las municipalidades, hasta el punto de proclamar la Federación como fórmula salvadora en aquel inminente conflicto.

Una sola idea firme, un solo sentimiento invariable se ve siempre, en casi todos los documentos oficiales y particulares de esos días: el reconocimiento de la autoridad del Libertador Presidente, a quien juzgó el árbitro de los destinos de la patria. Pero puestos en juego todos los medios posible, para llevar a cabo el plan que se trazaron Peña y los suyos; y confiados en la natural sencillez de Páez y en el estado de su ánimo después de un paso tan inconsulto como el que

había dado, se empeñaron en persuadirle de que al llegar Bolívar a Venezuela debía esperar la suerte de Piar.

"Nuestro hombre (Páez) —decía Núñez Cáceres a Tomás Lander— es un gran guerrero, es un soldado valiente, pero no un político revolucionario. Este papel no lo conoce ni por el forro; con decir a usted que confía en que Bolívar lo arreglará todo, ahorro palabras. Yo, sin embargo, le he hecho sentir que el Libertador si lo ve obrando con energía y con la fuerza por delante lo aceptará, pero que en mostrándose débil y sin decisión le dará cuatro balazos como a Piar; y con todo no quiere ni aún oír hablar de hostilidades ni de invasiones". *

A la noticia de la llegada de Bolívar cundió el pánico entre las filas revolucionarias; todos trataron de ponerse a salvo y rehuir las responsabilidades del atentado, protestando unos fidelidad al Libertador, haciéndose comisionar otros para recibirle; buscando éstos —como Carabaño— el amparo del integérrimo y fidelísimo Peñalver, para presentarse como contrariando el movimiento; y todos en fin arrepentidos de haber apelado al tristísimo expediente de una rebelión sin principios ni tendencias, y sólo Páez, jefe irresponsable, sumergido en un piélago de temores y de ideas encontradas, pensando y obrando según lo inspirasen los amigos o enemigos de Bolívar, mereciendo por esto mismo de sus propios directores, conceptos harto desdorosos.

"El se queja —dice Núñez Cáceres en la carta ya citada— de la perfidia de los demás, y no repara que al mismo tiempo está siendo pérfido para con los pueblos, a quienes prometió pública y solemnemente por medio de la imprenta, que los sostendría y no permitiría que nadie violase sus derechos sin pasar antes por sobre su cadáver. ¡Qué locura! Pretender que los hombres sean firmes, cuando a la hora del peligro y llegando el caso de cumplir con los deberes más sagrados, los abandona con vergonzosa debilidad el mismo que los empeñó (?) en la empresa".

Cargos terribles esos, a que lo hiciera acreedor la poquísima cultura de su entendimiento —pues "nada tienen de común la teoría de las revoluciones y la delicada ciencia de la política con las sencillas ocupaciones del pastor".

"Yo me he visto —decía en carta al Libertador— aislado y luchando a todas horas con hombres encarnizados y exactamente parecidos a los que ha encontrado usted en Bogotá, con esos hombres

* Memorias de O'Leary - Tomo 2º, P. 530.

resueltos a sacrificar los más caros intereses de la Patria antes que sus principios... sólo querían precipitarme a ejecutar golpes de violencia para salirse con su intento".

III

Ocupémonos aún en el examen de los acontecimientos acaecidos en el período comprendido entre los años 26 y 30, pues siguiendo paso a paso toda esa serie de resoluciones encontradas, de opiniones diversas que se sucedían con una rapidez vertiginosa, y en que el General Páez no aparece sino como una pobre víctima inconsciente de las ensañadas pasiones o de las miras personales de sus mentores, llegaremos a la conclusión absoluta, incuestionable, de que mal podía el "semibárbaro y bisoño" Caudillo de la Cosiata convertirse, durante el cortísimo período de cuatro años y por obra y gracia de sus deificadores, en el civilizador de mi pueblo, que contaba en su seno una pléyade de ilustrados ciudadanos que fundaron la República de Venezuela, que levantaron el edificio de nuestra legislación, que dieron a la Patria la Constitución centro-federal del año de 30, ese código político, como muy bien dice el doctor Zuloaga "de un liberalismo audaz para la época y en el que quedaron establecidas casi todas las libertades públicas que hoy se encuentran en nuestras leyes".

Haremos resaltar, apoyándonos en los datos que nos suministra la historia, el contraste de hacer aparecer como un ilustrado gobernante capaz de manejar por sí solo el delicado mecanismo de una República, como a un ser privilegiado que poseía por intuición el tacto exquisito y don genial de los hombres de Estado verdaderamente eminentes, al mismo que cuarenta años más tarde al narrar los acontecimientos que nos ocupan, atribuye todos sus errores a la rapidez con que de las sencillas ocupaciones de pastor fue trasladado al teatro de escenas desconocidas para él.

Manera singularísima de razonar en asuntos de historia, es esa, en que se aparece en contradicción con el testimonio mismo del personaje que se defiende, pero con todo, nuestra imparcialidad nos lleva a justificar el extravío, por la engañadora influencia que despiertan aún en el más ilustrado criterio, el recuerdo de antiguos y tradicionales afectos, el respeto a las opiniones políticas de nuestros antepasados, y aún la justa indignación que perturba el espíritu al contemplar la inutilidad de tanto hecho glorioso, la esterilidad de tanto sacrificio heroico, la infecunda inmolación de tantas víctimas que sucumbieron

por legarnos patria independiente, espíritu público, instituciones liberales y todas las grandes conquistas con que los pueblos marchan en el presente siglo hacia la meta de sus destinos providenciales.

Y no decimos mal, porque si comparamos la luminosa época de los primeros tiempos de la República con todo lo que después se ha sobrevenido en esa larga serie de no interrumpidas revueltas intestinas, vemos que la talla moral de aquellos hombres crece de manera tan sorprendente, que casi nos sentimos tentados a considerarlos como seres sobrenaturales y revestirlos con todos los atributos de las más sublimes virtudes. Por eso justificamos que se deifique a Bolívar, que se le rinda culto idolátrico a Páez, que no se recuerden en fin sino los grandes beneficios de todos aquellos que soñaron con la gloria, que amaron la libertad, que abrigaron en sus pechos la abnegación y llevaron al sepulcro la pobreza como prueba elocuentísima de sus desinteresados servicios por la patria.

Pero cuando se trata de apreciar con severa justicia y con claridad de criterio los acontecimientos y los hombres de una época dada, para deducir con conclusiones irrebatibles, hay que desprevenir el ánimo de toda pasión, olvidarse por completo del presente y abstraerse en el examen concienzudo de todos los testimonios que puedan ilustrar la materia de que se trata, a trueque de convertir en apología lo que comenzó por llamarse *Estudio histórico,* cambiar por el aplauso de unos pocos la satisfacción de llevar la verdad histórica al criterio de la generalidad, o evadir ingeniosamente la cuestión principal para aprovechar la ocasión de emitir opiniones, y lanzar ideas que aún se consideran como piedra de toque en la política de actualidad.

En ese camino no seguiremos a nuestro honroso contendor; no fue ese el propósito que desde los primeros artículos guió nuestra pluma; un plan nos trazamos y a ese seguiremos ceñidos estrictamente.

¿Cuál era la situación de Venezuela cuando Bolívar pisó su territorio a fines del año 26? Dígalo el Genral Páez "La anarquía amenazaba por todas partes; quienes estaban por la adopción del código Bolivariano, aquellos por la descentralización del gobierno sin atentar a la integridad de la República; unos por el establecimiento de una monarquía, y no faltaron tampoco quienes estuvieron dispuestos a ocurrir a las armas para llevar a efecto cualquiera de estos movimientos".

"El Liberal", 1896.

CUATRO PALABRAS

Nicomedes Zuloaga

Ciertamente es un gran dolor, como lo ha dicho el poeta, aquel que sentimos al recordar tiempos felices en medio de la adversidad; pero si en vez del individuo, cuya existencia es pasajera, se trata de las colectividades destinadas a renovar indefinidamente su vitalidad y su acción, el dolor de ese recuerdo puede hacerse fecundo en advertencias y estímulos saludables. De lo contrario la historia carecería de enseñanza y no tendría un objeto útil.

Considerada en tal sentido la rememoración histórico-crítica hecha con seriedad en las páginas de este folleto resulta ser una obra oportuna y patriótica, acreedora al aplauso de cuantos saben lo que vale devolver a un pueblo la confianza en sus fuerzas y la fe en el porvenir, con la demostración de aquello de que él ha sido capaz en un pasado no distante. Porque, en efecto, los dieciséis años de vida nacional a cuyo examen se contrae el escritor, comprueban con la irresistible elocuencia de los hechos, que la sociabilidad venezolana ha sido apta para organizarse políticamente bajo un gobierno representativo y libre, limitado por la ley, expresión de la voluntad popular y contenido al par que vigilado por la opinión pública. Esa aptitud, extraviada, no perdida, por consecuencia de errores y faltas comunes, sólo requiere para volver a una sana dirección y cobrar sus antiguas energías, no reacciones insensatas, sino meras rectificaciones que han de encaminarse preferentemente a devolver a las costumbres públicas su antigua sinceridad, al pueblo la confianza de que hoy carece y a las palabras del lenguaje político, su verdadero y propio sentido, del cual las han despojado la charlatanería y las pasiones, con no poco daño de cuantos quieren concertarse lealmente para trabajar en servicio de los intereses permanentes de su país. Claro es que con tales miras el escrito del doctor Zuloaga, no es un trabajo polémico ni un alegato de partido. Para hacer la demostración a que se dirige su estudio, hale bastado exponer tranquilamente los acontecimientos de aquel período histórico, examinarlos con serenidad y restituirles la significación que ellos tuvieron en su época y respecto de la cual aparecen acordes en los puntos principales los mismos que combatieron aquel orden de cosas. Con tales caracteres la revista de los dieciséis años es una obra de integración de la historia

patria, en el cual las opiniones así como los partidos que fueron dignos de este nombre, encuentran su parte de justicia y de responsabilidad, hasta el momento en que una funesta desviación en los métodos interrumpió el proceso evolutivo y lanzó al país en la vía revolucionaria, de la que no ha salido hace medio siglo, sino para reposarse materialmente a la sombra de la dictadura o de un personalismo más o menos disfrazado y en ocasiones benévolo.

Toda discusión sobre ese pasado, para que ella sea útil, elevada y fecunda, ha de dirigirse, no a calumniarlo torpemente, como si la existencia del partido que combatió el orden de cosas entonces imperante no tuviese otra razón de ser que la de un contraste pasajero, sin examinar los medios de acción de ese régimen, los recursos de que dispuso y la extensión de las necesidades que alcanzó a satisfacer. Aplicando este criterio, único con el cual la discusión puede ser útil, resultará que la tarea de aquellos gobiernos fue relativamente feliz porque estuvo limitada; porque durante esos dieciséis años no se creyó que la misión de los gobiernos fuese otra, que la de dar seguridad, y en consecuencia la responsabilidad del poder, las exigencias de la opinión y los tributos exigidos al pueblo guardaban una exacta proporción con la fecunda modestia del programa. El socialismo de Estado no fomentaba entonces ningún apetito de esos que convierten la cosa pública en festín y a los gobernantes en anfitriones. El personalismo no tenía así objeto práctico, y la ley era de fácil cumplimiento por cuanto no prometía a los asociados sino la garantía de sus derechos, dejándolos por lo demás en libertad para labrar ellos mismos sus destinos.

Sin negar que la actual multiplicación de los intereses sociales impide restablecer aquella noción del Estado cuya sencillez facilitó su marcha a los gobernantes de 30 a 46, cabe no obstante preguntar si en presencia del desastre moral y político, que es en gran parte la obra del regimen opuesto, no será ya tiempo de que los hombres que se ocupan desinteresadamente de la cosa pública, conviertan sus miradas al sistema más bien que a los partidos, a los errores que informan la opinión antes que a los Gobiernos, producto natural de esos errores; en una palabra, si los vicios y degeneraciones que todos sentimos, no deben buscarse en una causa superior a la voluntad e inteligencia de los individuos.

Seguramente no basta, como lo quiere y recomienda el autor del examen, volver al sentido de la ley y hacer del estricto cumplimiento

de esta última la base fundamental de nuestro pacto político, es necesario además que el Gobierno, expresión de esa ley, retroceda a sus naturales límites y que la administración pública deje de ser la mesa de Lúculo que se disputan todos los apetitos, para convertirse en el ágape a que sólo se sienta el deber. Hecha en este terreno la comparación entre el pasado y el presente, ella ganará en interés patriótico lo que pierda en pasión de partido, será verdaderamente útil y aún podrá reconciliar a cuantos son capaces de convencimiento.

Por lo demás, es claro que la figura histórica en torno de la cual el doctor Zuloaga agrupa su análisis y coloca sus recuerdos, que son los de los hechos, no tiene en ese pasado otro carácter que el de una genuina representación. El nombre de Páez cubre y simboliza esa época, como cubre y simboliza una bandera la legión que ha conquistado la victoria y está presta a defenderla. Páez fue un hombre representativo y aparte el prestigio de su heroismo en los campos de batalla, todo lo que brilla en él es el reflejo de su época y de los hombres que fueron sus colaboradores. Es en tal sentido que el Aquiles Venezolano, transformado desde 1830 hasta 1846 en un nuevo Cincinato, merece que los jóvenes de ideas y de nobles aspiraciones reivindiquen los títulos por él adquiridos a la gratitud de sus conciudadanos y al respeto de la posteridad.

Diciembre 15 de 1896.

X.

MI OPINION

La Nación me honró con la elección de su primer Presidente constitucional, y yo con toda la efusión de mis patrióticos sentimientos, no sin temor de mi insuficiencia, me presenté temblando ante el augusto Congreso a jurar que cumpliría y haría cumplir todos los preceptos de esa Constitución, objeto caro de nuestras aspiraciones. Y permitidme ciudadanos, el placer de recordar con vosotros ante el mundo entero que cumplí, defendí y sostuve la Constitución del Estado, como Magistrado, como militar y como simple ciudadano. Durante mi magistratura ella fue mi ídolo, sus preceptos mi única guía. *José A. Páez.*

Consultad a vuestra memoria y quedaréis tranquilos sobre la lealtad de mis sentimientos. Veréis en las vicisitudes del Estado ocasiones críticas y decisivas en que la fatalidad pudo conducirme a desmentirlos si no estuviesen tan arraigados en

> **mi alma pero permitidme la gloria de recordaros que visteis también en todas ellas mi pecho interpuesto entre los votos del pueblo y los tiros de sus enemigos. La solemne época del Constituyente, las conmociones del Oriente entonces, el aciago 8 de julio y el ejemplar de Payara, os hablarán con elocuencia. *José A. Páez.***

Si Páez fue un insigne lancero, también lo fueron Aramendi, Rendón, Carvajal, Cedeño, Monagas, Farfán, Silva y mil y mil más que con invencible valor, al solo toque del clarín de guerra de nuestras caballerías, llevaron el desaliento y aun el pánico a las huestes enemigas; y si Las Queseras del Medio fue una brillante acción de armas, la historia de nuestra Independencia es una sucesión no interrumpida de hechos semejantes, y en la de Páez son tan comunes, que aquel encuentro no es otra cosa para él, que uno de tantos accidentes de su gloriosa carrera militar. No me explico yo, pues, por qué el Gobierno de la República, al decretar un monumento a aquel eximio ciudadano, ha elegido Las Queseras del Medio como la cima de su gloria.

Con excepción de Bolívar, a ningún hombre debe la Patria mayores ni más diversos servicios que a Páez, el Jefe del ejército de Apure, el Presidente Constitucional de Venezuela, el Ciudadano Esclarecido. En más de cincuenta años de vida pública, brillan excelsos la noble virtud del patriotismo, su carácter humano y generoso, su respeto a las instituciones.

Si grande es Páez combatiendo tenaz al español en las extensas llanuras, lo es más aún, cuando elegido por el querer de sus compatriotas para Primer Magistrado de la Nación, pone al servicio de las leyes su poderoso brazo y su decisiva influencia, y doblega al respeto de aquéllas a los militares indómitos que envanecidos con sus glorias amenazaban a la República en sus albores con hacerla juguete de pretorianos; y también cuando en 1835 abandona presuroso la vida tranquila de su hato para restablecer en pocos días el imperio de las instituciones y restituir al poder al sabio Magistrado, que había sido víctima de una cuartelada; y también cuando, con dolor de su alma, pero con energía ciudadana, aplica al Jefe de la Iglesia en Venezuela, distinguido servidor de la Independencia, el rigor de las leyes, hasta hacerlo jurarlas y respetarlas; y también cuando, soldado del derecho, a la noticia "del degüello de los representantes de su Patria", no vacila en el camino que ha de seguir, siquiera sea para que no quede sin solemne protesta el "nefasto suceso" que "destroza su corazón con fortísimo dolor".

Nunca en todo el curso de nuestra vida como nación independiente surgieron tantos ni tan graves conflictos políticos y sociales como en los primeros tiempos de la existencia de la República, y todos fueron resueltos, si en parte por la sabiduría de los hombres públicos de la época, en parte mayor aún por el decisivo apoyo que dio Páez a las decisiones de aquellos hombres, que para crear el imperio de las leyes tropezaban con la enemiga temible de militares prestigiosos; con la oposición ardiente de un clero que veía desaparecer seculares privilegios; con un tesoro exhausto; con las pasiones desatadas de los partidos; y con todos los obstáculos inherentes a una nación nueva, surgida de largos años de devastadora guerra y de una dictadura militar no interrumpida, y sin embargo, el régimen estrictamente constitucional fue un hecho, y la República dio ante el mundo el magnífico espectáculo de despojarse de sus gloriosos arreos militares para seguir la senda del derecho al amparo de la paz y de la justicia. Las letras y las ciencias prosperaron a tal punto que llamóse a Caracas, con razón, la Atenas de la América Latina; la Magistratura por su ciencia y probidad hizo jurisprudencia aun para las naciones vecinas, que citaban sus fallos con respeto: sus notables diplomáticos recibieron en las Cortes de Europa el homenaje debido a la sabia nación que representaban y al mérito personal que los distinguía; la libertad de la prensa fue un hecho tal, que a su amparo formáronse y organizáronse vigorosos partidos políticos, que luego lucharon con ardimiento en los únicos comicios que la República ha presenciado; la elocuencia y el valor civil lucieron en las Cámaras representativas; y como piedra de toque de la noble administración de aquel Ciudadano Esclarecido, le sucedió en su primer período presidencial, el más sabio y el más virtuoso de los venezolanos, y en su segundo período, aquel ilustre patricio que, superior a su época, rigió el Estado con la sabia prudencia de un Washington, y con la exquisita imparcialidad de un Carnot.

Las justicias a medias son con frecuencia grandes injusticias: si las estrechas y recelosas pasiones de partido impiden levantar al grande hombre un monumento digno de su gloria, dejemos al tiempo continuar su obra depuradora, que su fallo inapelable ya se acerca, y la figura de Páez crece y se agiganta cada vez más, y entonces, la Patria agradecida, recordará en inmortales mármoles y bronces, no tan sólo al afortunado guerrillero de 1819, sino al fundador de la República en 1830, al Magistrado sin tacha, al defensor de las instituciones de 1835, al

civilizador, al desgraciado combatiente que alzado en defensa de las leyes y de la independencia parlamentaria y encerrado, con mengua de los tratados, en la fortaleza de San Antonio es "siempre el mismo que alcanzó del Congreso de la Patria por recompensa de sus servicios, el título de Ciudadano Esclarecido", y que con la noble entereza de su carácter, da nuevos quilates a su gloria; al ilustre proscrito de Nueva York, que a una larga vida de grandes servicios a su Patria, une el respeto que impone una pobreza que lo enaltece...

El arte ha presentado al Gran Condé arrancando con su propia mano una página negra de su historia; Páez, más afortunado que aquel duro guerrero que fue un delincuente, sólo cometió faltas políticas, excusables en las luchas civiles, y sin embargo él, con noble sinceridad y en conmovedoras frases, las ha borrado, con arrepentimiento, del libro de su vida.

Páez es en Venezuela símbolo de nobles y patrióticas acciones, y no en vano se remueve su gran memoria. Cuando los restos del viejo veterano, después de largo olvido llegaron a la Patria en 1888, a su solo contacto revivieron los enervados corazones provocando a nuevas luchas por la libertad; sus restos disputados por todas las clases sociales, fueron como reminiscencia de pasadas grandezas y hubo hombre del pueblo que golpeando el féretro que lo conducía dijera con emoción intensa: "Levanta, levanta de ahí, para redimirnos de tanto oprobio"... Páez es como el Cid que combate y vence aún después de muerto. El tuvo toda el alma de la noble y desgraciada Venezuela y cuando sus cenizas se remueven, ésta también se agita.

LA HISTORIA

Este Magistrado (Páez) desempeñando dignamente el principal deber de su misión, ha limitado la acción del Gobierno dentro del círculo de sus atribuciones, y desde entonces no se vio en los partidos sino opiniones; y entre los venezolanos más que individuos de una misma familia: él ha trillado la senda que deben seguir sus sucesores en todos los tiempos y principalmente en cualquier conflicto, porque él prueba que en toda circunstancia, la fuerza del Gobierno no consiste tanto en la extensión de sus facultades como en el uso económico y acertado de las que están concedidas. Páez ha tenido por fin la fortuna de ser hasta ahora el único que entre nosotros desciende sin

azares del primer puesto, cumpliendo la ley que le colocó en él. El desprendimiento de este esclarecido ciudadano es hoy su mérito más eminente porque ha puesto fuera de controversia la aplicación del principio republicano en la América española. *Francisco Aranda,* 1835.

Orgullo de nuestra Patria será siempre haber sido durante algunos años una República que en todo estuvo a la vanguardia de las suramericanas; y gloria del General Páez en particular haber comprendido el sentimiento republicano en Venezuela; haber contrariado y aun impedido el establecimiento de la monarquía en Colombia y haber sido en Venezuela Jefe del Gobierno que puede decirse, fue el fundador de las verdaderas instituciones republicanas. *Modesto Urbaneja.* (Proyecto de monarquía).

El señor Delfín A. Aguilera, con motivo de un artículo mío sobre la estatua de Páez, me invita a una discusión por la prensa, pues él, en lugar de comprender las glorias de aquel gran ciudadano, se siente al contrario, poseído de "prevenciones" para con aquel que él llama: "glorioso acuchillador", "hombre de carácter violento", "personalidad funesta en la vida nacional". Estéril me parece por demás la discusión a que me convida: los problemas de la historia no se dilucidan en la candente arena del periodismo, sino en la tranquila soledad del gabinete y despojado el ánimo de toda "prevención" de partido; y menos aún, cuando como en el caso actual, el señor Aguilera se me presenta como combatiente, plantado en jarras y envuelto en el jirón amarillo a "que rinde culto idolátrico". Yo, al reclamar para Páez la justicia que le es debida, no he querido remover pasiones ni suscitar rencores, sino evitar que Venezuela se presente ante el mundo borrando deliberadamente las más hermosas páginas de su vida civil.

El señor Aguilera cree sobrecogerme desarrollando ante mi vista el espectáculo cruel del patíbulo de Herrera y Paredes: si yo fuera hombre de partido y quisiese jugar al rebote de los crímenes políticos, yo le enseñaría a mi vez, las espantables cabezas de los Belisarios llegando a las puertas de la capital en ancas de los caballos como trofeos de guerra; yo le dejaría ver el cadáver ensangrentado de Vázquez que conducen de un extremo a otro de la sobrecogida ciudad; yo, en fin, de las bóvedas y prisiones de Guzmán, sacaría lamentos, dolores y torturas, para espantar al mundo... Pero no, señor Aguilera, yo jamás he juzgado a los partidos ni a los hombres por hechos aislados, ni por las violencias desatadas de las luchas civiles, sino por el espíritu general que los anima, por el contingente que hayan prestado a la obra de la civilización y de la felicidad de su patria, y especialmente, por el tributo

que hayan rendido a las leyes, que es la piedra de toque donde se prueban los pueblos modernos.

Y juzgando con este solo criterio, voy a decirle a mi violento contendor, qué es lo que yo he encontrado en la historia patria después del estudio de sus páginas.

Venezuela, que había vencido definitivamente al español desde 1824 en los remotos campos de Ayacucho, encontraba para 1830 insoportable la fuerte dictadura del Libertador Bolívar y la más dura aún de sus ensimismados tenientes; Venezuela consideraba también que aquella Gran Colombia, que formara Bolívar como arma de combate; constituía para ella el sometimiento de hecho a los granadinos, lo que era contrario a su glorioso pasado y a sus intereses actuales; Venezuela independiente de España, debía serlo también de toda otra nación. Un movimiento popular, inmenso, unánime, se formó en este sentido, y si algunos militares prestigiosos quisieron conservar subyugada la Patria, Páez, el más brillante y más glorioso de todos, puso su espada y su inmensa influencia al servicio de la causa popular y Venezuela quedó constituida en nación independiente por el solo hecho de un movimiento civil, y conjurada así una desastrosa guerra entre las dos Repúblicas hermanas.

Venezuela, en el caótico estado de una nación que se constituye después de larga dictadura militar en un régimen ciudadano, vio reunirse el admirable Congreso de 1830, que a pesar de las encontradas tendencias e intereses, escudado con el santo respeto de Páez a su autoridad y a las leyes, dictó después de largas y brillantes discusiones. la Constitución de 1830, monumento perpetuo de su gloria, en que quedaron consignados todos los más avanzados principios democráticos bajo el imperio de un Gobierno republicano, popular, representativo, alternativo y responsable, y como patrimonio político de los venezolanos, la igualdad ante la ley, la libertad del pensamiento y de la imprenta, la libertad de industrias, la seguridad individual, la inviolabilidad del hogar, la libertad de los cultos, la supresión de títulos de nobleza y de honores hereditarios, la igualdad ante el impuesto, etc.

Promulgada solemnemente la Constitución de 1830, y habiendo entrado en vigencia, juraron cumplirla el Jefe del Estado General Páez y todas las autoridades civiles y militares de la República, y entró Venezuela con amplio y seguro paso por la brillante senda que le abrieron aquellos ilustres varones. Mas no tan fácilmente se verifican

tan radicales cambios. El elemento militar no podía contemplar tranquilo un movimiento que forzosamente lo ponía en segundo término. Los militares creían que la República debía ser patrimonio suyo, puesto que ellos eran los que habían realizado la independencia, y que aquellos *civiles* que pensaban otra cosa y que establecían audazmente en las leyes que "la República no sería nunca el patrimonio de ninguna familia ni persona", eran sus enemigos, eran españoles, eran *godos* y llegó al colmo la ojeriza, cuando esos mismos civiles para establecer la igualdad ante la ley, decretaron el desafuero, o sea, que los militares no tuviesen el privilegio de ser juzgados por jueces especiales suyos sino que debían estar sometidos a la jurisdicción ordinaria. También el clero, por órgano de su fogoso jefe, el Arzobispo Méndez, se alzaba contra las liberales reformas de 1830, y se negaba a prestar el juramento a una Constitución que proclama la libertad de cultos, de imprenta y de la palabra y el sometimiento de la Iglesia a las leyes que la Nación se dicta.

Y sin embargo ésta, marchando por la ancha vía del progreso, suprimía el diezmo que pesaba duramente sobre su naciente agricultura; ordenaba el desestanco del tabaco; formaba su hacienda haciéndola servir con probidad e inteligencia; promulgaba leyes de crédito, fundaba la Academia de matemáticas, regentada por Cajigal, y fomentaba las ciencias todas por medio del sabio Vargas.

En tan encrespado mar político navegaba Páez, si es verdad que imponiendo con la inmensa autoridad de su nombre, también lo es, que llevando por única arma defensiva y ofensiva la Constitución de la República. Así pasó su primer período en que a pesar de tan grandes obstáculos "puso fuera de controversia la aplicación del principio republicano en la América española".

En elecciones libres y rigiendo la más estricta legalidad, la República eligió por su segundo Presidente, a Vargas, que si era grande por su saber, no lo era menos por su virtud austera, ni por su íntegro carácter republicano. Vargas entró a regir el país en 1835, en plena actividad ciudadana, cuando a poco andar las mal comprimidas tendencias de los militares que venían promoviendo disturbios, a pesar de repetidos indultos, estallan en la funesta revolución llamada de *Las Reformas*. Carujo, el siniestro y patibulario Carujo, armado de una pistola y acompañado por unos tantos de sus secuaces, se introduce en la morada tranquila del Presidente para proclamar insolentemente el

imperio de la fuerza. Y por órgano del General José Tadeo Monagas, los titulados reformistas manifiestan que es su voluntad "la restitución del fuero militar y eclesiástico; que los empleos públicos de toda clase deben estar en manos de los fundadores de la libertad y antiguos patriotas; que se declare que la Religión Católica, Apostólica y Romana, es la de la República protegida por el Gobierno y las leyes".[1] Eran los pretorianos que buscando el apoyo del clero aspiraban a esclavizar la República. Oye Páez en su hato de San Pablo el grito de angustia de la Patria herida, contempla las leyes destrozadas y al Magistrado que los pueblos eligieran expulso en playas extranjeras, y no vacila en el camino que le imponen su patriotismo y su nombre: reúne cincuenta hombres, vuela hacia la capital en defensa de la Constitución, los pueblos voluntarios corren a las banderas de su egregio caudillo libertador; marcha contra el adversario, a quien alcanza en el sitio de Lagunetas, lo exhorta a no manchar el suelo de la Patria con sangre de hermanos, pues teme el insigne batallador el horrible encuentro, y cuando a su ardiente voz cede el veterano General Alcántara que las conducía, poseído Páez de intensa alegría grita a uno y otro bando que se postre en tierra para dar gracias al Omnipotente por haberlos librado de tan horrible trance, y todos hincaron la rodilla y murmuraron fervorosa oración...

Así triunfaba Páez contra sus antiguos compañeros de armas.

Llegado a la capital, restablece el orden constitucional, llama a Vargas a ocupar el puesto que le confiaran sus conciudadanos, sigue a Oriente a someter a Monagas, a quien garantiza vida, propiedades y grados, y cumplida aquella gloriosa campaña, vuelve a la vida privada a recibir de sus conciudadanos las manifestaciones debidas al mérito eminente y del Congreso de su Patria el título de "Ciudadano Esclarecido".

Elegido Páez por segunda vez para la Presidencia de la República para suceder a Vargas, fue el mismo Magistrado de la pasada época: un ciego cumplidor de las instituciones y Venezuela continuó en su no interrumpido engrandecimiento. Fundóse y floreció la Colonia Tovar, primer jalón que se establecía con el fin de fomentar la inmigración europea; hizo Codazzi el mapa de Venezuela, y Baralt escribió su historia...

1. **Anales de Venezuela, segundo período, tomo 3º, pág. 240.**

Cumplido el segundo período de Páez fue electo Soublette, diplomático y hombre de Estado eminente, en quien el respeto a la ley era condición de su naturaleza, y ante el cual, como piloto del Estado, la ola de los partidos rompíase a sus pies sin que una arruga turbara su majestuosa frente.

Una crisis económica había surgido en 1842, debido a la baja del fruto y al abuso natural que los ciudadanos habían hecho de amplias leyes de crédito; hombres notables quisieron reformas *económicas*, otros aprovechando la crisis agitaron los no extinguidos sentimientos de los revoltosos de siempre, y en el fermento de enardecidas pasiones surgieron definidos dos bandos políticos que lucharon con ardor en libérrimos comicios; la suerte de la contienda cívica fue varia en las diversas provincias; pero la elección constitucional definitiva favoreció al General José Tadeo Monagas. Trasmitió, pues, Soublette a Monagas, en virtud de las leyes, la dirección suprema de una de las primeras Naciones de Suramérica.

No era Monagas como Páez, un ferviente sustentador de las instituciones, sedicioso de todos los tiempos, mal podía acomodarse a un régimen estrictamente legal. A la oposición puramente constitucional que le hicieran sus adversarios políticos y a la acusación contra él, que, ante el Congreso, presentara la Diputación Provincial por infracciones de la Constitución y leyes, contestó el soldado con el 24 de enero!

¡Día funesto, día de eterno dolor que fue el último de nuestras libertades públicas!

El cierra trágicamente la edad de oro de Venezuela.

¡Y el 24 de enero es todavía hoy de Fiesta Nacional!

Páez, que estaba en Calabozo, en viaje para Nueva Granada, a la noticia de tan "horroroso suceso", como él mismo dijo, "por primera vez lamento haber nacido en una tierra donde a nombre de la libertad se cometían tan abominables atrocidades"; mas no vaciló en el camino que "su honor y su conciencia política le aconsejaban tomar": se alzó en armas en defensa de las instituciones, pero en reñidísimo encuentro con el Coronel Muñoz, aquéllas fueron vencidas en la persona de Páez. Trata él de nuevo de restablecerlas en 1849, mas su voz ya no encuentra eco en los pueblos que siempre habían estado del lado del derecho. Capitula en Macapo, donde trata con el General Silva quien a nombre del Gobierno le ofrece las garantías que le eran debidas. Mas, al llegar

a Valencia, con violación de la fe jurada, se le carga de grillos, y vejado y escarnecido, de prisión en prisión, es al fin trasladado al castillo de San Antonio donde fue encerrado en reducidas mazmorras de piso húmedo y donde el aire era tan sofocante que se veía obligado a tenderse en el suelo y aplicar la boca a la rendija de la puerta para respirar".[1]

¡Así fue tratado el héroe singular que siempre ofreció amplias garantías y olvido a sus adversarios políticos!

Expulso perpetuamente a extranjeras playas, recibió en Nueva York manifestaciones extraordinarias de alto aprecio, las cuales *"merecía* —como le dijo el Corregidor de la ciudad al dirigirle la palabra— *como amigo de las Repúblicas, como amigo de las instituciones democráticas, y como defensor del orden legal en los países libres"*. Volvió luego a la Patria... pero... no levantaré yo irreverente la lápida que él mismo, con ánimo dolorido quiso colocar aquí... Retirado al fin de la escena política, "llevó consigo la pobreza, prenda cuando menos, de desinteresados servicios a su Patria", y "su propio naufragio —como

1. El General Silva en un manifiesto "A la Nación" protestó contra la violación del tratado y el señor Jacinto Gutiérrez, Ministro de Estado, sostuvo con entereza en el Gabinete y el Consejo de Gobierno, que el Gobierno estaba en el deber de cumplir la capitulación, pero vencido en su patriótico empeño, presentó su renuncia en un hermoso documento que dice así:

"Mi dictamen fundado en las razones que he interesado en la discusión de este serio asunto, se reduce a los dos puntos siguientes:

"1º Respecto de los rendidos en Macapo, el Consejo debe consultar al Poder Ejecutivo que respete y cumpla y haga respetar y cumplir el convenio celebrado el 15 de este mes por el señor General de división José Laurencio Silva, Comandante general de operaciones contra el enemigo, disponiendo en consecuencia de los rendidos en armonía con dicho convenio. El General Silva, como General en campaña, estaba facultado naturalmente por su propia misión y carácter para aquel acto, sin necesidad de previa y especial autorización; porque aun cuando careciese de poder debería suplirlo el decoro del Gobierno, la dignidad y alteza de la República, los principios de equidad y los fueros de la desgracia.

"En cuanto a los autores y cómplices en los otros movimientos revolucionarios, el Poder Ejecutivo que tiene acordada por el Consejo la facultad 4ª del artículo 118 de la Constitución, debe ejercerla con todos los comprometidos, separando a unos del país y a otros de su domicilio por el tiempo que juzgue necesario, mandando poner en libertad para que se restituyan a sus casas a aquellos que no crea perjudiciales de modo alguno a la paz y seguridad de la República. Es así que sellaremos el expediente ya muy voluminoso de nuestras desgracias, que acercaremos los días en la tranquilidad y del trabajo, que habrá paz en los ánimos, contento en los corazones, bienestar y libertad para todos. Así alzaremos la República a sus grandes destinos y tendrán porvenir nuestros hijos. Después de haber errado todos, hagamos entrar en juicio a todos por medio de la magnanimidad. —*Jacinto Gutiérrez*.

él noblemente dice— habrá señalado a sus conciudadanos los escollos que deben evitar".

Esta es la historia, señor Aguilera, que usted me provoca a contarla. Y repito a usted: yo no intento remover pasiones, ni remover rencores; soldado franco del derecho, rindo tributo de justicia en cualquier parte que la encuentre, y mi programa político está ya desde hace tiempo publicado. "En el pasado no busco sino enseñanzas saludables, jamás estímulos para el odio ni solidaridades en los hechos buenos o malos de que únicamente serán responsables los que han tenido en sus manos la suerte de la Patria"; pero "la República necesita de un poderoso soplo renovador salido de todas las almas buenas que la levante a la altura que la soñaron los libertadores, coronada con la justicia y el derecho, y sostenida por el esfuerzo común de sus hijos". No es calumniando a sus grandes hombres que esto se obtiene.

P A E Z

(Estudio Histórico-político)

Olvidadas creía yo mis observaciones a la manera como el Ejecutivo Nacional ha decretado la estatua del General Páez, cuando aparece en un periódico de esta ciudad un segundo artículo [1] del señor Laureano Vallenilla Lanz, fechado en agosto en Barcelona, contestando a esas observaciones mías. El tiempo transcurrido, mis diarias ocupaciones y más que todo la falta de un periódico propio en qué exponer libremente mis ideas, a pesar de la generosa hospitalidad de *El Tiempo,* de la que no quiero abusar, me inducían a callar; pero no quiero aparecer descortés para con el doctor Vallenilla Lanz, y la materia me atrae, pues se presta a importantes consideraciones de historia que juzgo deben hacerse ya con toda la imparcialidad de la crítica histórica, abandonando la eterna y funesta leyenda que forjaran los Guzmanes para su propio lucro y ruina y vergüenza de la patria.

La mentirosa tradición de los Guzmanes, que con su fondo de inextinguibles odios y venganzas es la única fuente en que han ido a

1. El primero salió publicado poco después que el del señor Aguilera.

beber generaciones enteras, ha pervertido de tal manera el criterio nacional, que raros son los individuos que tienen el valor suficiente de hablar, siquiera sea con mediana justicia, de ciertos hombres de nuestra historia, y lo que es más curioso aún, muchos de los que se creen enemigos de aquella dictadura oprobiosa y de las tendencias que la engendraron, esclavizados están intelectualmente por la propaganda tenaz de *La Opinión Nacional;* y los hombres nuevos, independientes y dotados de sano espíritu de crítica en las ciencias, en las letras, en religión, etc., etc., aceptan también como artículo de fe esas absurdas invenciones, que mientras subsistan harán de todo punto estériles los más sanos esfuerzos del patriotismo por la causa del derecho.

Yo soy de los que piensan que la prensa no es para presentar veladas y tímidas las ideas y sentimientos de los hombres, sino la palestra donde esas ideas y sentimientos luchan firme y resueltamente; creo que nada es más corruptor y degradante que convertir en simple fuego de artificio la gran palanca intelectual de los tiempos modernos; detesto esos simulacros de discusión y prefiero la paz de Varsovia a la postración cobarde de los que no usan ampliamente de sus derechos, porque no quieren. Yo creo que es el colmo de la torpeza, cuando se combate por la verdad, cubrirla con los harapos, que sólo poseen la cobardía y la hipócrita pudibundez, cuando la fuerza irresistible de la noble diosa está precisamente en su espléndido y subyugador desnudo.

Estas convicciones son las que me guían al escribir para el público, y así contestaré al señor Vallenilla Lanz.

Me complazco en reconocer que no es el señor Vallenilla Lanz de los que ven la historia patria al través de las brumas espesas en que la envolviera la mala fe, sino que muy al contrario, sabe elevarse a las altas regiones en que se divisa bien el cuadro; y esto me anima a contestarle, pues creo que no será la discusión del todo estéril.

Si mi objeto fuera concretarme sólo a la apreciación de la vida pública de Páez, yo haría constar únicamente que el señor Vallenilla Lanz, aunque quiere llamarse mi contendor, está en un todo de acuerdo conmigo en sus apreciaciones históricas y también en la opinión que emite de cómo debería levantarse una estatua al eximio ciudadano y soldado. En efecto, si él recuerda los sucesos de 1826, es para prohijar luego un párrafo, en que al hablar de Páez, después de disuelta Co-

lombia, se dice: "La conducta del General Páez durante esta nueva época, ha sido tan ejemplar, que ha conseguido se releguen al olvido sus errores de 1826... su sumisión al Congreso, su fidelidad al sistema liberal, su celo en promover la obediencia a las leyes y sus esfuerzos para evitar la guerra civil, le han grangeado el aprecio y la confianza de todos" y luego agrega: "Después de 1830, qué serie de inmensas desgracias afligieron a la cuitada Venezuela, qué accidentada vida la del General Páez!". "Se descubren en esa larga cadena de acontecimientos, cumbres de gloria preclara, como la restitución del ilustre Vargas en la Primera Magistratura; caídas que son triunfos, como la capitulación de Macapo, martirios como el del Castillo de San Antonio y el extrañamiento perpetuo, que constituyen blasón para la víctima, baldón eterno para el victimario, honras tributadas al ilustre proscrito, en extraños y remotos países, que serán siempre preciada honra para la patria, tanto más dignas a enorgullecernos, cuanto que no fueron compradas con millones arrancados al noble pueblo, sino impuestos por el reconocimiento universal de méritos altísimos".

Yo no he dicho más de lo que esos párrafos expresan, y por eso estamos de acuerdo el señor Vallenilla Lanz y yo, hasta en la inscripción que él propone para el pedestal de la estatua: "Páez". Efectivamente sólo su nombre basta para recordar a la veneración de los venezonalos la gloria excelsa del guerrero y magistrado, del héroe y del mártir, del brazo fuerte del poder civil y del ilustre proscrito.

Sin embargo, mi ilustrado contendor ha querido, como arrepentido de lo ya dicho, recordar muy especialmente los sucesos de 1826 como graves errores del ilustre compatriota, y me hace además cargos porque "decir que Venezuela aparece ante el mundo al no discernir al General Páez, los títulos de fundador y civilizador de la República, borrando la más brillante página de su vida civil, equivale a personificar en Páez toda una época de nuestra historia, que hicieron resplandeciente la sabiduría y el patriotismo de aquellos eminentes patricios, los Próceres civiles de Venezuela, engalanando a la naciente República con todos los arreos de la civilización moderna y sancionando leyes cuya benéfica influencia, apenas si alcanzaba a comprender el denodado campeón, de quien sólo exigían el poderoso apoyo de su prestigio y de su espada".

Dos son, pues, las observaciones que me hace el señor Vallenilla Lanz: 1º que olvido los sucesos de 1826, y 2º que personifico en Páez la gloriosa época civil de Venezuela (de 1830 a 1848).

Con relación a los sucesos del año de 1826, me bastaría contestar, que si Páez cometió entonces una falta, desobedeciendo al Congreso de Colombia que lo llamaba a comparecer para contestar una acusación por abuso de garantías, "su conducta fue tan ejemplar, con posterioridad, que consiguió se relegasen al olvido los sucesos de ese año"; que yo no sé de ningún hombre público que no haya tenido errores, y que éstos, no pueden en el caso actual, desvirtuar servicios eminentes; que si Páez erró en 1826, tuvo el mérito bien raro de confesar su falta en el apogeo de su poder ante sus conciudadanos todos, y "nunca, como dice Baralt, con orgullo deben decir los venezolanos, nunca arrepentimiento político arrancó de la boca de un hombre elevado sobre la común esfera de sus conciudadanos más hermosas palabras que aquellas en que Páez, para su bien y el de la patria, inmortalizó su conciencia. —Yo he cometido mil errores, ha dicho, cuyas dolorosas sensaciones se han disminuido por la indulgencia de mis compatriotas. Los sucesos de 1826 a que me condujo una acusación injusta y mal interpretada por algunos, introducida en el Senado de Colombia, me llenan todavía de amargura y arrepentimiento". Pero si analizamos con calma esos célebres sucesos de 1826, encontramos que ni es justo imputarlos exclusivamente a Páez, ni es todo sombra y delito de parte de los que los promovieron en Venezuela.

Bien conocido es el origen de los sucesos de 1826. Había un Decreto Ejecutivo de alistamiento general de milicias de 1824, que se veía con repugnancia por el público, especialmente en Caracas, lo que indujo a Páez a suspender su ejecución en ésta, "cargando con la responsabilidad que el mismo decreto le imponía y en la esperanza de que el Congreso dictase una ley que allanase los inconvenientes que había presentado hasta entonces el cumplimiento de aquella medida. En esta espectativa pasó todo el año de 1825, sin que se hubieran hecho más que débiles tentativas para llenar las fórmulas de obediencia, hasta que a principios de 1826, resolvió Páez ejecutarla a todo trance, movido por la necesidad de aumentar la fuerza armada en ocasión de anunciarse una revolución peligrosa en los pueblos del interior de la provincia, cuya averiguación ocupaba ya la atención de los tribunales. En consecuencia de la determinación de Páez, se publicó un bando convocando a los ciudadanos para alistarse en los términos del decreto; bando que reiterado, fue desatendido en ambas ocasiones. Irritado el Comandante general, hizo renovar la convocatoria para las nueve de

la mañana del día 6 de enero de 1825 para que se presentasen los ciudadanos en el cuartel de San Francisco. Algunos individuos concurrieron, pero siendo mucho mayor el número de los inasistentes, el General dio órdenes para que se destacasen partidas de la tropa veterana de la guarnición, para conducir al cuartel a los que encontrasen por las calles. Las tropas, en cumplimiento de su deber, intimaron a los que se encontraron, sin excepción alguna de edad o profesión, que fuesen al cuartel o los llevarían ellos mismos; *pero ninguna casa fue allanada, ningún individuo atropellado.* Sin embargo, el hecho produjo considerable consternación en la ciudad, y los ciudadanos aprehendidos quedaron por muchas horas arrestados. Avisado el Intendente por el General Páez de lo que pasaba, aquél le suplicó hiciese retirar la tropa, asegurándole que todos se presentarían voluntariamente, a lo que él accedió.

"Al día siguiente el Intendente Escalona hizo una exposición al Gobierno Supremo, representando el suceso con palabras en que se traslucían sus resentimientos personales (era enemigo de Páez) y no satisfecho con referirlo simplemente, se hizo eco de los rumores que se habían hecho llegar a sus oídos con tal fin, entre otros, "que el General Páez había mandado hacer fuego a los que huyesen y registrar las casas que fuera preciso", pero más exagerada aún fue la representación que la Municipalidad dirigió al cuerpo representativo de la Nación, siendo de observar que en este documento se quejaba más la ilustre corporación de la ley de milicias, que del Comandante general, *contra quien no está muy clara la acusación.*

"El Ejecutivo pidió informes sobre el particular al General Páez; y la Cámara de Representantes, que acogió la queja de la Municipalidad con gran celo, los pidió al Ejecutivo, e instó a los pocos días para que se le diesen lo más pronto posible. La respuesta del Vicepresidente (Santander) al acompañar la exposición de Escalona, era favorable al General Páez, pero excediendo la solicitud de la Cámara, remitió otra nota del Intendente que ninguna relación tenía con el acontecimiento de que se trataba, y que era altamente ofensiva al honor de aquel General.

"Los debates a que dio lugar la exposición, se hicieron notables por un temerario acaloramiento y una imprudencia sin igual. Olvidáronse los oradores, del carácter del General Páez, de su influjo sobre una gran parte del pueblo y sobre el ejército que mandaba; de las

provocaciones que a éste le habían hecho y del *espíritu de división que reinaba en Venezuela;* olvidáronse de todo, y con una precipitación y ligereza, harto vituperable, se acusó al Comandante general, sin tener presentes más documentos que la simple representación de la Municipalidad, *en que no estaba bien claro* y explícito el pedimento de abrírsele una causa.

"Esa misma Cámara que en esos mismos días, había juzgado superfluos los comprobantes de la inocencia de los señores Montoya y Arrubla, sujetos insignificantes por su posición, nulos por sus servicios a la patria y tildados de haber defraudado a la república, y les había absuelto por sus propios dichos; esa misma Cámara, por una extraña contradicción, creyó innecesarias otras pruebas de la culpabilidad de un guerrero histórico, ilustre por sus hazañas militares y temible por el grande influjo de que gozaba, para acusarle ante el Tribunal Supremo de la Nación. Esta reflexión hizo presumir que no fue el celo por la causa pública el que dictó la medida, sino la sed de venganza de los enemigos personales de Páez".[1]

De estos enemigos era el más caracterizado el Vicepresidente Santander, que no economizaba ocasión de herir a los venezolanos a quienes no podía perdonar ni su gloria sin igual, ni el despego a su persona. Bogotá había presenciado el asesinato jurídico del Coronel venezolano Leonardo Infante (enemigo de Santander) y la energía inexorable con que el doctor Miguel Peña se negó a firmar aquella injusta sentencia, en la cual ni aun hubo mayoría entre los jueces para la condenación a muerte, que se declaró; y había contemplado el ruidoso proceso que ante el Senado de Colombia se siguiera a este notable venezolano, por ese proceder suyo en el asunto de Infante, y la parcialidad evidente con que se le juzgó y condenó a la suspensión del cargo de Ministro de la Corte; y se dio el escándalo de que se sentaran como jueces suyos, hombres notoriamente interesados contra él, a pesar de que los recusara, lo que le obligó a decir: "Señores, antes de entrar en la materia, permítame este Tribunal que salga de mi corazón un sentimiento que no puedo reprimir, y es, que procedo a mi defensa con la esperanza de ser el último colombiano que tenga la desgracia de ser juzgado por jueces que no son imparciales, que le son desafectos y cuyos votos conoce"; y se vio más aún, se vio al Vicepresidente

1. O'Leary — Narración.

Santander, que desde la barra hostigaba, como lo hacía por la prensa. Santander, llenó de rencor el alma de aquel hombre eminente y temible, que fue luego factor principal en Venezuela de los sucesos de 1826. ¡En Bogotá sólo había visto triunfante la intriga y la injusticia!

El Congreso de este año penó duramente por falta de asistencia a sus sesiones a varios venezolanos, pero es de notarse que todos eran desafectos a Santander. Para éstos no había piedad.

En tales condiciones surgía la injusta acusación contra Páez y no contento el pérfido Vicepresidente con hacerla cumplir, nombra para suceder al ilustre guerrero en la Comandancia de Venezuela, a su acusador y enemigo personal Escalona, en detrimento de Generales como Mariño, Bermúdez, etc., a quienes naturalmente correspondía.

Páez entregó el mando a Escalona, y dispuso su viaje para Bogotá; pero desde ese instante surgió la revolución, los desórdenes se sucedieron por varias partes, hubo tumultos en que se excitó a Páez desconocer la orden del Congreso y a reasumir el mando; la Municipalidad de Valencia los fomentó y Páez, arrastrado por aquel empuje popular y por sus pasiones y resentimientos, aceptó el mando. La revolución estaba realizada. La ola se extendió rápidamente tomando el carácter separatista y en ella entraron gran número de ciudadanos eminentes y virtuosos.

Venezuela, que siempre soportó impaciente la unión colombiana, que la relegaba a segundo término, manifestó abiertamente sus agravios y en el acta de las Municipalidades de Valencia y Apure, donde entre otras firmas notables se hallan las de Martín Tovar, Miguel Peña y Tomás Lander, se dice: "El General Santander desde que se encargó del P. E. en fuerza de la Constitución, formó el designio de impedir y embarazar los progresos de Venezuela. Hemos visto con placer las disertaciones literarias dedicadas en el colegio de San Bartolomé de Bogotá al mismo Vicepresidente: por ella, se conoce que hay allí un plan especial de estudios, exacto y propio para formar en breve tiempo hombres útiles al Estado. También se sabe que se han establecido cátedras de derecho público, de idiomas, que se gastan sumas considerables en bibliotecas, museos, observatorios, establecimientos litográficos, construcción de secretarías en una capital provisional; y que en todas las provincias y departamentos del nuevo reino de Granada se fundan colegios y se promueven por todos medios la Instrucción pública, mientras que Venezuela se encuentra en el mismo estado que

el año de 1809, continuando sus estudios de teología y derecho canónico, y se ha negado un corto salario para una cátedra de derecho público...".

"Bogotá, dice O'Leary, que en 1819 parecía un pueblo de la Edad Media por la rusticidad e ignorancia de sus habitantes y lo anticuado de los muebles de sus casas, a principios de 1826, si no igualaba a la generalidad de las ciudades europeas, sí aventajaba a la mayor parte de las del continente suramericano".

La acusación a Páez no era, pues, otra cosa, que la chispa que iba a encender la hoguera de tiempo atrás preparada con inmenso combustible y aumentada tenazmente por la artificiosa política del hombre a quien más tarde se imputara con fundamento haber sido factor principal de la conspiración contra la vida del Libertador.

Bolívar, avisado tardíamente por Santander para que ocurriera a remediar el mal, vino el año siguiente a Venezuela, pero al penetrarse del estado del país, comprendió que no era aquello la simple insurrección de un militar prestigioso, sino la idea separatista tan popular en Venezuela, ya realizada. Inútil era suscitar una guerra civil para conservar el monstruo político que se llamaba Colombia, y aceptó los hechos consumados. Colombia dejó de ser.

Páez, el año de 1826, salido apenas de aquellos campamentos de Apure donde su voluntad era obedecida, no por el respeto a las leyes ni a la disciplina, sino por la condición exclusiva de ser el más valiente y vigoroso en la horda semibárbara, mal podía comprender entonces, en toda su amplitud la elevada noción de la legalidad y la honra que en servirla se recoge, y menos aún cuando la justicia no la fortalecía y eran sus enemigos los que se la imponían. Y sin embargo, las perplejidades de su espíritu en esos días y sus vacilaciones, muestran ya cómo ha de fructificar la noble idea en el alma de aquel gran ciudadano, hasta convertirlo luego en el brazo fuerte en que se ha de apoyar con confianza el renaciente poder civil.

Se ha dicho siempre que si Páez hubiera ido a Bogotá, en vez de una causa, hubiera encontrado una ovación y un triunfo espléndido; y es de creerse dado su inmensa autoridad y prestigio; pero los juicios de Peña e Infante no eran en verdad propicios para inspirarle confianza en la justicia de Bogotá.

Los sucesos de 1826 han sido juzgados siempre con pasión. Los enemigos de Páez han querido ver en esos sucesos una mancha eterna

e imborrable para el gran ciudadano, y sus propios amigos, interesados en verlo del lado de la legalidad, hicieron de esos hechos la eterna Canoza donde lo llevaban a retemplar su fe.

Grave error cometió Páez en no obedecer aquella orden que lo llamaba a comparecer para responder ante el Congreso de sus actos en el asunto de las milicias. Si él se hubiera presentado en Bogotá hubiera llevado su gloria al colmo, pero hay que convenir en que para la revolución de 1826, a la injusticia de aquella acusación explotada por sus enemigos y a la poca cultura cívica que era natural que tuviera Páez en aquella época, se unió como causa muy determinante, la grande idea nacional, latente pero enérgica, de la separación. Por eso dice un grande escritor patrio: "¡Tu crimen la historia lo llama el año de 1826! Pero esa revolución fue el primer ensayo de Venezuela, la única esperanza de los pueblos que la constituyen tras la muerte de Bolívar, y lo que pareció un crimen fue la crisálida de donde salió con sus tornasolados colores la bella República de Venezuela".

II

Con bien pocos recursos contaban los patriotas civiles de 1830 para constituir el Gobierno de leyes bajo instituciones republicano-democráticas a que aspiraban. Todas las tradiciones del país eran absolutas. Los capitanes-generales, los caciques, la esclavitud, eran las instituciones conocidas por los diversos elementos étnicos que forman la Nación; la guerra que tomó en Venezuela un carácter exterminador extremo, había destruido gran parte del elemento civilizado que tuviera la colonia, y las emigraciones en masa, especialmente en 1813 y 1814, huyendo de la cuchilla de Boves y luego la expulsión de españoles desafectos a la independencia que se viera en el caso de decretar la República, lo habían aminorado considerablemente. La gran masa popular no había visto hasta entonces en sustitución de las prácticas de la colonia, sino el caudillaje y las violencias que engendrara la guerra, y para colmo de dificultades, los civiles eran vistos con ojeriza por el poderoso elemento militar, naturalmente poco afecto a las leyes, y que consideraba a aquéllos como intrusos e intrigantes que venían a arrebatarle el Gobierno de la República libertada por ellos y para ellos en cien batallas. Esos civiles, fundadores de una época de paz y leyes, tenían, en general

relativamente pocos servicios que oponer como títulos suyos a los libertadores, pues muchos de ellos o volvían del extranjero de larga expatriación durante la guerra, o eran hombres nuevos. Los militares los tildaron de godos (españoles), por odio y escarnio.

Agregábase a todo esto que Venezuela, asumiendo su soberanía, se veía en el caso de estar con el arma al brazo en defensa de su independencia, por el temor fundado de una agresión del Gobierno de Bogotá, que no podía resolverse a la separación; y que las pasiones e intereses que tan anómala situación suscitara en el interior, se chocaban con violencia sin igual, que los intrigantes, como es natural, explotaban la descomposición social, y que partidas de foragidos proclamando cualquier bandera que sirviera a su necesidad de desorden, alzábanse por doquiera. El genio de la discordia presidía y con tan opuestos y disociadores elementos, soñaban los patriotas civiles de 1830, fundar una república, fuerte por el respeto a las leyes y libre por lo avanzado de sus instituciones.

Sin embargo, aquel puñado de ardientes republicanos, no estaba desvalido, ni impotente. Entre los veteranos de la independencia que los acompañaban, contaban para emprender su grande obra con el apoyo moral y material del más prestigioso de los guerreros de la independencia después de Bolívar, con el General Páez. Y en efecto este General, Comandante militar que era de Venezuela, aunque en su administración hubiera cometido errores, naturales en él, inculto y bisoño en la administración, y aunque en su política se hubiera al principio mostrado vacilante entre las encontradas corrientes y aspiraciones de aquella época caótica, su buena fe y su ardiente patriotismo le habían indicado al fin cuál era el camino que debía seguir, y tenía dadas ya pruebas de su amor a las leyes y de su respeto por las libertades ciudadanas, y con el don genial de los hombres de Estado verdaderamente eminentes, poseía el tacto exquisito de saber encontrar y apreciar a los útiles servidores de la patria para confiarles los cargos públicos. Páez, que por su origen y por la naturaleza de la guerra que le tocó hacer, debía ser el más arbitrario de los militares, en los años que llevaba en el Gobierno de Venezuela se había asimilado con asombrosa rapidez el sistema que se trataba de establecer. Bastará para demostrarlo el empeño que puso en 1829 en hacer a Vargas el Prefecto del Departamento de Venezuela, a pesar de la esquivez del sabio, diciéndole que aquella elección "era suya, la elección de su juicio y de su corazón"; la comisión

que da al mismo Vargas en ese año de formar la sociedad de *Amigos del país;* y como prueba decisiva, la elección que al amparo de su gobierno, hace la Nación de los hombres que han de formar el Constituyente de 1830, grupo de lo más eminente que se haya congregado en Venezuela, y la amplia participación de todo el país en las discusiones del aquel Cuerpo, por la constante manifestación de la voluntad popular en actas, representaciones y periódicos.

Reunióse el Constituyente y dio a los venezolanos la sabia y bien meditada constitución de 1830, código político de un liberalismo audaz para la época, y en el que quedaron establecidas casi todas las libertades públicas que hoy se encuentran en nuestras leyes. Por aquella Constitución, el Gobierno de Venezuela fue republicano, popular, representativo, alternativo y responsable y fueron principios constitucionales la igualdad ante la ley, la libertad del pensamiento y de la imprenta, la libertad de industrias, la seguridad individual, la inviolabilidad del hogar, la libertad de cultos, la supresión de títulos de nobleza y de honores hereditarios, la igualdad ante el impuesto, etc., etc.

Las reformas realizadas pusieron de frente a un tiempo a los militares y al clero. El primero vio en el colmo de la desesperación, decretar el desafuero que le quitaba el privilegio, tan vejatorio para los civiles y tan contrario a la igualdad, de ser juzgado por jueces especiales suyos, y el segundo, encontró proclamadas, la libertad de cultos, de imprenta y de palabra, y el sometimiento de la Iglesia a las leyes que la nación como soberana se dicta, en oposición a la intolerancia religiosa que forma su credo. Materiales más que suficientes eran esos para destruir rápidamente el endeble edificio que levantaran aquellos audaces innovadores; pero allí estaba la influencia decisiva de Páez, que había sido nombrado Presidente para el período constitucional de 1831 a 1835. Los militares tascaron el freno y se sometieron a su pesar al ver a Páez de frente, y el Arzobispo Méndez con los Obispos de Guayana y Mérida, tuvieron que emprender el camino del destierro, por no querer jurar la Constitución civil. ¡Feliz influencia la de aquel hombre, que así servía para la consolidación de las leyes que dictaran la ilustración y el patriotismo, y no se utilizaba jamás para servir a caprichos personales o a ilícitas ambiciones!

Sin embargo, no sin protesta sometióse el elemento militar. Alzase en 1831, en Oriente, el General José Tadeo Monagas contra el Gobierno constituido, tomando por bandera la unión colombiana, que será por

algún tiempo en aquella época el grito de guerra de los dictatoriales que buscan en la revuelta alimento a las personales e ilícitas ambiciones. Y de tal manera es el odio del General Monagas a las leyes promulgadas por el Constituyente, que llega a decir en su contestación a la comisión de paz del Gobierno: "Los venerandos patriotas, ni todos los demás que componen los pueblos y que hacia ellos conservan la justa gratitud que inspira la sociedad a sus benefactores... conocían bien los males de esa Constitución con que tanto se les halaga; *veían en ella una libertad celestial, que en la tierra es un azote;* olvidada la religión de nuestros padres... descuidada la clase militar, que si en la paz es el apoyo de la sociedad para la conservación del orden público, es y ha sido en la guerra de la independencia de los pueblos su primer sostén... y por último, ven en el Jefe del Estado más que un Jefe de la administración general de la República, un hombre *encadenado a trabas que no debiera tener para salvar la Nación en peligros imprevistos*... Y esto en suma ¿qué prueba? que agentes de la España en el seno del Congreso, que se esperó hiciera el bien porque todos suspiraban, arrastraron la opinión de los pocos patriotas que asistieron a él".[1]

El General Monagas, representante de la tendencia dictatorial y absolutista, será sometido en 1831, pero se alzará otra vez en 1835 contra Vargas, y vencido de nuevo por Páez, llegará al fin al poder para destruir sangrientamente en 1848, la libertad parlamentaria por él tan detestada.

A la sombra de la benéfica administración de Páez, la República continuó en la importante obra de su organización. Suprimió el diezmo, o sea, el antiguo y arraigado impuesto de parte de los frutos, que se cobraba para el clero y que tan pesado era a la agricultura y tan odioso.

Organizó la hacienda pública, utilizando las luces del sabio y probo hacendista Santos Michelena, y como medida económica de que debían esperarse todos los resultados que son consecuencia necesaria cuando se aplican los principios que la ciencia aconseja, el Congreso de 1834 dictó la célebre ley de 10 de abril, sobre la libertad de contratos. Por la legislación española, que era la que todavía regía en la República, los bienes del deudor no podían ser rematados por menos de las dos terceras partes de su valor y el interés convencional no podía exceder del seis por ciento. Estas disposiciones legales, tan contrarias a los prin-

1. "Anales de Venezuela", primer período, tomo V, pág. 444.

cipios de libertad que forman el elemento esencial del desarrollo de la riqueza pública, fueron derogadas por la citada ley de 10 de abril, que estableció el principio de libertad de remate de los bienes del deudor, caso de falta de cumplimiento a sus compromisos. Esta ley eminentemente liberal, como que es ley de libertad, por las dificultades que diera en la práctica por la novedad de sus principios, sirvió luego para que la mala fe de una oposición poco patriota, la convirtiera en ariete contra el Gobierno constituido, hasta derogarla al fin con notable espíritu retrógrado en 1848, bajo un Gobierno y por hombres que se decían liberales! ¡El país pasando por dolorosas peripecias ha vuelto lentamente a los principios liberales de la ley de 10 de abril!

Bajo el Gobierno de Páez, formóse en 1831 la Academia de matemáticas, regida por Cajigal, y fue institución que produjo a la patria pingües frutos, permitiéndole formar una oficialidad ilustrada, que le dio por largos años ejércitos regularizados, hasta que en 1872, fue destruida la Academia por un dictador que tenía la pretensión de ser progresista y civilizador, con el pretexto de que aquel era un núcleo de godos! Y en verdad que oficiales inteligentes, que comprendían el honor de su carrera, y que las armas que la República les confía son para servir a la defensa de sus instituciones, no podían ser los esclavos dictatoriales que el mandón necesitaba.

Las ciencias todas recibieron un poderoso impulso por la iniciativa de Vargas, apoyada eficazmente por el Gobierno. La prensa tuvo amplia libertad, y la República en general, al amparo de leyes políticas sabias y respetadas, vio crecer su prosperidad y su dicha de manera singular.

Terminado aquel primero y glorioso período presidencial, Páez descendió de la Primera Magistratura, para ser sucedido por Vargas, elegido Presidente por sus conciudadanos. ¡Grande debió ser la fe que aquel Gobierno inspiraba en la eficacia de los principios, cuando el país se resolvía así a elegir para su primera Magistratura a un hombre cuya fuerza personal era sólo la virtud y el saber!

Bien ha dicho Francisco Aranda hablando de este período: "Páez en medio de los partidos enfurecidos, se encarga de presidir constitucionalmente a Venezuela. El tiene la dicha de que el período de su administración sea llamado el primero de la ley y que en realidad haya sido el de la tranquilidad y el de la esperanza. La conducta de Páez y el influjo de su administración legal han desarmado los odios, y obrado la reconciliación general, fijando la primera base de la estabi-

lidad de nuestras instituciones en unión de todos los venezolanos. La República ha sido feliz y puede asegurarse que no hay uno que al terminar el primer período constitucional, no contemple al hombre a quien distinguió la guerra, al ministro de la paz, al héroe de la concordia".

¿Valdrá menos este Páez que el guerrillero de *Las Queseras del Medio?*

III

Páez no fue partidario del doctor Vargas para la Presidencia de la República en el segundo período constitucional, y tenía razón. La libertad era en Venezuela planta exótica traída del Norte, y sembrada en campos por desgracia no preparados para recibirla. Ella sólo podía subsistir por los cuidados extremos y el ardiente amor de un puñado de enamorados, que vivían entregados a defenderla de los mil peligros que de continuo amenazaban su frágil existencia. En las tierras agrias donde debía desarrollarse, en lugar del rico e inagotable abono que los puritanos ingleses extendieron en la Gran República, teníamos un pasado de absolutismo y de violencia, y el pueblo de grosero gusto, no podía estimar el exquisito manjar que se le ofrecía, y recreándose en cambio, con placer extremo, en el recuerdo de las hazañas militares que acababa de realizar por la independencia, amaba a los caudillos que lo habían guiado en aquel camino de gloria y sólo a su voz obedecía. Cuatro años llevaba Venezuela de fundada, y cuatro años en que su liberal constitución regía, y si es verdad que en ese tiempo las leyes y la justicia habían extendido por todas partes su benéfico influjo, también lo es que para sostenerla había sido necesario el prestigio inmenso de Páez, contra los Monagas y Gabantes que la consideraban obra de *godos* (españoles) para destruir a los *antiguos patriotas.*

Los constitucionales, o civiles, formulaban ya netamente su programa: "Nueva época, nuevos principios, decían, no basta ser *antiguo patriota* (así se llamaban a sí mismos los militares de la independencia) para merecer la confianza de sus conciudadanos, es necesario además tener respeto absoluto a las leyes y a las garantías ciudadanas".

La elección de Vargas, que no contaba servicios a la independencia, que había pasado largos años en el extranjero y a quien se imputaba

hasta que tenía pocos arraigos en el país, fue un reto audaz e impolítico, lanzado al militarismo, pues cuando el cesáreo monstruo se agitara y nubarrones de muerte cruzasen el horizonte, ¿qué podía oponer el modesto magistrado a la tempestad deshecha? ¡Bien poco era su virtud y su talento, su patriotismo y su saber, cualidades todas negativas para hombres que creían que "el mundo es de los valientes"!

Páez, hubiera preferido que la elección recayera en Soublette. Soldado éste desde 1810, Secretario de Miranda, combatiente en muchos de los más renombrados hechos de armas de la guerra magna, héroe del Castillo de la Popa, experto capitán de la retirada de Ocumare, Vicepresidente de Venezuela y Director de la Guerra en 1821, ninguno entre los próceres tenía mayores, ni más constantes servicios a la patria, a lo que se unía que había sido amigo constante de Bolívar. Los constitucionales tenían como prenda de sus procederes su amor probado al orden legal y sus reconocidos talentos administrativos en los diversos destinos que había desempeñado, como Vicepresidente de Venezuela, como Secretario de Estado de Colombia, como Diputado y Presidente del Constituyente, como Secretario de Guerra y Marina de 1831 a 1834. Sin embargo, a pesar de estas justas convicciones de Páez, no sólo no puso su influjo en la balanza electoral, sino que en el Gobierno mismo, el Ministerio mostraba sus preferencias por otro candidato, el doctor Diego B. Urbaneja.

La lucha electoral fue ardiente, y conmovió hondamente al país; sin embargo, hecho el escrutinio de los votos del colegio electoral, ninguno de los candidatos a la Presidencia tuvo mayoría y el Congreso hubo de concretar la votación a los tres principales: Vargas, Soublette y Mariño; tampoco dio este escrutinio la mayoría constitucional y quedó concretada a Vargas y Soublette. Vargas resultó electo Presidente. ¡Feliz época aquella de verdaderas prácticas republicanas!

El 20 de enero de 1831, dejó Páez constitucionalmente el Gobierno para ser sustituido por Vargas. "Tranquilo en su propia conciencia, colmado de las afectuosas demostraciones de sus compatriotas, y muy agradecido a los que lo ayudaron en la ardua empresa de plantear un nuevo sistema contrariado por distintos intereses, se retiró a la vida privada, sin más pensamiento que el de rehacer su fortuna, harto desatendida". Cuatro meses hacía que se encontraba en su hato de San Pablo, cuando le llegó una comisión de ciudadanos notables a participarle la infausta nueva de que el Gobierno de Vargas había sido

derrocado por una conspiración de cuartel en Caracas, capitaneada por el célebre Carujo. Los pretorianos al ver inerme al Gobierno civil, se arrojaron sobre él, haciendo creer a muchos que Páez les acompañaría! En aquella revolución de 1835, que no fue otra cosa que la reacción del absolutismo contra la libertad constitucional establecida y firmemente practicada, se vieron como consecuencia forzosa, en mezcla abigarrada, los elementos en apariencia más opuestos, pero unidos sólo en el irrespeto a las leyes. Servidores incondicionales de Bolívar, y septembristas, federales y dictatoriales. A diversas regiones del país se extendió el movimiento y cada uno de los cabecillas lo interpretó a su manera. Los facciosos de Caracas, reconociendo por jefe a Mariño, sólo decían que se convocase una Convención y se les conservase en los cargos de que se habían apoderado; Carujo, interrogado sobre el objeto del movimiento, contestaba: "que en política no hay delitos y que el resultado es el que califica las acciones", José Tadeo Monagas, pedía como en 1831, restablecimiento del fuero militar, unión colombiana, religión católica exclusiva, o sea, supresión de las más esenciales libertades públicas, y el poder para los *antiguos patriotas* exclusivamente, y en nota al Gobernador de Guayana invitándolo a la revolución, proponía una separación de los Estados de Oriente para constituir Federación; Farías proclamaba en Maracaibo la guerra a muerte, y Florencio Jiménez en Barquisimeto una especie de guerra santa contra los impíos enemigos de la religión católica; Estanislao Rendón, quería Convención y reformas...

Vargas, burlando la vigilancia de los reformistas, nombró a Páez Jefe del Ejército encargado de restablecer el orden constitucional con facultad de levantar un ejército. Al saber la noticia y recibir el nombramiento, reúne Páez sus peones, y con cincuenta hombres marcha a la capital, contra los facciosos! Temerario arrojo porque "jamás rebeldes dispusieron de mejores elementos para dar en tierra con un Gobierno establecido. En su poder las armas y municiones de los parques y los buques de guerra surtos en los puertos, a sus órdenes soldados valientes y aguerridos, capitaneados por Jefes de gran reputación, prácticos en los territorios que fueron teatro de sus hazañas en la guerra de la independencia".

Sin embargo, la fortuna, compañera inseparable de aquel invicto defensor de la Patria, iba a hacer milagros y la ciudadanía, que había probado los benéficos efectos de la paz, lo acompañará con su decisivo

apoyo. Con los pocos hombres recogidos en el camino llega a Valencia y allí logra que vuelva a la legalidad el General Silva, en Lagunetas se somete el General Alcántara y entra a Caracas, evacuada por los facciosos, para restablecer desde luego el Gobierno constitucional y llamar a Vargas, expulso en el extranjero. En Oriente, Monagas contaba con poderosos elementos de resistencia, más Páez, organizando la guerra, se le insinuaba e imponía con tacto extremo hasta reducirlo a la capitulación de Pirital en la que le da toda especie de garantías y la seguridad de que no se privaría a los militares de su ejército de los grados anteriores a la revolución, pena legal por su conducta.

La guerra revistió en algunos lugares, por parte de los reformistas, extrema ferocidad; en muchos puntos hubo sangrientos combates, y en Puerto Cabello, último asilo de los revoltosos, cayó herido mortalmente en un encuentro Carujo, y prisionero su segundo, el teniente Blas Bruzual.

La paz quedó establecida, pero agitábase vivamente en el partido constitucional la cuestión de cómo debían ser tratados los reformistas. Unos censuraban a Páez su clemencia, otros al contrario. Tomás Lander, elogiando a Páez en carta pública, pedía amnistía; Antonio Leocadio Guzmán, quería escarmientos. Páez se dirigió al Congreso, pidiendo amnistía y su petición fue desoída; pero si el Congreso no la decretó para los comprometidos, permitió el indulto en un Decreto que era obra de transacción libre entre encontradas opiniones y que resultó por eso desigual para los comprometidos: libres unos por las capitulaciones militares y penados otros por el Congreso, pero no hubo pena capital y al fin la amnistía borró con su olvido aquellos tristes errores. Los grandes patricios que gobernaron la República de 1830 a 1846, bajo el imperio de la más amplia libertad política, penetrados de que las revoluciones que surgían, por criminales que fueran, eran una especie de enfermedad social, cubrieron con el generoso manto de la clemencia a los vencidos, y bien pocos y muy calificados casos se dieron en que las leyes fueran aplicadas con todo su rigor, a pesar de la opinión pública que pedía escarmiento contra tan insensatas y criminales empresas. La pena de muerte que imponía la ley para los delitos de rebelión, bien rara vez se llevó a cabo y sólo cuando al delito político se unían crímenes comunes.

Páez, restablecido el Gobierno constitucional y la libertad por su valor y patriotismo, se retiró a la vida privada, y por renuncia del

Presidente Vargas, el Gobierno constitucional fue desempeñado sucesivamente por el General Carreño, Andrés Narvarte y General Soublette. El país siguió en la senda emprendida de su libertad y progreso político y material, interrumpido sólo por la rebelión de los Farfán en Apure, que no pudiendo debelar al Coronel Cornelio Muñoz, tuvo Páez que ir a combatir para vencerlo en la legendaria acción de Payara, repetición brillante del suceso de *Las Queseras.*

De la gloria de Páez en aquella época diremos lo que el Ministro del Interior señor Antonio Leocadio Guzmán al llamar del destierro al Presidente Vargas (Ministro que luego revivirá y fomentará las pasiones de los vencidos para lanzarlos contra el orden legal): "¿En qué términos podría hablar a V.E. de la gloria singular del eminente ciudadano, activo, valiente y patriota General que V.E. misma designó a los venezolanos para caudillo? El General Páez, que retirado y contento gozaba en San Pablo los derechos de un venezolano, y que hasta el día 15 no pudo formar una idea cabal del funesto suceso, se arroja sólo a la campaña; no espera a saber quién le sigue; pero las poblaciones enteras vuelan en pos del caudillo de la constitución: no se necesitan órdenes: no se necesita autoridad. Leyes, Gobierno constitucional, era el objeto, y todo lo imaginable se convertía en medios y recursos. ¿Puede esto describirse bien? ¿La historia presenta nada comparable? ¡Catorce días para tanto hacer! Tácito y Salustio no podrían añadir el más simple rasgo, para embellecer el cuadro real de la gloria de Venezuela, de la gloria de Páez. Homero y el Tasso, no encontrarían en los espacios de la imaginación, nada más grande, bello, noble y encantador que el desenlace de los veinte días de nuestra querida y envidiable patria. Páez no conquistaba su autoridad, sino el sagrado deber y el eminente carácter de ciudadano. El no ha correspondido sino que ha excedido todas las esperanzas".

A Páez, el que en 1835 salvó a la patria de ser botín de pretorianos, le honró el Congreso con el título de "Ciudadano Esclarecido". ¡Valdrá este Páez menos que el de *Las Queseras?* ¡A cuán graves y melancólicas reflexiones se presta el desconocimiento de tanta gloria civil, y el Decreto de 1850, vigente aún, que despojó a Páez del título que le discerniera la gratitud de su patria!

IV

Terminado el segundo período constitucional de la República, que habían desempeñado sucesivamente Vargas, como Presidente, Narvarte y Carreño, como miembros del Consejo de Gobierno encargados del Ejecutivo, y Soublette, como Vicepresidente, fue elegido para Presidente en el tercer período el General Páez. Ese nombramiento era natural, y aun puede decirse indiscutible, pues sus recientes servicios, restituyendo por gloriosa campaña el Gobierno constitucional de Vargas y venciendo a Farfán en Payara, habían llevado al más alto grado su popularidad, y el recuerdo de su primera administración era una garantía bien cierta para los constitucionales, un poco escarmentados, de tentar aventuras con hombres nuevos, por la rebelión de *Las Reformas,* que había demostrado cuántos y cuán poderosos eran los adversarios del orden legal.

Próspera y feliz era para esa época la situación de la República. La paz estaba firmemente establecida; instituciones libres y sabias se afianzaban más y más cada día por el hábito que el pueblo iba adquiriendo de su uso; una magistratura ilustrada y de probidad insospechable garantizaba los derechos de los ciudadanos, a lo que eficazmente contribuía el notable Código de Procedimiento Civil de 1836; los caudales públicos eran administrados con pulcritud suma; los Congresos honraban a la patria con el patriotismo y la viril elocuencia de sus miembros y una prensa ilustrada y discreta discutía con independencia todos los asuntos de interés nacional, y especialmente las cuestiones económicas, que eran las que agitaban la opinión pública.

Así iba el país, marchando amplia y seguramente por la vía de un progreso sano y fecundo, cuando en 1840 aparece *El Venezolano,* redactado por Antonio Leocadio Guzmán; periódico esencialmente personalista, que no viene a sostener ningún nuevo principio, y cuyo objeto único y exclusivo es disputar, en nombre de la alternabilidad republicana, el Gobierno del país a los que los desempeñan. El los llamará *Oligarcas,* aunque su largo dominio no alcance ni aun a dos períodos constitucionales en 1840. El mismo lo dice: "El talento, la virtud, el patriotismo, la actividad, se hicieron lugar (1830) por todas partes, y hombres nuevos se mezclaron con los viejos, y vimos realizado *el principio alternativo.* En 1835 llegó a su apogeo ese astro constitucional, ya acompañado hasta con la numerosa juventud que cursaba

todavía las aulas, y que para encanto del verdadero patriotismo, agregaba su mano inocente para sostener el hermoso edificio constitucional de Venezuela". ¡Apenas cinco años tiene la oligarquía!

No habrá arma vedada para el nuevo combatiente; no se dictará medida administrativa, por inocente que sea, que no sufra su acerba crítica; no surgirá del Gobierno ningún proyecto, que no sea malévolamente interpretado. Todos los medios se emplearán para arrebatar a los gobernantes la confianza del pueblo, y esto agotando el vocabulario de los epítetos denigrantes e injuriosos. ¡Jamás fue sostenida con más tenacidad una empresa satánica! Pero antes de entrar en mayor examen de *El Venezolano,* bueno es conocer por el mismo Guzmán, cuando empezaba su propaganda, quiénes son los hombres que va a combatir, y a quienes luego negará todo mérito y virtud y con insidia sin igual les imputará toda especie de faltas políticas y cuáles los motivos de su Gobierno; y es bueno saber también cuáles son los antecedentes de Guzmán, porque ellos explican sus tendencias y propósitos.

Pocos meses antes de fundarse *El Venezolano,* en carta dirigida a *El Liberal,* con motivo de una acre censura que el redactor de este periódico hiciera al Presidente General Páez, por un asunto de mera administración, en que se decía que no estaba de acuerdo con su Ministro, doctor Urbaneja, por lo que éste iba a renunciar, dice Antonio Leocadio Guzmán: "Usted, señor redactor, está en el deber de hacer pública justicia al Presidente, a quien sin fundamento califica usted en sus últimos renglones de tal manera, que cuesta dificultad creer que se refiera al actual Presidente de Venezuela.

"Es su firmeza la que consumó la obra popular de la Independencia de Venezuela: la que en Occidente, en Oriente, en Puerto Cabello y ayer en San Juan de Payara, ha salvado a Venezuela en el campo de batalla, y la que en el gabinete planteó la Constitución al través de *verdaderas y graves* dificultades que no eran dengues ni miramientos, millares de hombres a quienes se arrebataran privilegios, un ejército que se mandó a trabajar, tres respetables prelados que se negaban a obedecer la voluntad nacional y a quienes se aplicó la ley, y en fin, un caos, por en medio del cual ha marchado el General Páez, con la espada en una mano y la Constitución en la otra, como el modelo más acabado de firmeza, que un Magistrado puede presentar. Otra cosa es que S.E. concilie sus voluntades, las opiniones e intereses, hasta donde lo permita la ley y el interés público; porque bien posible es

que se reúnan, como lo dijo de Páez un elocuente escritor americano, el corazón de Murat con el alma de Washington. Por esto se le verá alguna vez parecer lento, y siempre oír a todos los hombres, meditar en calma las cuestiones, y buscar solícito la verdad y la justicia. Pero esto sólo prueba sus deseos de conocer el bien, para sostenerlo con firmeza".[1]

En los primeros editoriales de *El Venezolano,*[2] apreciando la época, se leen estos interesantes párrafos: "En 1830 se constituyó la República y extenuada por la guerra de la independencia, cansada de revueltas civiles, y aleccionada por una dolorosa experiencia, puso los fundamentos prácticos del poder civil, reformó innumerables abusos y emprendió una marcha de consolidación y de mejora progresiva. Encomendó su magna obra al valor de los guerreros, a la piedad de los sacerdotes, a la moral de los padres de familia, al civismo de todos los ciudadanos y *a la fidelidad del caudillo* que colocó en la silla presidencial. Cuatro años después, en 1834, hubo de hacer sus elecciones para el segundo período constitucional, y dando por pasada la infancia política de la sociedad, vimos que la Nación se propuso realizar definitivamente la independencia de su voluntad y desarrollar, amplia y decisivamente los principios cardinales de la asociación. Un simple ciudadano, eminente por sus cualidades personales y por su capacidad, pero sin grandes antecedentes políticos, fue el candidato de la mayoría nacional. Ella no sintió la necesidad de que su primer magistrado llevase otros títulos que el diploma de la voluntad pública: los títulos de la soberanía nacional. Vióse realizado tan esforzado sentimiento y una elección canónica, reveló la virilidad del pueblo venezolano. Lo que antes había parecido a pocos un error, a pocos una temeridad y a algunos el bello ideal de nuestra política interior, vino a ser por la enérgica ilustración y civismo del pueblo venezolano, una realidad: la República, la patria ya independiente, ya soberana, por sus leyes y por los hechos.

"En tan brillante estado, sirviendo de faro a la América, de ejemplo a todo pueblo libre y de consuelo a la humanidad, Venezuela era un monumento glorioso, adornado con todo linaje de glorias. Un ominoso acontecimiento, un suceso trágico, lamentable, nunca bien llorado, vino

1. *El Liberal,* 26 de noviembre de 1839.
2. Editoriales de *El Venezolano,* tomo I, pág. 4.

en 1835 a desquiciar la sociedad, a combatir la soberanía del pueblo; a burlar el dogma sagrado del imperio de la mayoría y a dar en tierra con las más hermosas esperanzas, y casi con los destinos de la patria. ¡Suceso infausto, incomprensible delirio! Pero lo diremos también: suceso inexplicable, cuyos arcanos envuelve todavía y envolverá por mucho tiempo en tenebrosa oscuridad, el ciego fatalismo...

"Vinieron las elecciones de 36 y nadie se incorporó porque no había discusión: faltaba el albedrío del pueblo. El dedo del destino señalaba de antemano lo que había de hacerse; y no pudiendo más, se llenaron las fórmulas electorales, como quien cubre el expediente de la materia, para hacer aquello de que no podía prescindirse. Entregar el timón de la nave a un piloto diestro y esperimentado, (Soublette) estadista de profesión, formado con la República, contemporáneo de sus pro-hombres, testigo de todos sus hechos, partícipe de sus desgracias y de sus glorias; y en fin, vaciado en el molde de las dificultades. Era el hombre de las circunstancias. Dos años después se llenaron las fórmulas electorales, para ocupar la vacante de la presidencia. Tampoco hubo incorporaciones en esta época en que no había discusión ni libre albedrío. Era el destino que se trajera a silla de Gobierno a un caudillo, que presidió en la creación de la República y la condujo en paz hasta el año 34; que en 35 presidió también la obra de la restauración; que acababa de afianzarla en las sabanas de Payara; y que por estos hechos y por centenares de causas, no propias de citarse aquí, sabíamos todos, que había de seguir identificado con las leyes fundamentales de la República, con las cuales es ya indudable para él y para nosotros que ha de salvarse o ha de perderse. En ese estado nos encontramos hoy." Sustituyamos a la palabra *destino,* que no tiene sentido para ningún pensador serio, especialmente en el análisis de la vida de los pueblos, "tacto político de los venezolanos" y está completo y perfectamente descrito el pasado de los hombres a quienes Antonio Leocadio Guzmán venía a combatir.

Y describiendo el estado político del país dice *El Venezolano:*[1] "El Gobierno de Venezuela es tan singular por su posición, que puede asegurarse que no ha tenido igual, ni tiene semejanza. Más parece un patriarcado que lo que el mundo llama gobierno. Sin ejército, sin marina, sin policía, sin milicia, sin ningún elemento de fuerza material, él no

1. Editoriales de *El Venezolano,* tomo I, pág. 15.

tiene en su apoyo nada visible. Sin embargo, para el enemigo exterior tendría la masa entera de la República, con todas las fragosidades del territorio, y la inmensa ventaja de que toda guerra suya, sería eminentemente popular. Para el interior, ¿qué tiene?, la fuerza moral, y nada más".

Veamos ahora quién es Guzmán, que viene a discutir el mando a aquellos hombres que gobiernan "sin ejército, sin marina, sin policía, sin milicia y sólo por la *fuerza moral*".

En el año de 1826 es cuando encontramos por primera vez a Guzmán en la historia, llevando a Bolívar, que estaba en el Perú, una comisión de Páez todavía semibárbaro, en que se le queja amargamente de los abogados que han de acabar con los libertadores y le propone la dictadura. Bolívar no aceptó la proposición; Guzmán comenzó a intrigar y pasó a Guayaquil. Contando estos sucesos, dice, Posada: "Desde que el señor Guzmán llegó a Guayaquil tuvo varias conferencias con los principales personajes de la ciudad y particularmente con el Comandante Mosquera: comienzan las reuniones, los conciliábulos y todo indicaba que planes siniestros se tramaban o estaban ya acordados. Esto produjo una alarma general que llegó a Bogotá. Mas en breve se disipan las dudas, pues el Intendente Tomás C. Mosquera, convoca una junta popular. De ésta resulta que el pueblo de Guayaquil reviste ilegalmente y sin autoridad para dar este paso de facultades dictatoriales al Libertador por todo el tiempo que éste las juzgara necesarias". Bolívar resuelve entonces enviar a Guzmán para que venga a Venezuela a propender el establecimiento de la Constitución semimonárquica que constituyó la desgraciada aberración de sus últimos años, y viene con este objeto, pero fracasa ante el espíritu democrático de los venezolanos: "Verbalmente se esforzaba el señor Guzmán, dice Posada, en conseguir que las actas de dictadura de Guayaquil se reprodujeran en Venezuela; pero ni las cartas, ni el mensajero, ni la misión fueron recibidas con benevolencia en Caracas. Tampoco tuvo aceptación ninguna el proyecto de la Constitución boliviana, cuya adopción se proponía". Desairado en sus planes, ve iniciarse el movimiento separatista y civil de Venezuela, y él entonces se incorpora con tan buena suerte que llega a ser Ministro, y el mensajero y apóstol de la dictadura se hace constitucional. Ejerciendo empleos diversos del Gobierno llega a 1840, pero destituido en este año del puesto de adjunto al Ministerio del Interior, se hace periodista y oposicionista sistemático de lo que llama *la oligarquía*.

Guzmán era, como se ve, un hombre sin principios, un intrigante político, que así sostenía la dictadura, como las leyes, como ideas antidemocráticas, según conviniera a sus intereses y en atención a los móviles que lo impulsaran. Su desdén por las leyes trasciende en todas las páginas de *El Venezolano,* a pesar de que las invoca, pero es sólo como seguro escudo contra sus adversarios. La completa facilidad para la adaptación política es el signo característico de los dictatoriales, y por eso Guzmán lo es en grado sumo y su periódico preparará el triunfo del cesarismo que fracasara en 1835.

La aparición de *El Venezolano,* es pues, el principio de la gran batalla que se ha de librar entre los constitucionales y los dictatoriales, ya no en los campos de batalla, sino en la arena periodística. La perderá Guzmán, por la sensatez del país y por la pericia extrema del hábil piloto que rige el Estado. Pisará las gradas del cadalso, pero cuando el cesarismo triunfe en 1848, será Ministro y Vicepresidente de la República y entonará el cántico de triunfo sobre los escombros de la patria.

El encadenamiento constante de los sucesos se divisa perfectamente al través de la historia, en la lucha entre constitucionales y dictatoriales. Estos triunfarán definitivamente porque son los legítimos herederos del absolutismo.

V

El Venezolano, de Guzmán, no sostuvo jamás la conveniencia de ninguna reforma legislativa, económica, ni de ninguna especie. El creía que el país estaba constituido de la mejor manera imaginable, y lo único que se proponía era un cambio en el personal del Gobierno, y esto de la manera más caprichosa.

Guzmán, eminentemente personalista, pontificaba en su periódico declarando oligarcas o liberales a su capricho, sin otro criterio que el de sus intereses del momento, tal como lo hará más tarde su hijo, bajo cuya bandera *liberal,* caben perfectamente ultramontanos y librepensadores, monarquistas, centralistas y federales; lo único que no cabe son constitucionales.

La campaña de Guzmán no fue en manera alguna doctrinaria, pero como ha habido empeño en hacer creer lo contrario, bueno es copiar algunos párrafos de *El Venezolano* y veamos lo que dice: "Hoy es *ley*

fundamental de Venezuela, el conjunto de los principios *más liberales* y filosóficos que hasta el día hayan inventado los hombres de todos los pueblos y de todos los siglos. Cuanto ennoblece al ciudadano, cuanto le hace independiente y libre es ley".[1] "Las instituciones fundamentales, no pueden mejorarse para el pueblo: este pueblo interesado en su propia felicidad, haría diez o veinte constituciones, sin mejorar la primera en lo que valgan tres vigilias. Nuestra ley constitucional es el resumen de esos principios sacados de la historia y del derecho natural por la filosofía del pueblo inglés en el siglo XVI, elaborado penosamente en la Revolución francesa, perfeccionado en el Norte de la América y aceptado luego por todos los pueblos modernos o que van regenerándose, ya con éstas, ya con ligeras modificaciones. Que el período de la magistratura se reduzca a dos años, que sean cuatro los Ministros o que sean seis, no son reformas que merecen la sangre de un pueblo".[2]

"Y díganos, *seo Camuezo* y con qué conciencia, dice usted que desacreditamos las instituciones, después de tres años de estar repitiendo nosotros que esas instituciones son un tesoro, que si las perdiéramos no podríamos hacerlas iguales?".[3]

El Venezolano, puso, pues, como se ve, a un lado los principios, para discutir solo las personas. Fue esencialmente personalista.

Guzmán no trató jamás ninguna cuestión a fondo, ni aun siquiera lo pretendió. Libelista y nada más, tomó de todos los asuntos que de alguna manera pudieran interesar al público, la parte odiosa, la pasión, para servir a sus fines disociadores. En todo *El Venezolano,* que duró seis años, apenas se encuentran cuatro editoriales serios; estos mismos, no tienen otro objeto que el de encontrar motivos para censurar la administración; y como están escritos en diversas épocas, son entre sí contradictorios. En el primer año de *El Venezolano,* defiende la idea del Banco y la ley del 10 de abril sobre la libertad de contratos; más tarde los defensores de El Banco no son sino *logreros* y vampiros y las *leyes de crédito* odiosas por demás.

Para comprender bien esto, necesario es hacer algunas explicaciones.

Las cuestiones económicas eran las que en aquella época agitaban más la opinión y en ellas estaban profundamente divididos los más

1. Editoriales de *El Venezolano,* tomo I, pág. 53
2. Editoriales de *El Venezolano,* tomo IV, pág. 15.
3. Editoriales de *El Venezolano,* tomo IV, pág. 23.

notables publicistas del país. Afiliábanse en la escuela economista liberal clásica, el General Soublette, que profesaba altamente la célebre fórmula: *laissez faire, laissez passer,* en virtud de la cual el Gobierno no tiene otra misión que proporcionar a los individuos seguridad y justicia, pero de ninguna manera constituirse en tutor suyo, ni en director del desarrollo nacional, que ha de realizarse por la libre iniciativa individual, activada por la libertad y la confianza en un buen Gobierno; Santos Michelena, que como dijera el mismo *Venezolano* era para Venezuela lo que un Necker para la Francia y un Pitt para la Gran Bretaña; José María Rojas que en su notable periódico *El Liberal* sostenía con gallardía e ilustración la bandera de los libres cambistas, y otros muchos.

Seguían la segunda escuela los que opinaban porque el Gobierno debía dar solución a todos los problemas económicos del país, y las leyes formar una especie de protección constante contra las inexperiencias del individuo. Obraba en este sentido, casi todo el gremio agrícola que creía encontrar así remedios a sus dificultades y formulará su programa en las conclusiones siguientes: "1º—Que se dé a la propiedad una justa estimación. (Es decir, que se pusieran trabas al remate, que aseguraba al acreedor). 2º—Que se fije la tasa del interés del dinero al 6% anual como máximum para todos los empréstitos. 3º—En fin, que se proporcione a los agricultores un respiro para el pago de sus créditos. (Es decir, que se volviera a las viejas leyes de Partida)."[1] Dirigía este movimiento, como Presidente de la Sociedad Agrícola de Caracas, el doctor José Tomás Sanabria, uno de los jefes de lo que se llamará el partido *liberal!* ¡Parece increíble tal tergiversación de nombres! Inclinábanse también a estas ideas, Fermín Toro que escribió su célebre folleto: *Consideraciones sobre la ley de 10 de abril,* en el que aboga por la tasa del interés y la restricción del remate; y luego Francisco Aranda, notable hombre público, Ministro del general Soublette, que fue autor del *Proyecto de Instituto de Crédito Territorial,* constituido con el tesoro de la Nación —Guzmán no se ocupa de ninguna de esas graves cuestiones: pero las explota.

En 1841 se presenta a la Cámara un Proyecto de Banco, constituido con dinero de la Nación, y sabe Guzmán que el Gobierno es opuesto a él, fundado en las vigorosas razones que militan en contra de convertir al Gobierno en industrial, y en el peligro de que ello pueda traer

1. Editoriales de *El Venezolano,* tomo IV, pág. 113.

complicaciones económicas; pues Guzmán se pone abiertamente del lado del Banco: "Se ha presentado ya el proyecto de este establecimiento, dice, y la Cámara de Representantes lo acogió a pesar de los esfuerzos que hizo el partido ministerial para negarle la entrada y evitar la discusión".[1] En el curso del debate varios capitalistas hacen una proposición de Banco mixto, en el cual el Gobierno es un simple accionista, y el Banco queda establecido sin privilegio. Este plan, mucho más conveniente, es apoyado por el Gobierno, y triunfará. Entonces Guzmán se reserva: "habiendo vencido, dice, el proyecto de banco mixto por una mayoría que fue casi unanimidad en la Honorable Cámara de Representantes, pasó al Senado. Como hay divergencia sobre si el Senado tiene o no la misma disposición que la Cámara de Representantes en punto a este Banco, nada puede asegurarse todavía... No es extraño, pues, que *El Venezolano* no se haya pronunciado, como parece que lo desea *El Nacional;* pues que, si fuertes y poderosos parecen los argumentos contrarios al Banco, fuertes y poderosos son los que se aducen en su apoyo... Esto debe convencer, que por lo menos, la gravedad e importancia de la materia, exigen la más detenida consideración: y un periodista que no puede borrar lo que una vez consignó en sus columnas, no tiene otra salvaguardia que la del pulso y calma con que se conduzca al tiempo de decidirse. Cuando las cuestiones son tales que el *sí* o el *no* pueden hacer la dicha o la desgracia de su patria por muchos años, debe temblar la mano del escritor mientras no tenga aquella fuerza de convicción que puede llamarse *conciencia, saber propio, evidencia moral* de lo que escribe. Si aquellos hermanos nuestros han tenido la fortuna de dominar tan elevada materia, no la tenemos todavía nosotros". —El se reserva, pues, pero cuando los agricultores, fracasadas sus esperanzas, no encuentren en el *Banco* el bálsamo para todos sus males, el Banco será para Guzmán la obra *de especuladores, logreros, explotadores y agiotistas.* Así tratará de atraerse a gran parte de los deudores entrampados, y pondrá a su devoción lo que se llamó *El Palenque.*

Surge la cuestión, de poca monta, de si el Banco ha de pagar o no patente. El Banco sostiene que no y trata de hacer valer lo que cree su derecho, en los tribunales de justicia. Guzmán hará de aquel asunto una cuestión de Estado; y en repetidos editoriales se ocupa de tan

1. **Editoriales, tomo I, pág. 224.**

nimio asunto, que sigue sus trámites legales. Son *monopolizadores,* dice, que aspiran a vivir del privilegio y el Gobierno lo sostiene. El Banco perdió el punto en los tribunales. —Los tiempos han cambiado y hoy no hay un solo contrato que se celebre con el Gobierno en el cual no se establezca que el contratista queda exento del pago de todo impuesto!

Otra grave cuestión se presenta, la de la amnistía de los comprometidos en 1835. La materia se discute en las Cámaras y las opiniones están encontradas. Los unos quieren la amnistía plena, los otros, asombrados todavía con aquellos sucesos y además con la noticia de conspiración que desde el extranjero fraguan algunos de los comprometidos, quieren ir por grados. Guzmán explotará el asunto, llamará *caribes* a los que se oponen a la medida y tratará de echar al Gobierno toda clase de odios y de atraer hacia sí, los vencidos. El imputará al Gobierno que destruye la carrera militar y exclamará: "¿Qué deben los antiguos veteranos a esta tribu vocinglera, que se ha cebado durante algunos años en la clase militar, para devorar su pan y hasta su honra y su gloria?" No quiere entonces recordar Guzmán que fue anteriormente de los más empeñados en el castigo.

Nombra el Gobierno al sabio Berthelot, agente de inmigración y le fija un sueldo con el propósito de que haga una propaganda en favor de ella, pues Guzmán lo censura con violencia; se trata de traer los restos del Libertador, pues se empeñará en hacer creer que el Gobierno se opone; se construye la casa de Gobierno, pues se derrocha el dinero en hacer palacios; hace Soublette sus objeciones al Instituto de Crédito Territorial y en estilo mesurado y convincente, trata de demostrar a la Cámara lo injusto del Proyecto de ley, porque se aplicará en beneficio de unos pocos, los que puedan dar garantías, el Crédito de la Nación "que es propiedad de todos los venezolanos"; demuestra palmariamente que puede llevar al país a las más graves complicaciones económicas y propone en cambio el empleo de ocho millones de pesos, para construir desde luego, caminos públicos, y exclama Guzmán: "¿Qué dirán todos los hombres pensadores de esta República? ¿Habrá quien dude de la justicia con que la oposición asegura que existe un poder extraño a la opinión pública, superior al de la Nación y árbitro absoluto de sus destinos?".[1] Se presenta a la Cámara el tratado con España,

1. **Editoriales, tomo IV, pág. 400.**

por el cual ésta reconoce nuestra soberanía, y que ha sido el fruto de largas y hábiles negociaciones, pues dice Guzmán: "El tratado con España será aprobado en esta semana por las Cámaras *infaliblemente.* El tratado es bueno; pudiera ser infinitamente mejor para ambos pueblos, pero, ¡qué hemos de hacer! paciencia. Pero callemos. No queremos que se nos interprete mal: de nada serviría hablar hoy: lo diremos después; porque lo repetimos, las Cámaras *aprobarán el Tratado*".

Surge el conflicto inglés con la línea que traza Schomburgh, y el Gobierno manda una Comisión respetable a Demerara y manda comisionados a Inglaterra que sostienen nuestros derechos con ilustración y patriotismo, fijando desde entonces hábilmente las bases de la célebre controversia, pues Guzmán imputará al Gobierno que traiciona la patria y la entrega a los ingleses, citando como indicio la espada que Guillermo IV regaló al General Páez![2]

No puede darse una oposición más sistemática y destituida de patriotismo. La insidia, la calumnia, la más absoluta falta de probidad la caracterizan. Y a todo esto agregábanse las frases y epítetos más injuriosos y destituidos de decoro social: bandidos, logreros, corrompidos, estólidos, imbéciles, gavilla de tiranuelos, arrojarlos a puntapiés, se lee constantemente en los editoriales de *El Venezolano.* Y unía Guzmán una turba de periodiquillos más violentos e injuiriosos aún, que salían de su imprenta. El Gobierno de Páez y luego el de Soublette soportaron impasibles tan vergonzosa campaña, respetando religiosamente el gran principio de la libertad de imprenta.

La gran cuestión de Guzmán era que los gobernantes eran *oligarcas,* que venían perpetuándose en el poder, con desconocimiento de la voluntad nacional. Y si analizamos *El Venezolano,* él mismo queda desmentido. A veces dice que la oligarquía viene desde 1830, otras que de 1835, como hemos visto. Cuando se hace la elección de Michelena en 1844, dice que es impuesto por el querer nacional, contra el de los ministeriales; y al hablar de los representantes del país, se leen frases como esta: "Las elecciones de 1840 regeneraron el poder legislativo: las Cámaras de 1841 no han temido el influjo del Ministerio, le han llamado, le han oído, le han combatido, y a su presencia se han celebrado votaciones canónicas y solemnes contra el querer ministerial".

2. "Autobiografía de Páez", tomo II, pág. 346.

Los gobernantes de 1830 a 1846, si acaso constituyeron una oligarquía, fue la de la virtud y el talento, el patriotismo y la probidad. Los puestos públicos fueron, sin duda ninguna, desempeñados por los más aptos para ello, y bien puede decirse que el país supo utilizar todas las fuerzas morales e intelectuales que en aquella época poseía. Ninguno podía sobrepujar a Soublette en el don de Gobierno y tacto administrativo y fue Presidente; Michelena era un hábil economista y fue Ministro de Hacienda; Piñango y José María Zamora eran militares pundonorosos y leales a las leyes y sirvieron en el ejército; Fortique mostró sus aptitudes de diplomático; Aranda sirvió en la Administración y en el Congreso; Vargas, Toro, Espinal, García, Gutiérrez, etc., etc., en los Congresos; Cajigal en la instrucción; Smith en la Hacienda; Codazzi en el estudio del país; Montenegro en la instrucción; Díaz y Peraza en la Magistratura. Si eso es una oligarquía, felices los países que están gobernados por tal sistema porque han llegado al ideal de los gobiernos.[1]

Los pueblos lo que necesitan es paz, justicia y probidad administrativa que les permita gozar tranquilos del fruto de su trabajo y utilizar todas las fuerzas vivas que posean y son sus genuinos y legítimos representantes los que tales bienes les proporcionan y no los engañadores que agitando las masas las conmueven sólo para su medro y engrandecimiento personal.

Guzmán no fue un demagogo, porque él no venía a pedir mejoras para las masas populares, ni amaba al obrero. No hay en su periódico una sola línea hablando de reformas para éste. ¡Qué mucho que a ese gran tribuno popular, que encontraba las leyes las mejores del mundo no se le ocurra ni aun siquiera que todavía gimen en la esclavitud algunos centenares de infelices! Muy al contrario, él en 1848, dirá, como Ministro, que la ley de manumisión no debe tocarse, porque es la más sabia. Es verdad que siendo Ministro de Vargas había Resuelto[2] que el Decreto del Constituyente de Colombia que declaraba libre a los

1. Para apreciar debidamente el cargo de oligarcas que les hacía Guzmán, bueno es conocer el siguiente dato, que nos proporciona el señor *Camacho Roldán en sus Notas de Viaje:* Washington sólo removió durante los ocho años de su Gobierno, once empleados; Jhon Adams, en cuatro años, once; Jeffersson en ocho años, treinta y seis; Madison en igual tiempo, cinco; Monroe en sus dos períodos, nueve; John Quincy Adams en cuatro años, dos; pero Jackson, (hombre violento que puso en peligro las libertades públicas de los Estados Unidos), *dos mil* en el primer año de su Gobierno.
2. *Gaceta de Venezuela* de 15 de agosto de 1835.

esclavos que se incorporasen al ejército aunque venía aceptado y "seguido en una práctica constante de que una vez enrolado el individuo no podía volvérsele a la esclavitud", no debía considerarse subsistiendo. Y así quitó al desgraciado un medio seguro de redención. Guzmán no era un demagogo, decimos, porque no amaba al obrero, ni abogó por él y porque era además un cortesano, como lo probó en repetidas ocasiones. Guzmán era pura y simplemente un dictatorial, tipo especial y propio de estos países americanos, donde se lucha con un pasado de absolutismo por implantar un régimen de leyes. Tales personajes son los representantes del pasado, aunque se cubran con el nombre de liberales, demócratas, federales o como quieran: sus obras los traicionan. Son hijos legítimos del cesarismo.

VI

El General Carlos Soublette, cuarto Presidente de Venezuela, por elección hecha en 1842, en que fueron también candidatos los señores Santos Michelena, Licenciado Diego Bautista Urbaneja y Martín Tovar, tomó posesión de su elevado cargo el 20 de enero de 1843, época fijada por la Constitución.

Bajo su presidencia la campaña periodística que dirigía Antonio Leocadio Guzmán, toma más desarrollo, y una turba de periodiquillos como *La Nueva Era, El Sin Camisa, El Trabuco, La Centella, El Relámpago, El Laberinto, Las Avispas, El Rayo,* salidos en general de la imprenta de Guzmán, son trompetas de sedición y ataque contra todo orden legal y voceros de difamación y calumnia. Del estilo de aquellos papeles basten algunos párrafos que tomamos de la importante obra de Luis Ruiz (Olavarría): "Páez y Soublette son los malvados más insignes que ha producido la tierra: ladrones descarados, viejos impúdicos, cargados de años y de crímenes... Tarde o temprano llega el día de la venganza, vuestras espadas yacerán en el cieno *y vuestras cabezas rodarán por el suelo* en digno holocausto a la libertad!

"El que os habla, General Soublette, no os teme, ni pierde las esperanzas de ver con *vuestra muerte* mitigadas las angustias de la patria ¡noble esperanza! ¡Feliz Venezuela si *llegara a perderos!* ¡Desgraciada *si viviérais un tanto más!*".

"Vuestra muerte debieran aclamar hoy los pueblos: pues con la muerte de un traidor, con la muerte de un asesino, de un ladrón, da una República cien pasos hacia su dicha..."

"Desengañaos, General, es con lo único que podéis pagar... y todavía, para mí creo que la República no se da por satisfecha, pero a lo menos, quitaremos ese borrón de la sociedad, esa fuente de inmoralidad y corrupción."

"Recordad, General, que *habéis nacido para morir en alto puesto, pero no para vivir en él.*"

Soublette había indultado siempre a los comprometidos en diversas revueltas y son apenas dos: Farías y Calvareño, los que no tuvieron la fortuna de ver conmutada la pena de muerte a que fueron condenados por los Tribunales y esto por razones muy graves. Además el derecho de conmutar que le daba la Constitución al Presidente, era para usarlo "siempre que ocurrieran graves y poderosos motivos" y no pocos le imputaban que por su excesiva lenidad, daba causa a las revueltas y que conmutaba las penas contra el tenor expreso de la Constitución que no lo permitía sino cuando había "graves y poderosos motivos". Es el colmo de la insensatez echar sobre un magistrado todo lo odioso de la ley que se le encarga cumplir y un verdadero crimen llamarlo, porque la cumple, *asesino.*

"Durante su administración, dice el Licenciado Cobos Fuertes hablando de Soublette, no sólo gastó su sueldo, sino que contrajo deudas. Su casa de habitación fue vendida para pagarlas (en 1849 expulso por Monagas) y como no cubriese su montamiento, ordenó la venta de su ganado y bestias, única cosa que le quedaba. Una sola acreedora se había atrevido a demandarlo, durante su permanencia en Santa Marta. Yo aconsejé a su apoderado que pidiese una espera (la monstruosa ley de *espera* es de 1849) *por el tiempo absolutamente necesario para realizar aquellas especies* y pagar. Lo hizo y nuestra conducta fue desaprobada por el General. Dijo "que no quería que su nombre se asociase, ni por un momento a la inicua ley de espera: que vendiesen sus bienes sin dilación por lo que ofreciesen. Su ganado fue vendido a 10 reales cabeza, pagó y quedó y murió pobre." Este es el hombre a quien *un Guzmán* acusara de *ladrón...!*

Acercábase la elección de 1846 para Presidente, que iba a practicarse en la exaltación de las enardecidas pasiones, y Guzmán presentó su candidatura.

El candidato evidente del partido constitucional era el General Urdaneta, glorioso veterano de la independencia, elegido de Bolívar para salvar a la patria en sus días de mayor conflicto, y bien conocido por su enemiga a las revueltas, desgraciadamente por primera vez faltó el Prócer ilustre, al puesto que le tocara ocupar para bien de sus conciudadanos: la muerte lo arrebató al país en agosto de 1845. "En cualesquiera circunstancias en que hubiese ocurrido la muerte del General Urdaneta, dice *El Liberal* (este periódico era constitucional y como tal, adversario de Guzmán) al dar noticia de su fallecimiento, habría sido profunda y generalmente sentida... pero en la actualidad un concurso de incidentes, ha venido a hacer más acerbo este dolor, pues el ilustre General estaba previsto para Presidente de la República en el próximo período, y su elección era casi evidente, como que estaba favorecida por la opinión de una gran mayoría. Urdaneta supo inclinar su laureada cabeza ante el mandato de la ley. Venezuela le vio ciudadano, le vio obediente al poder civil, depuesto el aire marcial, el hábito del mando, y aun pudiera decirse, las pretensiones legítimas de un fundador de la República. Identificado con el espíritu de nuestras instituciones, Urdaneta era un baluarte en Venezuela; allí se detenía el espíritu de revuelta y de aventuras que tantos desastres causa en estos países de América: allí se desvanecían las locas esperanzas de los que aun resistieran al freno saludable de la ley: allí se estrellaban la traición, la deslealtad y todo atentado contra la Constitución o el Gobierno".

La muerte de Urdaneta llevó la perplejidad a las filas de los constitucionales, pues si había civiles notables que podían seguir sin desdoro las huellas de Soublette, el país estaba muy removido y no hubiera sido esa elección la más prudente, especialmente después que Guzmán agitara con su criminal propaganda las pasiones y apetitos de la parte ignorante del país y si no había un Urdaneta capaz, con su autoridad indiscutible de enfrenar desde luego aquellos sentimientos para restituirlos otra vez al régimen del orden en la libertad, era necesario buscar un candidato que se asimilase mejor a esos elementos.

Páez, en situaciones difíciles, había mostrado ser el hombre más capaz para tales empresas, y no faltaron algunos que pensaron en él, pero la oposición lo había elegido como blanco de sus tiros, se había empeñado en presentarlo a la nación como un ambicioso insaciable de mando y él, en su elevado patriotismo, no quiso que su nombre se discutiera para ese período y en carta al señor Rafael Acevedo le ma-

nifestó esa resolución suya "tomada de manera irrevocable" de tal modo, que "si pudiera suceder que fuera electo por el sufragio unánime de los Colegios electorales, no por eso aceptaría".

En ese estado las cosas presentó su candidatura el General José Tadeo Monagas, y aunque los sucesos de 1831 a 1835 no eran propios para inspirar confianza, su conducta posterior hacía suponer que se había reconciliado con el orden constitucional y la constante generosidad de Páez para con él, parecía deber obligarlo con este caudillo que era el brazo fuerte de la República, y el que siempre había salvado las instituciones en los momentos difíciles. Unidos los dos, la obra de la consolidación nacional estaba consumada.

Monagas, además era un hombre de grandes servicios a la causa de la Independencia, de popularidad en el Oriente de la República, de costumbres privadas austeras y acomodado de fortuna, pero autoritario. Esto último era un título para los que tildaban de débil al Gobierno.

Nuevos e importantes servicios poco antes de decidirse la elección, debían hacerlo triunfar.

Inicióse la campaña electoral y fue ardentísima en todo el país y de varia fortuna para los candidatos. Por la Constitución de 1830 la elección era en dos grados. El pueblo nombraba el 1º de agosto los electores y éstos se reunían en octubre en cada Provincia y daban su voto para Presidente; el Congreso escrutaba los votos de los electores, pero si ninguno de los candidatos reunía las dos terceras partes de ellos, el Congreso elegía entre los tres que habían obtenido mayor número de votos.

El primero de agosto se reunieron las Asambleas primarias y nombraron los electores. Guzmán palpó el terreno y se juzgó perdido y concibió entonces el insensato proyecto de obtener por la fuerza lo que no había de lograr por el voto libre de sus conciudadanos, para lo que le ayudaba la extrema agitación del país. El tribuno popular, el que se decía fundador de las *verdaderas prácticas* republicanas, se alzaba pues, contra el voto de la mayoría y se hacía faccioso!

Hacia fines de agosto había propuesto Guzmán al General Páez, por medio del General Mariño, una entrevista en la que quería tratar, según decía, de salvar a la patria de la discordia y dar pruebas de su desprendimiento. Páez accedió, manifestando que "su casa había estado y estaba abierta para todo el que gustase ir a ella, en donde lo encontrarían siempre dispuesto a contribuir en cuanto fuese posible al bien de los venezolanos". Pero no era todo lo que convenía a Guzmán,

que juzgaba humillación visitar a Páez, y quería que la entrevista fuera en otra parte para dar realce a su popularidad con una entrevista solemne con Egregio Caudillo, de la que trataba se hablase públicamente.

Aprovechando las circunstancias que estos sucesos presentaban, salió Guzmán de Caracas el 1º de setiembre hacia los Valles de Aragua, con el pretexto de la entrevista; pero en realidad a realizar ya otros propósitos. Desde El Empedrado empezaron a incorporársele partidas que lo victoreaban como su jefe, el Presidente *Regenerador de Venezuela,* y con *mueras a los oligarcas.* Llegó a La Victoria, en organización militar y guardado entre otros por Ezequiel Zamora, Rafael Flores, alias Calvareño, y Manuel María Echandía. Al día siguiente, en la madrugada del 12 de setiembre, alzóse Rangel en Magdalena y Güigüe, cometiendo robos y atroces asesinatos y entonces pudo conocerse el plan proyectado. Esta facción debía apoderarse por sorpresa del parque existente en Maracay y Guzmán ya en La Victoria, encontrarse al frente de sus *huestes,* transformado de candidato *civil,* como él se llamaba, en caudillo de rebelión. El plan proyectado fracasó, porque a la noticia del alzamiento, Páez, que estaba nombrado Jefe del Ejército, se puso en armas, aseguró el parque y en un combate, en que salvó milagrosamente su vida de un trabucazo que le tiraron a boca de jarro de una ventana, venció a Rangel. Al conocer este fracaso, Guzmán se volvió a Caracas a esconderse y sus compañeros tomaron diversos rumbos a encabezar facciones. Ezequiel Zamora y Manuel Ibarra alzáronse en los Llanos de Cura, Calvareño en el Tuy y Echandía en Barlovento. Las partidas aparecieron en muchos lugares y revestían un carácter extraño de anarquía y destrucción social, hablaban de repartimiento de tierras, de división de los reales del Banco y de distribución de los puestos públicos. Y su divisa era, *mueran los oligarcas, viva Guzmán.* Aquella era la explosión insensata de la barbarie contra la civilización. La Revolución de 1835 estuvo encabezada por jefes conocidos y de grandes servicios, como Mariño, Briceño Méndez, Monagas, etc., y se explica por el error de aquellos hombres, que creían que el orden civil creado era un injusto desconocimiento de sus méritos en la Independencia; pero la revuelta de 1846 de Guzmán, tiene un carácter mucho más siniestro: no hay un solo soldado de la Independencia en ella, son hombres ignorantes los jefes de las facciones, que ofuscados con la propaganda de Guzmán, sólo alimentan odio contra las autoridades constituidas, como se ve de sus propias declaraciones en juicios.

El General Páez, y el General José Tadeo Monagas, que fue nombrado 2º Jefe del Ejército, desplegaron grande actividad y pericia y a poco la revolución quedó sofocada. Soublette y Páez, éste con expresa autorización del Gobierno, indultaron a todos los comprometidos en la revolución exceptuando sólo a los cabecillas y principales autores, poniendo éstos a disposición de los tribunales. Guzmán, autor principal del movimiento, fue sometido a juicio.

En aquella época de leyes fue desconocido por completo el sistema que la *generosidad* de los Gobiernos personales estableciera luego, de prender a los ciudadanos al libre arbitrio del que manda, aun sin que haya revolución y conservarlos prisioneros a su capricho meses y años, y aun con grillos y cadenas. Entendíanse entonces los derechos ciudadanos de otra manera: las leyes castigaban la conspiración y la rebelión con penas severas y aun con la muerte como que son graves delitos que ocasionan males sin cuento a la sociedad, pero desde que un ciudadano era detenido por la autoridad política, pasaba a disposición de los Tribunales para seguirle juicio. Son los dos sistemas: éste, que es el antiguo, el constitucional y aquél, que es el nuevo, el dictatorial o cesarista.

La revolución de 1846 en plena actividad electoral, demostró, sin embargo, cuánto se había adelantado en prácticas ciudadanas, pues no sólo no encontró calor, sino que aún perdurando ella, el país continuó haciendo uso de sus derechos electorales.

La imprenta conservó la misma libertad que hasta entonces.

Los Colegios electorales se reunieron el 4 de octubre en cada Provincia conforme a la Constitución y el resultado prueba cuán dividida estaba la opinión y cuán libres fueron las elecciones. En Carabobo, Barquisimeto y Mérida triunfó Salom; en Cumaná y Barinas, Guzmán; en Caracas, Coro, Barcelona y Maracaibo, Monagas; en Trujillo, José Félix Blanco. Y es de notarse, como muy bien observa Luis Ruis, que las autoridades fueron de tal manera neutrales en aquella lucha, que en Barinas, por ejemplo, donde triunfó Guzmán, era Gobernador de la Provincia el Coronel Agustín Codazzi, uno de los más marcados como *oligarcas* y más injuriados por Guzmán, y que en Apure, donde gobernaba el Coronel José Ignacio Pulido, *liberal* muy decidido, no obtuvo Guzmán ni un solo voto. El resultado general de la elección es el que consta del cuadro siguiente, que tomamos de *El Liberal* de 21 de noviembre de 1846.

Candidatos	Apure	Barcelona	Barinas	Barquisimeto	Carabobo	Caracas	Coro	Cumaná	Guayana	Maracaibo	Margarita	Mérida	Trujillo	Totales
	Provincias													
General José Tadeo Monagas	4	16	..	..	2	45	11	5	4	12	6	..	2	107
General Bartolomé Salom	..	..	9	34	27	3	..	1	5	..	2	16	..	97
Antonio Leocadio Guzmán	..	2	18	4	3	12	..	15	..	1	2	..	..	57
Coronel José Félix Blanco	4	..	6	..	1	18	..	..	..	..	..	4	13	46
General José Gregocio Monagas	..	2	..	..	..	4	..	..	..	..	..	..	..	6
General José Antonio Páez	1	..	..	..	..	1	..	..	..	..	..	..	..	2
Manuel Felipe de Tovar	..	..	..	..	2	..	..	..	..	..	..	..	..	2
Santos Michelena	..	..	..	..	..	..	1	..	..	..	..	..	..	1
General Santiago Mariño	..	..	..	..	..	1	..	..	..	..	..	..	..	1
	9	20	33	38	35	84	12	21	9	13	10	20	15	319

El 23 de enero de 1847 se reunió el Congreso para examinar los registros de los colegios electorales. En el acta de ese día se lee lo siguiente:[1] "Luego que los nombrados (los escrutadores) ocuparon sus puestos, el señor Presidente anunció que se iba a proceder al examen de los registros de los colegios electorales; y leídas en alta voz las actas de elección por uno de los secretarios del Congreso, resultó lo siguiente: En el colegio electoral de la provincia de Apure... En el de la Provincia de Barcelona... Concluida la lectura del registro anterior, el señor Arciniega, tomando la palabra, dijo que en su concepto no debían escrutarse los votos recaídos en la persona del señor Antonio Leocadio Guzmán por tener causa criminal pendiente. Mas el señor Presidente (el Obispo Fortique) contestó que luego que concluyera el examen de los registros, se tomaría en consideración la observación hecha por el honorable señor Arciniega, y mandó continuar la lectura de las actas... Concluida la lectura de los registros, y publicado por el primer escrutador su resultado, el señor Presidente manifestó, que no habiendo obtenido ninguno de los candidatos los 213 votos que forman las dos terceras partes de los dados en los colegios electorales, la elección debía contraerse a los que mayor número de votos habían alcanzado, y habiendo informado el primer escrutador que los más favorecidos eran los señores José Tadeo Monagas, Bartolomé Salom, Antonio Leocadio Guzmán y José Félix Blanco, el señor Presidente, dijo: "Cree la presidencia que la elección de Presidente de la República debe concretarse a los señores José Tadeo Monagas, B. Salom y J. F. Blanco, y si en el Congreso no se hiciera observación en contra, se procederá en este sentido al escrutinio, de este modo queda contestada la indicación hecha por el honorable señor Arciniega". Como después de un largo rato no se hiciese ninguna observación, el señor Presidente añadió: "el silencio del Congreso confirma la decisión de la Presidencia y desde luego se concreta la votación a los señores Monagas, Salom y Blanco". Procedióse al primer escrutinio y de él resultó que el señor General José Tadeo Monagas obtuvo 62 votos; el señor General Bartolomé Salom 9; y el señor Coronel José Félix Blanco 7. Total, 78. Siendo las dos terceras partes de los votos del Congreso 52 y habiendo obtenido el señor General José Tadeo Monagas 62, el señor Presidente

1. *Gaceta de Venezuela* de 5 de febrero de 1847.

declaró que estaba constitucionalmente elegido el Presidente de la República...".

Nadie reclamó de la decisión del Presidente del Congreso, que declaró inhábil a Guzmán, concretando la votación a los otros tres que habían obtenido mayor número de votos, y ha de saberse que había en la Cámara bastantes *liberales* y algunos de los más apasionados, como Estanislao Rendón y Wenceslao Urrutia. Y es porque aquella decisión, era indiscutiblemente ajustada a derecho. Guzmán, sometido a juicio como estaba por un delito de la mayor gravedad, sus derechos políticos estaban en suspenso. Así lo establecía expresamente el artículo 16 de la Constitución de 1830, que dice: "Los derechos de los ciudadanos se suspenden... 7º En los que tengan causa criminal pendiente". Y no podía ser de otra manera, pues la elección de Presidente no podía sustraerlo a los Tribunales de justicia, y no es concebible que un país pueda elegir sus magistrados entre los reos que se encuentren en las prisiones y que quizás, (como sucedió más tarde en el caso presente) puedan ser condenados a penas infamantes.

Por lo demás, el hecho era de poca consecuencia para Guzmán. En el Congreso sus partidarios estaban en gran minoría. La mitad únicamente de los miembros del Congreso había sido elegida ese año por disposición constitucional que así lo establecía, y los Representantes y Senadores de antigua elección pertenecían casi todos al partido constitucional. Sólo en la mitad elegida ese año, podía contar Guzmán con algunos votos, pero en esa mitad, había partidarios de Monagas, de Blanco, de Salom, etc. La elección de Guzmán era, pues, imposible en el Congreso y por esta misma razón tenía forzosamente que fracasar de todos modos, pues él no podía contar con obtener en tan reñida lucha el voto de las dos terceras partes de los electores, como para prescindir de la decisión definitiva del Congreso, y de tal manera es así, que sin contar los votos del General Monagas, los otros candidatos habían obtenido juntos más de la tercera parte. Guzmán estaba, pues, de todas maneras perdido. Y es leyenda absurda la de que sus contrarios impidieron su elección.

Con la elección del General Monagas, termina en Venezuela *la edad de oro,* o sea, el gobierno de la llamada *oligarquía,* que fue el de las leyes y la libertad.

Réstannos algunas consideraciones.

VII

Hacia el año de 1840 delinéabanse ya perfectamente dos partidos políticos doctrinarios. El que ejercía influencia determinante en la administración y en el gobierno era sin duda alguna el más avanzado o liberal, pues venía desde 1830 estableciendo audaz y sistemáticamente notables reformas que tenían ese carácter, no sólo para Venezuela, sino para el mundo entero en aquella época. El constituyente de 1830, está profundamente impregnado de ese espíritu y con él puede decirse que se libra en la vida civil de la nación, la primera gran batalla, entre las tendencias absolutistas del pasado y las nuevas y grandes aspiraciones de una generación brillante y ambiciosa de progreso y de gloria. Al militarismo del pasado, oponen ellos un régimen eminentemente civil; al privilegio, el desafuero; a la absorción clerical, leyes de libertad intelectual y religiosa; al absolutismo, la organización de un Ejecutivo débil y responsable y una prensa libre. Nuevas acciones se libran en 1834 y en 1841, con la ley de libertad de contratos que establece la libertad del interés y la libertad del remate, y con la ley que suprima la espera para el deudor, de las leyes de Partida. Sorprende en verdad, el atrevimiento con que se establecieron tan fundamentales reformas, y admira más aún la tenacidad y talento con que fueron defendidas contra una oposición terrible, que no economizaba medios para la lucha.

A estas medidas se agregaban otras no menos fundamentales, como la supresión del diezmo, el desestanco del tabaco, la supresión del impuesto de alcabala, la amplia y liberal organización de los estudios, etc., etc. En ese orden de ideas la obra verdaderamente gigantesca fue sin duda alguna la constitución civil del país. "Se mandó un ejército a trabajar", dice Antonio Leocadio Guzmán, pero es necesario saber que ese ejército, que era dueño de la tierra, componíase nada menos que de los envanecidos libertadores de la patria y de media América y debe observarse que no sólo se mandó a trabajar, sino que se le quitaron privilegios que parecían inherentes a la carrera militar, y esto, por la sola proclamación de los principios que constituyen la condición necesaria de un gobierno libre, sostenidos por voluntades bien templadas.

Políticos fundadores de una nación cuidaron con esmero de evitar la burocracia, mortal gangrena de los pueblos corrompidos y viejamente constituidos, y en ese sentido, pusieron empeño en destruir los pará-

sitos que intentaban agarrarse del casco del buque impidiendo su buena marcha. ¡Qué crueles y encarnizados enemigos serán éstos!

Imbuidos en las teorías liberales del libre cambio, las aplicaron resueltamente en todos los ramos de la administración, llevaron a su menor expresión los gustos públicos, pagaron religiosamente la deuda y redujeron los impuestos de aduana para que la naciente industria creciera vigorosa y probada en la libre competencia.

En el manejo de los caudales públicos, aquellas administraciones habían dado el resultado que se ve del resumen que tomamos de un largo y luminoso artículo publicado en *El Liberal* del 4 de julio de 1846.

RESUMEN

El capital e intereses de la deuda interior hasta el 30 de junio de 1845 montaba a		$ 9,372.488.44
El capital e intereses y comisiones de la deuda exterior montaba hasta la misma fecha a		26,031.915.30
Total general		35,404.403.74
Se estaba debiendo el 1º de julio de 1845:		
Por deuda interior	$ 2,085.595.92	
Por deuda exterior	20,962.212.87	23,047.808.79
Se habían amortizado en quince años		$ 12,356.594.95
Debiendo tenerse en cuenta que según la memoria de Hacienda de 1837 y 1838, los gastos extraordinarios de guerra ocasionados por la revolución de 1835 a 1836 llegaban a		$ 1,235.773.96
Y los gastos de la revolución de 1837 de Farfán en la que el Congreso autorizó al Ejecutivo para llamar diez mil hombres al servicio llegaron a		389.127.07
Costaron pues las dos revoluciones (liberales)		$ 1,624.901.03

Ahora conviene observar que ni la deuda interior ni la exterior, fueron creadas por las administraciones que han gobernado desde 1830 hasta la fecha. Todo el mundo sabe que ellas son el funesto legado que heredamos de Colombia. Sabe todavía más la nación entera, que las administraciones que hemos tenido desde 1830 no han dejado deuda particular de Venezuela de ninguna clase y que todos los gastos se han pagado, incluidos los que han causado las revueltas políticas que han azotado la tierra.

La oposición atacó acremente a los administradores de la cosa pública, por su afan por pagar la deuda exterior y por amortizarla; y un historiador de la época de que me ocupo censura los arreglos con los acreedores en Londres, porque opina, que aquella deuda, que heredamos

reconocida de Colombia, había sido malamente reconocida y contraída ilícitamente.

Pero debe observarse a esto último, que los gobernantes no eran banqueros, ni hombres de negocios que iban a discutir con su acreedor para tratar de obtener ventajas, sino grandes hombres de Estado, fundadores de una nación y como tal debían tener un criterio muy diverso a ese estrecho y mezquino. Ellos querían levantar el crédito de Venezuela para hacerla respetable ante el extranjero, y con su conducta lo llevaron a tal grado que en 1845, las obligaciones de Venezuela que sólo ganaban el 2% anual, valían en Londres, el 43%, lo que es igual al 129% si el interés fuera 6%. Este alto crédito no lo gozaba ninguna nación hispanoamericana y sólo lo superaba en Europa la misma Inglaterra. ¡Qué base espléndida para el progreso normal del país, tenía que ser tal estado de cosas y de cuán eficaz manera no había ello de contribuir al acrecentamiento de la industria y el comercio y a la creación de una sólida corriente de inmigración! Debe de notarse que Venezuela no estaba aún reconocida como independiente por España y que ese crédito de Venezuela en el exterior, debía contribuir muy eficazmente a este importante suceso al que con razón daban grande importancia los patriotas de entonces. "Ustedes, decía Lord Wellington al General Soublette, dan mucho valor a los hechos consumados. Las Cortes de Europa atienden más a los derechos adquiridos por una larga posesión. Haga usted cuanto pueda por obtener el reconocimiento de la independencia de su país". La persona que daba el consejo no era para ser desdeñada y la proyectada expedición de Flores contra el Ecuador, que llevó la alarma a toda América en aquella época, debía confirmarlos en esa opinión, de gestionar eficazmente el reconocimiento de España. Era esta la definitiva consagración de la nacionalidad independiente. A la razón política que hemos anotado, debe agregarse otra de no poca importancia y es que la deuda exterior, conforme a la convención, iba aumentando anualmente el tipo del interés, hasta llegar al 6%. La revolución de 1846 de Guzmán, hizo decaer el crédito nuestro en Europa, y Monagas no pagó la deuda exterior.

Y no por considerar preferente ese empleo de la renta descuidaban los gobernantes el progreso interior, pues varias leyes hay destinando sumas para la apertura de caminos. Copiamos de la de 1844, los dos primeros artículos, porque ellos dan motivo a una curiosa observación, dicen así: "Art. 1º Se destina la suma de ciento sesenta mil pesos

anuales a la apertura y mejora de los caminos y comunicación por agua. Art. 2º La suma designada en el artículo anterior se distribuirá entre las provincias de la manera siguiente:

Caracas	$ 40.000
Carabobo	26.000
Barinas	16.000
Barquisimeto	15.000
Mérida	12.000
Cumaná	10.000
Barcelona	8.500
Trujillo	10.000
Maracaibo	6.000
Guayana	4.000
Coro	6.500
Apure	3.000
Margarita	3.000
	$ 160.000

Se ve por esto que bajo el Gobierno llamado central, se creía que la renta nacional no podía distribuirse sino por una ley y proporcionalmente entre las provincias. Hoy en el Gobierno llamado *federal,* a veces reciben los Estados un *auxilio* para un camino, pues de otra manera se entiende el manejo de las rentas. Es verdad que si en el hecho es una farsa que tengamos federación, también lo es en el derecho, pues, nuestra Constitución es eminentemente *Central.*

En 1845 el General Soublette propone al Congreso el empleo de $6.000,000 en vías de comunicación.

VIII

Para el año de 1840, en lugar de la oscura anarquía y el militarismo de 1830, la política sabia y perseverante de los gobernantes había fundado sólidamente la paz al amparo de las leyes, y el Gobierno de Venezuela "más parecía un patriarcado que lo que el mundo llama Gobierno: sin ejército, sin marina, sin policía, sin milicia, sin ningún

elemento de fuerza material, no tenía en su apoyo nada visible; su fuerza moral y nada más".

Opuestos a ese partido dominante, que llamaremos doctrinario liberal, agrupábanse los elementos conservadores, adversarios de aquellas medidas radicales, y manifestábanse muy especialmente, como ya hemos dicho, en la agitación agraria o predial contra las leyes de crédito, y algunas veces contra las leyes de manumisión que iban dando libertad progresiva a los esclavos. El representante más caracterizado de este orden de ideas, era sin duda alguna, el Doctor Tomás José Sanabria, jurisconsulto reputado, pero refractario al progreso, quien, como ya dijimos, era Presidente de la Sociedad Agrícola y que había hecho en unión de otros, más tarde *liberales,* una representación al Congreso pidiendo se revocara la ley de manumisión. La oposición que estos elementos retrógrados hacían al Gobierno era vigorosa y tenaz; pero iba cediendo al empuje de las ideas y por la influencia benéfica de una prensa ilustrada.

La organización normal de esta agrupación, en lugar de ser un mal, hubiera sido de muy saludables consecuencias, pues debía servir, como se verifica en todo país bien constituido, de regulador y freno a los gobernantes en su afán de reformas.

Así las cosas aparece Guzmán con su *Venezolano,* y la sana y justa organización de los partidos fracasa ante aquella oposición personalista, sin principios y sin patriotismo.

Diversos son los elementos que pueden servir para la determinación del carácter y tendencias de aquella oposición, y uno de ellos, muy importante, es el de los nombres que mutuamente se dan los partidos. Guzmán llama *oligarcas* a sus adversarios, calificación personalista, desprovista de verdad, y que demuestra que nunca fue su propósito constituir un partido permanente, sino hacer una campaña política de ocasión, y llama a sus adeptos *liberales,* nombre que también rechazan los contrarios porque sostienen que es a ellos a quienes corresponde. Estos a su vez, se llaman al principio *constitucionales,* como opuestos al personalismo o cesarismo de Guzmán, y otros los llaman *godos,* como los calificaran ya los militares del año de 1830 a 1835, es decir, *constitucionales.* El 9 de febrero del año de 1844, obtiene Guzmán, por una asonada, su absolución en un juicio de imprenta por injuria que le promoviera un particular, y aquel suceso lo celebra él como un triunfo inmenso de su partido; sus contrarios, en cambio, lo consideran como

un atentado contra las leyes, y aquí se definen de nuevo esas tendencias: los constitucionales llaman entonces a sus adversarios *febreristas* y se llaman a sí mismos *conservadores del orden,* como adversario de los procedimientos anárquicos de sus contrarios. El calificativo de *conservadores* que a sí mismos se dieron, no lo era en el sentido doctrinario, puesto que ellos sostenían, como era la verdad, y nunca se les negó entonces, que eran los más avanzados en ideas, sino como defensores del régimen constitucional, combatido por sus contrarios. Este criterio de ambos partidos, se repetirá más tarde para determinar de manera aun más decisiva las respectivas aspiraciones. El 24 de enero de 1848 será día de fiesta nacional para el cesarismo, como que él fija la época de su decisivo advenimiento al poder, sus contrarios llamaron a los autores de él, *veinticuatreros* como antes *febreristas.* ¡Singular partido cuyas dos fechas memorables son precisamente atentados contra las leyes!

Guzmán crea sus huestes con todos los descontentos del orden constituido, y como consecuencia forzosa, con todos los elementos retrógrados. Forma con él el elemento agrícola que se agita contra las leyes de *crédito,* y aspira a protecciones directas a la agricultura con el Tesoro nacional, con desconocimiento absoluto de las más elementales nociones de economía política. El órgano en la prensa de esta aspiración es *El Agricultor,* periódico eminentemente retrógrado y subversivo que redacta entre otros el Doctor Manuel María Echandía, uno de los más ardientes partidarios de Guzmán.

Esta agitación agraria de los llamados liberales, fue la que hizo imposible a los gobernantes de entonces resolver definitivamente, como eran sus deseos, la cuestión de la esclavitud, y por eso fue esta la única cuestión grave que quedó pendiente para el año 1847. En mi poder está la representación dirigida al Congreso en 1839, suscrita por varios de los más caracterizados jefes del partido que se llamó liberal, pidiendo, no simplemente, como se ha dicho, que se aumentara la edad para la manumisión, sino que se derogara la ley de manumisión, sustituyéndola con una en que se estableciera un simple impuesto para ir libertando a los esclavos *más ancianos!*

Varios documentos curiosos poseemos que comprueban la oposición de los liberales de entonces a la libertad de los esclavos; pero la materia es odiosa y no la trataremos más, si no se nos provoca a ello.

A pesar de tantos obstáculos no descuidaron los gobernantes tan importante asunto y durante la administración del General Soublette,

se envió al General Urdaneta a Londres, entre otros objetos, a concluir la negociación de un grande empréstito comenzando por el representante de Venezuela señor Fortique con una casa inglesa, a fin de aplicar su totalidad a la emancipación completa de los esclavos en Venezuela. Habría logrado Urdaneta el objeto de su comisión bajo muy favorables condiciones, pero su muerte en París, frustró la noble empresa.[1]

Un suceso curioso es de mucha enseñanza para la apreciación de lo que vengo sosteniendo y es el siguiente: La *Compañía de artistas,* era una asociación de industriales que en 1844 resolvió constituirse en *sociedad eleccionaria,* y fue invitada por la *sociedad de agricultores,* para fijarse en una lista de electores. Aceptada la invitación, nombró una comisión compuesta de los señores Juan García, Antonio Abad Cedillo, Gervasio Rada, Juan Guzmán y Vicente Velázquez, pero manifestó a esa comisión el cuidado que debía tener en la elección de la lista electoral, "pues en la sociedad de agricultores había muchos que no eran liberales, aunque lo ostentaban, probándolo así la conducta que habían observado, solicitando de la Representación nacional la derogación de la ley de manumisión y se fijó como base de los trabajos de la comisión, que no transigiese con la candidatura de personas que hubieran manifestado públicamente contradicción a principios liberales, y recibió expresivas excitaciones, a fin de que no aceptase a los señores doctor Sanavria, Antonio L. Guzmán y Coronel Austria en calidad de electores". Reuniéronse las dos comisiones, la de artistas no votó por los señores nombrados, y entonces el doctor Echandía observó, entre otras cosas, "que era una ingratitud que ellos no votaran por una persona de tantos servicios como Guzmán", y el mismo Guzmán sostuvo la necesidad de que lo nombraran. Los comisionados artistas, "contestaron los argumentos anteriores y persistieron en negarse rotundamente a la colocación del señor Guzmán y otros señores en la lista de electores. Aquí es de lugar recordar un pasaje. El señor Juan García en la réplica que hizo con un poco de calor, dijo lo siguiente: —Observo, señores, que nosotros nos hemos reunido para obrar con toda libertad, y porque no hemos votado por el señor Guzmán se nos tacha de ingratos y esto no es justo—. Aquí empezó a calmar la discusión y el mismo señor García propuso que se nombrara una comisión compuesta de tres individuos que forma la lista, para que la comisión, discutiéndola,

1. Tejera.—Manual de la historia de Venezuela.

la apruebe o no. Aceptada la proposición por la comisión artística, fue nombrado el señor Antonio Abad Cedillo".[1] El informe de Cedillo dice lo siguiente:

"El día 16 yo no vacilé en mantenerme firme negando mi voto al señor Guzmán para que fuese colocado en ella. Viéndome en la dura necesidad de tener que defender mi opinión con respecto a él, hasta con la razón que hubiera deseado omitir, de que no quería que se dijese que las elecciones eran hechas por un hombre cualquiera que fuese, mucho menos por el señor Guzmán; porque este señor que tanto ha defendido el liberalismo, debía conocer que era conveniente evitar que las elecciones pareciesen hechas por el que se ha llamado *el pueblo de Guzmán, el pueblo del 9 de febrero.* Confieso que hice un esfuerzo para alegar esta razón; pero lo hice en cumplimiento de mi deber, y no sé si acerté a expresarme de modo que no diese motivo fundado al señor Guzmán para ofenderse; la urbanidad, la decencia me mandaban obrar así, y noté, sin embargo, con pena que el señor Guzmán se ofendió y se despidió. Hoy después de los últimos sucesos, hoy en calma y viendo todo lo que pasa a mi alrededor, me aplaudo de haber obrado como lo hice, y me persuado más y más, de la inconveniencia de la elección del señor Guzmán, por lo cual le negaría mi voto, consecuente con lo que expresé en su misma presencia.

"Antes creía honrarme en pertenecer a lo que yo llamaba partido liberal; hoy tengo motivos muy fuertes para creer que me equivocaba. La sola consideración de que un *personaje energúmeno por el señor Aranda,* ofrece votos a millares, y de que el señor Guzmán le da crédito a esa farsa, y la presenta con una importancia tal que parece que los pueblos están servilmente uncidos al carro triunfal de esos dos señores; y la de que ese mismo personaje ha tenido la avilantez de hacer borrar de las listas a otros dignos ciudadanos para colocarse él, hace que los hombres independientes y verdaderamente liberales se rebelen contra ese vasallaje, y prueben una vez más que en Venezuela, cuna de la Independencia, *reinan* siempre los *principios y nunca* los hombres".[2]

Estos documentos tienen para mí una notable importancia, porque ellos demuestran, por el celo republicano de los miembros de la *Sociedad*

1. Manifestación de los miembros de la sociedad artística publicada en *El Liberal* de 24 de junio de 1844.
2. Carta de A. A. Cedillo, publicada en *El Liberal* de 1º de julio de 1844.

Artística, cuánto habían progresado los buenos principios democráticos; porque ellos evidencian que la parte ilustrada y sana del gremio de industriales no apoyaba a Guzmán ni a otros que se *decían liberales,* porque *no lo eran;* y que esos mismos señores, con clara visión política, supieron distinguir perfectamente entre un *liberal* y un *personalista* o *cesarista,* que es lo opuesto a liberal.

En corroboración del carácter *personalista* de los que se llamaban *liberales,* tenemos otro dato curioso que encontramos en *El Liberal* del 14 de octubre de 1844. En las elecciones que debían practicarse ese año por la Provincia de Caracas, para Vicepresidente de la República, Senadores y Representantes, y sus suplentes, por los electores de la Provincia, presentaron, el partido *conservador del orden* y el febrerista (uso aquí de los nombres que les da el periódico) sus respectivos candidatos. Y dice *El Liberal:* "Para esos nombramientos propusieron los partidarios del orden *seis* ciudadanos electores y *diez y ocho* no electores. Los febreristas presentaron *veinte* ciudadanos electores y sólo *cuatro* no electores. Además, de los 13 electores por Caracas (que eran todos liberales) 10 fueron presentados como candidatos y de los 3 restantes 2 estaban impedidos por la ley! Eso sí que es *liberalismo:* de *once* que eran, presentarse los diez pidiendo votos para sí mismos; y para veinte y cuatro plazas importantes presentarse veinte y un electores del mismo Colegio! Cualquiera había de pensar que el partido febrerista no contaba con más entidades que las que tenía en el Colegio; y todos clamarán: qué prácticas tan puras y tan democráticas nos presenta el partido febrerista".

Es típico esto de que los llamados *oligarcas* voten por extraños y los *liberales* voten por ellos mismos.

Formaban en el partido *liberal,* como hemos dicho, los *retrógrados* del gremio *agrícola.*

Formaban también los revoltosos de 1831 y 1835, y 1837, es decir, los refractarios al régimen civil creado, que venían representando el principio absolutista destruido en 1830. Los nombres de todos ellos se ven en los pronunciamientos *liberales,* y como demostración de esto y de la íntima relación de los sucesos políticos con las ideas de los hombres que las verifican, vemos que el 24 de enero de 1848 vienen al primer plano precisamente los mismos hombres que presidieron aquellos movimientos, siendo Ministro del Interior el doctor Tomás José Sanavria.

Ha sido una opinión muy generalizada en Venezuela, la de que su historia está llena de extrañas y constantes contradicciones. Yo no las

encuentro, y juzgo que esa opinión se funda sólo en una manera superficial y falsa de apreciar los hombres y los partidos, rigiéndose sólo por nombres que nada representan.

Afiliábanse también al partido *liberal* de 1840 a 1846, los aspirantes al goce de los puestos públicos sin aptitudes suficientes para ello, legión inmensa, que siempre está del lado de las oposiciones violentas y una turba de bochincheros que constituía el Estado Mayor de Guzmán y que era lo que se llamó el *pueblo del 9 de febrero,* el *pueblo de Guzmán,* al que con razón no quería pertenecer la Sociedad Artística.

Y para que no faltara en la agrupación retrógrada ni aún siquiera el clericalismo, encontramos que el Presbítero doctor José Alberto Espinoza, sacerdote exaltado y fanático, era furibundo liberal guzmancista, y que él, el doctor Tomás José Sanavria, y Antonio Leocadio Guzmán,[1] constituyeron la junta central para las elecciones del partido liberal de 1844! Es decir un sacerdote ultramontano, un abogado retrógrado, y el cesarista Guzmán. ¡Vayan unos apóstoles del partido liberal! Las ideas del penitenciario doctor José Alberto Espinosa, respecto de los partidos constan de un artículo póstumo suyo, publicado en *El Patriota,* de 28 de marzo de 1846, del que sentimos no publicar, por largos, algunos párrafos, para que se vea cómo entendía la política aquel *liberal.* Baste saber que en ese artículo se indigna contra los hombres del Gobierno de entonces, imbuidos en "las doctrinas disolventes de los publicistas y economistas del siglo pasado, demonios encarnados que, habiendo desalojado de su corazón bajo el nombre de filósofos, todo sentimiento religioso, habiendo desalojado también todo sentimiento de humanidad, no quedando en ellos otra cosa de nuestra naturaleza que la figura, y aún esta misma, espantosa y formidable, sólo representaban su infernal misión de aniquilarlo todo sobre la tierra". Y clama contra "el materialismo" y "sus fatales principios que adoptados en su estricto sentido de nuestros incautos y bisoños estadistas, vienen obrando activamente nuestra desgracia desde el año 29". El juzga que "el gran partido liberal", con un programa *enteramente contrario,* "ofrece un nuevo porvenir y es el punto culminante de su fe política", y por eso se pronuncia resueltamente por Gumán, para Presidente de la República.

1. *El Liberal* de 14 de octubre de 1844.

Era todo un liberal!

Al hacer yo esta discriminación, no es mi ánimo negar que hubiera en los liberales personas muy honorables y de méritos; las había sin duda, como las tiene todo partido, por falsas que sean sus ideas y con mayor razón podían encontrarse en una agrupación que, por ser personalista, acogía en su seno las más opuestas tendencias, pero que no estaba aún corrompida por el vicio del peculado desconocido para la época. Aunque a la verdad que ya se le imputaba a Guzmán haberlo cometido como Concejal en Caracas.

Los jefes más caracterizados del partido liberal eran en la prensa, Guzmán, pontífice máximo de quien hemos hablado, y que se hacía llamar el *segundo Bolívar,* (título que más tarde le disputara su hijo el *Ilustre Americano,* que acuñara medallas en las que coloca su efigie sobre la del Libertador para que así *juntos* pasen a los siglos venideros! ¡Ejemplo vivo del grado a que puede llegar la necedad humana! Felipe Larrazábal, *alter-ego* de Guzmán y redactor de *El Patriota;* el doctor Manuel María Echandía, redactor de *El Agricultor* y faccioso de 1846. Estanislao Rendón, redactor en Cumaná de *El Torrente,* que había sido de los revolucionarios de 1835, y que en 1849, al tomar a Antonio Leocadio Guzmán el juramento de Vicepresidente de la República, dirá: "Limpio, sereno, radioso, con majestad, se presentó el sol del 24 de enero de 1848, y el buen pueblo venezolano se presentó en ese día digno de su nombre, entre las palmas de la ilustración del siglo, engalanado con los laureles de la libertad, revestido con los emblemas de su omnipotencia, dictando desde la tribuna de la autonomía sus plebiscitos regeneradores".[1] ¡Jamás palabra más impías salieron de los labios de un hombre público!; y Blas Bruzual, redactor de *El Republicano,* segundo de Carujo en 1835, y uno de los principales autores del 24 de enero.

Esos fueron los elementos y esos los jefes del partido personalista o *cesarista* que combatió contra el *constitucional,* que nos dio patria libre y gloriosa de 1830 a 1847. Fue vencido legalmente de manera brillante y solemne el cesarismo, en las elecciones de 1846, pero triunfará al fin el 24 de enero de 1848 por un golpe de Estado, y por eso declarará ese día de fiesta nacional.

1. Discurso publicado en *El Faro,* de 17 de febrero de 1819.

Generación feliz la que vea un día por su esfuerzo y patriotismo cerrado al fin el paréntesis que el sable del dictador audaz abriera el 24 de enero, para continuar en la senda del progreso moral y material que se rompiera en tan nefanda fecha; y felices nosotros si entonces, compasiva la historia, cubre con la pesada losa del olvido, toda esta época infeliz en que tuvimos la desgracia de vivir, y que sólo de debilidades y vergüenzas presenta ejemplos.

En la gloriosa era civil de Venezuela, la parte intelectual, digamos, es de los Soublette, de los Vargas, Michelena, Quintero, Cajigal, Codazzi, etc., etc., pero sin duda alguna el contingente principal y esencial es el de Páez como que sin él, la obra muchas veces hubiera fracasado. Es su prestigo, es su autoridad indiscutible, es el temor que infunde su valor heroico y audaz al servicio siempre de las instituciones el que contiene a los facciosos de todas épocas, a los enemigos del orden público y por eso él es también el más injuriado.

Yo no he pretendido, como dice el señor Vallenilla Lanz, personificar en Páez la era civil de Venezuela, pero si ello fuere necesario, ninguno con más títulos que él pudiera pretender tan alta gloria.

Bolívar y Páez, son las dos más grandes figuras históricas de Venezuela. Pero Bolívar, es un genio, que encarna en sí la aspiración de todo un continente; Bolívar es la emancipación, y sus ideas, su conducta, su carácter, todo tiene en él, el sello gigante de la grande empresa que ha de realizar. Bolívar es el genio de la América Latina, y tocole en suerte a nuestra patria la gloria insigne de ser su cuna. Páez, es el héroe nacional, y tiene las virtudes excelsas que constituyen a un pueblo digno de grandes destinos. Valiente hasta el heroismo, humano, generoso con el vencido, probo, leal, abierto a la civilización y al progreso, es el tipo acabado del venezolano que realizó inmortales acciones.

---

* "Páez"
Estudio Histórico Político.
Caracas, Imprenta Bolívar, 1897.

EL GENERAL PAEZ Y LA LEYENDA DE LOS GUZMANES [1]

Un venezolano

"La memoria de los buenos ciudadanos fue siempre importuna y aun odiosa para los usurpadores y los déspotas, quienes, por tal motivo consideran la historia como un conspirador que es necesario desarmar por la calumnia o la mentira, ya que es imposible exterminar por la fuerza". —*Sismondi.* República de Italia.

I

La triunfal repatriación de las cenizas del General Páez ha, como se sabe, irritado grandemente al sátrapa venezolano hoy residente en París, el cual después de haber intentado, aunque sin buen éxito, reprimir o debilitar al menos las enérgicas demostraciones del sentimiento público despertado por un momento de su largo sopor, ha creído vengar este fracaso por medio de una carta dirigida a aquellos de sus partidarios, que en desfalco del monopolio de los aplausos, principal institución de la época, se atrevieron a enviarle como obsequio una medalla de oro acuñada en memoria de aquel acontecimiento. Guzmán rechaza enfáticamente el presente, y dicta, en el estilo y tono que le son peculiares, el criterio, según él único, con el cual debieron ser recibidos y podrán ser guardados en el panteón de Caracas los mortales despojos del egregio repúblico. Su carta, que la adulación y el servilismo, incrédulos ellos mismos, han repartido profusamente, es así una rectificación imperativa de cuantos honores tributados a Páez, en la memorada fiesta, exceden o sobrepasan aquel criterio, y comprende, seguramente en virtud de la autoridad que da al personaje su título de "ilustre americano", no sólo las manifestaciones nacionales, sino los homenajes mismos del pueblo y gobierno de la gran República, el de la vecina Colombia, —en una palabra, los de la América entera; homenajes y manifestaciones que, en ésta como en otras veces, han sido dirigidos tanto al famoso guerrero de la independencia cuanto al fundador principal y fidelísimo custodio de las instituciones civiles y republicanas de que, en un tiempo, disfrutó Venezuela. En cuanto a la naturaleza de la rectificación misma, ella corresponde perfectamente, así en su esencia como

en su forma, al carácter y a las miras de aquel que es su autor. Rectificar es juzgar; y en materia de renombre y fama, o sea, en lo que se refiere a la reputación que los hombres públicos lograron granjearse en el servicio de su patria, todos aquellos que se consideran como abocados a las puertas de la historia, juzgan o rectifican a la medida de su talla y de su temperamento moral: los que se sienten dignos y seguros del concepto histórico que ha de coronar su vida, enalteciendo aún a sus mismos adversarios: los que se palpan débiles y que se sienten turbados, por el contrario, degradando y escarneciendo cuantas figuras les son importunas. De conformidad con esta ley, Guzmán rectifica a Páez deformándolo, así como ya rectificó a Venezuela degradándola. Aquello era, por otra parte, lógica consecuencia de lo último. El Páez auténtico, el Páez histórico de 1810 y 1850, el Páez del asombro y del respeto no cabe sino en la Venezuela heroica y en la civil y republicana de aquellos tiempos; mas como por desdicha ésta ha desaparecido, —como en su lugar no existe sino la nueva Venezuela, es decir la Venezuela física y moralmente mutilada de Guzmán Blanco, era inevitable que a la reducción de la sepultura correspondiese la reducción de la osamenta histórica removida. Un valiente más cabe bien en el panteón de las glorias oficiales refrendadas por Guzmán. Pero el héroe-ciudadano, el soldado que en la paz de las leyes por él defendidas dio mayor brillo a sus hazañas, ése no cabe allí; para ése no hay allí lugar. Bástale al primero la integridad material de un templo más o menos lujoso; en tanto que el segundo necesita de la integridad moral de la patria, templo cuya grandiosa arquitectura son las leyes respetadas, la ciudadanía activa, la opinión libre y viril, la administración pura, la magistratura honrada. Una vez destruida esta ara, las imágenes caen por tierra, y allí rotas y mutiladas pueden insultarlas impunemente hasta las ranas que graznan en el pantano. Es pues lógica, y está enteramente en el orden de las cosas actuales, la rectificación de Páez por Guzmán. Apresurémonos a agregar que ella es igualmente comprensiva, puesto que, refiriéndose a un hombre, abarca al propio tiempo todo el período histórico transcurrido desde 1830, en que Venezuela apareció en la familia de las naciones, hasta los presentes días.

Nacido algunos años después de terminada la guerra de la Independencia, Guzmán no puede disputar a los héroes de aquella época su gloria y su renombre; que de lo contrario acaso oyéramos decir hoy que Simón Bolívar no fue el primer caudillo de la revolución hispanoamericana. Se ha contentado en cambio con declarar prócer a su padre;

debiendo agradecérsele que no haya hecho otro tanto con su abuelo, el verdugo de los patriotas en 1812. Pero incorporado él mismo desde 1859 en la política del país, aunque entrando en ella no por alguna de las anchas puertas que, para toda ambición legítima, mantiene siempre abiertas la vida civil republicana, sino por la estrecha y sombría de la guerra civil, Guzmán puede, sin incurrir en aquel linaje de anacronismos, tratar de rehacer en su provecho sesenta (60) años de historia contemporánea, lo que verifica, en efecto, con la arrogante infatuación que le es característica. Así, según él, todo el movimiento político de Venezuela desde 1830 hasta 1870, se resume en estos tres hechos, a saber: la autocracia de un hombre y la dominación de una oligarquía hasta 1846; la resistencia a la restauración de ese régimen, bajo no importa qué bandera, hasta 1858; luego la lucha y la anarquía hasta 1863, época en la cual, según confesión del mismo Guzmán, principia el período de las cuatro dictaduras ejercidas por él, y en cuyo molde, por uno de esos fenómenos que sólo puede explicar la filosofía de la historia al uso de aquel personaje, ha surgido la nueva Venezuela enteramente libre, completamente dueña de sí misma y esencialmente republicana y democrática que todos conocemos. He aquí la rectificación de un personaje y de una época que nos ofrece en su carta el insigne rectificador de nuestra historia. Pero ya es tiempo de que la analicemos punto por punto.

II

Principia Guzmán advirtiendo que no había contestado a sus partidarios del Zulia, porque esperaba una oportunidad en la cual su respuesta no viniese a agravar las complicaciones que en aquellos días (junio de 1888) dificultaban la marcha de la política interna. Entonces existía también, como existe hoy mismo, una cuestión verdaderamente nacional, y por tanto más seria y delicada que cuantas suscita periódicamente la adjudicación de una mayordomía, mal llamada elección de presidentes, que en ausencia de Guzmán sólo presiden su enriquecimiento y nuestra verguenza; existía una cuestión de honra e integridad patria; existía el conflicto con el extranjero invasor de nuestro suelo. Y el arribo a nuestras playas, bajo la bandera de una nación amiga y poderosa que acababa de honrarnos con señaladas muestras de admiración y de respeto, de los despojos mortales del hombre que siempre representó en nuestra historia el heroismo, y en 1815 la abnegación

del sacrificio, debió ser mirado por todos los buenos venezolanos como fiesta votiva del patriotismo, y como evocación de nuestras antiguas fuerzas nacionales, y también como una protesta muda pero solemne contra el abuso de la fuerza de que el país es víctima. Honrar incondicionalmente al guerrero emancipador, al magistrado que en 1842 desbarató con buen éxito la tentativa de usurpación que ahora se ha dejado consumar, era un deber patriótico ineludible, sobre todo en aquellas circunstancias. En vez de asociarse a su cumplimiento, Guzmán lo contrarió primero por cuantos medios estuvieron a su alcance, y le ha hecho traición después en la carta que estamos analizando. Guardó silencio cuando previó que su palabra podría exacerbar la trahilla que disputaba el hueso; pero una vez sosegados los ambiciosos, no vacila en tomar la pluma para insultar, en presencia del extranjero destructor de la integridad patria, la memoria y las cenizas de aquel que creó esa integridad como guerrero, y la custodió y salvó luego como magistrado. La clasificación de estas dos situaciones y la elección del respectivo criterio hacen ellas solas el más digno elogio de su autor.

Pasa en seguida Guzmán a hacer como de costumbre su propia apología. En las compañías de cómicos e histriones ambulantes de la edad media, figuraban con frecuencia enanos y otros seres deformes y monstruosos que estaban obligados a cargar ellos mismos el pedestal o andamio en que debían exhibirse. En su peregrinación por el mundo de la publicidad, Guzmán lleva siempre consigo esta clase de aparatos, sobre los cuales trepa cada vez que, atormentado por el deseo de mostrarse y de hacer viso, necesita que lo alcancen a ver, siquiera sea los más cercanos de sus contemporáneos. En esta vez, sin embargo, el andamio sobre que se ha subido, es más pobre y endeble que ningún otro. Jáctase en efecto de haber sido cuatro veces dictador en el breve espacio de 25 años, es decir, desde 63 en que, magistrado nominal de la federación venezolana, juró cumplir la Constitución y leyes que organizaron sobre el papel esa federación, hasta 1885 en que, sin abandonar realmente el poder, se ausentó una vez más del lugar de su ejercicio; y agrega con la insigne estolidez propia de quien no conoce de la ciencia política ni siquiera la tecnología, que no obstante aquel mando omnímodo, "los Congresos, las Legislaturas seccionales, los "Consejos de distrito, las Municipalidades, el Pueblo, la "Nación entera, no llaman sus Gobiernos, Gobiernos del "Dictador, sino Gobiernos del Regenerador de la Patria". Si de veras han existido esos Congresos, esas Legislaturas, esos Consejos de distrito, esas Municipalidades, en una palabra, esa

Nación libre de que nos habla nuestro Bertoldo político, ¿qué objeto tuvo entonces y qué funciones ejerció la dictadura cuatro veces asumida por él en el breve espacio de 25 años, siete de los cuales ha estado ausente del país? Y si esas entidades no fueron, como en realidad no han sido, sino meras ficciones de la impudencia dictatorial y de la adulación por ella pagada, ¿qué valor tiene su certificado? Guzmán nos habla de su ciudadanía; pero ¿cuándo ha sido él ciudadano en nuestro país a contar desde 1870? ¿Cuándo lo han visto sus coterráneos, ya que no podemos decir sus compatriotas, vivir despojado del poder, retirado en el hogar doméstico, sencillamente al frente de su familia y de su casa, sin guardia pretoriana y hombro con hombro al lado de sus paisanos? ¿Cuándo ha sido un Páez en San Pablo o en Maracay, un Soublette en las "Dos Aguadas", un Vargas, un Tovar, un Gual, los Monagas mismos en su hogar doméstico o en el campo de su trabajo? Guzmán ha sido todo en Venezuela, menos una cosa, menos ciudadano; y no lo ha sido, ni lo podía ser, por el hecho de que él mismo se jacta, —esto es, por el ejercicio casi no interrumpido de esa dictadura que, para colmo de ultrajes, nos muestra con la sanción, el aplauso y hasta la gratitud de Congresos, Legislaturas, Municipalidades y Pueblo. Cuenta un viajero de la antigüedad, que visitando alguna vez las regiones del alto Egipto, encontró un templo levantado a Minerva previsora, en cuyo frontis se leía esta inscripción:

> **"Sabed, oh mortales, que los dioses no perdonan la impudencia".**

Tenían razón los dioses de aquel culto.

Se encara luego Guzmán ante la majestuosa figura de Páez, y sin inmutarse escribe las siguientes líneas:

> **"Como nací a la razón en la época en que mi padre fundaba el Partido "Liberal para derribar lo que él llamaba la autocracia de Páez, yo me formé "en el despacho del *"Venezolano"* donde se tenía a Páez por un guerrillero "secundario de la isla de Achaguas, infiel, aleve, y sin miras dignas de la "Patria inmortal y gloriosa."**

Este curioso párrafo convida a un extenso análisis; pero nosotros habremos de limitarnos a hacer unas pocas de las muchas reflexiones que él sugiere. Hubo, como se ve, un periódico que se llamó *El Venezolano,* el cual fue creado para contribuir a la formación del partido Liberal de Venezuela; y en el despacho de ese periódico, redactado

por Guzmán padre, se formó el personaje que hoy rectifica nuestra historia; allí aprendió lo que allí se enseñaba respecto de Páez, esto es, *que fue un guerrillero secundario, infiel, aleve y sin miras dignas de la Patria inmortal y gloriosa.* Ahora bien, esta escuela, en donde Guzmán recibió semejantes nociones históricas, estuvo abierta con completas garantías para su director, para sus ayudantes y para sus discípulos desde 1840, segundo año de la segunda presidencia de Páez, hasta 1846, época en que por entonces terminó su autocracia. Esa escuela fue molde en que se vació todo un partido político, Sinaí desde cuyas alturas descendió la nueva ley, cátedra desde donde se explicó su doctrina, y tornavoz de todos los apóstoles del nuevo culto. Con tales caracteres surgió, existió, hizo en fin su obra; y todo esto en presencia de Páez el autócrata, de Páez el déspota y de una oligarquía constituida para el solo efecto de apoyarlo y de obedecer ciegamente su voluntad. Querríamos que el dictador moderno, a quien el pueblo no llama sino el *Regenerador de la Patria,* nos dijese en qué época, en qué año, o siquiera en qué día de los de sus cuatro dictaduras, un partido, una fracción, un hombre solo, ha podido, no diremos divulgar una doctrina, enunciar un principio, hacer una censura, pero ni aun defenderse él mismo o defender su propiedad y sus derechos contra la arbitrariedad y violencia del Gobierno. Consentir en la existencia de un "despacho" (usamos el lenguaje de Guzmán) en el cual el gobernante del día fuese considerado como un vulgar especulador político, sería demasiado pedir a la libertad de imprenta del liberalismo guzmancista; pero el derecho de queja, el de representación, el de súplica siquiera, debió tolerarse al menos. ¿Cuándo ha existido ese derecho en vuestro régimen; y si se ensayó, cómo fue recibido por vuestro gobierno, oh regenerador insigne de la Patria?

Ambages y perífrasis a un lado, Guzmán confiesa que, bajo la pretendida autocracia de Páez y de la oligarquía en que éste se apoyaba, hubo en nuestro país una libertad de imprenta tan amplia y tan eficazmente garantida que con ella no sólo pudo deformarse, hasta levantar una escuela de difamación en igual sentido al jefe del gobierno, sino crear también un partido político, darle un programa, formarlo para la lucha y lanzarlo a ella, primero en los comicios electorales, y luego, por ineptitud fundamental, de sus directores, en el funesto campo de la guerra civil. Ahora, si se exceptúa la del aplauso incondicional, ¿qué se ha hecho la antigua prensa venezolana? ¿cuáles son hoy los órganos de la oposición, y dónde está esa oposición? Guzmán nos contestará

seguramente que el pueblo de Venezuela no ha tenido ni tiene nada que censurar a su gobierno, que ha sido y es un gobierno admirable, el acierto absoluto, la sabiduría infinita, ¡es un gobierno que pasma! El *Pasmo de Sicilia* es el nombre que se da a uno de los mejores lienzos del pintor Rafael. El pasmo de la América —¿qué decimos?— el pasmo del mundo debiera llamarse el gobierno de Guzmán.

¿Qué pensar, por otra parte, del criterio, la ilustración y los conocimientos históricos del personaje que, habiendo formado su juicio sobre una de las primeras figuras de su patria y de la América, en una escuela de odio y de difamación contra la misma, no rectifica ese juicio sino a los quince años, y esto no consultando los archivos de la época, ni las páginas de la historia, ni siquiera el testimonio de contemporáneos autorizados como Blanco, Lara, Pulido, Silva, Paredes y otros, sino casualmente, en diálogo con un pastor anónimo, acaso inventado adrede, y mientras que, según el chabacano lenguaje de su carta, "por grande la totuma y mucho y muy caliente el café", los encontradizos pudieron explicarse y conversar? Y luego, si el Páez que en tan extraña entrevista se reveló a Guzmán, es como él mismo nos lo dice, el glorioso guerrero de la Independencia, capaz de eclipsar a los héroes de la Iliada, ¿qué debemos pensar entonces de la moralidad de aquella escuela del *Venezolano* en la cual se formó Guzmán? ¿Quién puede asegurarnos hoy que el criterio falso y envenenado por el odio, con que se juzgó a Páez como soldado, rebajándolo de la categoría de un héroe de la Iliada a la de un guerrillero secundario y aleve, no es el mismo con que ahora y también entonces se nos pinta a Páez como un magistrado sin freno y un autócrata ambicioso? ¿Qué confianza puede inspirar a las gentes honradas, y a la sana opinión de los pueblos, la palabra del hijo que desmiente a su propio padre y la del padre que a su turno funda escuela de calumnia para desconceptuar a Páez, y arruinar el sistema de principios y el régimen de gobierno por éste representado?

Mas no vaya a creerse por aquella confesión de Guzmán que las hazañas de Páez, que ahora reconoce y parece aplaudir, son las mismas que registran los boletines militares de la época, las que narra la historia, aquellas mismas sobre las cuales puso Bolívar la sanción de su mirada y el laurel de su incomparable elocuencia; no, aunque confeso, Guzmán es todavía mentiroso, y un sí es no, es calumniador: la enseñanza de su padre no se ha borrado completamente de su espíritu. Así, al ocuparse de Las Queseras del Medio, principia contradiciendo al Libertador mismo, que como se sabe, presenció la acción. Bolívar, en

la que llamaremos su estrofa homérica, más bien que su proclama de aquel día, declara que la hazaña fue ejecutada "de propósito deliberado", en tanto que Guzmán pone en boca de su estafermo la aserción de que ella fue el resultado del despecho que produjo en Páez una altanera y hasta ultrajante conminación de su jefe.

Pasando en seguida a narrar pesadamente, sin movimiento y sin brillo la famosa proeza, Guzmán la despoja de sus rasgos más característicos; quitándole lo que, en el lenguaje de la crítica moderna, pudiéramos llamar su realismo. Bajo la pluma de ganso del rectificador. Las Queseras no son ya como aquellas nubes de nuestra zona tropical, que repentinamente se forman, se entrechocan en un instante y luego desaparecen sin dejar más huellas que las del rayo partido de sus senos: son simplemente una acción laboriosa, dispendiosa de tiempo, en la que figuran avanzadas enemigas tomadas prisioneras y enviadas como remesas al cuartel general de los patriotas en bongos que cruzan el Arauca, precisamente por puntos que los soldados de Páez han podido atravesar, no a nado, como sucedió en efecto, sino a caballo, y con el agua a la cincha: hay allí Estado Mayor, marchas y contramarchas, evoluciones tácticas, y no uno, sino muchos muertos en las filas patriotas. Todo es erróneo, mitad adulterado adrede, por mal encubierta envidia, mitad por ignorancia. La iniciativa fue allí de Páez, el General Justo Briceño no estuvo en las filas de los 150, y mucho menos desempeñando el papel de jefe de Estado Mayor, que habría sido ridículo en aquella ocasión: no hubo más que un muerto, el sargento Martínez, y es dudoso que lo fuera a manos del enemigo, pues hay motivos para creer que sucumbió víctima del error de uno de sus compañeros: no hubo avanzadas tomadas al enemigo, ni bongos que fuesen y viniesen al través del río. En una palabra, Las Queseras de Guzmán, son simplemente sus Queseras, y con esto está dicho todo. Dice un brasilero ilustre, voluntario a la sazón en las filas del ejército patriota:

> **"Yo vi nacer a Colombia en Las Queseras del Medio: yo lo vi a Ud. con "150 hombres arrollar todo el ejército de Morillo: yo vi huir la caballería "española ante los pelotones de Ud.: yo vi la infantería enemiga retroceder "hasta la falda del monte: todo lo vi en compañía de los generales Soublette "y Bolívar en la margen derecha del Arauca, y fui yo quien escribió el "boletín de aquella jornada. A nuestros pies venían a caer las balas de la "artillería española, o pasaban sobre nuestras cabezas." ***

* **Carta del General Abreu de Lima al General Páez, publicada en 1869 en la *Revista de Buenos Aires*.**

La batalla de Carabobo, de la cual habla también Guzmán, no es tampoco, a lo menos por lo que respecta a Páez, la batalla en que éste fue héroe principal; aquella en cuyo campo mismo, Bolívar, morrión en mano, transportado de entusiasmo y con su penetrante voz de clarín, lo proclamó héroe invicto, y General en Jefe del ejército de Colombia. Guzmán la narra a su modo para darse el maligno placer de presentar a Páez como simple instrumento de una concepción superior, y exhibirlo, siquiera sea por un instante, rehacio en el ataque al enemigo que aun se sostiene, echado sin sentido al pie de su caballo y denostado por añadidura de cobarde por un jefe subalterno, que, según Guzmán, lo acusaba de haber faltado a no sabemos qué compromiso de calaveras. Verdad es también que el autor de esta grosera urdimbre, tiene la gallardía de sostener que Páez no tuvo allí miedo, y aun se digna poner en boca del héroe lo que éste debió decir en su defensa, y que no dijo por ser entonces un "mocetón ensimismado y falto de mundo". Al leer estas y otras inepcias parecidas, uno se imagina estar oyendo a un persa, que después de haber consultado con los cabreros de la Beocia, se pone a rehacer muy seriamente la historia de Milciades en Maratón o la de Pausanias en Platea. Ha hecho bien el señor Guzmán en irse a vivir al lado del doctor Charcot: sus escritos prueban el acierto de su previsión.

Pero basta ya de la fe de erratas puesta por el hijo al texto de la enseñanza dictada por el padre. Veamos ahora lo que queda de ese texto y qué ratifica y explana el nuevo maestro. Copiamos:

> "Luego vino (habla de Páez como gobernante) aquella noche tenebrosa de "46 y 47, en que todo el conato de la oligarquía, presidida por Páez, fue "inmolar a mi padre en un cadalso, cuya capilla y banquillo vi, con mis "propios ojos, preparados..."

Más adelante leemos:

> "Tratándose del otro Páez de la edad civil de Colombia y Venezuela, mis "juicios son consiguientes a sus procederes. Sin amor ni odio, lo juzgo con "severa imparcialidad.
>
> "Téngolo por el Páez destructor de la Patria Grande; por el autor, con San- "tander, de la expulsión del Padre y Libertador; por el responsable de que "la Patria creada por Bolívar le repudiara y le negase el palmo de tierra "que necesitaba para dormir el sueño eterno. Lo tengo por el que estimuló "a Mariño y los trece jefes que arrestaron a Vargas para después de lanzados "aquéllos en el militar motín, tomar el mando del ejército del gobierno y "enarbolar la bandera de la Constitución; lo tengo por el que impuso a "Vargas la abdicación, poniendo así la base de la Oligarquía y sobre ella el

"pedestal de la Autocracia, lo tengo por el que inspiró y presidió aquella "conspiración de lesa Soberanía popular, que en 1846 desbarató la Repú- "blica y produjo el sangriento período de 46 a 63 y sus consecuencias basta "1876, al fin de las cuales quedó sepultada la Oligarquía, y triunfante para "siempre la Soberanía del pueblo venezolano."

El estado verdaderamente patológico del autor de la carta, aparece con más claridad en los párrafos que quedan copiados. Si en efecto, Páez, fue, desde 1830 hasta 1863, el autócrata de que se nos habla, ¿qué necesidad tuvo en 1835 de ejecutar la perfidia de que se le acusa, ni en 1836 de imponer a Vargas lo que con su habitual lucidez política llama Guzmán abdicación, y que fue simplemente una renuncia del empleo? Y admitido el supuesto de que aquella perfidia y esta pretendida abdicación fueron las bases de la Oligarquía que sirvió de pedestal a la consabida autocracia ¿cuál fue entonces la república que Páez destruyó en el 46? Autocracia y oligarquía son, sobre todo lo primero, elementos de todo punto incompatibles con la existencia y funcionamiento de la República. De consiguiente, o Páez no fue un autócrata, ni el partido que lo apoyó una Oligarquía, o no hubo en 1846 república que destruir, y el pretendido mártir de ella, aquel cuya capilla y patíbulo nos advierte Guzmán que *vio con sus ojos* (cosa que por cierto es una novedad) no fue en fin de fines sino el mártir de su propia inconsecuencia, una vez que desde 1830 hasta 1836 figuró al lado de Páez y tomó una parte activa en el gobierno. Mas puesto que la ocasión se brinda para ello, hemos de aprovecharla a fin de analizar punto por punto la leyenda de los Guzmanes, tan fructuosa para ellos como perjudicial y funesta para nuestra patria.

III

El nacimiento y la disolución de la antigua Colombia han sido juzgados por la generalidad de un modo irreflexivo, superficial y en ocasiones apasionado, generador de no pocos crímenes y de muchas acusaciones injustas por el estilo de la que ahora se reproduce contra el General Páez. Conforme a esa manera de juzgar, las nacionalidades surgen, viven y desaparecen a voluntad de determinadas individualidades: una nación se hace como se hace una ley, esto es, por el mandato del legislador, y se la puede matar por un pronunciamiento o una rebelión, tan fácil y tan expeditivamente como se mata a un hombre

de un pistoletazo. Resultado natural de este género de juicios fueron, en su época, los esfuerzos hechos por muchos de los amigos de Bolívar, para retenerlo en el mando, con no poco perjuicio de su reputación y de su gloria; la saña con que algunos de sus adversarios intentaron proscribirlo; el asesinato aleve del inmaculado Sucre; y por último la responsabilidad atribuida exclusivamente a los hombres que como Páez en Venezuela y Santander en Nueva Granada, contaban con opinión y prestigio. A los ojos de los unos como de los otros, la existencia o la desaparición de un hombre se confundía con la existencia o desaparición de la Gran República; y de ahí el carácter personal y envenenado de la lucha que consumió las últimas fuerzas del Libertador y devoró al más ilustre de sus tenientes. Ahora bien, nada es más erróneo, y aun podemos decir que nada es tan inepto como semejante criterio. Las nacionalidades no se forman ni cambian, ni mucho menos desaparecen por el aislado esfuerzo de unos pocos hombres, así sean ellos poderosos e ilustres. César mismo, a quien se atribuye la ambición de ser el primero en cualquier parte antes que el segundo en Roma, no habría podido por su solo esfuerzo destruir la unidad romana. Leyes más durables, trascendentes y comprensivas que las que combinan las ambiciones individuales son las que presiden y conservan el organismo de una nación; organismo que puede ser considerado como una larga tradición de ideas, sentimientos y necesidades comunes, y de intereses homogéneos, cuyo armónico conjunto es tan complejo que hoy mismo la crítica y la filosofía de la historia no aciertan a decidir, entre la religión, la lengua, el territorio, los ideales políticos, y las exigencias del desarrollo físico, cuáles son las condiciones que más claramente determinan la nacionalidad de un pueblo. Si el organismo colombiano de 1819 hubiera revestido en realidad aquel carácter; si la unión de los tres Estados hubiera sido verdaderamente una unidad; ni las hazañas militares de Páez, ni los méritos civiles y administrativos de Santander habrían alcanzado a destruirla, dado que se hubiesen puesto a la obra. La verdad es que Colombia no fue sino una alianza militar creada por la necesidad y sostenida por el peligro. Bajo esta forma la había columbrado Miranda desde 1812; y con tal carácter la aceptaron en su criterio íntimo muchos de sus artífices, acaso el mismo Bolívar entre ellos, por lo menos en un principio. Por eso mientras ella existió hubo gobierno, ejército, armada y glorias y reveses colombianos; pero no hubo un solo pueblo. En su lugar subsistieron los antiguos pueblos venezolano, granadino y ecuatoriano, los cuales

una vez terminada la guerra, gravitaron naturalmente sobre sus respectivos centros, y allí puso cada cual su antigua bandera en las manos que juzgó de más fuerza y más prestigio para mantenerla: los venezolanos en las de Páez, los granadinos en las de Santander, y en las de Flores los ecuatorianos. Por lo demás basta echar una mirada sobre el mapa de la antigua Colombia, medir su territorio, computar su población, graduar el estado de atraso y de pobreza en que ella se encontraba entonces; fijarse en la capital que fue su centro y en la distancia que mediaba entre ésta y sus principales dependencias, Guayaquil, Quito, Guayana, Caracas, Panamá, Cartagena, etc., para comprender que los que pusieron sus esperanzas y aun su empeño en la perdurabilidad de aquel coloso, incurrían hasta cierto punto en el mismo error de los partidarios de la integridad de la antigua monarquía española, que creían posible el gobierno de medio mundo al través de 3,000 leguas de distancia. El movimiento de disgregación de 1830 no hizo sino continuar y completar la lógica del movimiento emancipador de 1810. Lo que los pueblos de la América quisieron, ante todo, fue asegurarse las ventajas de un régimen de administración y de gobierno propios; lo cual explica el fraccionamiento tanto en el Sur como en el Centro de las antiguas unidades coloniales que se llamaron virreinatos de Buenos Aires, del Perú y de Méjico.

La disolución de Colombia no puede imputársele a Páez, si no se demuestra previamente que él la inició de propia autoridad y que la impuso por la fuerza a los pueblos; lo cual está contradicho por documentos oficiales que excluyen toda duda sobre el particular. En efecto, por circular de 14 de octubre de 1829 ordenó el Libertador a todos los agentes de su gobierno que promoviesen una consulta popular libre, sobre las reformas que conviniera introducir en el gobierno y organización de la República; y es claro que hacer en aquellas circunstancias una consulta de este género equivalía a preguntar en primer término si la unión de las tres repúblicas, adoptada con poco favor por Venezuela desde un principio, y aun con protesta de la más importante de sus Municipalidades, debía o no subsistir. Así lo comprendió el partido personalmente adicto a Bolívar, que había en el país, y en consecuencia aconsejó a Páez que no diese paso a la circular del gobierno.

> **"El General Páez", dice a este respecto un memorándum que tenemos a la vista, "para dar paso a la circular, hija legítima de nuestro grande hombre en su "declinación, se hizo un argumento muy sencillo de dos términos, que todo "el mundo comprendió y puede comprender ahora, a saber: si no doy paso**

"a la circular, el Libertador me tratará como un tirano, que oprime la "voluntad de los pueblos, a quienes él ha mandado que expresen franca- "mente su querer; y si doy paso a la circular, voy a ponerme en lucha abierta "con la fracción boliviana, que no cree oportuna su publicación: males por "uno y otro término, arrostraremos los segundos. He aquí el delito que "está purgando hoy el General Páez."

Por lo que respecta al alejamiento del Libertador del territorio de Colombia, ello era dolorosamente indispensable en aquellas circunstancias, por cuanto a que en su nombre y con sus glorias se pretendía galvanizar un cadáver, y se mantenía latente el fuego destructor de la guerra civil. Es deplorable, sin embargo, que esta cruel necesidad no hubiera sido formulada por los constituyentes de Venezuela con el decoro y con el respeto a las tradiciones patrias con que acertaron a hacerlo los granadinos. Los pueblos de la antigua Colombia necesitaban de la ausencia de Bolívar para consolidar su nueva e indispensable organización, como habían necesitado de su genio y de su espada para obtener su independencia; pero el pasaporte debió ser presentado al héroe con más respeto, si cabe, y con más reconocimiento que las palmas con que fueron coronados sus antiguos triunfos.

Por lo demás, los cargos referentes a Colombia y al Libertador pudieran ser presentados en el proceso de la historia bajo cualquier firma, excepto la de Guzmán, hijo; pues todo el mundo conoce la parte secundaria, pero no por esto menos activa, que su padre tuvo en uno y otro acontecimiento. Entre otras muestras de esa participación daremos aquí el texto de la siguiente carta dirigida por dicho señor al General Páez desde Barinas y con fecha 2 de enero de 1830:

"Se consumó la voluntad de Ud. y desde el 31 estamos aquí. Mi salud no "es buena pero estoy contento, porque el teatro estaba pidiendo un trabajo "como el que yo deseaba prestar a mi patria y que los resultados van a coro- "narlo: porque cumplo, en fin, el querer de Ud. La carta del General y el "oficio lo dicen todo: nada, pues, tengo que añadir sino la confianza con que "espero el término satisfactorio y pronto de nuestra comisión. Mañana remi- "tiremos a Ud. documentos interesantes.

"La adjunta copia es para que Ud. la vea con pocos amigos; es una confianza "que he merecido del General Urdaneta, y temo que si se propagase mucho "no faltaría quien quisiera imprimirla; y esto sería una mengua para mí. La "remito porque me parece interesante saber cómo piensan en Bogotá después "de haber descubierto la negativa de Venezuela.
"Yo quedo, mi querido General, etc., etc., etc."

Ya se sabe cuál fue esa negativa. Venezuela rehusó adherirse al plan de una monarquía, y declaró su voluntad de constituirse en república independiente.

Fue, pues, mentiroso y de mera especulación el luto que Guzmán, padre, llevara posteriormente por la desaparición de Colombia; así como su pretendido culto a la memoria del Libertador, otro puntal de su ambición, no le impidió más tarde presentarse en Lima con el objeto de gestionar en su provecho, más que en el de ningún otro, la revocación indecorosa de uno de los actos de desprendimiento que más honran a aquel hombre extraordinario.

IV

Viene después el cargo referente a los tan conocidos sucesos de 1835 y 1836. Guzmán acusa al General Páez de haberlos producido ejecutando una doble traición y una insigne perfidia. Estimuló, dice, la rebelión de los jefes miiltares para vencerlos en seguida e imponerse luego, así al gobierno como a la oposición. Es el león convertido en zorra por el buitre. Excelente tema para un Esopo o un La Fontaine.

Pudiéramos desbaratar este cargo con solo desentrañar sencillamente la significación y la filosofía de los hechos; pudiéramos echarlo por tierra preguntando simplemente qué podía ganar con semejante aventura el hombre que, después de haber presidido a la organización de la República y de regirla con general aplauso durante el primer período administrativo, había dejado el poder rodeado de la consideración y aprecio de todos sus conciudadanos, y llevando consigo la estimación y confianza de sus sucesores. Preferimos, sin embargo, otro género de demostración, más concreto, aun más decisivo; preferimos confrontar al acusador con su propio padre, y dejar caer a plomo sobre su cabeza el testimonio de las pretendidas víctimas de la traición y perfidia. Advertiremos, sí, una vez por todas, que tanto estos documentos como los demás a que este escrito se refiere, podrán ser examinados en sus respectivos originales allí donde haya garantías para quien los exhiba y para ellos mismos —por ejemplo, en un jurado compuesto de personas competentes en cualquiera de las Antillas vecinas, en Nueva York o en París.

Con fecha 28 de junio de 1836 escribía el señor Antonio L. Guzmán al General Páez una carta de calurosa felicitación, en la cual se leen los siguientes conceptos:

"Siento al retirarme, que no digan todos los venezolanos como Ud.: —*no "pertenezco a ningún partido;* pero son disculpables; los del 8 de julio refor- "mando de un modo, y nuestros legisladores de otro, aun más eficaz, no "podían consolidar una perfecta unión. Es necesario tener toda mi sangre "fría, para perdonar a los primeros los perjuicios que como individuo y "como ciudadano me causaron, y a los segundos la crueldad con que me han "perseguido, sin duda porque llené mis deberes, en un puesto difícil y peli- "groso. Bien es que al prescindir de todo tomo por modelo a un hombre "como Ud., que nos ha salvado a todos y que sin embargo no sufre más, "porque no se le teme menos. Como aquel *Ricardo Corazón de León,* que "arrojaba el escudo y desnudaba el pecho para entrar a los combates, así "salió Ud. de San Pablo a buscar la Ley o la muerte: ¿y qué, cuál, cómo y "dónde se deja ver justa correspondencia de tan señalada conducta? Verdad "es que se libró el decreto de *honores,* pero no es de esto de lo que yo "hablo, porque es muy común, liso y llano que se pague y complazca hasta "cierto punto al curador de menores. Sé bien que ya no es Ud. tutor o curador "*at-bono,* que llaman los doctores; pero todavía lo es Ud. *at-litem,* y al menos "han de darle las gracias.

"Voy a trabajar aprovechando la curatela para tener con qué emigrar, o con "qué emigren mis hijos cuando muera el buen curador."

El lector se dignará recordar que el hombre que escribió lo anterior es el mismo que, según nos lo dice hoy su hijo, fundó *El Venezolano* y creó un partido para echar abajo la autocracia del General Páez; es decir, para destruir al *curador* bajo cuyo amparo se prometió vivir tranquilo desde 1836 en adelante. Por nuestra parte recordaremos también, para enseñanza eterna de los gobernantes, cuán peligrosos son siempre los amigos incondicionales —es decir, los aduladores serviles. La mano que propina la cicuta de la calumnia ha sido casi siempre la misma que ha quemado día por día el grano de incienso. Antes había dicho el mismo señor Guzmán, padre, con referencia a la conducta de Páez en aquella crisis, lo siguiente que se ha reproducido varias veces:

"El General Páez, que retirado y contento gozaba en San Pablo los derechos "de un venezolano y que hasta el 15 (julio de 1835) no pudo formar idea "cabal del funesto suceso, se arroja solo a la campaña: no espera saber "quién le sigue; pero la población entera vuela en pos del caudillo de la "Constitución: no se necesitan órdenes, no se necesita autoridad. Leyes, "gobierno constitucional era el objeto, y todo lo imaginable se convertía "en medios y en recursos. ¿Puede esto describirse bien? ¿La historia pre- "senta nada comparable? ¡Catorce días para tanto hacer! Tácito y Salustio "no podrían añadir el más simple rasgo para embellecer el cuadro real de "la gloria de Venezuela, de la gloria de Páez; y Homero y el Tasso no encon- "trarían en los espacios de la imaginación nada más grande, bello, noble, "encantador que el desenlace de los veinte días de nuestra querida y envi- "diable patria. Páez no conquistaba su autoridad sino el sagrado deber y el "eminente carácter de ciudadano. El no ha correspondido sino que ha exce- "dido a todas las esperanzas."

Veamos ahora el testimonio de las víctimas.

Con fecha 10 de julio de 1835 escribía a Páez el candoroso General Pedro Briceño Méndez:

> "Véame Ud. colocado en la posición que quería el civismo gótico. Creo "excusado detenerme en explicaciones, ni en referir los hechos, porque el "Coronel Rodríguez lleva el encargo de hacerlo, y sólo a la voz puede veri- "ficarse. Nuestro objeto es presentar el cuerpo militar reunido en masa y al- "rededor de los fundadores de la patria, para que pierdan todos los que "han pretendido arruinarnos dividiéndonos."

Se ve que data de muy atrás el apodo *godismo,* que tanto ha enconado, para daño de todos, las pasiones políticas en Venezuela.

Desengañado Briceño Méndez por la respuesta del General Páez y por su actitud, en la defensa armada de la Constitución y de la ley, le escribió de nuevo con fecha 26 de julio la siguiente carta:

> "No sé por dónde principiar esta carta ni qué decir en ella. Ud. es el jefe "que hemos proclamado, y es el enemigo que nos hace la guerra, ¿cómo "conciliar estas dos ideas? ¿Cómo creer que no conoce Ud. el fatal resultado "que tendrá un rompimiento, no solo a la República sino a Ud. personal- "mente? ¿Cómo persuadirse que pueda nadie darse por seguro ni garantizado "por un decreto de Ud. que debe ser ejecutado por nuestros implacables "enemigos, los Abogados? No concluiría si hubiese de hacer todas las cues- "tiones que ocurren, y que el Coronel Rodríguez le hará. No hay más medios, "General la ruina del país es inevitable si Ud. no adopta las Reformas, "a lo menos como las adoptó el Libertador el año 27. Esto sería honroso "para Ud. y glorioso para todos. El Oriente se ha pronunciado ya y la "cuestión es muy diferente. Mientras estuvimos aislados pudo llamarse como "se quisiera esto; pero hoy hay una enorme masa de pueblo, de tropas y de "jefes, capaces de todo antes que dejarse degollar por nuestros enemigos "personales. Querido General, es Ud. de las primeras víctimas que ellos "preparan cuando le están haciendo concebir desconfianzas y sospechas pue- "riles contra nosotros, que somos sus únicos amigos porque es nuestro interés "hacerlo así como es el de Ud. vivir reunido con nosotros."

Ahora bien, el lenguaje y los sentimientos que estas cartas expresan ¿son el lenguaje y sentimientos propios de quien ve al frente de sus contrarios y resuelto a hacerle la guerra al mismo que lo lanzó en ella? Si Páez estaba de acuerdo con Briceño y los demás jefes rebelados ¿cómo es que éste se esfuerza en llevar al espíritu del primero el convencimiento de la bondad de la causa proclamada, y a su ánimo la intimidación de riesgos y peligros comunes? ¿Cómo es que aquellos hombres que se mostraron resueltos a la lucha armada, y arrostraron la

responsabilidad consiguiente no tuvieron el valor de echar en cara a Páez su perfidia, y en vez de intimar al cómplice, imploraron al prestigioso caudillo? Esto no necesita de comentarios.

Agrega Guzmán que Páez impuso al presidente Vargas la abdicación, o sea, lo que en el lenguaje político propio se llama simplemente la renuncia del poder, con la cual fundó una oligarquía que fue la base de su autocracia. Aquel hombre mancha todo lo que toca. El sabio ilustre cuyo recuerdo enorgullece a Venezuela no tuvo tiempo para recomendarse especialmente como gobernante; pero le bastó un día, el más amargo y también el más glorioso de su vida, para dejar a la patria y a la América entera el invaluable ejemplo de su estoica firmeza como magistrado, y de su desprecio por las insolencias de la fuerza. Cuando el brutal Carujo, con el homicida puñal del 25 de setiembre, le decía que el mundo es de los valientes, le contestaba tranquilamente: "se engaña Ud., el mundo es de los hombres justos", y escribía la célebre protesta dirigida a los venezolanos, que remitió original al General Páez, en cuyo poder la vimos más de una vez. Archivero digno de tal documento. Y bien, el hombre que tuvo la firmeza y el valor necesarios para mantenerse en el puesto del deber cuando los conspiradores le exigían su abandono, es aquel a quien Guzmán nos pinta suficientemente débil y apocado para ejecutar el día de la victoria del pueblo lo que no hizo en el momento en que se creía abandonado por ese pueblo. ¿Y qué objeto perseguía Páez al imponer la renuncia? ¿Suceder en el poder a Vargas? No, puesto que quien se hizo cargo del mando fue el Vicepresidente Narvarte; es decir, uno de esos abogados a quienes se refería Briceño. ¿Qué ganaba Páez con que el poder pasase de las manos de un sabio a las de un jurisconsulto, de las de un civil a las de otro civil? ¿No representaban ambos los mismos principios y tendencias? Más tarde vino Soublette a remplazar a Narvarte; pero ¿quién sino el sufragio lo trajo al gobierno? La política del nuevo magistrado fue tan conciliadora y tolerante como lo permitían las circunstancias; y aún hubo un momento en que su tendencia en tal sentido llegó a alarmar a los amigos del gobierno y entre ellos al mismo General Páez. Prueba decisiva de que en aquellos tiempos el espíritu de partido ejercía escasa influencia, y sobre todo de que un hombre por prestigioso que él fuera no alcanzaba a imponer sus miras ni a dominar la opinión. Entonces no había atmósfera para las aparcerías y mucho menos para las autocracias.

Ahora véase lo que se decían el Presidente recién restaurado y el militar ciudadano que había dirigido la obra de esa restauración.

Particular.
Exmo. Señor General José Antonio Páez,

Caracas, 21 de agosto de 1835.

Muy estimado General y amigo: —Con muy poco tiempo para extenderme en la exposición de mis afectos de gratitud y congratulación a Ud., por su consagración gloriosa a la salvación de Venezuela, limítome por ahora a saludarlo cordialmente como al Padre de la Patria, como al modelo clásico de ilustres libertadores para todas las nuevas repúblicas de América.

Ayer por la madrugada llegué a esta ciudad a ocupar el puesto de mi deber, que nada me importa que lo sea el de mi sacrificio, desde que veo a Ud. al frente de los pueblos y en medio de sus leales y verdaderamente ilustres compañeros de armas, batallando por salvar las libres instituciones de Venezuela y darle el inmortal honor de ver la primera de las Repúblicas americanas nuevas, que posee un émulo de Washington, así como fue la primera en dar el grito de la Independencia.

He procurado imponerme de todo, principalmente de las ideas que Ud. tiene acerca de las exigencias graves y varias de nuestro país en la crisis cruel en que desapiadada y tan cruelmente le han puesto algunos de sus hijos. El señor General Piñango impondrá a Ud. a la voz de mi modo de ver algunas medidas, de los esfuerzos que el Gobierno hace por conseguir armamento en número suficiente, y asegurar los diversos puntos de una sorpresa; y en fin de la importancia que doy a la medida de convocar extraordinariamente el Congreso.

Mucho siento observarle que juzgo muy necesaria la presencia de los consejeros militares en el Consejo. Cuando todo se convierte en pretexto, cuando se critica al Gobierno de godo o compuesto de hombres diversos de los antiguos patriotas; cuando las medidas más importantes y urgentes son al presente las militares; cuando al lado del Gobierno debe haber un conjunto de luces que guarde armonía con el Estado Mayor de Ud., sin el peligro de cometer el menor descuido, los generales Carreño y Piñango me parecen muy útiles y aun indispensables en el Consejo. Sin embargo, estas observaciones están sometidas a su determinación. Ud. debe con la más cabal franqueza comunicarme sus ideas y determinaciones, que serán mi pauta; porque nadie está más convencido que yo de que la salvación de Venezuela, sus instituciones y el triunfo y las glorias de Ud. están hoy más que nunca necesaria y evidentemente identificadas.

Que la Providencia vigile sobre la conservación, la salud y la gloria de Ud. es mi más ardiente voto, es el voto de todos los pueblos de Venezuela y de todos los amantes del orden y la justicia en cualquier país en que se nos conoce.

Me repito de Ud. su más afecto y respetuoso servidor y amigo Q.B.S.M.

José Vargas.

Hacienda de la Trinidad, a 24 de agosto de 1835

A.S.E. el Dr J. Vargas
Presidente de la República.

Mi apreciable amigo:

El señor General Piñango puso en mis manos ayer tarde su estimable carta de 21 del presente. Por ella he visto ratificada la agradable y muy satisfactoria noticia de su regreso a la patria, y de hallarse ya en el puesto en que la nación lo colocó para dirigir sus destinos.

Tan plausible acontecimiento, que tanto interesa a Venezuela, lo veo yo hoy como el más bello triunfo de la opinión que el presente siglo puede ostentar a las generaciones venideras. Presentará al mundo la justicia sólo apoyada en los principios, triunfando de la anarquía, de la inmoralidad y de la fuerza. Estaba preparada sin duda esta gloria para Ud. Reciba Ud, pues, mi amigo, mis sinceras congratulaciones, por el nuevo lustre que da hoy a la patria. Ud. la hace aparecer libre, amante de sus leyes, fuerte y defendiendo sus derechos; civilizada y triunfando de sus enemigos. Esto es todo cuanto Venezuela puede apetecer, y yo, como venezolano, cuanto puedo ambicionar.

Su hermoso saludo me deja infinitamente obligado a su bondad. También me hacer ver de una manera muy agradable la sincera amistad con que Ud. se sirve distinguirme. Doy a Ud. mil gracias por las congratulaciones que me hace, por los felices sucesos que han coronado la virtud y los esfuerzos de los pueblos. Yo soy muy feliz al merecer de Ud. los bellos títulos con que me honra.

Mucho he sentido no hallarme en esa capital a su llegada; porque, a la verdad, deseaba hablar con Ud. sobre la situación del país y circunstancias de los enemigos que nos amenazan. Lo más justo y racional sería que yo me pusiera hoy en marcha con este importante objeto; pero, como estoy persuadido de que vamos a ser muy pronto acometidos, y por otra parte me encuentro con un fuerte ataque a los ojos, en términos de temer por ellos, he preferido acompañarle una minuta, que aunque sucinta, contiene las principales medidas que deben dictarse por lo pronto. Sin embargo, mucho desearía hablar con Ud., no sólo para que acordemos los medios de salvar la patria, sino los de mejorar mi salud que siento no sea completa, para emplear con más eficacia mis débiles servicios.

Deseo a Ud., mi amigo, fuerzas superiores en el puesto que dignamente ocupa por la voluntad del pueblo, y que Ud. me crea interesado porque su Administración sea feliz y brillante, como ciudadano y como su afmo. amigo y obediente servidor.

José Antonio Páez.

Léase, por último, la siguiente felicitación dirigida al General Páez en 1846 por los señores Vargas y Narvarte, Presidente y Vicepresidente de la República en 1835.

Al Ciudadano Esclarecido de Venezuela,
General José Antonio Páez.

Señor:

Nos cabe la gran satisfacción de ser el órgano para trasmitiros los votos fervientes y sinceros de muchos vecinos de esta ciudad, por la conservación de vuestra vida y salud y por vuestra felicidad.

Si la noticia de la enfermedad que el mes próximo pasado sufristeis causó un disgusto y una ansiedad general, la de vuestro restablecimiento excitó una emoción a la par universal de júbilo y congratulación. La gratitud por los eminentes servicios que habéis prestado a Venezuela, y la esperanza de los que todavía habéis de hacerle, vos, cuya existencia es un elemento de paz y orden para los venezolanos, son el motivo muy natural de este sentimiento tan simultáneo como general. Debemos confiar que la Providencia en su bondad acogerá propicia unos votos tan virtuosos cuanto humanos. Dignaos, ilustre General, aceptarlos con la misma sinceridad con que, a nombre de muchos de vuestros conciudadanos de esta ciudad, os los presentamos. *A nombre y por elección de la Junta reunida anoche al efecto en el Convento de San Francisco.*

José Vargas, Andrés Narvarte.

Caracas, julio 23 de 1846.

Llegamos ya al año de 1846, el más famoso entre los que abarca la leyenda de los Guzmanes; año en el cual Páez y la oligarquía, después de haber ejecutado el crimen de lesa soberanía nacional que privando a Guzmán padre de la presidencia del Estado desbarató la república, se esforzaron por llevar al elegido de los pueblos al cadalso político, cuya capilla y banquillo vio Guzmán hijo preparados. Cada año, el Día de los Difuntos, se representa en los teatros de España el fantástico drama de Zorrilla intitulado *Don Juan Tenorio,* con regocijo de mozos, espanto de viejas y pesadilla y males de nervios de chicos y doncellas. Nosotros también tenemos nuestro espeluznante drama popular, y sus autores los Guzmanes lo ponen en escena cada vez que necesitan refrescar su popularidad; solo que, mientras el dramaturgo español ha recibido muy poca cosa por sus derechos de autor, los nuestros tienen embolsados no pocos millones, y el público asiste aún a su farsa sin que ninguno de los espectadores se haya dado el placer de descontar por la crítica los pesos... que le cuesta la entrada. Ejerceremos por nuestra parte ese inocente derecho.

Venezuela acababa de instaurar a principios de 1843 el cuarto período de su régimen constitucional. El voto de los colegios electorales se había repartido para la elección de Presidente entre los señores General Soublette, doctor Diego B. Urbaneja y Santos Michelena, tres *desconocidos,* de los cuales el primero obtuvo la mayoría requerida por la ley. En aquellos tristes tiempos de autocracia y oligarquía, no se conocieron las elecciones unánimes, ni los amigos políticos incondicionales, ni la regeneración, la reivindicación, la aclamación, el censo de la adulación y otras prácticas republicanas de la nueva Venezuela. El autócrata de entonces no imponía candidatos por medio de convenciones, cuyo personal indicaba él mismo. Ni el personal de los congresos tenía en fin el coercitivo de la cárcel para tragar la píldora ya confeccionada. Las candidaturas se proponían y discutían por la prensa, y la del General Soublette fue rudamente combatida en las columnas de *El Liberal,* periódico oligarca, por un señor I., digamos el señor Hilarión Nadal, quien no por esto visitó la cárcel, ni fue persona ingrata para el nuevo gobernante. No había entonces *Opinión Nacional;* pero en cambio se dejaba hablar en alta voz a todos los venezolanos, tan en alta voz que Guzmán, hijo, pudo aprender a conocer y a juzgar a Páez el autócrata, no como a un Ricardo Corazón de León, sino como el guerrillero secundario de la isla de Achaguas. Aquellos fueron unos

tristes tiempos: ¡bendigamos de todo corazón al que nos ha deparado los actuales de que estamos gozando!

Para dar una idea exacta de lo que fue la administración Soublette, basta enunciar sencillamente los siguientes hechos: Primero, que durante ella el pie de fuerza permanente no excedió de 200 hombres en toda la República, salvo los cuatro últimos meses de 46, en los cuales fue preciso llamar a la guardia nacional a las armas para sofocar la rebelión que estalló entonces. Segundo, que el gobierno no tuvo en el estadío de la prensa un órgano especialmente dedicado a su defensa. Tercero, que la política estrictamente legal del Presidente y de su ministerio, fue combatida por dos linajes de oposición: la que le hicieron muchos de sus antiguos partidarios, los cuales aconsejaban medidas represivas, no aceptadas porque eran incompatibles con el espíritu y la letra de las instituciones; y la mal llamada liberal que encabezaba *El Venezolano* y que a poco andar degeneró en personal, licenciosa y eminentemente subversiva. Su programa se redujo a desacreditar el ejercicio de la autoridad pública, difamar a los principales funcionarios de la nación, y representar al gobierno como una simple oligarquía organizada en provecho de sus miembros y usurpadora de la soberanía nacional. El criterio de esa oposición era sobre todas las cuestiones el mismo que, respecto del General Páez como soldado, acaba de rectificar Guzmán. Dicha oposición contaba en la prensa de Caracas con *El Venezolano,* que le daba el tono y la dirigía, *El Patriota, Las Avispas, El Zancudo, El Diario, El Sin Camisa, La Centella, El Rayo, El Zurriago,* etc.; y en las reuniones públicas con las sociedades liberales guzmancistas, cuyo segundo pronombre indica que no todos los liberales trillaban la misma senda. Reproducir hoy los principales artículos de esos periódicos sería la mejor enseñanza política que pudiera darse al pueblo de Venezuela, si él necesitara de alguna para formar su criterio sobre estos asuntos. Cuarto, finalmente, que durante ese mismo período, la independencia tradicional de los congresos rayó en abierto desacuerdo con el poder ejecutivo, como lo prueban los varios proyectos de ley objetados por éste, entre ellos el que ordenaba el establecimiento con fondos públicos de un instituto de crédito territorial. Como acaso pudiera decírsenos que trazamos cuadros de color de rosa, nos anticipamos a citar en apoyo de nuestros recuerdos el juicio conforme del mismo Guzmán, quien en su polémica de ahora 23 años con el redactor de *El Federalista,* confesó que la administración Soublette había realizado en los tres primeros años de su existencia el ideal de la república.

Bajo semejantes auspicios, a saber, gobierno sin bayonetas, pero con autoridad, prensa y reuniones libres y representación nacional independiente, preparó la oposición liberal el terreno para la lucha del sufragio en la cual se lisonjeaba de antemano de salir victoriosa con la persona de Guzmán, padre, por candidato. Hombre sin principios y avezado a la adulación a los fuertes, ya se le llame gobierno o pueblo; político de escasos estudios y muy poca ciencia; orador pomposo y vacío con entonaciones y ademanes teatrales; escritor de mal gusto, fastuoso, sin ideas ni colorido, sin nervio ni dibujo, pero disponiendo de un vocabulario de frases sonantes y encendidas, a propósito para enardecer pasiones y despertar apetitos —el redactor de *El Venezolano* gozaba entonces de mucho favor y tenía gran prestigio entre las gentes de poca o ninguna ilustración, y por tanto de sencilla cuanto explotable credulidad. Una crisis agrícola intensa y la honrada firmeza con que el Presidente Soublette objetara el proyecto de ley que destinaba a favorecer problemáticamente una sola clase, el sobrante de los impuestos pagados por toda la nación, reforzó por un momento aquel género de inconsistente, pero peligrosa popularidad. Disminuido el lastre del buque, olas superficiales pudieron sacudirlo reciamente.

Con todo, el país legal, o sea, la masa de ciudadanos que conforme a la Constitución tenía el derecho de renovar periódicamente el alto personal del gobierno, no participaba del entusiasmo de la muchedumbre, y se esforzaba en buscar un hombre digno que continuase en el poder la custodia de las leyes y de las garantías comunes. Sus miradas se fijaron en el General Urdaneta, quien al insigne mérito de sus servicios como soldado había agregado el de su adhesión al orden y su desprecio por las aventuras revolucionarias; pero la lamentable muerte de este ilustre patriota frustró el proyecto. Pensóse entonces en una tercera elección del General Páez; mas el autócrata ambicioso, el guerrillero aleve e indigno, aquel bajo cuyo prestigio quiso ampararse el mismo Guzmán, atribuyéndosele la idea y aún la afirmación pública de que el candidato debía ser un hombre civil, declaró terminantemente que no aceptaría la candidatura; y dijo entre otras cosas lo siguiente, que publicó la prensa de aquellos días:

> **"Declaro que es verdad que he manifestado a los amigos que me han "hablado de candidatura para la próxima Presidencia, que no la admito, "porque sin que se entienda que niego mis servicios al país siempre que los "necesite, sí estoy determinado y decidido a no aceptar por tercera vez la "Presidencia de la República; y por un sentimiento de amor a mi patria,**

"deseo y he suplicado a mis amigos que no se me presente como candidato, "para evitar de este modo una contienda eleccionaria inútil y sin objeto "respecto a mí, e inconducente, y quizás perjudicial al mejor éxito de una "elección tan importante."

"Pero no es cierto que yo haya dicho que la República debe ensayar la "elevación de un civil a la Presidencia, ni me correspondía decirlo. Yo con- "sidero al Presidente de Venezuela un magistrado esencialmente civil, cual- "quiera que sea la profesión del ciudadano que obtenga esta magistratura; "y es la Nación la que debe escogerlo, sin que a mí me sea lícito inclinar "su voluntad a la exclusión de ninguno de las diferentes órdenes o profe- "siones. Lo que me corresponde, a lo que estoy obligado como ciudadano, es "a vivir sometido a la Constitución y a las leyes, y respetar los magistrados; "y como militar, a obedecer y cumplir las órdenes del Presidente de la Repú- "blica, sea quien fuere la persona escogida por la Nación para esta alta "Magistratura."

Después de nuevas orientaciones, la opinión de los ciudadanos pacíficos y reflexivos se agrupó definitivamente en torno de estas tres candidaturas: la del General José Tadeo Monagas, que apoyó una buena parte del partido civil y recomendó el General Páez; la del General Salom, proclamada por otros civilistas y por cuantos guardaban sinceramente las tradiciones de la Gran Colombia y del Libertador; y finalmente la del venerable José Félix Blanco, presentada y sostenida por los liberales de orden. De este modo se manifestaba y esparcía libremente la opinión de los venezolanos en esos tiempos que se pintan como de régimen oligárquico; siendo de advertir que los hombres a quienes ella mostraba su confianza eran ciudadanos de insignes merecimientos, encanecidos en el servicio de una patria que habían fundado con su valor y sus heroicas virtudes, no necesitando por tanto ni del favor del poder, ni del auge de la demagogia para llegar a ocupar con honor los primeros puestos. Pero Guzmán y sus adeptos pensaban de muy distinta manera. Para ellos toda candidatura que no fuese la suya era una candidatura oligarca. Para ellos todo programa que no incluyese la proscripción política de los principales fundadores de la República era un ataque a la soberanía nacional, encaminado a perturbar la autocracia de Páez. El gobierno era para ellos una facción, las leyes su instrumento, los funcionarios públicos sus esbirros. Ellos solos representaban al pueblo, y en tal sentido hablaba su prensa mientras se preparaban para obrar.

Envenenada la lucha electoral con tales elementos, la exacerbación de las pasiones llegó a un punto extremo, la vida ciudadana se hizo

insoportable, y en los campos principió a faltar la tranquilidad tan necesaria para los trabajos agrícolas. Entonces pensó el General Páez que acaso podría ejercer su autoridad, acrecida recientemente con las muestras de su desinterés, en beneficio de la paz y de la conciliación; y llamado por los unos y por los otros en apoyo de sus fórmulas más extremas, y aun convidado por alguno que después fue su insultador público, a asumir una especie de dictadura popular, prefirió aceptar la entrevista a que lo invitara Guzmán, con el doble objeto de dar una muestra de su habitual magnanimidad, entendiéndose con el hombre que se llamaba su más declarado enemigo, y el de buscar medio de desarme para las pasiones que amenazaban devorarlo todo. Malogróse sin embargo esa entrevista, primero por las extrañas versiones que sugirió su solo anuncio, luego por falta de acuerdo en cuanto al sitio en que debía celebrarse, y a la postre porque el engreído agitador acertó a presentarse en la ciudad de la Victoria en actitud tumultuaria y asistido de numerosa escolta que lo victoreaba ya como el elegido de los pueblos; y esto precisamente en los momentos en que nuevas facciones del peor linaje se ponían en armas en diversos puntos, y caían sobre las pequeñas poblaciones y las haciendas, donde ejecutaban actos, como los de Yuma, que traían a la memoria las espantables escenas de la reacción realista de 1812. Lo que asomaba a la superficie no era ya únicamente el hervor de las pasiones políticas: detrás del agitador imprudente que creía incluirlo todo en la satisfacción de sus miras personales, aparecían unidas las temerosas legiones de Espartaco y Catilina. El Gobierno no podía prolongar por más tiempo su política de lenidad y su actitud hasta entonces puramente espectante, so pena de perder toda su autoridad y desencadenar la guerra civil. La oposición, que por más de dos años había preparado el terreno, acababa de pasar de las palabras a los hechos, de la predicación a la acción, y realizaba su amenaza de llegar por la fuerza donde dudaba ya con fundamento que pudiera llegar por las vías del derecho. En consecuencia el gobierno ordenó el arresto de Guzmán y de sus principales cómplices, y mandó enjuiciar al primero de conformidad con la ley de imprenta de 1831, que por una coincidencia singular está refrendada por el mismo personaje en calidad de Secretario del Interior; ley conforme a la cual el principio de la responsabilidad criminal de los autores de escritos sediciosos, común al régimen de imprenta de todos los Estados bien organizados, era aplicable a Guzmán.

Ahora bien, si el redactor de *El Venezolano* no era en realidad responsable de los delitos porque se le mandaba encausar, nada más fácil, y al propio tiempo más conveniente para los intereses de la causa que representaba, que adelantarse a probarlo ante los tribunales de justicia. Su papel era brillante, digno de un verdadero jefe de partido. Podía probar al gobierno que lo que se atacaba en su persona eran las convicciones del escritor, los principios de una causa, los derechos de un bando, la popularidad en fin, de un candidato. Había entonces en Venezuela tribunales independientes, jueces incorruptibles, procedimiento criminal con garantías, abogados para la defensa, opinión pública, la prensa misma de Guzmán, que aun después de 45 días de trastornado el orden público continuaba impasible su tarea. Con semejantes elementos, el gobierno, por hábil o por violento que hubiera sido, no habría logrado impedir la vindicación del acusado, el triunfo de su causa, y con ello su propia derrota y su descrédito. Sin embargo... Guzmán prefirió presentarse en Caracas en actitud de mártir o perseguido; y una vez lanzado el mandato de arresto corrió a esconderse, muy simbólicamente por cierto, entre las cenizas y bajo las ollas de un fogón de cocina.

Mientras tanto la rebelión fue sofocada, aunque no sin muchos sacrificios de sangre y de dinero, y el poder electoral ejerció sus prerogativas con absoluta libertad de independencia, como lo prueba el resultado de la votación de sus colegios. El pretendido candidato oficial no obtuvo sino 107 votos; 97 el General Salom; 57 el mismo Guzmán; 46 el General José Félix Blanco; 6 el General José Gregorio Monagas; 2 el General Páez; 2 el señor Manuel F. Tovar; el señor Santos Michelena 1, y 1 el General Mariño. Sumando las cantidades homogéneas de esta votación, resulta la opinión llamada oligarca con 209 votos y la contraria con la mitad apenas.

Reunido el 23 de enero de 47 el Congreso Nacional, perfeccionó en la primera votación la elección del General José Tadeo Monagas, quien obtuvo 66 votos. Por acuerdo unánime de los miembros presentes del Congreso, entre los cuales figuraban, sin embargo, no pocos partidarios de Guzmán, se excluyó a éste de la terna, a nuestro juicio ilegalmente, pues hasta entonces ningún tribunal lo había declarado inhábil para el ejercicio de funciones públicas. Ello no obstante, la resolución en contrario no habría modificado los resultados que dio la elección, y acaso más bien algunos de los que votaron por Blanco se habrían adherido a Monagas.

Es aquí el lugar de advertir que la candidatura triunfante no fue iniciada siquiera, ni mucho menos impuesta por el General Páez. En carta escrita por éste, desde Maracay, con fecha 10 de marzo de 1846 a uno de sus más íntimos amigos de Caracas, le decía:

> "De acuerdo con lo que Ud. me indicó en días pasados sobre el General "José Tadeo Monagas, me preparaba a escribirle; pero he recibido un impreso "de esa ciudad en que presentan al referido General de candidato para la "Presidencia de la República, y no me parece feliz esta oportunidad para "dirigirme a una persona con quien hace algún tiempo no llevo correspon- "dencia. Espero que Ud. hallará delicado el motivo que me detiene para dar "el paso a que estaba ya resuelto, después que leí en *El Torrente* que Ud. me "remitió, el artículo en que se combate la candidatura de este General para "la Presidencia de la República."

Más tarde, el 17 de mayo, hacía al mismo amigo la siguiente indicación:

> "Casi estoy seguro de que en muchas partes de la República desean que en "Caracas se hiciera una reunión de lo mejor y más bien parado, y aun de "algunos pueblos de Occidente me vienen indicaciones en igual sentido. "Procedan, pues, los caraqueños seguros de que con un buen candidato y un "buen programa los secundará la opinión de los demás pueblos."

Por su parte el Presidente General Soublette le escribió con fecha 7 de abril:

> "Aquí han lanzado al General Monagas que también tiene algunos votos "en Barcelona y Cumaná; y yo me inclinaría, si fuera elector, visto el estado "de las cosas, al Sr. Michelena, mucho más si marchara para la comisión."
>
> "Abril 13.—Todavía no se anuncia ningún candidato para la próxima pre- "sidencia por ninguno de los círculos opuestos al partido liberal. Otra hoja "suelta ha salido presentando a José Tadeo Monagas y según todas mis "observaciones me inclino a creer que los tres candidatos que reunirán ma- "yores números de votos serán Monagas, Salom y Guzmán. Puede ser que "me equivoque en mi juicio, pero aseguro a Ud. que no observo consistencia "en favor de ningún otro."

Esto por lo que respecta a la procedencia de las candidaturas que figuraron en la lucha electoral de 1846, y muy especialmente a la del General Monagas, la cual, a decir de los Guzmanes, fue impuesta a Venezuela por el General Páez. En cuanto a la libertad constitucional de que, durante esa misma lucha, disfrutaron todos los partidos, no exageramos nada al asegurar que ningún otro gobierno ha sido tan respetuoso como aquel de las garantías de los ciudadanos, y con espe-

cialidad de su derecho de elección libre. Para mediados de setiembre las facciones no sólo estaban en armas, sino que habían librado varios combates contra las fuerzas del gobierno. Existía la facción del Magdaleno; Villa de Cura había sido atacada; parte de la escolta que llevara Guzmán a la Victoria se había sublevado en el Tuy; los llanos estaban conmovidos; Calabozo y Orituco amenazados; y se preparaban análogos movimientos así en el Oriente como en el Occidente. No obstante el desafío de esta rebelión, y las exigencias alborotadas de partidarios imprudentes, el gobierno no se desvió un punto del carril constitucional. Organizó el ejército, puso a su frente al General Páez, y pidió y obtuvo del Consejo de Estado la facultad de ejercer las atribuciones señaladas en el artículo 118 de la ley fundamental. Guzmán, que entró en Caracas el 11, no fue mandado someter a juicio sino el 21, en que ocurrió su ocultación. La prensa continuó usando y abusando de su libertad. Con fecha 23 escribía el Presidente Soublette lo siguiente: "Convengo con Ud. en que poco haremos con las armas, si los impresos sediciosos sigue distribuyéndolos el mismo gobierno. Mucho pienso sobre esto; y si en definitiva el gobierno no pudiera tomar medidas represivas, me inclino a convocar extraordinariamente el Congreso el día 10 de octubre". Nada menos que la intervención del poder legislativo se consideraba necesaria entonces para reprimir los abusos de una prensa cuyas hojas periódicas eran verdaderos boletines de las facciones en armas. Que los venezolanos comparen lo que ocurría entonces con lo que sucede ahora.

Tal fue el pretendido atentado contra la Soberanía Nacional que, a decir de los Guzmanes, consumaron Páez y la oligarquía en 1846. Que inventaran aquellos la leyenda y la propalaran mientras estuvieron lejos del poder, o sea, mientras no se les puso a prueba en el gobierno, se comprende. Era una buena bandera de oposición, o como se dice ahora de reclamo. Pero que después de haber despotizado al país por muchos años, suprimido en él toda garantía y aun el más ligero hábito de discusión libre, perseguido y proscrito sucesivamente a todos sus opositores, llenado más cárceles que Monteverde, anonadado el sufragio, destruido el derecho de petición y de queja, suprimido toda iniciativa política, convertido en un peligro o en una humillación el acceso a las oficinas públicas, degradado hasta el servilismo o hasta la insolencia el lenguaje y el estilo oficiales; que después de habernos dicho, en documentos que corren impresos, que la opinión pública de Venezuela

vale tanto como la de los indios salvajes del Caroní; después de haber refinado artificialmente nuestro gusto para subyugar mejor nuestras conciencias; después de haber, por último, levantado sobre nuestro pan y el de nuestras familias una fortuna que el mismo Guzmán dice es una de las más grandes de Sudamérica; que después de esto, decimos, venga el hijo a repetirnos la fábula inventada por el padre, y ose agregar, en impudente parangón, que los gobiernos de aquella época fueron gobiernos usurpadores y de opresión, en tanto que a los suyos Venezuela entera los aclama modelos de libertad, de regeneración y de progreso!... ¿Pero a qué extrañar estas cosas? Rosas se llamó también el "restaurador de las leyes", y por su orden Don Felipe Arana, su secretario, acusaba de tiránico y usurpador el gobierno de un Rivadavia. En nuestra América el papel y los pueblos lo aguantan todo; no siendo raro que los segundos rompan en aplausos su silencio, a reserva de convertirlos en maldiciones al día siguiente. Veamos ahora lo que hubo del apetito canibalesco atribuido a Páez y a la oligarquía, de sus comunes esfuerzos por arrastrar a Guzmán al cadalso, y de aquella capilla y aquel patíbulo que el hijo asegura haber visto preparados y listos para la inmolación de su padre.

Ciertamente si Páez y su partido hubieran querido entonces otra cosa que la represión legal de las facciones y el castigo conforme a las leyes de sus principales jefes; si por la naturaleza de sus opiniones, de su política, de su régimen de gobierno, no hubieran formado una conciencia pública adversa a toda medida de arbitrariedad y de violencia, por saludables que pareciesen sus resultados, fácil les habría sido realizar los sangrientos designios que se les han imputado. El poder estaba en sus manos, el ejército a sus órdenes, y el personal de la administración de justicia había salido casi todo él de sus filas; ¿qué podía entonces detenerlos sino su propia obra, es decir, la moralidad pública, la conciencia del derecho, el respeto por las formas tutelares de la justicia que ellos mismos se habían esforzado en producir y desarrollar, durante los 16 años que llevaban de gobierno. No faltaron entonces, como no faltan nunca, aun en las sociedades de un sentido legal más firme y mejor esclarecido, hombres violentos, acaso facciosos solapados, que creyeron o afectaron creer en la ineficacia de las leyes y del gobierno para salvar el país del desorden; los cuales deliberaron dirigir a Páez una felicitación cuya idea fundamental fuera el de invitarlo a suplir con su personal prestigio aquella deficiencia. El General

tuvo oportuno conocimiento del proyecto, lo improbó enérgicamente, y escribió a sus amigos de Caracas, entre otras cosas, lo siguiente:

> "Cura, 28 de diciembre de 1846... no sé cómo pueda haber amigos míos "que piensen en suscribir una manifestación en mi honor con mengua del "gobierno y de las leyes. Si se me dirigiere alguna en tal sentido daré a sus "autores una respuesta, permítame Ud. decirlo, digna de la República y de "la posición que ocupo en ella. Le repetiré que yo no tengo más plan que "el de servir al gobierno, salvar el orden y las instituciones por el camino "que éstas han trazado y de conformidad con mis antecedentes. Al Coronel "Austria le escribo que se vuelva inmediatamente, pues no quiero que su "presencia en ésa autorice a nadie para pensar que lo he enviado a otra "cosa que a asuntos de servicio público. Mi programa de la unión de los "buenos ciudadanos es enteramente bajo la autoridad del gobierno y dentro "de la Constitución."

He aquí una vez más al pretendido autócrata, al hombre que anhelando por la proscripción de un adversario político rehusa pescarla mansamente en el río revuelto que algunos desatentados le ofrecen.

Páez y su partido fiaron únicamente al poder de las leyes y a la independencia de los tribunales encargados de aplicarlas, la tarea de salvar el orden y reprimir y castigar a los perturbadores. En estas condiciones únicamente y con este fin se inició y llevó a cabo el juicio contra Guzmán. Ese juicio fue completamente regular en todos sus trámites, y la defensa ejerció ampliamente y con entera libertad todos sus sagrados derechos. Principiado en octubre de 46, terminó en abril subsiguiente; es decir, que duró cerca de siete meses. La Constitución y las leyes imponían al gobierno el deber de velar por la pronta administración de justicia, y las necesidades del orden público reforzaban considerablemente este deber en aquellas circunstancias. La acción eficaz y oportuna de la justicia habría detenido la efusión de sangre y contenido las facciones; siendo éste uno de esos casos en los cuales la severidad es verdaderamente misericordiosa, puesto que alecciona y detiene. Ello no obstante, el gobierno se limitó a pedir que se le diesen informes periódicos sobre la marcha del proceso; y una vez que solicitó se le admitiese a participar de la calificación de la pertinencia de las pruebas para el solo efecto de darlas por evacuadas en favor del acusado, hubo de conformarse con la negativa, a nuestro juicio fundada, del juez de primera instancia. En la copiosa correspondencia escrita que sostuvieron en aquella época el Presidente Soublette y el General Páez, a la sazón general en jefe del ejército —correspondencia que es un modelo de circunspección, de patriotismo y de interés por la paz

de los pueblos—, no hemos encontrado sino tres incidentales referencias al juicio de Guzmán, y la siguiente observación del Presidente que resume el criterio de aquellos hombres en cuanto a la expresada causa:

> "Caracas, diciembre 12 de 1846... La causa de Guzmán será muy larga; "muy larga será también la de Echeandía, Aguado y compañeros; pero si "esta dilación no impidiese que los fines de la justicia se cumplan fiel y "dignamente, nada se perderá. Al contrario, Venezuela dará una prueba es- "pléndida de que ni en los mayores conflictos priva a los delincuentes de los "más amplios medios de defensa, y que la justicia satisface a la sociedad "y no persigue a los individuos."

Por lo demás, tres sentencias sucesivas declararon a Guzmán culpable en primer grado del delito de sedición y rebelión, y lo condenaron a muerte. Esta pena, excesiva y cruel conforme al criterio más humano de nuestra época, existía entonces aun en los estados más liberales y civilizados, y había sido aplicada en muchos casos por varios gobiernos de Hispanoamérica. Cinco años antes los tribunales y gobiernos de la vecina Nueva Granada habían castigado con el último suplicio la delincuencia política de rebeldes por otra parte tan ilustres como un Córdova, un Vezga, un Vanegas y otros que fueron como éstos antiguos soldados de la Independencia. De todos los partidos que entonces gobernaban en Sudamérica, el llamado oligarca de Venezuela, que sin embargo, se pinta tan feroz, fue el que pudo salvar el principio de orden y de legalidad con menos sangre derramada en los patíbulos, no obstante que tuvo que combatir dos rebeliones relativamente poderosas.

Una vez sentenciado a muerte Guzmán, fueron los oligarcas miembros de la Alta Corte los que iniciaron la conmutación de la sentencia, y oligarcas también dos de los tres ministros del Despacho que aconsejaron al Presidente Monagas la inmediata adopción de la indulgente medida. ¿Dónde están, pues, el hambre y sed de la sangre de Guzmán que se imputa a ese partido? Hallábase el General Páez al frente del ejército y combatiendo aún las facciones en armas, cuando esa política de lenidad apoyada por los oligarcas encontró eco favorable en los consejos del gobierno. ¿Renunció por esto su posición al frente del ejército y dio la espalda al peligro? ¿Se permitió acaso la más ligera indicación en contrario? Entre otros documentos que prueban hasta qué punto aquella política, aun bajo el falso supuesto de serle antipática, era no obstante impotente para hacerlo desviar de la línea de su deber, citaremos los siguientes párrafos de la carta en que, desde San Carlos y con fecha 23 de junio, contestaba a su amigo el General Carreño la

que éste le dirigiera para participarle que se había retirado del ministerio de Guerra por no estar de acuerdo con sus colegas en la medida de la conmutación. Aquel austero soldado creía aplicable a las complicadas cuestiones de la política el criterio de la disciplina militar; y decía a Páez —que habiendo él votado la muerte de Piar por un conato de conspiración, mal podía avenirse a la remisión de la pena impuesta a quien juzgaba principal responsable de los males de la patria—. Páez respeta la determinación de su compañero porque la juzga dictada conforme a su conciencia, lo felicita por los términos honrosos con que ha sido aceptada su renuncia y por su vuelta al hogar doméstico, y pasando a ocuparse de las operaciones militares a su cargo, agrega:

> "Veremos qué efecto produce en los obstinados el indulto que acaba de conce-
> "der el gobierno supremo: haré todo lo posible para que oigan la voz que
> "en él les dirige y si llevaren su temeridad hasta despreciarlo, tendrán que
> "pagarla porque hay fuerzas suficientes para hacerles entrar en la carrera
> "del deber."

Este documento es terminante. El defensor armado del gobierno acepta la política de lenidad, ofrece servirla, y agrega que si ella no surte sus naturales efectos cumplirá su deber como buen militar. Es el Páez de siempre, el de 35 y 36, aquel de la guerra a muerte durante la cual desarmó con su magnanimidad aún a los más iracundos cronistas españoles de aquella época. Estaba reservado a Guzmán negarle también esta cualidad, bien que él no tiene por qué saber que la generosidad es inseparable del verdadero valor, de aquel que nace de la suprema elevación del alma. Páez no acertó a odiar ni aun a sus más encarnizados enemigos. Páez no mató ni hizo matar a nadie por miedo; y el cadalso en que se hubiera inmolado a alguno de sus tenientes no habría sido jamás la almohada de su sueño. Hombres de esa talla vencen y perdonan; no odian ni asesinan.

¿Ni qué otro interés sino el del orden público y el de la fiel ejecución de las leyes pudieran haber determinado la conducta de Páez y sus amigos en aquellas circunstancias? Fuera de aquel interés, ¿cuáles habrían sido las ventajas puramente políticas o de partido que ellos habrían reportado del fusilamiento de Guzmán? ¿Qué situación angustiosa habrían desahogado por semejante medio? ¿Cuáles eran en aquel hombre la voz elocuente y temible y la pluma poderosa, que sólo la muerte habría podido paralizar? Treinta y nueve años más vivió el sentenciado de 1847, y de ellos diez los pasó al lado de los Monagas,

siete bajo la federación, quince al servicio de su hijo, siempre ocupando los puestos públicos más eminentes. Ahora bien, ¿en dónde está la huella luminosa de su paso? Si hombre de Estado, ¿cuál fue su sistema? Si reformador, ¿dónde está su obra? Si político, muéstresenos su escuela y su doctrina. Si orador, ¿dónde están sus discursos? Si publicista, fuera de sus artículos de *El Venezolano,* hoy ilegibles por su vaciedad y mal gusto —fuera de un trabajo apreciable sobre el origen de los cónsules y sus funciones, fuera de su mediocre defensa en nuestra cuestión de límites con la Nueva Granada—, ¿cuáles son las demás producciones de su pluma que merecen hoy mencionarse? No: los hombres que en 1830 sacaron a Venezuela del caos, le dieron instituciones libres y la gobernaron con acierto y con honor hasta 1846; los hombres que sofocaron una rebelión encabezada por prestigiosos tenientes del gran Bolívar, en cuyas filas formaban aun muchos de los antiguos veteranos de Colombia, no necesitaban fusilar a Guzmán para mantenerse en el poder o salvar el prestigio de su causa. El juicio de ese hombre estaba enteramente dentro de la lógica de una época durante la cual el nivel de la ley se mantuvo siempre por encima de todas las cabezas, aun las más altas. El régimen de legalidad que envió al destierro a un Mariño, bien podía enviar a un Guzmán al cadalso. El capital de autoridad moral que se había acumulado hasta entonces daba suficientemente para cubrir el presupuesto de la seguridad pública; y el gobernante que creía necesaria la intervención del Congreso para reformar el régimen de la prensa, era el mismo que hacía venir a Caracas a rendir cuenta de su conducta al General José Gregorio Monagas, hermano del segundo jefe del ejército en campaña. Por lo demás, el juicio de Guzmán y aun su desenlace en el patíbulo no serían hoy un cargo contra los hombres de esa época, sino a condición de probar previamente que en él se habían omitido o adulterado siquiera las formas tutelares de la justicia.

La leyenda que acabamos de confrontar con la historia tiene en la carta que la reproduce un epílogo que también vale la pena de analizar brevemente.

Conmutada la sentencia de muerte por la magnanimidad del mandatario de 1847, Guzmán hijo corre a alistarse en las filas de los defensores del gobierno. La gratitud, nos dice el autor de la carta, y sus convicciones liberales le señalaban aquel puesto. Conocemos un poco la gratitud de los Guzmanes. Cuando en marzo de 1858, un movi-

miento popular dio en tierra con el segundo gobierno del General Monagas, las prensas de Caracas publicaron una hoja suelta, suscrita por el señor A. L. Guzmán, la cual rompía con estas palabras: "Atado al carro del poder por la coyunda de la gratitud, etc.". Miserable figura de retórica que retrata fielmente a su autor. Apenas volcado el carro la coyunda se rompe, y el hombre que la soportara, si bien con el alivio de los grandes sueldos y los grandes honores, corre a buscar puesto entre los adversarios del caído. Su deuda está extinguida. El pacto era sólo con la fortuna. El hijo también nos ha dado muestra de la memoria de su corazón. No hace mucho tiempo que, sin motivo y aun sin venir al caso, evocó para ultrajarla en público la memoria del venerable cumanés Martínez, patriota de los buenos tiempos y magistrado modelo. Había sido, sin embargo, uno de los jueces que iniciaron la conmutación de la pena impuesta al sentenciado de 47.

Aunque director de la Academia Venezolana correspondiente de la Española de la lengua, Guzmán no conoce absolutamente el sentido de las palabras, por lo cual considera acto de magnanimidad el de la memorada conmutación de pena. Ahora bien, si el inculpado de 46 era inocente, la remisión del castigo es apenas la atenuación de una grande injusticia. Y si lo contrario, la gracia acordada es simplemente un acto de misericordia. La magnanimidad nada tuvo que hacer en semejante caso.

No desatina ni se contradice menos al agregar que sus convicciones liberales le llevaron a alistarse entre los defensores del gobierno del General Monagas. Con efecto, los títulos de este mandatario procedían directamente de las elecciones verificadas en 1846; y por consiguiente, o esas elecciones fueron libres y honradas y hubo en realidad mandato legal que defender en 1848, y entonces los Guzmanes que han sostenido y sostienen lo contrario quedan por unos embusteros, o esas elecciones fueron realmente la obra de la coacción y de la fuerza, en cuyo caso no hubo en la mencionada época un gobierno que defender sino un poder usurpador que compartir y usufructuar. La moralidad de esas convicciones liberales que se adhieren a un régimen de usurpación, es sencillamente la del encubridor que protesta contra el robo, a reserva de sentarse en el mejor puesto y ante el mejor plato de la mesa del ladrón.

Como se ve, el epílogo es digno de la leyenda.

VI

Sobre el mando discrecional que el General Páez ejerciera durante el breve, pero azaroso período de 61 a 63, tienen derecho de hablar todos los venezolanos, menos quien como Guzmán ha justificado luego con su conducta aquel supremo esfuerzo de resistencia al advenimiento de un orden de cosas que podría traer el predominio de semejante hombre. Diremos, sin embargo, cuatro palabras al respecto.

Cuando los Generales Páez y Soublette regresaron en 1858 de su destierro, encontraron destruidos o muy desquiciados los antiguos elementos de orden, paz y estabilidad que Venezuela acopiara durante muchos años de verdadera república y régimen civil; de modo que cuando a ley de patriotas intentaron conjurar los males de una nueva guerra intestina, sus métodos y aun su autoridad resultaron ser por desgracia ineficaces.

Soublette, para quien gobernar fue siempre moderar, fiel a su temperamento y a sus convicciones, tentó salvar la paz por medio de la conciliación, hizo una campaña más de autoridad moral que militar; y no bien apoyado por quienes debieran, fracasó en la empresa. Páez, a su turno, más batallador y más en vista durante las épocas de conmoción popular, creyó con su acostumbrada sinceridad que su antiguo prestigio de magistrado y su renombre de guerrero, lo hacían en aquellas circunstancias más apto para dirigir una política que para secundarla, y aceptó que se pusiesen en sus solas manos todas las facultades del poder público y los recursos aun disponibles. Acometió en efecto la obra; y una vez en ella, intentó con preferencia un avenimiento; frustrado el cual le fue forzoso usar los medios de gobierno, únicos que permitían las circunstancias; mas éstas eran tan desgraciadas que el recurso de concentración de fuerzas que se creyó recurso de salud único, principió influyendo en sentido contrario, o sea, dividiendo a los que se agrupaban bajo una misma bandera. A poco se persuadió Páez de que se había engañado. La nave que él montaba entonces no era ya la fuerte y velera de otras épocas, y combatida de frente y de costado habría naufragado desastrosamente si sus pilotos no hubieran tenido el acierto de vararla en tiempo. Venezuela entera, y muy particularmente los que entonces entraron a gobernarla, deben a Páez y a su Secretario general el señalado servicio de haberles encauzado el torrente revolucionario cuando desembocaba sobre los centros sociales más importantes del país, y de haber fortalecido la autoridad de su jefe el

General Falcón tanto como era menester para que él nos diera, como en efecto nos dio, alguna seguridad y sosiego. El General Páez se engañó; pero desistiendo de la lucha probó que había aceptado la dictadura, no como un fin sino simplemente como un medio para llegar al desiderátum común. La historia podrá acusarlo de error, no de malicia; y en todo caso no admitirá como acusador al hombre que, curtido en la arbitrariedad, y enloquecido por el abuso del poder personal, ha perdido todo derecho a ejercer semejante magisterio. ¿A dónde iría a parar la poca moral que nos queda, si hubiéramos de oír a Guzmán en semejantes juicios?

VII

Y ahora que la figura del héroe desaparece de la escena, "presentando su guerrero casco a su noble contrario y recibiendo en él el viático del destierro", como en un bello movimiento oratorio acaba de decirlo su adversario político Saluzzo, hagamos breve cotejo de los principales rasgos de su carrera pública con el carácter de autócrata que tan calumniosamente se le ha atribuido. La autocracia es el gobierno de un pueblo por un hombre, sin más reglas que las que a éste le plazca establecer y que puede cambiar libremente. Quien dice pueblo con autócrata dice rebaño con lobo o con pastor, según sea el carácter personal del amo. La autocracia no ha sido jamás una institución, sino mero accidente en el mundo cristiano; pues la posesión no ya de una raza por otra raza, sino de un pueblo por un hombre, es incompatible con el reinado del Evangelio. En este sentido el mismo zar de Rusia no es en realidad un autócrata. La autocracia no es propia, sino de ciertos países del Asia y del Africa; pues en la América indígena sobre el Cacique estaba el Sacerdote, contenido a su turno por la moral, aunque incompleta, de su respectiva creencia. En la América cristiana e independiente no han faltado ensayos de autocracia, pero unos se han hundido en la sangre y otros han terminado con la locura de sus autores. Rosas en la Argentina y López en el Paraguay, son ejemplo de lo primero. Melgarejo en Bolivia y Barrios en Guatemala, comprueban lo último. En cuanto a Guzmán, él hace tiempo que ha entrado en el período patológico del cual fue un primer síntoma su carta al General Adames y es ahora otro síntoma el escrito que estamos analizando.

Apenas es necesario advertir hasta qué punto es absurdo, y hasta risible, presentar a Páez como un autócrata, mucho más bajo la firma

de aquel enfermo. Páez fue hombre de mucha, pero legítima y muy noble ambición. Tuvo la de contribuir a emancipar a Venezuela y al resto de la América hispana, y la satisfizo ejecutando hazañas: tuvo la de presidir a la constitución civil y republicana de su patria, y la vio realizada presentando a Venezuela en la familia de las naciones como la mejor organizada entre las de esta parte del continente. Aspiró a regirla como su primer magistrado, y lo alcanzó dos veces. Trató por último de devolverle la paz durante la época de sus mayores conflictos, y fracasó; tal vez porque era signo de su fuerza debilitarse fuera de su habitual dirección. Pero esta ambición de Páez, cuando fue satisfecha no costó nada a la conciencia humana, ni a la honra de la patria, ni a sus libertades públicas ni a los derechos, tranquilidad y dicha de sus conciudadanos.

El no ambicionó el poder para enriquecerse con su impuro ejercicio. Los bienes de fortuna que llegó a poseer los adquirió honradamente. Provenientes de las modestas recompensas que la patria le acordara por sus servicios militares, él los acreció con su trabajo, en tanto que tiernas debilidades del corazón que todos conocemos los aumentaron grandemente con sus dones. Entre ellos no figuró nunca el producto de los empréstitos y contribuciones públicas indebidamente distraídos de su destino, ni los ejidos de las ciudades, ni las fincas de los institutos de instrucción, ni las tierras de la viuda obligada a venderlas por la amenaza de no tener agua con que regarlas; y aun así esa fortuna desapareció en breve por causa del servicio público. El General vivió y murió pobre en el destierro; su viuda solicitó en vano una limosna del Congreso de su patria; sus hijos están también pobres y abandonados. La misma sepultura dada a sus cenizas se le descuenta en ultrajes a su memoria; bien así como los caraqueños pagan al señor el derecho de ir a descansar de él y de la vida en el nuevo cementerio llamado Tierra de Jugo.

Cuando, durante la corta campaña que un Congreso envilecido permitió hacer a los que se alzaron en defensa de un Congreso asesinado, los Generales Páez y Soublette mandaron las armas, el señor Rafael Acevedo escribió en su periódico que aquellos generales, antes que rebeldes eran deudores en descubierto, o sea, lo que en lenguaje comercial se llama quebrados. Justicia tan cumplida como la que este ultraje encierra no se hizo jamás a esos hombres ilustres, a la causa que representaron, a la Venezuela que los distinguió con su confianza. Ciertamente en aquellos tiempos los mandatarios salían del poder arrui-

nados o poco menos; pero dejaban entero el honor nacional, el territorio patrio, las libertades públicas, los sobrantes de una administración fiscal severa. Ahora sucede lo contrario: ahora hay Presidentes que salen del poder enteros, algunos con la integridad de muchos millones; y los quebrados son la moral pública, los derechos individuales, el suelo mismo de la patria fraccionado por el extranjero. Pero, continuemos...

Tampoco ambicionó Páez el poder para cercenar las libertades patrias ni oprimir y vejar a sus conciudadanos. Gobernó con la constitución que los pueblos se dieran libremente mientras él velaba por la paz y el orden; respetó la justicia y acató en lo propio sus fallos independientes; respetó asimismo la libertad de imprenta, e ídolo de aquellos entre sus compañeros que no comprendían el derecho de censura, los obligó a acatarlo reverentemente: administró con pureza los caudales públicos, y nunca se creyó dueño de ellos. Una vez que necesitó que se le adelantara el pago de tres mensualidades de su sueldo como Presidente, recibió la repulsa del ministro del ramo; y esto fue un motivo más para estimar el carácter de su colaborador. Ningún venezolano se vio privado de su libertad personal, de los productos de su trabajo, o de cualquiera de sus derechos, por mandato ilegal de su autoridad. No llenó ni vació cárceles a su arbitrio, no despotizó la Iglesia, ni persiguió a sus ministros. Nadie recibió de él un insulto personal; y el acceso a su casa y a su persona no sólo era fácil sino agradable. Este Aquiles cristiano no gustaba ni de que se hablara mal de sus enemigos. Tenía, en una palabra, toda la magnanimidad propia de su valor. Cometió, sin duda, errores, y algunos muy graves; pero los redimió todos con la grandeza de sus servicios, la sinceridad de sus convicciones, y esta gran virtud tan escasa en nuestros tiempos y acaso sólo propia de los heroicos: el desinterés. Toda la púrpura de Tiro no vale como pompa fúnebre los siete pesos ($7.00) encontrados en su poder el día en que ocurrió su muerte, y que eran su único caudal.

Este autócrata recibió de los Presidentes Vargas, Narvarte y Soublette muchas repulsas por solicitudes hechas, no en pro de su persona y de sus intereses, sino de antiguos servidores públicos o de poblaciones que le pedían su intervención a efecto de obtener algún favor. Una de esas negativas es característica. "Siento, dice el Presidente Soublette en carta de 10 de abril de 1846, no complacer a Ud. nombrando un juez en Parapara, pues hay otras poblaciones que reclaman igual cosa, y tenemos que hacer economías. Tampoco hay partida en el presupuesto".

VIII

Vamos a concluir, ¿qué objeto nos hemos propuesto al emprender y realizar este largo y penoso trabajo, que seguramente tendremos que hacer imprimir fuera del país por no haber aquí quien arrostre los peligros a ello consiguientes, que acaso nos acarree a nosotros mismos nuevas persecuciones, y tal vez no pueda circular y ser leído sino por un corto número de nuestros paisanos?

¿Pretendemos, por ventura, rectificar la opinión contemporánea? No seguramente; nuestro pueblo sabe muy bien a qué atenerse sobre estos asuntos. Aquí no hay engañados: aquí no habemos sino cómplices o resignados, es decir, otro género de cómplices. Los mismos a quienes Guzmán dicta su criterio histórico, han sido los primeros en reirse de él; no se han indignado porque no son para tanto. Así, aquella risa es todavía más lúgubre para los que esperamos aún contra la desesperación.

¿Tememos acaso que Páez y nuestro pasado abofeteados por Guzmán, desciendan en el concepto de los demás pueblos de América? Ni por pienso. Esos pueblos conocen bien a Guzmán; lo conocen demasiado para nuestra vergüenza. Nosotros mismos tuvimos la temeridad de llevarlo tal cual es ante los ojos de cada pueblo y cada gobierno del Nuevo Mundo cuando consentimos en que se le diera el título irrisorio de Ilustre Americano. *No,* la América sabe bien quién fue Páez y qué fue Venezuela desde 1830 hasta 1846; no necesitamos ponerla en guardia .¿Queremos impedir que el testimonio de Guzmán pase a la historia? Ensuciar las aguas del Catuche no basta para ensuciar las del Océano. Guzmán cree sorprender y engañar a la posteridad, porque ha hecho canales de la historia los canales de su prensa y de sus subvenciones; pero no advierte que la portada puesta a sus libros y que dice: "Publicado de orden del Ilustre Americano" es una patente sucia que lo someterá a indefinida cuarentena y rigurosa fumigación al llegar a las grandes riberas de la historia.

¿Buscaremos armar contra Guzmán y su poder, el odio inepto de nuevas y siempre estériles revueltas? Mucho menos. Nosotros no confundimos la causa con el efecto; la persona de Guzmán no nos inspira ningún sentimiento anticristiano; y en cuanto a su gobierno, bien sea que lo ejerza en el interior o como ahora desde ultramar, sabemos muy bien que la guerra o no podrá destruirlo o lo sustituirá con otro peor.

Bien al contrario, siempre que hacemos el esfuerzo de observación serena que exigen estos asuntos, Guzmán nos inspira cierto sentimiento de piedad, y aun diremos de remordimiento, análogo al que experimenta un padre que ve a su hijo corrompido o extraviado por los efectos de una educación viciosa, o debatiéndose en los sufrimientos de una enfermedad física heredada. Guzmán es en realidad nuestra propia obra, el resultado lógico de nuestras debilidades cívicas, de nuestro desfallecimiento como republicanos, de nuestros odios iracundos, y más que todo de nuestros apetitos vergonzosos y de un deslumbramiento moral que ha apagado nuestras conciencias. Guzmán es así nuestro hombre representativo. Representa nuestro hebetamiento, como Bolívar y Páez representaron nuestro instinto heroico; Vargas y Soublette nuestro reposo en la libertad; los Monagas, los Gual, los Tovar y los Falcón nuestro espíritu batallador e intransigente. Guzmán es, no nuestro sueño fisiológico, sino nuestro sopor enfermizo. Toda sociedad por libre y civilizada que ella sea, tiene en su seno muchos hombres como éste, así como las tierras más sanas y más ricas encierran gérmenes mortíferos; solo que aquéllos no surgen ni éstos brotan mientras el ambiente moral, es decir la opinión, o el ambiente físico, les es adverso. La leyenda poética que nos presenta a Hércules ahogando la hidra entre sus brazos es un símbolo del deber de los pueblos modernos. Cuando éstos se abandonan, cuando dejan caer sus brazos a lo largo de su cuerpo, la hidra los devora. Ya es tiempo de destruir el régimen de Guzmán sin necesidad de destruir, ni aun de odiar, al hombre mismo. No maldigamos más al miasma; ceguemos el pantano que lo produce. Levantémonos nosotros como ciudadanos; y se verá entonces que si él sobresale y nos domina es porque nosotros permanecemos voluntariamente de rodillas. Recobremos nuestra altivez de otros tiempos; hagamos pie firme sobre nuestro derecho, resueltos a no dar un paso atrás. Renunciemos sobre todo al viejo y vergonzoso sistema que consiste en cambiar al amo tentando a sus mayordomos infieles. Las conciencias serviles han sido en todos los tiempos aliados peligrosos, y como instrumentos se vuelven siempre contra la mano que los emplea. Salvémonos a cara descubierta. El día en que un gran número de ciudadanos de pensamiento propio y de antecedentes patrióticos digan a la vez "juramos no poner nuestras manos ni llevar nuestra conciencia a ese mostrador que se llama gobierno", ese día el poder de Guzmán podrá quedar destruido y salvada Venezuela. No somos aún

sino un pueblo hebetado, un pueblo sombríamente aburrido; no somos todavía un pueblo depravado. Lo seremos si nos abandonamos por más tiempo, porque nada deprava tanto a una sociedad como obedecer indefinidamente un régimen que se desprecia. El país desprecia a Guzmán; pero su desprecio es inerte. Necesita hacerlo activamente moral y moralizador. Aun es tiempo.

La memoria de nuestro pasado glorioso, la expectación a la luz de la verdad de sus figuras más nobles puede estimular aquella reacción. Recordar en la miseria los tiempos de felicidad, es, como lo ha dicho el poeta, el mayor de los dolores; pero los pueblos pueden sacar de ese recuerdo una gran fuerza para su restauración. Por eso escribimos. Escribimos también porque cuando se oye insultar las cosas buenas y a los hombres justos, el silencio que se guarda envenena o produce a la larga la abyección. La protesta en tales casos es una dilatación de la conciencia.

Venezuela, marzo de 1889.

NOTA

Fechábamos el anterior escrito cuando llegaron a nuestro poder nuevos y preciosos documentos referentes a la época civil y republicana de nuestra historia, los cuales confirman plenamente así la exactitud de nuestro relato como la justicia de las apreciaciones que él contiene. En la imposibilidad de insertar aquí íntegramente dichos documentos, tenemos que limitarnos, por hoy al menos, a reproducir los párrafos más pertinentes de la carta íntima que en febrero de 1844 y con motivo de los escandalosos sucesos del nueve del mismo mes escribió el Presidente de la República, General Carlos Soublette, a su amigo el General Páez. Los miembros de la actual generación, y muy particularmente la juventud que se levanta y que según parece desea conocer la historia de su patria en fuentes menos impuras que aquellas que le ofrecen los dominadores actuales, podrán cerciorarse una vez más con la lectura de sus párrafos, del carácter y naturaleza de los medios de gobierno que emplearon los hombres a quienes no obstante se acusa hoy de autócratas y oligarcas. Verán cómo en aquella época de legalidad estricta y de amplias libertades civiles y políticas, la única fuerza pública al servicio del gobierno consistía en un puñado de guardias nacionales, ocasionalmente llamados a las armas en virtud de necesidad extrema

y presididos por un soldado de la independencia, cuyo prestigio personal se apoyaba más eficazmente durante aquella época en su civismo republicano y en su constante ejemplo de sumisión a la ley, que en sus hazañas de guerrero, no obstante ser ellas las más famosas que registran los anales militares de América. Dice así la memorada carta:

"*Sr. General José Antonio Páez.* "Caracas, febrero 19 de 1844.

"Mi General y amigo:

"Por aquí no ha ocurrido nada nuevo, o más bien diré no ha cesado la "malhadada ocurrencia del 9. Pensando y representando sobre lo que conven- "dría hacer para calmar la desconfianza y volver al estado en que estábamos "el 8, que aunque decían que era malo, ahora conocen que era bonísimo' "me he sentido inclinado a restablecer esta comandancia de armas. Es verdad "que un gobierno que existe sin más apoyo que la fuerza moral es lo más "bello, lo más honroso que puede presentar un pueblo a la consideración "del mundo, y esto lo presentaba Venezuela y particularmente la ciudad de "Caracas que encierra más de 30,000 habitantes. ¡Maldición a los que han "interrumpido esta marcha de gloria y de moralidad! En el año 37 y después "del tremendo cuanto milagroso suceso de Payara, yo mantuve a Venezuela "sin ejército, es verdad también, pero tenía mi General en Jefe con su "cuartel general y su escolta y este General en Jefe sólo, representaba un "ejército organizado pronto a montar a caballo —todo el país lo sabía y los "buenos confiaban, y los malos, si los había, temían. Siguió el período de "Ud. que sin duda necesitaba mucho menos de apoyos visibles que yo y "continuó el país sin fuerzas y la capital sin guarnición y sin autoridad mili- "tar. He vuelto yo y desde el año pasado pulsé el país y conocí la necesidad de "un punto militar que reemplazará el cuartel general de los años 37 y 38 con el "carácter de comandancia de armas— pero Ud. tuvo razones tan graves, tan im- "portantes para no prestarse a este arreglo, que desistí inmediatamente y "hemos corrido ya todo el año de 43 despreciando, aunque aparentemente, "las bullas del Tuy, precursoras de las bullas del 9 de febrero, que serán "precursoras de quién sabe qué, y pues que la ley me autoriza para tener "aquí un comandante de armas y para guarnecer los puestos y depósitos mili- "tares, si por seguir en nuestro ensayo de mantener la paz interior sin nin- "guna ayuda del ramo militar, sucede un desastre ¿no tendrán mis conciu- "dadanos derecho de reconvenirme? ¿no maldecirán de mi confianza teme- "raria e imprudente y de una economía mal entendida? Para Ud. estos hechos "y estas reflexiones, y oiga lo que voy a proponerle; yo sé que a Ud. debe "costarle tanto trabajo como me cuesta a mí el menor desvío del plan, bien "conocido y firmemente ejecutado hasta ahora, de acostumbrar al pueblo "venezolano a cuidar por sí mismo del orden, de la paz y de la seguridad "del interior bajo la voz y la autoridad de sus magistrados civiles y hacerlo "olvidar la intervención militar en un negocio tan municipal, tan de policía "como éste; en fin, forzarlo a que aprenda a cuidar de los bienes inmensos "que ha adquirido con la independencia y con instituciones eminentemente "liberales —para que cuando le falten los apoyos que lo pusieron en pose- "sión de estos bienes, no quede expuesto a las empresas de la ambición; "pero acaso las circuntancias requieran hoy una excepción, y sin perder de "vista aquel propósito se haga conocer un poco que la autoridad suprema no "duerme, no está sin acción, sino que tiene recogidos todos sus resortes para "desarrollarlos vigorosos si aun existen facciosos temerarios en nuestro "suelo.

"Propongo, pues, restablecer la comandancia de armas de esta provincia, y "encargar de ella al General Zamora y traer al servicio un piquete, una "media compañía o una compañía de caballería muy escogida. Traer también "un piquete de infantería que dé custodia al parque y estimular a este señor "Gobernador a organizar la milicia activa compuesta de todos los propie- "tarios, comerciantes y artesanos que sean jefes de talleres y tengan los medios "de costear su armamento y equipo como lo requiere la Ley."

Hasta aquí la carta del Presidente Soublette, cuyo contenido no ha menester de comentarios; basta y sobra con el hondo suspiro de dolor que arranca de nuestro pecho al recordar lo que fuimos y compararlo con lo que somos actualmente.

A propósito de la irrisoria convención electoral del año pasado, Guzmán que fue, como se sabe, su maese Pedro, significó el deseo de que los títeres principiaran a funcionar el 9 de febrero, para conmemorar por este modo, según dijo, la primera intervención de las masas populares en la política de Venezuela. La idea y el lenguaje que la expresa son muy propios de su autor y concuerdan admirablemente con el carácter de la escuela política a que pertenecía su padre y de la cual es él mismo aventajado discípulo. Destruir o eludir de cualquier modo la responsabilidad legal que apareja el ejercicio de una libertad bien garantida, ha sido siempre el medio más expedito y seguro para destruir o anonadar esta misma libertad. No es, pues, extraño ni que el hombre que azuzó la pueblada del 9 de febrero de 1844 contra un jurado de imprenta, fuera más tarde mudo, pero activo cómplice de todos los atentados dirigidos contra la libertad de discusión, ni que el autor de estos mismos atentados trate de glorificar hoy la triste hazaña de aquel día nefasto. La demagogia fue, es y será siempre el despotismo en estado de crisálida. Desgraciados los pueblos que con su inercia y sus pasiones favorecen la transformación. Por lo demás, recordemos sencillamente que en un Estado libre y regularmente constituido como lo era Venezuela en 1844, ninguna fracción o partido puede asumir el nombre y la autoridad del pueblo, ni el pueblo mismo tiene derecho de intervenir en la cosa pública, sino por los trámites y medios establecidos al efecto por sus propias leyes. Violentar la acción de un tribunal llamado a esclarecer la responsabilidad de un escritor público, es ciertamente un hecho digno del aplauso y de la conmemoración de los que encarcelan o destierran sin fórmula alguna de juicio a esos mismos escritores, cuando sus opiniones les son adversas; pero él será siempre un borrón y una desgracia en los fastos de toda sociedad política libre y bien organizada. Inspírese en estas sanas nociones la juven-

tud que hoy parece querer reivindicar los derechos de la antigua libertad venezolana, y renuncie en consecuencia a todo acto o demostración, que de alguna manera pueda parangonarse con los de la conmemoración guzmancista. Recuerde que toda oposición violenta está condenada a ser facciosa en la lucha, despótica en el poder. No imite a los Guzmanes.

* "El General Páez y la Leyenda de los Guzmanes". (V-26 B.N.) C-122.

JOSE ANTONIO PAEZ

Pedro M. Arcaya

Por extremo interesante es para el psicólogo el estudio de esta personalidad, una de las más resaltantes de la historia venezolana.

Pocos han tenido como Páez el don de esclavizar las voluntades de otros hombres y de llevarlos dóciles a todas partes, a la guerra, al sacrificio, a la insurrección, a sostener un orden legal o a derrocarlo, extraña facultad de sugestión que constituye en Venezuela el *prestigio* de los Caudillos guerreros y explica la trama de nuestra historia.

Páez por su raza,[1] mezcla de elementos blancos e indígenas, estaba en las mismas condiciones étnicas de la inmensa mayoría del pueblo

1. En su autobiografía nombra el general Páez a un pariente suyo, Domingo Páez, "natural de Canarias". Esto hace ver que los ascendientes directos de nuestro héroe eran de aquellas Islas, pero es indudable también que tenía mucho de la raza autóctona de Venezuela. Además, hemos hallado los siguientes datos hasta ahora desconocidos: En 1776 intentó queja Juan Victoria Páez (padre del General) ante el Gobernador Agüero, contra el Alcalde de San Felipe, Don Miguel Casadevante, porque éste le prohibía, con el pretexto de no ser *blanco,* el uso de pistolas en las cabezas de la silla de montar. Páez alegaba estar en la posesión de la calidad de *blanco del estado llano,* o sea, de *sangre limpia* (expresión que en el lenguaje de la época comprendía también a los mestizos) pues según un justificativo judicial que en 1765 hizo evacuar en un pueblo del Llano su hermano Juan José Páez, los dos eran hijos legítimos de Juan José Páez y Luisa de Mendoza, el primero vecino de San Felipe e hijo natural de Don Gabriel del Campo y de una Páez, de Valencia, y la esposa hija legítima de Luis Rodríguez de Mendoza, isleño canario y de María Venancia de la Mota, caraqueña, hija natural de Isabel de la Mota, todos "blancos limpios, sin raza de moro, judío, confeso ni penitenciados por el Santo Oficio". El Gobernador Agüero, sin detenerse a decidir acerca de la calidad de *blanco* del postulante lo amparó contra la injusticia del Alcalde Casadevante disponiendo que "las Justicias de la ciudad de San Felipe y demás jueces de ellas no impidan a dicho Páez el uso de pistolas en la silla de montar y demás armas lícitas y permitidas sin ningún pretexto, causa ni motivo".— (Documentos del Archivo del Registro Principal de Caracas.—Limpieza de sangre. Expediente sobre los Páez).

venezolano. Instintos guerreros heredaba de uno y otro de sus factores. Del componente indígena le venía lo que a la generalidad de los soldados venezolanos: la nostalgia inconciente de la vida nómade, el instinto de vagar por los bosques en esas pequeñas partidas que llamamos guerrillas y que no son en el fondo sino la resurrección de las hordas precolombinas.

En Páez el deseo atávico de la guerra, la necesidad innata de la actividad tumultuosa de los campamentos, alcanzó, por ese incógnito concurso de circunstancias que hace desiguales los individuos aun dentro del círculo de comunes rasgos hereditarios, tal intensidad, era tanta la fuerza nerviosa de su organismo que en la algazara de los combates se desbordaba en convulsiones semejantes a los ataques de la epilepsia. Las condiciones de su temperamento le hicieron adoptar en sus mocedades las rudas faenas del pastor nómade de los llanos. Vino la guerra y en pocos años el humilde pastor se hizo señor de la pampa. Proceso singular en el cual vemos cómo el Jefe nato se hace caudillo efectivo de una extensa grey humana.

En los primeros choques expone audazmente la vida, en la mano la pesada lanza realiza prodigios de valor y de fuerza. En la lucha, sorda a veces, paladina otras, que se establece entre el *prestigio* de Páez y el de otros valerosos oficiales patriotas, triunfa el de aquél. Sus rivales se convierten en subalternos suyos. En ocasiones le es menester reafirmar su triunfo por actos que demuestran que está vigente la superioridad de su fuerza y de su coraje.[1]

Al cabo es el Jefe indiscutible, el caudillo obedecido y amado. Proclámanlo así en 1816. Ya puede llevar aquellos hombres a todas las heroicidades. No son meros soldados que comanda, en el sentido técnico de la palabra. Son su *gente*. Quiéralo él y en seguimiento suyo se lanzarán ciento cincuenta jinetes a combatir toda la caballería de Morillo. Mándelos y a nado se echarán a tomar las flecheras enemigas. Llévelos a la batalla de Carabobo y como una tromba caerán sobre las contrarias huestes.

La guerra removiendo en aquellos hombres el sedimento hereditario de los instintos combativos ha removido también todo el fondo étnico de su espíritu. Llevóse el torrente la tierra móvil, es decir, el respeto a las fórmulas legales, superpuesto durante la colonia, y al desnudo

1. Véase el bello estudio de don Arístides Rojas titulado "Aramendi" en sus Leyendas Históricas.

quedó la roca primitiva, la que como dice Taine, determina la inclinación general del suelo. Revivió la necesidad psíquica de someterse a un jefe, de obedecerlo ciegamente, como antaño, en la época precolombina, se obedecía a un régulo o cacique. Y este jefe, este caudillo reclamado por la voz de la raza, resonando sordamente en las regiones inconcientes del alma, no podía ser el que otros, obrando en nombre de la legalidad y de la jerarquía militar regular, quisieran imponer a aquellos hombres; no podía ser el *plumario* Santander sino Páez, que con sus hazañas había hablado a su imaginación, con sus palabras había ganado su afecto y por su fuerza física, en fin, representaba para aquella grey el *hombre del palo* de que nos habla Letourneau, el individuo más robusto de la horda humana primitiva. No podía gobernarlos sino Páez, que era quien en suma tenía el título del *prestigio.*

Palabra esta que indica un fenómeno psicológico peculiar del pueblo venezolano. Aquí, como ya dijimos, el *prestigio* es sugestión, es el dominio que un hombre ejerce sobre la voluntad de un grupo determinado de otros hombres, que le siguen a donde quiera llevarlos y que constituyen su *gente.* Es afecto y respeto. Manifiestamente poderosa es esta sugestión y para que un fenómeno tal pueda producirse, es menester que concurran, en las masas pobladoras, circunstancias especiales de raza y de educación.

Estas circunstancias existen en Venezuela, en cuyo pueblo gravita aun, con peso enorme, la herencia psíquica de las tribus bárbaras de las que descendemos. En la escala de nuestra evolución, a pocos tramos, es decir, a cortos siglos atrás, hallamos al indígena de nuestros bosques y al negro de las selvas africanas. Unos y otros vivían bajo el régimen de jefes absolutos y a sus caciques o reyes venerábanlos a veces como dioses.

En el fondo inconciente del alma popular, como estrato hereditario de ese multisecular proceso psíquico de la sumisión de los hombres a un semejante suyo, ha quedado la sugestionabilidad, el fácil sometimiento, voluntario en apariencia, determinado en realidad por las remotas causas explicadas, al querer de un jefe. Cuando hay varios caudillos que aspiran a imponerse en el alma de las multitudes se comprende que unos vayan con determinado jefe y otros con algún rival suyo, pero se advierte que en el fondo obra en todos la misma tendencia inconciente.

En la Europa moderna, donde las masas pobladoras poseen una herencia psíquica diferente de la nuestra, es imposible la producción

del fenómeno *prestigio,* tal como se ha dado en Venezuela. Muy distinto es el *meneur* de las turbas en aquellos países del caudillo venezolano, del jefe de los grupos humanos que llamamos círculos y partidos en la paz y ejércitos en la guerra. Scipio Sighele se ocupa en uno de sus libros de los *meneurs* europeos. Son generalmente hombres que exagerando las aspiraciones de las turbas logran encabezarlas. Mas su influjo, potente en un momento dado, puede desaparecer con la mayor rapidez y por lo común las multitudes europeas más que a la persona del *meneur* siguen las ideas que él propaga y encarna. Sin duda que en ese influjo hay, como dice Sighele, un caso de sugestión colectiva, pero en Venezuela esta sugestión es mucho más honda; no necesita el caudillo proclamar ideas; le basta obrar, encaríñanse las multitudes, no a sus ideas, porque muchas veces nuestros caudillos no las tienen, sino a su personalidad misma.[1] Es menester para esto que tengan las masas una especial constitución psíquica hereditaria y ya hemos visto sus factores remotos.

En los principios de la Edad Media, cuando los bárbaros del Norte efectuaron la conquista del Imperio romano, y después, cuando las invasiones de los Normandos, se observó en el viejo mundo un fenómeno semejante: la obediencia espontánea de cada grupo de guerreros a un jefe determinado. Allí el origen del régimen feudal.[2]

Un pensador venezolano, Rufino Blanco Fombona, hace decir al protagonista de su novela "El Hombre de Hierro", refiriéndose al jefe de un grupo alzado: *es un señor feudal.* Verdaderamente son visibles, para los espíritus observadores, las analogías del caudillaje con el feudalismo.

Pero no pudo desarrollarse aquí el verdadero feudalismo organizado por impedirlo las ideas reinantes en la época moderna, tan distintas de

1. Obsérvese cómo las palabras varían de sentido según las circunstancias de cada pueblo. A un extranjero a quien le hubiérais dicho, por ejemplo, que el General Colina, el bravo León coriano, tenía *prestigio* en Occidente, no le evocaría esta expresión la idea que a un venezolano conocedor de las condiciones de su país; es decir, la de un enorme grupo de hombres de todas las comarcas occidentales, pronto a convertirse en ejército a la voz de Colina como en 1870, 1874 y 1892, y dispuesto a obedecerle ciegamente.

2. Foustel de Coulanges sostiene que el origen del régimen feudal se debió a contratos razonados, en que no influía en nada el sentimiento, pasados entre un señor poderoso y el hombre humilde que buscaba su protección; pero la opinión contraria, es decir, de los que creen originado el feudalismo por sentimientos de abnegada fidelidad y de afecto de un grupo de hombres a un caudillo determinado, nos ha parecido siempre más exacta y así lo demuestran todas las fórmulas de las instituciones feudales.

las que imperaban en la Edad Media. De Francia y los Estados Unidos nos vinieron los dogmas de la República, la democracia, la igualdad, la libertad y demás conceptos análogos que no han logrado penetrar en las regiones inconcientes del alma popular, es decir, no han podido variar el fondo psíquico donde se elaboran las acciones humanas, pero que imperando, aunque superficialmente, en el espíritu de las gentes ilustradas y traducidos en las leyes escritas, han constituido un medio ambiente hostil al desarrollo de la planta que tendía a crecer espontáneamente en Venezuela: el feudalismo militar, semejante al de la Europa medieval y al del Japón de hasta estos últimos tiempos.

Poned una semilla en suelo abonado y variad luego las condiciones climatéricas propias para el desarrollo del árbol, aunque no lo bastante para impedir su crecimiento. Crecerá el árbol, pero no lozano ni fructífero.

También han influido causas naturales para impedir la transformación del caudillaje personal en feudalismo hereditario y regular, en especial el *mestizaje*. Dadas las divergentes influencias hereditarias que en cada individuo obran, es difícil que el hijo de un caudillo herede el carácter de su padre.[1]

Volviendo al caso concreto de nuestro estudio, Páez realizó con más fuerza que ningún otro caudillo venezolano, esa obra extraña de sugestión. Para comprender la intensidad de este fenómeno recordemos la escena de Carabobo que nos refiere Don Eduardo Blanco, cuando el Negro Primero "rompe con ambas manos el sangriento dormán y poniendo a descubierto el desnudo pecho, donde sangran copiosamente dos profundas heridas, exclama balbuciente: "mi general... vengo a decirle adiós... porque estoy muerto". Siempre que leemos este relato nos aparece iluminada con viva luz la historia de Venezuela, porque vemos de relieve la magna influencia de nuestros caudillos militares sobre sus parciales. El Negro Primero no combatía por la Patria ni por la Independencia, ideas complejas que no cabían en su cerebro de primitivo. Se inmolaba por servir al jefe y en las ansias de la muerte el último recuerdo suyo era para él. Su alma ruda movida por aquel vivo afecto llegaba a las cumbres del heroismo. En verdad ese sentimiento

1. **Cuando a pesar de la dificultad indicada en el texto se da el caso de que el hijo de un Caudillo herede sus condiciones de carácter, indefectiblemente hereda también el *prestigio;* ejemplo de esto las dos generaciones de los Monagas, de la Independencia y la Federación, en Oriente.**

de aquel primitivo debía de tener muy hondas raíces, debía de estar penetrado de toda la savia de su raza, elaborada en secular herencia psíquica, para que pudiera producir la florecencia magnífica de aquella acción de épica grandeza.[1]

Imaginaos al caudillo que siente en sí mismo la fuerza que hemos visto, que se sabe dueño de la voluntad de otros hombres; que comprende que por él pueden muchos semejantes suyos lanzarse a todos los sacrificios, que no ignora que esa fuerza le viene de la naturaleza misma y comprenderéis que el personalismo, el régimen monocrático, debía ser el término necesario de la evolución política del país.

Cuando terminó la guerra de la Independencia, esta conclusión debía aparecer evidente para quien tuviera espíritu observador. Cada uno de los caudillos militares tenía fuerza propia, más o menos grande, según la extensión de su prestigio, pero en modo alguno dependiente de las facultades del cargo que invistiese en la artificial organización política del país.

Los sucesos de 1826 patentizaron esta verdad y dejaron ver que Páez era señor de Venezuela por la gracia de su prestigio.

Cierto que había también entonces un gran núcleo de espíritus legalistas que guardaban las tradiciones de orden y regularidad de la época colonial y que inspirados, además, en las ideas filosóficas de su tiempo, tenían fe en la posibilidad de establecer en Venezuela un ordenado régimen republicano y democrático. Esa fe los hacía capaces de realizar grandes cosas por el logro de sus ideales. En nuestros días la crítica científica, explicándonos los orígenes del hombre y de las sociedades, su lenta evolución, la fijeza de los caracteres, así físicos como psicológicos de las razas, si trae al espíritu luz bastante para poder atinar con la clave de los procesos sociológicos, deja en el alma el desconsuelo de que se está, en cada caso, en presencia de un hecho determinado por remotas causas. Con el convencimiento de esta verdad no se puede tener alientos para luchar contra las fuerzas de la impasible naturaleza.

---

1. **Casos semejantes han ocurrido en nuestras guerras civiles. Por ejemplo, Nepomuceno Guerrero, que muere sonriente y satisfecho en El Palito porque prueba así a su jefe Zamora el vivo afecto que le profesaba. Es un error creer que a los caudillos síguenlos únicamente a la guerra los hombres perdidos y menesterosos. De Coro, por ejemplo, salieron con Zamora en 1859 y con Colina, en varias épocas, muchos agricultores de relativo bienestar y que ningún provecho para sí mismos buscaban en la guerra. Seguían abnegadamente a su jefe.**

Por sobre caudillos y civiles legalistas, estaba el Libertador Bolívar, a quien se debía la Independencia de Colombia. No hay que confundir a Bolívar con los caudillos militares de que venimos ocupándonos y cuyo tipo más perfecto era Páez. Son personalidades infinitamente distintas. Bolívar era el Genio. Su ascendiente, el dominio que ejerció en estos países, tenía otras explicaciones que la del prestigio ordinario en Venezuela de los jefes como Páez, bien que en el fondo hubiera también un fenómeno de magna sugestión colectiva. En otro estudio nos hemos ocupado del Libertador. Bástenos recordar aquí la conclusión, a que entonces llegamos, de que en Bolívar obraba, activa y formidable, la vieja alma española del siglo décimo sexto.

Esta observación puede explicarnos por qué el alma de las multitudes, en las diferentes comarcas de la Gran Colombia, especialmente en Venezuela, se fue apartando de Bolívar y se inclinó cada vez más a los caudillos militares de la respectiva región, como Páez en los Llanos, y Monagas en Oriente, a medida que en Bolívar se iba pronunciando su atavismo ibero. Quizás donde los historiadores han estado buscando secundarias causas de intrigas y ambiciones, el observador que estudie hondamente el asunto hallaría explicada la caída de Bolívar por recónditas divergencias psicológicas entre su alma y la de los pueblos que regía.

Es que el alma de los pueblos suramericanos no es la de la España de los conquistadores, por más que éstos impusieran aquí su idioma y muchas de sus costumbres; los factores étnicos, indígena y africano, han formado su alma especial a estos pueblos.

Bolívar, con la intuición de su genio, adivinó todo lo que la ciencia contemporánea puede explicarnos sobre el particular. Comprendió que estaba ya demás en Colombia, aunque a última hora las instancias de sus amigos le hicieron desistir de su resolución de irse del país. Vio que era irremediable la disolución de la Gran República que había creado y, pesimista, auguró que los restos sangrientos de la Patria se los disputarían, en largos períodos dolorosos, los caudillos militares, hijos de la tierra americana.

Cesó, pues, en definitiva, el influjo de Bolívar en la cosa pública de Venezuela desde fines de 1829. El alma de las multitudes estaba con Páez, a quien al cabo sometiéronse los demás jefes militares del país y vino a ser así el caudillo por excelencia, el hombre del *prestigio* máximo, en suma, el señor, el régulo necesario de la sociedad venezolana, cualquiera que fuese el nombre que en el vocabulario de las

leyes escritas se quisiera dar a aquel poder suyo, que no debía en realidad sino a la naturaleza misma que lo había hecho nacer *Caudillo*, en toda la extensión de la palabra, en un país destinado por las leyes inexorables de la herencia psíquica a someterse a un Jefe.

Los civiles legalistas de Venezuela, en su gran mayoría, habíanse también desviado de Bolívar porque discrepaban en doctrinas, siendo liberales las de aquellos y conservadoras las del Libertador.

Idearon entonces los hombres del grupo legalista rodear a Páez, para transformarlo de Caudillo en Magistrado, y ya que era forzoso que continuase gobernando el país le dieron el título de Presidente Constitucional de Venezuela. De allí el régimen legal iniciado en 1830.

En los tiempos medievales de la Europa, el cristianismo había ideado otra transformación respecto de los jefes de las bandas feudales: la del Caudillo en el Caballero. No pudo quitarle la espada, pero en la empuñadura puso la cruz, y del arma homicida formó el símbolo, como dice Paul Bourget, de la fuerza inspirada por la justicia y temperada por la misericordia.

Hasta qué punto logró el Cristianismo la transformación deseada, dícenlo los magníficos tipos de valor y de heroismo que produjo la Edad Media. Es que para desbastar las almas rudas nada puede tanto como el Catolicismo, con sus fórmulas augustas y sus ritos grandiosos.

En Venezuela la falta de sentimientos morales y religiosos, como medio ambiente de las almas, porque después que nos independizamos, nuestro medio ambiente espiritual lo han formado las ideas políticas casi exclusivamente, tal falta, decimos, influyendo por una parte en el aminoramiento de la moralidad nacional, ha contribuido también a la divergencia que cualquier observador notará fácilmente entre el tipo de la generalidad de los caudillos venezolanos, salvo innegables excepciones, y el tipo del caballero armado de la Edad Media europea.

La obra intentada por nuestros próceres de 1830: la transformación del Caudillo Páez en Magistrado Constitucional, sometido a las leyes escritas, era mucho más ardua, porque lo natural era que aquel hombre, que bien comprendería que su poder lo debía a su prestigio y no a las leyes, quisiera ejercerlo ilimitadamente. Y de nada valdría que Páez conviniera en que, por mera fórmula, se dictase una Constitución de que pensase prescindir en la práctica, como después Monagas con aquella célebre frase: *la constitución sirve para todo*. Lo que importaba era obtener la sincera sumisión de Páez al régimen legalista. Hasta donde era posible, se logró el magno propósito, para cuya reali-

zación fue menester la concurrencia de varios factores; gran fe, tenacidad inquebrantable en los próceres civiles, y un gran fondo de honradez ingénita en Páez y especialmente el singular respeto suyo por las opiniones de los que consideraba superiores a él en inteligencia y saber. En realidad, él no era un Dictador nato, a pesar de ser un Caudillo nato, condiciones distintas que pueden coexistir o no en una misma personalidad.

Páez aceptó el papel que se le asignó y así Venezuela inició su vida propiamente independiente bajo halagüeñas ilusiones.

Mas para quien observara bien las cosas no había sino un bello simulacro de República. El régimen legal no se sostenía por su propio peso, sino por la voluntad de Páez. Y era imposible que sucediese de otro modo. Ya arriba vimos cómo en Venezuela el lazo que mantiene la organización social no es esa cosa abstracta que se llama ley, sino el sentimiento vivo del afecto o el temor del hombre por el hombre.[1]

Los acontecimientos de 1835 demostraron todo esto.

En 1840 otro grupo legalista, que se distanció del de los hombres del poder, inició una ruda propaganda contra el orden existente formando el partido de oposición que terminó por llamarse Partido Liberal.

Los hombres sinceros, entre los iniciadores de este Partido, Larrazábal y Rendón por ejemplo, amamantados en la retórica metafísica de su época, creían posible el establecimiento en Venezuela de una verdadera democracia al estilo de Suiza y Norteamérica y les inspiraba horror el largo influjo que en la cosa pública venía ejerciendo Páez, pues juzgaban que derivaba de una tenebrosa maquinación entre éste y los civiles que lo rodeaban, a quienes apellidaron oligarcas. Imagináhanse

1. Obsérvese cómo, estando en cada época la moral en función de las condiciones vitales de cada Sociedad, en Venezuela el delito político más reprobable ante el seguro instinto del alma popular que lo rechaza indignada cada vez que ocurre, es el de la *traición* de un militar en armas a su jefe, y como acto horrendo se considera el de quien después de haber servido a un Caudillo, luego de muerto éste enloda su memoria. Ahóndese este punto y se comprenderá que es el instinto de conservación el que obra en estos casos. Uno sociedad que se sostiene no por el vínculo de las leyes, sino por el prestigio de sus caudillos se disolvería si se hiciera habitual la traición. En realidad, estudiando la materia sin prejuicios, hay que convenir que los Caudillos, con la fuerza de su prestigio, son quienes han impedido más de una vez, en esas convulsiones de la barbarie latente que constituyen nuestras guerras civiles, que se dé la pura regresión al salvajismo de nuestros pueblos. En tales épocas, en los Caudillos reside únicamente la potestad de mantener una organización, siquiera rudimentaria, en el cuerpo social expuesto a disolverse.

que desapareciendo Páez y los suyos, se asentaría un régimen impersonal de republicanismo verdadero.

Aquellos hombres no habían observado jamás su propio país. Humanistas, habían formado su gusto literario en los clásicos como filósofos. Para ellos las cosas debían pasar en Venezuela como en Roma o Francia.

No veían que en suma el influjo de Páez no estaba fundado en la voluntad del grupo civilista que le rodeaba, sino que procedía de ese fenómeno del prestigio, que ellos no podían comprender porque no lo habían visto mencionado en sus libros. No entendían que en realidad aquella situación representaba lo mejor a que podía aspirarse, dadas las condiciones sociales del país, porque se había obtenido que el Caudillo sometiese su gran fuerza propia a la regulación de la ley escrita, aunque conservando en acción su vigorosa personalidad. No sentían la necesidad de proceder con tiento, si era que pretendían el progreso de las costumbres políticas, porque creyendo ellos en la bondad original del hombre, imaginándose que el pueblo estaba apto para el ejercicio de todos los derechos; no sospechaban el salvaje dormido en el fondo del alma popular, pronto a despertarse con el ruido de las discusiones enconadas y tumultuosas.

Otros hombres del grupo oposicionista, como Antonio Leocadio Guzmán, no se hacían tales ilusiones porque en realidad en nada creían y para ellos sólo se trataba de una fórmula para llegar al poder, con la bandera de la oposición y por el favor popular.

Aquel fanatismo y estas ambiciones aunadas originaron la prédica irreconciliable, difamadora, implacable, de la prensa oposicionista de 1840 a 1846 contra Páez y el grupo de sus mentores y partidarios.

El resultado fue la formación de un gran círculo de hombres unidos por el común sentimiento del odio hacia el grupo *oligarca*.

Pero por las leyes naturales que hemos visto actuando en cada momento en la historia venezolana, el círculo antipaecista debía necesariamente someterse a su vez a un Caudillo, al jefe reclamado por la voz de la raza, al representante hereditario del régulo o cacique de los tiempos precolombinos. Imposible es concebir en Venezuela la existencia de partidos políticos que no concluyan por hacerse personalistas de un Caudillo.

Zamora tuvo la intuición de esta verdad y sintiéndose con las viriles dotes necesarias para asumir el peligroso cargo se lanzó a la guerra en 1846. Fortuna fue que entonces resultara para el círculo revolucionario un Caudillo de sus condiciones, humano en el fondo, verdadero

conductor de hombres, Jefe nato, capaz de subordinar al salvaje que despertaba la guerra civil y cuyo tipo era Rangel, "el indio chato, empulpado, desnudo de la cintura arriba", que con vivos colores nos pinta el doctor Villanueva. Esta resurrección del hombre primitivo se nota en cada guerra civil. Durante la federal se llamó Espinoza en los Llanos y Merced Petit y Marcos Piña, en Coro. El rudo ser carnicero que hace menos de cinco siglos poblaba nuestros bosques y llanuras, igual al de la Europa prehistórica, reaparece con todos sus instintos destructores y sanguinarios; arroja la escasa vestidura que sobre su cuerpo colocó la menguada civilización ambiente, pierde los pocos sentimientos de justicia y de moralidad que en su espíritu superpuso el trato con las gentes cultas y vuelve a ser el bruto feroz, habitador de la selva. Por eso es tan impía la obra de desencadenar la guerra civil en este país. Es despertar monstruos dormidos.

Aún después de iniciada la guerra civil de 1846, Larrazábal y los retóricos de su escuela seguían viendo las cosas al través del prisma de su fanatismo político. No percibían al "indio chato" que andaba por los montes cometiendo asesinatos, sino que columbraban la imaginaria silueta de un "ciudadano armado" que ejercitaba "el sagrado derecho de insurrección", y de haber dado lugar a que ocurriera tal insurrección acusaban al Gobierno.

Fracasó la intentona de Zamora, pero la evolución fatal se dio, a pesar de las frases de los retóricos, y cuando creyeron haber laborado por la destrucción de un personalismo resultó que contribuyeron a establecer un régimen puramente monocrático y hasta dinástico, el de los Monagas, que se hicieron jefes del círculo liberal y a quienes sostuvieron todos los que tanto habían declamado contra los oligarcas.

Páez quedó como Caudillo del círculo caído y a la cabeza de sus parciales hizo las revoluciones de 1848 y 1849. Pero fracasó: ya no era el hombre de Las Queseras.

Aún después de sus derrotas conservaba partidarios adictos. Iba disminuyendo el número de éstos porque la muerte segaba, en su proceso natural, a los que habían sido sus contemporáneos.

Al cabo, cuando cayeron los Monagas en 1858, no era Páez propiamente el Caudillo que había sido antes, sino una figura histórica, supervivencia de épocas idas.

Olvidóse de esto su mentor Rojas e hízole incurrir en 1861 en el grave error de la Dictadura. Lamentable fue que el anciano guerrero

sellara así su larga historia derribando la situación de orden y regularidad que presidía Gual.

Verdaderamente, la obra intentada por este patricio benemérito y por Manuel Felipe de Tovar, Fermín Toro y sus colaboradores, estaba destinada al desastre, porque ellos pretendían establecer aquí un puro régimen legalista cuando las leyes inexorables sociológicas condenaban el país a la monocracia. Más audaces que sus antecesores de 1830, prescindieron de apoyarse en el prestigio de ningún jefe militar. Su empresa, si irrealizable, es por todo extremo digna de la mayor admiración; porque en llevarla a cabo se empeñaron con sincera honradez, no con artificiosas declamaciones. Sin embargo, sobre los nombres de aquellos patricios han caído muchas injurias, cuando en realidad fueron los últimos republicanos de Venezuela. Tiempo es de que la generación presente les rinda justicia.

Rojas ha debido dejar que el derrumbamiento de aquellos patriotas lo consumaran los revolucionarios federales, pero no comprometer en tan injustificable aventura al viejo Prócer.

Establecida la Dictadura se concretó la lucha entre dos Caudillos: el del bando gubernamental, el anciano Páez, que no era ya Caudillo sino de nombre y el del bando revolucionario, el magnánimo Falcón, que estaba en todo el apogeo de su magnífica personalidad. No era en realidad lucha de doctrinas la que se sostenía en el fondo, por más que lo asegurasen los pomposos documentos escritos, hechos para ocultar siempre la verdad en Venezuela. Por el poder solamente se combatía.

Natural era que triunfase el Caudillo de más alientos: Falcón el Joven, sobre Páez el Viejo.

Cayó así definitivamente el anciano guerrero. Convertido en sombra viviente de otras épocas prolongó aún sus días la suerte, para que pudiese recopilar sus recuerdos. Triste, abatido y desengañado murió en extraño suelo aquél que tanto combatió por la independencia del suyo. El hijo de la llanura ardiente expiró en el frío clima del Norte, aterida el alma.

¡Cómo refleja la vida de este hombre nuestra existencia nacional! Heroismo guerrero, ardor sin medida para la lucha épica, vagas aspiraciones por el derecho, pero falta de voluntad fuerte para realizarlas, veleidades, facilidad de ceder a todas las sugestiones, fracasos, y al cabo tristes desengaños!

Es que el alma ruda del heroico llanero compendiaba la psiquis venezolana.

Caracas, 1º de enero de 1908.*

* *El Cojo Ilustrado.* 1º de enero de 1908, Nº 385, pp. 11.

EL FIERO PAEZ

P. D. Martin-Maillefer

En su viaje a Colombia, ha trazado M. Mollien un retrato de este jefe, algo excesivamente iluminado, pero bastante característico. Es un verdadero jeque árabe, un kan de cosacos, si se quiere, pero también, hombre nacido para grandes cosas, dotado de mucha sagacidad natural y de una generosidad poco común en guerras tan atroces como las que han desolado la América meridional. A mi llegada a Caracas, en las postrimerías de 1825, encontrábanse allí los franceses en situación tan desagradable como insegura. El ministerio llamado *déplorable* había inundado la América de agentes sospechosos y de espías; y las relaciones del gabinete de las Tullerías con el de Madrid, no eran las más adecuadas para inspirar mucha confianza a los patriotas. Un viajero francés, que llegara sin mercaderías y sin objeto declarado de especulación, no podía menos de inspirar desconfianza injuriosa. Gracias a la benevolencia del hombre más universalmente respetado que existe hoy en ambos mundos, tuve la fortuna de inspirar interés muy distinto. Yo había tenido el honor de encontrarme con el general La Fayette bajo el techo hospitalario del presidente de los Estados Unidos, en Washington; a su recomendación debí favorable acogida en la América del Sur. ¡Cosa extraña! ¡Un ministerio *francés* oprimía y desacreditaba a Francia hasta más allá del trópico, y se nos hacía necesario pedir pasaporte a un miembro de la oposición, a un simple particular, perseguido él también en su patria y llevado en triunfo de las fronteras del Canadá al golfo de México, en la patria de los Franklin y de los Jefferson!

Del general La Fayette a Páez, la transición es algo brusca, pero en una breve nota es preciso viajar ligero. Héme, pues, en Caracas,

visitando diariamente al bonachón general Escalona, intendente de la provincia, y al grave doctor Yanes, publicista de renombre, Jeremías Bentham del país; haciendo luego la corte a la amable sobrina del general Miranda, liberal como su tío, y a las grandes y realistas [1] señoras de la familia *presidencial*. El general Páez mandaba en esta época el departamento de Caracas, de donde había expulsado los últimos españoles. Con semejante liberal no se podía conversar de principios; se fumaba tabaco de Barinas y se hablaba de Napoleón. Es el tema perpetuo de las conversaciones americanas. Cierto día preguntó Su Excelencia cuáles eran los límites del imperio francés. "Bajo el imperio, respondió uno de mis compatriotas, no teníamos otros límites que la punta de nuestras bayonetas". Esta respuesta pareció agradar al general. Alabó el genio grandioso de la nación francesa, y terminó, como termina la gente en todas partes, en América, en Inglaterra, en España mismo: por exclamar en tono piadoso: ¡pobre Napoleón!

El general Páez representaba en esta época, apenas cuarenta años de edad. Es un hombre de mediana estatura, pero de muy buen porte; la gracia y la agilidad se unen en su persona a todas las manifestaciones de la fuerza. Su fisonomía es franca; su acceso, fácil. Reservado siempre con los extranjeros, tiene el talento de callar y oír. Nada más franco que su manera de recibir, y, por más que diga M. Mollien, nada menos fastuoso. Una concurrencia numerosa detúvose cierto día en sus terrenos de los contornos de Valencia. Reinó abundancia patriarcal en la comida, pero fue preciso contentarse con dos o tres vasos y otros tantos tenedores. En seguida se durmió en hamacas, según la costumbre del país. Todo el lujo de Páez consiste en algunos uniformes; pero se complace, sobre todo, en el número y la belleza de sus caballos y de sus gallos de riña. Doce a quince onzas (1.000 a 1.300 francos, aproximadamente), por un buen gallo de Jamaica le parecerán una nonada.

1. Bolívar nació hidalgo como Bonaparte, y desde los primeros trastornos, pasó por el dolor de ver a sus parientes declararse por la causa de la metrópoli. Sus tíos, los hermanos Palacios, emigraron con sus hermanas. Una de ellas fue por varios años pensionada de Fernando VII en la Habana. Uno de los Palacios, tutor del futuro presidente de Colombia, llegó a ser director del teatro italiano en Barcelona. De regreso a su país con el resto de su familia, se le consideraba allí como diletante de gusto exquisito y a la vez como liberal un poco tibio, que prefería siempre una partitura de Rossini a las más bellas constituciones del mundo. Ambos hermanos son, por lo demás, buenos y honrados hidalgos, a quienes no podría tildarse de excesiva parcialidad por su propia sangre, pues me costó bastante trabajo hacerles convenir en que su sobrino era un hombre de mérito.

En campaña, ningún general ha podido ir tan bien montado como él. Usó a veces cincuenta caballos en una sola jornada, saltando de uno a otro, sin poner pie en tierra. Por lo demás, tiene en más estima su reputación de *cavaliero* que la de jinete. Un inglés admiraba cierto día uno de sus caballos favoritos. "Está a la entera disposición de vuestra señoría", respondió galantemente el general. Pero, en esta ocasión, no se trataba de una vana fórmula de cortesía, pues media hora más tarde era conducido el soberbio animal, enjaezado, a la puerta del inglés. Reúne Páez a sus grandes cualidades nativas, algunos talentos agradables: canta bien y se acompaña con gusto en el violín. Su maestro de música, en Valencia, era un negro renombrado como compositor y ejecutante. Daba gusto ver a Su Excelencia deponer los cuidados y el tono del mando, para estudiar la *Caramba,* improvisación bastante feliz de ese negro Fougantini.

Ignoro con qué autoridad lo han llamado algunos viajeros "el mulato Páez". Es más blanco que muchos españoles y provenzales, y nada hay en su fisonomía que anuncie origen africano. En todo caso, antes sería mestizo que mulato; pero ¿qué importa esto en verdad? Cuando se tiene la nobleza del alma ¿qué significan la de los pergaminos ni la de la piel? El nombre de Páez quedará irrevocablemente unido a los más hermosos hechos de armas de la emancipación colombiana. De simple mayordomo de un hato de las llanuras, hecho capitán de una tropa de jinetes pastores; proclamado general por su tropa y reconocido como tal por el gobierno, Páez ha sobrepujado quizás los prodigios de Lasalle, tomando a nado las flotillas y las fortalezas enemigas. Puerto Cabello, último baluarte de los opresores de Costa Firme, defendido por artillería formidable, por el mar y por los pantanos, sucumbió en una noche ante Páez y algunos puñados de lanceros. En esta ocasión, los caballos de la llanura, luego de haber sido cien veces los "buques del desierto", sirvieron realmente de navíos para franquear un estrecho brazo de mar, y luego de escalas para asaltar las fortificaciones.

Seguir mucho tiempo a este guerrero nómade, me llevaría demasiado lejos. Prefiero esperarle en mi ventana, en la calle del Sol, en los momentos en que, rebelde legítimo porque ha tenido éxito, vuelve triunfador a Caracas.

"¡Ahí viene ya! ¡Viva Páez! ¡Viva Venezuela!" grita la muchedumbre tumultuosa que se aglomera siempre en torno del más fuerte. "¡Ahí está!" Y de entre una nube de polvo se adelanta un jinete sin

silla, medio húsar, medio pastor, cubierto con una gorra encarnada y cabalgando como un discípulo de Franconi. A medida que avanza, modera su marcha, sonríe a la muchedumbre, saluda a los hombres con la mano y a las hermosas caraqueñas con miradas y besos. En su camino se hallan tres casas pertenecientes a la familia del Libertador. Las damas están a la reja; él se yergue, después se inclina respetuoso; y al instante el pueblo, que lo ha comprendido, grita como para hacer temblar las montañas: "¡Viva Bolívar! ¡Viva Páez! ¡Viva Venezuela!" Páez atraviesa de este modo las dos terceras partes de la ciudad, y de pronto, frente a mi puerta, se precipita en casa del general Mariño. En pos de él desfila un cortejo tan numeroso como pintoresco. Vienen a la cabeza brillantes oficiales, ufanos sobre briosos corceles; siguen graves funcionarios y gordos canónigos montados en pacíficas mulas para presentarse al nuevo dictador; por último, una nube de salvajes llaneros, especie de centauros, nacidos del limo del Orinoco, para quienes una ciudad es cosa nueva y que miran con desprecio ese pueblo bípedo de artesanos y mercachifles.

Al día siguiente se cantó el *Te Deum* de rigor. A la cabeza de su estado mayor, se dirigió Páez a la catedral. Era otro hombre: las botas de montar, el uniforme soberbio, resplandeciente de condecoraciones, el penacho ondeante sobre su sombrero galoneado, le daban el aspecto de un mariscal de Francia. Marchaba gallardamente diez pasos adelante de su comitiva. Nunca he visto figura militar más hermosa. Después de la ceremonia fue a visitar a las familias principales, y todo volvió al orden de costumbre.

Si se me preguntase ahora por qué se cantó el *Te Deum,* respondería: Páez había recibido del gobierno la orden de organizar las milicias de la provincia; la cumplió de manera expedita, pero poco constitucional, haciendo aprehender en las calles a todos los rezagados. Hubo quejas dirigidas al Congreso. Suspendido de sus funciones e intimado a comparecer en Bogotá para justificarse, Páez se afeitó los bigotes y pisoteó su uniforme ante la guarnición de Valencia. Sus soldados le idolatraban y se opusieron a su partida. La municipalidad se reunió. Se le conjuró a continuar en el mando, para conservar la tranquilidad pública. El *se rindió* a los votos del pueblo, proclamando sus quejas y las de Venezuela contra Santander y apelando a la decisión de Bolívar. Este último se hallaba por entonces ocupado en constituir el Perú; a la nueva de estos disturbios, se apresuró a franquear los Andes, y en unos cuantos meses todo quedó en paz.

El pronunciamiento de Valencia se efectuó en el mes de abril de 1826; la municipalidad de Caracas no se adhirió sino quince días después. La deliberación fue pública y observé con placer que los oradores en pro y en contra se expresaban con bastante libertad. El general Páez desplegó mucha moderación y prudencia en el ejercicio de una autoridad que no tenía límites. Ni una gota de sangre se vertió por orden suya, y ninguno de sus enemigos tuvo por qué arrepentirse de confiar en su generosidad. Páez ha conservado el mando de Venezuela.*

* P. D. Martin - Maillefer. *Los Novios de Caracas.* Traducción y Preámbulo de Santiago Key Ayala. Caracas, talleres de "El Universal"; 1917, pp. 81-88.

1. Refiriéndose a los pueblos pastores dice Demolins: "...estas sociedades no producen otros jefes públicos que el Jefe o conductor de caravanas".—Op. cit. tomo ....

PAEZ: HOMBRE DE ESTADO

Laureano Vallenilla Lanz

Por fortuna para la Patria adolescente, el General Páez llegó a ser un verdadero Hombre de Estado. Concepto éste que considerarán extraño aquellos que se figuran aún que la ciencia de gobernar se aprende en los libros y no se dan cuenta de las enseñanzas positivas de la Historia. Se nace hombre de gobierno como se nace poeta. Cuando se lee con criterio desprevenido la vida de Páez; se recuerda su origen humilde, su falta absoluta de instrucción, el género de guerra que le tocó hacer y en la cual se destaca más como un jefe de nómadas, como un conductor de caravanas,[1] que como un Comandante militar en el rígido concepto del vocablo, su actuación en el gobierno regular del país en medio de aquel desorden orgánico, de aquella espantosa anarquía creada por la guerra y acentuada por el desbarajuste político y administrativo de la Gran Colombia, es digna de los mayores encomios, y parecería un hecho singular si la historia no presentara a cada paso ejemplos semejantes.

Cuando los hijos de Trancredo de Hauteville invadieron la Italia meridional, como verdaderos salteadores de caminos, y Roberto Guiscar, el más valiente y atrevido de todos ellos se conduce "como un legítimo

ladrón", según reza la Crónica de Amatus, citada por Demolins[1] "admira cómo al establecer definitivamente su dominio se transforman en hombres de gobierno, haciendo renacer el trabajo, desenvolviendo la cultura, amparando la propiedad, constituyendo la jerarquización social, y sustituyendo, en fin, el orden a la anarquía". "Aquellos rudos batalladores —dice Lenormant— que en sus comienzos no se ruborizaron de ejercer un oficio de verdaderos salteadores, que eran en realidad absolutamente iletrados, fueron después admirables promotores del progreso y de las luces. Favorecieron con amor en sus Estados y en su Corte las artes y las ciencias sin hacer distingos en su protección entre católicos, griegos y musulmanes, convirtiéndose ellos mismos en hombres cultos, excitando el talento, recompensando el mérito y la capacidad en cualquier religión en que se manifestasen".[2]

Acá, en nuestra América, el eminente publicista Alberdi, escribía en 1852 refiriéndose a su país, en las célebres Bases de la Constitución: "Los que antes eran repelidos con el dictado de caciques, hoy son aceptados en el seno de la sociedad de que se han hecho dignos, adquiriendo hábitos más cultos, sentimientos más civilizados. Esos jefes, antes rudos y selváticos, han cultivado su espíritu y carácter en la escuela del mando, donde muchas veces los hombres inferiores se ennoblecen e ilustran. Gobernar diez años es hacer un curso de política y de administración".[3]

"Nada es más justo —dice Proal— que el régimen en el cual los ciudadanos todos, por medio del trabajo, el mérito y el patriotismo pueden alcanzar las más altas posiciones. Pero es lo cierto que los mejores ministros y los mejores Presidentes no han sido siempre los letrados ni mucho menos los oradores. En los Estados Unidos se ha presentado el fenómeno de que antiguos obreros han llegado a ser hombres de Estado eminentísimos. Franklin fue impresor; Lincoln, carnicero; Horacio Mann, labrador; Johnson, sastre, y Grant, curtidor como Félix Faure, el Presidente de Francia... Los pueblos de raza latina, que tan apasionadamente aman la elocuencia, se figuran que sólo el don de la palabra confiere todas las suficiencias y en especial el talento de gobernar. De allí el número siempre creciente de oradores

1. Les Grandes Routes de Pouries, tomo II, página 221.
2. La Grande Grece, tomo II, página 415.
3. Organización de la Confederación Argentina, tomo I, página 126. Edición de Besanzon. 1865.

profesionales que llenan las asambleas, a pesar de que la historia de todos los pueblos civilizados está diciendo que han sido los industriales y comerciantes, los ingenieros, los agricultores, los antiguos administradores, antes que los oradores brillantes, quienes han producido los políticos más avisados, los gobernantes más aptos; porque regularmente los oradores no son más que artistas de quienes puede decirse: *verba et voces, proetereaque nihil.* Muchos oradores experimentan la necesidad de hablar como los cantores la necesidad de cantar y los músicos la de tocar su instrumento, sin cuidarse de las consecuencias de sus palabras, ni de la precisión de sus ideas, ni de la exactitud de sus afirmaciones. Virtuosos de la palabra, aman la tribuna, como un músico ama su violín, con el único propósito de arrancarle bellos acordes. El don de la palabra no puede tomarse como una señal inequívoca de mérito; él no implica lo más necesario en un hombre de gobierno: un juicio recto y la experiencia de los hombres y de las cosas; se puede muy bien hablar de todo, sostener con éxito las tesis más contradictorias, y carecer al mismo tiempo de las cualidades más elementales de un buen gobernante".[1]

El General José Antonio Páez, que apenas sabía leer en 1818, "y hasta que los ingleses llegaron a los llanos no conocía el uso del tenedor y del cuchillo, tan tosca y falta de cultura había sido su educación anterior" apenas comenzó a rozarse con los oficiales de la Legión Británica, imitó sus modales, costumbres y traje y en todo se conducía como ellos hasta donde se lo permitían los hábitos de su primera educación".[2] Y este rudo llanero, colocado a la cabeza del movimiento separatista de Venezuela, con los escasos elementos cultos que se habían salvado de la guerra y con los muy contados que volvían de la emigración, tuvo el talento, el patriotismo y la elevación de carácter suficiente, no para "someterse a la constitución" —como han dicho sus idólatras— porque sus amplias facultades no emanaban de preceptos constitucionales, sino para proteger con su autoridad personal el establecimiento de un gobierno regular, que fue para aquella época el más ordenado, el más civilizador y el de mayor crédito que tuvo la América

1. Proal. La Criminalité Politique. Preface, páginas XXII y XXIII.
2. Cita que hace el mismo General Páez en su Autobiografía Vol. I, página 142 y siguientes de un libro escrito por uno de los oficiales de la Legión Británica titulado Recollections of a service of three during the war-of-extermination in the Republica of Venezuela of Colombia.—London 1828.

recién emancipada. E, instintivamente, dando así más sólidos fundamentos a su preponderancia política, llegó a ser el más fuerte propietario territorial del país, como si hubiera adivinado aquel célebre aforismo de John Adams, uno de los fundadores de los Estados Unidos, comprobado hasta la saciedad por la historia de todos los pueblos: "Aquellos que poseen la tierra tienen en sus manos los destinos de las naciones".[1]

Hay que tomar en cuenta, además, que la influencia del Libertador tuvo que ser poderosa sobre la mentalidad de los Caudillos. Respetándole, admirándole, deslumbrados, mejor dicho, por su genio y por el grandioso ideal de la Independencia, acostumbráronse desde temprano a ver con cierta consideración a los hombres de superioridad intelectual. Este rasgo lo observó O'Leary en el General Páez: "En presencia de personas a quienes él suponía instruidas, era callado y hasta tímido, absteniéndose de tomar parte en la conversación o de hacer observaciones".[2]

No puede decirse por lo tanto de nuestros Caudillos lo que Ayarragaray observa de los argentinos: "más dispuestos naturalmente al motín que a las ocupaciones sedentarias y técnicas que reclama un gobierno regular... toda iniciativa o personalismo intelectual desaparece bajo el cacique político que ejerce el dominio indisputado".[3] La organización de la República de Venezuela en 1830, es la prueba más elocuente de que bajo la autoridad del General Páez, los hombres intelectuales de la época, cualesquiera que hubiesen sido sus pasadas opiniones, tuvieron la libertad de sus iniciativas encaminadas noble y decorosamente a darle un matiz de civilización a aquella dolorosa nacionalidad que surgía a la vida de entre las ruinas ensangrentadas de la cultura colonial. "Por instinto, antes que por reflexión —como acertadamente lo observa Gil Fortoul— tendía a desempeñar el papel de ciertos reyes constitucio-

1. Citado por Loria en Les Bases Economiques de la Constitution Sociale, página 370, donde el célebre sociólogo italiano estudia ampliamente las relaciones de la propiedad con la constitución política de los pueblos. "Un hecho verdaderamente característico —dice— es que estas verdades evidentes, ignoradas de los economistas modernos fueron perfectamente comprendidas por muchos escritores de los siglos pasados", y cita entre otros al inglés James Harrington quien en presencia de lo que ocurría en su patria para 1656 afirmó que "si la propiedad monetaria no tiene importancia relativamente a la constitución política, la propiedad rural según el modo como esté repartida, determina el equilibrio político y produce un gobierno de naturaleza análoga". Página 368.
2. Narración, tomo I, página 441.
3. La Anarquía Argentina y el Caudillismo.

nales prefiriendo ejercer solamente las funciones de aparato, mientras no surgía algún gran conflicto nacional, y descargando sobre sus Ministros la diaria tarea gubernativa".[1]

Si el desarrollo del progreso no fue mayor; si desde entonces no se echaron las bases de un gran desenvolvimiento económico que reparara en algunos años los espantosos estragos de la guerra, preparando el país para la inmigración europea, como lo pensó el Libertador, la culpa no fue del Caudillo que tuvo siempre la virtud de dejar hacer a los que él creía intelectualmente superiores, sino de la falta de verdadera cultura, de sentido práctico y de sentido histórico característicos de la época, y de la creencia que todavía, desgraciadamente, persiste en el ambiente intelectual de casi todos estos países, de que la resolución de todos los problemas sociales, políticos y económicos, consiste en la práctica de principios abstractos que la mayor parte de los semiletrados dirigentes conocía por doctrinas fragmentarias de los enciclopedistas y de los jacobinos franceses. Todos ellos, godos y liberales, imbuidos en un radicalismo tan exótico como intransigente, solicitaban el remedio de nuestros males profundos en la libertad del sufragio, en la libertad de la prensa y, sobre todo, en la alternabilidad del Jefe supremo, sin pensar que el poder ejercido entonces por el General Páez en la República, así como el de los caudillos regionales, era intransmisible porque era personalísimo; no emanaba de ninguna doctrina política ni de ningún precepto constitucional, porque sus raíces se hundían en los más profundos instintos políticos de nuestras mayorías populares y sobre todo de las masas llaneras cuya preponderancia se había forjado en el candente crisol de la Revolución.

Como el bárbaro germano en el antiguo mundo, el llanero venezolano al entrar en la historia introdujo un sentimiento que era desconocido

1. Historia Constitucional, tomo II, página 142.

Hacía contraste esta admirable conducta de nuestro rudo llanero, con la del ilustrado General Francisco de Paula Santander El Hombre de las Leyes, quien, para la misma época, ejercía la Presidencia de la Nueva Granada (hoy República de Colombia). Mientras que el primero interponía su poderosa influencia para contener los odios y atraer a sus antiguos adversarios, el General Santander arrastrado por sus pasiones políticas, perseguía y fusilaba sin piedad a sus enemigos. "No hubo perdón ni para las mujeres. A la antigua querida de Bolívar, doña Manuela Sáenz, sindicada de recibir en su casa a los conspiradores, la destierra para el Ecuador", vengando así antiguos rencores. Bien entendido que el gran talento de estadista del General Santander no produjo ningún beneficio de trascendencia al progreso moral y material de su país.

en la sociedad colonial, vivo reflejo de la sociedad romana, según lo observó don Andrés Bello. El llanero como el bárbaro, como el nómada en todos los tiempos y en todas las latitudes, se caracteriza por "la afición a la independencia individual, por el placer de solazarse con sus bríos y su libertad en medio de los vaivenes del mundo y de la existencia; por la alegría de la actividad sin el trabajo; por la afición a un destino azaroso, lleno de eventualidades, de desigualdad y de peligros; tales eran sus sentimientos dominantes y la necesidad moral que ponía en movimiento aquellas masas humanas. Mas a pesar de esta mezcla de brutalidad, de materialismo y de egoísmo estúpido, el amor a la independencia individual es un sentimiento noble, moral, cuyo poder procede de la humana inteligencia; es el placer de sentirse hombre; el sentimiento profundo de la personalidad, de la voluntad humana en la más libre expresión de su desarrollo". En la ausencia del colectivismo, del gregarismo creado por las leyes de origen romano y por el catolicismo, que no tuvieron jamás influencia en nuestras llanuras,[1] y cuyas instituciones ahogan al individuo en la asociación y tienden, sobre todo la Iglesia, a imponer el sacrificio, la renunciación personal en pro de la humanidad toda entera, el individualismo surgido de las ruinas de la sociedad colonial, impuso un nuevo elemento de gobierno, desconocido hasta entonces entre nosotros, como había sido desconocido en el mundo antiguo antes de la destrucción del imperio romano, y que no ha existido propiamente en nuestra América, en aquellos pueblos que no tienen llanuras ni caballos, y cuya evolución se ha realizado dentro de los más puros moldes coloniales, con la debilidad de los gobiernos, la preponderancia del clero y el predominio de las viejas oligarquías. Ese elemento fue el patrocinio militar, la supremacía del más fuerte, del más sagaz, del más vigoroso, del más valiente;[2] el vínculo establecido entre los

1. "...no practican ningún culto" —dice Amiano Marcelino, al trazar el retrato de los pastores.—Cita de Demolins.—Obra citada, tomo I, página 96.

   El General Páez dice de nuestros llaneros: "Distantes de las ciudades oían hablar de ellas como lugares de difícil acceso, pues estaban situadas más allá del horizonte que alcanzaban con su vista. Jamás llegaba a sus oídos el tañido de la campana que recuerda los deberes religiosos, y vivían y morían como hombres a quienes no cupo otro destino que luchar con los elementos y las fieras.—Autobiografía. Tomo I, pág. 7.

2. Para mantener el orden en pueblos de esta constitución social, ha escrito Demolins: "es necesario un jefe que posea una gran autoridad personal, habituado al mando y sabiendo hacerse obedecer. Es evidente que este papel no puede representarlo el primero que llegue: se necesita un hombre muy eminente, un verdadero patrón".—Obra citada, tomo I, pág. 74.

individuos, entre los guerreros, que sin destruir la libertad individual ni la igualdad característica de los pueblos pastores, ni aquel orgullo personal de que habló el Libertador: "llaneros determinados que nunca se creen iguales a los otros hombres que valen más o aparecen mejor", estableció sin embargo una subordinación jerárquica de donde surgió también, como en la Edad Media europea, nuestro feudalismo caudillesco. Desde entonces se creó como base fundamental de nuestra constitución orgánica y de nuestra moral política, "el compromiso de hombre a hombre, el vínculo social de individuo a individuo, la lealtad personal sin obligación colectiva fundada en los principios generales de la sociedad",[1] para llegar, por una evolución necesaria, al reconocimiento de un Jefe Supremo como representante y defensor de la unidad nacional. "General usted es la Patria", le dijeron a Páez los separatistas en 1830.*

* Laureano Vallenilla Lanz. *Cesarismo Democrático*, Caracas, Empresa El Cojo, 1919, páginas 188-222.

EL GENERAL PAEZ SEGUN LOS LEGIONARIOS BRITANICOS

Luis Romero Zuloaga

"El bizarro General Páez a la cabeza de los dos batallones de su división y del regimiento de caballería del valiente coronel Muñoz, marchó con tal rapidez sobre la derecha del enemigo que en media hora todo él fue envuelto y cortado. Nada hará jamás bastante honor al valor de estas tropas. El batallón Británico mandado por el benemérito coronel Farriar pudo aún distinguirse entre tantos valientes y tuvo una gran pérdida de oficiales."

"La conducta del General Páez en la última y en la más gloriosa victoria de Colombia, lo ha hecho acreedor al último rango en la milicia, y yo en nombre del Congreso, le he ofrecido en el campo de batalla el empleo de General en Jefe del Ejército.

SIMON BOLIVAR."

"No fuimos auxiliados por cuerpo alguno de otra nación..."

Restrepo.
Historia de Colombia

1. V. Guizot. Historia de la Civilización en Europa. Tesoro de Autores Ilustres. Tomo XCVIII, páginas 46 y 47.

En los primeros meses de 1818, cuando el flamante "Ejército Expedicionario de Costa Firme" paseaba triunfadora la enseña de Castilla por los territorios del Nuevo Reino y de la Capitanía General, llegaron a las playas venezolanas los primeros cuerpos de aquellos voluntarios británicos, a quienes el nombre de Simón Bolívar y su causa atraían a estas tierras con entusiasmo de fanáticos.[1]

1. El entusiasmo por la causa patriota era tan grande y general —dice uno de ellos— que, fuera de los innumerables individuos que diariamente atravesaban el Atlántico con el manifiesto propósito de unirse a sus ejércitos, muchos oficiales ingleses de reconocido talento ocupábanse en la formación de regimientos para el mismo servicio..!" Hackett, Narrative of the Expedition which sailed from England in 1817 to join the South American Patriots.—London, 1818.
"Es bien conocido para la generalidad del pueblo inglés —dice otro— cuán grande entusiasmo se manifestó hace poco tiempo en favor de los independientes de Suramérica: cuántos de nuestros oficiales retirados y jóvenes emulados por la gloria militar, se enrolaron bajo las banderas de aquel pueblo que luchaba por los más sagrados derechos del hombre. En este país basta ver a un pueblo luchando por la libertad para excitar la generosa simpatía de todos. La opinión se formó rápidamente en su favor... y centenares corrieron locamente, sin conocimiento del país ni del pueblo porque iban a combatir. A estos entusiastas aventureros sólo los animaba la idea de luchar por la causa de la libertad." Chesterton, Narrative of Proceedings in Venezuela in the years 1819 and 1820, London, 1820.
Un tercero comienza así sus memorias: "La contienda entre España y sus colonias suramericanas excitó por largo tiempo el más vivo interés y la generosa simpatía del pueblo británico, hasta el punto de considerar santa la causa y la lucha ardiente que sostenían los insurgentes por sacudir la soberanía de la madre patria... A Bolívar le admirábamos, por su desinterés y *amor patrio*, como un espléndido imitador de aquellos nobles, heroicos romanos de los mejores tiempos de la República... Por las calles de Portsmouth andaban en grupos mis compañeros de aventura, cuya devoción a los intereses de la humanidad oprimida parecía tan grande que en su generosa magnanimidad veían sonrientes las llanuras de la América del Sur y a su población libre y feliz por obra de sus filantrópicos esfuerzos y de la energía de los ejércitos insurrectos: dudar de su completo éxito era considerado inmediatamente como una traición a la libertad y una infidelidad a una causa sagrada, especialmente preferida por Dios". Narrative of the Voyage to the Spanish Main in the Ship Two Friends, and Occupation of the Amelia Island by McGregor.—London, 1819.
En una de estas expediciones vino a Venezuela el capitán Morgan O'Connell, hijo del celebérrimo patriota irlandés Daniel O'Connell, y en la carta en que éste lo presenta al Libertador, entre otras frases dignas del autor y del destinatario de la misiva, encontramos: "Unidos a semejantes sentimientos de amor a la libertad, otros dos poderosos motivos me inducen al presente paso. El primero es que penetrado de vuestro amor por la causa de la libertad, quiero dar a V. E. una gran prueba de mi persuación de ser fundada la admiración de la fama de V. E. en grandes y remotas regiones. El segundo es, que mi hijo pueda ser capaz de propender a afirmar benévolas relaciones entre los libres hijos de Colombia y los valientes, pero infelices nativos de Irlanda".

Mal estreno tuvieron en nuestra contienda libertaria los hijos de la vieja Albión. Apenas llegados a Angostura salen a incorporarse al ejército, a las órdenes del Libertador, y con él siguen en la activa campaña contra Morillo que comienza con la memorable sorpresa frente a Calabozo y termina en el desastre de La Puerta, donde quedan materialmente aniquilados. Continúan los restantes en retirada hasta San Fernando, y allí uno de ellos, el coronel Wilson, tenaz intrigante, les induce a desconocer a su jefe, Gustavo Hippisley, para pasarse a las fuerzas de Páez.

Inmediatamente se dio cuenta el llanero de la importancia de aquellos elementos, para oponerlos con éxito a los disciplinados soldados de Barbastro y Hostalrich; y, "aunque no quería intervenir entre extranjeros", les acoge tan favorablemente que, en lo sucesivo, "el bárbaro

---

El general Maceroni, ayudante de campo de Murat, formó en Inglaterra la más lucida de las expediciones auxiliares, que la inepta dirección de McGregor hizo fracasar en el Itsmo; en sus memorias llama a Bolívar "el nobre Washington del Sur" y habla igualmente del entusiasmo que su causa despertó en toda la Gran Bretaña en aquellos años.

Morillo, en una de sus comunicaciones oficiaes al Ministro de Guerra español, dice: "La Europa no podrá menos de ver con admiración cómo de una potencia amiga de España salen los grandes medios que poseen los enemigos para hostilizar sus posesiones, y cómo a cara descubierta *sus más acreditados oficiales, individuos de su nobleza y hombres de todas las condiciones,* toman parte activa en las banderas revolucionarias entre las hordas de asesinos y en la guerra que se hace a Su Majestad. El ejército de Boívar se compone por la mayor parte de soldados ingleses, la Guayana se guarnece de ingleses; a la Margarita han llegado últimamente más de 1.500 individuos de la misma nación; y los buques de guerra, los numerosos parques de todas armas, las municiones, los vestuarios, los víveres, todos los elementos para hacerla y sostener la independencia, han salido de los puertos de Rey de la Gran Bretaña". Biografía del Primer Conde de Cartajena, t. IV, p. 27.

"La historia justa e imparcial —dice el historiador Restrepo— debe ofrecer aquí un tributo de gratitud a la nación inglesa, por los grandes y oportunos auxilios que sus comerciantes y militares prestaron a Venezuea, y por consiguiente a Colombia; cerca de cinco mil ochocientos hombres, sin contar los marineros que se enrolaron en nuestras escuadrillas, salieron de los puertos de la Gran Bretaña organizados, vestidos y armados, para venir a las costas de Venezuela y de la Nueva Granada a combatir por la independencia y libertad de la América de Sur. *No fuimos auxiliados por cuerpo alguno de otra nación,* exceptuando los trescientos alemanes que vinieron a Margarita, de la contrata de Elson, mandados por el coronel Uzlar. En la misma época no bajaban de un millón de libras esterlinas los demás auxilios que el comercio británico había franqueado a los comisionados del Libertador en buques, armamento, pertrechos y vestuarios".

del Apure"[1] y los guerreros del Támesis, habrán de seguir estrechamente unidos, hasta la final explosión de victoria de Carabobo, en que el primero monopolizó la gloria y los segundos la muerte anónima.[2]

Varios de aquellos legionarios escribieron sus memorias al regresar a la madre patria, pero, desgraciadamente, los que tal hicieron, salvo dos o tres, fueron los decepcionados, los que se sentían defraudados en sus esperanzas de grados y fortuna; y, por ello, al referir los detalles de la terrible lucha, de que milagrosamente habían escapado, hacen desfilar a los libertadores como dantescos personajes de pesadillas infernales. Mas la figura del afortunado llanero aparece en aquellas páginas entre aureolas de admiración.

Y vale notar que no debían de ser gente fácilmente asombradiza, unos veteranos que habían visto abatirse en los campos de la Península y Waterloo a las mejores águilas de Napoleón.[3]

El jefe de las primeras expediciones llega a Venezuela a raíz de la infortunada campaña de 1818 y, frustradas sus pretensiones a grados y comodidades, si no del todo injustificadas, por lo menos inoportunas, regresa a Inglaterra a hacer encarcelar a López Méndez como deudor insolvente, y a escribir un libro en que unas pocas verdades aparecen sumidas en un mar de diatribas injuriosas. Sólo el llanero tiene el privilegio de arrancarle palabras de encomio.

"Muchos de nuestros compatriotas fueron testigos de las proezas de Páez —dice en la página 416—. Se hizo general por su propia autoridad, y el mismo Bolívar, lejos de discutirle el grado se lo ha

1. Así le llama Morillo al dar cuenta alborozado, al Gobierno español de la supuesta muerte del llanero, "atravezado de un balazo" en la acción de Ortiz. Muy obligado por las circunstancias, seguramente, se vería, cuando reconoce en otra comunicación que "en verdad los enemigos más considerables son los llaneros y el caudillo rebelde de más conocimientos, valor y fortuna es el expresado Páez".

2. En un historiador patrio leemos: "Carabobo fue el batallón británico. Los honores del triunfo le correspondían: la deuda de la patria era eterna. Los trofeos de la victoria tocaron a Páez: él absorbió la fama de esta batalla y la historia patria ni aún siquiera recogió los nombres de estos extranjeros que allí derramaron su sangre".

3. "En el mes de julio de 1819 nos embarcamos para América, dirigiéndonos a la isla Margarita, a bordo del transporte *Hannah* con cien hombres entre Jefes y oficiales, y ciento uno de tropa, de los regimientos 7 y 18 de húsares del ejército inglés, vencedores de Waterloo y licenciados con motivo de haberse reducido el ejército al pie de paz, una vez concluida la guerra contra Napoleón el Grande". Memorias de O'Connor, p. 18.

confirmado plenamente. Páez es obra de su propio esfuerzo: surgió súbitamente durante la revolución —antes de la cual apenas era conocida su existencia— a la cabeza de una partida numerosa, declarando el propósito de sostener la causa de la república. Su valor, intrepidez e innumerables triunfos, valiéronle pronto fama y renombre. La rapidez de sus movimientos y actividad en la persecución del enemigo, los encuentros personales en que se ha visto, las conquistas que ha hecho, tanto colectiva como individualmente, le han consagrado la admiración de sus adictos y el terror de los enemigos, entre los cuales su solo nombre causa espanto, cuando avanzan hacia las llanuras y sabanas. Sus subalternos, aunque otros tantos Páez, le miran como un ser superior, a quien cuatro mil bravos rinden implícita obediencia. En la parada o en el campo de batalla Páez es el jefe supremo: en las horas de descanso, después de las fatigas de una larga y rápida marcha, o después de alguna operación sobre el enemigo inflexiblemente ejecutada, se ve a Páez bailando entre los suyos, bebiendo en la misma taza o encendiendo su cigarro del que tiene en los labios su compañero de armas. Siempre alerta, nunca ha sido sorprendido por el enemigo, y a la aproximación de éste basta su conocido grito: "Arriba muchachos": a los pocos minutos todos están listos y con el héroe a la cabeza son invencibles. Páez jamás ha perdido una acción mandada por él como jefe.

"En la acción de Ortiz, Páez por orden de Bolívar cubrió la retirada y una o dos cargas bastaron para salvar la infantería de su total aniquilamiento. Después de la última carga, dada por él personalmente, fue víctima de un acceso epiléptico y cayó al suelo echando espuma por la boca. El coronel English presenció el hecho y me ha referido que, al verle en aquel estado, corrió hacia él, aunque algunos de sus subalternos le instaban a que no se ocupara del general, asegurándole "que pronto estaría bien"; "que a él a menudo le ocurría aquello y que no se atrevían a tocarle hasta que no le pasaba completamente". El coronel English, sin embargo, se aproximó a Páez, le roció la cara con agua y le hizo tragar algunas gotas, lo que le restableció inmediatamente. Al volver en sí le dio las gracias, diciéndole que se encontraba "un poco cansado" por el día de fatiga, habiendo dado muerte con su propia lanza a treinta y nueve enemigos y al atravesar el número cuarenta le acometió el síncope. A su lado se hallaba la ensangrentada lanza, de la cual hizo presente al coronel English en recuerdo de

amistad y afecto. Al partir le regaló además tres caballos de los suyos propios."[1]

Otro legionario, aún más amargo, si cabe en lo posible, que el anterior, hace el siguiente retrato del llanero:

"El bravo general Páez me recibió, aunque extranjero, con la mayor cordialidad, y, viéndome débil a consecuencia de una herida que había recibido en el encuentro con los españoles, generosamente me ofreció las pequeñas comodidades de que él disponía, hasta el completo restablecimiento de mi herida.

"Este hombre heroico y noble debe todas sus virtudes a la naturaleza solamente. Criado en una región alejada de toda civilización, sin las ventajas del nacimiento ni de la fortuna, ha llegado, por su mérito personal, por sus proezas e indomable valor, a elevarse, por los incidentes en que se ha visto durante la contienda revolucionaria, al mando del cuerpo de fuerzas nacionales que más útil y eficazmente contribuye a la libertad del país...

Cuando yo serví a sus órdenes no sabía leer ni escribir, y hasta que los ingleses llegaron a los llanos desconocía por completo el uso del cuchillo y del tenedor: ¡tan ruda e inculta había sido su vida anterior! Pero al comenzar a tratar con los oficiales de la Legión Británica, imitó sus modales, costumbres y trajes, y se conducía en todo como ellos, hasta donde se lo permitían sus hábitos anteriores. Tiene aproximadamente cinco pies y nueve pulgadas de alto, de robusta musculatura y bien formado, posee extraordinaria fuerza y agilidad. Su aspecto es agradable y varonil: su pelo espeso, negro y encrespado; de temperamento sanguíneo, es ardiente, generoso y afable, y su espíritu, aunque completamente desprovisto de instrucción, posee todas las virtudes que pueden adornar la naturaleza humana. De carácter abierto, franco y confiado es el mejor de los amigos: y el más generoso de los enemigos por hallarse libre de pasiones bajas. Es decididamente adicto a los ingleses, a quienes llama hermanos, y siempre reivindica sus derechos a la gratitud nacional con el mayor entusiasmo. Su intrepidez le ha hecho igualmente querido de aquéllos, de suerte que, excepto el general Mariño, es el jefe de Colombia más popular entre los ingleses. Frecuentemente, cuando los celos de los oficiales del país, les arrastran a hacer alguna observación injusta sobre los servicios de la Legión

1. Hippisley. Narrative of the Expedition to the Rivers Orinoco and Apure in South America. London, 1819.

Británica, él siempre por una reprensión oportuna les contiene. Salvo dos o tres excepciones, Páez es el único que siempre reconoce generosamente los beneficios que la causa de la libertad ha derivado de los servicios de los ingleses, y el único que ha propuesto al Congreso un testimonio público en favor de aquellos.[1]

"Referir todos los hechos de este hombre extraordinario sería materia para llenar más de un volumen, tan numerosas y romanescas son las acciones de su vida! Me limitaré a una de ellas, verdaderamente característica de su bravura y resolución en los casos de conflicto, y que ilustra su carrera militar. Hallábase Bolívar en las llanuras del Apure con sus tropas hambrientas y sin los medios de procurarse alimentos, obligado a emprender una marcha de circunvalación de muchas leguas, de la cual eran incapaces las cansadas fuerzas, a menos que encontrara el medio de llegar al punto deseado cruzando el río Apure, en cuya ribera opuesta pastaba el ganado en gran cantidad, casi a la vista de los famélicos soldados. Esto último parecía imposible, desde luego que ellos no tenían botes de ninguna especie, ni madera para construir balsas; y en el medio del río había una flotilla de flecheras bien armadas y equipadas, perteneciente al enemigo. Bolívar estaba en la orilla mirándolas tristemente, cuando Páez, que le observaba, se llegó a él a caballo preguntándole la causa de su inquietud. Su Excelencia contestó: "Daría un mundo por la posesión de la flotilla española, porque sin ella nunca podremos pasar el río y las tropas no pueden marchar..." "Van a ser suyas en una hora", contestó Páez. "Es imposible, dijo Bolívar, la gente morirá toda". "Déjelo por mi cuenta" replicó Páez y partió al galope. A los pocos minutos regresó con su guardia de honor, formada por trescientos lanceros seleccionados del conjunto de todos los llaneros, por su probada bravura y fuerza, y llevándoles a la orilla del río, les dijo: "Tenemos que tomar esas flecheras o morir; el que quiera que me siga". Al mismo tiempo espoleando su caballo se lanzó al río hacia la flotilla. La guardia le siguió con la lanza en la

1. El llanero fue consecuente con sus antiguos "amigos los ingleses": en los últimos años de su vida escribía: "Me complazco en la oportunidad que hoy se me presenta de tributar en nombre de mi patria un recuerdo a los valiosos campeones de la Legión Británica y Batallón de Carabobo, al mismo tiempo que un homenaje de admiración al pueblo inglés, a quien el mundo debe el creer que es posible que los pueblos dirijan por sí mismos sus destinos".

boca, nadando al lado de sus caballos, animándolos a sostenerse contra la corriente y dando gritos para espantar los centenares de caimanes que hormigueaban en el río. Así llegaron hasta las embarcaciones, subieron a los lomos de los caballos, de éstos se lanzaron abordo de aquellas, guiados por su jefe; y a la vista de sus asombrados compañeros, que les contemplábamos desde la orilla, capturaron todas las flecheras.

"A oficiales ingleses parecerá inconcebible que un cuerpo de caballería, sin otras armas que sus lanzas, ni otro medio de transporte que sus caballos, al través de la rápida corriente de un río, ataque y tome una flotilla de cañoneras, dentro de una muchedumbre de caimanes. Pero, por extraordinario que sea el hecho, fue realmente ejecutado; y hoy existen en Inglaterra muchos oficiales británicos que pueden dar fe de su veracidad." [1]

No sólo soldados vinieron en aquellas expediciones, sino también médicos y cirujanos; y éstos igualmente escribieron sus memorias sobre las penalidades que habían sufrido. De una de aquellas copiamos las siguientes líneas sobre el llanero:

"¡La extraordinaria actividad de este hombre es casi sobrehumana! Los españoles conocen a varios generales patriotas "por la espalda", pero ellos dicen que a Páez sólo le han visto "de frente". Perpetuamente a caballo —sin medias ni zapatos, ni otra cosa para cubrirse que una chaqueta y pantalones de lino—, parece estar presente en todas partes. Inspirado por un espíritu ardiente y sin igual intrepidez, se hace más audaz y desesperado a medida que aumentan los peligros que le rodean. Siempre está galopando de división en división, animando a sus soldados y oficiales, y su conducta le ha ganado, y seguramente le conservará, el inconmovible respeto, admiración e inquebrantable devoción de todos sus subalternos, desde el más elevado hasta el más insignificante." [2]

Entre estos libros de memorias existe uno infinitamente más interesante que todos, por la inmensa copia de datos que contiene sobre la guerra en los llanos y la vida en general en aquella región. Es la obra

1. Recolections of a Service of three years during the War-of-Extermination in the Republics of Venezuela and Colombia, by an Officer of the Colombian Navy. London, 1828, t. II. p. 173.
2. Journal of an Expedition 1400 miles up the Orinoco and 300 up the Arauca. by J. H. Robinson, Surgeon in the Patriotic Army, London, 1822. p. 198.

titulada "Campaigns and Cruises in Venezuela and New Grenada", publicada anónimamente, en Londres en 1831, —por el capitán Vowell— de la expedición del coronel Donald McDonald. La carrera de este legionario fue realmente extraordinaria: llegó a Angostura en los primeros meses de 1818 e inmediatamente salió a incorporarse al ejército, lo que hizo precisamente el día antes de la memorable sorpresa que los lanceros de Páez dieron a los húsares de Morillo a las puertas de Calabozo; siguió luego en la persecución contra aquél hasta el desastre de La Puerta, en que quedó por muerto en el campo de batalla. Después de penalidades sin número únese nuevamente al ejército en San Fernando y sigue con Páez durante todo el rudo guerrear del año 1818 y primeros meses de 1819, en que regresa a Angostura, casi desnudo, a proveerse de ropas. Allí es agregado a la Legión Británica que ha de distinguirse en Boyacá y tócale entrar en triunfo en Santa Fe. Sigue al Sur a las órdenes, primero de Valdez, y luego de Sucre, de quien hace un simpático retrato, aunque encuentra que para esa época "nada revelaba en él al futuro vencedor en Ayacucho". Meses más tarde, incapacitado por las enfermedades obtuvo su retiro, mas, ya para salir de estas tierras, llega a Guayaquil la escuadrilla del Almirante Cochrane: despiértase nuevamente el espíritu aventurero del enfermo, se incorpora al marino inglés y, abordo de "La Independencia", colabora en las últimas hazañas del Lord. Continúan sus andanzas hasta 1829 en que obtiene licencia definitiva en Chile y "después de un viaje muy feliz de cuatro meses", desembarca en Portsmouth en la primavera de 1830, trascurridos trece años de ausencia.

La estrecha unión de este legionario con Páez, durante su permanencia en Apure, y su admirable espíritu de observación imparcial, hacen que su libro sea inapreciable para estimar la guerra que el llanero hizo al poderoso ejército de Morillo. Pero, decir, aunque sólo fuera en extracto, cuanto allí encontramos sobre él y sus tenientes Aramendi, Carvajal, Rondón y demás compañeros, excedería de los límites de este artículo; por ello hemos elegido el siguiente cuadro pintoresco y de índole diversa a los anteriormente insertados.

"Páez estableció —dice en la página 113 del tomo primero— una casa de monedas para el uso del ejército y este nuevo establecimiento, por la sencillez de su maquinaria y la economía observada en el número de empleados, no ha tenido rival, sin duda alguna, en ningún otro país. En un cuarto en la Plaza, donde algunos de los oficiales ingleses

nos hallábamos acuartelados, fue fijado un bloque de madera en el suelo enladrillado, que tenía un pequeño yunque clavado en el tope, y un cuño grabado con la representación de una de las caras de una *pezeta* o cuarto de dollar. La otra cara de la moneda hallábase estampada en una pequeña pieza de acero, asegurada convenientemente en un mango de hierro, como para golpear en ella con una mandarria, encima del yunque. Ni la forma ni el peso de esta moneda eran cosas que inspiraban el más mínimo cuidado al jefe del establecimiento; y, realmente, debían ser de insignificante consecuencia si se considera la clase de metal empleado, y que se quería pasar como plata.

"Páez había recolectado para este fin una cantidad considerable de plata vieja, de diferentes clases, como estribos, vainas de espadas y otros ornamentos tomados al enemigo por sus compañeros, quienes eran extraordinariamente expertos en la selección del botín. También compró plata a los particulares y a las iglesias, en gran cantidad, y todo esto fue aleado con una cuarta parte de cobre, cuya mezcla, junto con la liga ya existente en la plata, dio por resultado un metal digno de la casa de monedas descrita.

"Los únicos funcionarios empleados en la acuñación eran un herrero viejo y su hijo, muchacho de quince años. Nada de esto se hacía misteriosamente, ni con el fin de adulterar la moneda corriente: las puertas se dejaban abiertas y ni un centinela siquiera las guardaba. El trabajo era sencillísimo: fundíase el metal en barras; se calentaban éstas al rojo en una fragua ordinaria y a golpe de martillo se les daba el grueso apropiado. Luego, con un cincel se cortaban en frío los pedazos, aproximadamente del peso deseado y, finalmente, se hacía el estampado. Terminaba la operación limándose las orillas de cada pieza, hasta dejarlas como una especie de polígono, semejante a lo que en las Antillas se llama *"moneda cortada"*.

"Esta moneda, aunque sin duda de muy ínfima clase, fue utilísima en el servicio del ejército y de toda la región, por la extrema carencia de numerario; y, tan grande era la confianza de los habitantes de la provincia en la palabra de Páez, que inmediatamente se hizo de corriente circulación por el valor asignado a ella, porque él aseguró que la recogería cuando se lo permitiera un estado más floreciente de los negocios públicos. Esta promesa fue puntualmente cumplida un año más tarde, cuando Bolívar trajo dinero genuino de Guayana, suficiente para recoger la moneda depreciada. Sin embargo, pocos de los llaneros se tomaron

la molestia de cambiarla y continuó en circulación por mucho tiempo en Barinas." [1]

El siguiente episodio ha pasado en Venezuela, por lo conocido, a la categoría de leyenda popular; pero creemos que no carece de interés leer lo referido por un oficial inglés contemporáneo y de familia de grandes hombres:

"Tres o cuatro meses habían trascurrido en esta insoportable campaña, cuando los ingleses comenzaron a creer que sus compañeros eran unos cobardes que en todo pensaban menos en encontrar al enemigo, del cual ellos estaban ansiosos, deseando ardientemente una oportunidad, ya fuera para morir gloriosamente y terminar sus presentes sufrimientos, ya fuera para cambiar de situación, batiendo al adversario y apoderándose de sus recursos.

"Sin embargo, pronto fueron desengañados respecto al valor de los patriotas, por una de aquellas magistrales proezas, que tan célebre han hecho al general Páez. Encontrando éste que sus tropas, como las inglesas, comenzaban a mostrarse descontentas con aquel modo de hacer la guerra, que el Jefe Supremo, obligado por la necesidad, había adoptado, y temiendo que comenzara la deserción, resolvió aprovechar la primera oportunidad para hacerla entrar en acción.

"Hallábase Morillo acampado a la salida de un bosque, en una pequeña llanura, a una orilla del Arauca; y los patriotas en la otra. Páez elige ciento cincuenta hombres, expertos nadadores, y cruza el río a su cabeza. El enemigo forma en orden de batalla el total de sus fuerzas, a una milla de la ribera del río, y Páez avanza hacia él como si no le hubiera visto, hasta distancia de un tiro de fusil: disparan sobre él y entonces su pequeña banda huye como presa del pánico, seguida por un considerable cuerpo de caballería enemiga. Luego de haberlos separado de su infantería, y ya próximo al río, vuelve riendas con sus compañeros y da una carga formidable a sus perseguidores, hasta llevarlos otra vez junto a su infantería. Retírase luego sobre el río dejando setenta muertos del enemigo en el campo, mientras él sólo

1. "Simón Bolívar, Jefe Supremo, etc.—Habiendo cesado las críticas y extraordinarias circunstancias en que el señor General Páez, privado de recursos en la Provincia de Barinas, aislado y sin un signo de convención para el comercio, se vio obligado a acuñar moneda por el molde, aunque muy imperfecto de la macuquina que hizo romper el Gobierno de Venezuela en la segunda época de la Independencia y deseando evitar la circulación de una moneda que puede ser contrahecha con mucha facilidad, y de que se vería el país inundado, careciendo además de la ley y peso necesario; he tenido a bien decretar y decreto lo siguiente:... *O'Leary*, t. 16, p. 56.

ha perdido un capitán, a quien trae a morir entre sus camaradas. Por esta valiente acción los ciento cincuenta subalternos de Páez reciben la orden de los Libertadores de Venezuela. Este triunfo tuvo un doble efecto: levantó el espíritu del pequeño ejército de los patriotas y convenció a Morillo de que se hallaba en muy peligrosa vecindad; y, encontrando que no podría nunca llevarlos al combate en su propio terreno, resolvió pasar su ejército al otro lado del Apure, para evitar las desagradables visitas del *señor Páez.*" [1]

¡Es la "aventura romántica" de Las Queseras apreciada por un Cochrane!

Como un homenaje al centenario de la batalla de Carabobo, en la que la estrategia del genial caraqueño cristalizó en el más glorioso triunfo de la epopeya, por la irresistible pujanza del hijo de nuestras pampas, aunada a la estoicidad heroica de un puñado de extranjeros,[2] —que en hora feliz para la patria venezolana impulsara a estas tierras su innata ambición de gloria y aventuras [3] hemos juzgado oportuna la

---

1. Journal of a Residence in Colombia, during the years 1823 and 1824, by Capt. Charles Stuart Cochrane, of the Royal Navy. London, 1825, p. 473, t. I.
2. Uno de los últimos sobrevivientes termina la descripción de la Batalla de Carabobo, que hace en un periódico de Londres, así:
"Nuestro regimiento fue tratado tan terriblemente que no pudo agregarse a la persecución con mucho vigor. Dos de cada tres de nuestros hombres fueron muertos o heridos. Además del coronel Ferrier, el teniente-coronel Davy, capitán Scott, tenientes Church, Houston, Hewel, Shaley, y otros, quedaron muertos; y los capitanes Minchin y Smith, tenientes Hubble, Nathew, Hand, Talbot y otros heridos. Los restantes del cuerpo pasamos ante el Libertador con las armas bajas y oímos entre los vivas, sin detenernos, estas palabras suyas: "Salvadores de mi patria".
"El ejército español quedó completamente disuelto: Caracas, La Guaira, y todas las demás ciudades que estaban en manos de los realistas, se rindieron inmediatamente. En síntesis: la independencia de Colombia quedó consumada por la batalla de Carabobo; y que la victoria se debió principalmente a los ingleses está probado por el hecho de que perdimos seiscientos hombres, mientras que todo el resto del ejército de Bolívar, que subía a más de seis mil hombres, sólo perdió doscientos". Mulhall, The English in South America, Battle of Carabobo.
3. "No fue un espíritu de mezquina ambición —dice el mismo Páez— el que movió a los Jefes británicos a abandonar su patria para luchar en favor de un pueblo oprimido en el continente americano, sino más bien la ambición de la gloria militar, la afición a nuevas y peligrosas aventuras y esa pasión del *excitement* que hace que el inglés aparezca algunas veces como loco y otras como héroe. Algunos años después de la independencia de Colombia lord Byron dejaba la paz de las ciudades por ir a combatir en las montañas de Grecia en favor de un pueblo que, como nosotros los suramericanos, quería conquistar su independencia...*
* Luis Ramos Zuloaga. *El General Páez según los Legionarios Británicos.* Caracas, Editorial Victoria, 1921, pp. 23. (Trabajo publicado en "El Universal", 24 de junio de 1921).

divulgación en castellano del concepto que estos se formaron del compatriota extraordinario, de quien todo un José Martí pudo decir que:

"sin más escuela que sus llanos, ni más disciplina que su voluntad, ni más ejército que su horda, ni más semejante que Bolívar, sacó a Venezuela del dominio español, con tanta furia en la pelea como magnanimidad en la victoria, en una carrera de caballo que duró dieciséis años".

---

* De "El Universal" del 24 de junio de 1921. Editorial "Victoria". Caracas, 1921.

PAEZ

Juan Vicente González

El general Páez, que acechaba desde Nueva York el momento de caer sobre la República, aceleraba la hora por las intrigas del Favorito y sus insidiosas cartas. Mientras escribía a unos: "La guerra que se hace no es digna de la causa que se defiende; parece que ignoran esos señores los peligros que corre la sociedad", escribía a otros: "Esa guerra es impía; no son laureles los que se recogen sino cipreses; la Constitución no vale tantas víctimas". Al fin, después de proponer la dictadura al Presidente de la República en su carta de 17 de diciembre, antes de obtener respuesta, el bellaco viejo se había dirigido hacia Venezuela. A la luz de sus buenos días, la imaginación contemporánea le había creado una historia artificial de prodigios, con leves sombras que la hermoseaban. Nada importaban sus crímenes ni sus errores. Los sangrientos misterios de sus primeros años sirvieron al lustre de sus anales fabulosos. Había sacrificado a su partido; huyó en Apure; se mostró débil y apocado en Coro; se entregó en Macapo; fue en las cárceles un ser vulgar; se había corrompido todavía más en los Estados Unidos del Norte; había mendigado para disipar; mendigó más para comprar elementos de guerra, y lo consumió todo en orgías, mientras perecían los que le creyeron; visitó a Europa con los despojos de las víctimas y ya caduco, apoyado en un arlequín frívolo y ridículo, corre a destruir al gobierno que la Federación combatía vanamente, sin más armas que una rama de *olivo*. Traíale una providencia previsiva y oculta, ansiosa de dar a los pueblos una lección terrible. Había gozado Páez de una larga vida, que deificó un partido, distri-

buyó en leyendas y novenas y llenó de falsos milagros. Cuando Dios quiso hacerle ver sus faltas con severos castigos, le abrazó para cubrirle y cayó con él. Hele ahora, a las orillas del sepulcro, gritando: "Este es el ídolo vil que adorasteis; en recompensa de vuestro celo os traigo la ignominia".

Páez fue la *paz* y los ríos la cantaban en su curso, y en sus cimas la dibujaban las montañas. Las poblaciones le siguen fervorosas y humildes, como el autor de la *paz*. A los jefes que había creado treinta meses de guerra los compra con una sonrisa o un baldón. Duda el gobierno y resiste; derroca al Primer Magistrado el 19 de mayo; derroca el 29 de agosto al Vicepresidente, y para quedar él solo frente a la revolución, burla al enfático Designado, y ríe del *amigo de los treinta y dos años*.

¡Viejo de oliva en mano, danos la paz! Veámosle en Caracas y Aragua, proclamando la *Unión!* La revolución creció formidable a la vista del trémulo viejo; Gómez y Bello llevan a Santa Lucía mil quinientos hombres; se aumenta la partida de Ramón Pérez; nace la de Alejandro Rodríguez. Sin armas antes, sin municiones ni recursos, lógranlos abundantes, tomando en Aragua ochocientos chopos y cincuenta mil cartuchos, con el parque que marchaba al Guárico. Se hace poderosa Barlovento, y las partidas del Tuy cuentan con un asilo seguro. Mendoza le menosprecia rehusando ser de los *aliados* de La Victoria. La revolución ruge con más fuerza en el oriente. Falcón organizará desde Coro las tropas de occidente y preparará la victoria.

Páez no podía dar la paz a la República. Su ficticio poder era el poder de Falcón que la traía. Se pavoneaba orgulloso, aspirando a que se le adorase, con un ramo de oliva en una mano y un rayo en la otra, y no comprendía el estúpido Júpiter, que era el débil estorbo que apartaría en unos pocos días el Precursor de la Federación. Cuando el 9 de septiembre de 1861, usurpó el poder civil y militar de la República, sobre la silla dictatorial se desangraba el perlático caduco. "Antes que empuñaces la lanza —se le decía—, por la Independencia de la Patria, ésta tenía una historia gloriosa, llena de hazañas, de héroes y de sacrificios. Había pasado el año 1811, con su Congreso y oradores y con sus dudas y peligros; el año 1812, con sus temblores, sus infidencias y desgracias; el año 1813, con las victorias de Bolívar que liberta al país en pocos días; el año 1814, época de gloria sin igual, de luchas de gigantes, de combates terribles, de tragedias atroces; el año 1815, en que la libertad se alza de en medio de sus cenizas. Se

había triunfado ya en Cúcuta, La Grita, Betijoque y Carache; en Niquitao, Barinas, Barquisimeto y Los Taguanes; en San Carlos, Las Trincheras, Vigirima y Araure. Antes que se hubiese oído su nombre, la fama había pregonado el de Ribas, vencedor mil veces, a quien la patria debió los triunfos de Horcones, Ocumare y La Victoria, y cuyos restos, colgados a afrentoso palo, fueron espanto del pasajero. Antes que tú, Girardot había cubierto de trofeos los campos que baña el Santo Domingo; antes, Escalona se había inmortalizado en Valencia; antes, la emigración y sus dolores, La Puerta y Urica, y la muerte de los Uztáriz en la *lúgubre jornada* de Maturín. ¡Qué! ¿No debe hablarse sino de Las Queseras del Medio y La Mata de la Miel, y las glorias de Páez, y de la fama de Páez, y de la dictadura de Páez, y de Páez conduciendo las hordas que impelió Boves? ¿No debemos trabajar todos, sino para que tú mandes y vivas, arrojando a tu boca de Can-Cerbero fortunas y gobiernos?" Tres días antes de que asaltase al poder, pintábale un periodista frente a la República muerta, cubierto con tupido velo, fantasma nauseabundo: "El tronco era pequeño y abultado, decía, y lo coronaba sin intermedio una cabeza redonda y apoplética, que se movía convulsiva. Se llamaba *yo*".

Breve ha sido mi distracción, Catilina. Dime ahora: ¿no es cierto que el general Páez ha confundido tu malicia? Confiesa que el último rasgo de su conducta pública te ha aterrado hasta forzarte a hacer su elogio. ¡El ambicioso, el enemigo de la patria, confundido por el caudillo desinteresado, por el eminente ciudadano que prueba, una vez más, que fue digno de la reiterada elección con que le honró Venezuela! Ambicioso vulgar, tú no comprendes, Catilina, cómo ha podido Páez elevarse a la altura en que le ves desde el fango de tus pequeñas y réprobas intrigas. Nada más natural que la conducta que observa el general Páez. *Desde que comprendió su destino no ha cesado de dar espléndidas pruebas de patriotismo. Primer Presidente de Venezuela, él la sirve apoyando su reciente Constitución, erigiendo el poder civil, desterrando para siempre el despotismo militar. En el segundo período constitucional da el primer ejemplo en América de la alternación en que está basado el sistema político, y se retira tranquilo al doméstico hogar.* Pero en su retiro él es la espada de los buenos, la espada de todos los propietarios, de todos los venezolanos laboriosos, a quienes amenaza un grupo de descontentos, resto de diversos partidos derrotados, a quienes no inspira una plena confianza el hombre nuevo elevado a la

primera magistratura, virtuoso y sabio, pero inexperto y tímido, que al primer embate cae con ofensa de la Constitución y de la opinión universal de la República. Y es Páez, el ciudadano que aclaman los pueblos, el que defiende la Constitución, el que repone los magistrados legítimos, el que venga el ultraje hecho a las leyes con valor y generosidad, y el que, no contento con tan señalados servicios, vuelve de nuevo a su retiro a prestar el que más necesitábamos después de la revuelta: el del ejemplo de un desprendimiento que las circunstancias y la época hacían peligroso y, por lo mismo, más noble y meritorio. En la segunda presidencia no hay ningún acontecimiento de gran importancia; la luz doméstica viene a consolar a todos, las leyes imperan, los Congresos ejercen sus atribuciones y el Poder Ejecutivo no es una rémora a la opinión. Hay, sin embargo, dos rasgos notables en su conducta que revelan la bondad de su corazón, que justifican su tino político: Bolívar vuelve a su patria, Páez preside su apoteosis y todas las antipatías de la ambición, todos los odios de partido se sepultan en la tumba del héroe. Y no digas que fue éste un sentimiento nuevo en el Jefe de Venezuela. El no dejó pasar su primera presidencia sin pedir con instancia justicia para el mérito eminente del fundador de la patria. Es verdad que tú interpretas tan noble conducta y te atribuyes una gloria que no mereces; pero tú calumnias o usurpas siempre la fama ajena y te empeñas ridículamente en presentarte como la causa impulsiva de todo lo bueno, pues, a creerte, tú solo bastas para honor y gloria de Venezuela. Negándote toda intervención en este bello rasgo de la conducta pública de Páez, no quedarás sin parte en el otro que dije revelaba también sus cualidades morales y políticas; refiérese a ti precisamente. El era tu protector; se expone a comprometer su responsabilidad, compadecido de tu suerte, y te da un sueldo en la Casa de Gobierno. ¿Fue culpa suya que lo perdieras? ¿Por qué te alzaste contra él y pretendiste del valiente que se rindiese a tus amenazas, que se anonadase con tus injurias, que se intimidase con tus calumnias, que se espantase con tu audacia? Y ese fue tu plan en 1841, esa la causa que defendías, esa la bandera de oposición que hubieras rendido a la primera señal de debilidad. Hablo con tus *Venezolanos* a la vista. Venganzas y aspiraciones personales; he aquí el noble origen de tu singular carrera. ¿Te oyó impasible Páez y conoció al momento que el destino te había elegido como su implacable y cruel enemigo para darle el más hermoso trofeo de su valor civil, de su amor a la libertad, *y una guirnalda radiante con que debía ceñir su frente*

tu rencorosa oposición? ¿Y me dices que no es Páez el primer guerrero de su temple, que ama la libertad de imprenta hasta el punto de hacerle todo sacrificio? Tú mismo no has podido sufrir tanto; tú lo sabes bien, Catilina. No ha sido cobardía, ni insensibilidad, ni falta de recursos; tú, que conoces toda la magnanimidad y patriotismo de Páez, has llegado a temer a veces; y tu imaginación espantada te presentaba las ocasiones fáciles para una venganza en el extremo del sufrimiento. Pero Páez ha velado sobre tus días; no habrías osado tanto con otro hombre menos distante de ti, menos amigo de la libertad. En vano, pues, te empeñas en hacer sospechoso su desprendimiento; quieres alzarte en vano con el mérito de sus ideas políticas. Páez no necesita estar en el poder para hacer a su patria servicios eminentes. No quiere establecer un precedente fatal en nuestro sistema de gobierno, repugna la tercera elección para la Presidencia de la República y no *ha dejado problema alguno que resolver.* Ni amigos ni enemigos podrán dudar de su sinceridad, y eres tú quien añades, al sospechar, otra infame página a tu historia. Me he detenido, Catilina, en la defensa de Páez, porque es hoy que la merece más, cuando nadie piensa en él para darle poder, sino para hacerle justicia. Tú y Cetego divertisteis los días de su mando con alegres músicas, con lisonjas y adulaciones; huía yo de él en esa época porque yo huyo de los que mandan. Hoy, que tú y Cetego os llamáis sus jueces, cuando no sois, en realidad, sino sus calumniadores, cumple a mi patriotismo, a mi imparcialidad, defender su causa. Catilina, Páez se ha elevado sobre tus viles pasiones, sobre tus intrigas, y se ríe de tu precipitación y tus desmanes. Apenas tres oligarcas y tú desconfiáis de la verdad de sus palabras y calumniáis su lealtad. ¿Piensan esos pocos, restos vergonzantes de un partido sostenedor hoy de los principios liberales, que Páez, renunciando su posición, haciéndoles el sacrificio de su gloria, venga a vestirse el sudario de los muertos, a acomodarse con ellos en los sepulcros en que yacen para siempre? ¿Juzgan poder lograr también, con el mérito y los servicios, con el renombre del guerrero que jamás sirvió en una causa que no fuese nacional, cuya vista segura le ha hecho, ha tiempo, buscar el gran partido liberal, que no le proclama presidente, porque le cree su más seguro apoyo, y ama en él la columna y el lustre de la patria? Hasta han llegado a decir esos ilusos que Páez y tú sois los partidos posibles, y se esfuerzan en alzarte del suelo en que yaces, para que puedas ver frente a frente al general Páez. ¡Ultimo exceso de la oligarquía! ¡Tantos muertos, tú y esos oligarcas, dándose mutua-

mente la mano para incorporarse! General Páez, ¿no es verdad que reís de esos esfuerzos miserables y que estáis dispuesto a sellar para siempre el ataúd que encierra a esos difuntos? Yo lo juro por vuestra gloria, que es la gloria de mi patria: vos sois digno de Venezuela.*

* Juan Vicente González. *La Doctrina Conservadora.* Caracas, Ediciones Conmemorativas del Sesquicentenario de la Independencia, 1961. pp. 294-296/ 431-433.

LA COSIATA

Eloy G. González

He ahí por primera vez en la vieja Colombia una *cosa* informe, deforme e insólita: un cuerpo municipal en abierta rebelión contra la ley; un grupo de cabildanos desconociendo la autoridad del Senado de la República; *una sola* municipalidad, ni siquiera la de la capital del Departamento, confiriendo la plena *autoridad militar* a un Jefe suspenso y llamado a juicio por el más alto tribunal que la ley constituía para aquel caso; un Jefe de Estado Mayor que obedece y hace obedecer a las tropas el mandato de una asonada; y Páez, el sumiso, el respetuoso, el obediente a la ley, el soldado de la disciplina y del honor militar, que se disponía a marchar a Bogotá a responder por su diáfana conducta; el que hace tres días ha oído a Miguel Peña y a Windivojel pronunciar que ni el mismo Poder Ejecutivo podía torcer ni oponerse a la decisión de la Cámara augusta de Colombia; Páez, aceptando de mano y voto de un Concejo Municipal faccioso, sedicioso y prevaricador, una autoridad que él sabía virtualmente viciosa, esencialmente írrita!..

No hay ángel para el asesinato —pudiera escribirse otra vez con Fermín Toro— no hay ángel para el asesinato, ni apoteosis para el suicidio, aunque se invoque, al cometerlos, la honra de la Patria y la gloria del Altísimo!

Don Cristóbal de Mendoza ejercía la Intendencia de Venezuela, nombrado por el Ejecutivo de Colombia, en reemplazo de Escalona.

A él se dirigía el General Páez, diciéndole: *"Véame Ud. manchado,* impelido de las circunstancias y siguiendo *el raro destino que la suerte me ha preparado;* hasta el día de ayer fui el hombre más obediente al Gobierno de Bogotá: recibí el decreto en que el Senado admitió la acusación contra mí, y la orden de S. E. para entregar el mando militar al General de Brigada Juan Escalona: todo lo obedecí, se comunicaron las órdenes para el reconocimiento del nuevo jefe, y yo quedé entregado a mis negocios privados, tratando sólo de arreglar mi viaje a Bogotá y preparar las piezas justificativas a mi defensa, que en concepto de algunos letrados podría hacerse brillante y convincente".[1]

Continúa la carta refiriendo la conducta de la municipalidad y las ocurrencias de aquel día, y concluye con párrafos tan singulares como los que seguirán: "yo consideré que *por un deber mal entendido* iba a exponer a estos pueblos a calamidades todavía mayores..." "juré que ninguno ofendería al pueblo de Valencia, *que así me arrancaba de las manos de mis enemigos,* sin que antes pasase por sobre mi cadáver: desenvainé la espada; y *véame Ud. desobediente,* con violencia de mis sentimientos.

"...En las manos de Ud. está cortar los males de una guerra civil que pudiera originarse; Bogotá nos ha mandado una revolución envuelta en un pedazo de papel, y Ud. sabe bajo de cuantos colores y pretextos puede hacerse en Venezuela:... *si Ud. cede,* yo me pondré inmediatamente en comunicación: Ud. será mi padre, mi consultor, mi director, y sobre todo, mi mejor amigo... *Haga Ud. por su parte que no comience a derramarse la sangre en Venezuela."*

Carta inaudita y peregrina. Una racha del viento que llevó a Cronwell pasaba por las sienes del General. Un genio desatentado le poseía. El llama *deber mal entendido,* respetar las instituciones de Colombia, someterse a la ley, obedecer a los magistrados, ser fiel a sus juramentos, guardar su disciplina de soldado. El llama *enemigos suyos* a un Intendente que no le permite atropellar ciudadanos, a un Concejo Municipal —el de Caracas—, que denuncia sus atropellos, a un pueblo que no se deja conducir *amarrado,* bajo bayonetas, a formar milicias, a un Senado que la ley instituye Alto Tribunal y que lo llama a juicio, al Primer Magistrado que cumple los mandatos de aquella Corte; esto es, la República y sus principios, Colombia y sus magistrados, el pueblo

1. **Páez al doctor Cristóbal Mendoza. Valencia, 1º de mayo de 1826.**

y sus derechos, son los *enemigos* del General Páez!... César no habría declarado tanto.

El General, caso extraño, declara conjuntamente que es *desobediente;* y, sin embargo, le manifiesta a una autoridad legítima, como es el señor Mendoza, legalmente constituido Intendente de Venezuela, que en manos del señor Mendoza está *evitar la guerra civil que pueda sobrevenir,* que el señor Mendoza es quien está en el deber de *ceder;* esto es, que él, Páez, es la insurrección victoriosa y que el gobierno de Venezuela debía capitular ante ella, so pena de que *comenzase a derramarse sangre*... Es la lógica intemperante de la espada conculcadora; es el motín imponiendo un nuevo y extraño derecho de rebelión; es el imperio brutal, sañudo, burdo, de entonación audaz, de la cuartelada... Si vos, magistrado, representante de la ley, *no cedéis,* no os sometéis, advertid que tengo presta la espada, *y que va a correr la sangre!*... —General: agosta esa sangre los laureles del Yagual, y mancha negramente la grana de Carabobo!...

El General se dirigía de seguidas a los habitantes de Venezuela, titulándose *Jefe Civil y Militar,* denominación que se dio él mismo, porque la proclama es del 3 de mayo y la municipalidad de Valencia—pobre fuente de esa autoridad dictatorial, —no se la concedió sino el *once* del mismo mes... En veces, procedía en forma similar el servil Senado de Nerón... Denominación que hacía burla oprobiosa de las fórmulas y del acatamiento que el General fingía querer guardar con respecto al señor Mendoza. A los habitantes de Venezuela, pues, les proclamaba: "El mando me lo habían arrancado mis enemigos individuales y hombres que nada han sacrificado por la patria". En vano, en vano la historia buscará, averiguará, preguntará a cuáles hombres, en esas condiciones, habría podido referirse el General en aquel tiempo. Si como él había declarado, *los congresos salían de los cuarteles,* el Senado de Colombia era hijo de su lanza y de su incomparable intrepidez, y cuanto al Vicepresidente de la República, Páez y el mundo sabían que el General Santander era soldado creador de Colombia desde la primera campaña de 1813. *¡Los enemigos!*... pretexto mendaz y socorrido con que desde entonces la falacia osa encubrir el propio delito...

En la misma proclama, el General decía a los extranjeros: "las garantías que os ofrece la Constitución y demás leyes de la República en vuestras personas, en vuestra moral y en vuestras propiedades, serán guardadas religiosamente". Y los extranjeros, hijos de naciones en donde

habían nacido los preceptos y los conceptos de aquel derecho que la América reivindicaba con las armas, seguramente, y como en ocasiones parecidas, guiñarían el ojo en señal de la fe que debían prestar a las declaraciones de un hombre que ejercía la dictadura por el voto de *un* concejo municipal!... De nuevo la advocación vuelve a la pluma: —General Páez: uno de los "letrados" a quienes tanto odiáis, os hace firmar irónicos sofismas!

Simultáneamente con la proclama a los venezolanos, el General Páez llamaba al Apure a mantener por la fuerza su autoridad atentatoria: "Compañeros del Apure: ...la patria confía su seguridad a vuestro imponderable valor... La fortuna me acompañó a vuestro lado, y ella no nos abandonará en la noble empresa de *libertar a Venezuela del resto de sus tiranos*".[1] Lástima que a la historia no le sea permitido lanzar una carcajada frente al tablamen de los patíbulos!

Medito largamente sobre los documentos acerca de tal confusión de conceptos y de ideas en la estrecha cabeza del llanero, y no es posible sino creer que el General Páez era una víctima compadecible de la diabólica trastienda de los "letrados" y de los "juristas" que lo asesoraban. Creo que el hombre rudo, simplista y primario de la pampa era ingenuo, más que sincero: creo que su convicción estaba hecha de espontaneidad y de cordialidad. Precisamente, acaba de llegar a Venezue el tomo primero de la grande obra de mi eminente amigo el doctor Gil Fortoul y en las páginas correspondientes a la mención de estos tiempos y de estos sucesos, hallo una referencia acerca de las condiciones de aquel caudillo, en aciago momento desenfrenado e incontenible. La copiaré, porque ya se me ha recusado una opinión de Villanueva que inserté respecto al mismo asunto, y que decía: "Páez era todavía salvaje. Bramaba en las selvas como el montaraz Hernani, cuyos rugidos hacían fruncir el ceño al temible Carlos V. Recamado de brillo militar, ensimismado justamente, premiado por el Libertador en medio de la tempestad de pólvora y metralla de la batalla de Carabobo, ambicioso y fiero, etc.".[2] Accedo a que ésta debe ser la opinión de un sectario bando político adverso al General Páez. Pero el doctor Gil Fortoul tiene el desinterés de sus altos estudios beneméritos y es insospechable con respecto al personaje. Y el doctor Gil Fortoul acaba de escribir: "Páez era todavía el guerrero inculto de los llanos de

1. Cuartel general en Valencia, a 3 de mayo de 1826.
2. L. Villanueva, *Vida del Gran Mariscal de Ayacucho.*

Apure, *incapaz de distinguir entre. la disciplina política, asegurada por las leyes,* y la disciplina militar, mantenida en la guerra antes que por el reglamento por el prestigio personal. El había triunfado en cien combates; él mandaba el ejército de Venezuela; él era y debía ser el jefe: *las leyes representaban trabas inventadas por los civiles,* por los jurisconsultos, para reducir a la impotencia a los militares"... "Era Páez mestizo, y algo influyó sin duda esta circunstancia en la ojeriza que mostró al principio contra los 'mantuanos' de la capital (que debían a poco reconocerlo por jefe)... "Hallándose éste (el Libertador) ausente, en el Perú, no era Páez hombre capaz de someterse de buen grado al Gobierno de Bogotá, ni tampoco a Soublette, Toro, Escalona, y después el doctor Mendoza, que desempeñaron la intendencia de Venezuela. Su reconciliación con los 'jurisconsultos y letrados' se hará solamente *al precio de la sumisión de éstos* a su autoridad soberana".[1]

Sí, debió ser así: sin duda es así. De otra manera no se explicaría cómo el general Páez, después de todo lo que hemos referido según documentación, creyese de buena fe que el Libertador debía aprobarle y conformarse con su conducta, cuando ésta atacaba y minaba fundamentalmente el edificio constitutivo de la nacionalidad colombiana, que le estaba costando a Bolívar el esfuerzo titánico de su vida y el azar de su reputación. Y esa aprobación, esa aquiescencia era la que pretendía el General, cuando oficial y particularmente se dirigía al Libertador, para darle cuenta de lo ocurrido. Con el doctor Mendoza y las autoridades civiles, buscaba la sumisión de la toga a la espada; con Bolívar, buscaba el amparo de la espada para aquella pretensión. "Tengo el dolor —decía él— de participar a V. E. los graves acontecimientos que han sobrevenido en Venezuela, que me serán siempre sensibles, cualquiera que sea su desenlace: *la marcha de nuestras instituciones fundamentales se ha alterado notablemente... Yo marchaba con sinceridad por la senda de las leyes...*".[2] Y los "letrados" que escriben esta carta que debe firmar el General Páez, proceden a entretejer a favor del violento guerrillero un historial caprichoso de los sucesos, calumniando al pueblo de Caracas, de quien dicen que "todos estaban resueltos a hacer una vigorosa oposición" a la organización de las milicias; llamando mendaz al Intendente de Venezuela, mendaz a la municipalidad de la capital, y apelando contra Escalona a logros dignos

1. José Gil Fortoul, *Historia constitucional de Venezuela,* tomo I.
2. Páez al Libertador, oficio de Caracas, 24 de mayo de 1826.

de un alguacil, para decir que "el pueblo de Valencia había recibido su nombramiento con gran disgusto, *porque se acordaba que el General Escalona se había encontrado en el desgraciado lance de haber entregado aquella plaza al General Boves*".[1] Y de seguidas, la intención de constituir al Libertador en garante del golpe de mano y fiador del éxito de la asonada: *"El nombre de V. E. no fue olvidado en esta vez:* tanto era el Gobierno de Bogotá detestado como V. E. querido... *Sin V. E no hay paz, le guerra civil es inevitable,* y si ella comienza, el genio de este país dice a mi corazón que *no terminará hasta que no quede reducido todo a pavesas*".[2]

Lo cual me parece una insinuación directa al Libertador, de que cada vez que las instituciones que él ha, tan poderosamente, contribuido a establecer en Colombia, le opongan la letra de la ley a procederes nacidos de un error de falsa apreciación personal, imite la conducta del General Páez: desconozca la institución, rasgue la ley, levante el acero contra el magistrado, atribuya a *enemistad personal* la aplicación de la justicia, y pida la sumisión de todas las autoridades legítimas, a fin de que no estalle la guerra civil y *corra la sangre,* derramada por la mano de los "valientes", irrespetados en sus fueros discrecionales de "héroes".

Tan insólitas ideas, tan encontrados sentimientos, los ratifica el General en carta privada al Libertador, que condujeron el coronel Diego Ibarra y el licenciado Diego Bautista Urbaneja: *"...yo me olvidé de los dieciséis años que había servido a una República* gobernada por hombres ingratos, *de los grados militares* que me preparaban tantos ocultos rivales, *y de las glorias que había conseguido con esfuerzos indecibles; yo arrojé sobre el suelo los uniformes que antes formaban mi gloria,* para comenzar una vida enteramente nueva; *muchos días estuve resistiéndome a volverlos a vestir* a pesar de los ruegos e instancias de algunos amigos y de las solicitudes del pueblo, porque no podía verlos sin que se presentasen a mi corazón agitaciones y sentimientos tan contrarios de dolor, de ternura, *de venganza* y de cuanto puede maltratar a un hombre honrado, forzado y estrechado por sus enemigos *a faltar a sus comprometimientos,* para entrar en otros nuevos *tan peligrosos y de consecuencias tan inciertas,* que ahora mismo no

1. Doc. cit.
2. Idem. idem.

sé *si la posteridad respetará mi nombre o si la infamia se apoderará de mi reputación*".[1]

No, General: mientras el Arauca muja por entre los breñales de nuestra pampa nativa, mientras resplandezca la gran llanura de Carabobo, más allá de la existencia de los bastiones de Puerto Cabello, vivirá vuestra gloria, estrecha en los anales de Venezuela, creciente en la leyenda: la posteridad fijará vuestra efigie, cercada de encina y palmas, en la testera de los salones familiares: la posteridad, ni siquiera atacará la impostura con que la fábula ha divinizado vuestra primera vida en mi remota llanura, muy cerca, muy cerca, General, de mi abolengo paterno: la posteridad irá a abrir vuestro sarcófago a la tierra de Washington, frente a los veteranos de la gran guerra lincolniana, para traer reverente vuestras cenizas, bajo los cañones de una nave de glorioso nombre guerrero, hasta el sagrado del Panteón venezolano: la posteridad sellará imperecederamente con vuestro nombre tierra querida y dilectas cosas patrias, y os levantará un monumento perennizando vuestro gesto inefable del hato Marrereño... Pero jamás será una infamia —sino obra libertaria de humanidad—, mostrar a la posteridad el ejemplo dolentísimo de un día aciago de vuestra vida, a fin de que los héroes inconmensurables como vos, huyan de vuestra tristeza y de vuestro dolor, y no aspiren, como aspirásteis en 1826, al monopolio de todos los derechos humanos y al usufructo exclusivo de todos los fueros, reputando al resto de los hombres por parias, ilotas v pusilánimes...

«¡Cuán superficial e instable debía de ser el encono de Páez contra los "letrados"! Si esa inquina hubiera tenido la intensidad de las demás pasiones de mi infortunado paisano, él, astuto y precavido, no habría querido aparecer en la historia civil de Venezuela como un pobre pacato del habilísimo "letrado" Peña; y no hay una línea de los actores y testigos de la *Cosiata,* no hay un solo sentimiento de la posteridad, que no descargue al sugestible llanero de la paternidad de sus obras en aquel tiempo. Suya era la remota propensión al mando absoluto; suya,, la alegría simplista y el amor de primitivo por los dictados pomposos v por los homenajes profundos; de él la cándida fe y la rudimentaria ilusión de llegar a "rivalizar" a Bolívar, el Libertador... *¡Emulo del Libertador!*... Páez, y sólo Páez, lo creía ingenuamente, dentro de su sencillo pecho de jefe de escuadrones tartáricos; y Peña, y sólo Peña,

1. **Páez al Libertador, carta de Caracas, 25 de mayo de 1826.**

era capaz para fomentar y sostener aquel sentimiento y aquella ilusión. "El doctor Peña y los antiguos facciosos de Caracas *son los motores* de este movimiento, en que Páez y Mariño hacen el papel de instrumento".[1] "Páez habla lo que le hacen decir Peña y Carabaño, y para cohonestar la rebelión me insulta inícuamente".[2]

En vano ese mismo Santander le advirtió a Páez del papel que estaba expuesto a representar ante la posteridad y, ante su propia reputación. "¿No ve Ud., le decía el Vicepresidente de Colombia, no ve Ud., que han de decir todos que el doctor Peña *ha intervenido y fomentado* la insurrección, por no responder al cargo de los veinticinco mil pesos que se supone quitó al Erario?".[3]

En vano el general Urdaneta, con sus títulos eximios, con su altísima autoridad moral, le hace igual llamamiento a la sensatez y al honor. "¿Cómo, le dice el prócer perilustre, cómo sufre Ud., compañero, que hombres criminales llamados ante la ley... se asocien a Ud., para guiarle en una empresa cuyo mal resultado Ud. debió prever...? ¿Cómo puede Ud. concebir que el pueblo de Venezuela se sacrifique, corra a las armas y se maten unos con otros *para que el doctor Peña no satisfaga 25.000 pesos que defraudó al Estado...?*".[4]

Sin embargo, Peña, inteligentísimo, avisado e instruido, no sentía sinceramente ni un ápice de estimación ni de devoción, por aquel terrible instrumento que una fortuna feliz había puesto en su mano en el momento necesario. Desde bien pronto, el señor Revenga pudo escribir: "Páez apenas *está tolerado* por uno u otro de sus antiguos íntimos amigos, y sostenido únicamente por los pocos que, *para ocultar crímenes,* le excitaron a la rebelión...".[5]

También Soublette señala duramente a Peña en aquellos días. Al Libertador le escribe: "...Páez es movido por hombres, si no perversos, por lo menos de muy poco juicio...".[6] Pero con O'Leary es más explícito el ministro de la guerra: "...observo que ha figurado como primer instigador una persona que había sufrido un juicio, sobre un hecho que parecía *además de criminal deshonroso.* Esto sería bastante para condenar el movimiento de Valencia...".[7]

1. Santander al Libertador. Bogotá, 9 de junio de 1826.
2. Idem, idem, 29 de junio de 1826.
3. A Páez, 12 de junio de 1826.
4. Urdaneta a Páez. Maracaibo, 27 de junio de 1826.
5. Revenga al Libertador. Bogotá, 7 de octubre de 1826.
6. Soublette al Libertador. Bogotá, 21 de febrero de 1826.
7. Idem, a O'Leary, Bogotá, 13 de julio de 1826.

LA BARRA ACUSA

I

No es al Libertador —Presidente de Colombia, árbitro de la paz y de la guerra—, sino a la posteridad, que tiene derecho a dolerse de ancestras heridas voluntarias, a quien se han dirigido las declaraciones contra los delincuentes. No es la inquina de los partidos, no es la voluntad adversa, no el intento depresivo el que levanta una voz torturadora sobre el magno escándalo de 1826. No es mi pluma la que viene tras la huella ensangrentada de los dispersos fugitivos de la alevosía, para impedir el fraude a la gloria, el dolo contra las generaciones, el goce de la impostura. Es la palabra severa e irreplicable de Sucre, que desde los confines australes de la América se oye decir: "Yo no tengo suficientes datos para juzgar quién tenga verdaderamente la razón; pero veo que el general Páez ha procedido violentamente en el modo con que se ha conducido en el alboroto de Valencia. Si él tenía quejas del congreso, no debía tomar un partido para vengarse *que dañaba el crédito y aun la existencia de la nación.*

"Aun suponiendo que él haya querido aprovechar esta ocasión para descubrir y plantificar sus ideas de que se proclame un Imperio en Colombia, es peor todavía haber aceptado ninguna investidura de la municipalidad de Valencia. *¿Qué es la municipalidad de un cantón para conferir a nadie una autoridad, y menos una autoridad militar?...*

"Yo he contemplado en las cosas de Colombia, desde muchos meses, que habría de ocurrir algún cambiamiento; pero si él era absolutamente preciso, me parece que pudo verificarse sin una revolución *que desacreditase nuestro país, nuestra causa y nuestros hombres...*".[1]

No es esta pluma la justiciadora. Es un proscripto venerable e ilustre, a quien la mano rotunda de un soldado violento, toma irrespetuosamente por el cuello y lo arroja a una extranjera roca de exilio; es don Cristóbal Mendoza quien relata: "Arrojado a esta isla por el torbellino revolucionario que aflige nuestra patria, creo de mi obligación manifestar a V. E. sucintamente las causas de mi expulsión y el estado en que se hallaba Venezuela el día de mi partida, que fue el 27 de noviembre (1826).

1. **El Gran Mariscal al Libertador. Chuquisaca, a 12 de agosto de 1826.**

"Desde la explosión de Valencia, que rompió el orden constitucional, todos aguardábamos las tristes consecuencias de una guerra civil, *y que fuesen removidos de sus destinos aquellos empleados que no cooperasen activamente al proyecto,* que apenas podría traslucirse por los que no estábamos iniciados en los misterios de la conspiración.

"Pero el general Páez llegó a Caracas en mayo, *y bajo las protestas de la mayor sinceridad y buena fe,* nos aseguró que no tenía plan alguno, ni proyecto personal suyo; que sólo aspiraba al bien público; que para conseguirlo, dirigía una comisión a V. E. impetrando su pronta venida; que hasta entonces había aceptado el mando civil y militar para conservar el orden interior, sin perjuicio de la integridad nacional ni de las relaciones exteriores; que las reformas que se deseaban se harían por medio de la Gran Convención de Colombia, usando los pueblos del derecho de petición...

"Confieso ingenuamente que me cautivó este raciocinio y creí ver ahuyentada la guerra civil, si todos cooperábamos a convertir en bien de la patria la fatal erupción del 30 de abril...

...—"Entre tanto, el general Páez continuaba rodeado de un juego de hombres marcados por la opinión pública, cuando menos, con la nota de poco amantes a las medidas conciliadoras; varios de los cuales habían pronunciado su odio contra mi persona porque no coincidía en sus ideas y trabajaban por persuadirle que yo era su enemigo.

...—"La opinión general de Caracas, y en casi todo el departamento, era evidentemente contraria, no a las reformas de la Constitución, sino a la disolución de la República, que se percibía en los proyectos oscuros de algunos hombres sanguinarios, que labraban su fortuna en las ruinas de la patria; ellos forzaban su marcha, según parecía, prevalidos de la ausencia del general Páez,[1] asegurando abiertamente que si él resistía la desmembración, *pasaría la revolución por sobre su cabeza.*"

Refiere en seguidas el señor Mendoza la defección de Macero, la insinuación a Páez de que lo suponían autor de ella, y continúa:

"No sabré decir hasta qué punto lograron impresionar al general Páez. Lo cierto es que desde Ortiz, viniendo del Apure, me ordenó en 11 de setiembre que pasase a Valencia, para tratar asuntos del

1. El general había ido al Apure, en el mes de julio. Mariño quedó encargado del mando militar.—N. del A.

Gobierno; que no fue por estar convaleciendo de enfermedad grave, y que a su arribo en principios de octubre, me aseguró en Caracas *que nada creía de cuanto le habían escrito y hablado contra mí.* La experiencia, sin embargo, probó lo contrario. Mi ruina estaba decretada; pero con tanta malignidad, que se me suponía factor de la guerra civil que deseaban ellos; *pero mi verdadero crimen consistía en los esfuerzos que había hecho y continuaba haciendo para impedirla.*

El 2 de octubre *se trató de sorprenderme* con la renovación del proyecto, para que la municipalidad de Caracas, a petición de *unos pocos hombres que se titulaban del pueblo,* proclamase la federación. Devolví el conocimiento al general Páez, y él tuvo a bien acordar la convocatoria y junta popular, que se reunió en San Francisco el 5 de octubre, cuyo resultado se dio al público, mereciendo el aplauso de todos los partidos por su cordura y circunspección; mas los pretendidos reformistas pretendieron muy luego erigir por sí un Estado independiente, *olvidando todas las promesas, protestas y comprometimientos anteriores,* y quisieron aprovechar la ocasión en que los diputados municipales, llamados para formar las peticiones que debían elevarse al Congreso, abrían su Asamblea el 1º de noviembre".

Refiere el señor Mendoza el suceso del primero de noviembre y prosigue:

"El abuso de todos los principios, el aparato de la fuerza armada, la ofensa que se hacía al buen sentido y al pueblo entero, en lo más delicado de sus derechos, *no permitían mirar tranquilamente el asesinato de la República; yo hice ver a mis enemigos que todavía quedaba un hombre libre en aquella tierra desgraciada.* Muchos creyeron llegada mi última hora por la libertad de mi discurso; pero el jefe del nuevo Estado no se acreditó entonces de cruel. Cortó la discusión, decretando perentoriamente por sí *lo que en apariencia* se había sujetado a la deliberación popular; y concluido el acto, *me acompañó a mi casa, prodigándome pruebas de consideración y amistad* a pesar de la contrariedad de nuestras opiniones.

...—"En fin, sin que hubiese ocurrido en los días subsecuentes motivo alguno por mi parte para nuevo desagrado, yo recibí la placentera noticia de mi destitución. Insté verbalmente que se me comunicara, temeroso de que se ausentase S. E. sin firmarla; y se me intimó, en efecto, el 25 de noviembre a las 12.

"En el mismo día se había publicado un bando declarando el buen Estado en asamblea y sometiéndonos explícitamente al despotismo

militar; se había intimado a la Corte de Justicia su traslación a Valencia dentro de ocho días y se habían mandado conducir allá los fondos públicos pertenecientes al empréstito extranjero y al departamento de Orinoco. Todo me persuadía que había espirado la seguridad y en este conflicto oficié a S. E., pidiendo un pasaporte, que se me remitió al instante, *con orden de salir dentro de ocho días;* yo salí antes de 48 horas, y seguidamente tuve que pasar a Santómas, porque no había barco pronto para otro destino.

"En cuanto al estado en que dejé a Venezuela, *no creo haya pluma capaz de pintarlo;* su población puede, no obstante, considerarse otra vez dividida en dos clases; opresores y oprimidos. La confianza pública destruida y llamados los trabajadores al servicio de las armas, quedó en suspenso la agricultura y paralizado el comercio. Las rentas ordinarias del Estado, que habían cubierto escasamente las inmensas erogaciones de los últimos siete meses, tocaban en su agonía.

"La ciudad y plaza de Puerto Cabello se habían sustraido a la obediencia del general Páez, sin que yo supiese los pormenores de aquella ocurrencia, pero de resultas, recogió el batallón *Anzoátegui* que hacía la guarnición de Caracas y la Guaira y con él marchó para Valencia la tarde del 25, dejando al coronel Carlos Padrón con el escuadrón de Flores, que llaman *Dragones de Caracas,* encargado de la capital, y al teniente coronel Carlos Núñez, de la Guaira".[1]

La frase terminal del señor Mendoza es profunda:

Dejo a la penetración de V. E. cuál será el grado de libertad y las felicidades que aguarda nuestro desgraciado país de semejantes antecedentes.

No soy yo quien acusa: es un hombre nacido circunspecto, como el general Tadeo Monagas, no adscrito aún, en 1826, a banderías políticas. El escribe: *"El señor general Páez ha tocado ya a la desesperación.* Desde el 7 de noviembre anterior, que se pronunció por el federalismo, todos sus decretos y todas sus órdenes han caminado hacia la guerra civil, porque penetrado de los sentimientos de Venezuela sana, no dudó un momento que los pueblos debían segregarse de ideas las más diabólicas; *ni las proclamas de Ud. han sido bastantes para que suspendiese sus maquinaciones y delirios".*[2]

1. Cristóbal de Mendoza al Libertador. Santómas, 15 de diciembre de 1826.
2. José Tadeo Monagas al Libertador. Píritu, 28 de noviembre de 1826.

Es Laurencio Silva quien avisa que Páez azuza los llanos a la guerra, al extremo de que el jefe de los húsares de Colombia tiene que marchar toda la noche, del Mantecal sobre Achaguas, para evitar que el antiguo jinete de "Las Queseras" lo ataque de sorpresa.[1]

Es Fergusson, quien se apresura a participar que los pueblos de la antigua Capitanía general de Venezuela, que no obedezcan al general Páez, han sido declarados enemigos y hostilizados como tales.[2]

Es el fiero Bermúdez, quien posee todo el necesario buen sentido para expresarse así: "El señor general Páez. nuestro compañero de armas, acaba de dar una herida mortal a la República, pues aunque ciertamente no sucumbirá, tampoco dejamos de perder nuestro crédito entre las demás naciones, y los españoles verán cumplido lo que tantas veces han dicho: *que nosotros somos incapaces de gobernarnos*".[3]

Es la infantil autodelación candorosa de Mariño, quien posee el arrojo compadecible de sus perpetuas quimeras, para poder escribir: "Habíamos levantado una república sobre una base extraña y dádole una construcción no conforme a sus materiales, era necesario que el equilibrio faltase, y no quedara sino un montón sobre su base. Los hombres de juicio deben ver bien una revolución que no ha hecho sino descomponer la estructura, conservando el plano y los materiales..."[4] (?...).

Es el integérrimo Arismendi, quien no pone atenuaciones a la tentativa: "El 16 del corriente mes salí de la isla de Margarita, a consecuencia de un fuerte encuentro que tuve con el señor general Mariño, a virtud de las actas que hizo formar allí declarándose por la federación... Ellos (Mariño y Antonio Leocadio Guzmán), engañan a los pueblos, suponiendo que lo que hacen es lo que Ud. desea...".[5]

Es, por ahora, Miguel Guerrero, sosteniendo al sol de las llanuras la bandera una de Colombia. "Durante la ausencia de V. E. se ha trabajado por algunos desnaturalizados para destruir la Constitución y las leyes fundamentales, y subrogarles la discordia que nos conduciría a la más horrorosa anarquía. La avaricia y la inmoralidad encontraron acogida en unos pocos, y animados de tan infernales móviles,

1. José Laurencio Silva al Libertador. Montreal, 28 de diciembre de 1826.
2. G. Fergusson al Libertador. Trujillo, 17 de diciembre de 1826.
3. Jí F. Bermúdez al Libertador. Barcelona, 8 de junio de 1826.
4. Mariño al Libertador. Cumaná, 20 de diciembre de 1826.
5. Arismendi al Libertador. Maracaibo, 24 de diciembre de 1826.

no menos que olvidados de sus deberes, *no han respetado un comportamiento solemne, ni al mundo entero que nos observa,* queriendo ocultar su pésima conducta con el nombre de los pueblos, como en todos tiempos han hecho los ambiciosos...[1]

II

No: no son la pasión política, el interés de tesis, ni el encono de los partidos, los que han erigido este tribunal adusto. Entre otros, además de los jueces ya citados, lo compone hombre tan reverenciable por su cordura, tan alto y sólido en sensatez como Urdaneta: "Páez me escribió una carta muy larga, refiriéndome todas sus tragedias y manifestándome el precipicio a que se vio forzado; ...a mí me convida Páez (¡audaz!), pero yo, reservando su carta sin hacer uso alguno de ella hasta ahora, suspendí su contestación hasta penetrarme de las intenciones del gobierno... Meditando yo un poco sobre en imprevisión *refiérese a Páez,* sobre su docilidad, y aún sobre lo que han hecho las influencias de sus malos lados, llegué a creer, recordando nuestra antigua amistad, que algunas reflexiones suaves podrían tocar su corazón para reducirlo a su deber, y que él se acogiese al gobierno".[2]

Figura en estrados Revenga, declarando: "Por este correo tendrá Ud., sin embargo, muchas noticias del interior de nuestra república, y algunas de ellas bien desagradables. *La peor de todas es la de algunos atentados cometidos por el general Páez contra el pueblo de Caracas,* como el haber regado un batallón en guerrillas por la ciudad, para llevar a efecto el alistamiento de milicias, y el haber luego separado de la municipalidad al alcalde Ascanio, que ya estaba retirado del servicio, etc., etc.

"Mi amigo, ¿cree Ud. que esto pare aquí? El único bien que esto puede producir es desacreditar al partido de la federación *de que neciamente parece que se agarraba Páez;* pues bastará para ello el verlo preconizado por acusados...".[3]

Aquí no hay adulteraciones, ni dolos, ni falsías; aquí no hay imposturas, ni componendas. El deber está en sanear de leyendas el espíritu

1. Miguel Guerrero al Libertador. Barinas, 8 de diciembre de 1826.
2. Urdaneta al Libertador. Maracaibo, 28 de junio de 1826.
3. Revenga al Libertador Bogotá, 21 de febrero de 1826.—*Idem.* 6 de junio de 1826.

nacional. La historia tiene, como el planeta, infinitas llanuras impasibles, ríos profundos y tormentosos, cordilleras tremantes. Sobre los picos se conciertan las negras nubes de la tempestad, y ellos, los que sueltan el alud que barre los rebaños y arrasa las praderas... ¿Por qué acusáis a los torrentes de que se inflen y rujan a la presión de la avalancha? Culpad a los ventisqueros... Es la historia la que fluye fríamente de los labios de Briceño Méndez:

"Que estamos amenazados de una guerra civil (si no estuviere ya abierta), es una cosa indubitable para cualquiera que conozca el carácter del general Páez, su influjo sobre el ejército y pueblo que manda, las provocaciones que se le han hecho y el espíritu de división que reina en Venezuela...

...—"Para que Ud. acabe de persuadirse del grado de peligro en que estamos, le diré: 1º Que cuando pasé por Valencia el año anterior, supe, por don Fernando Peñalver, *que Páez había estado al declararse contra el gobierno,* a consecuencia de sus disgustos con el general Santander, con motivo del suceso de Petare; 2º Que la razón que tenía para no venir al Senado era el no separarse del mando del ejército, *porque temía verlo pasar a otras manos...*

De estos principios nacen naturalmente estas consecuencias: 1ª Si un simple disgusto fue bastante fundamento para intentar la separación, el temor de un juicio y las provocaciones e insultos de que se le ha hecho preceder, lo serán para romper abiertamente; 2ª Si no se ha atrevido a dejar el mando temporalmente conservando siempre el derecho a él, menos se resolverá a entregarlo perdiendo hasta la esperanza de recuperarlo...

"Me levanto de la cama en que he estado sufriendo quince días, sólo para saludarlo y condolorme con Ud. por la suerte de nuestro desgraciado país. Tiene Ud. confirmados plenamente los temores de que le hablé en mi carta que condujo el teniente Armero. Las copias que contiene la correspondencia del Intendente del Magdalena no dan mucha luz sobre el objeto de la facción que se ha erigido en Venezuela; pero la esquela que nos ha enviado el general Montilla resuelve todas las dudas. Yo no acabo de persuadirme que el general Páez haya abrazado el loco proyecto de segregar a Venezuela del resto de la República..."

La esquela de Páez, que incluía Montilla, decía: "De haber sido uno de los más obedientes súbditos de Colombia, he llegado a ser el más desobediente. Yo he desenvainado mi espada y he jurado separar

a Venezuela del gobierno de la Nueva Granada; y en consideración de estas circunstancias, llamo a Ud. como Padre, y a los sabios hombres de Caracas para aconsejarme del modo mejor de proceder, para llevar a efecto el objeto que tengo a la vista".

Continúa la correspondencia de Briceño Méndez: "El deseo de que forme un justo concepto de las ocurrencias de Valencia, me ha hecho ser prolijo, y con el mismo objeto le incluyo dos impresos que me ha enviado el general Montilla. Ellos son anteriores al escándalo del 30 de abril; pero dan alguna idea de los medios que se empezaron a poner en acción para prepararlo. El estilo del anónimo, firmado *Un apureño,* me parece del doctor Peña, *a quien se atribuye generalmente una parte principal en la revolución del general Páez.*

"Cuando me preparaba para ir abrazar a Ud. y a contestarle de palabra sus dos apreciables cartas de 2 y 8 de agosto que me entregó Guzmán, me veo detenido aquí por un concurso de accidentes que parecen dispuestos por la Providencia para salvar la República. El Capitán Buroz, que tendrá el honor de presentarle ésta, referirá todo lo que ha sucedido en Venezuela; lo que ha ocurrido en esta plaza, y lo que esperamos que suceda en todo el país. Todo esto era demasiado para poderlo escribir, y aunque no fuera tanto, el tiempo es precioso para emplearlo en acción.

"Cuando llegó Guzmán a Caracas, el General Páez estaba siguiendo una política que había empezado *a engañarnos a todos.* La proclama que dio el último de setiembre, algunas órdenes que comunicó a las autoridades del Departamento, la libertad que concedió a las Juntas populares celebradas en octubre, y el acceso que había dado en sus consejos a los hombres buenos, como el doctor Mendoza, Narvarte, Yanes, etc., ofrecían muchas esperanzas.

"¿Quién habría creído que esta bella perspectiva desaparecería al llegar la carta de Ud.? Ella no aconsejaba sino lo mismo que se estaba haciendo; pero esto fue el mal, porque entonces se creyó que puesto que Ud. deseaba aquella conducta, no era la que convenía al partido. Era preciso que Ud. hubiese visto cambiar el aspecto de Venezuela para que pudiese formar un juicio verdadero de la causa de tal mutación. Guzmán llegó el día 28 de octubre, y el 29 por la tarde estaba hecha la mutación de principios y de conducta. Buroz le dirá lo que fueron las Juntas de los primeros días de noviembre hasta el día 7 en que se descorrió más claramente el velo.

"Hay sobre todo motivos para creer que todos los discursos que se pronunciaron por los partidarios, las representaciones del Síndico, las serenatas, etc., partían del Consejo hasta que había estado casi disuelto, y que entonces se constituyó en permanente. Al ver lo que ha pasado se creería que el General Páez ha perdido la cabeza, poniéndola en contradicción con su corazón. Yo he visto que tan pronto se ha seguido el impulso que le daban los más frenéticos partidarios, como se les ha despreciado. Por una parte se manifiesta una mira y por otra se deja descubrir una esperanza de que no se irá derecho a ella.

"Algunos de los que han estado más cerca del General Páez en los útlimos días, me han asegurado que él iba con la partida de novadores hasta el día 8 de octubre, y que desde aquella fecha los oye y decide por sí en una nueva línea de operaciones y de política que se ha trazado, y que según parece, no ha revelado a nadie".[1]

No: la infidencia es, por su naturaleza, reservada y sagaz, porque no sabe decirse a sí misma qué conducta observará en el minuto que sigue al primero de deslealtad. La armoniosa teoría silente de los discípulos siempre aparece turbada por la gesticulación inquietante del hijo de Iskaria...

BOLIVAR EN ACCION

El Libertador tuvo noticia del malestar de Venezuela por las cartas que le llevó el señor Guzmán, de Páez, de Briceño Méndez, de Mariño, de su hermana María Antonia.

La naturaleza de Bolívar, los ideales de su educación, la fortuna gloriosa de sus esfuerzos, sus ideas de gobierno desde antes de comenzar la guerra, y durante ella, no lo aficionaban, de cierto, a aquellos mirajes de república alegre y libérrima, contra la que en toda ocasión para él propicia protestó, con todo el fuego de su temperamento. (V. Al Margen de la Epopeya, *La vieja incógnita, Vigorizando al atleta,* págs. 99-122).

Positivamente, la independencia no significaba aquella república: la emancipación llevaba dentro de sí los aspectos infinitos de la cons-

1. **Briceño Méndez al Libertador. Panamá, 26 de abril de 1826.**

titución política de un pueblo, desde el fantástico *Incado* de Miranda, hasta las formas irrealizables de los puritanos. Esta distinción era de la tarde, entran ambos en Caracas, "Páez a su lado, en el carro triunfal que se había preparado con grande esplendor".[1]

DESPUES...

Después... ningún atentado quedó por consumar. Las semillas de todas nuestras desventuras habían sido plantadas pródigamente, en toda la inmensa tierra de Colombia. Había sido severo, y en su escuela feliz, Páez, el maestro de la inverecundia.

Sorbo a sorbo, la tierra aridecida de la patria, ha bebido el acíbar... Se vio entonces un espectáculo espantoso: a Bolívar, creador de naciones, desacreditando con su palabra las instituciones de su nación: a Bolívar, el más grande hombre de sus días, convertido en rival de Santander; "lengua de maravillas," preocupándose y llevando cuenta de germanías tabernarias; a Bolívar, renunciando la presidencia constitucional, para proclamar la dictadura; a Bolívar, perseguido en su alcoba, una noche del año veintiocho, por el puñal de sus tenientes...

Los hombres eminentes de la Europa liberal estaban consternados y entristecidos... Páez, en sus largos días melancólicos, debió leer con desesperación este párrafo de Benjamín Constant:

"De repente Páez, por largo tiempo su amigo, su compañero de armas, levanta el estandarte de la rebelión, protesta contra la unidad de la república, despedaza el pacto que ha consagrado esta unidad. Acude Bolívar. ¿Qué es lo que hace? ¿Castigar al culpable? ¿Afianzar el pacto jurado? De ninguna manera. *Páez y él se explican,* se abrazan, Bolívar manda que la constitución sea revisada. *Ella sola paga la pena de una revuelta impune y de una reconciliación inexplicable.* Y observad aquí que el señor De Pradt parece haber conocido el lado débil de su ingeniosa apología. 'Sea por el ascendiente del genio, sea por cualquiera otra causa, dice, Páez cede'. Sí, sin duda, por cualquiera otra causa. ¿Pero esta otra causa *no será la secreta inteligencia* del Libertador que quiere ser amo y del pretendido rebelde que le suministra la ocasión plausible de cumplir sus designios? La súbita cle-

1. *Enciclopedia Británica,* artículo "Colombia", trad. de Lleras. Bogotá, enero de 1837.—Reimp. en Valencia, por Bartolomé Valdés, 1841.

mencia del uno, clemencia que hace contraste con actos anteriores harto severos; la rápida sumisión del otro, sumisión que no pueden explicar ni su valor acreditado, ni su ascendiente sobre sus tropas; la unión de los dos para destruir la constitución de Colombia, todo esto es oscuro...[1]

He ahí el crédito que, con la "Cosiata" ganamos en el mundo.

El general Páez ha debido ver, en sus largas noches acusadoras, la visión que en la portada de este libro ha estampado Luis Muñoz Tébar, vástago de patricios, descendiente de aquella "abeja de Helicon, caída en la copa del ajenjo de los partidos"; portada que clama las palabras de la antigua desolación:

¡Pasajero, ve a España y di que has visto a Colombia llorando sobre las ruinas de la República!...

Caracas (Venezuela), mayo de 1907.*

* Eloy G. González, *Bolívar en la Argentina*. Caracas, Tip. Mercantil, 1924. pp. 34-45. 189-191. 219-247.

PAEZ Y LA OLIGARQUIA CONSERVADORA

José Gil Fortoul

«Reveló Páez no escasa habilidad política, agrupando en torno suyo a los hombres más influyentes de la Oligarquía, tanto civiles como militares. Logró que éstos respetasen sin reservas su autoridad y disipó el temor que a menudo tuvieron los otros de ver sobrepuesto el prestigio del guerrero a la eficiencia de las Leyes. Por instinto, antes que por reflexión, tendía a desempeñar el papel de ciertos reyes constitucionales, prefiriendo ejercer solamente las funciones de aparato, mientras no surgía algún gran conflicto nacional, y descargando sobre sus Ministros la diaria tarea gubernativa. Libró de manejos deshonestos la administración de rentas, con lo que inspiró ciega confianza a la población trabajadora, al comercio, a las industrias. Y gracias a su trato expansivo,

1. Al redactor del *Courier Francais*. París, 14 de enero de 1829.—*Benjamin Constant.*

llano, cortés sin amaneramiento, encadenó a su persona la simpatía de todas las clases sociales, aun de la más alta; a tal punto que convirtió en tolerancia afectuosa la censura que pudieran merecer algunos aspectos de su vida privada. Era esta todavía la del hombre que pasó su infancia en la humilde condición de peón de un hato y su juventud en los campos de batalla, vida cuyos impulsos íntimos gustaban de correr sin freno como el caballo de los llanos.[1] Sus grandes pasiones eran la equitación, el juego y el amor, en las que gastaba la pingüe renta de sus hatos. (Los cuales, dicho está, provenían de las propiedades confiscadas a los españoles, pues fue con el botín de semejante represalia como premió la patria a aquellos libertadores que no supieron elevarse al soberbio desprendimiento del Libertador). Su educación no era bastante para saborear el deleite del lujo refinado, embellecido por el arte: en su casa no hubo rico mueblaje, biblioteca rara, cuadros ni tapices de precio, ni mesa regalada. Separado de su mujer legítima, Dominga Ortiz, formó nuevo hogar con Bárbara Nieves, a quien todo el mundo llamaba familiarmente Barbarita. Después de la batalla de Carabobo se instaló con ella en Valencia, y cuando se trasladó la capital a Caracas, la llevó allí y la puso a vivir en su propia casa. Con ella se mostraba en el teatro, en el palco presidencial; y tanto se habituaron los mantuanos caraqueños a este adulterio público, que la censura de los salones no se reveló nunca con aires de escándalo y la murmuración callejera se limitó a ironías inocentes, cual la de distinguir con el nombre de Barbarita una batería de Puerto Cabello que los españoles llamaban La Princesa. Juan Vicente González se hizo vocero de la opinión corriente sobre estas cosas cuando escribió: "Puede el general Páez parecer culpable, y lo es para escrupulosas conciencias, por un singular afecto del género de aquellos que el mundo respetó siempre, porque los consagra el tiempo y los ennoblece la constancia. Los afectos durables, la pasión, no encuentran ya censores rígidos y severos: se ha guardado la cólera para esos instintos frívolos y carnales, sin pasión, sin lealtad...".[2] González, hábil cortesano en esta ocasión, no se atrevió a añadir que con el concubinato coincidían otros afectos, menos durables, pues eran en buen número las queridas del Presidente. Páez se creía acaso autorizado por el ejemplo de Bolívar, cuyo tempestuoso corazón vivió siempre en deslices amorosos. Faltábale, sin embargo,

1. Véase el tomo I.
2. Artículo publicado en el *Diario de la Tarde*, 13 de junio de 1846.

aquel tacto de gentilhombre y aquella espiritual elegancia con que el Libertador solía adornar, como con flores, sus volubles pasiones.

Es casi unánime el entusiasmo de los escritores venezolanos al hablar de la primera Presidencia de Páez. Su más encarnizado adversario en años posteriores, Antonio Leocadio Guzmán, escribe: "El período de 1831 a 1835 fue un período de moralidad, rectitud, orden y economía... Páez, a quien en materia de probidad fiscal tenemos por intachable... era un hombre de gran sagacidad, y de una ductilidad singular para adaptarse a las circunstancias, siempre en provecho de su autoridad, hasta donde ellas la hacían posible; y sin romper nunca con sus cómplices de 1826 y 1829, conocía la necesidad de respetar el elemento colombiano y boliviano en que figuraban todas (?) las entidades reconocidas por nuestros pueblos y gran parte del poder militar. Así se explica que yo fuese su Ministro del Interior y Justicia, y el señor Michelena, liberal de la más honrada secta, Ministro de Hacienda y Relaciones Exteriores; y que el señor Urbaneja, Vicepresidente de la República, llevara el timón de la política, apoyado y servido por nosotros dos. De aquí lo recto, lo justo y lo liberal de la primera administración de Páez"».[1]

. . . . . .

«En todo el período de la Oligarquía Conservadora ejerció Páez una especie de poder moderador sobre la contienda de las contrapuestas tendencias y ambiciones, por lo que afirmaban sus partidarios que lo único prudente era escogerle un sucesor dentro de su mismo grupo, para no chocar en seguida con el régimen existente o hábitos predominantes, y para asegurar sin disturbios la alternabilidad republicana. Al efecto aconsejaban la candidatura de Soublette, descartando las de Urbaneja y Salóm, porque a ellas se inclinaba una porción del partido militarista para el caso de algún tropiezo en su propaganda de la can-

1. *Datos Históricos Suramericanos,* t. III, pp. 294, 306, 308. Bruselas, 1880. —Es preciso aclarar y rectificar las últimas frases de Guzmán, quien según su costumbre escribió aquí de prisa. Fue Ministro del Interior de 1830 a 1831. En esta fecha lo sustituye Andrés Narvarte, hombre de alta significancia, hasta enero de 1833, fecha de su elección a la Vicepresidencia de la República. Entonces pasa Urbaneja al mismo Ministerio, hasta fines de 1834. Guzmán, que era oficial mayor o subsecretario, vuelve a desempeñar la cartera en las últimas semanas de la Presidencia de Páez y primeros meses de la de Vargas. Olvida también Guzmán, que de 1831 a 1834 fue Ministro de Guerra Carlos Soublette, quien por su experiencia y vasta ilustración política influyó siempre, y acaso más que nadie, en la dirección del Gobierno.

didatura de Mariño. Y a tal punto estaba en el aire la opinión de los paecistas, que hasta el campeón en la prensa de la candidatura de Vargas, el culto y bizarro polemista Domingo Briceño y Briceño, parece que la compartía cuando trazó este sugerente y espiritual esbozo de Soublette: "Hombre de maneras, de fácil acceso, dulce en palabras, reservado en sentimientos, oye todo, nada dice. Espíritu impasible, pasiones en calma, laborioso en el bufete, concibe con claridad, obedece con placer y manda sin repugnancia. Capacidad singular para evadir, y nunca chocar con el poder. Hábil para conciliar los extremos, difícil para resistirlos con arrogancia a pie firme y nudo pecho. Cortés por carácter, cortesano por inclinación, sus talentos son los de un diplomático y hombre de Estado".[1] Con semejante complexión moral, sobre todo con su ingénita diplomacia, es lógico suponer que Soublette hubiera podido evitar la honda turbación de los años de 35 y 36. Pero los amigos de Vargas prefirieron darse la natural satisfacción de triunfar —por el momento— del partido oficial.*

* José Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela.* Caracas, Parra León Hnos., 1930. II tomo, 2ª Edición. pp. 168-170 y 179.

INFLUENCIA DE LA ACCION HEROICA DEL GENERAL JOSE ANTONIO PAEZ EN NUESTRA EMANCIPACION

Juan Besson

Prosa laureada en el Certamen promovido por el Ejecutivo del Estado Zulia, con motivo de la conmemoración del Sesquicentenario del Natalicio del General José Antonio Páez.

Desde los orígenes de la humanidad, vemos que en todas las evoluciones de los pueblos sobresalen hombres que, por sus aptitudes especiales, dan brillo a los acontecimientos con asombrosas hazañas y parecen ser dueños de la victoria, convirtiéndose en héroes fabulosos.

En Venezuela, durante la gesta emancipadora, los hombres notables fueron innumerables. Entre ellos Bolívar, el Sol de la Libertad, fulguró con la más brillante luz y fundó la independencia con el fulgor de su

1. Editorial de *El Nacional,* 7 de julio, 1834.

espada y las concepciones de su genio inmortal. Y la maravillosa pléyade de libertadores cuya trayectoria siguió a la de ese hombre-luz, estaba formada por el más brillante conjunto de héroes que se conoce en la Historia, tanto más brillante cuanto que todos rivalizaban en valor y patriotismo.

Páez, que careció de otras cualidades enaltecedoras de sus compañeros de gesta, tuvo de alto relieve las cualidades de la audacia y de la temeridad unidas al valor y patriotismo que todos poseían. José Antonio Páez, venezolano que de peón de hacienda llegó a ser el Primer Magistrado de Venezuela, había nacido el 13 de junio de 1790, allá en la provincia de Barinas, y debió su robusta constitución física y su desprecio por los peligros, a la vida casi salvaje que llevó luchando a diario con los potros cerriles, con las fieras y con los elementos. Su atlética complexión, la fortaleza de su organismo, su extraordinario vigor, su sutilísima sagacidad, su indomable arrojo, todo eso fue adquirido en completa y constante lucha contra las fuerzas de la naturaleza. Aquilatada su fuerza moral y material en aquella prueba suprema que parecía no tener fin, Páez salió de ella forjado como los héroes mitológicos y creyérase que hasta invulnerable ante las armas enemigas. Para él no había lance extremadamente difícil, ni peligroso, ni aventurado, ni desesperado. Al contrario, parecía que más se crecía en valor y en audacia mientras más temerario era el lance. Y en el torbellino del combate se sublimizaba, sin contar ni la cantidad ni la calidad del enemigo.

Esbozado a la ligera el héroe, estudiemos la "Influencia de la acción heroica del General José Antonio Páez en nuestra emancipación".

Aunque ya antes había dado pruebas de valor, de entereza y de patriotismo, empezamos estudiándolo en 1814, cuando Lizón, jurando pasar a cuchillo a toda Mérida, "amenazando con degollar toda la población y reducir a cenizas la ciudad si fuese herido el más ruín de sus soldados", había hecho adelantar con fines feroces la columna de Matute. Cuando esta columna iba camino de Bailadores, al penetrar por una cuesta, pues en su mayor parte apenas permitía que marchasen los soldados sino de uno en uno, Páez que seguía a la columna observando sus evoluciones, comprendiendo que en ese momento de atravesar la cuesta no podían formarse para resistir un ataque, aunque se hallaba completamente solo, sintió incendiársele el alma de bravura, y gritando "¡Viva la Patria!" cargó repetidas veces fingiendo diferentes voces, matando al sargento que iba último en la retaguardia, y empu-

jando como si fuera él solo un batallón. Unos se tiraron por el barranco, otros corrieron como pudieron, abandonando sus armas (abandonaron hasta dos piezas de artillería) y fue tal la confusión que Matute llegó a Bailadores sólo con doce hombres!

La influencia de esta arriesgada acción fue tal, que destruida por completo la fuerte columna, que dejó en el campo armamento de mano, bagajes, municiones y artillería, Lizón se vio obligado a huir hacia el Estado Zulia, temiendo el ataque de un gran ejército, quedando limpio así de enemigos el territorio de Mérida con gran ventaja para la causa de la Libertad.

Después de esta acción de Bailadores, Páez se fue hacia los Llanos de Casanare a poner en práctica una idea que tenía hacía tiempo en su cerebro: se trataba de reunir llaneros de los mismos que tan partidarios se habían mostrado al Rey, y con un ejército de esa clase obrar él solo, por su cuenta, aunque bien sabía que tendría que luchar contra llaneros también iguales a los suyos en valor y superiores en armas, número y caballos.

Y así, después que en el Paso de Palmarito, en el Río Apure, destruyó los quinientos hombres de caballería que tenía Vicente Peña, llega el momento de "Mata de la Miel", donde el enemigo ya casi victorioso es alanceado sin misericordia. Combate efectuado en la oscuridad de la noche, causó al enemigo la pérdida de 500 prisioneros, 400 muertos, 3.345 caballos y gran número de lanzas y fusiles. Esta acción le valió a Páez el ascenso a Teniente Coronel y tuvo la influencia de que gran parte de los dispersos en el combate, de los desertores y de los prisioneros entraron a engrosar las filas de Páez, pues había entre ellos muchos venezolanos y además, la fama de nuestro héroe atraía a los indiferentes. De los pueblos de Barinas y de Apure afluyeron numerosos voluntarios que supieron que Páez, además de ser hombre, un hombre de inmenso valor, no ejercía crueldades con los prisioneros. La influencia de su acción heroica fue tal, que todos ansiaban conocerlo, y así cuando el ejército se lanzó a desobedecer al Gobierno formado en Guasdalito en 1816, todos opinaron que Páez era el único que era capaz de salvar la consolidación de las tropas. "Era tal la confianza, dice Restrepo (pág. 326, tomo 27) que todos tenían en el valor de Páez, en su actividad, en su influjo sobre los llaneros y en otras dotes que le adornaban, que los generales Urdaneta y Servier, lo mismo que algunos coroneles, se sometieron a su autoridad de buena

gana, mirando este paso como la única tabla de salvación en aquel naufragio tan espantoso".

Y la elección fue acertada: Páez salvó las reliquias desgraciadas de los patriotas que se habían acogido a las llanuras situadas entre el Arauca y el Apure, como muy bien concluye el historiador colombiano. Fue una de las situaciones difíciles para Páez. Extenuadas las pocas tropas, sin recursos, los caballos indómitos, y nuevos los que no estaban extenuados, "sin más armas que la lanza y palos de albarico aguzados a manera de chuzos por una de sus puntas, muy pocos llevaban armas de fuego"... "Es imposible imaginarse, dice con mucha exactitud Baralt, hasta qué punto llegaban las escaceses de los hombres que en aquel tiempo y en los posteriores hicieron la guerra en las llanuras. Los soldados estaban tan desnudos que se veían en la necesidad de usar, para cubrirse, de los cueros frescos de las reses que mataban; pocos tenían sombrero, ninguno zapatos. El alimento ordinario y único era la carne, sin sal ni pan. A todo esto, las lluvias eran frecuentísimas y los ríos y caños crecidos habían inundado el territorio".

Y fue Páez quien pudo salvar la situación en aquellos momentos tan conflictivos. Fue la influencia de su acción heroica, la que hizo que todos se confiaran a él. Hombre extraordinariamente audaz, la idea que concibió en tales circunstancias fue la "de batir inmediatamente al enemigo que se hallaba en Achaguas, para destruirlo y apoderarse del Bajo Apure, y conseguir así recursos para batir a Morillo.

Y en la Trinidad de Arichuna, Batalla del Yagual y toma de Achaguas, triunfa con solo 700 combatientes y con caballos que sólo podían hacer tres leguas diarias! Con su guerra relámpago en el Hato de los Cocos bate a Mirabal y le toma caballos para ayudarse; se apodera audazmente en Apure de unas flecheras que necesita, marcha sobre Nutrias, logra arrebatar todas las embarcaciones que había en el Puerto y sigue sobre San Fernando. En Mucuritas se cubre de inmarcesible gloria. La infantería de Latorre, formada en cuadro, sufre ataque tras ataque, perseguido hasta Paso del Frío, distante una legua del campo de batalla. Esta fue la memorable acción de la cual dijo Morillo: "Catorce cargas consecutivas sobre mis cansados batallones me hicieron ver que aquellos hombres no eran una gavilla de cobardes poco numerosa, como me habían informado, sino tropas organizadas que podían competir con las mejores de S. M. el Rey". La influencia de este triunfo de Páez repercutió en Europa, como que probó elocuentemente que no era una montonera la que luchaba por la independencia. Esta acción

le costó a los realistas gran pérdida de pertrechos, muy necesariamente bienvenidos en el campo patriota, e hizo que Morillo, al saber el desastre sucedido a su teniente Calzada, saliera con todo el ejército por medio de los bosques hasta Achaguas, y de allí, temiéndole a Páez que se hallaba a su frente, rehusara el combate y siguiera para San Fernando, donde tuvo que dividir sus fuerzas, objetivo que perseguía nuestro héroe, porque unidas eran un peligro soberano para la causa de la Patria.

Cuando el Libertador llegó a encontrarse con Páez, manifestó su admiración al ver cómo de unos pocos hombres de tropa colecticia había éste podido formar un ejército de caballería y un batallón tan famoso como el "Páez", vencedor más tarde en Boyacá. Bolívar no titubeó en expresar sus altos elogios, no sólo por la organización, sino también por la conservación, pues gran parte del ejército estaba compuesto por llaneros que antes habían combatido bajo las órdenes de Yañez y Boves y que Páez había conquistado poco a poco.

No tardó el llanero en sublimizarse ante los propios ojos de Bolívar. En San Juan de Payara, pocos días después, impaciente el Libertador por no hallar cómo pasar el Río Apure con el ejército por falta de embarcaciones, y con el enemigo hecho dueño del único lugar por donde se podría pasar sin el riesgo del cañón de la Plaza, Páez le dijo: "Pongámonos en marcha, yo le daré embarcaciones". El Libertador pregunta que dónde estaban las embarcaciones y cómo se podían tomar, y Páez le contesta que con caballería. "Será caballería de agua, porque con caballería de tierra no se hace ese milagro", dice Bolívar, pero siempre hace poner en marcha el ejército porque confiaba en el llanero.

Y Páez realizó el milagro. Una milla antes de llegar al río, con cincuenta hombres de la Guardia de Caballería, cinchas sueltas y gruperas quitadas, cae al agua, llegan hasta las embarcaciones y en un acto de sublimidad heroica se apodera de ellas. Un escritor inglés, testigo presencial, autor de "Recollections of a service of three years during the war of extermination in the Republic of Venezuela and Colombia, London, 1828", dice: "Picando espuelas a su caballo, se lanzó con él al río y le hizo nadar en dirección a la escuadrilla. Siguióle la Guardia con las lanzas en la boca, nadando con un brazo y acariciando con la otra mano los cuellos de los caballos, animándolos a nadar contra la corriente y dando voces para ahuyentar la multitud de caimanes que había en el río. Llegaron así a los botes, y montando los caballos se lanzaron de sus lomos a bordo de aquellos, guiados por su Jefe y con gran admiración de los que observaban desde la orilla del río, se apode-

raron de todas las flecheras. A oficiales ingleses parecería inconcebible que un cuerpo de caballería, sin más armas que las lanzas, ni otro medio de transporte que el caballo en la rápida corriente de un río, ataque y tome una escuadrilla de cañoneras, en medio de una multitud de caimanes; pero por extraño que parezca el hecho, es cierto, y existen hoy muchos oficiales en Inglaterra que pueden dar testimonio de él".

Este hecho, sucedido en la Boca del Coplé, a menos de una milla de San Fernando, fue de una influencia enorme, pues Bolívar sin perder tiempo, se pudo poner en marcha, como lo hizo, sobre Calabozo, sin que Morillo pudiera figurarse que había pasado el río. Impedido el paso de los víveres, interceptadas las comunicaciones, con la vía expedita, se conservaba nuestra línea de operaciones con Apure y Guayana. Ante tan inexplicable suceso como la toma de las flecheras, Morillo evacuó a Calabozo.

En Apure se jugó varias veces la suerte de la Patria y no hay duda alguna de que la influencia heroica de Páez la salvó. Cualquiera de las acciones notables de Páez que no hubiera tenido éxito, hubiera dejado por consecuencia un desastre quizás irremediable.

El Libertador en Angostura dijo: "El General Páez, que ha salvado las reliquias de la Nueva Granada, tiene bajo la protección de las armas de la República las Provincias de Barinas y Casanare".

Y respecto de las famosas Queseras del Medio, debían de bastar las palabras de Bolívar admirado ante tanta hazaña: "¡Soldados; acabáis de ejecutar la proeza más extraordinaria que puede celebrar la historia militar de las naciones.

"Ciento cincuenta hombres, mejor diré: ciento cincuenta héroes, guiados por el impertérrito general Páez, de propósito deliberado han atacado de frente a todo el ejército español de Morillo.

"Artillería, infantería, caballería, nada ha bastado al enemigo para defenderse de los ciento cincuenta compañeros del intrepidísimo Páez. Las columnas de caballería han sucumbido al golpe de nuestras lanzas; la infantería ha buscado un asilo en el bosque; los fuegos de sus cañoneros han cesado delante de los pechos de nuestros caballos. Solo las tinieblas habrían preservado a ese ejército de viles tiranos de una completa y absoluta destrucción. ¡Soldados! lo que se ha hecho no es más que un preludio de lo que podéis hacer. Preparaos al combate, y contad con la victoria que lleváis en las puntas de vuestras lanzas y de vuestras bayonetas!"

Así se expresó nuestro Libertador ante la hazaña de las Queseras del Medio. Los ciento cincuenta llaneros formaron aquella falange de centauros, inmortalizaron su nombre el 3 de abril de 1819, y así los guarda la Historia religiosamente. Tanto heroismo merecería ser cantado por Homero.

Analizada la influencia de esta acción, vemos que dio por resultado la retirada de Morillo a Achaguas y la posibilidad de batir parcialmente a Morales, a raíz de una completa desmoralización, pues ya los soldados del Rey veían a los lanceros en el ataque, como "de figura gigantesca y de hercúlea musculatura". Consecuentemente Páez pudo marchar sobre Guanare para impedir que Latorre pasara a dar auxilio a los realistas de Nueva Granada. Esta influencia se extendió a las negociaciones consiguientes de paz de Morillo, que culminaron con la firma del armisticio en Trujillo, el 26 de noviembre de 1820, para "regularizar la guerra conforme a la práctica de los países civilizados".

En la gran batalla de Carabobo, Páez, según su costumbre, se cubre de gloria. Allí la pujanza de su brazo rinde a los más corajudos combatientes españoles, contribuyendo como el que más a cimentar nuestra nacionalidad naciente. Allí en Carabobo, en el mismo campo de batalla, Bolívar le confiere el grado de General en Jefe, que luego le confirma justicieramente el Congreso de la República de Colombia.

Estudiada, pues, la influencia de la acción heroica de cada uno de los principales hechos de guerra del general Páez en nuestra emancipación, ello solo debe bastar para, en resumen, convenir en la influencia total que tuvo en la epopeya que nos dio libertad y gloria. Siempre su acción heroica fue trascendental, pues a más de la destrucción del enemigo, quedaban en su poder bagajes, vestuarios, caballos y armas de que carecían nuestras fuerzas, que a menudo estaban casi desnudas y solo contaban con sus lanzas; y la influencia final llegaba a estorbar planes ulteriores del enemigo que, de haberse efectuado, hubieran podido costar la destrucción de nuestros ejércitos.

Notable influencia esa de la acción heroica de Páez en nuestra independencia, notabilísima por muchos conceptos de trascendencia militar, prodigiosa por las consecuencias que poderosamente influyeron en los sucesos posteriores. Su decisión en pos de la realización del ideal, sus esfuerzos titánicos desde el principio hasta el final de la epopeya, nadie ha osado discutírselos. Su constitución de acero, su arrojo sin igual, parecen haberlo destinado a ser el centinela de avanzada, que bajo las órdenes de Bolívar el inmortal, tuvo siempre en el triunfo de la

Libertad una fe tan grande como la fe religiosa que en todo momento guardó en el fondo de su alma cristiana. Esa su preparación de peón de hato parece en verdad providencial. Todo le había vigorizado como para vencer en la magna lucha. En altísima cumbre se llenó de gloria inmarcesible, probando el temple de su alma heroica. Insigne batallador, campeón extraordinario, zapador infatigable, tenaz luchador, no desperdició ninguna oportunidad para derrotar al enemigo sin contar su número.

Su nombre es símbolo de orgullo indomable. Decidido, enérgico y afortunado en todas sus batallas, la potencia de su temible lanza impuso la libertad. Nada eran para él las empresas más extravagantes y arriesgadas. Selvas, ríos desbordados, precipicios, para él todo era igual. Guerrero arrancado a las Termópilas y a Leuctra, su valor parecía mitológico y su gesto olímpico le transfiguraba en las batallas.

Indudablemente que su acción heroica ejerció a todas luces influencia decisiva en nuestra emancipación. Lo proclamó Bolívar el máximo, lo confirma la Historia y lo atestiguarán los siglos ante el pedestal de su grandeza.*

Aquiles.

---

* *Fiestas de Patriotismo.* Celebración del Sesquicentenario del General José Antonio Páez en la capital del Zulia. Maracaibo, Imprenta "El Propio Esfuerzo", 1940. pp. 26-33.

Signos en el Tiempo

P A E Z

Enrique Bernardo Núñez

Mientras haya llanos, pampas y sabanas que conviden al hombre al gozo de la libertad, se mantendrá vivo en América el pensamiento de la Independencia, dice Páez en su autobiografía. Y ese es un factor que no debe olvidarse cuando se juzga al hombre de América. Cuando se quieren trasplantar de Europa a América ideas, sistemas, que no están de acuerdo con la naturaleza de América.

De antiguo existía cierto orgullo en el criollo —que luego ha ido perdiendo— de ser hombre de América, hombre americano, de un mundo mejor. Donde había ¡ay! abundancia. Páez es neta expresión del hombre de América.

Y cosa singular, el llanero separatista, pensaba ya en su tiempo como hombre americano. La Introducción de su Autobiografía, fechada en Nueva York el 19 de abril de 1867 —el año de Querétaro— abunda en lo que hoy podría llamarse espíritu panamericano. Desde su separación se había planteado a América el problema de las amenazas de Europa. La común defensa de América. Se debatía entonces el asunto racial, el cual si se leen ciertas publicaciones norteamericanas, no ha perdido actualidad en lo referente a América Latina. La Introducción a la Autobiografía considera que la doctrina de división de razas —en América, asegura, se funden todas las razas—, no es más que "un plan de agresión europea contra Estados Unidos, que representan en el mundo el poder de la democracia, sólo podría hallar adeptos entre quienes desconozcan el estado de la República de Washington y el de los países suramericanos".

Nació, según nos cuenta en su Autobiografía, a orillas del riachuelo Curpa, cerca de Acarigua, cantón de Araure, provincia de Venezuela. Hay un ritmo de integración en esos nombres, del riachuelo a Venezuela. Un riachuelo que se convierte en río para entrar en el corazón de América. El destino le hace señas cuando lo conduce al hato de la Calzada y lo pone en manos del capataz Manuelote quien lo obliga a domar potros salvajes y a pasar el ganado por los ríos crecidos y a lavarle los pies de noche, para humillarlo. De tarde, cuando acampan los caballos del escuadrón, Manuelote, ahora soldado de Páez, oye decir en tono de zumba a sus compañeros: "Catire Páez trae una camaza de agua para que me laves los pies". Operación que cumplía dócilmente el futuro presidente de Venezuela. Hasta que Manuelote se indigna avergonzado por aquellos recuerdos: "Yo lo hice un hombre y a mí se debe que hoy sea la primera lanza de la Patria". Tal dice Manuelote en uno de aquellos atardeceres llaneros, después de haber corrido todo el día a "revienta-cinchas".

"Catorce cargas consecutivas sobre mis cansados batallones". La Autobiografía cita este Manifiesto de Morillo. Catorce cargas. Catorce versos. El pensamiento de la Independencia halló un fulgurante instrumento en aquella lanza. La primera lanza.

Recuerdo las estancias de la casa de Páez en Valencia donde funcionaba un colegio alemán. Alemania estaba entonces en su máximo poderío y allí aprendíamos a leer y a contar en alemán. Pero hemos olvidado completamente el alemán. El patio rodeado de cuadros heroicos: Mata de la Miel, Mucuritas, Las Queseras, Puerto Cabello, etc. Manaba del fondo de la casona uno de esos silencios dorados y arcaicos, florecidos de rosas de leyenda. En aquellas estancias había reposado el centauro. La lanza en el rincón con la sombra prendida en la punta. Un viejo mendigo, que a veces iba a sentarse en la puerta, nos refería que el enemigo clavado en la lanza era levantado en vilo y arrojado por la parte trasera. Más de una vez hemos hablado del estado lastimoso en que se halla la Casa de Páez en Valencia. Sobre las pinturas murales de la sala donde el héroe tocaba violín y donde brillaban las gracias de la favorita han clavado unos muestrarios litográficos. Y en el patio, en vez de las rosas y del surtidor, un templete, de madera, horrible.

Las personas amantes del despotismo insisten en que Páez representa la tradición caudillista del país. Y que esa tradición involucra la normalidad constitucional. Pero a poco de contemplarse detenidamente se advierte que lejos de ofrecer garantía de normalidad es lo más anormal del mundo. Eso de suplantar instituciones con personas, porque así conviene al interés de unos cuantos, es un sistema monstruoso en una sociedad que ha adoptado usos y costumbres de otra civilización. Suprimida de improviso la persona la suerte de esa sociedad queda a la ventura hasta encontrar su centro en la continuidad del abyecto personalismo. Páez mismo comprendió su error cuando nos dice al final de su Autobiografía, proscrito y anciano: "Termino, pues, la historia de mi vida donde debió haber acabado mi carrera política".

Páez encarna la gloria del carácter nacional, Páez el héroe, no el hombre de los "buenos y los malos", víctima de las camarillas políticas.*

---

* *El Universal*, 13 de junio de 1940.

MISION ANALOGA A LA DEL TIRANO GRIEGO

Mariano Picón-Salas

El pueblo ha producido en esta inmensa faena de la guerra sus pastores y conductores. José Antonio Páez, un llanero humilde, que a fuerza de valor, galopadas y lanzazos se ha creado un inmenso destino personal, es el jefe de Venezuela en 1830. En él se apoyan los grupos oligárquicos porque —este es un fenómeno profundamente venezolano— sin él, sin el guerrero que viene del pueblo, ellos no tendrían voluntad de poder. Lo que en la Historia de nuestro país se llama el régimen godo o la oligarquía conservadora, es un sistema de transacción entre el militarismo que tiene un origen popular y la clase aristocrática que suministra los letrados, los financistas, los grandes funcionarios. Transacción que indica un tono de vida muy diferente de lo que fue el régimen colonial. Conteniendo sus prejuicios éticos y sociales para asegurarse la buena voluntad del jefe, la aristocracia criolla en sus grandes personeros, debe visitar y rendir pleitesía a las esposas morganáticas del General Páez. En la Administración pública y las altas funciones del Estado se van mezclando junto con los viejos apellidos historiados y rancios, aquellos nombres nuevos de militares y caudillos que afloró la Guerra. Si pequeños círculos oligárquicos sirven para controlar y dirigir en centros urbanos y pacíficos como Caracas, Valencia, Mérida, Cumaná —ciudades godas—, tienen muy poca validez en provincias como las llaneras donde es preciso defenderse del doble peligro de un espacio inmenso y despoblado y de una gente nómade y díscola. De las grandes llanuras ha venido en la Venezuela del siglo XIX el ímpetu guerrero e igualitario. El militar criollo que comenzó siendo jefe de montonera bárbara, cumple en la Venezuela de entonces una misión análoga a la del tirano griego: es un poco el creador de un orden nuevo y frecuentemente ilegal, frente al constitucionalismo estático de la clase oligárquica y letrada.*

* Mariano Picón Salas. *1941, Cinco discursos sobre pasado y presente de la nación venezolana.* Caracas, Edit. "La Torre", 1940. pp. 73-75

SU EXCELENCIA EL CENTAURO

Ramón Díaz Sánchez

De pronto, a mediados de 1823, la capital se conmueve por las noticias de una victoria naval obtenida en el lago de Maracaibo. Al mando de la escuadra colombiana, el General José Padilla ha batido allí a las naves españolas en una acción que rescata para la República la importante provincia zuliana. Pero cuando todavía estremecen los nervios del patriotismo las vibraciones de este gran triunfo, una nueva sacudida viene a exaltar el corazón colombiano. Y Venezuela pregona su júbilo hacia los cuatro vientos del mundo. Las campanas de los templos son las lenguas de las ciudades. Las gentes corren por las calles y van a postrarse ante los altares con el nombre de Páez en los labios. ¡Puerto Cabello! ¡Puerto Cabello! ¡Ha caído Puerto Cabello! Al cabo de dos lustros de resistencia, cuando ya se desesperaba de arrancar ese postrer baluarte a la tosudez hispana, queda roto el hechizo. Y es Páez quien lo rompe. Páez el invencible, el temerario, ¡el brujo! Donde fracasara la fuerza triunfa la astucia unida a la audacia. El prestigio de Páez es una llama que se convierte en incendio y que ilumina los ámbitos. He aquí el remate glorioso de una historia de triunfos como no los recuerda la historia. ¡Mucuritas!, ¡Mata de la Miel!, ¡Las Queseras!, ¡Carabobo!, Ahora Puerto Cabello. Este hombre extraordinario excede las capacidades humanas, rompe la lógica de los hechos posibles. Su nombre, breve y seco como un pistoletazo, embriaga los corazones venezolanos.

Poco después llegan a Caracas los detalles del acontecimiento. Los trae Mariño, que se adelanta mientras el vencedor queda recibiendo el tributo de los pueblos. Los españoles se habrían perpetuado en la inexpugnable barrera que forman a la ciudad porteña su mar, sus fortines y sus murallas, si un siervo negro no hubiese guiado a los soldados de Páez, a través de los manglares, hasta el recinto de la población. La sorpresa fue eficazmente complementada por la faena de las lanzas.

Al amparo de la noche, entre reflejos con sordina de nubes, los asaltantes cruzaron el manglar con el agua al cuello para correr después, desnudos, tras de los enemigos. Una de las calles cercanas al mar —la calle de *Morián*— recibió esa noche el nombre de *Lanceros* porque a lo largo de ella la hueste republicana persiguió a un grupo de soldados del Rey y clavó a su jefe en el portal del templo. En cierto modo aquello resultaba simbólico, porque las lanzas herían al mismo tiempo un viejo fuero. La Iglesia dejaba de ser la lengua del Estado, en cuyo nombre comenzaba a hablar otra voz. Después del asalto nocturno, en un alarde soberbio, el jefe vencedor pasó casi solo al castillo de San Felipe para recibirlo de manos de los vencidos.

Algunos días más tarde está Páez en Caracas. Una nueva empresa decora su escudo. El que Carabobo se dará después ostentará su hazaña por emblema: un castillo marino, un grupo de lanceros atravesando el mar y debajo de ellos esta leyenda latina: *Occasus Servitute* (el ocaso de la servidumbre).

Arcos de palmas y guirnaldas de flores, banderas tricolores y leyendas poéticas decoran la ciudad. Por la noche las hogueras la iluminan con reflejos paganos y en torno a ellas el pueblo se entrega a la danza. Hay Tedéum, terneras devoradas en las plazas, desfiles y alegorías formadas por hermosas muchachas. El héroe aparece en medio de la turba con su uniforme azul y rojo y su gran penacho de plumas. ¿Cómo podrá pagarle la Nación tantos esfuerzos? Pero el Centauro continúa siendo un hombre sencillo. Ya cambiará más adelante. Por lo pronto su alegría es la alegría del pueblo: sus reacciones las mismas de todos esos seres simples que no saben de disimulo ni de pulimentos y que exteriorizan sus emociones en estallidos. En estos instantes en que mira saltar el chorro del júbilo, no le es posible resistir el impulso de participar en él con algo propio y arrastrado por este deseo ordena preparar una fiesta de toros coleados. Inmediatamente se tienden cercas de bambú en las bocacalles, cúbrense de flores las ventanas de las casas y las mujeres aparecen en ellas tocadas con mantillas sevillanas y claveles rojos de Galipán. Este es su ambiente, su fiesta de llanero y de héroe. Decorado el pecho con cintas de colores, el sombrero sobre la nuca y las rodillas prendidas a los costados de la cabalgadura, el General descuella a la cabeza de los *coleadores*.

Los empedrados, donde la hierba asoma, echan chispas cuando el pelotón se dispara en seguimiento del toro. Por la calle más larga —la de las Leyes Patrias— va rebotando el grito de los corazones: "¡Páez!", "¡Páez!". Brilla sobre las cabezas la rosa del sol y en el arroyo se forja un nuevo símbolo para la historia de la República. He allí la mano robusta prendida a la cola del toro. Miles de pechos palpitan comunicándole la fuerza de su emoción. Es una garra que no sabe soltar. Una, dos, tres veces rueda la bestia entre el polvo y otras tantas las manos se agitan como banderas.

Guzmán, que presencia la fiesta en el grupo de sus amigos, establece contrastes mentales. En España ha visto corridas de toros, espectáculo que según los sociólogos representa un aspecto de la tragedia española, pero en el cual existe un sentido del arte y hasta un barrunto científico que no se encuentra en estas carreras salvajes. El torero, para burlar a la fiera, adopta en la plaza posiciones escultóricas que realza el traje de luces. Las verónicas, las banderillas, la muerte son las figuras rituales de un misterio étnico. Lo que ahora se ofrece a su mirada es, por el contrario, la expresión primitiva, desnuda y brutal de la fuerza, sin ecuaciones estéticas. ¿Qué hay de bello en todo esto? Sin embargo, el entusiasmo del pueblo raya en delirio. Sus propios amigos, los intelectuales que acaban de dejar la pluma con que escribieron su último artículo, los que horas antes comentaban *El espíritu de las leyes* invocando las luces de la civilización, aplauden al derribador de toros. El no lo comprende bien y tardará todavía en comprenderlo.

De repente, como bajo el deslumbramiento de una revelación, Guzmán cree hallar el camino que ha estado buscando a tientas. Este pobre país —su país— está a punto de sufrir una monstruosa deformación. El dragón del militarismo —pavor de intelectuales— amenaza engullir las bellas manifestaciones del espíritu y él puede ser el San Jorge que lo redima con la lanza de su pluma. En noviembre de 1824 se le ve saltar a la liza para desafiar al monstruo. Sus artículos, publicados ahora en *El Constitucional Caraqueño,* arman tal revuelo que las gentes comienzan a preguntarse quién es el audaz que a tanto se atreve. Guzmán advierte la expectación, la palpa, se nutre de ella.

Al fin ha triunfado, esto es, se ha singularizado, ha salido de la anonimia. En la calle los caraqueños le miran y sus ojos parecen preguntarle: ¿Pero está usted vivo todavía?

En el primer número de *El Vigilante,* un semanario que dirige e imprime Valentín Espinal, aparece el relato de esta primera proeza de Antonio Leocadio en tierras venezolanas. *La liberté de la Presse est dans un peuple l'aliment de l'émulation,* reza el epígrafe de *El Vigilante.* Sin embargo, a juzgar por el comentario que dedica a Guzmán, su director no parece estar muy convencido de este principio. El artículo lleva por título el nombre del escritor a quien Espinal parece no conocer todavía: "Antonio Leocadio Guzmán". Luego dice: "Este joven, autor o no autor de varios artículos publicados en *El Constitucional* criticando las disposiciones que ha dado el Gobierno para un alistamiento general, ha aparecido suscribiéndolos y no ha habido un número de aquel periódico, después de la publicación de tales disposiciones en esta ciudad, en que no se haya presentado como un esforzado atleta que desafía todos los peligros... La inmoderación del estilo y el poco respeto con que se trata en ellos al Gobierno ha ofendido la cultura de los caraqueños y molestado los ánimos de los que creen que la libertad de censurar las medidas de la autoridad no debe defraudarlos de la consideración y decoro que el honor de la nación exige para sus jefes y magistrados".

En realidad la cuestión era grave. El Congreso de la República había decretado una leva de 50.000 hombres para continuar la guerra y Santander, al reglamentar el decreto (31 de agosto de 1824), disponía que el alistamiento se hiciese efectivo entre los ciudadanos de dieciséis a cincuenta años, con la sola excepción de los marinos y sacerdotes. Fue tal el escándalo que produjo la crítica de Guzmán, que Páez vino de Maracay a Caracas y ordenó a su ayudante, el Coronel Marturell, prender al escritor. Guzmán se ocultó. Los sabuesos del Intendente Escalona le hallaron y condujeron al cuartel general. Hubo una protesta pública firmada por varios ciudadanos. *El Vigilante* comentó entonces, candorosamente, que no siendo el cuartel general lugar de destierro ni de pena, no se explicaba por qué habían conducido allí al periodista. "No se sabe positivamente —decía— para qué ha llamado el General Páez a Guzmán". Sin embargo, el General lo sabía. El joven no había cumplido las disposiciones sobre el alistamiento decretado y se le aplicaba la pena correspondiente, que era la de su incorporación a un cuerpo veterano en calidad de soldado.

Así se forja, por un golpe de audacia espectacular, en medio de los albores de la República, la fama de un hombre llamado a fatigar la publicidad. Caracas, enamorada de la hazaña, novelera y sentimental, rodea a ese hombre con una aureola de popularidad. Y Guzmán, embriagado por su primer triunfo, no vacila en llevar su empresa al último extremo. Desde el propio cuartel del caudillo recurre a la Corte Suprema del Norte, calificando su detención como un atropello. La sociedad se estremece. La Municipalidad protesta. *El Colombiano* también. Felipe Fermín Paúl, abogado de los Bolívar, asume la defensa del reo, y Francisco Javier Yanes, Presidente de la Corte, falla en favor de éste porque la Constitución garantiza la libertad de imprenta y ningún ciudadano puede ser juzgado sino por sus jueces naturales. Sin embargo, Guzmán no queda por completo exento de pena: el Comandante general le impone una multa para cuyo pago se constituye una junta de amigos. El joven entonces rechaza este auxilio y recomienda a sus amigos invertir el dinero recogido en alguna obra de beneficencia.

Horas de incomparable satisfacción debieron ser aquéllas para Guzmán; horas de envanecimiento y orgullo. Sin embargo al correr los días y desviarse la atención popular hacia otros polos, debió de reflexionar con calma sobre las proyecciones futuras de su conducta. Acaso sus propios amigos le hablaron de los peligros que su proeza le acarreaba. Era preferible un lustro de hambre que atraerse la ojeriza de Páez, Carabaño y todos aquellos seres violentos. Valía, pues, la pena modificar su actitud y buscar los medios de aproximarse al General. Por fortuna, Lander era amigo de Páez. Le había prestado servicios que éste no podía olvidar y ofreció gestionar una entrevista entre el caudillo y el escritor.

Un día cualquiera, en el entreacto de dos campañas, se realiza el encuentro y Guzmán se siente un tanto desconcertado. No es él, sin embargo, hombre que retrocede. Se sobrepone y avanza con la mano extendida. Ya conoce a este personaje admirado y temido. Su figura rechoncha, su cuello de toro y su cabeza leonina le son familiares. Le ha visto más de una vez pero nunca se ha hallado frente a él como interlocutor. Hay algo hermoso y grande en su voz, en sus maneras. Algo que sobrecoge y atrae. Estos puños que tantas veces blandieron la lanza llevando prendidos los intestinos de los enemigos de la Patria, sostienen ahora el tenedor y el cuchillo para trinchar un pollo. Estos pies anchos y duros, que han removido la tierra y el fango de las llanuras, se mueven nerviosos dentro de las alpargatas, cruzados, como los

de los pastores, por las tiras de cuero que sostienen los acicates metálicos. "En esta cabeza de león —piensa Guzmán— y en estos puños de hierro descansa la suerte de un país cuyo destino buscan otros a través de los libros".

Cada vez más dueño de sí y con la desenvoltura que caracterizará más tarde su personalidad, el joven habla de sí mismo. Sale al encuentro de posibles enojosos recuerdos. La mayoría de los americanos son hijos de españoles. Los republicanos más decididos descienden de realistas leales y Colombia está todavía llena de estos últimos. El ha vuelto a su patria para ofrecerle su juventud y su talento con la misma sinceridad, por lo menos, que todas estas personas que rodean ahora al general y celebran sus ocurrencias. Désele una oportunidad y mostrará de lo que es capaz su corazón de patriota.

Ante la sorpresa de sus oyentes evoca a Rousseau, cuya lectura está fresca en su mente. En *El Contrato Social* dice el maestro que la primera ley de la libertad común del hombre es velar por su propia conservación. Que sus primeros cuidados han de ser los que se debe a sí mismo. Que tan pronto como llegamos a la edad de la razón somos los jueces de los medios adecuados para conservarnos libres y, por tanto, nos convertimos en señores de nosotros mismos. ¿Quién de los presentes puede dudar de tamaña verdad? Páez le escucha asombrado. Su mirada parece inquirir quién es este Rousseau de que habla el lechuguino con tanto entusiasmo, mientras que don Cristóbal Mendoza hace con la cabeza leves movimientos afirmativos. Sólo el joven se atreve a sonreír en este momento.

—Usted sabe, mi general, que esta lucha, en la cual tanto se ha distinguido usted, está inspirada principalmente en la filosofía de Rousseau...

¿De veras? Ahora la mirada de Su Excelencia parece decir: "Con que así... ¡Y yo sin saberlo!". Vuelve a reír y los demás, como siempre, a imitarlo.

Páez produce la impresión de disfrutar un inexplicable deleite al verse rodeado de la solicitud y el respeto de todos estos personajes que rivalizan en el propósito de hacerle grato el momento y de ahuyentar de su mente cualquiera sombra de preocupación. Sus frases más triviales, sus más insignificantes alusiones, son motivo de atención sin-

gular, de expectativa o de risas desaforadas. Y Guzmán se repite interiormente, recordando a Rousseau: "¿En qué sentido podrá ser éste un acto de deber?". Ya conoce hasta qué altura sube en el corazón del pueblo la admiración por Páez, cómo se repiten y celebran sus hazañas, cómo se consagran sus frases. Alguien le ha llamado *El Centauro,* y esta palabra que pocos entienden en su verdadero significado, cobra, sin embargo, ásperas resonancias mitológicas. Evoca pampas y tropeles con sangre. Bolívar lo ha consagrado como la primera lanza del mundo y ¿quién se atreverá a discutirlo en Venezuela y Apure? ¿Quién ha hecho lo que él con su lanza y su caballo? El pueblo admira a Bolívar y lo ama, pero de un modo distinto. Rutilante y lejano, valeroso y sabio a un tiempo, aparece entre nubes de gloria como un semidiós. Páez, al contrario, dondequiera que se halle está siempre corpóreo. Las nubes que lo envuelven son de polvo encendido y los hombres lo ven como un semidiablo. Guzmán lo mira y comprende con cuánta facilidad podría hacer morder el polvo a los enemigos y a los amigos. Junto a este hombre, al lado de esta bestia genial, aparecen sus oficiales como demonios menores que recibieran de él el fuego que los mueve, sometidos a una ciega fidelidad.

Después de esta primera entrevista Guzmán no desperdicia las oportunidades de aproximarse al General. Cada vez que éste llega a Caracas, después de una de sus correrías por Carabobo, Aragua o los Llanos, va al cuartel del Mamey o a la posada de Morrison, y el joven acude allí como todos, con objeto de hacerse notar. Le presenta sus homenajes y recibe la merced de sus palabras. Mantuanos, militares, letrados y sacerdotes van a lo mismo y el jefe los recibe con sencillez. Más de una vez lo ha visto Guzmán saltar de la hamaca de hilo, desnudo el torso y descalzo el pie, para estrechar la mano de un prócer, o atravesar la sala en medio de sus visitantes para acariciar a alguno de los gallos de pelea que siempre hay en su estancia. Y no sólo esto. También le ha oído cantar con su robusta voz de barítono coplas llaneras y canciones de la Costa cuando alguna pena o alguna alegría llenan su corazón de nostalgia.

Por esta época sus permanencias en Caracas son breves e intermitentes y los murmuradores hacen correr la especie de que la Capital le resulta antipática. Es que su ruda sencillez repugna el manoseo, la guasa y el chisme de los capitalinos. Tal vez le incomoda el aire de sabiduría de ciertos patricios duchos en vestir sus intereses con los brillantes ropajes del patriotismo.

La verdad es que Páez prefiere la campaña. Siempre a horcajadas en su caballo, seguido de su hueste, nómada, unas veces está en Maracay, otras en Valencia, otras en Achaguas. En medio de la Naturaleza recibe la inspiración del mando como los pastores de la Biblia, directamente de las estrellas. Ahora que la guerra toca a su fin, cuando las tareas de la administración reclaman su interés, enlazando novillos en la sabana o derribando árboles para fabricar potreros, encuentra un derivativo a sus impulsos bélicos. Rápidamente se va convirtiendo en un geófago y le resulta más grato que la vida ciudadana el espectáculo de sus tierras recién adquiridas y de sus ganados recién herrados. ¡Qué grandes y generosas son estas tierras de Venezuela por donde han rodado sus alegrías y sus angustias!

A fuerza de constancia Guzmán consigue hacerse familiar a este hombre. Primeramente le es asignado un modesto empleo de escribiente en la Comandancia General. Más tarde pasa como Secretario a la Intendencia del Departamento y a la postre está convertido en una especie de consejero informal con quien el caudillo gusta comentar las cosas de la política. Con frecuencia éste le encarga la contestación de sus cartas. Pero lo que más le agrada es oírle hablar de los asuntos de España, en cuyos detalles al parecer insignificantes, pone gran interes. Y aun cuando hace más de dos años de su regreso, Guzmán refiere sus experiencias como si hubiesen ocurrido el día anterior, mezclándolas con sus lecturas recientes y comentándolas a su manera. Después de ocho años de ostracismo, Fernando VII vuelve a España con la protección de Francia, Rusia, Austria y Prusia y reacciona contra los liberales. El pueblo, corrompido e ignorante, lo recibe con los brazos abiertos y grita: "¡Viva el Rey absolutamente absoluto! ¡Vivan las cadenas!" La Federación de Realistas Puros, apoyada por el Infante don Carlos y su mujer doña Francisca, extiende su poder por todo el país y las *Purificaciones* conviértense en el más eficaz instrumento de la tiranía para ejercer sus venganzas. Don Alberto Lista, viejo profesor de Guzmán, ha sido detenido junto con otros hombres ilustres. Las

potencias que respaldan a Fernando reconstituyen la antigua Santa Alianza y acuerdan un subsidio de veinte millones anuales para emprender la aventura de la reconquista de América; pero Guzmán está convencido de que éstos son sueños quiméricos de la realeza europea cuyo destino está marcado ya con los signos de la corrupción y de la muerte.

—El liberalismo, mi general, gana el espíritu de los hombres. América es esencialmente liberal como lo afirma el Abate De Pradt.

¡El liberalismo! Páez cree en él a su modo, pero carece de fe en el porvenir de Colombia y no tiene empacho en decirlo. Le parece una concepción demasiado teórica, en cuya realización tiene excesiva ingerencia los abogados. Ya ha hablado de esto al propio Libertador y recuerda que con ocasión de la entrevista de Santa Ana, Morillo, el jefe español, refirió a Bolívar cómo había fusilado a todos los picapleitos que cayeron en sus manos. Es lamentable que los patriotas no hubiesen hecho otro tanto. Ahora oye hablar de doctrinas, de liberalismo y de federación, y aun cuando no le desagradan del todo estas cosas —puesto que se siente liberal en lo íntimo de su espíritu—, por encima de todo considera necesario el mantenimiento del orden. Y el orden, a su entender, no se mantiene sino por la fuerza. Demasiadas luchas, incontables sacrificios, desvelos y angustias son el precio que ha pagado por esto que llaman la Patria y que todavía siente cómo se cuaja en sus manos. No va a permitir que los enredadores se la arrebaten y malogren.

También conoce Guzmán por esta época a una mujer que jugará un papel importante en la historia de Venezuela. Es Barbarita Nieves, la joven amante del General. Por ella ha abandonado el Centauro a su legítima esposa desde 1820, y por ella sería capaz de cometer aún muchas locuras. Barbarita es blanca, esbelta, y la cabellera castaña le cae en cascada sobre las caderas. Hasta entonces ha vivido en Valencia, pero Páez le hace venir a Caracas para tenerla a su lado. Fácilmente se advierte en él la pasión que le inspira esta mujer, una pasión en la cual la carne se incendia con vibraciones de orgullo. Es un trofeo viviente arrebatado por su prestigio a los prejuicios de una sociedad que todavía suele mostrársele esquiva y recalcitrante, y a él le gusta

exhibirla como si se tratase de una cinta ganada en la gran coleada de la guerra. Guzmán puede observar cómo brillan los ojos de Su Excelencia cuando ve desfilar ante ella a los personajes que vienen a visitarlo. Cómo se inclinan y besan su mano. En estos momentos deben acudir a la mente de Páez los recuerdos del hato de La Calzada, cuando tenía que lavarle los pies al zambo Manuelote. Y Guzmán, sonriendo para sus adentros, no cesa de evocar a Rousseau: "La fuerza es una potencia física".[1]

1. Ramón Díaz Sánchez. *Guzmán, eclipse de una ambición de poder.* Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación Nacional, 1949. pp. 36-44.

PAEZ, RESTAURADOR DE LA INDEPENDENCIA DE LA REPUBLICA DE VENEZUELA

Simón Planas Suárez

Poco después de haber puesto punto final a una serie de artículos publicados en el gran diario *"La Esfera"*, de Caracas, sobre la materia de este volumen, una noticia remota acerca de la vida del perilustre General Páez, escrita de manera absurda, me obligó a escribir unos nuevos párrafos para aclarecer aún más mi concepto respectivamente a la significación trascendental que para Venezuela tendrá por la eternidad la acción del General Páez, que aseguró definitivamente, por los siglos, la plena autonomía, la íntegra *Independencia* de la Patria el *13 de enero de 1830,* día famoso y memorable en los anales de *Venezuela,* efectivamente libre y soberana.

Con los últimos títulos con que se publicaron esos párrafos en el citado diario, el *3 de junio de 1950,* los reproduzco en estas páginas:

Digo una vez más, con la más absoluta franqueza, que parece imposible que premeditadamente y sin razón alguna nieguen sus compatriotas al General José Antonio Páez su mayor, su más pura e inmarcesible gloria, o callen intencionalmente su acción más brillante, noble y sin par, sólo inspirada por su acrisolado patriotismo y su lealtad al suelo nativo, por su señalado acatamiento a la voluntad de la *Nación venezolana.*

En tratándose del General Páez, referirse solamente a sus hechos heroicos en la guerra magna, a su actuación militar trascendente y continentalmente reconocida, por la importancia que tuvo en la emancipación de las repúblicas hispanoamericanas, y olvidar o velar de modo intencional, adrede, el hecho extraordinario, el servicio sublime prestado por el Esclarecido Ciudadano a Venezuela, su patria natural, cuya *Independencia restauró,* sacándola de la triste condición de nación *descuartizada en Departamentos,* e incorporada así a un *Estado artificial,* cual era la *"original" República de Colombia,* es acto inaudito por inimaginable.

No se puede oscurecer o desfigurar de tal modo la lealtad patriótica del insigne *venezolano.* La verdad histórica y la realidad de los hechos debe conocerla íntegramente el *pueblo venezolano,* porque sólo así pueden avivarse en los ciudadanos el sentimiento nacional, el amor intenso por la tierra donde nacieron, que debe ser el primer objeto de su devoción.

La narración de lo *venezolano,* de cuanto tenga valor positivo para el futuro de esta gloriosa República, *restaurada en su plena independencia de Estado soberano,* de facto y de jure, por el General Páez en el año bendito de 1830, es el primer deber de todo buen ciudadano de Venezuela.

Debemos mitificar a Páez como Héroe magnífico de la *Guerra de emancipación* de España; pero los hijos de este suelo, si de veras, verdaderamente aman a la tierra nativa, si tienen sentimiento nacionalista y son íntegros patriotas, consagrarán al Restaurador de la Independencia y de la República de Venezuela, en interminable apoteosis, mientras exista esta Patria libre y autónoma. No confundamos jamás al *Centauro,* al *Aquiles venezolano* que nos libertó dos veces, con el Páez político, en dos ocasiones Presidente de la República y Jefe de los conservadores... los tiempos habían cambiado y los hombres también...

La narración, pues, de la historia verdadera y de cuanto enfervorice el patriotismo y el sentir nacional, debe ser cabal en todos sus aspectos, así produzca disgusto el recuerdo. Nada puede ni debe obstar este propósito, ni siquiera el dolor de referir lo ocurrido en los dos más tristes lustros de la vida de la *Nación venezolana, 1819 a 1829,* al fin redimida el *13 de enero de 1830,* por el real y austero patriotismo de Páez, el Héroe legendario de la gesta emancipadora.

Ningún hijo de este suelo que piense, que sienta y obre como *venezolano* se atreverá jamás a desmerecer la acción de Páez, *primero,* en las huestes libertadoras para asegurar por siempre la *liberación de Venezuela del coloniaje español,* y *ocho años* más tarde, cuando efectivamente *convirtió en hecho Consumado el acto jurídico de la Declaración de la Independencia el 5 de julio de 1811;* cuando sacó a su tierra natal de su *segundo coloniaje,* de su nuevo *dominio,* de su lamentable condición de *Departamento* de la *"original" Colombia,* y restauró la Independencia absoluta de Venezuela y restableció la República *el 13 de enero de 1830.* ¿Cabe señalar por patriótica y eternamente gloriosa una acción más extraordinaria?

Apreciémosla como *venezolanos,* no como sectarios políticos ni movidos por sentimientos idolátricos, porque desgraciada sería Venezuela si sus ciudadanos tuvieran un pensamiento, una voluntad o una *actitud patriótica diferente* a la del General Páez y a la de sus ilustres compañeros en la época, porque el pueblo que no siente intenso amor por su *"tierruca"* y no va al sacrificio por la *independencia de su patria natural,* es indigno de la vida soberana.

Cuánta verdad no dijo, pues, quien escribió, que era más difícil libertar a un pueblo sumiso que dominar o subyugar a un pueblo libre, y el de Venezuela será eternamente libre, libre... en su ideal, en su pensamiento y en su voluntad de ser libre, independiente...

Así pues, cómo no experimentar la más intensa y penosa conmoción al leer en el *"Suplemento ilustrado"* de un diario de esta capital, —llamado por su naturaleza a enseñar a los niños y a los adolescentes lo mismo que a la masa del pueblo—, una seca, incompleta y alterada narración de la vida del extraordinario, glorioso y sin par Héroe de la Independencia de Venezuela: Páez.

Enfáticamente digo así y lo subrayo, porque hay que proclamar que la Venezuela soberana, autónoma que hoy vivimos, no es la efímera República que nació el *5 de julio de 1811;* no, es la *República restablecida por Páez en 1830,* que existirá por los siglos, notable en el mundo por su grandeza y prosperidad. Así pues, la verdad es muy otra y hay que publicarla.

La República de 1811 se perdió en el quinquenio que siguió a esa fecha gloriosa en los anales del patriotismo venezolano. Renació gloriosamente, brilló con luz propia y por su propio prestigio, mas por desgracia el destino de su famoso nombre en los anales de la libertad

del mundo americano a poco fue cambiado y la República de Venezuela, *Estado soberano, fue descuartizada en Departamentos* e incorporada con la *Nueva Granada,* para constituir así el Estado artificial creado por el *Libertador* con el nombre de *República de Colombia.*

Fue, pues, la Nación Venezolana descuartizada en *Departamentos* de ese flamante Estado *artificial,* la que el General Páez *recobró en su unidad y restableció en su condición de potencia soberana.* Fue, pues, sin duda para nadie, *ni aún para sus más encarnizados enemigos,* el Restaurador de la Independencia de Venezuela y Fundador de la República autónoma que desde 1830 existe para gloria del patriotismo y orgullo del gentilicio *venezolano.*

Esta es la obra de Páez en Venezuela, su patria natural, y obra que no deberá jamás ocultarse en forma alguna a ninguno de sus compatriotas. Tal es el servicio inefable, sublime que los ciudadanos *venezolanos* deben al General Páez, y este servicio extraordinario debe publicarse a todos los vientos, porque no hay razón plausible para reservarlo a nadie; todos los *venezolanos* y cuantos habitan en este país deben conocer la verdadera historia de la Venezuela *soberana e independiente* que hoy vivimos.

Las hazañas del General Páez en la *guerra magna,* sus luchas en los campos de batalla por la causa de la emancipación americana, las reconocen y las admiran con gratitud todos los hombres nacidos en este continente. Y nada proclama con mayor elocuencia esos hechos que las palabras del gran *Sarmiento,* siendo Presidente de la Nación Argentina, y asimismo las del famoso militar, historiador y político General *Mitre,* en el Senado de la Nación del Plata, al darse de alta al General Páez en el ejército argentino, en la clase de Brigadier General.

Es Sarmiento quien dice: *"...sus hazañas reconocidas ya por la historia contribuyen en gran manera a afianzar la independencia americana".* Al referirse al caso el General *Mitre,* expresa en el Senado de la Nación: *"Lejos de hacer un honor al General Páez, nosotros lo recibimos; ...es una pequeña deuda de gratitud que le pagamos, nosotros, americanos, que hemos gozado de los beneficios producidos por los grandes servicios que prestó en la guerra de la Independencia".*

De los hechos y acciones del General Páez en Venezuela, por comprimido que sea el relato, jamás se podrá excluir o callar su actitud famosa de *1830.* Actitud que bastaría por sí sola para endiosar al *Restaurador* en el corazón de todos sus conciudadanos.

No es posible, pues, que al presentar a la consideración pública las *"Figuras de nuestra Historia"* particularmente la grandiosa y sin par para los *venezolanos* del General José Antonio Páez, se escriba al pie del grabado que lo representa al fin de su existencia:

"Vencedor en batallas decisivas —en Mata de la Miel, en Mucuritas— tomó parte en la de Carabobo y con este triunfo fue ascendido a General en Jefe por el Libertador. Años después Páez será Presidente y Dictador de Venezuela. El Caudillo, que se había llenado de gloria en la Independencia, murió en la ciudad de Nueva York."

No es así, de esta manera zafia, eludiendo intencionalmente exponer o referir la realidad más fulgurante de la obra y de la acción del denodado General José Antonio Páez, como Libertador de naciones y Restaurador de la Independencia de Venezuela, su *patria natural,* que jamás mudó por ninguna otra, como se puede enseñar y explicar e instruir a sus compatriotas, particularmente sobre la gran figura, sobre la personalidad eminente y superior que tiene en la *historia de Venezuela* el "Esclarecido Ciudadano" que restableció *la República soberana* que existe desde 1830, fecha desde la cual data su *segunda independencia* o más claramente expresado, *la efectiva existencia de Venezuela como Estado Autónomo.*

No es, pues, pasando en silencio la obra real y extraordinaria del eximio patriota y héroe magnífico, cómo sus conciudadanos pueden glorificar al varón ilustre a quien debe este país la Independencia de que disfruta en la sociedad de los Estados libres; ni es tampoco la manera elocuente cómo los hijos de Venezuela pueden demostrar que existe en ellos un positivo sentimiento nacionalista y un fervoroso patriotismo.

Todo lo contrario, la memoria de su obra sin par debe ser motivo de predilección, de especial gratitud y de devoción admirativa de parte de todos los *venezolanos,* a quienes el patriotismo impone reconocerla y ensalzarla, si en realidad aman a Venezuela como Patria libre, soberana, independiente y no convertida en *Departamento* de un Estado cualquiera.

La acción patriótica de Páez es digna de todas las alabanzas. Hay que publicarla sin cesar y hacer de ella la primera, la más vigorosa y entusiasta propaganda, no sólo para exaltar el espíritu nacionalista

y la fe patriótica de los *venezolanos,* sino especialmente para evitar el mal grave y peligroso que tanto preocupa a un historiador patrio: *"que las nuevas generaciones de tanto oír la mentira al fin la aceptarán como la verdad".* Y no olvidemos todavía que en *Caracas,* la capital de Venezuela, existe una escuela denominada ¡¡Gran Colombia!!...

Sin duda alguna es éste el más funesto resultado del convencionalismo en la relación de los sucesos pretéritos, cuando no se tiene la entereza indispensable para proclamar la verdad y nada más que la verdad.

Así, pues, los primeros obligados por deber patriótico y por estricta moralidad a proclamar toda la verdad son los historiadores honrados que, por lo demás, no deben dar pábulo a las fantasías o ilusiones, sean de quienes fueren.

La historia carece de fundamento si se desvirtúa la realidad de los hechos o se los esconde de manera eufemística para tergiversarlos; y como algunas viejas escrituras hablan con tal claridad que hacen innecesaria la hermenéutica, porque ponen de bulto la realidad, con sobrada razón dicen los franceses: *Pas de documents pas d'Histoire.*

Y en tratándose del insigne patriota y austero ciudadano que fue el General Páez, prístino y sagrado deber de los *venezolanos* es destruir ciertas leyendas o consejas urdidas al conjuro de la ciega pasión política, con las cuales se intenta arrojar sombras sobre la memoria excelsa del *Esclarecido Ciudadano,* al referirse a su actitud —*la de un auténtico venezolano*— en la hora solemne, anhelada por sus conterráneos, de proclamar la *restauración de su patria como Estado soberano.*

Y aquí cabe preguntar: ¿Qué diría hoy el mundo que sueña con la libertad, qué pensaría la América toda si el General Páez hubiera condenado a la *Nación venezolana,* descuartizada en *Departamentos,* a vivir eternamente bajo el dominio del Estado *artificial* que fue la "primera" *República de Colombia?...* aunque algunos raros *venezolanos* abrigasen en su alma tan negra intención.

¿Qué concepto tendrían hoy los pueblos libres del Universo si el General Páez hubiese sido sordo al querer y a la voluntad de sus compatriotas, si hubiese desoído la voz intensa de su pueblo y de su tierra natal, que pedía la *separación y su independencia?* La respuesta está a flor de labios: *Páez habría sido un traidor a la patria venezolana.*

En Venezuela, pues, su suelo natal, todas las glorias del Héroe insigne en la guerra de emancipación de las repúblicas americanas, con ser sublimes e inmarcesibles, se eclipsan ante la mayor y más extraordinaria, ante la que no puede igualarse en fama, porque esa acción no tiene par: la gloria que aureola la cabeza del Centauro es la de ser el Restaurador de la Independencia de Venezuela y haber restablecido la República en 1830. Para gloria eviterna del General Páez basta este hecho.

Honrados debemos estar sus compatriotas de que haya sido tan Esclarecido Ciudadano el Primer Presidente de la República y, más tarde, su *Dictador,* sin que por esto fuese el iniciador del sistema dictatorial, que ha tenido adeptos no sólo en nuestro país, sino en no pocas naciones hispanoamericanas hasta los días que vivimos.

Con todo, la buena suerte de los hijos de esta heroica tierra, de Venezuela, jamás, hasta el presente, hemos sufrido la humillación de tolerar en nuestro suelo a *mandones o dictadores extranjeros.* Es ésta la más pura y elocuente verdad, la que debemos enseñar a todos los ciudadanos sin reservas de naturaleza alguna, sin eufemismos, porque la realidad no debe disfrazarse por ningún motivo a nadie, ni a los *venezolanos* ni a los extranjeros.

La historia debe relatarse tal como la demuestran los hechos. No hay razones para desfigurarla ni para ocultar verdades, tanto más que nuestra *emancipación de España* y también la de las otras repúblicas americanas, fue realizada por hombres nacidos en nuestra patria, con todos sus defectos, hábitos y consiguientes errores, y no por semidioses ni sobrehumanos.

Ningún *venezolano* puede, pues, negar o desconocer o tratar de menguar la gloria inefable que corresponde íntegra al General Páez, y a los patriotas que lo acompañaron en la empresa de restaurar la independencia de Venezuela en 1830, es decir, hacer de la nación *descuartizada* en 1819, la *República soberana* que vivimos, *aere perennius,* mientras existan auténticos *venezolanos.* Es ésta la más pura y contundente verdad histórica y también la más tangible realidad al presente.*

---

* Simón Planas Suárez. ***Páez, Restaurador de la Independencia y de la República de Venezuela en 1830.*** Buenos Aires, Imprenta López, 1957. pp. 245-253.

MAS ALLA DEL BIEN Y DEL MAL

Vitelio Reyes

La nación que tiene en su historia varones inmortales como Páez, está llamada a los más grandes destinos.

"EL PARTIDO LIBERAL".

Nota editorial del 9-4-88.

El José Antonio Páez de la vida ordinaria no puede ser el mismo José Antonio Páez de la Gloria.

Aquel es el hombre corriente y moliente. El otro es el prócer cuya memoria debemos respetar.

A esta distancia del tiempo y de la historia, se han quedado atrás sus defectos. Hay sobre sus errores un velo de olvido, y si los recoge la narración debe ser únicamente para establecer el contraste del hombre con el prócer. Y en la hora de sentenciar es necesario determinar la discrepancia que existe entre lo negativo y lo positivo de su recuerdo, a lo largo de nuestros fastos.

Al hacerlo así se destaca un saldo de grandeza que es honra y prez del gentilicio. Ninguno de nuestros héroes es más genuinamente venezolano que él. Unos por lo alto, otros a la zaga, él guarda el justo equilibrio de la venezolanidad en todas y cada una de las peculiaridades de nuestro carácter e idiosincrasia. Sus propios errores, sus faltas y defectos, así como sus virtudes y complejos, son eminentemente venezolanos.

Las culpas que se le enrostran y los errores que se le vituperan, al ponerlos en el platillo siniestro contra sus grandes cualidades en el diestro, es indudable que es hacia este lado que se va a pique el fiel de la balanza.

Ante el hecho positivo, la reflexión es la siguiente: ¿Quién que es humano no peca o comete faltas? El pecado es una disonancia constante entre el bien y el mal. El contrapeso es la razón para juzgar al hombre. Mas la piedad del tiempo tiende "mantos de clemencia" sobre quienes obtienen saldo favorable en el debe y el haber de sus acciones.

Sólo los espíritus mezquinos, egoístas y envidiosos del bien ajeno, los impenitentes regateadores de la consagración ajena, tratan de poner luces bajo el celemín, porque les humilla el esplendor. No son generosos con el prójimo. Huyen de la luz de la verdad para esconderse en las tinieblas y procurar desde sus insondables reductos echar cieno

sobre los demás, a fin de abultar las escorias que pudo haber en la conducta de nuestros prohombres.

Páez tiene múltiples defectos: erró, cometió graves pecados, se hizo reo de injusticias, se dejó arrastrar por la violencia, encubrió las faltas de los suyos y acogió las torvas influencias de sus principales acólitos; rueda, además, por la pendiente de las equivocaciones hasta caer en el fondo de la ruina. Como todo ser humano, tuvo grandes flaquezas, defectos y pasiones. Pero detrás de estos y cuantos otros vicios y lunares puedan señalársele, hubo en él relevantes virtudes. Preclaros dones y antecedentes que lo honran. Tuvo también cualidades sublimes. El ariete de su voluntad le sirve para romper obstáculos y escalar las cumbres de la fama. Sutil agilidad mental. Inteligencia y comprensión. Supo adaptarse a normas disciplinarias, a métodos de vida y a circunstancias extrañas a su carácter y formación. Vivió en trance de superación moral e intelectual constantes. Se hizo a pulso sobre mil y más dificultades concretas y abstractas. Nació del fondo de la nada y poco a poco se fue elevando al plano inmediato superior hasta llegar a cimas en que lo vemos rodeado de cuantos atributos requiere un hombre para ser grande.

Luego el balance es favorable al destino que tiene en la historia de América y especialmente en el lugar que le corresponde en Venezuela.

Es necesario reconocerlo así por principios de equidad y normas de justicia.

Pero qué difícil es generalizar este criterio en una tierra en la que el pecado sempiterno es no reconocer las virtudes, ni la gloria, ni la fama, ni el renombre de nuestros conciudadanos. Esto es más dificultoso mientras más grande y más cerca nos encontramos del hombre cuyos méritos hay que ensalzar. Sólo la piedad del tiempo hace menos laboriosa la tarea de reconocerlos. Y esta es una concesión que empieza inmediatamente después de la muerte. En vida, mientras el individuo puede cosechar la satisfacción de verse consagrado y puesto en el sitio de honor que conquista, esto es casi imposible. Y si se logra, es únicamente por vías precarias y efímeras. Mientras dure el apogeo del triunfo y el interesado se halle erguido sobre una pirámide de laureles. De este modo hay quienes desfilan para aplaudir; pero detrás de éstos irán los que detractan y esperan turno para execrar.

De ahí que quienes atesoran méritos, capitalizan virtudes, sobrepasan el nivel común, ascienden por las difíciles rutas del bien, en muchos de los diversos aspectos del bien mismo, se les hace cuesta arriba

destacarse y cosechar con propias manos los laureles que siembran. No escapan a este trágico destino ni sabios; ni magistrados, ni atletas, ni científicos, ni literatos, ni financistas, ni cuantos en la gama universal sobresalen del nivel ordinario.

Sólo los muertos, tras la piedad de la tumba, empiezan a escalar el intrincado sendero de las consagraciones y se les van reconociendo sus méritos.

Este proceder es regla general. Una mácula de conciencia común. Empieza con Bolívar, Andrés Bello y toda la pléyade que es honra y prez de la Patria. Páez no escapa a este trágico destino.

Don Cecilio Acosta lo dijo en frase lapidaria: VENEZUELA HA SIDO SIEMPRE MADRE DE LOS EXTRAÑOS Y MADRASTRA DE SUS HIJOS.

Este es un criterio que se corrobora con la expresión de Antonio Guzmán Blanco en un libelo publicado a raíz de la repatriación de los restos del general Páez, titulado "Apoteosis de Páez". Dice Guzmán:[1] *"El general José Antonio Páez fue desde 1845 hasta 1863 la personalidad más discutida en Venezuela. Lo fue desde que desapareció de la vida pública"*. Y continúa el libelo: *"Tiene estas dos épocas: la de teniente de Bolívar, durante la guerra de la Independencia hasta la batalla de Carabobo, de que Páez fue héroe; y la de gobernante de Venezuela hasta el Tratado de Coche, en que él abdicó para siempre su poder político"*.

Pero en cuanto expresa el "Autócrata Civilizador" no se contiene el significado real del hecho histórico.

El genuino fundador de Venezuela, la Entidad que vivió y gobernó Guzmán y en la que a nosotros nos toca vivir, arrancada por la fuerza del bloque colombiano, es hija del esfuerzo paecista. El gesto de volverla a independizar, con todas las agravantes que puedan vituperársele, es una expresión de absoluto egoísmo venezolanista. El sentido ideal de la creación bolivariana es inconmensurable. La concepción es portentosa. Una aspiración de grandeza que no tiene parangón; pero es irrealizable. No tiene consistencia. Venezuela aparece incrustada en un gran todo, pero pierde su personalidad genésica. Todos los adornos morales que quieran ponérsele, pero se trata de una entelequia, desbordada hacia los límites del sueño por sobre los linderos naturales que

1. *"Apoteosis de Páez"*. Antonio Guzmán Blanco. París, 1889.

demarca la Naturaleza y admite como imborrables la tradición cuatro veces centenaria.

Toda aquella creación está llamada a desaparecer al acabarse la única fuerza moral, la verdadera energía que la mantuvo unida por espacio de dos lustros. El cerebro energético que la creó, la sostenía. Al fenecer Bolívar, la sentencia profética con que él mismo la condena al firmar la Constitución del Rosario, se cumple. El repique de campanas se convierte en redoble funerario.

A Páez le toca ejecutar aquella sentencia augural. El es el llamado por el señalamiento mayoritario a darle a Venezuela autonomía y a ponerla en posesión de sus derechos como entidad soberana. Sale de sus manos con las formas señeras del pueblo que instituye los principios inmanentes de su dignidad en la República. La pone en camino, la inicia en la marcha, la inviste con los atributos y el señorío que deben tener las naciones con fisonomía de patria.

Y con él se reanuda la historia original. Y esa es la Venezuela en que vivimos los venezolanos, orgullosos de nuestro gentilicio desde José Antonio Páez hasta Marcos Pérez Jiménez.

Empezó así la era que alarga para siempre la historia de nuestro país. Y ahora, que discutan los hombres y hagan hipótesis y conjeturas. Pero la realidad es inconmovible. Esta sí es la representación de nuestra vida interior sin ninguna influencia ulterior. Es la génesis de nuestra ciudadanía, sencilla y natural, en armonía con la índole y el sentir de nuestro espíritu. Y empieza el nuevo proceso de integración, con los mismos movimientos reactores de los grandes cataclismos que sufre la tierra para consolidarse y adquirir la solidez orogénica a que llega con los siglos. De allí la justificación de nuestros cataclismos civiles, bonanzas precarias, períodos conflictivos, exaltación del honor que exorna el pasado glorioso, y el duro trance de las dictaduras, las pseudodemocracias políticas y la genuina democracia social de que tanto se ufana nuestro pueblo, mejor que la de muchos que se enorgullecen de tener democracias afeitadas, de exótica adopción, sin lograr aún la nivelación social en que nosotros nos hallamos, para arribar a este período de consolidación y exaltación de nuestros atributos de Patria grande, con el signo de prosperidad que hoy disfruta Venezuela, emporio que la hace cada vez más autárquica, "más digna, próspera y fuerte", tal como la quieren quienes señalan la suerte de un país en plenitud.

Páez la ayuda a independizar, presta servicios inigualables en el sostenimiento y vigencia de las fuerzas que son supremo ariete de la jornada inmortal y, una vez independiente, la zafa de la coyunda a que con la mejor intención creadora y exaltada visión americana la ata el Libertador. Pero las miras del Genio se desbordan hacia el futuro, muy por encima de su tiempo, pero sin raíces incrustadas en el terreno de la realidad moral, social y física.

Páez la desliga de una unidad artificial insostenible y la pone a marchar por las sendas del republicanismo, con nobles aspiraciones. Para hacerla como las mejores, conforme a dictados constitucionales acreditados y con normas de actualidad. Y es así como con impostergable responsabilidad entrega el mando al cumplir el primer período que le señala la Ley. Y hecho esto se retira a la vida privada, en un ensayo catoniano del que lo suspende el grito de la reacción contra la majestad del poder que él deja en manos justas, pero sin los arrestos circunstanciales que en una época de formación se requieren para abroquelar la justicia. Y contra el golpe de fuerza de los réprobos, empuña nuevamente la tizona. Sale a defender los principios inmanentes que deben mantenerse en pie para que la Patria subsista. Y desde entonces se convierte en guardián de los intereses abstractos y concretos de la nacionalidad. Y a base de estas señeras responsabilidades, llega un día en que, declinantes su espíritu y sus energías, es arrollado por fuerzas superiores y muerde el polvo de la derrota por primera vez en su vida de heroismos. El santo se le vuelve de espaldas y arrastra cadenas y grillos. Se le encierra en cárceles. Es recluido en el calabozo de una fortaleza colonial en el que se maltrata su dignidad y se apostrofa y maldice su nombre.

Lo echan a rodar por el barranco del destierro y este es el sacrificio que arrostra él, que nunca puso antes los pies en tierra extraña. Y así empieza otro período de su transformación, con disciplinas intelectuales de suyo constructivas y engrandecedoras de los acervos de su cultura y de los quilates de su espíritu.

Pero un día está la Patria nuevamente en convulsiones, se le recuerda como tabla de salvación y se le llama; casi se le implora que venga. Por último, se le exige en nombre de la soberanía popular. Accede al llamado conminatorio; pero viene —tan duras han sido las lecciones anteriores— desfalleciente en su voluntad. Anuladas sus energías para la obra racional atenida a principios altruistas. Es un escéptico. No cree en nada ni en nadie. Va a experimentar con instru-

mentos nuevos y acciones valetudinarias que no son ni la sombra de sus ingénitas cualidades de caudillo venezolano. Y a fuerza de dar barquinazos cae, víctima propiciatoria de las añagazas políticas de los tiempos modernos. Y no abjura de sus títulos de valiente; pero, no obstante, vuelve a caer. Cesa en el ejercicio de la cosa pública y sale otra vez, por la puerta de los derrotados. Va nuevamente hacia patrias extrañas. Lleva puestos aún sus arreos de gloria, marchitos por los estrujones de la decepción. Hace el doloroso recorrido del Continente con pasos trémulos. Arrastra los pies ondulantes, mas lleva un halo dignificador sobre su frente surcada de nobles arrugas: el de su pobreza. Y cuando cae no tiene nada que legar. Muere ab-intestato.[1] No deja patrimonio. Tan sólo queda por ahí su nombre para que lo repase la Historia a ver qué saca de sus retazos de grandeza.

Esa es la síntesis histórica del hombre más discutido, llevado y traído por los vericuetos de la crítica contemporánea. Alabado y escarnecido por unos. Vituperado y ensalzado por otros. Odiado por los demás y amado por aquellos que sienten en grande los títulos de honor de Venezuela.

Lo único positivo que nos lega es su libro inmortal, en el que contiene borrosos recuerdos seniles. Narra episodios gloriosos, caídas, ingratitudes y satisfacciones. Desde su niñez hasta cuando empieza a declinar. Casi desde su cuna hasta su tumba.

Y al final silencia la parte histórica en que pudo contener sus últimas actuaciones en la vida pública. Piensa —con quienes lo denigran— que aquella es una etapa indigna de una vida ejemplar. Se sabe llamado a responder de sus actos en el banquillo de los acusados y espera del fallo final de la Historia. Aguarda el dictado que han de merecer su nombre y su memoria, conforme al saldo que arroje el

1. Según Landaeta Rosales en artículo publicado en "El Universal", citado por el doctor H. García Chuecos, Páez testó antes de su exilio dejando sus bienes, la mitad a su esposa y la otra parte a sus hijos doctor Manuel Antonio y María del Rosario Páez, nombrando albaceas a Pedro José Rojas en primeras; al Ldo. José Santiago Rodríguez en segundas, y a Miguel Mujica en terceras, revocando todo otro testamento o codicilio en Nueva York a 24 de julio de 1865, por documento en castellano protocolizado en inglés, firmándolo como testigos Francisco Márquez, Francisco Lasarte y Simón Camacho. (Nota del A.).

balance de su existencia al hacer la cuenta entre el debe y haber de sus acciones.

Nos hallamos a casi un siglo de su muerte. Ha pasado mucho tiempo y ahora es cuando la madrastra, conforme al decir de Cecilio Acosta, ha venido poco a poco reconociendo la grandeza del hijo. Veamos cómo se hace el apoteosis de su regreso a la Patria quince años después de su muerte.

Las exequias del general José Antonio Páez en Nueva York, por humildes resultan sublimes. Dos médicos cubanos, Gálvez y Boza, embalsaman su cadáver con el devoto rito profesional de quienes se inspiran en la extraordinaria majestad del héroe exánime. Y al terminar se sienten ofendidos cuando se les pregunta por el valor en que estiman sus honorarios. Les basta con la honra de prestarle servicios póstumos al prócer que estuvo presto, no obstante su senectud, a ofrecer su espada para contribuir a la libertad de Cuba.

De igual manera proceden el médico de cabecera doctor A. K. Gardner y cuantos alguna intervención tienen en las ceremonias.

Magistrados, sacerdotes cristianos, diplomáticos americanos, exilados de Cuba y representantes sociales, acuden a despedir al Centauro en el modesto cuarto mortuorio en que yace, tan humilde y desposeído como nació en las márgenes del Curpa.

Sólo una docena de coches y el sencillo carruaje del féretro integran el tétrico cortejo. Salen a las diez de la mañana del 10 de mayo de la calle 20 para la iglesia de San Esteban. Se le rinden honras fúnebres conforme al rito católico profesado por Páez toda su vida. Sólo cuatro guirnaldas y dos cruces de siemprevivas exornan su ataúd. Un sacerdote y dos diáconos ofician. Hay un silencio sepulcral. Los responsos tienen el cariz de la angustia que inspiran los abismos y el misterio. Por las naves del templo circulan gélidas ráfagas; las mismas que imprimieron sobre los pulmones del caído el sello de la eternidad. Las lágrimas de los dolientes se niegan a brotar. Resisten al dolor de la lúgubre partida, conscientes de la traslación del suplicio senil a la resurrección en el plinto de los inmortales.

En el inventario de los documentos hallados en la cabecera del difunto aparece una carta del general Antonio Guzmán Blanco en que

lo invita a regresar a Venezuela. Quizás quiso ahorrarse la rectificación de repartir sus cenizas.

La reserva con que Páez mantuvo esta misiva es: o amnesia o recóndito dolor de impotencia. Se intuye que puede ser esto último, desde luego, pues él vivió sus años postreros con esa ingenua euforia que manifiestan ancianos y niños en presencia de cosas triviales: frente a juguetes que exaltan su imaginación y alegran su espíritu. Ante las expresivas manifestaciones de quien para el caso es dueño absoluto de Venezuela, no es difícil creer que él hubiese podido entusiasmarse y dar a los cuatro vientos la buena nueva; pero últimamente se resignó al ostracismo asido al concepto de hallar en Estados Unidos su segunda patria.

Todos estos son contornos del tormento de su vida, aunados a las dolencias de la edad, a la pobreza y a su recio caudal de desengaños. Vivía en un sinaí de desventuras, pese a su gloria de segundo forjador de la libertad venezolana y creador indiscutible de su soberanía.

Y él, que tuvo riquezas en las manos, que manejó caudales de guerra y tesoros de la República, no deja otros haberes que los de su ejemplo de Venezolano Integral, ni más herencia que su gloria.

. . . . . .

Páez abona en el diario de su vida sus esfuerzos de superación. Disciplinas éticas e intelectuales. Sacrificios por la libertad de Venezuela, valor a toda prueba, coraje, intrepidez, talento e ingenio. Gran integridad venezolanista y lucha por reconstruir la Patria. Guarda respeto por sus instituciones con espíritu cívico y un nimbo de pobreza decora las arrugas de su frente y orla su cabeza encanecida.

Paga con el dolor del destierro errores y flaquezas humanas, debilidades de hombre, escarceos de vanidad, los rasgos de obligada ingratitud que tanto se le vituperan y los traspiés que da con la llamada *dictadura paecista,* que es una de las tantas necesidades de la política, que en la guerra tienen todo el cariz de las temeridades.

Con estos cargos y descargos comparece el Gladiador Insigne ante el Tribunal de la Historia. Se sienta en el banquillo de los acusados y la voz inapelable de la Justicia se alza y lo absuelve.

Sale el impertérrito soldado del templo en que se da el dictamen. Salta sobre el potro del Escudo de una gran Patria heroica y, convertido en Centauro de la Fama, galopa por las llanuras de la gloria hacia las enhiestas cumbres de la inmortalidad.

Páez es parte de la gloria de Venezuela e imagen auténtica de la Patria. Es —en su raíz, en su esencia y en su fracaso y en su gloria— el Venezolano Integral.*

* Vitelio Reyes. *Páez, Venezolano Integral.* Caracas, Imprenta Nacional, 1957. pp. 809-818 y 834.

BREVES CONSIDERACIONES PSICOFISICAS SOBRE EL GENERAL JOSE ANTONIO PAEZ

(A la luz de un nuevo concepto antropológico).

Gabriel Trómpiz

PREAMBULO

Abordar un estudio serio en el doble sentido biológico y espiritual de un hombre, cuya existencia nos ha precedido de varias generaciones, es un problema de elevada magnitud, pues no hay otras pruebas en que apoyarse que las muy discutibles de la historia y la leyenda. Y esto es tanto más difícil de realizar cuanto que aun en nuestro estado actual de las ciencias antropológicas, no obstante sus bases profundamente reales y positivas, el hombre sigue siendo la suprema incógnita, tanto en lo que se refiere a ubicarlo definitivamente en determinados sistemas estructurales, como en un sentido psicosocial predominante.

Haré el esfuerzo, sin embargo, de estudiar al General Páez bajo un prisma científico que considero interesante, atendiendo así a la petición que me ha hecho el distinguido escritor señor Vitelio Reyes, pero de antemano advierto que de cualquier error que se trasluzca no es mía la culpa sino de las fuentes mismas de la historia, adonde inevitablemente he tenido que adentrarme, y sobre todo de su misma "Autobiografía", que nuevamente he leído con el fervor de siempre.

Vaya en descargo de este atrevimiento mío el hecho de que no es la primera vez que hablo de la imposibilidad o dificultad de realizar un trabajo acerca de la personalidad de nuestros grandes hombres de ayer. Hace apenas unos años, al estudiar la Academia Nacional de Medi-

cina de Bogotá la vida del Libertador y emitir juicios aventurados sobre su naturaleza ciclotímica, publiqué en "La Esfera" del 3-9-46 un artículo, "Los Detractores del Libertador", criticando diversas y precipitadas afirmaciones de tan docta institución y allí me refería a que, si era difícil hacer el estudio crítico psicológico y temperamental de un hombre con el que hablamos y nos codeamos todos los días, era poco menos que imposible hablar en igual forma de alguien a quien sólo conocemos a través de cartas, proclamas y narraciones.[1] La misma objeción se me pudiera hacer hoy a mí al hablar de nuestro denodado Centauro; pero como se verá luego, este estudio que me propongo hacer es en un sentido diferente, tomando como norma un nuevo criterio biopsicológico, la clasificación constitucional de Sheldon y Stevens, que creo la más seria y digna de tomarse en cuenta desde el punto de vista científico.

Otra consideración importante es la de que, en ciencia concreta y experimental, las cosas se hacen tomando en cuenta calidad y cantidad, especialmente esta última que tiene como base la estadística y, como se comprende, por más que nos ajustemos a un criterio inductivo y técnico en este sentido, nunca llegaríamos a la verdad, verdad irrebatible, sobre un hombre en su aspecto bipolar psicofísico. Por estas razones es por lo que nos reduciremos al factor calidad primordialmente ya que, como dice un biólogo, "las actitudes reflejan el temperamento, es cierto, pero no lo miden". Páez en este caso será pues, como es fácil colegir, objeto de deducción y comparación, pero no de examen biométrico y psicométrico. Sólo especularemos superficialmente en este aspecto en lo que se refiere a la condición macrosómica de su persona, tal como nos lo presentan personas que lo trataron directamente e historiadores sagaces e intuitivos que han hecho de él la pintura más extraña. Su robusta y atlética complexión nos servirá de fundamento para hurgar en su intimidad y allí veremos en el sentido genérico, una realidad más en la expresión de Klages: "El alma es el sentido del cuerpo y el cuerpo la manifestación del alma", y en el famoso apotegma del célebre fundador de la Medicina Antropológica y Biográfica, Weizsäecker: "Nada orgánico carece de sentido; nada psíquico carece de cuerpo". Veremos, pues, cómo a esa robustez corpórea de músculo de hierro, correspondía un espíritu enérgico y atrevido.

1. Véase sobre el particular el trabajo del doctor Luis López de Mesa, publicado en "Cuadernos Americanos", revista literaria de Bogotá, Colombia.

Gracias a que los modernos estudios de psicología y biología humana se apoyan en el viejo concepto integral aristotélico y han repudiado la *dualidad* cartesiana, hoy se puede hacer con mejor base la consideración científica de la personalidad. Y, a mayor abundamiento, fundándonos en este mismo criterio antropológico y tomando como arquetipo de nuestra historia americana a Bolívar, ya veremos, en una rápida comparación, cómo Páez está colocado en la antípoda de nuestro héroe máximo.

Quiero hacer una aclaratoria más. No me he guiado por otras escuelas biotipológicas porque ninguna me ha parecido tan profundamente objetiva y realista como la de Sheldon y Stevens que, además de apoyarse en la estadística, arranca de las mismas capas embrionales. La de Viola está en descrédito por lo antigua y carente de realidad; la de Eppinger y Hess, muy útil para el clínico por ser de criterio dinámico, no lo es para la historia que encierra una carga muy pesada de estatismo, y la de Kreschmer, aunque dominante en Psicopatología, es menos clara y precisa por carecer de muchos parámetros condicionales en que abunda la que hemos escogido para nuestro estudio, es decir, la norteamericana.

Nuestro esfuerzo estará, pues, dirigido en el orden constitucional morfopsicológico exclusivamente y, por tanto, ningún estudio será más realmente humano que éste, como se comprende. Será el hombre visto a través de las páginas de la historia en su doble función dinámica y estática desde su adolescencia hasta su senectud y allí veremos que si hay cambios a través de su vida, son superficiales, pues su personalidad axil, como dicen los psicólogos modernos, permanecerá invariable hasta su muerte. "Así cambie de aficiones, en sus inclinaciones y tendencias, el hombre será siempre el mismo", dice la Rochefoucauld. El Páez del Hato de la Calzada será el mismo con ligeras diferencias del que cincuenta años después, en un momento de violencia y de emoción, hace encabritar su caballo en las calles de Nueva York. Genio y figura hasta la sepultura. Quien cantó coplas al son de la guitarra en las cálidas noches llaneras, cantará ópera más tarde en los perfumados salones de las grandes ciudades. Se afinará, hablará idiomas, será un hombre de refinamientos, pero el Páez imperioso y dominante será siempre el mismo, su soberbia igual: allí estará siempre con su dormida carga de sensualidad y poder, a pesar del tiempo transcurrido, con su eje vital y anímico con que se nace y se muere y, que a través de la vida, es como una fuerza fatal que señala nuestro destino.

Como se verá en nuestro estudio, llegamos a pensar, sin sustentar nada en concreto, porque para ello se requiere de más minuciosa indagación histórica, que era un hombre que, además de su constitución atlética le correspondía un temperamento epileptoide; francamente "somatotónico" y con influjos, aunque menos marcados, de "cerebrotonia". Hombre de grandes energías impulsivas, de ímpetus temerarios y de formidable desarrollo muscular, gozaba también de ese privilegio que hace las grandes individualidades: claridad, penetración y perspicacia que tales factores, como dice Pfänder, "son ingredientes necesarios de la grandeza verdadera". No se nos escapa la juiciosa afirmación de Mezguer, que estos temperamentos ictafínicos son "una propiedad sociológicamente muy peligrosa, productora muy a menudo de delincuentes", pero tal cosa ocurre cuando no se combinan en el sujeto esos dones que fueron en Páez camino de salvación: juicio, generosidad, respeto a la cultura y a la inteligencia y valor personal a toda prueba.

Biotipología "Somatotónica" del General Páez

Para Sheldon y Stevens hay fundamentalmente tres tipos de hombre: el cerebrotónico, el somatotónico y el viscerotónico, según que predomine en él la estructura y fuerza cerebral; la energía y desarrollo del aparato locomotor: hueso, tejido conectivo y músculos, o el soma y función digestiva en que parece que todo el individuo, como ha dicho un autor, trabaja para su intestino y nutrición.

Arranca esta teoría del estudio de las tres capas embrionarias y así el cerebrotónico viene del ectodermo, el somatotónico del mesodermo y el viscerotónico del endodermo.

A cada estructura corporal corresponde un carácter definido. Es lo estático en movimiento: es la psicología de la constitución.

Pasaremos por alto los tipos primero y tercero de esta clasificación y nos detendremos en el somatotónico, donde hemos ubicado a nuestro héroe, pero antes tengo que decir que es una utopía creer en la existencia del tipo *puro,* sin inmisción alguna de los otros y, por tanto, sólo es lógico admitir un factor determinante, un carácter prepotente, pero al que se agregan matices más o menos marcados de los otros, pues, al fin y al cabo el hombre es una estructura múltiple en la que todos los tejidos juegan un papel y tienen, como se dice hoy en medicina antropológica, hasta un sentido.

Tipo estático somatotónico

Se caracteriza por la excelente disposición muscular, ósea y cartilaginosa; robustez y gran fuerza física. Es el tipo atlético y viril. "Los vasos sanguíneos son grandes, en especial las arterias. La piel es relativamente gruesa de poros grandes, y está poderosamente reforzada por el tejido conjuntivo subyacente. Las características distintivas de la mesomorfia son la verticalidad y la robustez de la estructura, así como las características distintivas de la endomorfia (tipo viscerotónico o digestivo) son la blandura y la esfericidad".[1] Refiriéndose a este somatotipo dicen estos autores: "La somatotonia es en líneas generales un predominio de la actividad muscular y de la vigorosa afirmación corporal.[2] Estos individuos —agregan dichos autores— poseen vigor y empuje. El departamento ejecutivo de su economía interna está fuertemente ejercido por sus sistemas musculares somáticos. Acción y poder definen el objetivo primario de sus vidas".

Como antes dijimos, es imposible decir nada serio sobre tales estructuras acerca de Páez a través de la distancia que nos separa en el tiempo y porque no hay datos precisos en la historia sobre su constitución orgánica. Sólo nos atendremos, pues, a lo que de él, de modo casi kaleidoscópico se ha escrito.

Era un hombre aunque de estatura mediana, de complexión sólida y atlética, de fuertes músculos; erecto y ágil, tórax amplio, mentón y demás rasgos faciales fuertes y enérgicos, de ojos castaños y vivaces. Era *corpulento*, como dice O'Leary. Se sabía dueño de una fuerza muscular poco común y así nos lo hace entrever cuando después de acorralar un grupo de realistas en el camino de Bailadores, se emplea a fondo en una lucha cuerpo a cuerpo por la posesión de una lanza con el valiente José María Sánchez, a quien logra vencer con relativa facilidad.

Un hecho que va de acuerdo con su aspecto corporal y desarrollada musculatura es el de sus "crisis epilépticas", pues hoy se sabe que esta disritmia cerebral paroxística tiene por lo general como base la constitución atlética. De que realmente se trataba de ataques epilépticos nos lo hace sospechar su misma descripción y, sobre todo, la del militar

1. "Las Variedades del Temperamento". Sheldon, pág. 21. El paréntesis no es del original.
2. Sheldon. Ob. cit.

inglés que Páez mismo copia textualmente en su Autobiografía. Allí el británico habla así: "al principio de estos ataques (se refiere a los combates) son tan violentos los esfuerzos de Páez, que le acomete un vértigo y cae del caballo... el único medio de recobrar el sentido es echarle agua fría... después de estos accidentes queda muy débil... se halla privado del uso de la palabra".[1] Quizás por lo que se ve aquí, no se trataba más que de un vértigo epiléptico y en otros casos posiblemente llegaba al ataque comicial típico como probablemente es lo que ocurría a la vista de una serpiente, según otros autores. Agregábase a esto su carácter afable y la locuacidad para con sus iguales e inferiores, cosas éstas que bien pueden entrar, según algunos constitucionalistas, en el carácter patográfico de tales personas.

Por estas breves consideraciones podemos dejar asentado que el General Páez se puede colocar en el grupo *estático* somatotónico. Aunque sin conocimiento por obvia imposibilidad de sus índices antropométricos y sin otros fundamentos tipológicos indispensables para una síntesis estructural del héroe, creo que basta con lo que dejamos anotado, pues la figura y ciertos hechos tan gráficamente expuestos por él y otros así nos lo afirman. Tales serían, pues, los componentes físicos de Páez, y en cuanto a los funcionales, los que definen realmente su carácter y sus inclinaciones, como vamos a verlo ya, esos concurren con aquéllos casi matemáticamente.

Tipo dinámico somatotónico

De los veinte rasgos esenciales que describe Sheldon, sólo haremos referencia a algunos y si no tomamos en cuenta otros no es porque no correspondan a nuestro personaje, sino para no ser prolijos en un estudio de esta clase de por sí tan árido para el lector. Además, de dichos caracteres sólo tomaremos algunos aspectos por la misma razón y haremos al final de cada uno una rápida semblanza del Ciudadano Esclarecido.

1. Asertividad en la postura y el movimiento

"El carácter definitivo de este rasgo es la prontitud corporal para la acción. Todo movimiento se hace sin vacilaciones. La marcha es animada, determinada, firme."

1. Sheldon, Ob. cit.

¿Prontitud? ¿Determinación? ¿Firmeza? Toda la vida del héroe es una constante demostración de esto. La vacilación no fue nunca factor que pesara en sus campañas grandes o pequeñas. En el camino de Bailadores, a principios de la guerra cuando Ranjel se queda atrás, ¿él solo, no arremete, sin esperar ayuda, contra más de diez enemigos bien armados? ¿Hay vacilación o tanteo en su proeza de Las Flecheras? ¿No está toda su historia sembrada de hechos como el de su actitud ante Olmedilla, más que exigiéndole, imponiendo clemencia para los prisioneros españoles en trance ya de ser ejecutados? Marcha por senderos inhóspitos, montañas y selvas y siempre está en movimiento como agitado por extraños ímpetus atávicos.

2. *Afición por la aventura física*

"Existe un auténtico placer en participar en empresas peligrosas y agotadoras. El individuo se entrega espontánea y libremente a la aventura física, porque le gusta. Semejante actividad se expresa en una gran variedad de campos como la guerra, la exploración, la aviación, la caza, los juegos atléticos vigorosos o peligrosos, etc. Existe por lo general un gran amor a la velocidad, automóviles, caballos..., posiblemente el poseedor de este rasgo en grado elevado ama profundamente los caballos, pues el caballo es una encarnación de la somatotomía. Existe un sincero gusto por el trabajo físico y el peligro".

Aquí, en esta afición que le es tan cara, encontramos la fuente de su afán de lucha, de buscar el peligro, de cazar las fieras salvajes, de atacar inesperadamente, de sembrar emboscadas, de caer como un alud sobre las divisiones enemigas. Para él la vida toda es una aventura sin fin. Gusta de la velocidad, corre a galope por las llanuras ilímites y ama a su caballo con la misma ternura con que puede amarse una mujer. ¿No hay un acontecimiento en su historia en que por haber sido muerto su corcel hace que su tropa lo vengue haciendo una carnicería en las filas enemigas?

3. *Notación energética*

"El individuo dispone de energía rápida y abundante. Ese rasgo es el rasgo del "apenas dicho ya hecho". No hay impedimento para la acción, no existe el letargo del relajamiento excesivo, ni de la fatiga o la somnolencia crónica... La persona parece pensar con los múscu-

los y ser incansable. Estas personas pueden soportar el esfuerzo físico durante largos períodos sin dormir y sin comer..."

Apenas dicho —ya hecho. Esta última frase no corresponde en justicia con más veracidad a ningún otro guerrero que a Páez. Debiera estar esculpida al lado de su nombre. Concibe el gesto glorioso de Las Queseras sólo unos segundos antes de realizar la hazaña que lo hizo inmortal. Apenas el Libertador sugiere la conveniencia de tomar los barcos españoles en el Río Apure, cuando Páez se los ofrece y, entre este ofrecimiento y el cumplimiento del mismo, sólo transcurren minutos. Es el hombre de la velocidad y de la decisión porque está dotado de sobrehumana energía.

5. *Afán de dominio, ambición de poder*

"Existe un profundo y constante deseo de ser importante en el mundo, de ejercer poder sobre otras criaturas y sobre el ambiente. Hay una consumada voluntad de asumir responsabilidades... Son característicamente expansivos y, a menudo, generosos."

Todos estos son factores decisivos en esta vibrante personalidad. ¿No lo demuestra ya desde casi un niño, cuando queriendo deslumbrar a los que le ven en una bodega, él saca todo el dinero que le ha dado su madre y muestra sus armas sin casi siquiera medir las consecuencias?

Veamos estas frases de Arcaya que pintan al héroe en este rasgo de su definida individualidad: "Pocos han tenido como Páez el don de esclavizar la voluntad de otros hombres y de llevarlos dóciles a todas partes, a la guerra, al sacrificio, a la insurrección, a sostener su orden legal o a derrocarlo, extraña facultad de sugestión que constituye en Venezuela el prestigio de los caudillos guerreros y explica la trama de nuestra historia".[1]

Es el jefe nato con ambición de dominio porque siente bullir en él una fuerza que le guía ciegamente. Ha nacido para triunfar y tiene que llegar, ¿llegar a dónde? No lo sabe, pero hay algo superior a su conciencia crítica y a su inteligencia, es la voluntad de su temperamento, de sus impulsos primarios que han venido forjándose en una estructura hecha para el combate, la ambición y el poder.

1. "El Cojo Ilustrado", Pedro Manuel Arcaya. Caracas, 1º de enero de 1908.

Su naturaleza desbordante aún en los años seniles de su vida le hace exclamar, "Mi temerario arrojo...",[1] y su poder expansivo le hace decir, "Les dirigí la más estupenda proclama que jamás ocurrió a general alguno".[2] Frases son éstas que no deben tomarse por inmodestia. Es la revelación de un carácter, el carácter somatotónico que es expresión y extraversión.

En cuanto a generosidad hay hechos elocuentes: reparte entre sus enemigos, de sesenta pesos que tenía como único capital, cincuenta y nueve, y el único que ha dejado para sí lo regala a otro enemigo, Diego Ramírez, que le pide pan.[3] Y cuando Olmedilla le conmina a que decapite un prisionero español, responde en forma olímpica: "Jamás he empleado mis armas contra el vencido".[4]

6. *Gusto por el riesgo y el azar*

"Característica de temeridad. Afición al peligro innecesario. Predominio del *instinto del jugador.* Gusta de jugar... cuanto mayor la apuesta mayor el goce... No tiene escrúpulos cobardes o serviles, hay sentido de expansión, de felicidad... No admite que se le supere."

Páez era jugador y aquí su instinto le hacía buscar el riesgo y por eso era profundamente temerario y temible. Sólo él por esta su personalidad podía atraerse, casi hipnotizadas, las hordas de Boves y de Yánez.

8. *Valor físico para el combate*

"Arrojo físico esencial e indiscutible. Confiada dependencia en la robustez, la habilidad y la fuerza muscular. El individuo depende de su soma... Una persona de estas características puede ser truculentamente combativa. A menudo lo es cuando su estatura es ligeramente inferior a la normal... Cuando es superior, la combatividad se halla generalmente en estado latente y su despertar es lento."

---

1. Páez, Autobiografía. Tomo I, pág. 52.
2. Idem. Ob. cit., pág. 81.
3. Idem. Ob. cit., pág. 44.
4. Idem. Ob. cit., pág. 60.

9. Agresividad competitiva

"Goza de la lucha competitiva. Empuje, ímpetu y actividad en la lucha por ponerse a la cabeza de los demás. Es unidireccional, sin vacilaciones. Se halla libre de inhibiciones o tanteos. Toma sin vacilar la iniciativa para colocarse delante de los demás o para lograr lo que quiere."

Valor físico para el combate. "Páez era de mediana estatura", dice O'Leary; su combatividad y denuedo para la lucha abierta, en batalla, o en combate personal era, pues, una actitud *permanente,* siempre estaba pronto para demostrar a amigos y enemigos el poder de sus músculos y su valor indomable. Sólo así podía hacerse temer de unos y respetar de todos. Confiaba en su fuerza hercúlea y en su proverbial habilidad. Nonato Pérez, Ranjel, Aramendi, entre otros, comprendían que si ellos eran varones de calidad, allí estaba el Centauro para hacerles entrar en razón. Vivía en estado de competencia, pues; primero, le gustaba la lid como juego del instinto de lucha en él desarrollado al máximo, y segundo, comprendía que era necesario exhibirlo y entrenarlo para mantener la admiración de todos hacia su persona.

11. Claustrofobia

"Desean hallarse al aire libre, gustan de los lugares abiertos... tienen aversión a verse encerrados. Gustan dormir desnudos y nadar sin vestidura alguna. Les disgustan los sitios en que no pueden moverse con libertad."

Claustrofobia. Mejor dicho, agorafilia, porque en Páez hay un ansia de horizonte y de libertad. Es hijo de las pampas y ahí todo es extensión y praderas, donde el cielo y la tierra parece que se funden en la serenidad de un sueño. Corre por las riberas de los ríos caudalosos y pasa días, semanas y meses al vivac o pernoctando bajo las estrellas.

Si lo hacen preso, como ocurrió a principio de su vida militar, no resiste el calabozo, y, al fugarse de él, corre solo, sin ayuda de nadie, a libertar a los que habían seguido igual suerte, exponiéndose a morir en todo momento.

12. Inescrupulosidad. Carencia de remilgos

"Son seres prácticos, sin compunciones. No hay sentimentalidad ni inhibición en lo que se refiere a cosas como suprimir una vida...

no son deliberadamente crueles (la crueldad requiere cierto grado de cerebrotonia). Sus enemigos los llaman despiadados..., es muy fácil para ellos racionalizar el acto de matar, que no les despierta escrúpulo de conciencia alguno. Este, con el rasgo 5, es de importancia para el jefe militar de éxito."

Algunos hechos de su vida reafirman una fase de su constitución en cuanto a los rasgos anteriormente descritos.

Páez trata de racionalizar su actitud ante el ladrón a quien en su adolescencia dio muerte cuando fue asaltado en pleno camino. No necesitaba esto haciendo inútiles equilibrios de dialéctica, pues desde época inmemorial se justifica plenamente el homicidio en legítima defensa.

Su actitud ante Bolívar el año 29 cuando se quiere realizar la disolución de la Gran Colombia, es bastante dubitativa y por eso muchos historiadores la critican y la llaman artera.[1]

Pero cuando el año 18 queriendo matar al jefe español Puy, lo persigue solo, pero no le da alcance y, en su lugar, encuentra a su teniente Diego Ramírez, ¿no siente deseos de liquidar al jefe realista en este su subalterno? En la pág. 43 de su Autobiografía dice: "Mientras iba conversando con él, me asaltaron varias veces ímpetus de llevar a cabo mi proyecto". Pero si habló su instinto, su fuerza ancestral encerrada en una condición psicofísica de sólida textura, la función intelectiva ejerció un papel digno de aplauso. En la salvaje disposición de aquel hombre, todo energía y vitalidad, había la chispa de una inteligencia que más tarde llegaría a alturas insospechadas. El hecho de respetar al enemigo y de no ensañarse con el vencido es un rasgo más de este carácter donde, si hay a veces inescrupulosidad, jamás se ve al hombre cruel.

19. *Necesidad de acción en los momentos de congoja y perplejidad.*

En la eventualidad de un combate era cuando se ponía más a prueba la presunta personalidad enequética de Páez. Lo dice él, lo dicen sus historiadores. Allí ante el enemigo sufría un ataque con brusca pérdida del conocimiento, le echaban agua fría, se recobraba un poco y en este estado quizás onírico, quizás crepuscular, bajo el

1. **Vicente Dávila "Diccionario Biográfico de Ilustres Próceres de la Independencia".**

influjo todavía de su descarga cerebral, caía como un torrente, impetuosamente, sobre las huestes enemigas. Pero tal cosa ocurría unas veces, no siempre, y muy posiblemente fuera cuando su ánimo estaba más conmovido y quizás perplejo ante una batalla cuya solución presentía difícil. Valdría la pena saber si fueron sus mejores victorias las que fueron precedidas de este estado probablemente comicial y así lo parangonaríamos con Dostoiewsky cuyas mejores producciones psicológico-literarias eran producto de sus crisis epilépticas.

Conclusiones

He tratado de hacer una semblanza del héroe de Las Queseras en forma unilateral, refiriéndome a un aspecto de su polimorfa personalidad; en lo que se refiere a su tipo morfológico y a la cuestión "carácter". Para nada tenía que adentrarme en la maleza de su vida política, social o militar en forma concreta, ya que sólo he tenido por propósito el de estudiarlo en relación con una nueva doctrina de Psicobiología. Estoy cierto de que este estudio es pobre en cuanto a estilo y factura literaria, pero no creo que cuando se aborda una exposición biopsíquica sea necesario la metáfora elegante o la frase cultivada; también está cargado de conocimientos, en cuanto a la vida del héroe, sumamente lacunarios, pero los que expongo han bastado para confirmar en todas sus fases —positivas y negativas—, las sabias características que sobre el temperamento mesomórfico o somatotónico, expone Sheldon.

Quizás me haya dejado llevar del entusiasmo que impregna a todo intelectual venezolano al hablar de sus próceres, cuando he penetrado en uno de sus más emocionantes rasgos de valor y astucia, y eso que con sentido analítico me había preparado para no dejarme seducir por aquel espíritu del vértigo. Tal es de poderosa la atracción que nos brinda Páez, a través de la historia.

En síntesis, creo que su constitución somato-psíquica debe colocarse en el grupo de la *Somatotonia* como carácter polar y determinante y de la *Cerebrotonia* como factor secundario, y que aunque haya muchos factores que nos conducen a reconocerlo patográficamente como *epiléptico,* existen tantas lagunas en el sentir general de Biswanger, Samt, Conrad, Kraulis y Bumke, con respecto a la clínica psicológica de esta enfermedad, que sería temerario afirmar este diagnóstico

en nuestro ínclito llanero. Quede, pues, para luego de más minuciosas indagaciones esta consideración, pero sí podemos adelantar que si era epiléptico, su mal no constituía en él un fenómeno de degeneración orgánica ni de inferioridad mental, sino, como en Dostoiewsky, una forma de ser quizás indispensable para su poder creador. Siendo epiléptico este agudo pensador ruso ha sido llamado por un filósofo contemporáneo.[1] "El alma más grande del mundo moderno". Páez podría ser considerado como la encarnación del equilibrio mental y del sentido común.*

* Vitelio Reyes, *Páez. Venezolano Integral. Caracas,* Imprenta Naciona, 1957. pp. XXIII - XXXVII.

PAEZ EN VALENCIA

EL HOMBRE

Alfonso Marín

I

La vida del general José Antonio Páez describe por sí sola una de las parábolas más asombrosas de nuestra historia patria. Nace en un apartado rincón del actual Estado Portuguesa, perteneciente entonces a la Provincia de Barinas, y recibe una escasísima instrucción de manos de la maestra rural Gregoria Díaz. Cumple allí funciones de pulpero y otras actividades rudimentarias, hasta que la violencia de un suceso imprevisto, en el que se ve precisado a actuar en defensa de su vida, lo avienta nuevamente a la tierra llana, esta vez a las sabanas de Barinas, a desempeñar las más duras faenas del campo. En los hatos "La Calzada" y "Pagüey", de don Manuel Antonio Pulido, se somete a las rigurosas disciplinas impuestas por el caporal Manuelote, quien desde el primer momento descubre en Páez condiciones excepcionales para el diario luchar contra una naturaleza bravía; contra los animales salvajes, los ríos crecidos, los potros desbocados, los toros cimarrones; los mil peligros de una vida azarosa, surcada de caminos imprecisos, que fácilmente pueden desembocar en la muerte.

1. "La Filosofía Hoy". Sciacca, pág. 21.

En las horas del mediodía, cuando más fuerte se deja sentir la acción de la canícula, se oye la voz de Manuelote:

—Catire Páez, traiga un camazo de agua y me lava los pies.

Luego debe mecerle su hamaca, hasta que el negro capataz, que tiene la dura fortaleza de los toros de la sabana, se rinda con el sueño.

Años más tarde, en 1816, el negro Manuelote cae prisionero como soldado realista, en manos de Páez, en la batalla del Yagual. La tropa lo pide imperativamente para fusilarlo. Está en toda su vigencia el decreto de Guerra a Muerte. Páez lo salva.

—Ese preso es mío; yo me encargo de castigarlo, —dice.

Y le dispensa toda clase de consideraciones, hasta incorporarlo a la causa patriota.

Después, en las noches de vivac, al abrigo de los caneyes llaneros o bajo la fronda de los árboles, surgirá la voz de Manuelote, de chinchorro a chinchorro, esta vez en broma:

—Catire Páez, traiga un camazo de agua y me lava los pies.

En esos hatos de "Pagüey" y "La Calzada", en ese teatro inhóspito, de contornos primitivos, es donde va a moldearse el hombre. Allí lo va a sorprender, recibiendo sus diarias lecciones de virilidad y de fuerza, el estallido de la guerra. Las primeras noticias que llegan hasta aquellas apartadas regiones, necesariamente tienen que estar afectadas por la brumosa incertidumbre que les imprime la distancia. Cierto día la situación queda definida: hay una reunión privada en Barinas, en el palacio del Marqués de las Riberas del Boconó y el Masparro, Conde de Pumar, y en esa reunión ofrece don Manuel Pulido 4.000 caballos como contribución suya para la guerra. Pulido mismo se alza contra los realistas, y con él hace Páez sus primeras armas. Ya para 1812, ostenta con orgullo los galones de sargento de caballería. Sirve dos años a la causa patriota, y cuando por la caída de la primera República la actividad bélica disminuye, se retira a la sabana y funda un hato.

Llega Tíscar a Barinas, y trata de atraérselo, en momentos en que se anuncia la invasión de Bolívar por la Nueva Granada. Le confía la misión de buscarle reses y caballos para la tropa, y Páez cumple esta misión a medias. Lo halaga con promesas. Le reconoce el rango de capitán. Pero él esquiva estas tentaciones y vuelve a unirse con Pulido, definitivamente decidido por la causa republicana. Cae preso el año 13, en manos de Puy, y se ve a punto de ser fusilado por éste. Interviene entonces su esposa, Dominga Ortiz, para salvarlo. Mediante el pago de un fuerte rescate, queda libre.

Sin embargo, como permanece en Barinas, vuelve a ser detenido fracasando esta vez todas las tentativas amistosas hechas en favor suyo. Implacablemente va a ser ejecutado. Y es entonces cuando sus amigos, de acuerdo en secreto con él, provocan una aparatosa alarma en altas horas de la noche, que le permite fugarse en medio de la confusión y el pánico de la guardia que lo custodia.

Después viene la Gesta. Mata de la Miel, El Yagual, Mucuritas: toda la campaña de Apure. Para fines de 1817, Bolívar, que todavía no le conoce, pero que ha tenido elogiosas noticias suyas, le envía de regalo dos volúmenes de táctica, disciplina e instrucción de batallones. A principios de 1818, ambos jefes se encuentran por primera vez en San Juan de Payara. Su amistad se inicia en forma diáfana y firme.

Continúa la lucha. Vienen luego las Queseras del Medio, Carabobo y, finalmente, Puerto Cabello. Se consolida el triunfo de las armas patriotas.

O'Leary describe a Páez así: "Era de mediana estatura, robusto y bien formado, aunque la parte inferior de su cuerpo no guardaba proporción con el busto; pecho y hombros muy anchos, cuello corto y grueso que sostenía una cabeza abultada, cubierta de pelo castaño oscuro, corto y rizado; ojos pardos que no carecían de viveza; nariz recta, con anchas ventanas; labios gruesos y barba redonda. Su cutis claro indicaba salud, y habría sido muy blanca sin los efectos del sol. La cautela y la desconfianza eran los rasgos distintivos de su fisonomía. Hijo de padres de condición humilde en la sociedad, no debía nada a la educación".

Después de la batalla de Carabobo, Páez va en triunfo a Caracas en compañía del Libertador. Juntos reciben el ardoroso tributo de afecto y admiración del pueblo caraqueño.

Y surge entonces para Páez una empresa mucho más ardua. El mismo está convencido de su fortaleza extraordinaria para las cosas de la guerra; pero se siente culturalmente débil para enfrentarse a las posibles contingencias de aquel nuevo camino que tiene por delante. Presiente que va a tener en él serios tropiezos. Y es entonces cuando se decide a educarse. Deberá compartir ahora sus funciones civiles y militares con sus afanes de lectura y estudio. Quiere aprender de todo: gramática, literatura, botánica, filosofía, música, canto. Se han despertado en él las educativas curiosidades propias de un niño. Siente una ambiciosa ansiedad por las cosas de la cultura.

Convierte su residencia en Valencia en una especie de Ateneo. Toca piano, violín, violoncelo; canta. Su potente voz de barítono llena toda la casa. Funda en ella un grupo de teatro, quizá el primero que hubo en Valencia. Lo inaugura con la tragedia "Otelo", de Shakespeare. Páez hace de *Moro de Venecia;* el Dr. Miguel Peña, de *Yago;* el general Carlos Soublette, de *Barbantio,* y el papel de *Desdémona* lo desempeña la señora Francisca Romero de Alcázar; Inés de Oyarzábal hace el papel de *Blanca* y como apuntador aparece Jaime Alcázar.

Además, trata de ensayar música propia, y en cuanto a sus actividades botánicas, baste observar que una bella rosa de jardín y también una paja para alimentar ganados, llevan su nombre.

Ama las tertulias con gente culta. Uno de sus principales contertulios es Agustín Codazzi, quien le relata sus aventuras y le explica sus experiencias científicas en el ancho campo de nuestra geografía.

Llega luego a la presidencia de la República, y cuando termina su período constitucional en 1835, se retira a su hato de San Pablo, a reanudar sus viejas actividades pecuarias. Está allí, descansando, ajeno a toda beligerancia política, cuando se produce el golpe militar de Monagas y Mariño contra el gobierno civilista de Vargas. Se alza indignado. Marcha sobre Caracas, somete a los facciosos y llama a Vargas del destierro para que vuelva a ocupar la presidencia. Y una vez que lo deja sentado en la silla presidencial, se reintegra de nuevo a su vida privada, satisfecho de haber defendido la constitución y las leyes. Daba así un ejemplo de celoso desprendimiento.

Desde 1839 hasta 1842, vuelve a ser presidente constitucional de Venezuela, y su gobierno se caracteriza por un efectivo progreso cívico.

En 1848, cuando se produce la disolución del Congreso por medio de las armas, bajo la recién inaugurada dinastía de los Monagas, Páez se alza nuevamente en defensa de las instituciones; pero es derrotado. Va las Antillas. Vuelve a Venezuela, para seguir luchando contra la dictadura de los Monagas, y cae prisionero. Es sometido entonces a duras privaciones en las bóvedas de La Guaira y también en el Castillo San Antonio, de Cumaná, de donde al fin sale al exterior como desterrado político. Va a los Estados Unidos y de allí a Europa. En ambas partes es recibido con grandes honores. En los Estados Unidos, la prensa comenta elogiosamente sus glorias. Se entrevista en Washington, en audiencia especial, con el Presidente Millard Fillmore.

Cuando llega a París, el Emperador Napoleón III lo invita a una suntuosa *soirée* en las Tullerías. También es invitado al bautizo del

Príncipe Imperial y se sienta en la Corte al lado de la Emperatriz Doña Eugenia de Montijo. En la Catedral de Nuestra Señora de París, lo acompaña el Duque de Casses en la tribuna especial, durante el bautizo.

Recorre Alemania, y al pasar por la capital de Baviera, el propio Rey Luis II lo acompaña como cicerone a visitar el Museo Real.

Regresa a Nueva York, para permanecer allí hasta la caída de los Monagas. Estudia inglés, francés, música, y hace apuntes para sus memorias, que publicará en la misma ciudad de Nueva York años más tarde.

Instado a fines de 1858 para que regrese a Venezuela, como consecuencia del triunfo de la Revolución de Marzo, debió hacerlo el 27 de octubre de aquel año, pero la víspera de ese día, o sea, el 26 de octubre, sufre un serio accidente de equitación al mandar una revista militar preparada en honor suyo como despedida. Su salida se retarda hasta el 2 de diciembre y resuelve llegar primero a Cumaná, donde desembarca el 9 de ese mes. Esto, por el deseo de expresar su gratitud a los cumaneses por los vivos testimonios de amistad de que había sido objeto allí, diez años antes, cuando estuvo preso en el Castillo de San Antonio, antes de ser enviado al destierro. Sigue luego a Puerto Cabello, arribando allí el 4 de enero, y al día siguiente pasa a Valencia, donde una multitud entusiasmada lo aclama con delirio. El recibimiento que se le tributa es espléndido.

Sin embargo, ya se acerca su ocaso. Los reveses políticos sufridos, el dolor del exilio, ciertos achaques de salud y la acción de los años, han deteriorado un poco aquel inmenso caudal de energías que apacentó en su juventud. Sólo su temple espiritual admirable, le permite atender ahora los requerimientos de sus amigos, que por las circunstancias imperantes, y creyendo que con el prestigio personal suyo se podría contrarrestar la anarquía de los caudillos, se empeñan en llevarlo a la presidencia de la República, para que ejerza la dictadura. Un error. Va a correr una aventura suicida. No podrá sostenerse en ella. Lo arrastrará con sus ímpetus incontenibles la Revolución Federal. Y, como consecuencia, tendrá que volver al destierro, esta vez sin regreso.

Ahora Nueva York lo recibe fríamente. Su fracasada dictadura, le ha proporcionado en el campo de la opinión pública internacional un serio descalabro. Prepara allí durante cinco años, su autobiografía. En 1868 va a la Argentina. La nación del Plata está presidida por Domingo Faustino Sarmiento, quien en vista de la situación en que

se encuentra, le tiende su mano amistosa y lo incorpora al ejército argentino con el rango de Brigadier General. Allí logra reanimarse considerablemente. Se hace amigo de los intelectuales, de los escritores, de los artistas. Es ya un anciano. Sin embargo, resulta siempre muy agradable en las tertulias: cuenta con gran vivacidad sus aventuras por los llanos de Venezuela, sus hazañas de la Independencia; canta canciones típicas venezolanas y ejecuta música clásica. Vive dos años y medio en Buenos Aires, donde recibe la noticia de que el presidente boliviano, Capitán General don Mariano Melgarejo, gran amigo suyo, le reconoce el grado de General de División del ejército de Bolivia.

Una epidemia de fiebre amarilla lo obliga a salir de Buenos Aires. Va a Río de Janeiro y luego al Perú. El gobierno peruano decreta para él una pensión; pero prefiere volver a Nueva York, y allí muere a consecuencia de una pulmonía el 6 de mayo de 1873.

Tenía en aquellos momentos 83 años de edad y se encontraba agobiado por la más absoluta miseria.

Había simbolizado hasta entonces a lo largo de su vida, con intensa fidelidad, las características principales de su pueblo, con sus defectos y con sus virtudes; con sus veleidades políticas y sus impulsos generosos, y con su gran capacidad para evolucionar y educarse, arrancada a las canteras de la propia naturaleza.

EL NACIMIENTO DE LA REPUBLICA

...Madre eres tú:
Pariste a Venezuela.

José Rafael Pocaterra
(Canto a Valencia)

II

Se carece todavía en Venezuela de un estudio imparcial y objetivo, desapasionado, dialéctico, del proceso histórico registrado entre 1821 y 1830, que habría de culminar con la desmembración de la Gran Colombia. Dentro de él se produjo, en 1826, uno de los episodios más controvertidos de nuestra historia: *La Cosiata.* Es un período de nueve

años, lleno de zozobras, de inquietudes, de inevitables impaciencias, en medio de grandes acontecimientos, donde las pasiones, los intereses, las rivalidades, las ambiciones y los caprichos de los hombres, se ven a veces mezclados con ideales generosos, hasta confundirse con ellos. Y habría que analizar con reflexivo detenimiento los fenómenos políticos, sociales, geográficos y económicos que determinaron ese proceso, para poder esclarecerlo.

El presente trabajo no pretende, desde luego, cumplir ni siquiera en parte un objetivo semejante. Se trata sólo de ligeros apuntes, encaminados a señalar algunos de los detalles más resaltantes.

Diremos, simplemente, que la organización política del Estado está íntimamente relacionada con la estructura económica y social existente en determinado momento histórico; y observaremos que la nobleza criolla eliminó la autoridad política de España en América cuando obtuvo el control económico de la riqueza acumulada a lo largo del régimen colonial, alcanzando categoría social predominante.

Cabe preguntar: Si la autoridad que partía desde la península española, en la Europa distante, hasta las posesiones americanas, resultaba ya un hilo débil, imposible de perdurar, ¿no sucedería algo similar con la concentración de los poderes públicos principales en Bogotá, tan alejada igualmente de los problemas intrínsecos de Venezuela y Ecuador?

Indudablemente, los señores que en lo social predominaban en Venezuela, no podían ver con agrado cómo la dirección política estuviera controlada, a distancia, por los señores predominantes en la alta meseta andina; continuando ellos, como antes bajo la dominación peninsular, con poderes restringidos, secundarios, incompatibles con su propio rango económico y social. Imposible admitir mengua en el ejercicio de sus privilegios políticos.

Como consecuencia de esta realidad, observaremos la débil consistencia del inmenso Estado creado bajo la influencia y dirección del Libertador. Las luchas públicas o subterráneas, las maquinaciones de unos personajes contra otros, emergen de este fondo inestable, necesariamente transitorio. Ocurrieron, naturalmente, notables acontecimientos que derrumbaron en definitiva la obra idealista de Bolívar. El principal teatro de tales acontecimientos, fue Valencia, y el general Páez su más caracterizado protagonista.

Es evidente que la ruptura de ese inmenso bloque geográfico que se llamó la Gran Colombia, vino a resultar un hecho inevitable. El

propio Bolívar, defensor y propulsor de la unidad grancolombiana, comprende con la debida anticipación que esa unidad va a ser insostenible. Al poner el cúmplase el 6 de octubre de 1821 a la constitución de Cúcuta, que había sido aprobada por el Congreso el 12 de julio de ese mismo año, no pudo menos que exteriorizar su disgusto por el contenido de ella. En el momento de firmar, habían echado a vuelo las campanas de la Iglesia del Rosario, para celebrar el acontecimiento, y él exclamó en tono profético: "Están doblando por Colombia".

Ya el 13 de junio anterior le había dicho a Santander en una carta: "¿No le parece, mi querido Santander, que esos legisladores, más ignorantes que malos, y más presuntuosos que ambiciosos, nos van a conducir a la anarquía, y después a la tiranía, y siempre a la ruina?".

En esta constitución se previó la fundación de una ciudad equidistante entre Bogotá y Caracas para capital de la República, con el nombre de Bolívar. Mientras tanto, se eligió a Bogotá como capital provisional, dejando a Caracas con el rango de una simple capital de provincia.

Esto causa un gran descontento en Venezuela. Un periódico de Caracas, "El Venezolano", abre una recia campaña contra el contenido de la constitución de Cúcuta y se pronuncia por una reforma inmediata de ella. Hay un punto vulnerable: la formación del parlamento presenta una desproporción inaceptable. La Nueva Granada tiene 45 representantes; Venezuela, 28; es decir, que existe una supremacía del 62,22% por parte de la Nueva Granada. La Municipalidad de Caracas recoge y refleja el descontento general y alega que en el congreso de Cúcuta, Venezuela no estuvo suficientemente representada.

El Libertador ha tenido que seguir hacia el Sur, dejando al general Francisco de Paula Santander, Vicepresidente de la República, encargado de la presidencia. A Páez le confía el mando de Venezuela.

Las discrepancias entre Páez y Santander se ponen de manifiesto desde el primer momento. Existe entre ellos una vieja rivalidad surgida en la campaña de Arauca. La correspondencia que se cruzan es casi siempre reticente, y acusa intereses opuestos. Hay un momento en que Páez se exaspera y agudiza hasta el extremo su ironía para decirle en carta del 28 de mayo de 1822: "voy a descubrirle ingenuamente mis sentimientos. Deseo en este instante, más que en ningún otro, que el corazón fuese ingenuo por necesidad, no porque yo deje de serlo, sino

para que Ud. y todo el mundo creyese sin temor que mis expresiones son sinceras".

Esta carta es larga, y está llena de agudezas y recriminaciones, que destilan un sedimento de disgusto. Fue escrita, según parece, por el Dr. Miguel Peña.

El tono de la correspondencia se va haciendo cada vez más agrio, hasta convertirse casi en una polémica.

En 1824, surge una nueva amenaza, no ya para la integridad de la Gran Colombia, sino para la independencia misma: la Santa Alianza. En vista de esto, el Congreso dicta un decreto el 11 de mayo de ese año, ordenando la conscripción inmediata de cincuenta mil hombres, con los cuales se deberá atender, además, a la campaña del Sur. La Municipalidad de Caracas se opone a este decreto. No existen recursos humanos ni económicos que lo justifiquen.

Santander, sin embargo, insiste en que se cumpla. Las milicias cívicas que hay en Caracas, deben ser incorporadas. Estas se niegan a hacerlo. Páez, mientras tanto, por disciplina militar, embarca 2.794 hombres en Puerto Cabello, con destino al Perú, al mando del general José Gregorio Monagas. Trata a la vez de efectuar el alistamiento. Convoca por dos veces al pueblo de Caracas con ese fin, y la concurrencia es exigua. Por último, recurre a la fuerza, y como los contingentes militares encargados de cumplir en Caracas el reclutamiento forzoso cometen algunos excesos, esta medida resulta excesivamente violenta.

Se declara el estado de guerra.

El Intendente Juan Escalona acusa a Páez ante el Congreso por extralimitación de funciones. La Municipalidad de Caracas hace lo mismo. Santader, cosa extraña, defiende a Páez. Trata por todos los medios a su alcance de evitar el juicio en el Congreso. Todo inútil. El proceso iniciado con la acusación de Escalona y de la Municipalidad de Caracas, sigue su curso, y el Senado sanciona a Páez el 27 de marzo, suspendiéndolo de su cargo y ordenándole que se traslade a Bogotá para interrogarlo.

La situación creada con esta decisión del Senado, se agrava mucho más con una imprudencia de Santander, quien en vista de la destitución de Páez, nombra a Escalona para sucederlo. Con este nombramiento, la indignación de Páez llega a su límite más alto. En su autobiografía, publicada 30 años más tarde, recordará con disgusto

este hecho: "Santander añadió el insulto al agravio —dice— nombrando para sucederme a Escalona, mi acusador, a quien no correspondía por ordenanza recibir el mando en competencia con otros generales más antiguos, de mayor graduación y que entonces no tenían destinos".

Páez hace un esfuerzo por obedecer, y obedece. Le entrega el mando a Escalona; pero en vez de ir a Bogotá, a someterse al juicio del Congreso, se traslada a Valencia, donde es recibido con grandes demostraciones de apoyo y con el más absoluto respaldo del pueblo. Lo asesora el Dr. Miguel Peña, ahora expulsado del gobierno por otra causa.

Hay que advertir que este episodio tiene una gran importancia, no sólo por lo que significa en sí, sino principalmente por sus consecuencias. Bolívar le dirá más tarde a Páez en una carta: "A mis ojos la ruina de Colombia está consumada desde el día en que Ud. fue llamado al Congreso".

Con la llegada de Páez, se producen en Valencia graves desórdenes. La Municipalidad trata de rebelarse y de exigir la restitución de éste a su cargo, pero carece de facultades para hacerlo. Convoca a don Fernando Peñalver, en su condición de Gobernador de la Provincia, para tratar de conminarlo a la restitución de Páez, y Peñalver sostiene que la disposición del Congreso debe cumplirse. El mismo ordena al coronel Francisco Carabaño, Jefe del Estado Mayor, que imponga el orden. Carabaño no obedece. Está con los insurgentes. Páez es llevado al Concejo para aclamarlo y el 30 de abril es oficialmente reconocido como único jefe.

La rebelión se extiende. Mariño marcha sobre Caracas. Escalona es detenido y obligado a presentarse el 5 de mayo al Concejo Municipal, donde se aprueba y respalda en todas sus partes la actuación de la Municipalidad de Valencia, rectificándose así la actitud que la Municipalidad caraqueña había asumido contra Páez el 16 de enero de aquel año, cuando se asoció a la acusación de Escalona, hecha ante el Congreso.

El 11 de mayo vuelve a reunirse la Municipalidad de Valencia y propone formalmente que se proceda lo más pronto posible a la reforma de la constitución y que mientras tanto Páez continúe en el mando de Venezuela, con la condición expresa de que no debe acatar para nada órdenes o instrucciones del gobierno de Bogotá. Páez presta juramento ante el Concejo Municipal de Valencia el 14 de mayo. El 29 del mismo mes, se juramentan a su vez ante él las autoridades del

Departamento, en una sesión solemne de la Municipalidad de Caracas convocada a tal fin.

Las municipalidades departamentales designan diputados para una asamblea encargada de adelantar los preparativos para la llamada Gran Convención. Esta asamblea se reúne en Valencia el 29 de junio, con representantes de Valencia, Caracas, Turmero, Santa Lucía, El Pao, Quíbor, San Carlos, Petare, Carora, Achaguas, La Guaira, El Tocuyo, San Felipe, Barquisimeto, Villa de Cura, San Fernando de Apure, Puerto Cabello, Guarenas, Ocumare, San Sebastián, Río Chico, Maracay y Orituco.

Páez es asesorado por Miguel Peña y éste tiene a su vez como principales colaboradores, a Francisco Carabaño, Pedro Pablo Díaz, Matías Escuté, José de Iribarren, Tomás Lander, José Núñez de Cáceres, Domingo Navas Spínola y Francisco Rivas.

Santander, mientras tanto, ha continuado haciendo esfuerzos por librar a Páez de la tremenda situación en que se encuentra. Le escribe una carta confidencial con fecha 12 de junio, aconsejándole que reflexione, que vuelva sobre sus pasos y que se reivindique ante el Congreso. Le recuerda que todavía hay tiempo para hacerlo.

En otras circunstancias, se podía haber pensado que esta carta era una trampa. En este caso, no. Al contrario, se trata de un mensaje diáfano, transido de un ardoroso compañerismo. Al decir de Eloy G. González, esta carta "es uno de los más altos y brillantes documentos de la historia de Colombia". Está llena de citas históricas, de persuasiones amistosas y de advertencias. Parece como si Santander hubiera querido aprovechar la ocasión para acercarse sinceramente a Páez y para borrar de este modo todas las inútiles rivalidades que habían tenido antes, reparando, a la vez, el agravio que acababa de inferirle con el nombramiento de Escalona para sustituirlo.

Pero resultaba inútil pensar que la palabra de Santander, por diáfana que fuese, pudiera inducir a Páez a cambiar de actitud en aquellos momentos. Los antecedentes que existían entre ellos, mantenían viva en Páez la más absoluta reserva. El hombre de las armas desconfiaba con razón del hombre de las leyes.

Estos acontecimientos son conocidos en nuestra historia con el nombre de "La Cosiata". Los principales opositores a la determinación del 30 de abril, fecha fundamental de ellos, fueron don Fernando Peñalver en Valencia, y el Dr. Cristóbal Mendoza en Caracas. Este último fue luego desterrado.

Bolívar se encuentra en el Perú, y hasta allí le llegan las noticias de los sucesos de Venezuela, a través de cartas de Páez, Briceño Méndez, Mariño y su hermana María Antonia. Le escribe a Páez con melancólico acento el 8 de agosto: "Dieciséis años de acumular combustibles van a dar el incendio que quizás devorará nuestras victorias, nuestra gloria, la dicha del pueblo y la libertad de todos. Yo creo que bien pronto no tendremos sino cenizas de lo que hemos hecho".

Y, para evitar un conflicto de proporciones mayores, resuelve venirse a Venezuela. "...abra Ud. su corazón a todas las esperanzas que dependan de mí —le dice a Páez en una carta fechada en Bogotá el 15 de noviembre—; Ud. y sus amigos van a ser los hombres de Venezuela". Y desde Cúcuta el 11 de diciembre: "Yo he venido a Colombia para salvar a Ud. y a la patria de las mayores calamidades: ninguna ambición me ha conducido hasta aquí".

Páez, mientras tanto, permanece receloso y arisco.

Sin embargo, atendiendo a una insinuación que le hiciera el general Silva, como comisionado especial del Libertador, en el sentido de que reconociera la autoridad de éste como Presidente de Colombia, Páez lanza una proclama el 15 de diciembre, anunciando la venida de Bolívar y pidiendo júbilo general para recibirlo.

Está dispuesto, por otra parte, a jugarse el todo por el todo. Se prepara para cualquier contingencia que pueda presentarse. En una palabra: está dispuesto a alzarse. Ha enviado a Miguel Peña y al coronel José Hilario Cistiaga para que vayan al encuentro de Bolívar y le ratifiquen la resolución de "no reconocer más al gobierno de Bogotá ni obedecer sus órdenes". Estos emisarios suyos son detenidos por el coronel Ferguson, comisionado de Bolívar, en Barquisimeto.

En vista de esto, Páez le escribe a su compadre Cornelio Muñoz, que está en Achaguas: "Mi querido compadre: el velo se ha descorrido. El general Bolívar, después de las protestaciones más sinceras de amistad, y del deseo de salvar la patria, viene con el puñal en la mano. Acaba de llegar de Barquisimeto el coronel Torrellas, quien ha sido sorprendido por un edecán del general Bolívar (Férguson) con un corto número de hombres seducidos del país, y le ha intimado arresto; mis comisionados Peña y Cistiaga han corrido la misma suerte, con la desgracia de no haber podido escapar como Torrellas. Viene en nombre del Gobierno de Bogotá haciéndole rendir homenajes a todos, y amenazando a los rebeldes. Ha llegado, pues, el instante de obrar; prepárese Ud. y ponga al país en actitud guerrera y a cubierto

de cualquier invasión, sea de fuerza o de seducción. Firmeza, compadre; ésta es la que nos va a salvar; ésta es la que nos ha salvado en las épocas de apuro y conflicto. Nadie tiene más experiencia del valor de los apureños que yo; este valor, este heroismo ha salvado la patria en otras ocasiones; ahora le afirmará su dicha. El punto de mis operaciones es el Apure; con él pienso vencer, teniendo a mis compañeros antiguos. Cuidado, compadre, no se dejen alucinar; horcas y patíbulos viene levantando contra nosotros; opongámosle firmeza, lanzas y espadas, y derribemos su poder; él es una sirena que piensa halagarnos con palabras de miel; los hombres fuertes no se rinden a esta arma débil. Señale ésta a todos nuestros compañeros, y dígales que cuento con todos, todos, todos, y que no fíen del nombre de Bolívar, porque con él vienen sorprendiéndonos para llevarnos amarrados a Bogotá".

Estos temores de Páez, aparentemente lógicos, no tienen fundamento. Al contrario de lo que él piensa, el Libertador viene dispuesto a adoptar una actitud francamente conciliatoria. El 31 de diciembre, a su llegada a Puerto Cabello, le escribe a Páez en estos términos: "Acabo de llegar a esta plaza, y al poner pie en tierra he sabido con sumo sentimiento que Ud. se ha alarmado por noticias falsas o ciertas...". Y al día siguiente vuelve a escribirle: "Santander quiere que todo se olvide para quedar como buenos amigos y vecinos. Yo creo que Ud. está loco, cuando no quiere venir a verme y teme que yo le reciba mal".

Más todavía: el propio día primero de enero, fecha de esta segunda carta para Páez, el Libertador dicta en Puerto Cabello un decreto de amnistía general para todos los comprometidos en *La Cosiata*. Cosa rara en él, acostumbrado como estaba a resolver con la más implacable energía problemas de esta índole, esta vez prefiere correr un manto de piedad sobre lo ocurrido, a pesar de la gravedad de aquellos sucesos. El primer numeral del decreto de amnistía es concluyente: "Nadie podrá ser perseguido ni juzgado por los actos, discursos u opiniones que se hayan sostenido con motivo de las reformas". Y en el mismo decreto le reconoce a Páez el ejercicio de su autoridad civil y militar como Jefe Supremo de Venezuela y a Mariño el cargo de Intendente y Comandante General de Maturín.

El quiere que las aguas, antes agitadas, vuelvan a su cauce y sigan su curso.

El 4 de enero sigue a Valencia. Páez sale a recibirlo. Se abrazan al pie del cerro de Bárbula, donde la sangre de Atanasio Girardot había regado en años anteriores los laureles de las armas de Colombia.

Al día siguiente, 5 de enero de 1827, el Libertador le escribe al general Rafael Urdaneta para informarle: "Ayer llegué a esta ciudad donde me han recibido con un entusiasmo loco. Abracé al general Páez y en ese abrazo, puede decirse, que ahogamos la guerra civil".

Sigue luego con Páez a Caracas, a donde llegan el 10 de enero. El anuncio de su arribo había causado un efecto magnético. Los ánimos se habían calmado para recibirlo.

No obstante esto, los problemas de indisciplina y rebelión permanecían en toda su vigencia. La correspondencia del Libertador para Páez, es concluyente en este punto. El 20 de marzo le dice: "Cada vez se va haciendo más profundo el abismo en que nos hallamos. En Cumaná y Barcelona continúan las insurrecciones. Tres o cuatro cantones de aquellas provincias se han puesto en armas contra sus jefes".

Bolívar permanece en Caracas hasta el 5 de julio. Ese día dicta un decreto nombrando a Páez Jefe Superior de Venezuela, con amplias facultades de mando sobre los Departamentos de Venezuela, Maturín y Orinoco. Durante su permanencia en Venezuela, el Libertador había desplegado una gran actividad: concedió algunos indultos, modificó los Estatutos de la antigua Universidad de Caracas, mejoró la administración de justicia, organizó la Hacienda Pública, reglamentó el servicio de Aduanas, convocó un congreso extraordinario a reunirse en la capital del Madgalena el 30 de julio, estableció en Caracas un Colegio y Academia de Niñas y dictó diversas medidas encaminadas al mejoramiento de la administración pública. Pero al salir de regreso hacia la Nueva Granada, deja detrás de sí un fermento de rebelión inextinguible. (Ese mismo día sale Páez para Apure a sofocar una revuelta). Y al llegar a Bogotá, todos los problemas existentes se siguen agravando. Ya sus relaciones con Santander son insostenibles. Se prepara la Convención de Ocaña, a la cual no piensa asistir, aunque está convencido de que en ella se va a jugar la suerte de Colombia. Le dice a Páez en carta del 23 de noviembre: "...ya nos acercamos al gran período del bien o del mal. Según el hilo que han tomado las elecciones de esta capital, y probablemente las de muchas otras provincias, el partido será fuerte; por lo mismo, es preciso, mi querido general, que vengan los diputados de Venezuela a todo trance, indicándoles que la vía de Cartagena es la más cómoda y corta. Empéñese

Ud. fuertemente; use de su influencia, de la de sus amigos y de cuantos arbitrios aconseja el interés nacional, a fin de que vengan como deben venir esos señores diputados".

Y, un mes después, el 28 de diciembre le agrega: "Ansío mucho por saber las elecciones de Venezuela, Caracas y Valencia, sobre todo, y deseo ver si nuestro amigo Peña viene: ojalá lo nombren para que le haga frente a algunos de por acá; al gran Santander sobre todo, que, en toda posibilidad, irá a la Convención".

Claro, Santander iría a ella. No sólo eso: llevaría cuidadosamente organizados sus cuadros de combate. Mientras el Libertador esperaba la acción de sus amigos, un tanto escrupulosa, Santander se había dedicado a trabajar con febril actividad, ocurriendo a todos los medios imaginables, para lograr una mayoría de delegados a favor suyo. La delegación de Venezuela salió a tiempo para Ocaña, pero Miguel Peña, el diputado más combativo, y que indudablemente estaba dispuesto a enfrentarse a Santander en la arena de los debates, fue objetado y anulado, gracias a las argucias jurídicas del mismo Santander. No pudo entrar a la convención. El ambiente olía a pólvora.

En esos mismos días es cuando Perú de la Croix recoge con amorosa fidelidad las reacciones anímicas, los pensamientos, las emociones y hasta las duras imprudencias del Libertador, en su "Diario de Bucaramanga".

Páez le había escrito varias veces al Libertador insistiendo en la conveniencia de que asistiera a la Convención de Ocaña; pero ya Bolívar había decidido permanecer a la expectativa. Desde el día de su instalación, la Convención estuvo dividida en dos fuertes corrientes: la federalista de Santander y la centralista de Bolívar. Santander y Joaquín Mosquera sostuvieron un verdadero duelo oratorio en los debates, como principales representantes y voceros de estas dos corrientes.

El Libertador le escribe a Briceño Méndez el 15 de abril de 1828: "Estoy cierto que un cuerpo tan encontrado en opiniones no hará más que luchar, y cuando menos transarse, dejando la mitad del mal para que se haga la mitad del bien; de lo que no puede resultar sino un retardo en la caída final. Es decir, una resistencia de dos, tres o cuatro años, para sucumbir con mayores desastres...". Y el 5 de junio le informa a Páez en otra carta: "He escrito a Ud. ya, por medio de Ibarra, diciéndole que no hay que esperar nada de la gran convención, porque el partido de Santander ha tomado preponderancia

decididamente, queriendo destruir el Gobierno con una constitución detestable. Por lo tanto, una tercera parte de sus miembros piensa abandonarla, para que se disuelva y quede reducida toda ella a una tercera de la totalidad de sus miembros, que son ciento doce o catorce. Por supuesto, no habrá reforma de constitución y tendremos que esperar para otro período esta reforma. Yo propuse a mis amigos tres diferentes expedientes, con la mira de contrapesar la influencia de Santander y de poner en los mayores embarazos a nuestros contrarios; pero nada han logrado. El primero fue insistir en mi renuncia, y no quisieron tratar de ella los contrarios; el segundo fue que dividieran la república en tres o cuatro estados; tampoco se pudo conseguir, porque todos se opusieron diciendo que no tenían facultades para eso y otras mil razones; y últimamente, propusieron mis amigos que me llamaran: cuarenta votos se opusieron, y perdieron. Ahora ya habrán propuesto un nuevo proyecto de constitución, que tampoco admitirán. Entonces piensan poner un gobierno provisorio, que tampoco admitirán. Y sólo esperan esto para dejar la gran convención. Sobre esto también les he hecho observaciones; pero tampoco harán caso de ellas. Por último yo me voy para Bogotá dentro de tres días, contando con que Ud. mantendrá a Venezuela en el mejor estado en esta nueva crisis".

A todas estas, las ambiciones realistas no han sido totalmente dominadas. Desde Puerto Rico amenaza con una presunta invasión José Domingo Díaz, y en Venezuela existe una pequeña guerra de guerrillas. Uno de los guerrilleros es el célebre Dionisio Cisneros, quien a pesar del indulto que le confirió espontáneamente el Libertador según decreto del 12 de enero, sigue guerreando todavía por la región de Barlovento.

Pretendiendo ser optimista, Páez le había dicho al Libertador en una carta: "Venezuela tiene algún genio tutelar pacífico que preside a sus destinos y que detiene el torrente de las calamidades de que se halla constantemente rodeada".

Este genio tutelar, sin embargo, no podía evitar lo que estaba pasando. Alrededor del mismo Páez se desataba un huracán de ideas contrapuestas. El se encontraba entre dos fuegos: de un lado, la opinión de sus asesores más inmediatos —Miguel Peña, Carlos Soublette y Diego Bautista Urbaneja—, cuyas ideas separatistas eran incontenibles; ideas que Páez compartía plenamente; del otro, sus vínculos de amistad y gratitud hacia el Libertador, y la actitud de algunos de sus amigos, afectos a éste, que también trataban de aconsejarlo.

El 10 de junio se separan los bolivarianos de la Convención, retirándose a la población de Santa Cruz, donde redactan un manifiesto *Al Pueblo Colombiano,* acusando a sus contrarios de intransigencia y mala fe. Se disuelve la Convención.

Así las cosas, Bolívar llega a Bogotá el 24 de junio para asumir la dictadura, lo cual constituye un rudo golpe para los ideales democráticos de la revolución y, desde luego, para el prestigio personal suyo. El 17 de noviembre dicta un decreto suspendiendo las municipalidades. El primer artículo de este decreto dice textualmente: "Se suspenden todas las Municipalidades de la República por el tiempo que el Gobierno juzgue necesario para su reorganización y para el examen de sus propios arbitrios". Páez, en Venezuela, lo secunda con un decreto similar. La Municipalidad de Valencia se declara voluntariamente disuelta el 20 de octubre.

A todo esto hay que agregar que el Perú se ha alzado en armas contra sus propios libertadores. El congreso peruano había autorizado al presidente La Mar el 17 de mayo para que se pusiera al frente del ejército e invadiera el territorio colombiano. Bolívar sale hacia Popayán y domina la situación en aquella zona. Luego Sucre derrota a La Mar en el Portete de Tarqui el 27 de febrero del año 29, y una insurrección surgida en el Perú da al traste con el gobierno de La Mar, quien es desterrado, preparándose de este modo el terreno para un tratado de paz, que habrá de firmarse en Bogotá el 22 de setiembre.

Esto no es todo: el general José María Córdova se alza en Medellín contra el poder de Bolívar, y es derrotado, pereciendo en su aventura.

Santander, por su parte, sigue dispuesto a llevar su lucha contra el Libertador hasta sus últimas consecuencias. Lo que no pudo hacer la dialéctica de los diputados en la Convención de Ocaña, quizá por otros medios pueda lograrse. Su decisión, en esto, es firme. Surge entonces la conjura del 25 de setiembre, a consecuencia de la cual, y aun cuando no se le puede comprobar ninguna participación directa en este intento de asesinato del Libertador, Santander es enjuiciado y condenado a muerte, previa degradación y previa confiscación de sus bienes. Bolívar, haciendo uso de sus poderes presidenciales, le conmuta la pena de muerte por destierro.

Durante el año 29, la situación sigue empeorando. Se proyecta conferir al Libertador el mando vitalicio, con el título de Libertador Presidente, para ser sucedido por un príncipe extranjero de las antiguas dinastías de Europa. El 3 de setiembre de aquel año, mientras Bolívar

está en el Ecuador, el Consejo de Ministros autoriza al Ministro del Exterior para que trate con los diplomáticos de Francia e Inglaterra sobre la posibilidad de que sea un príncipe francés o inglés quien sustituya a Bolívar. Este objeta tales propósitos.

Sin embargo, la iniciativa tiene un fuerte respaldo. En abril de ese mismo año había llegado a Caracas el comandante José Austria, comisionado de Urdaneta, para informar que el Ecuador y la Nueva Granada eran partidarios de la monarquía, y que el trono lo debía ocupar el Libertador. En julio regresa Austria a Bogotá, llevando fuertes reparos. Urdaneta insiste, y es entonces cuando Soublette le escribe para señalarle serios peligros.

Deseoso de resolver esta situación, el Libertador expide una circular el 31 de agosto, ratificada luego el 16 de octubre por el Ministro del Interior, excitando a los pueblos a escoger la forma de gobierno que más convenga. Esto abre nuevamente el debate entre federalistas y centralistas, animados de una vehemencia extraordinaria. Y donde mayor repercusión va a tener esta circular, es en Valencia.

En efecto, el 23 de noviembre se reúne en esta ciudad una asamblea popular integrada por "vecinos, padres de familia, comerciantes y agricultores", y esta asamblea llama a Páez para que se sirva "inspirar confianza con su presencia a todo este vecindario". Páez concurre, y hace leer por su secretario Miguel Peña la parte pertinente de dos cartas de Bolívar, una fechada en Quito el 25 de marzo y otra en Guayaquil el 13 de setiembre, en las cuales el Libertador insiste en que son los pueblos quienes deben decidir su propio destino. Con vista de tales elementos, la asamblea rechaza de plano la idea de la monarquía y pide que Venezuela se separe "de la Nueva Granada y Quito".

Caracas, por su parte, hace lo mismo. El 25 de noviembre se celebra allí una asamblea similar a la de Valencia y el 26 se levanta en ella un acta de violenta oposición a Bolívar. La firman Arismendi, Mariño, Escalona, Pedro y Angel Quintero, Felipe Fermín Paúl y otros. Esta asamblea acuerda la separación inmediata, proclamando a Páez como jefe. Al mismo tiempo empiezan a circular en Caracas pasquines injuriosos contra el Libertador. Páez trasmite desde Valencia órdenes severas al Prefecto departamental Lino de Clemente y en seguida él mismo se traslada a Caracas para evitar tales excesos; convoca otra asamblea el 24 de diciembre y el día 26 sale de ella una exposición dirigida a Bolívar, menos violenta que la anterior, pero firme y cate-

górica en cuanto al planteamiento de la separación. La suscriben, además, otros personajes notables: Francisco Javier Yanes, José Vargas, José Rafael Revenga, Diego Bautista Urbaneja, Tomás José Sanabria, Carlos Soublette, Manuel Felipe de Tovar, Miguel Peña...

Valencia sigue en ascuas. Los vecinos se reúnen nuevamente el 28 de diciembre y acuerdan desconocer la autoridad de Bolívar, insistiendo a la vez en que Venezuela se separe de la Gran Colombia y en que Páez se encargue del mando supremo, en acatamiento a la voluntad soberana del pueblo.

Bajo estos nubarrones, preñados de negros presagios, se inicia el año 30.

El 15 de enero de aquel año, hace el Libertador su última entrada a Bogotá. Está reunido allí el Congreso que él llamó Admirable, cuya finalidad inmediata no era otra que la de elaborar una reforma constitucional encaminada a salvar la unidad de la Gran Colombia. Sus primeras sesiones las preside el Mariscal Sucre. El Libertador pide permiso para volver a Venezuela, y el Congreso le niega el permiso solicitado. Esto aumenta su desaliento. El 20 de enero presenta su mensaje al Congreso. Entre otras cosas dice: "Todos mis conciudadanos gozan de la fortuna inestimable de parecer inocentes ante los ojos de la sospecha; sólo yo estoy tildado de aspirar a la tiranía".

El Congreso pone especial empeño en preservar la unidad. Todo inútil. Propone al gobierno provisional de Venezuela la celebración de una conferencia. Este acepta. La conferencia se efectúa en Cúcuta el 18 de abril. Concurren a ella: por el Congreso, el Mariscal Sucre, el Obispo Esteves y el Licenciado Francisco Aranda; por Venezuela, el general Santiago Mariño, el Dr. Ignacio Fernández Peña y Martín Tovar. Las discusiones sufren serias alternativas. Hay poco margen para un entendimiento. No logran ponerse de acuerdo. Por último Sucre propone que se excluyan del mando por el término de cuatro años los altos militares; que "ninguno de los generales en jefe, ni los otros generales que han obtenido los altos empleos de la República en los años del 20 al 30", puedan ser "Presidente o Vicepresidente de Colombia, ni Presidente o Vicepresidente de los Estados, si se establece la Confederación de los tres grandes Distritos".

Fernández Peña y Tovar, están conformes en principio con la proposición de Sucre; Mariño, en cambio, se considera ofendido y no acepta. Claro: él es uno de los principales representantes de los intereses de la naciente oligarquía militar, que en manos suyas y en las de Monagas

se van a poner de manifiesto cinco años más tarde contra el gobierno civilista de Vargas. Y esta actitud de Mariño, como era de esperarse, pone fin a la conferencia, en medio del más absoluto fracaso.

El Congreso aprueba una nueva constitución, conservando en ella la indivisibilidad de la Gran Colombia, y el 4 de mayo elige Presidente constitucional al general Joaquín Mosquera y Vicepresidente al general Domingo Caicedo. Bolívar había rechazado la posibilidad de su reelección en forma irrevocable y se había separado del poder desde principios de marzo de aquel año.

El panorama continúa cada vez más sombrío. El 7 de mayo se sublevan las fuerzas venezolanas en Bogotá y es comisionado el general José Laurencio Silva para que las conduzca a Venezuela. Se producen, además, otros alzamientos.

El 4 de junio es asesinado en Berruecos el Mariscal Sucre.

En Venezuela, mientras tanto, el proceso separatista ha entrado ya en su fase decisiva. Por decreto de Páez, del 7 de enero, se había procedido a elegir diputados para un congreso constituyente, que debió reunirse en Valencia el 30 de abril. Para esta fecha no hubo el quorum suficiente, y la reunión se efectuó el 6 de mayo, con asistencia de 33 representantes de las ocho provincias siguientes: Carabobo, Caracas, Cumaná, Guayana, Barinas, Mérida y Maracaibo.

Ante la proximidad de esta reunión del Congreso constituyente de Valencia, el general Páez se había retirado momentáneamente el 16 de abril a San Carlos. Desde allá envió su menaje al Congreso. Breve y conciso. Pedía la designación de una persona que lo sustituyera "en la dirección del Estado y en el mando del Ejército", y agregaba: "Veo ya cerca el día en que por fin vuelva a gozar del reposo y felicidad doméstica de que estoy privado desde hace veinte años consagrados a las fatigas de la guerra y al cuidado de los intereses públicos".

El Congreso decide dejarlo en el mando hasta la provisión formal del cargo.

Tres días después, Páez insiste en su renuncia, esta vez en forma irrevocable. Se producen largos debates. Parece que la razón de esta renuncia es que él piensa que se va a establecer una marcada división entre la jurisdicción civil y la jurisdicción militar. Pero no es así. Estas dos jurisdicciones van a quedar unidas. Se dan las explicaciones del caso, y Páez acepta la presidencia. Se juramenta el 27 de mayo.

El Congreso de Bogotá, por su parte, hace una última tentativa para tratar de salvar la unidad de la Gran Colombia, enviando como

delegado especial suyo ante el Congreso de Valencia al señor Juan de Dios Aranzazu, portador de la nueva constitución ya aprobada, con el encargo de que ésta fuera aceptada por los legisladores venezolanos, en su forma original o con las modificaciones que fueran necesarias. Esta gestión fue rechazada de plano. No la querían. Ni con enmiendas, ni sin enmiendas: no la querían. Para esos momentos ya el Congreso de Valencia estaba decidido a dar a Venezuela una fisonomía jurídica propia, y en eso era inflexible.

Durante estos debates, se libró una recia pelea entre los doctores Miguel Peña y Angel Quintero por la designación de la capital de la nueva República. El primero pedía que fuera Valencia, y el segundo sostenía que debía ser Caracas. Los alegatos de uno y otro, contenían argumentos de fondo. Triunfó, por fin, Angel Quintero, pero por vía conciliatoria se convino en dejar todavía la capital provisionalmente en Valencia.

La nueva constitución fue sancionada el 22 de setiembre y mandada a ejecutar el 24 del mismo mes.

De este modo, la idea unitaria grancolombiana, tan ardientemente defendida por el Libertador, había quedado derrotada. Los acontecimientos hasta entonces ocurridos, la dejaban reducida a las dimensiones ideales de un sueño.

Había nacido así, en Valencia, en manos de Páez, la nueva República.

LA CASA DE PAEZ

La antigua casa que habitó el general Páez en Valencia, es una de las pocas joyas históricas con que cuenta la capital de Carabobo. Para la época en que se produjeron los acontecimientos políticos que darían lugar a la separación de Venezuela de la Gran Colombia, Páez tenía tres casas de habitación: una en Valencia, una en Maracay y otra en Caracas (La Viñeta); pero su residencia preferida fue siempre Valencia, donde sin duda alguna encontró un ambiente más amplio para el desarrollo de sus actividades culturales, que vinieron a constituir, en definitiva, un segundo capítulo de su vida, tan interesante

como el de su carrera militar. Esta casa le sirvió de asiento para sus inquietudes artísticas y toda ella está saturada de sus mejores recuerdos.

Al correr de los años, lamentablemente, la vieja mansión ha sido destinada a los usos más diversos. Sirvió, inclusive, en cierta oportunidad, como cuartel de policía, y en reiteradas ocasiones ha sufrido considerables deterioros. Queriendo algunas veces repararla, se han hecho en ella agregados absurdos, afeándola, deformándola y convirtiéndola en una mezcla de caprichosas innovaciones, que pretenden ser modernas y que desentonan con el aspecto colonial que le corresponde.

Sin embargo, hay algo que no puede borrarse y que por lo tanto ha permanecido inalterable: ese algo es la aureola evocativa del héroe, que predomina en ella; de su vida íntima, de sus horas de esparcimiento; de su larga permanencia en Valencia. Bajo su techo fueron considerados con calor los más graves problemas de la época. Puede decirse, sin exagerar, que en esa vieja casa de Páez nació la República. Por lo menos se discutieron en ella los pormenores de su creación. Y allí fueron firmados los más importantes documentos presidenciales que vinieron a darle a Venezuela su definitiva fisonomía jurídica de país independiente.

Lo más evidente, no obstante, es que el general Páez realizó en esta casa una buena parte de sus admirables ambiciones de artista. Sus manos callosas, acostumbradas en un principio a las recias faenas del campo, a la doma de los potros salvajes, al silbido de la soga en el enlace del ganado cimarrón, en la inmensa extensión de la sabana; y luego al manejo de la lanza, que sembraba la confusión y el espanto en las filas enemigas, acariciaban ahora con voluptuosa mansedumbre las cuerdas del violín o las teclas del piano, poniendo así una nota de romántica ternura en el ambiente recargado de evocaciones heroicas, que rodeaba su vida. Su potente voz de barítono llenaba los salones, los corredores y los patios. Y nadie que no lo conociera y que por primera vez lo oyera cantar, acompañándose él mismo al piano, o en compañía de algunos amigos, podía imaginarse que aquella voz era la misma que dio el grito de "¡Vuelvan Caras!" en la batalla de las Queseras del Medio. No habría podido suponer que las modulaciones de esa voz, que fueron siempre un clarín de victoria en los llanos venezolanos y una fusta de fuego sobre las espaldas de las tropas realistas, podían haberse convertido en tan corto tiempo en el mensaje sentimental de una vocación largo tiempo dormida en el corazón y en el pecho del héroe.

Hoy, su voz parece oírse todavía en esta casa. Limpia, clara y vibrante. También parece oírse al lado suyo la amorosa voz de Barbarita Nieves, su compañera inseparable.

Entre 1829 y 1830, el general Páez le mandó a hacer al inmueble una total refacción. Hizo pintar en sus corredores por el artista don Pedro Castillo, tío materno de Arturo Michelena, una serie de murales, contentivos de sus principales batallas. Figuran en ellos las siguientes:

Mata de la Miel, 16 de febrero de 1816.
Acción del Yagual, 8 de octubre de 1816.
Combate de Palital, 18 de diciembre de 1816.
Batalla de Mucuritas, 30 de enero de 1817.
San Fernando de Apure, 7 de marzo de 1818.
Las Queseras del Medio, 3 de abril de 1819.
Batalla de Carabobo, 24 de junio de 1821.
Asalto de Puerto Cabello, 7 de noviembre de 1823.

Al pie de cada uno de estos murales, aparece una descripción alusiva, donde Páez deja constancia de la forma como se desenvolvieron aquellas acciones, el número de hombres que tomaron parte en ellas, tanto de una como de la otra parte, las peripecias importantes que se presentaron en el curso de las mismas, y los resultados finalmente obtenidos. Estas pinturas son de poca calidad artística, pero tienen un valor documental inestimable, dada la circunstancia de que fueron ejecutadas bajo la dirección personal del propio Páez, testigo inobjetable, ampliamente calificado para indicar con precisión hasta los más mínimos detalles. En el cuadro correspondiente a las Queseras del Medio, se incluyen los nombres de los 150 lanceros que tomaron parte en la batalla.

En el salón principal, centro de recepciones del general Páez, éste mandó a pintar algunos cuadros alegóricos, que revelan la diversidad de inquietudes que gravitaban sobre él, como hombre preocupado por las cosas de la cultura: la serpiente *Pitón, Minos, Eaco, Radamanto, Arión, Casamiento de Venus* y el *Juicio de París.* Los títulos de estos cuadros fueron intencionalmente borrados hace algunos años, al hacerse una pintura general del local.

En el cielo raso de la sala, había sido pintado el sol de Carabobo. La cara de ese sol, era la cara de Bolívar. Y en las cornisas laterales, aparecían nombres de próceres: Simón Bolívar, Rafael Urdaneta, Juan Bautista Arismendi, Carlos Soublette, Juan José Flores, Francisco Carabaño, Jacinto Lara, Cornelio Muñoz, Rafael Ortega y Diego Ibarra.

Y en la cornisa de la antesala, los nombres de Mariano Montilla, Lino Clemente, Antonio José de Sucre, José Francisco Bermúdez, Santiago Mariño, Bartolomé Salom, Renato Beluche, Pedro Briceño Méndez, Francisco Toro, José Joaquín Maneiro, Julián Infante, Rafael Guevara, Cruz Carrillo, Laurencio Silva, Judas Tadeo Piñango y José Tadeo Monagas.

Todo eso ha desaparecido.

La inclusión de tales nombres, hecha por Páez en la decoración interior de su casa, demuestra en forma indiscutible el espíritu de amistad de que estuvo animado siempre con relación a sus compañeros de armas. Tuvo la entereza y la hidalgía de conservar el sentimiento amistoso, como razón suprema de su vida, por sobre toda otra contingencia.

Se empeñó en cultivar en Valencia una especie de filosofía de la amistad, dejando de ello una demostración evidente en los letreros que aparecen en la parte exterior de las paredes de su casa. Hay allí algunas consignas diversas: *Nada es difícil a los mortales, Sin virtudes no hay patria. El vicio, hace al hombre esclavo: la virtud ciudadano, Es un gran mal no hacer el bien, El ciudadano inútil es un hombre pernicioso. No conoce las dulzuras de la paz quien no ha probado las amarguras de la guerra;* pero, al lado de éstas, aparecen otras relativas a la amistad: *Mi amigo es otro yo, Primero olvidarme a mí mismo que olvidar a mis amigos,* y, finalmente, la más hermosa de todas, que más que la concepción generosa de un rudo general de nuestra Independencia, parece la refinada expresión de un poeta lírico: *La vista de un amigo refresca como el rocío de la mañana.*

Cuando el general Páez sufrió su inevitable ruina económica, con la pérdida de todos sus bienes, esta casa fue pasando de mano en mano, hasta que el 15 de mayo de 1908, la compró el Ejecutivo regional para convertirla en un Museo. Estuvieron encargados de él, Juan Antonio Michelena, padre de Arturo Michelena, el escultor Andrés Pérez Mujica, Felícita Celis Silva, parienta del Libertador y del general José Laurencio Silva, y Tatiana de Pérez Mujica. Este museo, lamentablemente, fue desapareciendo bajo la indolencia oficial, porque los sucesivos gobiernos de Carabobo prefirieron dar a la vieja mansión del Centauro, un destino distinto.

El 2 de agosto de 1960, sin embargo, fue entregada a la Sociedad Bolivariana de Venezuela.

Esta institución la pidió para restaurarla.

EL SUEÑO DE UNA LANZA

IV

Solicitamos la venia de los historiadores para hacer una incursión retrospectiva con la imaginación en los predios de la ficción y la leyenda, que algunas veces suelen contener verdades tan valiosas como las recogidas por la historia. Estamos en los primeros días de noviembre de 1830. Vagos rumores imprecisos mantienen suspendida su amenaza sobre las instituciones recién fundadas bajo el amparo tutelar de la nueva República. Nos encontramos de visita en la casa del general Páez, recientemente reconstruida, y aprovechamos el momento en que éste se distrae con otras personas, para penetrar en uno de los salones continguos al patio principal. El ambiente es de una sencillez impresionante, y al punto nos llama la atención una lanza. Es la lanza del héroe, que está recostada en un rincón; la misma lanza que días antes le devolviera junto con su espada el Congreso Constituyente de Valencia. La cubre en parte una ligera capa de herrumbre, producida por la sangre realista.

Esa lanza descansa y sueña. Descansa de sus jornadas de la guerra, de la fatiga de las largas distancias, y sueña con la gloria. Con la gloria del Yagual, de la Mata de la Miel, de las Queseras del Medio. Con la gloria de Carabobo.

Conmovidos, mirándola, nos hacemos la ilusión de que va a hablarnos.

—Soy testigo fehaciente —dice—, de actos de audacia y de heroismo. En las manos de Páez he cruzado las sabanas de los llanos venezolanos; he cruzado los esteros y los ríos, y también las selvas. Unas veces a pleno día, bajo la reverberación canicular del sol de los trópicos, o en medio de las lluvias; otras veces en horas de la noche, en la oscuridad de las sombras, o bajo la luz de las estrellas. Siempre detrás del enemigo; siempre buscándolo; siempre persiguiéndolo. Siempre tratando de imponer sobre él los principios de la libertad y la justicia. Mi amo, el catire Páez, no conoce el temor, ni la vacilación, ni el desaliento. No flaquea nunca. Su pulso tiene la misma seguridad de su convicción para la lucha, que es profunda. Aún en las horas de mayor peligro, en el fragor de los combates, ese ardoroso pulso suyo se ha mantenido firme. Yo he visto bañarse su frente de sudor en el turbión de la contienda, y a medida que el combate avanza, esa frente

suya se ilumina de arrogancia y de orgullo. El chasquido producido por mí al hundirme en la carne de las huestes contrarias, le ha servido siempre de estímulo para continuar avanzando con la rapidez del relámpago. Su caballo ha tratado algunas veces de encabritarse, pero la acción de sus espuelas le ha imprimido en toda ocasión un impulso irresistible. Hombre, caballo y lanza, hemos sido una sola pieza, con un electrizante poder que no se agota. Así fue ayer, y así será mañana, si es que tenemos que seguir luchando. Mi descanso de hoy, puede ser apenas pasajero, si los enemigos de la libertad se atreven a volver a alzar la insolencia de sus cabezas frente a los principios que hemos defendido, que son eternos. Yo, por mi parte, no quiero que mi amo, el catire Páez, me utilice en ningún momento sin justa causa. Ambos debemos respetar el principio de filosofía moral que palpita en el fondo de aquella conocida consigna: ningún arma debe desenfundarse sin razón, ni enfundarse sin honor. Por aquí, por entre la rendija de estas viejas palabras, asoma su cara la justicia.

La lanza deja de hablar y sigue entregada a su sueño.

Cuando salimos, todavía el general Páez continúa entretenido con otros visitantes. En estos momentos está ejecutando para ellos un solo de violín. Las notas de una sonata de Beethoven se alargan y se extienden por todas partes, cruzan el corredor y se confunden con el agua del surtidor del patio. El surtidor, de tanto oírla, también ha aprendido esa música. Y las notas siguen brotando, igual que el agua, con tierna mansedumbre. Aletean bajo el techo, salen por las ventanas y se pierden en el espacio, en medio de una brisa fresca, que baja de los cerros vecinos. Ahora comprendemos que esa música maravillosa fue quien hizo el milagro de que la Lanza del Centauro se quedara otra vez dormida, cuando empezó a oírla.

En las calles, mientras tanto, se forman algunos corrillos. Se comenta con interés la definitiva desmembración de la Gran Colombia. Este acontecimiento ha debido despertar en el ánimo público una sensación de confianza y de fe. En parte, ha sido así; pero el espíritu combativo del pueblo, ofrece, a todo evento, los arrestos inconmovibles de la más viril actitud.

Los ecos lejanos de las batallas de la independencia, mantienen todavía saturado de marciales acentos el ambiente de la ciudad.*

* Alfonso Marín, *Páez en Valencia.*

PAEZ
FRAGMENTOS DE DIVERSOS ESCRITOS

Cristóbal L. Mendoza

El personaje

Entre la pléyade de Próceres que contribuyeron al triunfo del movimiento emancipador, Páez presenta características singulares: él mismo se encarga de puntualizar su humildísima cuna en solitario rincón del llano y las primitivas condiciones que rodearon su infancia y adolescencia que lo llevaron tempranamente, gracias a imprevisto accidente, al oficio de peón en un hato donde las rudas faenas le proporcionan una complexión atlética y estimularon el desarrollo de sus innatas facultades, hasta plasmarlo en el futuro jefe de las hordas de Boves, a quienes habría de convertir, llegado el momento, en los soldados más fieles de la Revolución. Conmueve su descripción de aquella vida, que transcurre en las dilatadas extensiones cuyo horizonte se confunde con el firmamento. Es, según lo narra, como la vasta superficie del océano, un inmenso círculo cuyo centro parece estar en todas partes y donde, de distancia en distancia, se ven pueblecillos con pocos habitantes o rústicos ranchos con techos de hojas secas de palmera. Allí pacen cantidades innumerables de ganado vacuno y caballar en completa libertad y muchas fatigas experimenta el llanero para domesticar a los que habría de utilizar. El peón habita una cabaña cuyo mueblaje consistía en cráneos de caballos o cabezas de caimán, donde se sentaba a descansar de las fatigas del día y su lecho es el cuero seco de las reses beneficiadas para su única comida al regreso del trabajo: el trozo de carnes sin sal, asado en una estaca y pasado con el agua de la tapara, de no muy limpia condición. Tras la parca cena, y en espera del sueño, el llanero solía entonar melancólicos cantares, las voces plañideras del desierto, dice Páez, acompañado en algunas ocasiones de la bandurria traída del lejano pueblo un domingo que logró ir a la misa, pues nunca llega a sus oídos el tañido de las campanas. "Vivían y morían como hombres a quienes no cupo otro destino que luchar con los elementos y las fieras, limitándose su ambición a llegar un día a ser capataz en el mismo punto donde había servido antes en clase de peón". En lo relativo a su persona, las sospechas de que algunos peones habían hecho concebir a Manuelote, el capataz, de que bajo el pretexto de buscar servicio, había ido a espiar su con-

ducta, hicieron que lo tratase con la mayor dureza, dedicándolo siempre a los trabajos más penosos, como domar caballos salvajes, pastorear los ganados durante el día bajo un sol abrasador, operación que por la vigilancia que exigía, era la que más odiaba; velar por las noches las madrinas de los caballos para que no se ahuyentaran; cortar con hacha maderos para las cercas y, finalmente, arrojarse sobre el caballo en pelo a los ríos, cuando aún no sabía nadar. "Yo no le pregunto a Ud. si sabe nadar o no, le mando que se tire al río y guíe el ganado". le ordena Manuelote, quien incorporado más tarde a las filas de Páez tras haber sido hecho prisionero, replicaba las alusiones de los soldados a los quehaceres deprimentes que le había impuesto, jactándose de que a él debían los llaneros el tener a su cabeza un Jefe de fortaleza semejante y la Patria una de sus mejores lanzas porque era él quien lo había hecho hombre.

La valentía de Páez está por encima de toda ponderación. Aparte de sus arrestos temerarios en los innumerables encuentros con los realistas, en los cuales marchaba siempre a la cabeza de sus audaces escuadrones y realizaba hazañas increíbles, como la de las Queseras del Medio, tiene un arrojo personal insuperable. Encargado de la captura del desertor Olmedilla, se va casi solo a la guarida del temible Caudillo y allí, ante los amenazantes trabucos de éste y de su mujer y de sus hijos, que prefieren verlo muerto y no rendido, lo hace preso con un imperioso ademán y espada en mano. Y no vacila en presentarse sin séquito al campamento del bandolero Cisneros y dar la voz de fuego a la gavilla de éste, formada en cuadro frente a él. Cisneros se somete. Admira en los oficiales realistas el valor que despliegan en los combates y los exonera de la muerte cuando los hace prisioneros, a riesgo de incurrir en el cargo de indisciplinado contra las órdenes superiores que exigen la ejecución. Contra el empeño de Serrano perdona la vida al valiente Vicente Peña, no obstante la actitud altiva de éste quien, más tarde, se hace su esforzado subalterno.

Por instinto, una de sus más agudas cualidades, y aun cuando carecía de toda preparación espiritual, Páez es un convencido providencialista. Apenas salido de su primitiva condición servil y ya elevado a la categoría de negociante en ganados, gracias a la protección del propietario de los hatos donde ha trabajado y ya hecho dueño de algunos bienes de fortuna, piensa que la Providencia lo prepara, como en un paréntesis de calma, para hacerlo partícipe de grandes acontecimientos, habiéndolo escogido como uno de sus instrumentos

para contribuir a la libertad de su Patria. Se complace en describir los lances peligrosos de los cuales sale indemne merced a una intervención de orden superior, aunque explicables, en realidad, por las dotes incomparables que posee y el conocimiento cabal del escenario con el cual está identificado. No disimula su satisfacción cuando narra el episodio del "Ejército de las Animas": en capilla y poco antes de ser ejecutado, la fuga precipitada del Comandante realista que escapa, lleno de pánico, ante la noticia del triunfo de Bolívar en Araure y su marcha sobre Barinas, le permite escapar de la muerte. Surge entonces la leyenda fantástica de que la fuga de los realistas se debe a la información de un oficial que ha visto en los aledaños de la ciudad un imaginario ejército patriota y aun oído gritos de que se trata de "los soldados de la muerte". Abandonada la ciudad, el carcelero lo deja en libertad y provisto de espada y de caballo, se impone a la guardia de la cárcel y deja en libertad a 115 infelices que, junto con él, esperaban ser ejecutados esa misma noche. Informa Páez que los españoles aludían después a ese "ejército de las ánimas" causante de la fuga del Gobernador y que los habitantes de Barinas le dijesen más tarde: "Ud. es hombre tan afortunado que hasta las ánimas benditas le favorecen". A su salvación por el triunfo de Araure, se refería Bolívar en 1826 cuando le recordaba, sin especificar el hecho: "y hasta Ud. ¿no me debe la existencia?".

Pocos personajes históricos han dejado en sus Memorias una fisonomía más fiel de sus actuaciones, como la que estampó el general Páez en su Autobiografía respecto de las suyas, escritas, como se apresura a advertirlo en la Introducción de la misma, no tanto por el deseo de proporcionar a su Patria un documento más para su historia, sino por la necesidad en que lo pusieron sus adversarios políticos de contestar los cargos que se le habían hecho y aún se le hacían, con agravio de la verdad y aun desdoro de las glorias del país. Cuando en el desamparo de sus últimos años —se acerca ya a los ochenta— hace desde el exilio la relación de su vida para defenderse, como dice, de los ataques contra él forjados por la mala fe y el espíritu de partido, que no imparten justicia al adversario, y para aclarar las inexactitudes de los historiadores, deja constancia de que dirá lo que sabe y tiene por cierto y averiguado, pero sin dejar de admitir faltas en que haya podido incurrir por error de entendimiento y no de corazón. Atribuye a su adhesión a los sanos principios políticos el encono de sus enemigos, que lo acusan de faltas que no ha cometido y de errores en que no

ha incurrido. "He podido cometer algunos, declara, pero se pregunta: ¿Quién no ha sido engañado si ha tenido por algún tiempo que habérselas con multitud de hombres, sin que Dios le haya concedido la maravillosa gracia de conocer la verdad bajo la máscara con que se cubren la ambición y el deseo de medrar a costa ajena?".

De los tiempos de la Guerra Magna, el cargo que más lastima a Páez es el de haber estado siempre haciendo oposición a los planes y órdenes del Libertador. A este respecto, hace constar que tras hercúleos esfuerzos y resonantes victorias, él había logrado formar un ejército disciplinado que lo obedece ciegamente al cual ha logrado infundir el entusiasmo por la independencia y que lo amaba como a un padre. En Apure disponía de todos los bienes y recursos de la Provincia, puestos a sus órdenes por los habitantes. Con semejantes elementos, podría haber caído en la tentación de imitar la actitud disociadora del Caudillo oriental. Sin embargo, no lo hace. Advierte que pocos días antes de la llegada de los Comisionados enviados por Bolívar en solicitud de su reconocimiento, había recibido comunicación del Congresillo de Cariaco, participándole su instalación y exigiéndole su adhesión y que contestó negándose rotundamente porque, aun cuando él no estaba todavía a las órdenes de Bolívar, creía indispensable que todos lo reconocieran para dirigir la guerra y allanar las dificultades que pudieran oponerse a la reunión de un verdadero Congreso Nacional.

Razones hubo, ciertamente, para poner en duda, si no la fidelidad, sí la obediencia del Caudillo que en ocasiones no colaboraba con los planes militares del Jefe y se mostraba rehacio a salir del teatro de sus homéricas hazañas para emprender aventuras en regiones desconocidas para él y poco propicias al ímpetu de sus caballerías. Por ello regresa a Apure y no sigue al Libertador en su avance hacia los Valles de Aragua el año diecisiete, alegando su inconformidad con la ofensiva y que sus llaneros no estaban en condiciones de aportar con probabilidades de éxito, una empresa sobre regiones donde los caballos se deteriorarían por la naturaleza del terreno. Y por ello no cumple las instrucciones de ejecutar una operación sobre Cúcuta, destinada a impedir la marcha de tropas realistas para reforzar las de Barreiro. En veces, según expone, hace reparos a las opiniones de Bolívar. Erróneamente se atribuye la iniciativa en la Campaña de Boyacá.

Ese relato produce una sensación de perplejidad. Ya un año antes, Bolívar había anunciado a los granadinos que el Sol no completaría el

curso de su actual período sin que ellos vieran elevarse en su territorio altares a la Libertad. Tiempo hacía y ello era conocido, que Bolívar abrigaba ese plan y Páez lo ignoraba seguramente cuando transmitía como suya la iniciativa. A Bolívar no le interesaba polemizar con Páez sobre el particular y sí mantener su apoyo irrestricto. Como lo observa O'Leary, "entre los muchos obstáculos que se le presentaban (a Bolívar), no era por cierto el menor el de inducir a Páez a que prestase su cordial cooperación a la realización del proyecto, porque sin la ayuda de los llaneros, tan amantes de su suelo nativo, como opuestos a separarse de él, nada podría hacer". Escribióle, pues, manifestándole su acuerdo al plan, ya resuelto y aprobado en la Junta de Setenta y halagándolo con la posibilidad de ser el Jefe de la invasión, punto este en que Bolívar no habría cedido, sabiéndose el único capaz de coronar con éxito la arriesgada operación.

Páez califica como "la época más funesta de mi vida pública" y "hora menguada" para él, la de 1826 cuando desconoce la resolución del Senado de la República que lo somete a juicio y lo suspende de su cargo de Comandante General del Departamento de Venezuela y decide aceptar su reposición en vista de una disposición tomada por la Municipalidad de Valencia, constreñida por una asonada que conduce tumultuosamente a Páez al recinto de la Corporación a cuyas puertas yacen los cadáveres de dos hombres asesinados. Años después, en 1837, en un manifiesto a los venezolanos y recordando el hecho, Páez declara que "los sucesos de 1826, los que me condujeron a una acusación injusta y peor interpretada, me llenan todavía de amargura y arrepentimiento". Y al iniciar en la Autobiografía, tantos lustros después, la relación del acontecimiento, insiste en la amargura que le ocasionó y "que ahora, como siempre, lamenté ante mis conciudadanos". "En hora menguada para mí, agrega, reasumí el mando de que se me había suspendido tan injustamente y, ya dado el primer paso, era necesario ser consecuente con el error cometido".

Páez, sin embargo, se excusa. "Es necesario haberse visto en circunstancias iguales para comprender la difícil posición del hombre público cuando un pueblo corre a suplicarle que se ponga al frente de un movimiento que cree justo y razonable. Vacila el entendimiento entre la obediencia que debe a las leyes y a los principios establecidos y el temor de que puedan resultar grandes males si el pueblo toma sobre sí la responsabilidad del caso. Entre tanto, no hay tiempo para

reflexionar: el pueblo se impacienta, grita, invoca los sentimientos más sagrados y el hombre, sin darse cuenta de lo que hace, cede y se deja llevar por las oleadas, como un cuerpo inerte que sobrenada en la superficie de un océano tempestuoso". Pero no es sólo la preocupación de la tranquilidad pública el móvil de Páez, quien se precipita a tomar una serie de medidas radicales que significan la desintegración de la República y llega hasta imponer en una asamblea popular, un acuerdo que declara a Venezuela Estado Independiente y federativo. El regreso del Libertador quien, a su vez, impone la autoridad de Páez y da por concluido el conflicto mediante el reconocimiento de su carácter de Presidente de la Gran Colombia, aplaza la solución del problema de fondo, planteado desde 1821 por el Cabildo caraqueño y mantenido latente desde entonces en espera de su surgimiento al quebrantarse el peso de las influencias del Libertador, lo que ocurre cuando éste da instrucciones a Páez para dejar en libertad a los pueblos a fin de que exterioricen sus sentimientos.

En realidad la Gran Colombia, en la cual veía el Libertador la base de sus grandes proyectos americanistas y que le inspiran las exaltadas expresiones de que se vale para proponer su creación al Congreso de Angostura y había sido el eje del triunfo final contra España, no contó en ningún momento con la adhesión sincera de los venezolanos, que se consideraban colocados en una posición deprimente, poco cónsona con el brillo de su contribución a la independencia y dañosa para sus intereses, sometidos a una administración lejana y de difícil comunicación. La proclama de Bolívar a los caraqueños anunciándoles que el Estado recién constituido les daba nuevo realce y cimentaba su estabilidad y que Caracas sería, si no la capital de la República, sí la de un vasto Departamento gobernado de un modo digno de su importancia, no había logrado calmar aquellas impresiones, reveladas desde el comienzo mismo del proceso constitucional con el reparo que el Ayuntamiento de la ciudad había expuesto en el acto del juramento de la Constitución.

Se le han atribuido a Páez tendencias monárquicas y se cita su carta para el Libertador, enviada por conducto de Antonio Leocadio Guzmán, sugiriéndole su coronación. Es bien conocida la respuesta del Libertador, en la cual le advierte que ni Venezuela es Francia ni él Napoleón. En la Autobiografía hace hincapié en que él no recibió esa carta del Libertador ni había querido sugerir ningún plan monárquico.

Pero incurre en el error de insinuar que Bolívar no estaba distante de tener simpatías por ese régimen. "No es de extrañarse, dice, que Bolívar hubiese concebido la idea de que bajo un Gobierno monárquico, podrían los colonos españoles vivir en paz y hacer los progresos que su infancia política les permitía. Bolívar que dijo repetidas veces que la América Española presentaba un caos que amenazaba a todas horas con la anarquía más completa, estaba convencido de que aquellos pueblos necesitaban de un Gobierno firme, estable y fuerte. Esa tendencia la había manifestado el Libertador en su mensaje al Congreso de Guayana y en su predilección por la Constitución bolivariana, que recomendaba siempre, y a la que llamaba monarquía sin corona". Páez se empeña por alejar de sí toda tendencia monárquica. "No se crea, exclama, que al esforzarme en probar lo contrario es porque juzgue que debo sincerarme de un crimen de que se me acusa; no; sólo me propongo confundir una calumnia fraguada por la malquerencia. Si yo hubiera abogado por el Gobierno Monárquico, hoy lo confesaría sin rubor, como lo han hecho muchos de los hombres eminentes de Colombia". Y reproduce una serie de cartas comprobatorias de sus sentimientos republicanos.

La Autobiografía concluye con los infortunados sucesos que lo condujeron a prisiones infamantes y seguidamente al destierro, en 1850. Tras la relación de sus actuaciones como Presidente de la República, que exhiben sus dotes de Magistrado, cumplidor de las Leyes y preocupado por el progreso del país, el General Páez cierra así su obra: "Termino, pues, la historia de mi vida, en una nostálgica conclusión, donde debió haber acabado mi carrera pública. Las alternativas de la política me llamaron después a la Patria para luchar con nuevos inconvenientes y recoger cosecha de desengaños, hasta que volví a la tierra de Washington, resuelto a pasar en ella el resto de mis días". Lástima grande fue, en efecto, el que se hubiese dejado arrastrar, en un último arranque de sus propósitos por el sosiego de la colectividad, a una dictadura que lo sumiría en la vorágine llamada a poner fin a su declinante prestigio. Sus últimas palabras son para ratificar que en su larga trayectoria habría podido cometer yerros merecedores de perdón como hijos de la ignorancia o del concepto equivocado de su parte. Y se despide de sus compatriotas con una noble advertencia: "Mi propio naufragio habrá señalado a mis conciudadanos los escollos que deben evitar".

Encuentro de Titanes

En su Ensayo magistral, observa Rodó que si las fatalidades de la Historia hubieran puesto la hora de la emancipación fuera de la época del Libertador, éste habría llevado la vida de gran señor, refinado e inquieto, que prometía, mientras repartía su tiempo entre sus viajes, el retiro de sus haciendas y la sociedad de la Caracas palaciana y académica de los últimos días de la Colonia. Guardando las distancias, podría hacerse un comentario análogo respecto al destino del General José Antonio Páez: si no se hubiese visto envuelto en aquella misma hora decisiva, que lo arrastró a los campos de batalla para poner en juego sus excepcionales aptitudes y escalar máximos honores, habría sido el poderoso terrateniente que ya anunciaba cuando, salido de la condición servil de peón en un hato de los llanos, y dedicado a la trata de ganados, adquiría bienes de fortuna y saboreaba, como dice, las dulzuras de una época sosegada y ennoblecida por el placer de ganar holgadamente el pan con el sudor de su frente. Satisfecho y feliz dentro de su mundo, al cual se sentía ligado por imperioso mandato de la tierra, nada más deseaba. Ignorante de las agitaciones que ocurrían en los centros poblados del territorio, más allá de sus horizontes, sin conocimiento de las corrientes del pensamiento moderno, sin lecturas, indiferente al régimen de Gobierno existente en el país, que no alcanzaba a coartar sus actividades de pastor, Páez parecía distante de ser factor en aquel movimiento que de Caracas se propagaba entre los hombres cultos de las ciudades interioranas y llamaba a todos los habitantes a la conquista de la independencia.

Llamado a filas, se alista en un escuadrón de caballería patriota, pero a poco se retira con licencia indefinida. Quiere regresar a sus actividades ganaderas que considera la finalidad de su vida. Pero se ve en el caso de efectuar una recolección de ganado por encargo del Comandante realista y éste le envía un Despacho de Capitán, poniéndolo en el dilema inevitable de servir al Rey o arrojarse a la Revolución. Decidido a no colaborar con los españoles, cruza las montañas de Pedraza, se incorpora a un destacamento patriota y hace sus primeras armas como Jefe de un Escuadrón, venciendo a una partida realista.

A pesar de que por algún tiempo actúa como subalterno y llega hasta Mérida, donde, por un momento, se pone a las órdenes de Urdaneta cuando éste va en retirada hacia la Nueva Granada, Páez

abriga sus propios planes y tiene la mira puesta en su tierra nativa. Piensa desde un principio en Casanare, donde existe un precario Gobierno independiente, como punto de partida para invadir los llanos de Venezuela, la tierra que conoce y lo atrae. Haciendo a pie la mayor parte del camino, con su familia y un pequeño grupo de compañeros, se va a la remota Provincia granadina, se enrola en el servicio, obtiene el mando de un destacamento, ve crecer su popularidad entre las tropas, que acaban por entregarle el mando y tras una serie de peripecias, pone al fin la planta en su tierra apureña, dispuesto a expulsar de ella las tropas realistas. Sus compañeros creen que semejante propósito era poco menos que un delirio, pues no veían posibilidad de que los llaneros, tan entusiastas por la causa del Rey, cambiasen de opinión y se sumaran a su empresa. Sin embargo, muy pronto formó un cuerpo de caballería de más de mil hombres, con el cual emprende la marcha a Venezuela y da comienzo a sus hazañas. Su fama de hombre fuerte y valeroso y su crédito de Jefe humano, atraen a sus filas a los indómitos llaneros, los seguidores de Boves, que han aplastado las huestes de Bolívar bajo el peso de sus lanzas. Son hombres ajenos a toda noción de Patria, que no saben de otros fueros que los de aquella Naturaleza ancha y primitiva, extraños a toda valla de Leyes y a todo principio de sociedad organizada, que no reconocen otra autoridad sino la del más fuerte, del más bravo o del más hábil. Producto de excepción de aquel medio, Páez lo domina. Posee la fuerza hercúlea que vence al adversario en la lucha cuerpo a cuerpo, tiene un arrojo asombroso y conoce, por intuición la estrategia peculiar que asegura el triunfo en los combates. Su trato es de una simplicidad llevada a extremos y aplaude al soldado que le arrebata de las manos el trozo de carne que se dispone a comer. Los prisioneros se suman en bandadas a sus filas. No tarda mucho en convertirse en el ídolo de los indómitos centauros que encarnan en su persona el vago concepto de la Patria.

Páez hace su guerra, en su propio teatro, con sus métodos característicos y sin subordinación a nadie. Se siente el dueño y señor de las vastas extensiones que viene limpiando de enemigos gracias a sus esfuerzos heroicos. El ensueño original de importante propietario en las sabanas apureñas, se ha desvanecido y dado el campo a una realidad mil veces más radiante: es el libertador de su patria chica y dispone de todos los bienes existentes en ella, puestos a su disposición por los habitantes, entre los cuales figuran sus esclavos

a quienes declara libres, un millón de reses y quinientas mil bestias caballares. Se siente soberano en el ejercicio de la autoridad de Jefe que le confirieron en la Trinidad de Arichuna las reliquias de Venezuela y Nueva Granada robustecidas gracias a sus hazañas sorprendentes. Con él no rezan las declaraciones y disposiciones de los Jefes que actúan en lejanas regiones. Pero en esos momentos, Bolívar, asentado en Angostura, le pide lo reconozca. "Si yo hubiera abrigado miras ambiciosas, observa Páez, no podría presentárseme ocasión más oportuna de manifestarlo". Pero sus horizontes han adquirido más amplias dimensiones, es ya, gracias a su maravilloso espíritu de asimilación, el servidor de la Patria Grande y a pesar de las objeciones de su Ejército, decide someterse a la autoridad de aquél: "Consultando sólo el bien de la Patria, teniendo en cuenta las dotes militares de Bolívar, el prestigio de su nombre, ya conocido hasta en el extranjero y comprendiendo sobre todo la ventaja de que hubiera una autoridad suprema y un centro que dirigiera a los Caudillos que obraban por diversos puntos, me decidí a someter mi autoridad a la del General Bolívar. Formé las tropas que tenía en el Yagual, explica, hice venir al Padre Ramón Ignacio Méndez, Arzobispo después de Caracas, para que a presencia de aquellas, me recibiese juramento de reconocer como jefe supremo al General Bolívar y mandé después que las tropas siguieran mi ejemplo, ordenando hiciesen lo mismo los cuerpos que se hallaban en otros puntos".

Sobreviene entonces la histórica escena del encuentro de los dos adalides heroicos que se abrazan en el ancho marco de la llanura sin fin. Bolívar trae de Angostura la gloriosa credencial de la República erguida sobre las aguas del Orinoco; Páez, el empuje incontenible de sus huestes, que pone incondicionalmente a la disposición de aquél, manifestándole que con ellas y los recursos de su incontrastable voluntad, podrá destruir al enemigo, vaticinio que se realizará luego en Boyacá, en Carabobo y más tarde en las distantes regiones del Sur. El instinto de Páez le hace ver la inmensa trascendencia que asume el episodio de su reunión con Bolívar, en el cual cristaliza la alianza de los dos hombres y de las dos fuerzas sobre que descansaría en el futuro la suerte de la Revolución a lo largo del Continente. La Historia habría de registrar aquel abrazo entre los sucesos memorables de la Epopeya libertadora.

Place al patriotismo señalar los hechos de nuestros Próceres, que marcan situaciones culminantes en la trayectoria de sus vidas y fijan

rumbos triunfales en el accidentado acontecer del proceso emancipador. Al renunciar a su señorío feudal sobre la vasta extensión de las llanuras venezolanas y someterse a la autoridad del Libertador, Páez se acreditó singularísimos méritos en aquella Crónica de la Guerra Magna, salpicada lastimosamente por tantas infidencias.

El Mito

Las hazañas legendarias han ejercido siempre y en todas partes una poderosa sugestión sobre la imaginación de los hombres, que se exalta hasta el delirio ante las proezas en las cuales la persona del héroe, su humanidad de carne y hueso, juega un papel preponderante y nos maravilla con el portento de sus hechos, más deslumbradores ante el sentimiento de las multitudes fue las famosas campañas de los grandes capitanes, realizadas a base de consumada pericia o profundo acopio de ciencia militar. Vieja como el mundo es esa admiración apasionada que en todas las edades han tributado los pueblos a los personajes en quienes ven como la razón de ser de su propia existencia, como la encarnación de las virtudes y recursos latentes en el seno de la nacionalidad, recursos y virtudes que, en un momento dado, el héroe pone de relieve con refulgentes características. Esas hazañas, reales o imaginarias, constituyen, a la vez, ariete para estimular los ideales de una comunidad humana y escudo para defender cuanto forma la esencia y raíz de su vida colectiva. Todas las agrupaciones sociales encarnan sus propios sentimientos y aspiraciones en figuras excepcionales, cuyas acciones son ensalzadas hasta asumir caracteres legendarios, forjándose alrededor de tales personajes una verdadera aureola mística. Esto explica que el pueblo más culto y de más elevada mentalidad de los tiempos antiguos haya sido el creador de la más rica y heroica mitología, en la cual se equipara a los hombres con los dioses y se los dota de sobrehumanas energías que sirvieron de inspiración a los helenos para escribir las páginas más memorables de la historia de las naciones de la antigüedad.

Tal es, en Venezuela, el caso del General José Antonio Páez. En los albores mismos de la nacionalidad, cuando ésta era combatida y acosada no sólo por sus naturales adversarios, lógicamente empeñados en el mantenimiento de la condición colonial, sino también por no pocos nativos, surge, como de la propia tierra, su figura llena de fuerza y poderío, cual una comprobación del empuje incontrastable

de las llanuras venezolanas, que después de haber ahogado en sangre y lágrimas la Segunda República, se incorporan triunfalmente a la lucha por la Independencia. Las hazañas increíbles del Prócer adquieren las proporciones del mito y encienden en los moradores de aquella región el fuego del fanatismo por la causa de la República, encarnada para ellos en la personalidad avasalladora del Caudillo llanero, cuyo imperio sólo cede ante la voluntad irresistible y soberana del Libertador.

El ambiente en que se formó Páez y sus primeras actividades, lo prepararon admirablemente para convertirse, al estallar la guerra, en el auténtico tipo del Centauro legendario, capaz de consumar sobre el lomo de su caballo, y formando un solo todo con éste, los hechos más prodigiosos. Esos relieves mitológicos adquieren vida y significación desde el momento mismo en que se inician sus proezas, caracterizadas por la audacia, la astucia, el valor indómito innatos en su naturaleza. Inspirado por el ambiente peculiarísimo de los Llanos y gracias a su profundo conocimiento de los hábitos e idiosincracias de sus habitantes, Páez desarrolló una estrategia muy suya, ajena a libros y academias, basada en el medio y en los elementos proporcionados por éste y sacó de ella los más asombrosos resultados, merced a sus excepcionales aptitudes. De tal estrategia es parte esencialísima el noble bruto, cuya estampa se confunde con su jinete en los horizontes ilimitados. Históricamente, bien puede decirse que el General Páez fue el jefe de una heroica legión de centauros, quienes lo siguen ciegamente en la realización de aquellas empresas estupendas. Entre nosotros, el inolvidable don Eduardo Blanco empuñó la pluma del autor de la Ilíada y trazó para las más remotas generaciones venezolanas, en frases encendidas y llenas de patrióticas pasiones, el cuadro de las épicas andanzas de aquel grupo de hombres, cuyo esfuerzo constituyó uno de los más decisivos aportes al triunfo de la Revolución emancipadora. Venezuela entera recordará siempre con honda emoción el relato recogido de labios del General Páez por nuestro insigne compatriota, cuando lustros después, en el propio campo de Carabobo, el héroe, transfigurado por el recuerdo inmortal, describe la batalla decisiva: "Allá estaba Bolívar"... "Por allí entramos"... "Allá se plantó la Legión Británica"... Lentamente, el ya anciano Caudillo se exalta en la evocación gloriosa y revive aquellas horas que fueron para él su apoteosis. El campo de Carabobo cobra vida a medida que habla el Centauro: resucitan los valientes escuadrones lanzados al asalto de las filas realistas: Barbastro es destruido, mientras Valencey se retira en cuadro, y los llaneros

montan los infantes a la grupa de sus caballos para cargar sobre el enemigo. De pronto Falcón, militar y poeta, pone su mano en el hombro de Eduardo Blanco: "Joven —exclama—, está usted oyendo la Ilíada de los propios labios de Aquiles...!".

Bolívar mismo, con su característica vehemencia, inició ese proceso de exaltación de las portentosas hazañas de Páez. Testigo presencial de aquella inconcebible proeza de las Queseras del Medio, y poseído de un desbordante entusiasmo ante la épica escena, dirigió "a los bravos del Ejército de Apure" las vibrantes palabras, cuyo eco perdura aún en todo corazón venezolano: "¡Soldados! Acabáis de ejecutar la proeza más extraordinaria que puede celebrar la historia militar de las naciones. Ciento cincuenta hombres, mejor diré, ciento cincuenta héroes, guiados por el impertérrito General Páez, de propósito deliberado han atacado de frente a todo el ejército español de Morillo. Artillería, infantería, caballería, nada ha bastado al enemigo para defenderse de los ciento cincuenta compañeros del intrepidísimo Páez. Las columnas de caballería han sucumbido al golpe de nuestras lanzas: la infantería ha buscado un asilo en el bosque: los fuegos de sus cañones han cesado delante de los pechos de nuestros caballos. Sólo las tinieblas habrían preservado a ese ejército de viles tiranos de una completa y absoluta destrucción. Soldados: Lo que se ha hecho no es más que un preludio de lo que podéis hacer. Preparaos al combate y contad con la victoria que lleváis en las puntas de vuestras lanzas y de vuestras bayonetas".

Hasta el propio adversario contribuyó a la formación de la aureola legendaria en torno a las gloriosas acciones del General Páez. En la Memoria dirigida al Rey después de la batalla de Mucuritas, el experto General Morillo explicaba así la derrota realista: "Catorce cargas consecutivas sobre mis cansados batallones, me hicieron ver que aquellos hombres no eran una gavilla de cobardes poco numerosa, como me habían informado, sino tropas organizadas que podían competir con las mejores de Su Majestad".

Nada tiene, pues, de extraño que con el correr de los tiempos aquella leyenda homérica nacida al calor de la llama revolucionaria que abrasaba de un extremo al otro toda la extensión del territorio, haya venido creciendo y arraigándose en el alma de los venezolanos hasta consustanciarse con las fibras más entrañables del sentimiento nacional. Como ha ocurrido en otros pueblos, el nuestro se ha forjado alrededor de las actuaciones de Páez, inconcebibles aunque rigurosamente históricas, una convicción acerca de cuánto el hombre de esta

tierra es capaz de realizar cuando un elevado ideal y una necesidad imperiosa le exigen un esfuerzo sobrehumano. Por ello la memoria del ínclito llanero ocupa puesto tan preferente en el amor y la reverencia de sus conciudadanos. Sin dejar de pertenecer a la Historia con todas sus virtudes y aún sus defectos, la figura del General José Antonio Páez se ha elevado hasta los ámbitos de la leyenda, tan cara a las multitudes de todos los tiempos y lugares.

LA GRANDEZA REPUBLICANA DE PAEZ

Antonio Arellano Moreno

I

Cuando uno estudia imparcialmente la vida del General José Antonio Páez llega un momento en que le es difícil distinguir cuál es más grande, si el Héroe de la Independencia o el Magistrado que gobierna democráticamente a Venezuela durante dos períodos presidenciales. Son dos etapas distintas en las cuales Páez se alza como un coloso y capta la admiración de los más sagaces observadores. Por esta circunstancia, cuando abandona la vida pública y recorre otros mundos, recibe honores y aclamaciones vedados a otros personajes. En 1850, Filadelfia, sedienta de tributar honores al Héroe que le llegaba, tuvo que ceder su programa a la corporación de Nueva York y al corregidor de aquella metrópoli que suspiraban por adelantarse a cualquier otro tributo y entre filas de militares luciendo uniformes de 1776, entre aplausos y discursos, hacía su entrada triunfal "como amigo de las instituciones democráticas, y como defensor del orden legal", según lo expresa el corregidor en sus discursos. En 1851 era recibido majestuosamente por la Municipalidad de Baltimore que le tributaba un gran homenaje. En estos mismos días, las calles de Washington se congestionaban de multitudes ávidas de mirar al más famoso viajero venezolano que las recorría como simple particular. El Presidente Santa Anna de México se disputaba el honor de recibirlo como huésped ilustre. El rey Luis de Baviera, moviliza a Munich y abre los salones imperiales para homenajear al gran personaje venezolano. La emperatriz Eugenia, en espléndido banquete de las Tullerías, lo sienta a su lado. Y en 1868, cuando en medio de una conmovedora pobreza se

dirige a Buenos Aires se preparan todas las personalidades importantes de su tiempo para salir a su encuentro y borrar un poco los sinsabores del peregrino que les llegaba. "Todas las principales familias lo acogieron con entusiasmo, disputándose el honor de recibirlo como huésped" dice uno de sus biógrafos. El Presidente Sarmiento, cuyo nombre irradiaba por todo el Continente como el del mismo Páez, lo inscribe en el Presupuesto Nacional con el rango de General de Brigada con el objeto de que reciba una pensión y atienda a sus ingentes necesidades y el Senado de la República hermana, tan comprensivo como el sabio magistrado, aprueba unánimemente la iniciativa del Ejecutivo. Otro tanto hace el Perú cuando de regreso a los Estados Unidos, llega a sus tierras. El Callao y Lima se desbordan aclamando a un venezolano de ochenta años, cubierto de gloria, ejemplo de pulcritud administrativa, pionero de una democracia que había sido señalada como ejemplo en el Continente. No llevaba alforjas llenas de dineros provenientes de peculado, de negocios turbios, ni disponía de jubilaciones de ninguna especie en su país. En Lima como en Buenos Aires se disputaban el honor de alojarlo en sus mansiones, porque llevaba las manos limpias, la frente en alto y proyectaba un ejemplar rayo de luz a las juventudes americanas.

II

Y todo esto era la consecuencia de haber sido grande como Héroe y como Magistrado. Su dimensión en los estrados republicanos era lógico resultado de su conducta legalista y de su comportamiento durante los dos períodos que le tocó ejercer la Presidencia de Venezuela, una Venezuela arruinada materialmente después de largos años de guerra, sin dinero, sin economía, sin vías de comunicación, sin educación, plagada de epidemias y de calamidades públicas derivadas del medio físico. Un país en el cual había que comprar hatos, fincas y esclavos para tener de qué vivir, porque no había petróleo para disfrutar de sus beneficios, ni pensiones jugosas, ni viáticos y pasajes gratis, ni participación en negocios fabulosos. Era la Venezuela del paludismo, de la fiebre amarilla, de la recluta.

No era un sucio dictador el que viajaba, ni un héroe anodino, ni un analfabeto como el que había insurgido en los llanos en los comienzos de la luchas libertadoras, era un gran señor que hablaba inglés,

francés y un poco de italiano; un cantante de óperas; un violinista, un personaje que había adquirido los mejores modales al lado de los libertadores ingleses que lucharon por nuestra emancipación; viajaba uno de esos venezolanos que en más de una ocasión han salido de predios anónimos y han escalado las más altas posiciones. Era la onda popular que recorría el mundo después de la Independencia como lo había hecho el Precursor Miranda. El uno cargado de enseñanzas y el otro de esperanzas, los dos proyectaban la imagen de una Venezuela rica en la arcilla donde se forjan valores universales y perennes. Pocos personajes como éstos han salido al exterior a capitalizar admiración y prestigiar la tierra de Bolívar. Nadie les tiraba piedras, nadie los abucheaba, nadie les cerraba las puertas, porque el uno era un ideólogo que capitalizaba los ideales del Nuevo Mundo y el otro un mensajero de la gesta libertadora, del civismo, de una democracia que había servido de farol para alumbrar los horizontes de América. Mal podríamos hoy tratar de pulverizar nuestros grandes y limitados valores. Tenemos que seguir el ejemplo de países como México, en donde una vez pregunté por qué tenían tantos artistas, tantos cantantes, tantos espíritus creadores y me facilitaron la ley que aplicaban: siempre que surge una vocación la aplaudimos, jamás le sacamos la lengua o miramos sus accidentales defectos.

III

Todo el éxito republicano de Páez durante los dos períodos que gobernó se deriva de una insignificante y trascendental circunstancia: su inteligencia nata, su malicia llanera, las enseñanzas adquiridas al lado de los militares ingleses, le hicieron comprender que debía gobernar el país como discípulo de Jorge Washington y nunca como alumno del esclavo Manuelote, el mayordomo a quien tenía que lavarle los pies en horas de la noche cuando trabajaba en el hato llanero de Don Manuel Pulido. Y aquí está su dimensión, la clave de la admiración que golpea en los pechos de reyes, presidentes y personajes extranjeros.

No es Juan Vicente Gómez, a pesar de su impar sentido común; no es José Tadeo Monagas que sustituye diecisiete años de régimen deliberativo por un régimen personalista sin preocuparse de los laureles libertadores; ni es Guzmán Blanco que empaña la obra revolucionaria que realiza con vulgares manifestaciones de vanidad y

absolutismo. Páez como gobernante, hace honor a Jorge Washington y condena los métodos de Manuelote. Por eso respeta el orden jurídico y asegura el ejercicio de los derechos humanos; por eso acata las opiniones de la élite que lo rodea y lo aprovecha; por eso pueden destacarse grandes dirigentes políticos en la oposición como Antonio Leocadio Guzmán; por eso la prensa lo tildará de ladrón y facineroso sin temor a ser decapitada; por eso insurge vigoroso el gran Partido Liberal que ayuda a sacudir la modorra social; por eso pone el ejecútese a leyes progresistas, por eso perdona e incorpora a su gobierno a quienes lo habían combatido o pedido que lo llevaran amarrado a Bogotá en 1826; por eso se adelanta a pedirle al Congreso de 1833 honores públicos para el Libertador y por eso respeta el principio de la alternabilidad republicana.

Cuando cumple su período presidencial en 1835, trata de imponer al general Soublette, fracasa en sus intentos como le ocurrirá al general López Contreras cuando tenga que retirar la candidatura presidencial del doctor Diógenes Escalante para cederla al inexperto político que ejercía el Ministerio de Guerra y Marina, todo bajo el influjo de fuerzas minoritarias, pero decisivas. O cuando Rómulo Betancourt, en una convención de su partido, vea desplazar a Gonzalo Barrios por Raúl Leoni. Y Páez el perdedor, entre la perpleja admiración de todos, entrega la silla presidencial al ilustre sabio e indeciso político, quien como Sucre y más tarde Falcón, sentirá alergia por las funciones presidenciales. Así Páez, López Contreras y Betancourt, modelados en madera democrática, cedían a presiones sociales y acataban mandatos de la historia. Y cuando el inmaculado Vargas sea derrocado por el doloroso cuartelazo de los libertadores, se alzará la espada del Héroe de Las Queseras y lo restituirá en sus funciones presidenciales. Desde entonces, sin quererlo ni buscarlo, quedará convertido en el árbitro supremo de la Nación. ¿Iba a renunciar al papel de gran dirigente que le otorgaba el medio social? Esto todavía no se ha visto en la historia. Aquí muy cerca de nosotros tenemos el caso de Bolívar, quien cede la Presidencia de Colombia al inexperto y débil Joaquín Mosquera cuando ya la muerte golpeaba en su corazón. Y en la pacífica Suiza se halla Betancourt, quien ha ceñido dos veces la banda presidencial y al parecer le agradaría que por tercera vez se la colocaran las manos del doctor Caldera. La historia no es un acontecer mecánico, sino un acontecer orgánico sujeto a los principios de continuidad y causalidad.

IV

Con razón, los más agudos analizadores de nuestra realidad social, no le han regateado a Páez el calificativo de "verdadero hombre de Estado", entre ellos Gil Fortoul, Vallenilla Lanz, Arcaya, Augusto Mijares, José Martí y otros que han dispuesto de sólidas bases documentales y lo que es más importante: se han trasladado con sus laboratorios a la Venezuela naciente de 1830 a 1847 para mirar con el microscopio de la historia los ingredientes que la componían porque visto con los de hoy se corre el peligro de obtener análisis deformados. En otra oportunidad volveremos sobre estos últimos aspectos no sin antes recordar la muy conocida opinión que expresó Antonio Leocadio Guzmán del gobierno de su adversario y combatido Páez: "Fue la época de la prensa libre, decía, no estando esa libertad en las leyes. Los periódicos de Venezuela en esa época son dignos de la Nación más libre y civilizada de la tierra... Fue la época de las elecciones libres. Había espíritu público y una conciencia nacional. Aquella era la verdadera República", conceptos que tienen el mismo valor que podrían tener mañana los de Jóvito Villalba sobre el gobierno de Caldera si por una de esas sorpresas de la política tuviera a bien modificar su posición actual.

EL GOBIERNO DELIBERATIVO

I

De Carabobo sale Páez convertido en un héroe de dimensión nacional. Se empina sobre su pedestal heroico y Venezuela entera lo aclama, lo admira y lo respeta. Su cabalgadura se encabrita y con sus cascos saca chispas de los empedrados que cubren las calles caraqueñas porque siente sobre sus lomos el peso de la gloria.

Bolívar es el primero que intuye la espléndida transformación que se ha operado en aquel rey legendario de las llanuras y sin regateos de ninguna especie se adelanta a otorgarle el premio que solía dar a quienes sobresalían de la masa común. Primero lo asciende a General en Jefe y cuando napoleónicamente divide a Venezuela en tres Departamentos militares le hace entrega del más importante, el Departamento

del centro, integrado por las Provincias de Caracas, Carabobo, Barquisimeto, Barinas y Apure.

De todos los Libertadores resultaba el más indicado para asumir el mando supremo en el Departamento Central porque como dice Vallenilla Lanz "no había figurado en las sangrientas tragedias de 1814" lo que le permitía "unificar bajo su autoridad a todos aquellos núcleos en quienes había desaparecido ya la esperanza de ver restaurado al antiguo régimen". Bolívar, que penetraba en la esencia misma de sus colaboradores, aseguraba así la paz de Venezuela y podía seguir su marcha libertadora hacia el sur. "Páez, continúa Vallenilla, era el único hombre capaz de contener con su autoridad y su prestigio las hordas llaneras" que en 1814 habían teñido de rojo el amplio mapa nacional. No tenía la debilidad del intendente Soublette, la volubilidad del caudillo oriental José Santiago Mariño ni las incontenibles ambiciones de valientes próceres que le acompañaban. Era un soldado sereno, respetuoso, valiente y asentado sobre una base monolítica.

II

Desde entonces empieza a ser intérprete de sentimientos nacionales y portavoz de los mismos. Las circunstancias lo colocan en la cúspide de la pirámide como antes lo habían colocado en el centro motor de las llanuras. Bolívar, Fernando Peñalver y muchas personalidades dotadas de talento político advirtieron el fenómeno, toleraron errores del militar victorioso y trataron de encauzarlo y de legalizar situaciones de hecho como lo hizo el Libertador en 1827, durante su última visita a Caracas.

Cuando toda Venezuela se dio cuenta que por haber terminado las guerras libertadoras ya no tenía razón de ser la República de Colombia, Páez estaba al frente de esa inmensa aspiración nacional. Aquí ningún venezolano quería ser gobernado desde Bogotá.

Se había tolerado la genial unión concebida y realizada por el Libertador porque todos tenían conciencia de la fuerza unitaria de esa alianza. Lograda la independencia nadie estaba dispuesto a continuar en ella. La división de la Colombia bolivariana no fue la obra de una voluntad en particular sino el feliz resultado de un sentimiento colectivo y arrollador. Si no hubieran existido las condiciones históricas para sepa-

rar a Venezuela de la Gran Colombia, no lo habrían logrado ni Páez, ni Miguel Peña ni ninguna de las personalidades influyentes de la época. Si hoy, después de una indiscutible evolución cultural no se ha llegado a acuerdos unitarios entre Venezuela y Colombia para resolver necesidades que nos son comunes, mucho menos se hubiera podido lograr en aquella época entre dos países que por imperativos del medio geográfico y de sus ancestros tienen conductas sicológicas heterogéneas, a pesar de que en los discursos protocolares se siga diciendo lo contrario. Ni Páez, ni Peña, ni ningún venezolano en particular es responsable de la desintegración de la Gran Colombia. La creó Bolívar, la sostuvo Bolívar y se fue al sepulcro con él. Y no creo que a estas alturas le agradaría a ningún venezolano que su gobierno dependiera del de Bogotá como aconteció en aquellos días.

III

Cuando llega al poder, siguiendo los métodos que emplean casi todos los grandes caudillos, asentándose sobre su autoridad, sin derramar sangre ni decapitar a nadie, da pruebas de ser el hombre de estado de mayor madurez que tenía el país, el más sensato, el más equilibrado. De los cuatro próceres que tienen la oportunidad de gobernar el país durante los primeros años de la República sólo Páez da pruebas de poseer las cualidades que se requerían para desempeñar con brillo la primera magistratura. Soublette, conciliador y respetuoso, era mente y voluntad subalterna sin la autoridad impositiva capaz de aglutinar y dominar rivales; los Monagas o resultaron absolutistas como ocurre con José Tadeo, o mandatarios de poco colorido como en el caso de José Gregorio. Y otros aspirantes a la Presidencia como el *Libertador de Oriente* no lograron sacudir el polvo provinciano como lo hizo Páez en Carabobo y nunca terminaron de salir de pactos minúsculos y de entrar en empresas dolorosas como la que determina el derrocamiento de Vargas. Otro prócer venezolano, el General Juan José Flores, gobierna dictatorialmente al Ecuador durante dos períodos presidenciales, en medio de gran desorden administrativo, hasta que un día se sublevan los gobernados y lo echan del mando para el cual se había reelegido por tercera vez (1845). Cuando uno analiza estas circunstancias y cuando se da cuenta del sentido infantil de los mantuanos en la búsqueda de candidatos presidenciales pertenecientes a su

casta, es cuando está en capacidad de valorar la obra trascendente que realiza el caudillo durante los primeros tiempos de la República.

El salva al país de caer en manos demasiado fuertes: le cierra el paso a militares que aspiraban al mando supremo sin disponer de las virtudes y capacidades que poseía él. A estas alturas debemos preguntarnos cuál hubiera sido el destino del país en medio de la pugnacidad de los Libertadores que derrocaron a Vargas, todos ricos en ambiciones, con hojas de servicios respetables, pero sin disponer del talento político y el sentido común de Páez.

IV

Si esta fuerza aglutinante de civiles y militares, si este eje de un gobierno deliberativo que arrancaba aplausos en el mundo no fue más lejos, si no realizó la reforma agraria, si no libertó los esclavos como hubiera sido deseable, si no eliminó la pena de muerte, si no estableció el sufragio directo, si no realizó una obra material de envergadura, hay que estudiar la complejidad del momento histórico para lograr las razones negativas que obstaculizaban caminos. Era Páez, como lo han señalado todos los historiadores, componente de una maquinaria agroesclavista; la misma que impidió al Libertador cristalizar su programa; la que se interpuso en sus pedimentos para la liberación de la esclavitud; la que frustró los programas reivindicativos del genio y los redujo a prédicas doctrinarias. Por eso el Libertador, a pesar de su naturaleza autoritaria, de sus claros conceptos de estadista, no pudo en los cinco años de gobierno que van de 1825 a 1830 disfrutar de la dicha de ver cristalizar ideales que formaban parte de su propia vida. Por otra parte, la reinante pobreza fiscal, la ausencia de instrumentos idóneos y de equipos humanos, las doctrinas económicas y políticas reinantes, se sumaron a los intereses de las oligarquías y empujaron hacia atrás todo proyecto renovador.

La libertad de los esclavos se alcanza cuando se habían convertido más en una carga que en una fuente de riqueza para sus propietarios. Por ese conjunto de factores, Venezuela permanece estancada hasta el advenimiento de Guzmán Blanco primero, y más tarde hasta 1935 cuando despega en busca de lo que hoy llamamos desarrollo económico. El petróleo, desconocido en los tiempos de Páez, será la fuerza condicionante y propulsora de las grandes transformaciones que hemos alcan-

zado. Hoy sí estamos autorizados a reclamar eficiencia de nuestros mandatarios porque disponen de recursos fiscales fabulosos, de personal técnico, de un pueblo con conciencia de sus aspiraciones y de la cooperación internacional. Ayer se desconocían todos esos instrumentos.

V

Si el genio de Bolívar después de Ayacucho no tuvo la fortuna de romper los diques que habrían conducido al establecimiento de la República soñada, sin esclavos, sin terratenientes, sin servidumbre, sin injusticias humanas, sin el limo social que se interponía en el sendero republicano, mucho menos podía hacerlo ese personaje que en vez de haber nacido en la Quinta Avenida de Nueva York como apunta un historiador, nació en un catre de cuero, entre campesinos rudos y analfabetos. Lo que nos mueve a aplaudir a Páez es "su gran fondo de honradez ingénita" como asienta Arcaya; "el gran respeto suyo por las opiniones de los que consideraba superiores a él en inteligencia y saber" según el mismo autor y agradecerle que hubiera gobernado como gran señor de la legalidad y no como un vulgar tiranuelo porque como dice Arcaya: "él no era un dictador nato, a pesar de ser un caudillo nato". Cuando asume la dictadura en 1861 en medio del más escalofriante caos que nos ha sacudido, lo hace con la noble intención de ponerle fin a esa guerra devastadora; creía como gran patriota que podría reeditar los días gloriosos de las Queseras del Medio o de Carabobo. No buscaba figuración, ni medios para enriquecerse materialmente, sino la obediencia a un mandato que ningún venezolano de su caudaloso prestigio podía eludir. No se daba cuenta que era un héroe viejo y cansado y su grandeza y su decrepitud se hunden estruendosamente.

En otro orden de ideas y de medio ambiente, nos hace recordar el drama que vive el Libertador cuando asume la Dictadura después del fracaso de la Convención de Ocaña, deseoso de salvar a Colombia del caos y "su nombre y su prestigio se hunden en el abismo" al decir de C. Parra Pérez. Es el drama de los grandes constructores de nacionalidades que nunca ven moldeada definitivamente su obra ni se dan cuenta que han perdido el capital de opinión pública que les sirvió de sustento a sus grandes realizaciones. Por eso, en momentos críticos, suelen apoyarse en fuerzas que han combatido o repudiado

aunque conceptualmente permanezcan leales a sus doctrinas y principios. Es lo que explica que el Libertador haga descansar su Dictadura sobre fuerzas reaccionarias como fueron el alto clero bogotano, los militares y el capitalismo inglés y que dicte medidas tan retrógradas que sublevaron a grandes libertadores como José Padilla o José María Córdova que terminaron en el patíbulo. Si nos atuviéramos a esquemas teóricos, condenaríamos sin análisis previos todos estos sucesos, pero si vamos al fondo de los mismos y obervamos detenidamente hombres y circunstancias tenemos que darle un enfoque distinto al proceso histórico.

VI

Augusto Mijares, que al detenerse en Páez logra escapar al brillo deslumbrante del Héroe para estudiar el magistrado con sus virtudes y defectos, no tiene reservas en reconocerle "que siempre que tuvo en sus manos el gobierno, estuvo a la altura de un verdadero hombre de estado, ecuánime, accesible a las mejores influencias y en muchas ocasiones generoso patriota" y continúa señalando que el verdadero mérito de Páez y de sus colaboradores consistió, entre otras razones, en haber establecido "el verdadero poder legal, y no un instrumento para legitimar, bajo nombres pomposos, persecuciones y apetitos de índole personalista". Personalista vino a ser el gobierno en manos de otros próceres y de otros mandatarios salidos en su mayor parte de los campos de batalla como Páez, pero que no experimentaron las depuraciones espirituales del caudillo llanero cuyas cualidades inspiraron a Cunninfhaone Graham una de las más imparciales biografías, arrancaron aplausos de las figuras más importantes que lo conocieron, mereció del Libertador su encumbramiento definitivo a la jefatura de Venezuela en 1827 y abrió las puertas de salones imperiales y republicanos en mundos más evolucionados que al que había servido.

Sin duda, que si hubiéramos tenido la fortuna de ser gobernados por magistrados pulcros, inteligentes y legalistas como Páez, hubiéramos conquistado metas políticas y económicas desde hace muchos años y no hubiéramos sido el circo del domador de que hablara el poeta y que tantos males causó al desenvolvimiento económico y cultural de la Nación.

Caracas, agosto 1971.

PARA UNA REVISION DE PAEZ

J. L. Salcedo Bastardo

La personalidad del General en Jefe José Antonio Páez ha sido objeto, en gran parte de la conmemoración sesquicentenaria, de un enfoque injusto y falso. Con la imagen popular y simpática del glorioso guerrero, se ha querido cubrir la posterior y muy larga actuación pública de tan sobresaliente caudillo. Al enlazar los merecimientos reales de su hora épica, no se ha hecho la reserva debida sobre las contradicciones, vicios y reparos de la segunda y más prolongada etapa de aquella vida que pertenece a la historia nacional.

La admiración y la gratitud patrióticas que a todos nos merece el egregio soldado, no alcanzan a desvirtuar las conclusiones del estudio imparcial que en el magistrado y político José Antonio Páez encuentra un símbolo cabal de la Contrarrevolución venezolana (1830-1935).

Sin duda ninguna, Páez es un valor extraordinario del país; bien está en el Panteón y en la estatua con la lanza enérgica. Fue grande su fama en la lucha emancipadora. Su actuación pública, sin embargo, no puede ser modelo para la Patria, y menos en el presente, ni para ese porvenir que estamos empeñados en crear, mediante un duro y sostenido ejercicio, sinceramente democrático, ético y actual. No conviene a la nacionalidad que busca senderos en la historia que se le confundan los tiempos y las conductas de un personaje controversial.

Páez pertenece a la intrépida legión de guerreros que junto a ilustres civiles, y dirigidos por Simón Bolívar, proyectaron y empezaron la Revolución en Venezuela. Esa Revolución no buscaba únicamente la derrota ni la expulsión de las tropas colonialistas; era una empresa coherente y orgánica, encaminada a transformar a fondo nuestras estructuras:

1. Revolución política: Creación de un Estado independiente y soberano, constitucional, democrático, alternativo, exento de personalismo, civil y fuerte, garante verdadero de la libertad.

2. Revolución económica: Propendía a la justicia agraria: reparto de tierras, y medidas complementarias para el desarrollo.

3. Revolución social: Abolición absoluta de la esclavitud, de la servidumbre, de los privilegios y discriminaciones; igualitarismo total.

4. Revolución jurídica: Unidad venezolana contra el federalismo derivado de la colonia. Unidad colombiana como paso previo a la integración mayor. Unidad hispanoamericana. Universalismo.

5. Revolución histórica y cultural: Un nuevo signo para el porvenir americano; imperio pleno de la moral y de las luces. Poder Moral. Atención preferente a la educación; esmero en el bien para la Universidad.

Hasta Carabobo, aparece Páez encuadrado entre los próceres que se inmolaban por estos altos ideales. El mismo promovió la iniciativa del reparto de tierras al pueblo combatiente. Su participación fue decisiva en la histórica jornada militar del 24 de junio de 1821.

Sucede sin embargo, y la verdad no se puede ni se debe ocultar, que Páez va a contrariar luego todas las directrices de la Revolución. Los hechos lo presentan como el primero —cronológicamente— y un gran responsable del curso negativo que sigue Venezuela desde 1830 y que finaliza apenas en 1935. Descartando las incomprobables sutilezas de su fuero íntimo, ante la historia él surge como titular de una concreta situación venezolana.

La vida pública de Páez es la más larga de todo el pasado nacional. Si se cuenta desde sus travesuras en 1816 —cuando barrió un intento de poder civil—, y que su influencia determinante es ininterrumpida entre 1826 y 1848, para luego reaparecer en 1861 como Dictador, y su fallecimiento en 1873, son cerca de 60 años de presencia activa notoria.

Bases documentales, históricas y lógicas, permiten concretar y establecer la responsabilidad de Páez así:

1. Negación política: Auspicia la autocracia en Venezuela; usa recursos reprobables para llegar al mando y mantenerse en él. Sus regímenes fueron personalistas. Hoy está perfectamente documentada la mentira de afirmaciones paecistas como: "Unánime y concorde estuvo la opinión de los venezolanos en ponerme al frente de la situación... y "El Constituyente sin atender a mis súplicas me nombró Presidente del Estado".

2. Negación económica: El reparto de tierras fue olvidado tan pronto se superó la emergencia que forzó a hacer la oferta. Cuando Bolívar le encarga hacer la distribución en Venezuela, Páez resulta

con la finca mejor del país —"La Trinidad"—, poseyó además el inmenso "Hato de San Pablo".

3. Negación social: Queda restaurada y vigente la esclavitud. En la ley se elevó la edad para la manumisión de 18 a 21 años; y por decreto contra la ley se elevó más todavía de 21 a 25 años. Es el colmo que en su testamento, quien fuera caudillo popular de "una revolución de libertad", consigne entre sus bienes: "el valor de los esclavos que me pertenecían y existían en la hacienda de La Trinidad y el hato de San Pablo".

4. Negación jurídica: Está más que probada la intervención activa y primordial de Páez en la división de la Colombia bolivariana. En lo americano e internacional sus gobiernos son anodinos.

5. Negación histórica, cultural y moral: Venezuela se extravía hacia el personalismo más absorbente; muy poco se hizo por la educación; fue imposible lograr la entrega completa de los bienes que Bolívar dispuso para la Universidad. Sobre la ética personal o familiar, historiadores como Gil Fortoul abundan en datos interesantes; en lo público: enriquecimiento desmedido a la sombra del poder; ambición de mando y perpetuación en él; hipocresía y perfidia; rusticidad y primitivismo.

Dedicado a los maestros y profesores que procuran el conocimiento verdadero e imparcial del pasado venezolano, transcribimos las distintas consideraciones sustentadoras de cuanto queda dicho, contenidas en nuestra "Historia Fundamental de Venezuela", publicada en Caracas en 1970.

Estamos listos a rectificar todos y cada uno o cualquiera de los puntos de esta tesis, cuando se nos demuestre, de modo serio y fehaciente, que estamos equivocados. Nada nos será más grato.*

José Antonio Páez (1790-1873), ejemplifica la capacidad de superación humana que caracteriza al venezolano, de origen humilde, niñez pobre y ocupaciones las más rudas en su adolescencia, sube por las escalas castrense, política y social a los primeros puestos; en su madurez demostró calificada afición por la música, aprendió inglés; consciente de su personal significación histórica escribió su "Autobiografía".

---

* Publicado en "El Nacional" del 23 de julio de 1971.

Cuando en Caracas se produjo el movimiento del 19 de abril, Páez se hallaba trabajando en el hato de la Calzada, en Barinas, empezó allí alistándose en el escuadrón de caballería que su patrono —el criollo Manuel Pulido— organizara entonces. Muchas dificultades hubo de superar en su juventud; se destaca siempre, y por méritos efectivos alcanza todos los grados en el Ejército.

Su condición de exponente genuino del pueblo venezolano, en especial de la región llanera, y sus cualidades innatas de caudillo, con dilatado y auténtico prestigio, aunadas a su valor y a su intrepidez personal, hacen de él una figura decisiva en la guerra emancipadora. Se impone a su gente por atributos reales de coraje y de mentalidad despierta; a favor de la República inclina la fuerza notable de las milicias llaneras. En el propio campo de Carabobo, y en justo reconocimiento, Bolívar lo asciende a General en Jefe.

En la política, y por las fluctuaciones de su dilatada actuación de más de medio siglo, resulta un personaje controversial. Desde 1816, siendo teniente coronel muestra su apetito de mando; a partir de 1826 la suya es la voluntad principal en Venezuela; mucho tiene que ver en la disolución de Colombia y en la entronización del sistema que pasa a imperar en el país después de 1830.

De la fractura del orden tradicional acarreada por la Revolución, y del contraste de las tendencias francamente revolucionarias con las reaccionarias que muy cerca de aquellas convivían, emerge el ejército como institución primordial y, con éste, el caudillo, ingrediente relativamente nuevo de nuestra historia.

El caudillo es el nuevo dirigente; es una potencia incuestionable, síntesis humana de poder material —físico, económico, social—, aureolado con la magia del "prestigio" y de su inefable proyección carismática. Autoritario, elemental y arbitrario, de cualidades positivas y negativas confundidas, es capaz de obrar prodigios en la vida social. Páez, el más típico, bosqueja la silueta caudillesca describiéndose a sí mismo en trazos rápidos, seguros y vivísimos; hablando en la primera persona de singular y usando y abusando de los adjetivos posesivos correspondientes, lenguaje característico y grato a la individualidad avasallante del caudillo, dice de "sus" llaneros: "Yo logré atraérmelos; conseguí que sufrieran, contentos y sumisos, todas las miserias, molestias y escaceses de la guerra. Me obedecían gustosos y me querían

como a padre".[1] Suyos eran, decía, los mismos individuos que a las órdenes de Yánez y Boves, habían sido el azote de los patriotas. Páez describe su milagro: "¿Quién creyó jamás que aquellos hombres, por algunos escritores calificados de salvajes, acostumbrados a venerar el nombre del rey como el de una divinidad, pudieran jamás decidirse a abandonar la causa que llamaban santa para seguir la de la patria, nombre que para ellos no tenía significación alguna? ¿Quién creyó, entonces, que fuera posible hacer comprender a hombres que despreciaban a los que no podían competir con ellos en la fuerza bruta, que había otra superior a ésta, a la cual era preciso someterse?", *A,* I-135. El caudillo se atribuye haber inspirado a los llaneros, "al mismo tiempo amor a la gloria, respeto a las vidas y propiedades, y veneración al nombre de la patria", ello no obstante que él ha dudado, en otra parte, de que en mentes tan simples quepan tales abstracciones: "No tenía mucha fe en el patriotismo de aquellos hombres que sólo me acompañaban y habían tomado servicio por simpatías hacia mí. *A,* I-29.

Obra de los caudillos es el fraude a la plenitud revolucionaria; la contención de ésta, en la frontera exacta del interés de aquéllos, será la causa de la inestabilidad y las dificultades en el dilatado período bajo su patrocinio. Propuestas sin fecha quedan las directrices cardinales de la Revolución; apenas se defiende la simple separación de la Corona española; se adultera la justicia económica, se niega la unidad jurídica, se lesiona la igualdad y se arroja al país por la pendiente de la disolución moral y del atraso cultural. El tipo de gobierno que se monta es el expedito de la fuerza bruta, con algún ropaje de legalismo *ad hoc;* de nada vale la admonición bolivariana: "El sistema militar es el de la fuerza, y la fuerza no es gobierno", I-222. El caudillismo hace del jefe guerrero el capataz o amo de la República. Bien clara y contraria es la enseñanza del Libertador: "El soldado no es el árbitro de las leyes ni del gobierno; es el defensor de su libertad. Sus glorias deben confundirse con las de la República; y su ambición debe quedar satisfecha al hacer la felicidad de su país. [ ] El soldado no debe deliberar, y desgraciado del pueblo cuando el hombre armado delibera", II-1051, 1264.

El inicio de la divergencia neta entre la Revolución y el caudillismo, lo marca José Antonio Páez. En su *Autobiografía,* el anciano que

1. José Antonio Páez, "Autobiografía", 2 Tomos. Ediciones del Ministerio de Educación. Dirección de Cultura. 1946. Tomo I, página 136. Se le citará en el texto: *A,* t. p.

olvidó nada más que cuanto le convenía olvidar, atribuye a "anarquistas" y despectivamente a "revolvedores" lo que era la médula de la Revolución que él mismo ayudó a definir en su tiempo; llama "añagazas" para "ganarse a la gente ignorante" y llama "incautos" a los que creían que "se repartirían los bienes y las tierras de los ricos entre los pobres, que se libertarían a los esclavos, se repartiría el dinero del Banco, y se acabarían los derechos nacionales y municipales", *A,* II-406. Páez zahiere y vitupera a los seguidores y a los propagandistas de tales ideas, y caricaturiza los propósitos de la Revolución que el pueblo alentaba; tan lejos él estaba ya de ella y de éste. La invariable continuidad de la acción caudillista es bien típica y evidente; hasta en los rótulos se muestra la coincidencia, aunque no sea consciente: al principio del período contrarrevolucionario Páez lo llama "años de paz y unión", *A,* II-406; para el cierre del mismo, Gómez hace apenas una añadidura socarrona: "paz, unión y trabajo".*

---

* José Luis Salcedo Bastardo. *Carabobo: Nacionalidad e Historia.* Caracas, Cromotip, 1971. pp. 84-89.

VENEZUELA DESPUES DE CARABOBO

J. A. de Armas Chity

No han echado sus miradas sobre los caribes del Orinoco, sobre los pastores del Apure, sobre los marineros de Maracaibo, sobre los bogas del Magdalena, sobre los bandidos de Patía, sobre los indómitos pastusos, sobre los guajibos de Casanare y sobre todas las hordas salvajes de Africa y de América que como gamos recorren las soledades de Colombia.

BOLIVAR

(Carta a Santander en torno a ideas federalistas en el Congreso)

1.—*Después de 1821: Páez*

La batalla de Carabobo ha expulsado a los realistas del centro del país, es decir, los ha obligado a refugiarse en las plazas fuertes de Puerto Cabello y Cumaná. En el plano político ha desaparecido la intervención realista, mas la administración continúa en

desorden, a pesar del interés de Soublette, que era sobrio. Tampoco podía pensarse que un país que ha resistido doce años de guerra continua, fuese a organizarse como por milagro. Mas cabría observar que por el hecho mismo de la guerra, las poblaciones no tenían entre sí el debido conocimiento e intercambio y un nuevo hecho político agrava lo anteriormente expuesto: la República ha colocado en cada ciudad a un militar con poderes especiales en condición de gobernador. Los métodos de vida, singularmente en la administración, en nada habían cambiado: tal vez lo que ha ocurrido es un cambio de nombres. Al jefe realista ha sucedido un jefe republicano. Cuando se dice que en nada han cambiado métodos de vida civil, de vida doméstica, es porque han continuado los vicios y los atropellos. Si ayer, en nombre del rey, se encarcelaban y ultimaban gentes, ahora, con Páez, va a existir poca diferencia, pues el caudillo deja que sus oficiales hostilicen y hasta eliminen a todos aquellos que con él han tenido diferencias. Que Soublette y el Marqués del Toro alcancen las posiciones a que llegan, nada sufre al respecto el poder político de Páez. Bolívar le ha encumbrado desde el día de Carabobo y su inteligencia de llanero le ha abierto paso. Su campechanía es una forma —como la del general Joaquín Crespo a fines del siglo—, para imponer su voluntad. Todo llanero es sutil y su agudeza no hiere. Tras de su disimulo hay un tratado de sicología práctica que va desde la sonrisa hasta la puñalada, si es que tiene que llegar al extremo. Además, todo caudillo tiene servidores fieles que interpretarán, sin palabras, las intenciones de su jefe, y cuando aparezca el cadáver de alguien que tuvo la osadía de discrepar con éste, será un cadáver más: el jefe no averiguará por qué eliminaron a su enemigo o antiguo amigo. Páez tiene la suficiente velocidad mental para capear situaciones difíciles y salir airoso. Cuántos enemigos de Páez aparecieron muertos frente a sus casas en Valencia, y nunca autoridad alguna escuchó los reclamos de sus deudos. Parecía más bien aquello una advertencia, un alerta o una indicación para que no censurasen al caudillo. Mas Páez recibe a todos porque es un caso sorprendente de mimetización. Todavía no se ha estudiado qué ancestro suyo logró influir en aquella humanidad absorbente. Sabido es que su padre tuvo ascendientes o parientes en la Casa de Felipe V, mas no se olvide que Páez le debió todo al llano, a la vida salvaje y áspera del hato, donde a pulso de audacia y peligro se forja el carácter. En esa confrontación diaria entre el joven y el ambiente desatado, la voluntad define sus relieves, sus aristas, sus sinuosidades, y cuando se actúa

en sitios donde es necesario sonreir, ser afable, el hombre sonríe, armoniza, capta simpatías, asoma complejos de hombre culto que en el fondo no son más que pretextos para imponer sus puntos de vista.

El prestigio de Páez ha crecido vertiginosamente. Apenas comienza en 1816 y los combates de El Yagual, Palital, Mata de la Miel y Mucuritas le abren paso al prestigio. En este último encuentro bate a un hombre tan calificado como el Mariscal Miguel de La Torre. Su habilidad para incendiar los altos pajonales y el arresto de las catorce cargas de sus lanceros, arrancará un elogio de Morillo. Pronto asombrará al Libertador en Queseras del Medio, Las Flecheras y seguidamente se consagrará en Carabobo. Páez tiene en el puño las operaciones militares: Coro ha vuelto a manos realistas y Maracaibo será invadida y ocupada por Morales, y Mariño hará campaña incolora en occidente y Padilla liquidará a Laborde en el encuentro naval de Maracaibo, que obligará a Morales a capitular, y finalmente Páez, en noviembre de 1823, cerrará con la toma audaz y certera de Puerto Cabello, el largo y angustiante episodio de nuestra guerra de Independencia.

En la Venezuela de aquella hora, el sentimiento contra la unidad de la República, con sede en Bogotá, no se había expandido. Ya aparecerán las primeras manifestaciones. Mas primero hay que limpiar de realistas el territorio para luego ocuparse a fondo de la política interna. Oportunamente intervendrá el político, aunque hay que pensar que sí interviniese porque el gesto del Cabildo de Caracas, en enero de 1822, contra la Constitución del año anterior, no debió ser un gesto privativo de los ediles. Páez sabía demasiado para aparecer tan pronto en escena y dirigiendo un asunto en extremo riesgoso en aquel momento.

Pocas veces —como en esta ocasión— se ha cumplido la apreciación de Talleyrand de que la palabra se había creado para ocultar el pensamiento.

Páez estaba asesorado por Peña y su jefe de estado mayor era Francisco Carabaño, a quien Santander no dejará de hostilizar después de los sucesos de abril del 26 en Valencia. Tal vez la misma ojeriza hacia Carabaño la tenía el Vicepresidente contra Guzmán. Sin duda, Guzmán y Carabaño, no por el hecho de que no le consultasen a él sus intenciones, sino en razón de ser amigos de Páez, los ponía en una situación adversa a sus designios. Desde los sucesos de Trinidad de Arichuna cuando después de organizar el gobierno, en aquella región, Páez remplaza a Santander, teniendo éste que aceptar el hecho cum-

plido porque allí la voluntad del ejército o las montoneras que el caudillo llamaba ejército, era lo que se imponía.

Cierto que la única autoridad que Páez acató siempre fue la del Libertador, pero también no es menos cierto que existía una presión de la masa armada favorable a Páez. Que le siguiera el ejército llanero era lo normal, pues él jamás les cobró un desmán. Hay un caso, el de Aramendi, el tremendo lancero, a quien Páez perdonó todos los crímenes que cometiera, y Aramendi sirvió al caudillo incondicionalmente.

Sólo en esta forma obtenía Páez el apoyo de aquella gente inculta y ruda, acostumbrada a actuar sin limitaciones.

Ahora surge una dimensión distinta. Tras del caudillo que ha actuado ejemplarmente en la guerra, está asomando su faz el político. Ya tendrá prudencia cuando el Cabildo manifieste sus reservas ante la Constitución del Rosario de Cúcuta, y con calculada astucia utilizará al eminente Miguel Peña, cuando éste, en 1825, con motivo del fusilamiento del coronel venezolano Leonardo Infante, cuya sentencia se niega a firmar siendo Presidente de la Corte Suprema, y cuando debido a la forma como entregará el dinero del Estado que confiaron a su cuidado y del cual extrajo provecho personal, le suspenden definitivamente. Páez tratará a todos con afabilidad porque sabe que les va a necesitar y el político es hijo de su circunstancia.

Hacia Páez y en torno suyo, todo converge. En la oportunidad en que Santander le diga, con desnuda sinuosidad, cómo ha lamentado no haberle nombrado Intendente, el caudillo esconderá sus ambiciones y dirá al todopoderoso Hombre de las Leyes: "Yo quisiera que usted entrase en mi corazón y que registrando mis más secretos sentimientos, quedase convencido y satisfecho, de que yo jamás he aspirado a la Intendencia de estas provincias, antes bien, estoy íntimamente persuadido, de que por mí ni por medio de mis amigos era capaz de desempeñarla con la prudencia, tesón, madurez y acierto con que lo está haciendo el señor Soublette para beneficio general de estos pueblos".

2.—*Separatismo, realidad y rebeldía*

La primera manifestación de inconformidad con la Constitución del Rosario de Cúcuta la realiza el Cabildo de Caracas en enero de 1822, apenas a pocos meses de haber sido promulgada aquélla. Los ediles

alegaron, para jurar con reservas la Constitución, que en nada habían intervenido en ella, es decir, que casi ignoraban su contenido. Mas la razón, observando serenamente los sucesos, era de otra índole. Caracas, la ciudad donde ocurre el primer pronunciamiento a favor de la autonomía, se hallaba marginada de la política. Hasta 1812 pudo ser cabeza de gobierno con la República y su función ductora viene de lejos, desde un día de 1576, cuando el gobernador Juan Pimentel, marginando a Coro, que era la capital de la antigua Venezuela, decide llegar a Santiago de León, y sólo con su presencia la hace capital. Todo este complejo de poder a través de dos siglos y medio, unido al más reciente de 1810 y 1811, aflora en este enero de 1822. Poco le importaba a estos ediles la grandeza de la concepción bolivariana. Debieron pensar en el error de designar a Bogotá como capital de la Gran Colombia, toda vez que la idea había sido otra, es decir, de que la capital, en homenaje al Padre Las Casas, debía erigirse en el puerto de Bahía Honda, o en Maracaibo, de acuerdo con la sugestión de Bolívar.

Otros hechos recientes habían contribuido a mantener alejada a Caracas de los principales sucesos. Ella ha caído en manos realistas a raíz de la última batalla de La Puerta, en 1814, y permanecido hasta los días de Carabobo. Inútil le resultó al Libertador tratar de apoderarse de ella en dos oportunidades, ya cuando combate en Clarines y le rechazan, ya cuando en la Campaña de 1818 lucha furiosamente en Semen para abrirse paso hacia el centro. Además: los acontecimientos de los últimos años que influyen poderosamente en los destinos políticos de Venezuela y de América: toma de Guayana, caída del Virreinato de Santa Fe, creación de la Gran Colombia, la encuentran y la dejan a un lado. Si Caracas fue favorecida siempre por la geografía, en la etapa del 14 al 21 en que se forja definitivamente la liberación de Venezuela, la ciudad sigue al margen, como en olvido. Dentro del cuadro de la Gran Colombia, Caracas no fue más que capital de una de las intendencias en que se hallaba dividida la nación. Y a las razones o alegatos expuestos por los ediles caraqueños, se sumaba el complejo de poder de los hombres que hicieron posible con sus lanzas la independencia política. Ahora tenían que estar esperando que desde lejos les organizaran los ascensos, les adjudicaran alguna hacienda o les fusilasen en la antigua capital del Virreinato si no eran bienquistos del Vicepresidente.

Ante la idea genial de crear una nación que limitase de Paria a Túmbez y de Panamá al Esequibo, conspiraba la realidad del orgullo

nacional, de Caracas marginada, de unos militares que dieron todo en la contienda y que eran vistos en Bogotá con desprecio, y de otros militares, uno de ellos Páez, que consideraban que la fuerza no estaba en las leyes, y la altivez de una oligarquía que había visto llegar a menos su importancia, siendo la abanderada en largas luchas y diásporas.

La idea de federación ha sonado siempre en Venezuela como algo difuso e inasible, tal vez por el exceso de individualismo que informa nuestro carácter. El venezolano rechazó la federación de los tres países, en parte, como se ha expuesto, porque no llegó a analizar el alcance y la proyección futura de la creación de Bolívar, y en parte también porque no veía en Bogotá, en los hombres que dirigían la política, la acogida cordial. Si a los militares llaneros les recibieron mal porque no tenían las condiciones necesarias para conducirse bien en los salones, ¿por qué hubo silencio cuando Bolívar aspiró a que Andrés Bello retornase a su patria?

Federación ha sido siempre una palabra. Mariño soñó en ella en Oriente, porque en Oriente se hallaban sus intereses, lo mismo que Monagas. Ya entrado el siglo XIX, a mediados, cuando al general Juan Sotillo preguntan qué entendía por federación, responde que los zulianos manden en el Zulia, los guariqueños en el Guárico y los guayaneses en Guayana. El caudillo santanero medía a Venezuela con ojo regionalista y hasta se dijo porque y que era inculto. Y cabría preguntar por qué pensaba así también Mariño, según algunos historiadores, hombre de inmensa cultura. La idea de federación jamás existió como norma de acción política, como instrumento administrativo, como patrón de organización. Antonio Leocadio Guzmán, el gran periodista liberal, dijo una vez en un Congreso que si a él le hubiesen hablado de federación, habría invocado el centralismo. Era simplemente una palabra. Durante la gestión civil se hablaba de federación como una panacea, y a través de la guerra de la Federación la palabra se fue gastando hasta quedar hueca en la gestión que se inicia en 1863. Cuando la Guerra Federal termina por cansancio y cálculo: cansancio de los ejércitos, cálculo de Pedro José Rojas y Antonio Guzmán Blanco al apoderarse de lo que quedaba de los empréstitos, nada noble ni relevante ofrecía el cuadro político del país, pues sólo hubo, tras del entendimiento de Coche que llamaron Tratado, disgregación y anarquía. Ezequiel Zamora pudo imprimirle acción al hecho social y desaparece en la mañana de San Carlos bajo una bala anónima, y lo que tal vez hubiese podido plasmarse en algo útil, se diluye entre las manos del Mariscal Juan Cri-

sóstomo Falcón, hombre sin carácter, bondadoso, podado de ambiciones, honesto, una especie de San Martín coriano.

El separatismo no obedeció a intenciones federalistas que aquí, sinceramente no han existido. Bolívar fue el primero que comprendió lo inoperante del federalismo, y consideró en 1812, que sin un gobierno central fuerte, era inútil continuar la guerra. Por eso señala en el *Manifiesto de Cartagena* el sueño de los republicanos de 1811, a los cuales llama filósofos aéreos.

También Fermín Toro, en la Convención de Valencia en 1858, acepta que el poder federal es el que realiza mejor la libertad política, pero no lo acepta plenamente porque Venezuela es una sola en atraso y miseria. Y el patricio hace un análisis, una radiografía de la provincia que con sus rémoras, sus jueces vendidos, sus santeros y curas, con todo lo que conformaba la ruina del país. Los políticos —ayer y hoy— han creído que con modificar una ley cesarán los males, olvidándose de que aquí las leyes han estado casi siempre alejadas de la realidad.

Bolívar dijo una vez que el venezolano amaba a su patria pero no amaba sus leyes.

Y no es baldío que insistamos en torno a ciertos conceptos. Caracas no entendía por qué la sede del Gobierno debía hallarse en Bogotá, y los militares venezolanos, los que más combatieron por la Independencia, los que comenzaron con Miranda en Valencia y sólo vivieron después batallas y exilios, se sentían como extranjeros en Cundinamarca. En Bogotá miraban ásperamente a los que no sabían conducirse bien en los salones virreinales. Se explica la difícil situación de nuestros llaneros, entre alfombras y besamanos, ellos, que sabían únicamente levantar en los combates lanzas de cuatro varas. Tampoco Santander tuvo interés en atraerse a esta gente. ¿Resentimiento por lo de Trinidad de Arichuna? En el fusilamiento de Infante, donde se orquestó un proceso que no convenció a nadie, aparece la justicia maltrecha y con profundos remiendos. Lo único que se pone en claro de tal proceso, es que el negro Infante, el Comandante Leonardo Infante que viera de lado al futuro Vicepresidente en una de las cargas de Boyacá, tenía que ser fusilado con o sin reglamentos militares.[1]

1. Es significativo lo que dice Santander a raíz de Boyacá, entre otras cosas, al Jefe del Ejército del Norte, el 22 de enero de 1820: "...Una partida de caballería debe marchar igualmente, cuyo número dejo al juicio de V. S., pero que sea cual fuere, destine V. S. un oficial de valor con ella, con tal

Y piénsese que fue esa gente inculta y agria, arisca y tempestuosa, la que pudo realizar a Boyacá y Carabobo y que tenía derecho a que se le juzgase con justicia.

3.—*Comienza la Cosiata*

El 30 de abril en Valencia se da rienda suelta al irrespeto a la ley. Con motivo de los atropellos cometidos en una recluta ordenada por Páez en Caracas, éste fue acusado ante el Senado, en Bogotá, y suspendido del cargo remplazándolo Santander por el general Juan Escalona, enemigo del caudillo. A primera vista se observa que hay una mano que turbia el ambiente. Parece que Santander solamente esperaba la oportunidad para agravar el enredo. Páez acata la orden, pero como Peña está alerta y dispuesto a darle batalla a los de Bogotá, aconseja al caudillo en el sentido de que no debe comparecer ante el Senado. En esta puja de intereses, cada quien le cobraba algo a alguien: Santander a Páez por el suceso de Trinidad de Arichuna y Peña a Santander por el proceso de Infante.

Peña colabora con Páez —ambos se necesitaban— pero el peligro se hallaba en la capacidad de poder de cada uno: en Páez, el político; en Peña, el dialéctico, y todo se encamina a la disolución de la Gran Colombia. Algunos historiadores han dicho que Peña fue el autor de tal disolución, y ello, en parte, es cierto. No debe olvidarse el resentimiento de los ediles caraqueños cuando juran la Consitución del 21 con hondas reservas. Y a todo esto se une luego el patíbulo de Infante, el pronunciamiento de Valencia, los tanteos alevosos de Santander, la ambición desmedida de Páez, las sutilezas de Peña.

---

que no sean los jefes Rondón e Infante". Carta al señor general en jefe del ejército del norte. Bogotá, enero 22 de 1820. Roberto Cortázar. *Cartas y mensajes de Santander.* Bogotá. X, 194. De acuerdo con lo que dice David Bushnell, el juicio de Infante y su fusilamiento, se debió a "algo" distinto al motivo por el cual le procesaron. Bushnell dice: "La creencia de que Infante había asesinado a Perdomo se fundaba mucho más en la verosimilitud de su culpa que en pruebas concretas, y los pricipales testigos en su contra eran dos damas de dudosa reputación que al parecer tenían razones para querer hundirlo. Sin embargo, se pudo advertir desde un comienzo la existencia de un fuerte movimiento acusador que quería convertir el caso Infante en un ejemplo que mostrase de una vez por todas que el gobierno civil era supremo y que los militares, por más que hubiesen combatido en defensa de la patria, tenían que aprender a comportarse correctamente". *El régimen legal de Santander en la Gran Colombia,* p. 313.

En Valencia ocurre un acto de rebeldía por parte del Cabildo, a favor de Páez, estimulado por Peña y en desacato a lo pautado por la ley. Un grupo que Páez, como todo dictador llama pueblo, le lleva al Ayuntamiento, entre aclamaciones. Mientras Peñalver, el austero gobernador de la provincia, increpa a Francisco Carabaño, y las tropas se retiran para confundir al patricio, Páez se deja llevar y en pleno Cabildo acepta vulnerar la ley. El ha dicho que fue "un acontecimiento irresistible", pero no había sido el primero ni iba a ser el último en que él pusiese a un lado a la ley: recuérdese lo acontecido en 1816 en Trinidad de Arichuna, cuando "por aclamación de los soldados" depusieron a Santander como jefe del ejército y a los demás integrantes de aquella Junta de Gobierno, entre ellos Serrano, Yanes, Urdaneta y Serviez, entronizando a Páez, siendo allí Urdaneta el de mayor graduación, y recuérdese también lo que ocurre el 10 de setiembre de 1861, cuando tras las palabras de Páez a Quintero, al honesto Quintero que creyó ciegamente en Páez hasta ese día, el coronel José Echezuría depone a Gual y erige a Páez dictador. El caudillo, entre dientes, había querido expresarle a su antiguo Ministro, refiriéndose a la situación legal del mismo Quintero, que era el Designado y por lo tanto el que estaba obligado a encargarse del gobierno al separarse Gual; Páez, con sorna, había querido no ofender a Quintero, mas logra al fin decirle casi amablemente: "...yo no le encuentro empate a esa legalidad".

Ante el suceso de abril en Valencia, Páez acepta el hecho cumplido y agrega que "hay que ser consecuente con el error", y es Baralt quien recoge las más amargas frases de Páez: "...aunque lo de Valencia es una insurrección a mano armada que debía castigarse, no es menos cierto que un pueblo de guerreros es difícil de sojuzgar, y sería temeridad intentarlo en la falsa creencia de que la fuerza está en las leyes".[1]

Santander, como todo político, triplicó la intriga en un tanteo, al remplazar a Páez por Escalona. No es correcto considerarlo un fanático de la ley, que tal vez nunca lo fuera, a pesar de haberlo llamado Bolívar, en su noble y altísimo empeño de ordenar el caos, el Hombre de las Leyes. El Vicepresidente dice a Páez, en una bella carta cruzada de principios, que comparezca ante el Senado —que era una fórmula—, mas Peña susurra al oído de éste cómo Santander, valiéndose de subter-

1. Baralt. *Historia, II,* 175.

fugios, ha hecho fusilar a Infante en un juicio apresurado y sin base. Y Páez, que mientras fue poderoso se negó a salir de Venezuela, ha pesado cada palabra resolviendo quedarse en Valencia, con la aprobación de Peña y su grupo, de espaldas a Bogotá. El acto del 30 de abril era un nuevo paso que se daba en Venezuela hacia la desintegración de la Gran Colombia.

La vida de Caracas discurría en medio del ansia de unos por liberarse del gobierno de Bogotá, adulándole a Páez, trabajo en el que intervenían no sólo venezolanos, sino aquellos realistas que acataron por conveniencia la Constitución del 21 sin dejar de ser realistas. Páez, explorando voluntades, acepta las adhesiones porque estaba dentro de su política contemporizar. Más de una vez Santander se alarmó ante la importancia que tenían los realistas en Venezuela y en torno a Páez, y vio tal acercamiento como un peligro para la República. Se hablaba en esos días de que España pensaba recuperar sus antiguas colonias, ya lanzado Fernando VII por el atajo absolutista, mas Páez debió sonreir ante las preocupaciones del Vicepresidente y más ancha debió ser la sonrisa de Peña.

4.—*Estampa de Caracas en 1825*

Los estragos del terremoto se hallaban a la vista a pesar de haber transcurrido trece años, pero el ornato de la ciudad no interesa, en parte, porque Páez es hombre rural y no tiene noción de que a los pueblos hay que embellecerlos, y en parte, porque no hay rentas sino para el ejército, el pequeño ejército casi personal del caudillo. Barbarita Nieves centra todo su afecto y por eso es Valencia la capital política. Casi desde el momento de Carabobo, Bolívar le ha encumbrado y Barbarita es el refugio sentimental. Caracas continúa al margen y la ruina física parece acentuarse más ante el olvido político.

Tal vez la mejor estampa de aquella Caracas la ofrece Bolívar en su clásica y célebre carta al tío Esteban Palacios, escrita desde El Cuzco a mediados de julio de 1825, es decir, cuando se hallaba en plenitud de satisfacción por la obra cumplida y cuando planeaba federar grandes bloques de naciones en Suramérica. El tono encendido y romántico del héroe pasa revista a la lucha que tuvo que librar Venezuela para alcanzar su liberación política. El escritor sacude la prosa, como quien sacude a una cuadriga y todavía se oye a distancia el galope de las cláusulas animadas de un realismo desolador. "Ud. habrá sentido

el sueño de Epiménides: Ud. ha vuelto de entre los muertos a ver los estragos del tiempo inexorable, de la guerra cruel, de los hombres feroces. Ud. se encontrará en Caracas como un duende que viene de la otra vida y observará que nada es de lo que fue.

Ud. dejó una dilatada y hermosa familia: ella ha sido segada por una hoz sanguinaria: Ud. dejó una patria naciente que desenvolvía los primeros gérmenes de la creación y los primeros elementos de la sociedad y Ud. lo encuentra todo en escombros... todo en memorias. Los vivientes han desaparecido: las obras de los hombres, las casas de Dios y hasta los campos han sentido el estrago formidable del estremecimiento de la naturaleza. Ud. se preguntará a sí mismo ¿dónde están mis padres, dónde mis hermanos, dónde mis sobrinos? Los más felices fueron sepultados dentro del asilo de sus mansiones domésticas; y los más desgraciados han cubierto los campos de Venezuela con sus huesos, después de haberlos regado con su sangre... por el solo delito de haber amado la justicia".

Y cierra el escritor que había en aquel hombre extraordinario: "¿Dónde está Caracas? se preguntará Ud. Caracas no existe; pero sus cenizas, sus monumentos, la tierra que la tuvo, han quedado resplandecientes de libertad y están cubiertos de la gloria del martirio".[1]

Por la mente del héroe desfila todo el pasado lejano y viviente: Madrid, el tío Esteban, vida tempestuosa, Mallo, la Corte... Todo aparece en la carta que ha recibido y en su respuesta, mientras la antigua ciudad de los Incas se envuelve en nieblas y sudan las grandes piedras que levantó Pachacuti, el Inca noveno.

5.—*Peña contra Santander*

El suceso del 30 de abril del 26, en Valencia, ha despertado apetitos y ambiciones. De seguida —tal vez lo hicieran espontáneamente— las Municipalidades apoyan lo ocurrido en Valencia, y como todavía merodean oficiales que sirvieron a los realistas —Cisneros, Centeno— continúan las depredaciones en los bosques del Tamanaco y en los bancos de Los Güires. Posiblemente son estos revoltosos los que asaltan a Petare e inquietan a Barlovento. Santander vuelve a decirle al gobierno de Caracas y expone ante el Congreso los peligros de los

1. Carta de Bolívar a Esteban Palacios. Cuzco, 10 de julio de 1825. Lecuna. *Cartas*, etc. V, 21.

antiguos realistas que viven en Venezuela. Se habla de la animadversión de Francia cuyos barcos recorren el litoral y también de algunos barcos españoles que algo debieron esperar de sus antiguos compañeros. Lo que sí era vivo en Caracas y en Valencia, sin duda bajo estímulos conocidos, era la protesta contra el centralismo bogotano, prácticamente contra el Vicepresidente Santander, quien alguna vez pensó que el remedio al descontento y a la inquietud reinantes se hallaba en la reforma de las leyes. Olvidaba tan esclarecido ciudadano que a los pueblos no se les puede mantener al margen de los beneficios de la administración, máxime si esos pueblos han pagado con grandes sacrificios el derecho a ser atendidos.

Pero la protesta va a concretarse en Valencia, donde se reúnen las Municipalidades el 29 de junio de 1826. El acta que levantan y que es obra de Peña, es la primera acusación directa y aguda contra Santander. Dice que actúan y están dispuestos a cumplir sus compromisos hasta el 30 de abril, precisamente el día en que el Cabildo valenciano se pronunció por Páez. La pluma del terrible jurista traza la acusación: "El General Santander, desde que se encargó del Poder Ejecutivo en fuerza de la Constitución, formó el designio de impedir y embarazar los progresos de Venezuela". (Al comienzo de la exposición han atacado la Constitución alegando que ella no fue efecto del voto de los pueblos, muchos de los cuales se hallaban bajo el régimen español). Y continúan: "Hemos visto con placer las disertaciones literarias dedicadas en el Colegio de San Bartolomé de Bogotá al mismo Vicepresidente". Hablan luego de las cátedras de derecho creadas en Bogotá, de las cátedras de idiomas, de las sumas que se gastan en museos, bibliotecas, observatorios, imprentas, fundación de colegios en toda Nueva Granada, "mientras que Venezuela se encuentra en el mismo estado que en 1809, continuando sus estudios de teología y derecho canónico y se ha negado un corto salario para un catedrático de derecho público". Agrega el acta, que como respuesta a las críticas de algunos escritores venezolanos, Santander ordenó al Comandante General estar alerta y trasladar tropas en previsión de los disturbios que puedan producir por la prensa los aludidos escritores. Luego elogian a Páez y dicen que Santander violó el Código Militar al nombrar al general de brigada Juan Escalona Comandante General del Departamento, ultrajando al General en Jefe Santiago Mariño y al General de División Francisco Rodríguez del Toro. La

exposición termina pidiendo se reúna la Convención Nacional que restituya las garantías y los derechos de que han sido privados.

En la Asamblea estaban representadas Caracas, Valencia, Achaguas, Petare, Santa Lucía, La Guaira, Río Chico, Guarenas, San Sebastián, Turmero, Villa de Cura, Maracay, Orituco, San Carlos, San Felipe, El Pao, Barquisimeto, Carora, Tocuyo, Ocumare, Quíbor, Puerto Cabello, Nirgua, San Fernando de Apure. Destacan con propio relieve las firmas de Martín Tovar, Miguel Peña, Tomás Lander, Pedro Machado, José Joaquín de Altuna, Cruz Sequera, Manuel María de Aurrecoechea, Justo de Maya, Miguel Herrera, Pedro Tinoco, etc. [1]

El ataque de Peña contra el Vicepresidente era efecto del suceso de abril en Valencia y afirmación de La Cosiata, es decir, de la desintegración de la Gran Colombia. Luego Bolívar visitará a Caracas en su empeño de evitar lo inevitable. Después la tormenta cerrará su horizonte: Ocaña, la dictadura, Setiembre, Tarqui, Barruecos, Valencia, Santa Marta.

PAEZ CIVICO

Alfredo Boulton

Durante el mandato de Páez y más precisamente a partir de 1831, Venezuela comenzó a estructurarse en una nación civilizada, una vez terminadas las circunstancias de emergencia, consecuencias de su guerra de liberación y de la separación de la Gran Colombia. Páez implantó lo que historiadores han llamado "el Derecho Humano". Fue él entonces el Magistrado que dejó constituido el Poder Civil, "la preponderancia del saber y del ciudadano sobre el militarismo y la simple fuerza". En 1830 se dispuso que la Escuela de Matemáticas sirviese de Escuela Militar. En 1833 fueron erigidos Colegios en las principales

1. Acta de la Asamblea de Municipalidades. Valencia, 30 de junio de 1826. Blanco y Azpurúa, *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*, X, 439-445.

poblaciones del país y se decretó la formación, en Caracas, de una Biblioteca, y en 1834 se decretó la libertad de cultos religiosos. El civismo de Páez se engrandece cuando entrega la Presidencia de la República a un civil, a un médico, a un sabio: a Vargas. Eso hizo el hijo de Curpa: "en la ardua empresa de plantear un nuevo sistema contrariado por distintos intereses, me retiré a la vida privada, sin más pensamiento que el de rehacer mi fortuna harto desatendida". Era 1835, y Vargas ascendía a la Presidencia.

Muchos legionarios británicos tuvieron por Páez una especial admiración. Ante Bolívar sentían, sobre todo, respeto, y un tanto de temor. Páez encarnaba para ellos una mejor tipificación del hijo de nuestra tierra. El Centauro, vuelto Aquiles, con una fuerza de Hércules. Un Cid. Para aquellos sajones e irlandeses Bolívar era demasiado intelectual y grave. Páez era más la figura popular, más byroneano, hasta cierto punto, que venía de Mucuritas, un tanto como ir a Missolonghi a morir de paludismo por la libertad de la patria de Homero. Algunos legionarios creyeron también que a causa de su rudeza y del origen de su cuna podría ser igualmente más dúctil.

El venezolano tiene una especial gracia para poner apodos, a veces crueles, otras veces de cariño y hasta de afecto. Sin embargo, en pocas ocasiones ha acertado mejor que al apodar a Páez *El León de Payara,* a raíz de la victoria que en 1837 obtuvo sobre José Francisco Farfán en San Juan de Payara, acción militar que Páez consideraba como una prueba de valor estratégico semejante al de Las Queseras del Medio. De rostro leonino era en verdad el Catire Páez. De cara más bien redonda, carrillos fuertes, nariz recta y de ventanas generosas. Tenía, sobre todo, una mirada tan dominante como lo era su propia personalidad. Al estudiar este retrato se puede apreciar con cuanta justeza resalta la magnífica presencia del hombre.*

---

* Alfredo Boulton. *20 Retratos del General José Antonio Páez.* Ediciones de la Presidencia de la República. Caracas, Cromotip, 1972. pp. 25, 57 y 83.

PAEZ:
PROTOTIPO DEL PUEBLO VENEZOLANO

Rafael Caldera

El próximo domingo 6 de mayo se va a cumplir el primer centenario del fallecimiento del General José Antonio Páez. Nacido en Curpa, aldea rural próxima a Acarigua, el 13 de junio de 1790, el General en Jefe José Antonio Páez, héroe legendario en las luchas de nuestra Independencia, dos veces presidente constitucional de la República y en una ocasión —muy lamentada después por él— dictador o Jefe Supremo del País. Falleció en Nueva York, rodeado de honores y de reconocimientos, pero en un momento en el cual el juicio de sus compatriotas, por lo relativo a su actuación política, le era desfavorable.

Debo comenzar afirmando que desde mi niñez tengo un afecto muy grande por la figura del General Páez, y creo que este caso mío es el mismo de un gran número de venezolanos. En la escuela empezamos a vivir la emoción de aquella etapa incomparable de la lucha por la Independencia, saboreando las hazañas extraordinarias de Páez. El relato que se hace en su autobiografía, es tan humano y está tan vinculado a los días forjadores del Estado venezolano que, a través de ellos se siente muy hondamente la emoción de la nacionalidad.

Páez representa un prototipo del pueblo venezolano, no porque hubiera nacido de la propia entraña del mestizaje, ni porque hubiera sido un hijo del pueblo, nacido en los más humildes estratos sociales. Su padre era un empleado fiscal, que tenía su actividad principal en Guanare y por eso vivían en Acarigua, en Guama, en el hoy Estado Yaracuy, donde pasó varios años y fue por primera vez a la escuela. Su hermano se dedicaba a actividades comerciales, tenía un pequeño negocio de pulpería; y en San Felipe, donde vivió varios años, un pariente suyo isleño —lo que nos hace pensar que en realidad todos ellos eran canarios— dicen que poseía negocios de consideración en los cuales él trabajó, y fue el incidente que relata del encuentro con los ladrones en el sitio denominado Mayurubi, y la noticia de que lo andaban buscando y de que probablemente la justicia no iba a ser imparcial con él, lo que precisamente le hizo tomar el camino del llano

e irse al hato de La Calzada, de don Manuel Pulido, y allí como peón, con un salario miserable y entregado a las más rudas faenas, fue donde se hizo la expresión, podemos decir, del pueblo rural venezolano.

Pero yo pienso que la significación de Páez en relación al pueblo, estuvo en haber llevado el pueblo rural de Venezuela a las banderas de la independencia. Ese pueblo rural estuvo con Boves y antes había estado con Monteverde, y en los momentos decisivos de la Independencia no había sentido todavía el ideal de la libertad. Yo no me atrevería a afirmar que la Independencia, en los primeros tiempos, no fue popular, pero creo que fue popular urbana.

Había sentimiento hacia la Independencia en Caracas, pero esta ciudad era entonces —en una Venezuela de un millón de habitantes— la vigésima parte del país: 50 mil habitantes de un total de un millón. Hoy, cuando el país tiene 11 millones de habitantes, Caracas representa su quinta parte. Pero la influencia urbana en aquel tiempo era pequeña y la hazaña decisiva de Páez estuvo en haber levantado aquel caudal que habían constituido las fuerzas (bien denominadas por su acción, las hordas) de José Tomás Boves y convertirlas en un factor decisivo en la conquista de la Independencia. Esto lo hizo, ¿por qué? Porque reconoció la superioridad de Bolívar, y en el encuentro de ambos en Cañafístola, en la afirmación de la superioridad del héroe de la gran visión, —del estadista integral, del líder insustituible de todo el movimiento revolucionario de la Independencia— en su aceptación por aquella fuerza cultivada por la naturaleza, y en la plena expresión de vigor que representaba José Antonio Páez, estuvo el hecho determinante del proceso de Independencia. ¿Que más tarde Páez incurrió en inconsecuencias lamentables respecto del Libertador? Es cierto, pero hay que pensar que a partir de la batalla de Carabobo, donde Bolívar lo hace General en Jefe y le pide al Congreso que ratifique esa designación, Páez queda un poco como la fuerza centrípeta dentro del territorio venezolano.

Bolívar tiene que continuar en su peregrinación de gloria, tiene que ir a otras tierras a llevar su mensaje y, a través de sus hazañas fulgurantes, garantizar y redondear el proceso de la emancipación y Páez va quedando aquí como el poder de hecho, unas veces investido, otras no, de la formalidad jurídica, pero que, en cierto modo, fue acostumbrándose a ver todos sus compatriotas como una especie de representación de la autoridad.

Todavía después de Carabobo, ya General en Jefe a los 33 años, realiza aquella estupenda hazaña de la toma de Puerto Cabello. Pero cuando viene la crisis y cuando se plantea el proceso denominado de "La Cosiata" —el primer intento de separación— se demuestra, una vez más, la autoridad suprema de Bolívar, quien viene y, sin una escaramuza, Páez se la entrega y lo reconoce. El país estaba alzado contra el Libertador, pero bastó su presencia, su llegada a tierra venezolana para que todo se solucionara. Si Bolívar no hubiera encontrado después en su capital los obstáculos con que hubo de tropezar; si no hubiera pasado todo el proceso de la Convención de Ocaña; si no hubiera habido el asesinato frustrado del 25 de septiembre del año 28, habría sido muy difícil que el dominio de Bolívar sobre los protagonistas de "La Cosiata" se hubiera vuelto atrás. La verdad es que el Libertador encontró tales trabas para ejercer su autoridad, que es casi simultáneo el hecho de que el Congreso de la Gran Colombia, que él llamó Admirable, le acepte la renuncia y el hecho de que se consume la separación de Venezuela representada por el General Páez.

Indudablemente, la presencia de Páez estuvo asociada a este hecho lamentable de la disolución de Colombia; pero, por la misma fuerza de los acontecimientos, se convierte en esa misma fuerza centrípeta, en la organización de la República; Presidente Constitucional en el primer período del 31 al 35; ejerce una influencia determinante en la política hasta 1846 —o hasta 1848, si es que el momento de la declinación de su estrella se vincula con los acontecimientos del Congreso, el 24 de enero de aquel año bajo el Gobierno del General Monagas— y entonces pasa su calvario, preso, humillado, pero su personalidad se fortalece, y regresa al país.

Debemos recordar que durante todo el tiempo de su hegemonía, en que se realizó una labor si se quiere imperfecta, llena de los vicios del tiempo y con restricciones oligárquicas, pero con grandes atisbos, con gran voluntad de construcción, con estudios serios sobre la realidad y posibilidades económicas del país, con un grupo de hombres como José María Vargas, Valentín Espinal, Carlos Soublette, Juan Vicente González y tantos otros, Páez realizó el acto supremo de reparación, encabezando los fastuosos honores que se rindieron al Libertador, al traerlo, en 1842, desde Santa Marta para que sus restos reposaran en Caracas.

En las memorias que publicó en 1869 —solamente relata su vida hasta 1850— hay aquella frase maravillosa con que inicia el capítulo de la conclusión: "termino, pues, la historia de mi vida, donde debió haber acabado mi carrera pública"; y dice "es seguro que en tantos años de carrera pública habré cometido yerros de más o menos consecuencia, pero bien merece perdón quien sólo pecó por ignorancia o por concepto equivocado; mi propio naufragio habrá señalado a mis conciudadanos los escollos que deben evitar".

Y hay una carta que escribió desde Nueva York, el 15 de marzo de 1873, poco antes de su muerte. Posiblemente es su última carta, dirigida a su hijo Manuel Antonio, en la que hay un párrafo maravilloso: "Todas las cartas que recibo de ésa —afirma— me informan del progreso que hace el país como consecuencia de la paz, y estas noticias me tienen bastante complacido y aun más deseoso de que se prolongue ese estado, que, indudablemente, levantará a Venezuela del decaimiento de tantos años". Estaba gobernando Guzmán Blanco, su adversario, hijo de su más terrible enemigo político —Antonio Leocadio Guzmán— y su último mensaje es por la paz, felicitándose de que Guzmán haya iniciado una era de paz y deseando que ella se prolongue para levantar a Venezuela del decaimiento de tantos años.

Realmente la figura de Páez es apasionante. No hay duda de que Venezuela ha producido un material humano de una calidad excepcional. Cuando uno comete el error de comparar a nuestros próceres, pueden producirse juicios imperfectos. Bolívar es incomparable, no puede ponerse nadie a su lado. Sucre tiene su propia personalidad; Miranda tuvo la suya, pero, indudablemente, que cualquier país del mundo se sentiría orgulloso de tener un héroe de la estirpe, de la naturaleza, de la fuerza humana de José Antonio Páez. Un hombre que se cultivó, que aprendió, que mantuvo un gran espíritu, que paseó por el mundo y que supo dar un gran ejemplo de señorío, después de haber recorrido una existencia plena de gloriosas aventuras.*

---

* **Conferencia de Prensa 187 del Ciudadano Presidente de la República, doctor Rafael Caldera, en el Palacio de Miraflores.**

3 de Mayo de 1973.

PAEZ MUSICO

José Antonio Calcaño

***N. R.** José Antonio Calcaño ha escrito con motivo de la edición de dos canciones del General José Antonio Páez, un breve ensayo sobre Páez músico "Escucha Bella María" y "La Flor del Retiro", nombre de dos de las canciones compuestas por el General Páez aparecen en un disco editado por la Oficina Central de Información y que se distribuirá con motivo de los cien años de la muerte del soldado y político que fue Presidente de la República. "El Universal" reproduce el texto del musicólogo Calcaño sobre la vida artística de Páez.*

El General José Antonio Páez, como buen llanero que era, tenía inclinación por el canto desde que era muchacho, y esa afición la tuvo durante toda la vida. Es muy sabida la historia de cómo Páez comenzó su carrera de guerrillero y soldado en la cual se despertó su talento natural de militar y su viva inteligencia, que lo llevó de triunfo en triunfo hasta los más altos sitios. Páez era estudioso y a pesar de la gran desventaja que representaba su falta de preparación, se fue puliendo e instruyendo constantemente, hasta el punto de que cuando Bolívar lo nombra General en Jefe después de la hazaña increíble de Carabobo, no hacía Páez mal papel entre los oficiales cultos.

La inclinación de Páez por la música era irresistible. En sus campamentos había siempre música. Cuando estaba en los llanos del sur con todos los refugiados de la Nueva Granada, era frecuente por las noches, al resplandor de las hogueras y bajo el cielo interminable y limpio de la llanura, que todos se aprestaran al canto y al baile. Frente a los ranchos se despejaba un trozo de terreno, y alguna de las damas, casi siempre doña Rosaura, invitaba a Páez y a sus oficiales para un fandango, que así se llamaba entonces el joropo. Pero había también cantos de otra clase. Después del brindis, que Páez lo hacía "¡Por Simón Bolívar y Venezuela libre!", era frecuente que los soldados y en especial la Guardia de Honor, entonaran algún canto patriótico. Muchas veces era aquel que empezaba:

"¡Gloria! ¡Gloria! Bolívar;
¡Gloria Libertador!
De Ceballos espanto,
de Araure vencedor.

las muchachas emigradas cantaban:

"Mi General Bolívar,
por Dios te pido,
que de tus oficiales
me des marido".

Comparecían entonces los instrumentos; en aquel tiempo tenían cuatros y guitarras a más de dos arpas. Bailaban, entre otras cosas, la Solita, la Chapetona y algunos bambucos.

Gustaba Páez de que sus llaneros cantaran el "Canto de las Sabanas", canción patriótica muy popular en aquellos años, cuya letra procede de la vieja "Carmañola Americana" *de tiempos de Gual y España.* Se cantaba también el himno argentino, que era entonces la canción de las Provincias Unidas del Río de la Plata. La música fue compuesta por el catalán don Blas Perera, y la letra por el poeta Vicente López Planas, en 1815, y tenía entre sus estrofas alusiones a los demás países latinoamericanos. La que aludía a Venezuela la decía:

¡No lo veis sobre la triste Caracas
luto y llanto y muerte esparcir!
¡No lo veis devorando cual fiera
todo el pueblo que logra rendir!"

La Guardia tenía también su canto que entonaban todos en coro, y que comenzaba:

"El que quiera ser libre que aprenda
que en la Guardia tenemos por ley,
aborrecer a todo tirano
y detener el nombre del Rey".

Por donde quiera que iban los llaneros de Páez llevaban, junto con su entusiasmo, su juventud y su ímpetu, un vivo revuelo de canciones varoniles.

En algunos ratos perdidos de la vida de campaña, Páez aprendió a tocar violín. Muchos años más tarde abordaría también el piano, y desde muchacho llamaba la atención su hermosa voz de barítono.

(Algún autor ha dicho que tenía voz de tenor, pero son más numerosos los testimonios de que era barítono).

En 1826 comenzaron las perturbaciones políticas en Venezuela, y fue precisamente el General Páez, incitado por el doctor Miguel Peña, quien encabezaba el movimiento. Bolívar, desde el Perú, envió a O'Leary a tratar con Páez, y el edecán irlandés lo encontró en Achaguas, en la casa del Coronel Cornelio Muñoz. Páez estaba sentado en un taburete tocando violín ante un negro ciego que lo escuchaba sentado en una silla.

Años más tarde, después de muerto Bolívar, llegó a ser el General Páez la figura central de la política venezolana. Siendo Presidente de la República tuvieron fama las veladas que se efectuaban en su residencia de La Victoria. Páez había abandonado a su esposa, Domínga Ortiz, mujer abnegada y estoica, y vivía con la célebre Barbarita Nieves, a quien visitaban amablemente todas las familias importantes. Barbarita, que era también aficionada a la música y tocaba piano, estimuló más aún la inclinación artística del General. Encargó éste un piano de cola para Barbarita, el cual fue traído en brazos de dos grupos de 40 hombres, que se turnaban al ascender por el antiguo camino empedrado que cruzaba la cordillera, desde el mar hasta la ciudad.

Reuníase Páez frecuentemente con el negro Natividad, músico del pueblo, y juntos pasaban ratos. Páez gustaba de cantar la *Caramba* acompañado por Natividad en el arpa. Años más tarde, por influencia de Barbarita se codeó Páez con músicos mejores, especialmente con cantantes de ópera italiana, Barbarita era soprano y cantaba dúos con el General. Fue ella quien llevó a la casa del jefe llanero algo de cultura verdadera, y juntos leyeron a Lamartine, Rousseau y Cervantes. Las señoras caraqueñas gustaban de ver bailar el *garrotín* y la *cachucha* a las tres jovencitas hijas de Páez, a quienes llamaban las gentes maliciosas, y a espaldas de sus padres, las Barbarini.

Terminada la Guerra Federal, y luego de firmado el Tratado de Coche, salió Páez desterrado por segunda vez, el 22 de mayo de 1863. En el destierro pasaría diez años, Barbarita había muerto muchos años antes, y Páez estaba viejo, pobre y triste. De Venezuela fue a Nueva York donde pasó algunos trabajos, y allí el eminente argentino Domingo Faustino Sarmiento, representante diplomático de su país, le aconsejó que fuera a Buenos Aires, donde acaso le iría mejor. Llegó Páez a Buenos Aires en junio de 1868 en compañía de Pinken, su hermoso perro blanco. Al poco tiempo, siendo Sarmiento Presidente de la

Argentina, envió éste al Congreso un proyecto en el que se nombraba a Páez General del Ejército argentino. El Congreso no solamente aprobó el decreto, sino que el General Bartolomé Mitre, en plena sesión, dijo que lejos de hacer la Argentina un honor al General Páez, último sobreviviente de los héroes de la Independencia, era éste quien honraba a la Argentina al escogerla para pasar en ella sus últimos años. De este modo pudo el jefe llanero recibir su paga como Brigadier.

En Buenos Aires, visitaba Páez la casa del General Carranza, padre del doctor Adolfo Carranza, quien era entonces un mozo de cortos años. Allí se reunían amigos y admiradores a pasar un rato ameno, y en muchas ocasiones cantó Páez. Muchos años más tarde, en 1924 publicó el doctor Adolfo Carranza la vida de Páez en Buenos Aires, y dice que en aquellas reuniones le oyó cantar trozos del "Trovador", y algunas canciones andaluzas. En ese mismo folleto publicó el doctor Carranza dos canciones compuestas por el General Páez: "La Flor del Retiro" y "Escucha, bella María", que son las que se han grabado en el presente disco.

En el Museo Histórico Nacional, de Buenos Aires se conserva un libro de música en el que figuran encuadernadas cinco piezas musicales (se ha dicho que son cuatro, pero es que han tomado como continuación de una lo que en realidad es otra distinta); este libro perteneció al General Páez, y en él figura la canción "Escucha, Bella María", con una dedicatoria que dice: "El General Páez a la señorita María Carranza"; figura también "La Flor del Retiro", vals lento para canto y piano, que dice: "compuesto por J. A. P." (José Antonio Páez). Figura también allí una canción andaluza cuyo título es "El Vendedor de Pescado" sin nombre de autor, y con una inscripción al pie, que dice: "Esta pieza la hizo escribir y la cantaba el General José Antonio Páez". Y firma "A. P. Carranza". Esta pieza era sin duda una de las canciones andaluzas que, según cuenta el doctor Carranza, cantaba Páez. En ninguna parte se dice que fuera él su autor, e indudablemente, tanto por el estilo de la música como por la letra, se trata de una música española, probablemente de alguna zarzuela del género chico de entonces. La cuarta pieza es una obra religiosa titulada "O Sanctissima". Tampoco dice que sea del General Páez, y su realización musical, aunque de poco mérito artístico, está hecha por un compositor que ha cursado estudios académicos de armonía, lo que excluye a Páez como posible autor. La quinta que acaso fue tomada como continuación de la composición religiosa, es una pequeña pieza de baile con ritmo de

danza o merengue, en un estilo totalmente ajeno a las otras cuatro. Es indudable que las únicas piezas de Páez son las dos canciones "La Flor del Retiro" y "Escucha, bella María" cuyas letras respectivas las escribió también el General y aluden de la manera más clara y directa a la triste situación en que se encontraba. Es justo hacer constar aquí el interés desplegado en este asunto por el Cónsul General de Venezuela en Buenos Aires, quien obtuvo la copia fotostática de estas piezas.

Siguiendo instrucciones del Señor Presidente de la República, doctor Rafael Caldera, ha sido la Oficina Central de Información (OCI) la que dispuso que se grabara este disco, en el año en que se conmemora el primer centenario de la muerte del General en Jefe José Antonio Páez.

Mayo de 1973.*

* "El Universal", 6 de mayo de 1973.

AL RESCATE DE PAEZ

Arturo Uslar Pietri

El año próximo se cumplirá un centenario de la muerte del General José Antonio Páez. Es, en todos sentidos, una de las figuras más extraordinarias que produjo Venezuela en la extraordinaria época de la Independencia.

Su vida, o por lo menos buena parte de ella, se puede contar como una leyenda. Es el muchacho pobre, ignorante y fugitivo que se refugia en los llanos, en el más duro y salvaje medio, a aprender en la ruda escuela de los peones ganaderos las lecciones elementales del heroísmo. Sobre el lomo del caballo salvaje, en lucha contra la naturaleza, se formó para la guerra, la audacia y la dureza. Su contribución a la Independencia de Venezuela fue inmensa y decisiva. Fueron sus hombres, su arrojo, sus tácticas instintivas, su conocimiento del

medio y de los hombres los que le aseguraron a Bolívar su base de operaciones en el llano. De ser el catire Páez y el "taita" de los llaneros, supo elevarse hasta convertirse en el General en Jefe que decide la acción de Carabobo, en el hombre que, ido Bolívar hacia las campañas del Sur, va a asumir y personificar el sentimiento nacionalista de los venezolanos y en el magistrado que iba a presidir la República tres veces.

La historia superficial ha cortado a Páez en dos mitades y hasta en tres pedazos. Hay el Páez bueno y el Páez malo. El Páez héroe y el Páez antihéroe. Un combatiente épico y esplendoroso que parece llegar al ocaso cuando sólo tiene 31 años en la victoria de Carabobo. Y luego un largo tiempo de creciente eclipse que dura más de medio siglo y que comprende toda la larga y difícil época de los comienzos de la historia nacional de Venezuela desde la Independencia hasta la Guerra Federal.

Ha caído sobre él el resentimiento de los bolivarianos ingenuos que piensan que en 1826 o en 1830 quedaba otra alternativa para Páez que reconocer el fracaso práctico de la creación de la Gran Colombia y echar las bases de un destino nacional para Venezuela. Todavía a siglo y medio de distancia luchamos contra las dificultades de la posible integración.

Más tarde, cuando el naciente movimiento de los liberales se convierte fatalmente en antipaecismo, lo que prueba entre otras cosas, que no era sino una forma de personalismo a la inversa, Páez tiene la desgracia irreparable de ser el derrotado. La historia la escribieron después los liberales y no la hicieron ni para entenderlo ni para explicarlo. Eran historiadores-jueces o, peor aún, historiadores propagandistas y se limitaron a condenarlo con elemental entusiasmo.

Cuando, más tarde, ya al final de su vida, Venezuela arde en el trágico holocausto destructor de la Guerra Federal, era inevitable que muchos ojos se volvieran hacia aquel anciano de legendario prestigio y autoridad, fundador de la Patria, que parecía ser el único con la capacidad casi sobrehumana, casi mágica de lograr acabar con el caos. Si Páez, para preservar su figura histórica, se hubiera negado a venir a Venezuela en 1860, ¿qué no se hubiera dicho de él y con razón?

Un hombre que venía del pueblo y era genuinamente pueblo, no sentía la necesidad de una retórica populista. Hizo el único gobierno liberal que conoció la Venezuela del siglo XIX, para tener la sorpresa de que la más agresiva oposición se formara contra él en nombre del liberalismo. Por una cruel y absurda ironía se le llegó a llamar godo, que fue

durante la Independencia el nombre de guerra con que se designaba a los realistas más recalcitrantes.

Los hombres de la leyenda romántica gustaban de llamarlo el Centauro. Había cierta justicia en esto. No era sólo por sus hazañas increíbles de lancero de los llanos, sino porque, como el mitico Quirón, fue también maestro de enseñanzas prácticas. Quiso hacer república y crear un orden para una Venezuela amenazada por la anarquía y la disolución.

En toda su vida hay unidad y continuidad. Es el mismo hombre de la carga de las Queseras, que le devuelve la Presidencia a ese noble símbolo del Poder Civil que es el doctor Vargas. Y es el mismo que le muestra a Falcón, en la sabana del combate, al final de la Guerra Federal, cómo se ganó Carabobo.

Frente a la larga descendencia de los caudillos personalistas y dictatoriales que poblaron nuestro siglo XIX, *Páez* es un legalista, un mantenedor de principios, un hombre que cree necesario y respetable el orden constitucional.

Con todas sus grandezas y limitaciones personificó a Venezuela en una época decisiva de su historia. Del hato de La Calzada al Panteón Nacional su vida es una sola vida.

Ahora, que se van a cumplir cien años de su muerte en el destierro, es buena ocasión para rescatarlo y para rehacerlo de la horrible mutilación a que lo han condenado las pasiones políticas de las que todavía somos inconscientes herederos.

Y entonces, seguramente, se verá clara la unidad de su vida y de su acción y que, después de Bolívar, no hay figura más influyente que la suya ni en nuestra Independencia ni en el juicio de la vida nacional. (*)

---

* "El Nacional", Caracas: domingo 7 de mayo de 1972.

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

Serie Fuentes para la Historia Republicana de Venezuela

La Academia publicó y repartió la serie *Sesquicentenario de la Independencia* que comprende desde el volumen 1 hasta el 53 de la Biblioteca. La Serie *Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela* comenzó con el volumen 54 y llega actualmente al 114.

La nueva *Serie* comprende:

Vol. 1 y 2: *Autobiografía del General José Antonio Páez.* Tomos I y II.

Vol. 3 y 4: *Archivo del General José Antonio Páez.* Tomos I y II.

Vol. 5: *Biografía del General José Antonio Páez,* por R. B. Cunninghame Graham.

Vol. 6: *Resumen de la Vida Militar y Política del Ciudadano Esclarecido General José Antonio Páez,* por Tomás Michelena.

Vol. 7: *Memorias* de Carmelo Fernández.

Vol. 8: *Escenas Rústicas en Sur América o la Vida en los Llanos de Venezuela,* por Ramón Páez.

Vol. 9 *Memorias de un Oficial de la Legión Británica. Campañas y Cruceros durante la Guerra de Emancipación Hispanoamericana,* por Richard Vawell.

Vol. 10: *Las Sabanas de Barinas,* por Richard Vawell.

Vol. 11: *Las Estadísticas de las Provincias, en la época de Páez.* Recopilación y prólogo de Antonio Arellano Moreno.

Vol. 12: *Las Comadres de Caracas,* por John G. A. Williamson.

Vol. 13: *20 Discursos sobre el General José Antonio Páez.*

Vol. 14: *Páez visto por Cinco Historiadores.*

Vol. 15: *Código Civil de 28 de octubre de 1862.* Estudio preliminar de Gonzalo Parra-Aranguren.

Vol. 16: *La Codificación de Páez.* Tomo II.

Vol. 17: *Juicios sobre la Personalidad del General José Antonio Páez.*

ESTE LIBRO SE TERMINO DE
IMPRIMIR EN LOS TALLERES
DE CROMOTIP, EN CARACAS,
EL DIA 18 DE DICIEMBRE DE
1974.